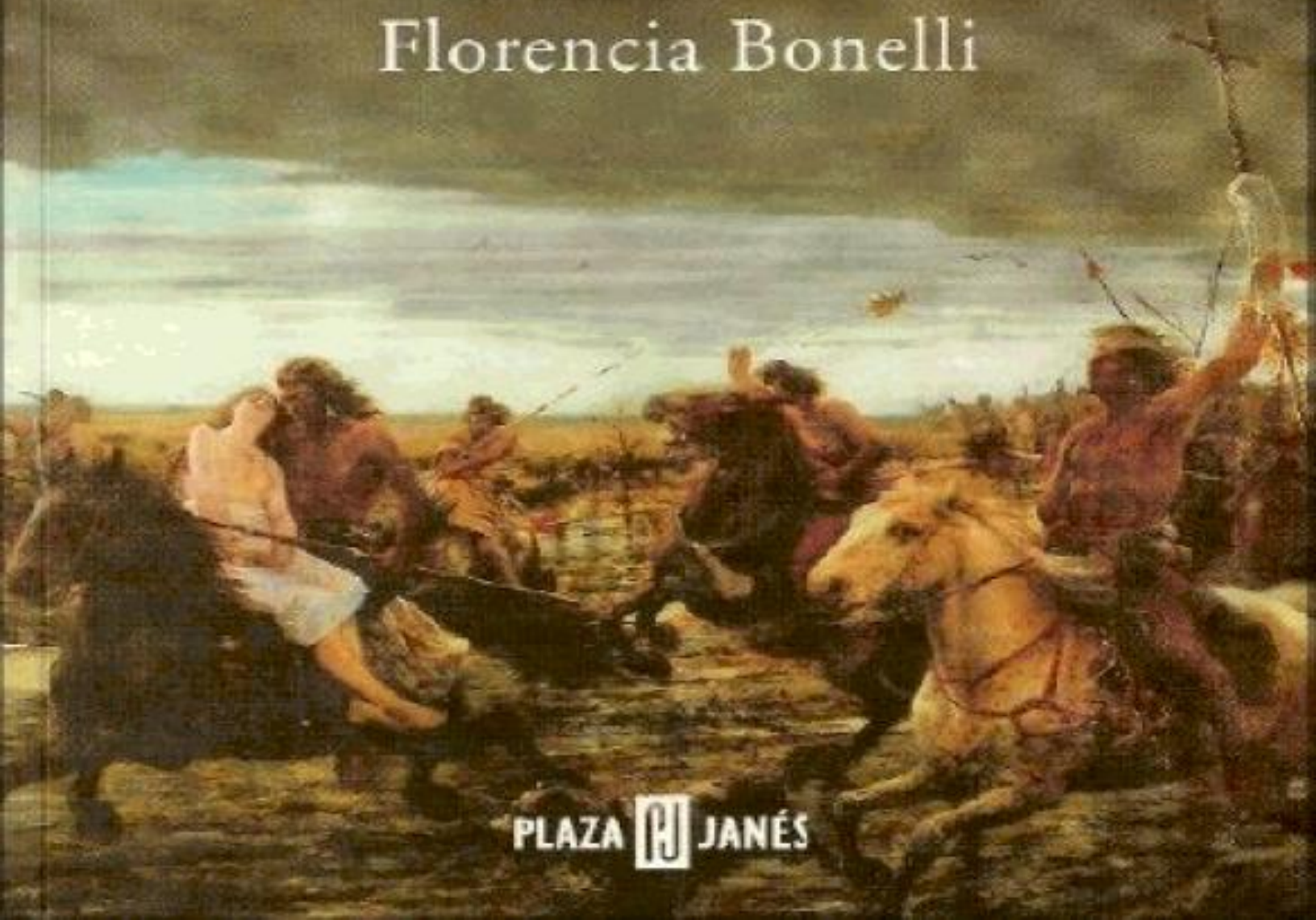




Indias Blancas

Florencia Bonelli



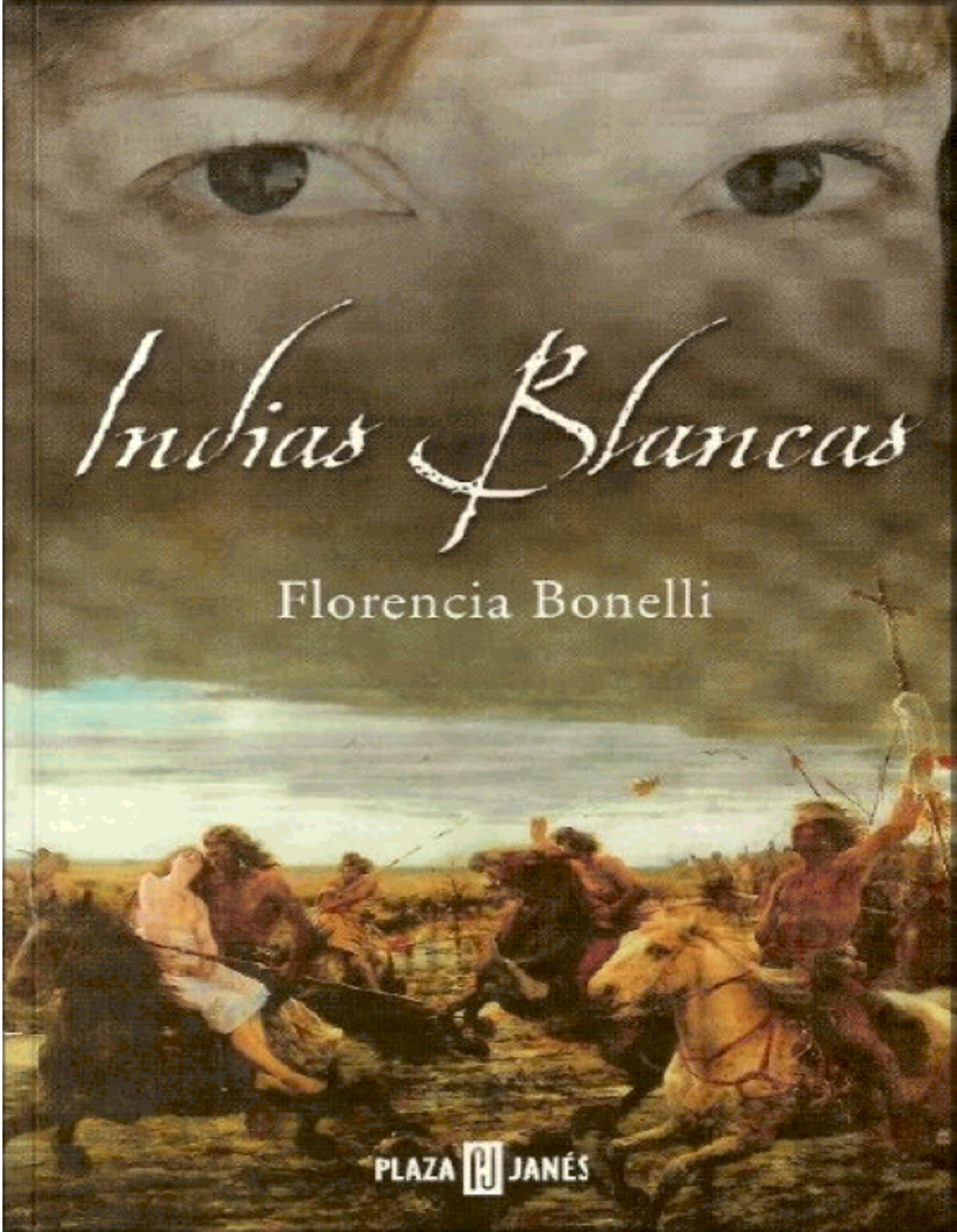
PLAZA  JANÉS



Indias Blancas

Florencia Bonelli

PLAZA  JANÉS



Indias Blancas

Florencia Bonelli

PLAZA  JANÉS

Florencia Bonelli

India blancas 01

A María, la madre de mi Señor.

Mi refugio, mi consuelo, mi auxilio.

A su sobrino Judas Tadeo,

al que llaman patrono

de las causas difíciles y desesperadas.

Ya lo creo que lo es.

A mi sobrino Tomás.

Tan cerca de ellos,

tan pendiente de nosotros.

Agradecimiento

A mi tía, Ana María Moncada de Furey, que tan generosamente me contó de su antepasada, Ignacia del Moral, una cautiva.

Yo no soy huinca, capitán, hace tiempo lo fui.

Deje que vuelva para el Sur, déjeme ir allí.

Mi nombre casi lo olvidé: Dorotea Bazán.

Yo no soy huinca, india soy, por amor, capitán.

Me falta el aire pampa y el olor de los ranqueles campamentos,

el cobre oscuro de la piel de mi señor,

en ese imperio de gramillas, cuero y sol.

Usted se asombra, capitán, que me quiera volver,

un alarido de malón me reclama la piel.

Yo me hice india y ahora estoy más cautiva que ayer.

Quiero quedarme en el dolor de mi gente ranquel.

Yo no soy huinca, capitán, hace tiempo lo fui.

Deje que vuelva para el Sur, déjeme ir allí.

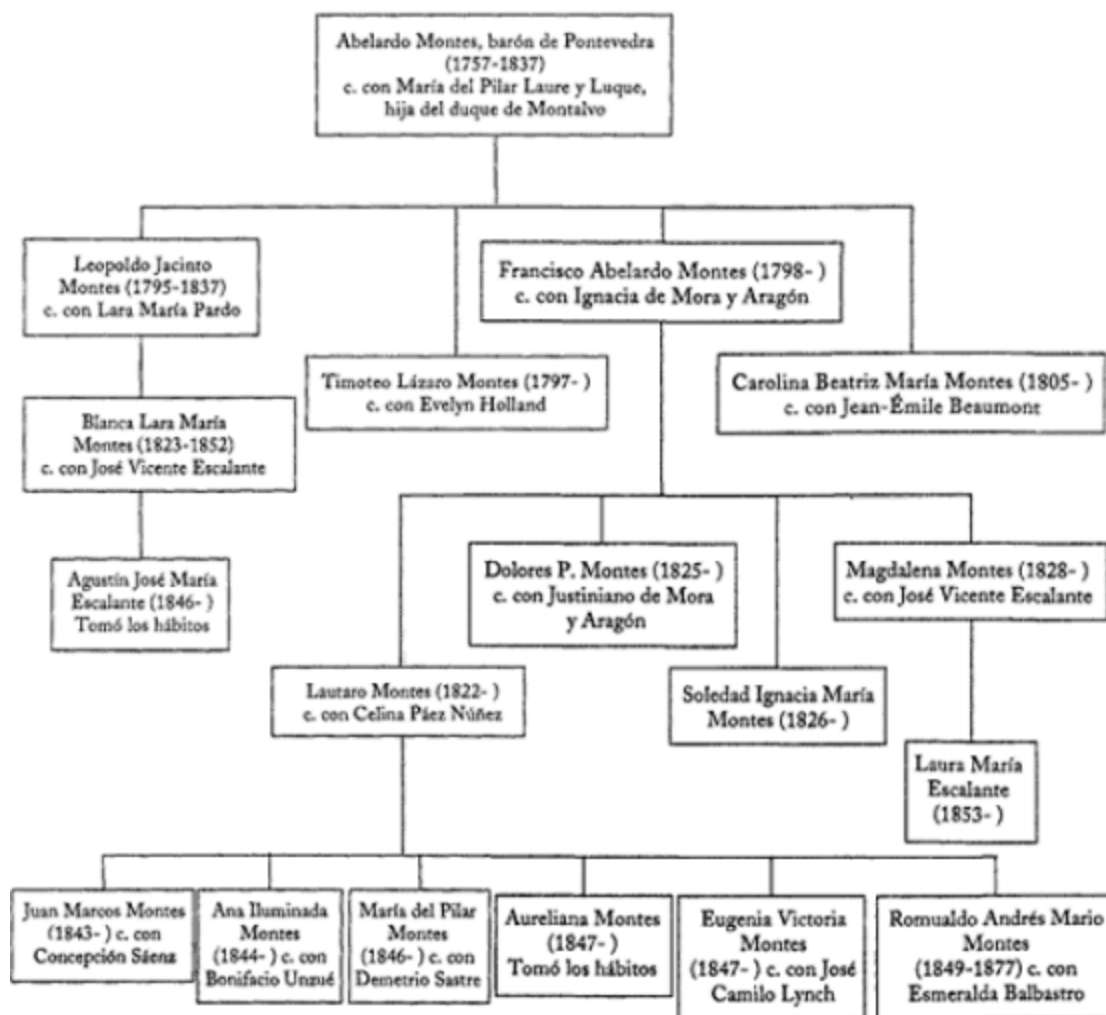
Dorotea, la cautiva

de Félix Luna



Árbol genealógico de la Familia

Montes



CAPÍTULO I.

Una voluntad poderosa

La tarde que Laura Escalante recibió el telegrama del padre Donatti no pudo evitar que su madre, sus tías y su abuela se enteraran. Incluso debió leerlo en voz alta. «agustín grave. carbunco. avisa general escalante. padre donatti.» El sacerdote lo había despachado en la villa del Río Cuarto, donde se hallaba el convento franciscano en el cual él y Agustín vivían desde hacía casi cinco años.

Las cuatro mujeres permanecieron calladas, mientras Laura repasaba las líneas en silencio. Al levantar la vista, descubrió el semblante fosco de su madre, ese ceño que conocía bien y que le dio a entender que olvidara lo que acababa de ocurrírsele.

–El carbunco es muy contagioso -informó tía Soledad.

–Y en ciertos casos, mortal -agregó tía Dolores, con aire de pitonisa en oráculo.

–No irás a verlo -expresó Magdalena, la madre de Laura.

–¿Es que se te había cruzado la idea por la cabeza? – preguntó la abuela Ignacia, con ese acento madrileño que, después de casi cincuenta años en Buenos Aires, no perdía por orgullo.

–Agustín es mi hermano -tentó la muchacha.

–Medio hermano -arremetió Soledad.

–E hijo de una cualquiera -completó Dolores.

–Bueno, bueno -terció Magdalena, que prefería no recordar a la primera mujer de su esposo ni siquiera para denostarla; ya suficiente tenía ella con sus celos y rencores-. Lo cierto es que no irás, yo no puedo acompañarte y tú sola no pones un pie fuera de esta casa.

En otra ocasión Laura habría comenzado un pleito, pocas cosas la estimulaban tanto como polemizar con “el cuarteto de brujas”, apodo que María Pancha, la criada, usaba para referirse a las patronas mayores. Esta vez, el desánimo por la noticia de la enfermedad de Agustín la guió al interior de la casona sumisa y silente, con los ojos cálidos y la boca trémula. Las mujeres la contemplaron partir y luego retomaron sus bordados.

—¿Quién le avisará a Escalante? — habló Soledad, que se animó a expresar lo que las otras no.

Las miradas se posaron en Magdalena, que siguió afanada en su labor de encaje a bolillo.

—Hace años que Escalante no habla con su hijo -expresó a modo de excusa y sin levantar la vista-. Desde que Agustín tomó los hábitos -añadió, como si sus hermanas y su madre no lo supieran.

—¡Qué hombre tan impío! — soltó Ignacia, expresión que siempre usaba para manifestar la aversión por su yerno. En otros tiempos no había sido así, pero de eso hacía muchos años.

—Si estuviese tía Carolita ella podría escribirle -aportó en vano Soledad, pues tía Carolita se hallaba en París y no regresaría en varios meses.

Ninguna volvió a hablar. Se concentraron en los trabajos de pasamanería, encaje y bordado que les tomaban gran parte de la tarde y que María Pancha vendería al día siguiente en la Recova antes de ir al Fuerte a ofrecer a los soldados sus confituras y pasteles. Quienes comprasen los primorosos entredós, los encantadores cuellos con terminación de puntilla o los alamares para embellecer los trajes militares pensarían en la habilidosa negra María Pancha como la autora de tan delicados labores, pues revelar que las mujeres de la familia Montes trabajaban para sostenerse resultaba inadmisibile.

Laura escribía con celeridad en el tocador de su dormitorio. Nada quedaba del semblante compungido de momentos atrás. Poco había bastado para que

se le ocurriese una idea y se disponía a llevarla a cabo. Siempre se salía con la suya, como decía a menudo la abuela Ignacia.

María Pancha entró en el dormitorio de Laura y cerró la puerta con sigilo. Sabía lo del telegrama, por eso había llorado. La negra quería y respetaba a pocas personas, pero a Agustín Escalante, lo adoraba. Era su hijo, aunque no lo hubiese parido, porque, junto a la señora Carolina, lo había criado como propio. Se acordaba como si fuese ayer de la primera vez que lo había sostenido en brazos, recién nacido, o la ocasión del primer baño, o la de los primeros pasos en el solado de la casa de Córdoba. Recordó también la vez que, siendo un niño de cuatro años, tropezó y se cortó el mentón. Aunque asustado por la sangre, se había comportado valientemente y no había llorado mientras ella lo curaba con agua de Alibour. A los ojos de la negra, Agustín Escalante carecía de defectos. Se trataba de un ser noble, dulce y generoso, y al mismo tiempo sagaz y determinado. Y ahora le decían que estaba muriendo. La vida no podía ensañarse una vez más con su niño, no con alguien como él. Se cubrió el rostro y se puso a llorar de nuevo.

Laura se acomodó junto a María Pancha y le pasó el brazo por los hombros. Conocía el amor incondicional que la mujer le profesaba a su hermano. Ella misma lo quería entrañablemente. Agustín encarnaba una especie de héroe de cuentos a quien recurría en cualquier adversidad y que siempre la salvaba. La había encubierto en sus travesuras de niña o defendido de la ira de su madre, le había hecho más llevaderas las penitencias, regalado golosinas que Magdalena jamás habría consentido que comiese, prestado libros a los que ella no tenía acceso y enseñado a decir frases en latín. Los domingos, después de misa, la llevaba de paseo a la plaza y la mostraba con orgullo a sus amigos, que le habían tomado cariño, pues era una niña muy bonita y ocurrente.

Una tarde Agustín dejó la casa paterna en Córdoba y se confinó en el convento de San Francisco. Por algún tiempo no recibió a nadie en su celda y sólo se comunicaba por escrito con María Pancha. Laura creyó que su hermano había dejado de quererla y se apagó como un pabilo frente al viento, casi no comía y merodeaba por la casa sin saber qué hacer ni adonde estar. No era ella misma, le faltaba una parte fundamental de sí, su hermano mayor. Experimentó el repentino abandono de Agustín como una traición y,

en un arrebato de llanto y furia, le dijo a María Pancha que lo odiaba. Al día siguiente, la criada le anunció que Agustín deseaba verla, y a Laura volvieron a brillarle los ojos.

Debieron ir a escondidas al convento, porque el padre de Laura, José Vicente Escalante, había decretado que Agustín ya no era hijo suyo y que nadie de la familia volvería a tener tratos con él. Laura nunca había sido una niña obediente, y recibió esa orden con indiferencia. Durante una siesta, ella y María Pancha se escabulleron por el portón de mulas y corrieron hasta el convento, distante sólo pocas cuadras.

Las recibió el padre Donatti, confesor y amigo de Agustín, e hizo una excepción al permitirle a la pequeña encontrarse con su hermano. Lo aguardaron en el patio de la iglesia donde tantas veces Laura había jugado mientras su madre se confesaba con el padre Donatti. El convento de San Francisco era sólido y sobrio, y carecía absolutamente de aparatosidad y boato. El pórtico que daba al jardín tenía incluso las columnatas con la pintura descascarada y faltaban algunas tejas en la cornisa, como una encía sin dientes. Solía ir al convento con buena disposición; ese día, sin embargo, a Laura se le antojó que aquel recinto silencioso y simple había perdido el encanto de ocasiones anteriores, cuando el sol daba de lleno sobre el empedrado y las ramas de los jacarandaes parecían guirnaldas. Ese día estaba nublado y las flores eran un pegote sobre los adoquines. Su hermano se había vuelto loco al cambiar ese sitio por la comodidad y el lujo de su hogar. Ciertamente Agustín nunca había mostrado mayor inclinación por las riquezas y el poder del respetado general José Vicente Escalante; más bien se complacía en cuestiones que nada tenían que ver con los negocios del padre, lo que había erigido un muro entre ellos, una distancia y una frialdad que incluso Laura, en su corta edad, había notado.

Agustín las recibió en una sala pequeña desprovista de mobiliario y adornos, sólo una banqueta larga donde se sentaron los tres muy juntos. Laura se aferraba a la cintura de Agustín y lloraba a pesar de que se había propuesto no hacerlo. Su hermano había perdido peso, tenía la expresión más saturnina que de costumbre y se estaba dejando crecer la barba. Vestía una túnica de tela basta, color marrón, y sandalias.

–He decidido tomar los hábitos, Laurita -soltó Agustín.

Laura lo miró llena de espanto, mientras trataba de pensar en una frase contundente que lo hiciera cambiar de parecer, que le abriera los ojos y lo enfrentara a su error. Él no había nacido para llevar hábito ni para vivir entre las sombras de un convento.

–No podremos salir de paseo los domingos -intentó, pero se dio cuenta de que a Agustín no se lo movía un músculo de la cara-. Ni tampoco podrás estar con tus amigos ni jugar al billar en el café de los Plateros -probó esta vez, sin mayor esperanza, pues Agustín seguía inmutable.

–Nada de eso importa ahora, Laurita -expresó el muchacho, y su voz sonó tan tranquila y segura que Laura tuvo la certeza de que nada lo conmovería-. Lo único que deseo que sepas es que te quiero y que nunca dejaré de quererte. Y como sé que tú también me quieres, estoy seguro de que no te opondrás a que yo haga esto que deseo desde hace mucho tiempo.

Agustín no lo supo, porque Laura escondió bien sus sentimientos para no defraudarlo, pero esa tarde dejó el convento con el corazón hecho trizas. La casa ya no fue la misma sin él, ella tampoco. Incluso el adusto general Escalante, a quien aparentaba no importarle, se tornó meditabundo e introvertido, y pasaba más horas en su estudio con una botella de coñac como única compañía. Magdalena también echaba de menos las maneras contemporizadoras de su hijastro y su conversación entretenida. María Pancha, que culpaba al general de la decisión de Agustín, se retiró a los interiores de la casa y prácticamente no se mostraba durante el día. Una sombra pareció cernirse sobre la familia Escalante.

Con el tiempo, Laura entendió que no había sido Agustín quien dejó a la familia sino que la familia lo había abandonado a él. Desde entonces se afanó en mantener vivo el contacto con su hermano. Quería que Agustín supiera que al menos ella se interesaba, que al menos ella aún lo quería profundamente. Le enviaba largas cartas relatándole sus cotidianidades, canastas repletas de manjares que Agustín entregaba a los mendigos, libros que robaba de la biblioteca del general, roscas en la época de Pascuas y budines con pasas y nueces para Navidad, prendas de lana para el invierno -

estaba segura de que el convento de San Francisco era, sobre todo, un sitio gélido en los meses invernales- y camisas muy costosas de lino para el verano. Lo visitaba cada vez que ella y María Pancha lograban sortear la custodia de Magdalena y obtener los difíciles permisos del convento, pues hasta que no se ordenara, el contacto con los de afuera se retaceaba.

Laura había hecho de todo en aquella época, lo haría también ahora para llegar al convento de Río Cuarto y asistirlo en su enfermedad, así tuviera que pelearse con medio país. Le importaba un comino su madre, sus tías, su abuela y la familia Montes completa. Con respecto a su padre, hacía tiempo que no lo veía y ya se había acostumbrado a no tomarlo en cuenta. Él se ocupaba de sus negocios en Córdoba -eufemismo que Magdalena invocaba para disfrazar una separación de años- y Laura vivía en Buenos Aires, bajo la tutela de sus abuelos. La distancia y el tiempo hacían lo suyo, y casi no recordaba que le debía respeto y consideración. En realidad, Laura jamás había experimentado ese miedo cervical que atenazaba a la mayoría cada vez que el general Escalante pegaba unos cuantos gritos o fruncía el entrecejo. A su padre, ella había sabido domeñarlo. Ciertamente era que se habían encontrado en un punto de la vida del general en el cual el hombre venía «con el caballo viejo y cansado», como solía aceptar el mismo Escalante. Le escribiría avisándole de la enfermedad de Agustín, porque sabía que nadie de la familia lo haría, pero no esperaba respuesta y seguiría adelante con su plan

—No llores, María Pancha -pidió Laura más bien imperiosamente, y la negra se secó las lágrimas con el mandil-. Necesito que lleves esta carta ahora mismo. Es para Julián.

—¡Para cartas de enamorados estoy yo! – se mosqueó María Pancha, y le puso la esquila de nuevo en la mano.

—¡Qué enamorado ni que ocho cuartos! Julián es mi amigo, no mi enamorado, y porque es mi amigo, lo necesito ahora. Llévale la carta y espera la respuesta. Tiene que ver con Agustín -agregó.

—No voy si no me dices de qué se trata.

–Mi madre no quiere que viaje a Río Cuarto. Le pediré ayuda a Julián.

–¡Ay, Laura! – exclamó María Pancha, y miró al cielo raso-. ¿Por qué presiento que estás por meterte en un gran lío?

–¡Deja de hacer tanta alharaca! ¿Acaso no quieres estar con Agustín? – La mujer asintió-. Entonces, ayúdame y no me pongas obstáculos en el camino. Ya tengo y de sobra con el cuarteto de brujas.

Julián Riglos era *habitué* del café de Marcos, a la vuelta de la Plaza de la Victoria, a pasos del fragor y gentío de la Recova Nueva. Le gustaba pasar las últimas horas de la tarde sentado en la misma mesa, cerca de la ventana, polemizando con sus amigos, algunos tan aristocráticos como él, otros sin tantos blasones, pero con carisma e inteligencia suficientes para granjearse la simpatía del resto. Algunos no eran mozalbetes ya y hasta podían contar sus peripecias durante la época de Rosas, cuando la palabra muerte se escribía en una bandera roja como la sangre que se vertía casi a diario en San Benito de Palermo y en la Plaza de la Victoria. Se relataban anécdotas que a veces resultaban inverosímiles. Uno de estos parroquianos aseguraba que a su padre, por unitario, lo habían fusilado en Santos Lugares y luego le habían enviado a su madre, como presente, la cabeza en una caja con sal. Muchos habían pasado esos años en el exilio y guardaban una antología interminable de relatos que a Julián le fascinaba escuchar.

Hacía más de veinte años que Juan Manuel de Rosas había caído en Caseros al enfrentarse con las tropas del general Urquiza, y Julián, un joven de veintiuno en ese entonces, que estudiaba leyes en Madrid, poco sabía de todo aquello. Por eso disfrutaba las conversaciones del café en las que recogía información valiosa para el libro de historia argentina que escribía desde hacía algún tiempo. El trabajo resultaba arduo, porque siendo la Argentina un país tan joven, existían poca bibliografía y crónicas. Además, por momentos la trama de los hechos políticos se presentaba compleja y enmarañada, difícil de entender y peor aún de explicar. Solía permanecer despierto hasta altas horas de la noche reclinado sobre su escritorio, la vela prácticamente consumida y la casa en completo silencio, escribiendo con frenesí las ideas que como luces de relámpago le venían a la mente. Debía

retenerlas en ese instante sino desaparecían tan deprisa como habían llegado. Un momento después, repentinamente cansado, dejaba la pluma en el tintero, cerraba el cuaderno de notas y se ponía a pensar en Laura Escalante.

El visitaba a Catalina del Solar para la época en que conoció a Laura. Fue un encuentro casual. Una niña de no más de trece años que caminaba de la mano de su criada por la calle del Potosí lo dejó como petrificado cuando la vio desde su mesa en el café de Marcos. Se notaba que no era de la ciudad, miraba a su alrededor con fascinación y sorpresa, le comentaba a la criada y le señalaba los edificios y a los transeúntes como si aquello fuera parte de un mundo ignoto que se le revelaba esa mañana. Le brillaban los ojos oscuros, y las mejillas sonrosadas acentuaban su condición de niña. Los bucles color de trigo rebotaban sobre sus hombros al ritmo de un paso retozón.

Julián arrojó unas monedas sobre la mesa y dejó el lugar sin despedirse. La habría alcanzado y preguntado el nombre si el gesto de la criada que la acompañaba hubiese sido menos hostil. Era una negra de buena estampa: alta, delgada aunque con grandes pechos y caderas redondeadas; caminaba muy erecta, como desafiando; la mota al rape mostraba una cabeza de huesos perfectos, y las facciones no resultaban tan primitivas como las de otros africanos. «Quizá, – pensó Riglos-, sangre blanca corre por sus venas.» Calculó que rondaría los cuarenta. Llevaba un mandil impoluto y estaba bien calzada, lo que le llamó la atención. Con una mano conducía a la niña, mientras con la otra aferraba una canasta vacía. Iban de compras al mercado.

Julián las siguió lo que duró el trayecto, preguntándose a cada paso si había perdido la cabeza: él, todo un hombre de treinta y cinco años, con cuestiones importantes que zanjar en su bufete, persiguiendo a una mocosa y a su sirvienta. Pero a medida que se les acercaba y que conseguía observar con detalle a la niña, incluso oírle la voz, se le acallaba el raciocinio y continuaba guiado por un deseo irresistible de tocarle la piel de la mejilla.

Enfilaron rumbo al barrio de la Merced, donde vivía lo más granado de la sociedad. Al pasar frente a la iglesia de San Ignacio, la niña bajó el rostro y

se persignó. Tomaron por la antigua calle de la Santísima Trinidad, recientemente nombrada como “de San Martín”, y, antes de cruzar la de Cangallo, entraron en casa de los Montes, una de las familias más tradicionales de Buenos Aires. De hecho, Julián conocía a don Francisco Montes y a su mujer Ignacia, al resto de la parentela también. Se preguntó, muy intrigado para entonces, quién podría ser aquel ángel.

Fue la misma Catalina del Solar, su prometida, la que lo puso al tanto de que Magdalena Montes, la menor de don Francisco, casada con el general José Vicente Escalante, pasaba una temporada en casa de sus padres junto a su hija.

–Una temporada más bien larga ya que se comenta que dejó Córdoba porque no andan bien las cosas con el general -agregó doña Luisa, la madre de Catalina, que, si bien mujer afable y cariñosa, poseía el mal hábito de interesarse por el lado oscuro de la vida de las personas y darlo a conocer sin el más mínimo sentido de la discreción.

–Me extraña, doctor Riglos -prosiguió la matrona-, que no recuerde a Laurita Escalante, la niña que protagonizó semejante escándalo dos años atrás, cuando pasaba unas vacaciones en casa de sus abuelos. Usted debe de recordar aquel suceso. Ella y su primo Romualdo...

–Mamá -se impacientó Catalina-, el doctor Riglos no tiene por qué recordar las travesuras de cada niña de esta ciudad.

–¡Vaya travesura! – bufó doña Luisa.

En los preparativos para el festejo por el día de la Independencia que su padre organizaba cada año, Julián se encargó personalmente de la invitación para los Montes. La llevó un miércoles a las cuatro de la tarde, hora en que la señora Ignacia abría su salón a las visitas. Para su gran desencanto, no halló al ángel de bucles color de trigo entre las mujeres que se apoltronaban en la *bergère* con bastidores y agujas de bordar en las manos. Lo invitaron a sentarse y beber chocolate. Conversaron de nimiedades hasta que Julián se dirigió a Magdalena para preguntarle por su hija.

–Me han comentado que es una niña muy bonita -dijo, tratando de sonar lo más casual posible.

–Y muy malcriada -agregó doña Ignacia.

–¿Cómo se llama? – insistió Julián.

Se escuchó una vocinglería, luego un correteo en el patio y en el pasillo. La conversación se interrumpió y las mujeres intercambiaron miradas de vergüenza. Magdalena soltó el bordado con gesto de indignación, apenas sí se disculpó y caminó a paso rápido hacia los interiores de la casa. Antes de que llegara a la puerta, un torbellino de muselina rosa y bucles de oro irrumpió en la sala y terminó en sus brazos. Era el ángel. Julián se puso súbitamente de pie.

–¡Mamita! – exclamó la niña, con la voz y el semblante más alegres que Julián recordaba haber escuchado y visto.

–Despacio, hija -ordenó la madre, refrenando las ganas de zamarrearla-. ¿No ves que el doctor Riglos ha tenido la deferencia de visitarnos?

–¡Compórtate, niña! – exclamó la abuela Ignacia, sin tantos remilgos para ocultar el fastidio.

–Discúlpela, doctor Riglos -suplicó Magdalena, mientras guiaba a Laura hacia el interior de la sala-. En Córdoba no teníamos posibilidad de departir en buena sociedad. Mi hija no está acostumbrada.

Julián reparó en la conjugación en pasado del “teníamos” y barruntó que la visita de la señora Escalante a casa de sus padres se prolongaría por tiempo indefinido, tal y como la señora Luisa del Solar había presagiado. Julián olvidó rápidamente sus conjeturas y enfocó la atención en la niña, que parecía una adorable muñeca de porcelana, de esas que había visto en Brujas tiempo atrás. Notó particularidades que no había tenido oportunidad de advertir aquella mañana en el Centro. Algunas pecas le moteaban la nariz, pequeña y recta. Le encantó la forma de los labios, aunque pensó que de seguro resultarían demasiado gruesos para los gustos de la época.

Llevaba un vestido sencillo de muselina rosa pálido y botines blancos con los cordones desatados.

–Le presento a mi hija, doctor Riglos. Su nombre es Laura

–Un verdadero placer, señorita Laura. – E hizo el ademán de besarle la mano.

–Te pareces a mi hermano Agustín, aunque él es más guapo que tú. Estudia para ser sacerdote. De la orden de San Francisco. Por eso ahora soy más devota de San Francisco que de cualquier otro santo. María Pancha me mostró una iglesia que está aquí cerca que se llama San Francisco, y ahí iré a misa todos los domingos. Mi hermano me enseñó a decir cosas en latín. Sé decir: *Alea jacta est*, que es

–...lo que dijo Julio César al cruzar el Rubicón -completó Julián, y debió sofrenar la risotada que le trepaba por la garganta ante la expresión de Laura.

–¿Tú también sabes latín?

–¡Deja de tutear al doctor Riglos! – habló tía Soledad al ver que doña Ignacia se encontraba incapacitada de pronunciar palabra; el descaro de su nieta había conseguido dejarla muda.

–Y por supuesto que el doctor Riglos sabe latín -agregó tía Dolores-. Cualquier hombre decente lo sabe.

–Llaman a María Pancha. Que se lleve a esta niña -ordenó Ignacia, al recobrar el habla.

Sin hacer el menor caso a las reprimendas y órdenes, Laura se sentó al lado de Julián. Lo miró de hito en hito, a sabiendas de que no debía hacerlo. Aquel hombre, tan parecido a su hermano mayor, era lo más interesante que había conocido en Buenos Aires.

–Dime, Laura -empezó Julián-, ¿sabes el significado de lo que tan bien has

dicho en latín?

–Por favor, doctor Riglos, no le haga caso -intervino Magdalena-. Laura es una impertinente. Ya vendrá la criada y se la llevará.

–Nada de eso, señora Escalante -se atrevió a contradecir Julián-. Creo que su hija es una jovencita muy simpática y culta.

–Significa: «La suerte está echada» -respondió Laura, con aire de orgullo.

–¿Y sabes qué dijo Julio César a su protegido Bruto antes de que éste lo matara?

Laura negó con la cabeza, cada vez más entusiasmada con el invitado de la abuela Ignacia. No sólo le recordaba a Agustín y sabía latinismos sino que parecía dispuesto a enseñárselos. Quizás hasta la llevara a pasear los domingos después de misa.

–Julio César le dijo a Bruto -continuó Julián-: *Tu quoque, fili mi!*, que quiere decir: «¡Tú también, hijo mío!»

–*Tu quoque, fili mi!* -imitó Laura, como recitando-. *Tu quoque, fili mi!*

Apareció María Pancha y se llevó a Laura, que continuó repitiendo la exclamación del César moribundo hasta que su vocecita se perdió en el primer patio. La desilusión de Julián y la incomodidad de las señoras pusieron punto final a la visita.

El siguiente domingo, Julián fue a misa de diez en San Francisco, a pesar de que su familia era asidua concurrente de la de San Ignacio, la iglesia más refinada. A la salida, en el atrio, se presentó ante la niña y su inseparable *chaperon*, la negra María Pancha. La encontró adorable con su mantilla de encaje y el vestido en tonalidad malva. Llevaba un breviario primoroso con tapas de nácar y un rosario de perlas enredado entre los dedos. Se mostró tan efusiva y abierta como la tarde del miércoles en el salón de su abuela y le agradeció que le hubiese enseñado esa frase tan interesante de Julio César. Ya le había escrito a Agustín contándole acerca de él, de cuánto se le

parecía y de que también le enseñaba latín. Laura aceptó encantada ir de paseo a la Alameda por la tarde. Le habían hablado maravillas de ese lugar a orillas del río de la Plata, con sus arboledas y colchón de gramilla, donde las señoritas, protegidas por parasoles y pamelas, extendían grandes sábanas y se sentaban a disfrutar de las delicias que les habían preparado sus cocineras, tentando a los galantes caballeros que se arrimaban a saludarlas. En la imaginación de Laura, el paseo de la Alameda era un sitio de fábula, más allá de las opiniones de tía Soledad y tía Dolores que insistían en que ya no era lo que antes, con “intrusos” de la peor ralea atestándolo a cualquier hora.

María Pancha, que mantenía unos pasos de distancia, no perdía el hilo de la conversación. Ella no era vieja, pero había vivido suficiente para saber que ese tal Riglos tenía pocas intenciones de parecerse al hermano de Laura. Se preguntó cuántos años tendría. Ciertamente, ya había pasado los treinta. Eso hacía una diferencia de alrededor de veinte años con su niña Laura. «¡Sobre mi cadáver Laurita se casará con un viejo verde!», se juró.

Todas las tardes de domingo, Julián pasaba a buscar en su birlocho nuevo a Laura y a María Pancha. Luego, recogían a Catalina del Solar y se dirigían a la Alameda. Julián refrenaba los caballos, elegía el camino más trafagoso y así dilataba los minutos previos antes de llegar a lo de su prometida. Amaba conversar con Laura, que se sentaba junto a él en el pescante y lo tomaba del brazo. La negra María Pancha se acomodaba en los asientos del carruaje y, a causa del ruido de los cascos y de la gente, poco escuchaba lo que ellos platicaban.

Catalina no sospechaba que Julián estaba perdidamente enamorado de Laura. Para ella, Laurita Escalante era una especie de hermanita menor a la que adoraban y sacaban a pasear para alejarla de las prédicas de la señora Ignacia. Laura, por su parte, admiraba a Catalina y le repetía que de grande quería ser como ella. Esa devoción de la niña hacia su prometida molestaba sobremanera a Julián, que hubiera preferido escenas de celos y riñas.

Estaba volviéndose loco a causa de lo que sentía por esa niña veintidós años menor que él, que quizá ni siquiera era púber. Los pechos apenas le despuntaban bajo el justillo, como pequeñas protuberancias poco estéticas.

Su cara no era la de una mujer. Si bien de una belleza exquisita, las facciones conservaban la candidez de los años de la infancia. Pensaba como una niña, hablaba como una niña, se comportaba como una niña, saltaba y jugaba como una niña. Tenía sólo trece años y él era un hombre ya, agobiado de responsabilidades y presiones familiares.

Como último recurso, dejó de verla. No volvió a encontrar excusas para visitar lo de Montes y suspendió los paseos a la Alameda los domingos. Regresó a las misas de San Ignacio y, cuando desde la ventana del café de Marcos la veía pasar hacia la Recova de la mano de María Pancha, daba vuelta la cara y pedía un trago fuerte al camarero. Se atormentaba de noche pensando en ella y, una vez conciliado el sueño a duras penas, dormía mal, con pesadillas inexplicables y espantosas. Se levantaba sudado y con taquicardia.

Una mañana, apenas pasadas las doce y media, luego de atildarse especialmente, partió rumbo a lo de Montes. Sabía que doña Ignacia y sus hijas asistían a la misa de una en San Ignacio, de acuerdo a las costumbres más arraigadas en las familias decentes. De seguro, la encontraría sola. Le abrió la puerta María Pancha, que al mirarlo le dijo con los ojos lo que no hizo falta expresar con palabras. Julián se dio cuenta de que le tenía miedo. Se quitó el sombrero y bajó el rostro, sin atreverse a cruzar el portal. La criada se hizo a un lado y, con una ademán de mano, le indicó que pasara.

—Voy a buscarla -anunció-. Está jugando a las muñecas en su dormitorio.

Laura apareció en la sala con dos muñecas, que soltó sin mayor cuidado sobre la *bergère* para arrojarle a los brazos de Julián. Él la recibió y la apretujó fuertemente, apoyando la mejilla en la cabeza de la niña. Lucía contenta y no parecía haberlo echado de menos, lo que lo mortificó. Sin embargo, Laura le recriminó esas semanas de lejanía y le preguntó por qué había vuelto a las misas de San Ignacio. Sin prestar demasiada atención a los pretextos de Julián, se sumergió de lleno en el tema que la apasionaba por esos días sus dos muñecas nuevas, una regalo de su tía abuela Carolita y la otra de su padre. Le pidió que la ayudara con los nombres. Se mostraba especialmente encariñada con la de su padre, pese a que la de tía Carolita era mucho más linda, comprada en París. Le mostró los trajecitos que

llevaban, la ropita interior con encaje y los zapatitos de raso, y lo comprometió a que le comprara unos vestiditos en la mercería de Fito Gonzalves, donde María Pancha ya había comenzado a vender las labores.

Entró la criada en la sala con una bandeja que presentó ante Laura y Julián. Había una copa con licor y otra con leche. Antes de tomar la copa, Julián levantó la vista para encontrar nuevamente los ojos oscuros de María Pancha, que parecían horadarlo. Laura bebió de un trago la mitad de la leche y le quedaron bigotes blancos que limpió con el dorso de la mano

–Está al llegar tu profesor de piano, Laura -recordó la criada-, y aún no te has preparado.

Julián apenas si dio dos sorbos al licor y se puso de pie. Laura se desilusionó por la corta visita y le suplicó que se quedara a escucharla tocar el piano. Nada deseaba más que quedarse, pero interpuso una excusa de trabajo y salió de la casa de los Montes como despavorido. Al llegar a la esquina, se aflojó el plastrón, se quitó el sombrero y se enjugó el sudor de la frente. Más compuesto, tomó por la calle de la Piedad rumbo a lo de Catalina del Solar.

Se casaron tres meses más tarde en la iglesia de San Francisco a pedido expreso de Laura, aunque las reglas del buen tono dictaban que las bodas se celebraran en la intimidad de los hogares. Pero la niña se encontraba más excitada que la novia, y su entusiasmo y afabilidad contagiaban al resto, que terminaba por concederle cualquier deseo. La mañana de la boda se levantó muy temprano a cortar los azahares del jardín de la abuela Ignacia que Catalina llevaría al entrar en la iglesia. María Pancha la ayudó a preparar el ramo, que, luego de atar con cintas de raso blanco, acomodaron en una caja entre algodones y enviaron a lo de Catalina con Eusebio, el cochero de don Francisco.

Julián vio a Laura tan radiante y hermosa aquella mañana que un arrebató casi lo lleva a abrazarla y besarla frente a su parentela y a la de la novia. Conversaba resueltamente y gesticulaba más de lo apropiado. Muchos la escuchaban, y doña Luisa, para esponjarla, aseguraba que Laurita había colaborado en los preparativos de la boda. La mujer le había tomado cariño

a la hija de Magdalena, más por compasión que por simpatía, pues, según afirmaba, la situación de la niña Escalante era de lo más inconveniente y comprometida.

Esa alegría de Laura le dolía a Julián profundamente. Se reprochó no haberla esperado, cinco o seis años habrían bastado. Para esa época él ya sería un cuarentón, ella una joven preciosa de casi veinte. El apremio de su familia y la de su novia después de tanto tiempo de compromiso habían ayudado a declinar la idea de la espera. De todos modos, trató de convencerse, Laura jamás encarnaría el tipo de esposa que él necesitaba: demasiado atrevida, orgullosa, caprichosa y rebelde. Catalina, en cambio, hablaba o callaba en el momento oportuno, era mesurada y condescendiente, y no mostraba esa afición demencial por los libros ni esas ansias incontrolables de aprenderlo todo que hacían de Laura un ser completamente distinto. Sin embargo, Julián terminó por aceptar que aquellos rasgos tan inadecuados de Laura eran los que lo fascinaban. Pero más allá de las presiones familiares, de lo conveniente del matrimonio con Catalina o de lo inconveniente de la personalidad y situación de Laura, lo desasosegaba día y noche el presentimiento casi certero de que, aunque esperase a Laura una eternidad, ella jamás lo amaría ni lo desearía con la intensidad que él la amaba y deseaba. Lo veía siempre como a un hermano mayor, el que había suplido magistralmente la falta del mentado Agustín Escalante.

Catalina resultó la esposa complaciente, abnegada y dulce que él había imaginado, mientras Laura, con los años, se abrió en la flor que él también había imaginado. Las protuberancias poco estéticas se convirtieron en dos senos prominentes y llenos, que los escotes de los vestidos parecían incapaces de contener. La cintura se le afinó notablemente y se le redondearon las caderas. María Pancha ya no le rizaba el cabello sino que se lo trenzaba y recogía a la altura de la nuca. Los contornos del rostro habían perdido los últimos vestigios de puerilidad, y ahora los pómulos y los labios eran los de una mujer.

Julián debía soportar en silencio estoico los comentarios de sus amigos y de los hijos de sus amigos respecto de la hija del general Escalante. Su belleza exótica centraba las conversaciones en el café algunas tardes, y Julián se

volvía taciturno y callado en esas ocasiones. Los hombres coincidían en que la Escalante, aunque hermosa y divertida, resultaba demasiado impetuosa, inteligente y pobre. Era famosa la batahola que había tenido lugar en lo de Montes cuando Soledad y Dolores encontraron en un arcón debajo de la cama de Laura un ejemplar de *Lélia* y otro de *Indiana*, dos de las novelas más escandalosas de George Sand, que la Iglesia había condenado públicamente y sumado al Index. La insatisfacción sexual de las protagonistas, casadas con esposos seniles y repulsivos, y las ansias por escapar de un mundo mediocre y poco estimulante, empantanado en prejuicios y preconcepciones, formaban parte del tenor de los argumentos de *Lélia* e *Indiana*, que terminaron ardiendo en el fuego de la cocina, mientras Laura lloraba y maldecía en su dormitorio, de donde tenía prohibido salir hasta nueva orden de la abuela Ignacia. Nadie lo mencionaba en presencia de Julián, pues conocían el amor fraternal que lo unía a la joven, pero los hombres creían que Laura Escalante habría sido la *cocotte* perfecta de un caballero de sociedad.

Julián nunca llegó a amar a Catalina, pero sí a tomarle sincero cariño, por eso se desoló la noche que su mujer murió de fiebre amarilla, una víctima más de la epidemia que devastó a Buenos Aires y al litoral del país durante 1871. Meses atrás Catalina había sufrido un aborto espontáneo, y la pérdida de sangre la había dejado débil y vulnerable. Cuando comenzaron los síntomas de la fiebre, el doctor Olivera previno a Riglos de que no existían mayores esperanzas. Eduardo Wilde, médico y amigo de Julián, ratificó el diagnóstico de su colega.

Laura fue de las que ayudó a preparar el cuerpo de Catalina del Solar. La desnudaron y limpiaron con agua de lavanda, le colorearon delicadamente las mejillas con carmín y le adornaron la frente con una tiara de rosas rococó. La vistieron con su traje de novia, y Laura volvió a cortar azahares del jardín de la abuela Ignacia para confeccionar el ramo que Catalina llevaría sobre el pecho. La velaron en casa de sus padres y la enterraron en el cementerio de los Recoletos Descalzos. Los del Solar no hallaban consuelo, siendo como era la única hija mujer. Doña Luisa se negaba a aceptar que Catalina ya no existía, y Laura no se apartó de ella en lo que duraron las ceremonias y ritos. Aunque se acercó a Julián para consolarlo y darle el pésame, lo notó extrañamente esquivo y ensimismado.

Julián albergaba una gran culpa. Muchas veces, arrepentido de su boda con Catalina y muriendo de amor por Laura, había deseado recuperar la libertad. Ahora, sin embargo, un vacío inexplicable le ocupaba el alma. La echaba de menos. Quería regresar del bufete y hallarla en la sala sentada en su confidente leyendo la vida de algún santo o bordando manteles. Quería escuchar su voz suave y dulce que tantas veces lo había serenado. O sentir el calor de su mano cuando le acariciaba la mejilla. Durante esos años había tenido un tesoro bajo las narices y no lo había apreciado, en cambio había deseado enfermizamente a una niña que sólo buscaba en él la figura paterna que le faltaba. La culpa y el arrepentimiento lo tornaron hosco y meditabundo, y sólo conseguía tranquilidad cuando se sumergía en la investigación para su libro sobre historia argentina que lo mantenía despierto gran parte de la noche.

En los días que siguieron a la muerte de Catalina, Laura trató en vano de hablar con Julián. Lo visitó en su casa, pero el ama de llaves le informó que el señor se encontraba indispuesto y que no la recibiría. Cambió la misa de San Francisco por la de San Ignacio, pero tampoco lo vio allí. Marchó una mañana al bufete y el asistente de Julián le mintió que el doctor Riglos estaba de viaje. Laura terminó por aceptar que, a causa de una inexplicable razón, Julián Riglos no quería verla, y decidió apartarse por un tiempo.

Julián supo que Laura Escalante se había comprometido con Alfredo Lahitte un mediodía que almorzaba en casa de su suegra. Nadie lo advirtió, pero la noticia le hizo perder los colores y, aunque sus parientes políticos continuaron comentando, Julián no escuchaba. Un repelús le puso la piel de gallina y una pesadez en la boca del estómago le impidió seguir comiendo. Lo crispaba el sonido de los cubiertos que golpeaban la vajilla o el de la gente que masticaba, y la voz chillona de doña Luisa le llegaba a los oídos como un zumbido molesto. A punto de levantarse de la mesa y abandonar lo de del Solar, la llegada inopinada de Laura lo devolvió a su silla.

La joven se disculpó por la demora y tomó asiento frente a Julián, a quien apenas saludó con una inclinación de cabeza. Enseguida, y mientras la servidumbre llenaba el plato de Laura, doña Luisa retomó los detalles del noviazgo más popular de la temporada y, sin mayores comedimientos ni

modestia, se achacó la conveniente unión, pues, según afirmaba, ella había jugado el papel de celestina. Laura sonreía y afirmaba con la cabeza. Sólo Julián, que la conocía tanto, leyó en su expresión que no era feliz.

Luego del café, y cuando la reunión declinaba, Laura anunció que se marchaba, y Julián ofreció acompañarla. Caminaron en silencio. Habían pasado casi dos años de la muerte de Catalina y aun más desde la última vez que habían conversado y reído juntos. Con todo, durante el trayecto en el que no dijeron palabra, ninguno se sintió incómodo o intimidado, por el contrario, los envolvía un halo de serenidad.

Al llegar a lo de Montes, Laura fue la primera en hablar para invitar a Julián a beber limonada. En el patio, se sentaron en el poyo junto al aljibe, y Laura recordó que muchas veces lo había hecho sobre las rodillas de Julián. Ahora ella era una mujer y Julián Riglos, un hombre. Sola había vislumbrado los motivos del alejamiento después de la muerte de Catalina, y María Pancha había terminado por echar la luz que faltaba sobre ellos. Por eso, cuando Julián le tomó las manos esa tarde y le dijo que la amaba, que la había amado siempre, Laura no se sorprendió. Julián le pidió que dejara a Lahitte y que se casaran de inmediato, no tenían por qué esperar, nada les impedía ser felices, él cuidaría de ella y la convertiría en una reina, le daría lo que se le antojase y más, nada le faltaría. Pero Laura se negó repetidas veces. Y cuando Julián, casi perdiendo los papeles, la increpó al preguntarle qué tenía Lahitte que a él le faltaba, ella le contestó sin mirarlo:

—A ti te quiero como a un hermano, mientras que a Lahitte no lo quiero de ninguna manera.

—¿Por qué te comprometiste con él entonces? — se desesperó Julián.

—Tú sabes por qué, no me hagas decirlo.

Julián la abrazó y le besó la mejilla con la única intención de ahuyentar de ella la sensación de tristeza, de desamparo y soledad. Se reprochó esos años de inútil alejamiento y el esfuerzo por no amarla. Sólo había conseguido lastimarla y lastimarse. Se había comportado como un resentido y un patán al dejarla sola en medio de tanta adversidad. La había castigado cuando ella

no era culpable, ¿o acaso podía achacarle a Laura su propia estupidez? Se retractaría, le pediría perdón, Laura debía saber que ahí estaba él para ayudarla, que siempre estaría, pero no pudo hablar, y Laura entendió el ímpetu de su abrazo.

La noche del telegrama del padre Donatti, Laura no dudó en escribir una esquela a Julián pidiéndole ayuda. María Pancha se escurrió de la casa sin levantar sospechas y caminó a paso rápido hacia el café de Marcos, donde sabía que hallaría a Riglos. Tomó unos alfeñiques del bolsillo del mandil, se los dio al niño que cuidaba los caballos y le pidió que entrara en el café y buscara al doctor Riglos. A poco, Julián estuvo en la calle, con el gesto desencajado.

—¿Le pasó algo a Laura?

—Nada a ella, pero sí a su hermano Agustín. Aquí se lo explica -y le entregó el sobre.

Julián leyó la nota y se quedó pensando. Acordó con María Pancha encontrarse a medianoche en el portón de la casa de Montes, por donde antiguamente entraban los coches. Regresó al café, pero como no pudo concentrarse en las anécdotas de sus compañeros, pagó la cuenta y se marchó. Anduvo sin rumbo sobre el lomo de su zaino por las calles del barrio de la Merced a la espera de que trascurrieran las dos horas que faltaban para la cita. A metros de la ochava donde se hallaba la parte trasera de lo de Montes, vislumbró las figuras de dos mujeres envueltas en sus rebozos.

Al ver a Riglos, Laura avanzó unos pasos, se quitó la capucha y le sonrió.

—Gracias por venir -dijo a modo de saludo, y le tomó las manos-. Sabía que podía contar contigo.

—Creo que lo que estás por hacer es una locura y no voy a ayudarte esta vez.

Laura lo soltó. ¿Es que no se daba cuenta de la urgencia del problema? ¿Tan difícil resultaba entender que su hermano estaba gravemente enfermo y que

ella quería cuidarlo y acompañarlo? ¿Por qué, siendo una mujer sana y fuerte, no disponía de su vida y de su destino? Otros cuestionamientos se le atragantaron, pero no perdería tiempo en discusiones. Ella y María Pancha dejarían Buenos Aires muy temprano a la mañana siguiente y, aunque no tenía la menor idea de cómo lo haría sin la ayuda de Riglos, expresó con aire de ofendida:

–Está bien, no te preocupes, si tú no me ayudas ya encontraré el modo de llegar a Río Cuarto por mi cuenta.

Dio media vuelta, dispuesta a regresar a su casa. Julián la sujetó por el brazo y, cuando Laura volteó a verlo, supo que la batalla estaba ganada.

–Te voy a ayudar -claudicó el hombre-. Pero, ¿eres consciente de la catástrofe que se te vendrá encima? ¿Qué dirá Lahitte? Se pondrá como una fiera, y con razón.

–No lo defiendas, tú no eres amigo de Lahitte, ni siquiera te cae bien. Lahitte está en Carmen de Areco, en el campo, con su padre, y yo no puedo esperar a que regrese. En el ínterin mi hermano Agustín... En fin, no puedo esperar -resolvió, y bajó el rostro para ocultar que le brillaban los ojos-. Lo único que te pido es que me prestes un poco de dinero, lo suficiente para pagar el pasaje en la diligencia y para mantenerme en Río Cuarto. Si tuviera tiempo, vendería mis arracadas de esmeraldas a Florencia Thompson; siempre le han gustado, pero no cuento con tiempo y por eso debo recurrir a ti.

–Laura, Laura -murmuró Julián, y le apretó los hombros-, no te justifiques. Hiciste muy bien en recurrir a mí, ya te dije que te voy a ayudar. Lo único que quiero es que sopeses las consecuencias de lo que vas a hacer, no quiero que luego te arrepientas y sea imposible volver atrás. ¿Te imaginas lo que dirá Lahitte? – insistió, al entrever con mayor claridad la baladronada de Laura-. Quizá hasta quiera romper el compromiso. ¿Y tu madre? No quiero ni pensarlo.

–Escúchame bien, Julián: iré a Río Cuarto a como dé lugar, y nada ni nadie me impedirá estar con mi hermano en este momento.

No quedó resquicio para una nueva queja o intento de disuasión. Como siempre, Laura zanjó la cuestión yendo al grano y hablando sin rodeos. Ahora debían programar en pocas horas un viaje de varios días. Julián se llevó la mano a la frente y meditó las mejores alternativas.

–Aunque el Ferrocarril Andino llega hasta Río Cuarto, me parece conveniente que vayamos en mi coche -manifestó finalmente.

–¿Vendrás con nosotras? – se alegró Laura.

–Por supuesto -respondió Julián-. Jamás te dejaría sola en semejante aventura. Mañana a las seis estaré esperándolas en la esquina de Cangallo y Reconquista.

–¡Ah, no! – soltó María Pancha-. No iré a ninguna parte sin oír la misa del buen viaje. Ya lo hice una vez hace muchos años y me fue muy mal. No cometeré dos veces el mismo error -se empacó, y por más que intentaron persuadirla de la conveniencia de salir apenas hubiese amanecido, se mantuvo firme en esa tesitura.

Decidieron partir a las siete, luego de la misa del buen viaje, la cual, según órdenes de María Pancha, debían oír los tres. Nadie durmió esa noche. Laura metió su ropa, libros y demás bártulos dentro de un baúl pequeño, mientras María Pancha hizo otro tanto en una sábana que ató con dos nudos; también preparó una espuerta repleta de mejunjes, brebajes y tónicos que, pensó, serían los apropiados para sanar a su niño Agustín.

Julián Riglos llegó a su casa alrededor de las dos de la madrugada y de inmediato despertó a su sirviente, que le preparó la maleta mientras él escribía las directivas para su asistente, a cargo del bufete y otros negocios. Por fortuna, durante los meses estivales todo se mantenía tranquilo. Lacró el sobre y lo entregó a su criado, con la orden de llevarlo personalmente al día siguiente. Más tarde, decidió tomar un baño, quizá el último decente en mucho tiempo. En la tina, con el agua hasta el cuello, Julián distendió los músculos, cerró los ojos y vio a Laura. Compartirían varios días. Ella dependería de él, como una esposa del marido. Él la protegería, pagaría sus

gastos y los de su hermano, la acompañaría en los duros momentos que se avecinaban, se haría cargo de cada detalle, nada le faltaría. Después de todo, se dijo, ésa era la oportunidad que el destino le ofrecía para conquistarla y hacerle entender que nadie la amaba más en este mundo.

Resultaba claro que Laura, en medio de su arrebató, no avizoraba la tormenta que afrontaría de regreso en Buenos Aires. Su familia jamás le perdonaría la afrenta, menos aún el petulante y orgulloso Alfredo Lahitte. Los Montes, aferrados como estaban a los preceptos religiosos y tradiciones sociales, llegarían hasta el extremo de echarla del hogar. En medio de ese terremoto, en el cual los pedazos de la vida de Laura caerían con estrépito, él, Julián Riglos, volvería a aparecer como el ángel guardián y el salvador.



CAPÍTULO II.

Los esposos Javier

Si bien el viaje no presentó contratiempos ni sobresaltos, resultó lento y pesado. El calor del verano convirtió las horas del día en interminables. De nada valía descorrer los visillos, el aire de la pampa parecía el bostezo de un horno. El sol fustigaba el camino y la galera sin misericordia, y debían parar muy seguido para que los caballos descansaran y abrevaran de lagunas o charcos barrocos. En las postas no hallaban las comodidades para restablecerse de las penosas jornadas. El traqueteo del coche los sacudía como maraca, y les dolían los riñones y los huesos del trasero.

Para matar el tiempo y en un intento por levantar los ánimos, Julián leía en voz alta *El Quijote* o alternaba con anécdotas de sus años en Europa. En pocas ocasiones logró que Laura riera o se interesara, la mayor parte se la pasaba en silencio. María Pancha, en cambio, se inquietaba ante el menor sonido extraño y cada tanto apartaba los visillos y sacaba medio cuerpo por la ventanilla.

—¿Y si nos atacan los indios? — preguntó al doctor Riglos.

—¿Los indios? — se sorprendió Laura, a quien la idea no se le había cruzado por la cabeza.

—Tranquila, María Pancha -animó Julián-. Mi cochero y el postillón van bien armados. Yo mismo traigo un revólver en este maletín. Además, estamos en tiempos de paz. Se firmó un acuerdo no hace tanto con esos salvajes. Los tenemos bien a raya.

—A esos hijos del demonio nunca se los tiene a raya -declaró sobriamente la criada

–A. pesar del acuerdo de paz, ¿crees que serían capaces de atacarnos? – se inquietó Laura-. No quisiera una demora en este momento.

–La demora sería lo menos importante en caso de que nos atacasen -señaló María Pancha.– Tendríamos suerte si saliésemos con vida.

–Si viajásemos hacia el sur de Buenos Aires yo mismo me sentiría intranquilo -aceptó Julián-. Los indios al mando de Calfucurá son traicioneros y no respetan acuerdo alguno. Pero atravesamos la zona de los ranqueles del cacique Mariano Rosas...

–¡Ese salvaje es el peor de todos! – prorrumpió María Pancha, con musitada vehemencia.

–¿Qué sabe usted del cacique Mariano Rosas? – se extrañó Riglos.

–Demasiado para mi gusto -respondió la mujer, y no volvió a hablar.

–Si nos atacan -retomó Laura-, les diré que soy la hermana del padre Agustín Escalante. Mi hermano y el padre Donatti acompañaron al coronel Mansilla al país de los ranqueles en el 70 e hicieron muchos amigos entre esas gentes. Agustín me escribe en sus cartas que son buenas personas, que sólo necesitan evangelización y educación. Incluso ha logrado que muchos de ellos vivan en la civilización, como cristianos normales. Algunos trabajan en el Fuerte Sarmiento.

Julián no quiso contradecir a Laura, pues conocía la devoción ciega que le profesaba al hermano mayor, pero él no creía en la redención de esas bestias. Acordaba plenamente con un tal coronel Julio Roca, comandante en jefe de las fronteras sur, a quien sólo conocía por los artículos que escribía para algunos periódicos de la capital. Roca sostenía que la única manera de finiquitar el problema del malón era arrojar a los indios de los campos que ocupaban y no dejar uno a la espalda. Un alumno de la Facultad de Derecho y amigo de Julián, el rosarino Estanislao Zeballos, de los pocos que dominaban a profundidad el tema de los aborígenes del sur, le había dicho semanas atrás que se debía quitar a los pampas el caballo y la lanza, y

obligarlos a cultivar la tierra con el remington al pecho «He ahí el único medio de resolver con éxito el problema social que entraña la sumisión de estos bandidos», había concluido Zeballos. «Por suerte, – caviló Julián-, comienza a avizorarse cierto consenso en la clase dirigente en torno al tema del indio. Es cuestión de tiempo», concluyó, y volvió a mirar a Laura, que se había ovillado sobre el regazo de María Pancha y dormía.

Se arrobó frente al semblante diáfano y sereno de la muchacha, que después de tantos días de mal dormir, había caído en un profundo sueño. Se dio cuenta de que era la primera vez que la veía dormir. La intimidad del momento lo colmó de dicha, y habría estirado el brazo y rozado el carrillo tibio de Laura si no se hubiera topado con los ojos penetrantes de María Pancha, que velaba el sueño de la joven como un cancerbero. Sufrió nuevamente la incomodidad y el absurdo miedo que le inspiraba la criada. Lo ponía de malas que María Pancha le leyera la mente como un libro y que descubriera los secretos que a nadie le habría permitido conocer. Frente a ella, se sentía desnudo. Era una mujer extraña. Sabía leer y escribir y no hablaba con los modismos típicos de los de su raza. Se decía que era una excelente curandera y otros le adjudicaban los talentos de una bruja muy eficaz. Resultaba antipática, y en ella no existía un ápice de la típica sumisión de los negros; lanzaba vistazos que destilaban resentimiento sin hacer caso de la condición social de la persona a quien iban dirigidos. Era arrogante y parecía despreciar a casi todo el mundo, excepto a Laura, por quien, Julián estaba seguro, habría dado la vida.

–Nunca le caí bien, ¿verdad? – se escuchó decir, sorprendido de que los labios le traicionaran los pensamientos.

–Nunca.

–Usted es una impertinente -reprochó Julián, aunque, inexplicablemente, no se había enojado.

–Si llama impertinencia a la verdad, allá usted, doctor Riglos.

–¿Y qué he hecho para que me aborrezca? – se interesó Julián, a sabiendas de que no debía rebajarse con una criada.

–Terminará por forzar a mi niña para que se case con usted, buscará mil maneras hasta conseguirlo. Este viaje, por ejemplo. – Se quedó en silencio mientras mesaba el cabello rubio de Laura-. Ella lo mira a usted como a un padre. Si se casan, la hará infeliz.

Esa noche llegaron a La Carlota, una villa más civilizada que las postas misérrimas de días anteriores, con pulpería donde se servían platos bien preparados y camas medianamente confortables donde pasar las escasas horas antes de retomar el viaje con la salida del sol. Vieron los primeros caseríos de Río Cuarto al atardecer del día siguiente. El corazón de Laura se le desbocó en el pecho cuando Julián Riglos anunció que se encontraban a una hora del centro mismo de la villa. Ya quería llegar, ya estar con su hermano para asistirlo en la enfermedad. De igual modo, Laura temía enfrentarlo, pues, aunque ni ella ni María Pancha lo mencionaran, sabían que el carbunco era una afección grave que consumía rápidamente a sus víctimas.

–Es muy tarde -comentó Julián, y rompió el silencio-. Creo que será mejor que nos ubiquemos en alguna posada y visitemos el convento mañana por la mañana.

–De ninguna manera – se precipitó Laura-. Veré a mi hermano ahora mismo o no estaré tranquila.

–Los sacerdotes no te permitirán entrar -tentó Riglos.

–El padre Donatti sí.

Julián dejaría a Laura y a María Pancha en el convento y se ocuparía de hallar un sitio donde hospedarse. En Buenos Aires la hotelería era escasa y mala, Julián se figuraba entonces con lo que se toparía en una villa como Río Cuarto, en el confín de la frontera sur.

María Pancha sacudió la campana del portón del convento de los franciscanos. Abrió un sacerdote cubierto por la típica túnica marrón con

capucha, que se quedó atónito ante dos mujeres, una negra y una blanca, que lo miraban con expectación.

–¡Hijas, que hacéis a estas horas fuera de casa! – prorrumpió el hombre, con marcado acento español.

–Disculpe, padre -empezó Laura, y se aproximó-, mi nombre es Laura Escalante. Soy hermana del padre Agustín Escalante. Acabo de llegar de Buenos Aires. He venido a verlo -agregó, temerosa de escuchar la peor noticia.

–No podéis entrar, ninguna mujer puede entrar -aclaró, de mal modo-. Además, éstas no son horas para molestar un lugar sagrado. Volved mañana por la mañana a misa de seis y hablad con el padre Donatti.

Laura le repitió su nombre y la relación que la unía a Agustín, y el sacerdote insistió en que se hallaba prohibido el ingreso de mujeres al convento y que regresara al día siguiente. El franciscano amago con cerrar el portón y Laura, de un empujón, casi lo sienta en medio de la salita de recepción. El hombre prorrumpió en gritos y amenazó a Laura con castigos infernales. La bullanga atrajo al padre Marcos Donatti y a fray Carmelo, su asistente, que quedaron de una pieza ante la visión de una joven enzarzada en una invectiva, y fray Humberto a punto de sacudirle una bofetada.

–¿Laurita, eres tú? – preguntó el padre Marcos.

–¡Sí, padre! – exclamó Laura, que se postró frente a él y le besó los cordones de la túnica-. ¡Déjeme ver a mi hermano, se lo suplico!

Con un movimiento de mano, Donatti obligó a salir a su asistente y a fray Humberto, que abandonó la sala despotricando. El silencio se apoderó del pequeño recinto. Laura continuaba de rodillas, asida a la túnica del sacerdote, triste, desesperada, cansada. Donatti la tomó por los hombros y la ayudó a ponerse de pie. Le despejó el rostro y le secó las lágrimas, y Laura recordó cuánto había querido a ese hombre durante su infancia en Córdoba.

Según el general José Vicente Escalante, el padre Marcos era el único cura

que valía la pena. Laura se había criado en Córdoba acostumbrada a la presencia de Donatti, que además de amigo personal de su padre, era el confesor de Magdalena. Aunque masón y declarado anticlerical, José Vicente Escalante respetaba a Donatti por su sagacidad y nobleza de corazón, y solía repetir a viva voz entre sus amigos que Marcos -así lo llamaba Escalante- podía jactarse de ser el único religioso que seguía a pie juntillas las enseñanzas de Cristo. Pobre y sin apego alguno a las cuestiones materiales, Donatti consagraba su vida a ayudar a los afligidos, con un respeto y cariño tal por el género humano, cualquiera fuese su condición, que lo convertían en un hombre apreciado en la ciudad. Sin embargo, los planes de Marcos Donatti se hallaban lejos de la Docta, en la frontera misma del país, donde el salvajismo y la civilización, dos términos en boga, se confundían a veces. Su mayor anhelo, la evangelización de los indios del sur, y continuaba defendiendo ese ideal cuando en la sociedad se instalaba poco a poco la creencia de que doblegar a los indios jamás sería posible; ya se había demostrado que los pampas eran irreductibles. Lejos de las intenciones de Donatti estaba doblegar a los indios, consciente de que ésa era una empresa carente de sentido, más bien le resultaba una fanfarronada de los cristianos querer aniquilar las costumbres, lengua y ritos de un pueblo para imponer las propias.

Agustín se apegó al padre Donatti desde pequeño. Le gustaba ese hombre menudo, delgado y extrañamente ataviado, con ojos vivaces y sonrisa constante, que le relataba historias increíbles de un tal Giovanni Bernardone, a quien la gente llamaba Francesco y que había nacido en Asís, un pueblo en el centro de Italia. También le regalaba dulces, estampitas y escapularios. Le palmeaba la cabeza y le decía «Eres un buen niño, y muy inteligente además», cuando Agustín le recitaba de memoria versos de Garcilaso, el poeta preferido de Donatti. Lo visitaba a menudo en el convento y el padre lo convidaba con bolas de fraile y chocolate. Lo que más fascinaba a Agustín era que el padre Donatti había sido amigo de su madre, Blanca Montes, esa mujer misteriosa de la cual nadie hablaba, muerta poco tiempo después de su nacimiento, y por la cual Agustín sentía una devoción que, en parte, María Pancha y el mismo Marcos Donatti habían alimentado.

Tiempo más tarde, cuando intempestivamente Agustín dejó la casa paterna

para tomar los hábitos, el general Escalante culpó al padre Donatti de haber influenciado en el ánimo de su hijo, lo trató de traidor y le prohibió regresar a su casa. Después de aquel día, nada volvió a la normalidad. No sólo la ausencia de Agustín alteró el ritmo de la familia sino también la del padre Marcos. Ninguno de los Escalante había reparado en cuán arraigada se encontraba la figura de Donatti en la rutina doméstica hasta la primera cena del miércoles sin él. La costumbre venía de la época de la primera esposa del general, y sólo en contadas y extremas ocasiones se había cancelado. Con el tiempo, el general, muy a pesar suyo, también echó de menos las tardes de polémicas con el franciscano a puertas cerradas en su despacho, y Magdalena no volvió a encontrar un confesor de su talla.

Laura siempre había creído que, en el día de la fuga de Agustín, cosas terribles habían sucedido, hechos que sacudieron los cimientos mismos de sus vidas, que les asestaron un golpe mortal. No sabía qué, no lograba imaginarlo. Lo cierto era que desde ese momento la familia Escalante comenzó a agonizar como el sol en un atardecer de verano hasta apagarse por completo en el horizonte.

Para Marcos Donatti, Laura Escalante siempre sería Laurita, a pesar de que en la mujer que ahora se le presentaba ya no quedaba vestigio de la niña precoz y resuelta que él había visto crecer. La abrazo y Laura, floja entre los brazos de Marcos Donatti, lloró sin contención. María Pancha se animó a cruzar el dintel y entró en la recepción.

—¿Qué haces aquí? — preguntó el sacerdote—. ¿Cuándo llegaron? ¿Dónde está tu madre?

—¿Cómo me pregunta qué hago acá, padre? Apenas llegó su telegrama, María Pancha y yo decidimos viajar para asistir a Agustín, para estar con él hasta que se cure.

—Al enviarte el telegrama no tenía la intención de convocarte aquí. Sólo quería que estuvieras al tanto de la situación ¿Y tu madre? ¿Dónde está Magdalena?

Laura lanzó un vistazo temeroso a María Pancha, que se aproximó al padre

Donatti, y luego de saludarlo, le explicó que la señora Magdalena gozaba de buena salud y que se hallaba en Buenos Aires, en casa de los señores Montes. Tras una reflexión, Marcos atinó a preguntar con miedo

–¿Quiere decir, Laurita, que tú y María Pancha han viajado solas hasta aquí? Tu madre debe de haber perdido la cordura para permitirte cosa semejante.

–Mi madre no me dio permiso, padre. María Pancha y yo nos escapamos. Le dejé una carta explicándole todo -se apresuró a agregar, ante la evidente consternación del sacerdote-. Además, nos acompañó el doctor Riglos. Usted debe de acordarse de él.

El sacerdote no necesitó demasiado tiempo para reconocer que esa situación tan irregular se consideraría inadmisibile e imperdonable. A punto de reprenderla, cedió al impulso. Laura era como era, y nada se podía contra la naturaleza extraña de esa chiquilla. ¿Acaso no había mostrado esa índole desde pequeña? ¿Reformaría él sus impulsos descabellados, sus alocadas ocurrencias? Además, reformarla, ¿para qué, con qué finalidad? Ese arriesgado viaje, que le costaría más de lo que ella imaginaba, demostraba un amor puro e ilimitado por su medio hermano, ¿correspondía un castigo ante semejante prueba de afecto? Donatti se pasó la mano por la frente y lanzó un suspiro.

–Veo que no has cambiado un ápice -concluyó, y le palmeó la mejilla.

–Usted dijo en el telegrama que mi hermano está muy grave; yo sé que el carbunco es mortal en algunos casos -aseguró Laura, a media voz.

–No voy a mentirte, hija. Agustín está muy mal. Tiene la peor forma de carbunco, la que ataca las vías respiratorias. El doctor Javier no nos dio esperanzas.

La desilusión mortificó a Laura, y la furia y la impotencia le asolaron el ánimo. Donatti le habló largo y tendido. No se trataba tanto de lo que decía sino de cómo lo decía, con esa voz suave y serena que la aletargaba, como si le acariciase las orejas, las mejillas, el cuello. La angustia se volvió

suspiros, y un momento después sintió en el cuerpo el cansancio de tantas noches mal dormidas, de tantos días de ansias y sinsabores.

–¿Le avisaste a tu padre de la enfermedad de tu hermano? – se acordó de pronto Donatti.

–No -reconoció Laura-. En el apuro del viaje, lo olvidé.

–Además de los padecimientos propios de la enfermedad -retomó Donatti-, tu hermano sufre inmensamente a causa de la disputa que lo separó de tu padre años atrás. Pide continuamente por él, quiere morir en paz, quiere pedirle perdón al general. Apenas el doctor Javier me comunicó lo de la enfermedad de tu hermano, te envié el telegrama para que le avisaras, porque temo que tu padre, al recibir mi carta, no la lea. Y no creo estar equivocado porque no he recibido respuesta ni aviso alguno. Me temo que tu padre ni siquiera se tomó la molestia de abrir el sobre. Al ver mi nombre, se deshizo de él sin más.

–Mi padre puede llegar a ser cruel con su tozudez -admitió Laura, y un despunte de rencor le endureció el gesto.

–No juzgues a tu padre, Laurita. La vida no ha sido fácil para él.

Le había escuchado decir eso al padre Marcos muchas veces, y más que un pedido de indulgencia, ella lo tomaba como la justificación a los arranques del general, a la terquedad de sus posturas, a lo atrabiliario de su carácter. Con el tiempo y la distancia, había terminado por interpretar que la furia de su padre, sus posturas intransigentes y su carácter de perros velaban una permanente tristeza y melancolía. Laura quería a su padre, pero jamás le perdonaría que no acudiese al llamado de su hermano. Ya no existiría pretexto que justificara esa actitud de egoísmo recalcitrante.

Se abrió la poterna que daba al interior del convento y apareció Agustín, envuelto en varias mantas, asistido por fray Carmelo. María Pancha, que hasta el momento se había mantenido apartada y silenciosa, soltó la canasta con frascos de pócimas y mejunjes y corrió al lado del muchacho, que prácticamente cayó desfallecido entre sus brazos. Con la ayuda de fray

Carmelo, lo acomodaron en la única banqueta de la sala y lo arrojaron con las mantas, porque, pese a que la noche era bochornosa, Agustín tiritaba a causa de la fiebre.

–No pude disuadirlo -se disculpó el fraile, ante el reproche de Donatti-. Al saber que la señorita Escalante estaba aquí, no hubo forma de detenerlo.

Laura se arrojó a los pies de su hermano y le apoyó el rostro en la falda, esperando en el fondo que fuese Agustín quien la consolase, como cuando era niña. Necesitaba escucharlo decir que todo iba a estar bien, que pronto se repondría, que nada malo le pasaría. Agustín, aunque mareado y débil, sonreía y le acariciaba la cabeza. María Pancha lo sostenía entre sus brazos y le besaba el rostro pálido y consumido.

–Eres un tonto -repetía la criada-. ¿Por qué te has levantado? No ves que necesitas reposo. Este esfuerzo puede hacerte daño.

–Ya no me digas más -rogó Agustín-. Hoy estoy feliz. – Repentinamente, se irguió un poco y preguntó a Laura:- ¿Le avisaste a nuestro padre?

–No, todavía no -titubeó ella.

–¡Debes avisarle! – se alteró Agustín, y la tomó por la muñeca con fuerza inusitada-. Escríbele, pronto, que venga, por amor de Dios, que venga. María Pancha, tú también escríbele, él a ti te hace caso. Díganle que tenemos que hablar de mi madre, necesito hablar de ella, por favor, que venga, que me perdone -y se calló de pronto, agotado por el arranque-. Tengo cosas muy importantes que arreglar antes de...

–¡Cállate! – exclamó Laura.

Agustín sufrió un acceso de tos, y Laura enseguida le aproximó su pañuelo a la boca. Al retirarlo, una mancha sanguinolenta contrastaba con la blancura del lino. Lo obligaron a regresar a la celda. Fray Carmelo, un hombre alto y fornido, lo ayudó a ponerse de pie y lo guió hacia el interior del convento.

Laura contemplaba la mancha de sangre en su pañuelo, entre incrédula y asustada. Aquello le pareció el signo más evidente de que su hermano pronto la dejaría, y las esperanzas que había anidado se desbarataron en un santiamén. Les mostró el pañuelo a María Pancha y al padre Donatti.

–Agustín está muy grave, Laurita. Debes resignarte y prepararte para lo que vendrá.

–¡No me resigno! Mi hermano no se va a morir. María Pancha y yo estamos aquí para cuidarlo.

–No hay mucho que ustedes puedan hacer. El doctor Javier está muy pendiente de él. Y nosotros lo asistimos en lo demás

–Nadie lo cuidará mejor que María Pancha y yo -se empecinó la muchacha.

Alguien tocó la campana y Donatti, sin aguardar a fray Humberto, se apresuró a abrir el portón, en cierto modo para rehuir a los ojos exigentes de Laura. Se trataba del doctor Alonso Javier, que hacía su última visita del día a Agustín. Medio sorprendido al toparse con dos mujeres, el médico se quitó el sombrero e inclinó la cabeza. Donatti las presentó, y el doctor Javier se mostró encantado de conocer a la hermana del padre Agustín, a quien, aseguró, tenía en la más alta estima y consideración

En realidad, el doctor Alonso Javier le debía a Agustín Escalante la vida de su único hijo, Mario Javier, la de su mujer, Generosa, y la propia. Su agradecimiento lo llevaba a profesarle una devoción ciega, al igual que su esposa, que se refería al padre Escalante como al “santo del poncho”, en alusión a la típica vestimenta del joven franciscano.

Un año atrás, retornando de un viaje a San Luis, la familia Javier había sufrido la embestida de un malón que terminaba sus correrías por el sur de la provincia. Un desmayo salvó a doña Generosa de las aciagas circunstancias del ataque. Al despertar, sin embargo, coligió la magnitud y ferocidad de lo ocurrido: el cochero y los dos postillones se hallaban muertos, con varios lanzazos en el pecho; los caballos y el equipaje habían desaparecido, junto con su esposo e hijo. En medio de aquel desierto, supo

que pronto hallaría la muerte, y la recibió como un consuelo frente al dolor por la pérdida de los dos seres que más amaba. Con una laya que los indios no habían robado, cavó tres fosas donde acomodó los cuerpos sin vida del cochero y los postillones, y las cubrió de piedras para impedir que perros salvajes y otras alimañas los desenterraran. Exhausta luego de semejante faena, se echó al lado de las tumbas a morir.

La despertó un sacudón y una voz que la llamaba. Ella deseaba seguir durmiendo y, farfullando palabras incomprensibles, se negaba a reaccionar. La voz se tornó imperiosa y un chorro de agua sobre la cara terminó por despabilarla. Alguien la acomodó sobre su regazo y le dio de beber lentamente hasta que el ardor en la garganta remitió.

–Doña Generosa -habló la voz, con dulzura esta vez-. Soy yo, el padre Agustín Escalante.

–Déjeme morir, padre -suplicó la mujer-. Los indios me lo han quitado todo. Ya no tengo nada por qué vivir.

–El doctor Javier aún vive -anunció Agustín-. Los indios lo abandonaron al costado de la rastrillada. Seguramente lo creyeron muerto. Lo hallé a poco de aquí. Tiene una herida no muy profunda en la cabeza, no es de cuidado. Está conmigo, recostado sobre el lomo de mi caballo.

–¿Y mi hijo? – se desesperó la mujer, y lo asió por el poncho-. ¿Qué hicieron con mi hijo esos salvajes?

El gesto de Agustín expresó más que las palabras, y doña Generosa supo que no existían esperanzas de volver a ver a Mario, su único hijo. Una vez en Río Cuarto, el padre Escalante los entregó al cuidado de sus familiares, y no volvieron a saber de él en semanas. Los esposos Javier se repusieron de las heridas y malestares, aunque sus ánimos se quebraron irremediablemente. Doña Generosa se dejó vencer por el desconsuelo, que la obligaba a permanecer en cama gran parte del día, sin apetito, abúlica, desanimada. El doctor Javier, por su parte, se encerraba en la biblioteca y pasaba allí las horas, aferrado a una botella de licor; no visitaba a sus pacientes y ya nadie llamaba a su puerta para consultarlo.

Una tarde, casi dos meses después del ataque de los indios, Blasco, un muchacho que trabajaba en el establo del pueblo y que solía ayudar a doña Generosa en el huerto, irrumpió en casa de los Javier como tromba. El doctor Javier se puso de pie con dificultad y abandonó la biblioteca. Doña Generosa se echó encima el salto de cama y acudió al comedor.

—¡El padrecito Agustín rescató a Mario! — anunció el muchacho-. ¡Ya lo trae, yo lo he visto!

Esa tarde, cuando Generosa y el doctor Javier apretaron contra sus pechos el cuerpo de su hijo adolescente, volvieron a vivir. Los Javier no supieron qué decir al padre Agustín, no hallaron las palabras ni los gestos para expresar el sentimiento inefable que los embargaba, y se arrojaron a sus pies para besárselos.

—No es a mí a quien deben este reencuentro -aseveró el padre Escalante-, sino al cacique Nahueltruz Guor, que intercedió ante su padre, el gran cacique Mariano Rosas, para que liberara a Mario y le permitiera regresar conmigo a Río Cuarto.

Ante la mención del nombre Nahueltruz Guor, Mario ratificó que había sido como un padre para él durante los días de cautiverio. Lo había tratado con respeto y cariño, y le había enseñado cosas tan valiosas que él jamás olvidaría. Cualquier circunstancia hacía al muchacho recordar a su protector ranquel; hablaba con tanta devoción del tal Nahueltruz Guor, que su madre terminó por preparar una canasta repleta de frascos con mermelada de duraznos y damascos, tortas de grasa y algunas prendas de vestir, y se las envió al cacique como muestra de agradecimiento. Carmen, una ranquel que vivía entre el Fuerte Sarmiento y Tierra Adentro, se encargó del envío.

De todos modos, y más allá de la intermediación del hijo del cacique Mariano Rosas, los Javier sabían que, a quien verdaderamente le debían la vida, era al padre Escalante. Por eso, la noche que el doctor Javier regresó a su casa y comunicó a Generosa y a Mario que el padre Agustín había contraído carbunco, una sombra se cernió sobre ellos. La impotencia embargaba a los Javier, en especial a doña Generosa, que terminó por

ordenarle a su esposo que solicitara autorización para traer al padre Escalante a su casa, donde ella lo cuidaría. Según doña Generosa, ni el más fuerte de los hombres se repondría en una celda estrecha y mal ventilada como la del padrecito Agustín, echado sobre una yacija incómoda, comiendo cuando a fray Humberto se le antojaba.

Esa noche, el doctor Javier llamó a la puerta del convento franciscano resuelto a llevarse a Agustín. Bien conocía él las condiciones en las que se hallaba el sacerdote: la celda, más bien larga que ancha y tan pequeña como la despensa de su casa, olía mal, al aroma penetrante del vinagre y del fenol con el que se bañaban paredes y pisos para evitar el contagio, que escocía en la nariz y en la garganta, y que la escasa brisa que ingresaba por el ventanuco no lograba disipar.

Marcos Donatti no era de naturaleza arrebatada y, mientras el doctor Javier le solicitaba autorización para tomar a su cargo el cuidado de Agustín, se mantuvo reflexivo. Laura se aunó al pedido del médico y, aunque María Pancha no abrió la boca, le clavó los ojos y le hizo recordar muchas cosas. No se vería bien que un sacerdote dejara el monasterio, nadie lo aprobaría, se trataba de una irregularidad a las normas conventuales. Ciertamente que ellos eran pocos y que no atendían apropiadamente al padre Agustín. Fray Humberto, que por ser fraile de misa y olla contaba con más tiempo, hacía las veces de enfermero, sin voluntad y a regañadientes.

Donatti terminó por aceptar que la propuesta del doctor Javier no resultaba descabellada en absoluto y concedió el permiso.

—Mire, doctor -dijo Laura, y le extendió el pañuelo con la mancha de sangre-. Es de mi hermano -aclaró, y el médico notó que le temblaba la mano y que la voz le vacilaba. Al enfocar su atención en las facciones de la muchacha, Javier se percató de que estaba muy pálida. Le aconsejó de inmediato que fuera a descansar.



CAPÍTULO III.

Una princesa de ciudad

Según averiguaciones de Prudencio, el cochero de Julián, el Hotel de France era el mejor de Río Cuarto, a pesar de su aspecto de casa vieja convertida en pensión de baja estofa. Blas Forton, su propietario, se disculpó reiteradas veces pero aseguró que todas las habitaciones se hallaban ocupadas. Julián no daba crédito y, de mal modo, atizado por el cansancio y el hambre, lo inquirió por otro hotel.

—El hotel de doña Sabrina -se apresuró a ofrecer don Forton-, allí conseguirá una habitación. Es un sitio humilde, pero limpio y regentado por una mujer decente.

El hotel de doña Sabrina más tenía de pulpería y negocio de abarrotes que de hospedaje. Pero Julián no se hallaba en posición de exigir absurdos y tomó las dos habitaciones que la pulpera le ofrecía. También negoció el alquiler de un cuarto en la parte trasera para Prudencio, que se encargó, a su vez, de ubicar la galera y los caballos en un establo contiguo al hospedaje. Después de acomodar los baúles, Julián anheló un baño de tina, echarse dentro del agua limpia y dejar pasar las horas hasta que cada músculo, cada hueso y cada tendón hubiesen regresado a su estado original. Sin embargo, debía ir al convento a buscar a Laura.

Mientras se mudaba de ropa, pensó en el escándalo que ya se habría desatado en Buenos Aires con motivo de la huida de Laura y su criada. Magdalena habría iniciado una escena histérica de llanto; Soledad y Dolores habrían prorrumpido en contra de Laura y de su desfachatez, y la abuela Ignacia, en contra de la naturaleza malvada de los Escalante. Sólo el abuelo Francisco levantaría la voz para defender a su nieta dilecta, pero rápidamente sería acallado por una orden de su esposa.

Se preguntó qué opinarían de él los Montes, qué habría dicho Lahitte, qué se comentaría en el atrio a la salida de la misa de una. Aunque nadie desconocía la índole rebelde e impertinente de Laura, que había demostrado poco respeto por las convenciones sociales y menos aún temor al escarnio público, juzgarían que esta bravata había superado cualquier límite. Esta vez no sería como aquellas travesuras de la niñez en las que el tiempo había obrado en favor de Laura. Por ejemplo, ya nadie le reprochaba la ocasión en que ella y su primo Romualdo ayudaron a Eugenia Victoria a escapar del convento para huir con su enamorado, más allá de que doña Luisa del Solar lo traía cada tanto a la memoria.

Celina Páez Núñez, esposa de Lautaro Montes, hijo mayor de Francisco e Ignacia, le había prometido a Santa Catalina de Siena que si ella, poco atractiva e insulsa, lograba casarse con un hombre influyente y de fortuna, entregaría a dos de sus hijas, las más hermosas, a su congregación. Las mellizas, Aureliana y Eugenia Victoria, con sus largas cabelleras rubias, ojos color de miel y piel alabastrina, partieron rumbo al convento de Santa Catalina de Siena, a pocas cuadras de la casa de la abuela Ignacia en el barrio de la Merced y a miles de leguas de la vida que habrían deseado llevar. Y aunque Aureliana se acostumbró a la rutina del convento, a los horarios estrictos, a la carencia absoluta de comodidades, al Oficio Divino y a los ejercicios espirituales, Eugenia Victoria no lo consiguió jamás porque, mientras le machacaban que sería la esposa de Cristo, ella deseaba ser la de un simple mortal, José Camilo Lynch.

Romualdo, hijo menor de Lautaro Montes y Celina Páez Núñez, y su prima Laura sabían que la madre superiora había asignado a Eugenia Victoria el cuidado de la porqueriza, del gallinero y del huerto como castigo por su falta de disposición y buena voluntad, sin importarle que la jovencita hubiese profesado con velo negro, razón por la cual Lautaro Montes había pagado una dote tres veces superior a la de aquellas que lo hacían con velo blanco, las que, en realidad, se encargaban de las cuestiones domésticas. Una siesta, seguros de encontrarla en la parte posterior del convento, que daba a la calle del Parque, bastante tranquila y solitaria después del almuerzo, Laura y Romualdo partieron a escondidas de la casa de la abuela Ignacia con una larga cuerda de cañamazo y trapos de algodón. Por el lado

de afuera y cerca de la tapia del convento de Santa Catalina había un albaricoquero, cuyas ramas invadían el huerto y plagaban de frutos maduros el suelo. Laura y Romualdo se treparon como gatos y chistaron a Eugenia Victoria, que no podía creerles a sus ojos.

–José Camilo te espera en una volanta frente a la Iglesia de la Merced para huir juntos -informó Laura, la voz refrenada para no delatarse.

Eugenia Victoria arrojó la cuchara con que removía la tierra de las achicorias y se quitó el velo y el delantal, que terminaron enredados en los tomates. Corrió hasta la tapia y se aferró a la cuerda que su hermano y su prima habían pasado por la rama más gruesa del albaricoquero. Del otro lado y con las manos bien envueltas en los trapos de algodón, Laura y Romualdo jalaban como galeotes.

De ninguna manera la madre superiora admitiría nuevamente a Eugenia Victoria en el convento y le importaba un comino la promesa a Santa Catalina de Siena o a la mismísima Virgen María. Hizo picar vidrio y pegarlo sobre el muro que bordeaba el huerto. Semanas más tarde, cuando Eugenia Victoria mostró los primeros síntomas de gravidez, a Celina Páez Núñez no le quedó alternativa y se resignó al matrimonio de su hija con José Camilo Lynch. Finalmente la promesa quedó a medio cumplir pues ya no le quedaban hijas; María del Pilar e Iluminada estaban casadas y con hijos, y Celina vivió temiendo la represalia de la santa italiana, a la que trataba de aplacar llevando el cilicio o usando la disciplina mientras rezaba el rosario.

Laura y Romualdo vivieron a pan y agua durante una semana, más allá de los pedazos de carne, la humita, el locro y los buñuelos que María Pancha les hacía llegar por la ventana. Romualdo debió soportar la fusta de Lautaro, y Laura el trompazo de la abuela Ignacia, que le dejó el ojo morado y le hizo sangrar la nariz, y habría recibido otro si el abuelo Francisco no hubiera intercedido. Con los dedos cruzados bajo el polisón, Laura juró no volver a comportarse de manera tan ignominiosa.

Julián también estaba seguro de que la fuga a Río Cuarto traería secuelas más graves que aquella oportunidad en que Laura se presentó en la librería

de doña Pacha en la calle del Potosí y pidió, muy oronda, *Cartas filosóficas* de Voltaire y *Relaciones peligrosas* de Pierre Choderlos de Laclos Doña Pacha, que cada mes recibía del Obispado la lista actualizada de las obras anatematizadas, la contempló en silencio, incrédula, pues conociendo a doña Ignacia y a Magdalena Montes, no concebía tanto descaro

–¿Sabes que esas obras demoníacas forman parte del Index? – tentó doña Pacha, apelando a la posible ignorancia de Laura

–Sí -aseguró ella, tan suelta como si hubiese pedido una hogaza de pan-. Justamente, me gustaría saber por qué.

Doña Pacha cacareó como gallina clueca hasta que Laura dejó la tienda de libros trastabillando. Para el domingo, media ciudad conocía la osadía y desvergüenza de la hija de Magdalena y del general Escalante. El chisme había alcanzado lo de Montes, y la abuela Ignacia la había mandado encerrar en su dormitorio hasta que el padre Ifigenio la confesara. Con todo, al domingo siguiente el sacerdote la salteó en la comunión y las matronas se preguntaron si la habría absuelto.

Al dejar su cuarto, Julián reparó en el murmullo que llegaba de la parte delantera del hotel, donde los parroquianos se instalaban a beber chicha, ginebra y otras bebidas fuertes y a jugar naipes en mesas destartaladas y sillas que por lo general terminaban en la cabeza de algún imprudente. Ese sitio era el último lugar en donde habría querido ver a Laura.

–¡Doctor Riglos! – llamó una voz pastosa cuando se disponía a salir de aquel muladar, sano y salvo.

Desde una mesa retirada, un militar le hacía señas. Al acercarse, Julián Riglos reconoció al coronel Hilario Racedo. Se le notaba en la mueca de los labios y en los ojos entrecerrados que hacía un buen rato que saboreaba la ginebra. Llevaba la guerrera abierta a la mitad del pecho, arrugada y salpicada de bebida. El gorro descansaba sobre la silla, y mechones de cabello le pendían en la frente.

Julián conocía bien a la familia Racedo, de tradición militar. Don Cecilio,

padre de Hilario, había luchado junto al general San Martín para contener el avance realista a principios de siglo. Guillermo Racedo, hermano mayor de Hilario, era respetado por su desempeño junto al general Paz en las batallas de Tablada y Oncativo contra Facundo Quiroga. Y Eduardo, sobrino de Hilario, se había destacado en 1866 durante el combate de Curupaytí en la guerra contra el Paraguay. Julián no estimaba especialmente a Hilario. En el Colegio Nacional, donde habían cursado juntos los estudios, se lo consideraba pendenciero y vanidoso, características que, a juicio de Riglos, le servían para ocultar su escaso discernimiento. De todas maneras, a Julián le agradó encontrar un rostro conocido en medio de un paraje tan hostil.

—¡Hilario! — exclamó, y le extendió la mano.

Racedo se incorporó con dificultad y respondió al saludo. Quitó la gorra de la silla y lo invitó a sentarse.

—¡Qué gusto verte! — expresó-. ¿Qué haces en Río Cuarto? No daba crédito a mis ojos cuando te vi aparecer en el salón de doña Sabrina. ¡Un trago para mi amigo! — gritó a continuación, y palmeó a Julián en la espalda-. Es bueno encontrarse con amigos y gente como uno en este confín de la República. ¿Sabes? A fuerza de combatir al salvaje, por estos lares todos se han vuelto un poco incivilizados. Dime, ¿qué te trae por acá?

Apareció una jovencita morena y graciosa, que no se molestó en acomodar la tira del justillo cuando se le resbaló por el hombro al servir la ginebra de Riglos. Los ojos de Racedo se desviaron hacia el escote pronunciado y se regodearon con los pechos jóvenes y llenos que pugnaban por sortear el escaso recato. La muchacha sonreía con complicidad mientras escanciaba la bebida.

—¡Vamos, Loretana! Sírveme a mí también. ¿No ves que tengo el vaso vacío?

—Usted ya chupó demasiao, mi coronel.

—¡Ah, niña, déjate de tonterías! Me haces acordar a mi difunta mujer.

–Ya le he dicho que no soy una niña -se mosqueó Loretana.

–Sí, ya lo sé -replicó el hombre, y le tocó con disimulo las asentaderas cuando la muchacha se dio vuelta para regresar al mostrador.

–No sabía que estabas asignado al Fuerte Sarmiento -comentó Julián, en un intento por salvar el embarazo-. Te hacía en el Fuerte Arévalo.

–Hace ya bastante tiempo que me asignaron este cargo. Roca pidió mi pase.

–¿Roca? ¿El coronel Julio Roca? – se sorprendió Julián.

–Sí, el mismo. Ahora anda en Santa Catalina, visitando a su mujer que está gruesa. Después se va de reconocimiento con Fotheringham, Gramajo y otros de su círculo íntimo. A mí me deja a cargo de la comandancia. No le veremos los pelos en varias semanas.

–Es una pena -aseguró Julián Riglos-. He leído algunos de sus artículos acerca de los indios y coincidido plenamente con él. Me habría gustado conocerlo.

–Roca tiene una visión bien distinta de la de Mansilla -añadió Racedo, sin ocultar una nota de desprecio-. El tratado de paz que firmó Mansilla con el cacique Mariano Rosas tres años atrás fue un fracaso. No se lo aprobó el Congreso, y ahora debemos soportar la ira de esos salvajes.

–Llegaron noticias de que el año pasado, en octubre según recuerdo, el general Arredondo firmó otro acuerdo de paz con el cacique Mariano Rosas y con Baigorrita.

–¿Y tú crees que lo cumplen? Ya no sé cuántos tratados se han firmado para romperse en poco tiempo. Vivimos con el malón encima y, cuando reclamamos a Rosas o a Baigorrita, nos dicen que no son indios de ellos. ¡Bah, qué mierda quieres con estos salvajes! Indios del demonio -pronunció entre dientes, y golpeó la mesa-. Los exterminaría a todos, como plaga de langosta que son. Buenos para nada, perros pulgientos. Los colgaría de las pelotas y a sus hembras las usaría de putas, que solamente para eso sirven.

Aunque a Julián no le caían en gracia los indios, no se referiría a ellos en esos términos. Consideraba que las buenas maneras y las formas civilizadas debían cuidarse. Racedo tomó el vaso e hizo un fondo blanco.

–Indios del demonio -repitió-. Me la van a pagar, ¡por ésta, me la van a pagar! – y se señaló una herida mal cicatrizada en la mejilla izquierda-. Esta todavía tengo que cobrármela.

Julián carraspeó, incómodo, e hizo el ademán de ponerse de pie. Se le estaba haciendo tarde, interpuso.

–No te vayas -pidió Racedo, y lo obligó a regresar a su sitio-. Aún no me has dicho el motivo de tu viaje a Río Cuarto. ¿Asunto de algún cliente de tu bufete?

–Estoy acompañando a una amiga de mi familia que ha venido a cuidar a su hermano en la enfermedad. Se trata del padre Agustín Escalante.

–¡Lo conozco! Aunque me gustaría no haberme topado con él. Arma tremendos revuelos en el fuerte. Allí dirige a un grupo de indios acristianados. Y siempre anda bregando por los otros, los que aún no claudican, los que viven en Tierra Adentro. Exige cosas que, según él, están en los acuerdos de paz, defiende los derechos de esos bárbaros como si fueran angelitos del Señor. Me tiene las pelotas llenas. Y sí, ya supe que anda jodido de salud Carbunco, creí escuchar. Eso es bien difícil de curar. Seguro se lo contagió algún salvaje en sus visitas a Tierra Adentro.

–¿Se atreve a viajar al País de los Ranqueles? – se azoró Julián.

–¿Que si se atreve? Va y viene como Pancho por su casa. A él, los indios no le tocan un pelo. Conoce el camino, las rastrilladas y las aguadas como la palma de su mano, y guarda bien el secreto. La primera vez fue con Mansilla y el padre Donatti, hace tres años, en el 70. Desde ese momento, ha repetido la hazaña.

Sólo la promesa de un almuerzo al día siguiente permitió a Julián

desembarazarse de Hilario Racedo. Salió del hotel de doña Sabrina y dejó atrás al militar cabeceando en la silla. La calle, oscura y silenciosa, le produjo una mala sensación, incomodidad también, pues aquel sitio le resultaba ajeno. La canícula se hacía sentir incluso en las horas nocturnas, y el sopor y la humedad del ambiente terminaron por agriarle el humor. Como el convento distaba del centro de la villa, le pidió a Prudencio que preparara el coche.

Laura lo aguardaba en la salita de recepción, acompañada del principal, el padre Marcos Donatti. Julián había conocido al franciscano cuatro años atrás, cuando Agustín Escalante y él visitaron Buenos Aires para resolver ciertas cuestiones en el arzobispado. El padre Donatti aseguró recordar al doctor Riglos mientras Laura hacía las presentaciones. Comentaron acerca de la salud de Agustín, y ninguno tocó el rispido tema de la escapada de Laura.

—El doctor Javier, el médico que está atendiendo al padre Agustín -explicó Donatti-, acaba de llevárselo a su casa, donde él y su esposa van a cuidarlo. Aquí, sinceramente, no podemos atenderlo como corresponde.

—María Pancha se fue con ellos -acotó Laura, y Julián advirtió un viso de desilusión en su voz y en su semblante.

—El doctor Javier no quiso llevar a Laura -informó Donatti-. Dice que necesita comida y descanso. Ha pasado por mucho, la pobrecita.

El sacerdote la bendijo, la besó en la frente y los dejó ir, no muy convencido de que realizaran el trayecto hasta el hotel sin más compañía que la de Prudencio, lejos en el pescante, para cohibir cualquier deseo impío. Pero calló y cerró el pesado portón del convento. Esa había sido una noche larga y atípica. Se fue a dormir con pesares en la cabeza.

Dentro de la galera sólo se escuchaba el traqueteo de las ruedas sobre la calle de tierra y los espaciados latigazos que fustigaban las ancas de los caballos. Laura permanecía muda, con la vista fija en sus manos entrelazadas sobre la falda del vestido. ¿Rezaría? ¿Qué cavilaciones la

mantendrían tan absorta? Riglos concentraba su atención en ella y, aunque inquieto por un lado, cierto regocijo le mejoraba el humor: ésa era la primera vez que se hallaban solos a tan altas horas de la noche.

Laura se echó entonces a llorar como una magdalena y buscó consuelo en los brazos de Julián, que la recogió medio desmadejada y la obligó a apoyar la cabeza sobre su pecho. No recordaba haber visto a una persona llorar con tal sentimiento, ni siquiera a doña Luisa en ocasión de la muerte de Catalina, y la dejó hacer, sin abrir la boca. Un momento más tarde se le cruzó por la cabeza que Laura sufriría un acceso histérico y de inmediato, casi bruscamente, la obligó a calmarse y a recobrar la entereza. Un quebranto de esa índole no le era propio, lo desconcertaba.

Laura soltó su pena, mientras Julián le secaba las lágrimas con su pañuelo. Había encontrado a Agustín peor de lo imaginado, muy delgado y ojoso, sin embargo, su aspecto no la había desasosegado tanto como su estado anímico.

—Él siempre ha sido un hombre sereno, de ideas claras -explicó- Ahora, en cambio, se exalta con facilidad. El asunto con mi padre lo tiene muy mal -remarcó

Julián conocía la pelea entre el general y su único hijo varón, que, por otra parte, siempre le había resultado extraña e inverosímil. Un enojo motivado por la vocación sacerdotal de Agustín debería haber remitido con el tiempo. No obstante, padre e hijo se empacaban en la misma posición después de años. Se preguntó con escepticismo si el meollo del problema se centraría en el espíritu anticlerical del general Escalante y el deseo de profesar de su primogénito.

Laura le explicó que su padre no había respondido a la carta de Donatti y que Agustín se consumía de angustia.

—¿Cómo hará mi padre para enterarse de esta situación? —suspiró la joven-. Yo le escribiré, pero quizá mi carta llegue demasiado tarde

Encontraron la pulpería prácticamente vacía, sólo un par de clientes que aún

bebían y jugaban a las cartas. Doña Sabrina y Loretana limpiaban y ponían orden.

–Le presento a mi pupila, Laura Escalante -se dirigió Julián a doña Sabrina, que se limpió las manos en el mandil para estrechar las de Laura.

–Un placer, señorita Escalante. Esta é la Loretana -dijo a continuación, y acercó a la muchacha, que se mantenía a distancia, recelosa. Mi sobrina y yo estamos pa'lo que guste mandar, señorita. Ya me contó el dotorcito que usted é la hermana del padrecito Agustín. Todos rezamos por él, señorita. Todos. Aquí lo queremos mucho al padrecito. É muy bueno. Muy bueno é. No merece lo que está sufriendo. Tanta alma perdida suelta por ay, haciendo de las suyas, y el pobre padrecito pasando pesares. Muy injusto, muy injusto.

Laura susurró palabras de agradecimiento, con apenas fuerzas para mantenerse en pie. El cansancio y las emociones la habían extenuado. Como un mazazo, su cuerpo menudo recibió de golpe las consecuencias de tantos días inclementes, y se quejó.

–Necesitas comer antes de ir a dormir -sugirió Riglos y, pese a la negativa de Laura, la condujo a una mesa, donde Loretana y Sabrina improvisaron la mejor cena en días.

Mientras Laura engullía el estofado, Julián apartó a Loretana y le entregó varios billetes. La muchacha los tomó sin preguntar, pasmada al ver tanto dinero junto. Pocas cosas deseaba con mayor empeño que abandonar aquel lugar infernal, a la abusadora de su tía Sabrina y marcharse a la gran ciudad, Buenos Aires, donde las mujeres llevaban vida de princesas. Ella quería ser una princesa. Y para lograrlo necesitaba muchos billetes como ésos. Levantó la vista y, en una sonrisa hipócrita, le mostró a Julián una dentadura bastante aceptable.

–Durante los días en que la señorita Escalante se hospede en este sitio, la atenderás como si se tratara de una reina. Ella está acostumbrada a lujos y comodidades, y no quiero que pase necesidad. Le lavarás y plancharás la ropa íntima y de cama, le cambiarás las sábanas cada tres días...

–¡Cada tres días!

–Cada tres días -repitió Julián, con imperio-. Mantendrás su recámara especialmente limpia y aireada, le llevarás el desayuno y la comida a la habitación. No quiero, por razón alguna, que ella esté sola en la pulpería. Nunca, jamás. Y le prepararás la tina con agua caliente todas las mañanas.

A punto de exclamar «¡Todas las mañanas!», Loretana se abstuvo; ya comenzaba a vislumbrar las costumbres de las princesas de ciudad. Estudió al doctorcito Riglos. No estaba nada mal el señor. Le despuntaban canas en las sienes y, al contemplarlo más de cerca, le notó arrugas en torno a los ojos. No lidiaba con un mancebo. De todos modos, le resultó tentador con ese bigote prolijamente mondado, el cabello lustroso echado hacia atrás, el aroma a colonia, y la levita y los zapatos negros tan inusuales en Río Cuarto, donde todo era chiripa, bombachas y botas de potro. Riglos debía de poseer una gran fortuna, lo había visto consultar un reloj de leontina, seguramente de oro, y lucía un anillo con una piedra transparente en el meñique. Por demás contaban los billetes que le había entregado con prodigalidad.

–Antes de marcharme de aquí, te daré una cantidad igual -manifestó Riglos-, si haces correctamente lo que te he pedido.

Al regresar a la mesa, Julián encontró a Laura más repuesta. Supo de inmediato que iba a pedirle algo cuando la muchacha apoyó los cubiertos y lo buscó con la mirada.

–Tiemblo cuando me miras así -expresó.

–Sé que no estarás de acuerdo en un primer momento, pero debes comprender que no tenemos otra alternativa. Quiero que viajes a Córdoba y traigas a mi padre aquí, a como dé lugar, para que mi hermano pueda estar tranquilo

–¿Y dejarte sola? ¡Qué necedades se te ocurren! Ni lo sueñes -porfió Julián al ver el desafío que destellaba en los ojos negros de Laura.

–No estaré sola. María Pancha y el padre Donatti estarán conmigo. – Un momento después, con tono y gesto candidos, concedió-. Estás cansado, lo sé, y te resulta difícil emprender otro viaje cuando acabas de terminar uno tan duro.

–No se trata de eso -aseguró Riglos, sin mirarla-. Sabes que por ti hago cualquier cosa.

Julián sintió la mano suave y tibia de Laura sobre la suya, y se conmocionó íntimamente. La deseaba tanto que su cercanía se convertía en un suplicio. Ella ignoraba el anhelo que le causaban su belleza, su frescura y juventud, su espíritu libre y desenfrenado; era inconsciente del hechizo que lanzaba sobre él cuando le sonreía, cuando lo miraba con picardía, cuando se enfadaba, cuando defendía sus creencias, cuando ayudaba a los demás. Laura siempre le provocaba ansiedad y deseo.

–Si nadie ha podido convencer a tu padre para que venga a Río Cuarto -comenzó a ceder Julián-, ¿qué podré hacer yo? A mí ni siquiera me conoce.

–Sí, te conoce porque yo le hablo de ti en mis cartas. Además -retomó con alacridad-, si fuiste capaz de convencer a la abuela Ignacia de vender la quinta de San Isidro para pagar el tendal de deudas que teníamos, serás capaz de convencer a cualquiera de cualquier cosa, incluso a mi padre.

Esa noche, muy tarde ya, Julián aún permanecía despierto. Un rato antes se había aventurado hasta el final del corredor donde se hallaba la habitación de Laura y, con el oído apoyado sobre la puerta, había prestado minuciosa atención a los sonidos en el interior, el traqueteo de los botines, la conversación de Laura con Loretana, el sonido de las cerrajas del baúl, el frufú del vestido al quitárselo, el agua salpicando en la jofaina y el crujir del lecho cuando por fin se acostó.

Regresó a su habitación inquieto y de malhumor. Tenía calor, no encontraba posición en esa cama desconocida e incómoda. La almohada le parecía demasiado alta y le provocaba mareos y dolor de cuello. Se levantó y se

sirvió un vaso con agua. Sus ojos vagaron por el mobiliario y se preguntó qué hacía ahí, en ese hotel de mala muerte en Río Cuarto. Casi no recordaba cómo se había embarcado en esa odisea. Por primera vez caía en la cuenta de la responsabilidad que se había echado al hombro. Y como si no bastara, el viaje a Córdoba para enfrentarse a un viejo y resabiado general. Después de todo, doña Ignacia Montes tenía razón: Laura siempre se salía con la suya.

Llamaron a la puerta, y Julián se emocionó al pensar que se trataría de Laura. Se olió las axilas, se echó colonia generosamente y se puso la camisa. Abrió. Era Loretana.

—¿Qué deseas? — preguntó, más sorprendido que molesto.

—Apenas lo vi llegar hoy a la tarde, le preparé esta aguamiel y la tuve todo el tiempo en el sótano. Está bien fresquita. Pensé que, con esta calor, le vendría bien -sugirió, y extendió la bandeja con una jarra y dos vasos.

Julián Riglos le echó un vistazo de arriba abajo y, como le pareció que la muchacha estaba limpia, con el cabello recién lavado y ropas nuevas, le hizo una seña para que entrase.

Hacía tiempo que Loretana había entregado su corazón al hombre con el que compartiría su vida y sus sueños. Los favores que le concedía al coronel Racedo y que, de seguro, concedería esa noche al doctor Riglos no tenían que ver con sus sentimientos sino con sus ambiciones. Vertió el aguamiel en ambos vasos y se acercó con movimientos insinuantes a Julián, que se había repantigado en la silla y la contemplaba seriamente. Aceptó el vaso y bebió un trago largo. La bebida fresca y dulce le recompuso el ánimo. Estiró el brazo y alcanzó a Loretana, que, entre risas, se sentó sobre sus rodillas.

—¿Qué hablabas con la señorita Escalante en su recámara?

—Cumplía con su mandato, doctor. Le llevé toallas limpias y le puse agua fresca en el lavamanos.

—¿Ella te pidió algo?

–Sí, que la despertara a las siete. A esa hora debo tener lista la tina con agua caliente, ¿no?

–¿Se quejó de la cama o de algo en particular?

–Como que a usted le interesa mucho lo que le pasa a la chinita ésa, ¿verdad?

–¿Se quejó o no? – insistió Riglos, con impaciencia, y, quitando a Loretana de sus rodillas, se puso de pie.

–No, hombre, no. Dijo que todo era de su agrado, así dijo. Muy modosita, parece.

«¿Modosita?», repitió Julián para sí, y rió burlescamente.

–¿De qué se ríe? Mire que yo no soy payaso de naides -advirtió Loretana, y amagó con dejar la habitación.

–Ven acá -ordenó Riglos, y la muchacha se volvió, dócil como una niña educada-. ¿Quién te dijo que podías retirarte? ¿Quieres ganarte unas monedas extras? Sí, ¿verdad? Eres codiciosa, ya me he dado cuenta. Te gusta el dinero, sí que te gusta. Pues bien, conmigo podrás ganar bastante si haces lo que te pido.

–Lo que mande, patrón.

–Mañana parto hacia Córdoba y no sé cuántos días estaré ausente. Quiero que, durante ese tiempo, vigiles a la señorita Escalante. Cuando regrese, sabrás decirme qué ha hecho, adonde ha estado, con quién ha hablado, ¿comprendes?

–Sí, no soy tonta, patrón.

–También de eso ya me he dado cuenta -aceptó Riglos, y comentó a desatarle el lazo del jubón.



CAPÍTULO IV.

Un penoso asedio

El hecho de informarle a Agustín que el doctor Riglos marcharía ese mediodía rumbo a Córdoba resultó suficiente para tranquilizarlo. Aceptó el desayuno que doña Generosa le preparó y que María Pancha le dio en la boca, y bebió a cucharadas una infusión, que según la negra, formaba parte del vademécum de su tío abuelo Tito, el boticario María Pancha, que había permanecido en vela gran parte de la noche, se acomodó sobre un jergón junto a la cama de Agustín y se quedó dormida. Laura terminaba la carta a su padre que le entregaría a Julián, y se debatía entre recomenzarla en un tono más deferente o mantener el imperioso que le había surgido espontáneamente. Por fin, cerró el sobre sin incorporar cambio alguno en los párrafos.

A la entrada del hotel de doña Sabrina, se encontró con Prudencio que cargaba los baúles de Riglos, mientras Blasco, el jovencito del establo, alimentaba a los caballos y les revisaba las herraduras. Ya había clientes en la pulpería, y las miradas que le lanzaron la obligaron a acelerar el paso con una fea sensación de incomodidad y miedo. Iba a llamar a la puerta de la habitación de Julián cuando se abrió.

—¡Laura! — exclamo, y le sonrió-. Pensé que no vendrías a despedirte.

—Te traje la carta para mi padre -dijo, y se la entregó.

—Todavía creo que esto de que te quedes sola es un disparate -insistió Riglos-. Esta villa no es como Buenos Aires. Aquí la gente es distinta. Están acostumbrados a cosas que tú ni siquiera puedes imaginar ¿Por qué mejor no enviar a Prudencio?

Laura le apoyó un dedo sobre los labios para acallarlo, y Julián percibió el aumento vertiginoso en las pulsaciones de su corazón. La idea de dejarla en una población acechada a diario por malones y otras pestes no lo desconsolaba tanto como el hecho de separarse de ella cuando había creído que la tendría para él. La contempló largamente y en silencio, mientras se resignaba a la idea de que jamás adivinaría qué clase de sortilegio le había caído el día que la conoció. La supremacía que Laura Escalante ejercía sobre su voluntad, sobre su vida, se le antojó infinita. Desconocía su propio límite frente a las veleidades de aquella chiquilla de veinte años.

Medio enfadado, medio embriagado de deseo, la tomó por la cintura y la besó en la boca, un beso audaz, espontáneo, anhelado, sus labios hambrientos sobre los de ella, sus cuerpos que se rozaban, sus manos que la exploraban. A lo largo de su vida, Julián había cubierto de besos a muchas mujeres, aquel beso, sin embargo, fue el primero que le sacudió los fundamentos.

Laura se mantuvo inerte y no ofreció resistencia. Cerró los ojos y pensó: «No se puede pedir un favor tan grande sin dar nada a cambio». El beso no la estremeció, ni la pasión que exudaba Julián, ni lo que le susurró antes de separarse de ella y marcharse aprisa hacia la calle. Se quedó en medio del corredor preguntándose por qué no lo amaba. Porque ciertamente no lo amaba. En ella no habían florecido las pasiones y delirios que dominaban los párrafos de *La dama de las camelias* o los de *Amalia*, menos aún, los que transmitían los versos de Dante inspirados por Beatrice Portman, ni los que Petrarca había escrito en honor de Laura de Noves. Ella palpitaba y suspiraba por amores ajenos, los que hallaba en las prosas y en los poemas de los libros. Entendía los motivos de la dicha o de la angustia de los personajes, era capaz de vislumbrar lo que calaba hondo en los espíritus de esos hombres y mujeres. Sin embargo, ella jamás había sentido así.

Corrió hacia la calle, temiendo que la galera de Julián hubiese partido, y lo encontró conversando con un militar. Al verla, Riglos bajó el rostro, avergonzado, y Laura se sorprendió de esa actitud tan inusual en él. Un instante después ella misma, al tomar verdadera conciencia de lo que acababa de ocurrir entre ellos, experimentó cierto pudor. Con todo, avanzó decidida, debía expresarle su gratitud convenientemente.

–Hilario -comenzó Julián-, deseo presentarte a la señorita Laura Escalante, hija del general José Vicente Escalante y hermana del padre Agustín. Laura, el coronel Hilario Racedo, comandante a cargo interinamente del Fuerte Sarmiento.

El militar tenía la mirada deshonesto, y la cicatriz que le surcaba la mejilla izquierda le acentuaba ese aspecto que Laura encontró repulsivo. Racedo se deshizo en halagos, no sólo referidos a la belleza y refinamiento de Laura que contrastaban visiblemente con la mediocridad del lugar, sino a la valentía e inteligencia del general Escalante, que había sido compañero de armas de su padre, el teniente coronel Cecilio Racedo.

–Después del general San Martín, sepa usted, señorita Escalante, que a quien más admiraba mi padre era al suyo. He pasado gran parte de mi vida escuchando las anécdotas del cruce de los Andes y de las batallas que libraron juntos. Sé que su padre y el general San Martín fueron grandes amigos.

–Mi padre profesaba un sincero afecto por don José -admitió Laura, con laconismo.

–¿Cómo se encuentra doña Carolina Montes? – prosiguió Racedo.

–No sabía que conocía a mi tía Carolita -se sorprendió Laura.

–¿Y quién no conoce a su admirada tía, señorita Escalante? No debe existir un alma en toda Buenos Aires que no haya, aunque más no sea, sentido hablar de ella.

–Sí, es cierto -aceptó Laura, concedora de la capacidad de su tía abuela para hacer amistades y recoger protegidos-. No sé si sabrá usted, coronel Racedo, que mi tía Carolita enviudó en el mes de octubre. Sí, fue un golpe muy duro para ella. Ahora se encuentra en París arreglando los asuntos del testamento de tío Jean-Emile. Como sabrá, coronel, mi tío abuelo era francés.

–¡Qué inconveniente! – expresó Racedo, y el modo afectado que empleó fastidió a Julián-. Y encima de semejante pesar, la pobre doña Carolina debe hacerse cargo de la complicación de los herederos y el testamento.

–Gracias a Dios -interpuso Laura-, ése no es el caso de tía Carolita. Ella está en París con su hijastro, Armand, quien la ayudará en todo. Siempre se han tenido gran cariño.

En este punto, Riglos cortó el diálogo y se excusó en la prisa por partir hacia Córdoba. Laura le deseó buen viaje y, mirándolo directo a los ojos, lo tomó de las manos y le concedió un «gracias» que lo llenó de ilusiones. El coronel Racedo también se despidió calurosamente y lamentó una vez más el repentino periplo a la capital que echaba por tierra la cita para almorzar.

–Ve tranquilo, Julián -expresó-, mientras te ausentes, yo mismo me haré cargo de la seguridad de la señorita Escalante.

Julián trepó a la galera y saludó una vez más antes de partir. Mientras el coche se alejaba, se quedó mirando las figuras de Racedo, alta e imponente, y la de Laura, menuda y vulnerable, una al lado de la otra, una tan próxima a la otra. La galera tomó por el camino hacia el pueblo de Tegua y los perdió de vista. Corrió el visillo, buscando la sombra, y se echó sobre el respaldo del asiento. «Esto es un disparate», repitió.

Ante la insistencia del coronel Racedo, Laura permitió que la escoltase a lo del doctor Javier. El hombre ató su caballo al palenque de doña Sabrina y emprendieron la marcha a pie. Racedo se interesó por la salud del padre Agustín y lo elogió tanto como lo había criticado el día anterior. Laura supuso que, si no hubiese sido por su parasol, el coronel Racedo se habría aproximado demasiado.

Consciente de que su situación era impropia para la hija de una familia decente, y de que Racedo se comportaba como un caballero al no mencionarla, Laura percibió, sin embargo, un tono insolente en su perorata. El militar mencionó su viudez repetidas veces, y Laura se convenció de que lo hacía para dejar en claro que era un hombre libre, con una conveniente

situación en la vida, mientras su única hija, Clotilde Juana, se hallaba bien encaminada, casada con el hijo de una familia influyente de Lujan. Habló también de su sobrino, Eduardo Racedo, a quien se refirió como el hijo que le habría gustado tener.

–No debería regresar sola a lo de doña Sabrina -sugirió-. Vendré a buscarla a la hora que usted me indique.

–Le agradezco, coronel Racedo, pero no será necesario. Quizás en la noche me quede en casa del doctor Javier a cuidar a mi hermano -mintió Laura.

–Vendré de todos modos. Le prometí a mi amigo Riglos que la cuidaría, y pienso honrar mi palabra.

Con el transcurso de los días, Laura deseó que Racedo no le hubiese prometido nada a su amigo Riglos. La simple preocupación por su bienestar y seguridad se había convertido en un asedio casi impertinente. Por la mañana, la aguardaba en la pulpería para escoltarla a casa del médico y la acompañaba de regreso, muy tarde de noche. Laura se daba cuenta de que el militar se aseaba y perfumaba especialmente, no volvió a notarle la barba de tres días de la primera vez, ni las botas o el uniforme percutidos de polvo. Le brillaban los botones de la guerrera y la hebilla del cinto. Se lo topaba también cuando iba a lo del boticario o cuando acompañaba a doña Generosa a casa de una vecina pura rezar la novena por el padre Agustín. María Pancha ya le había tomado ojeriza y el doctor Javier le daba a entender que no se trataba de un buen hombre. Supo por Loretana que se lo tildaba de cruel y arrogante. Los soldados le temían y los indios lo detestaban.

–Pueblo chico, infierno grande -sentenció María Pancha, una tarde mientras Agustín dormía-. Dentro de poco, todo Río Cuarto dirá que estás coqueteando con Racedo. No quiero pensar que esos embustes lleguen a oídos de tu abuela.

El acoso de Racedo, que se presentaba insoslayable, terminó convenientemente gracias al malón que arrasó con Achiras, un pueblito en el límite con San Luis, y que lo alejó por un tiempo. Por primera vez, Laura

era libre. Iba y venía por las calles sin compañía, y nadie le reprochaba nada; María Pancha se había olvidado de ella, consagrada como estaba al cuidado de Agustín. Laura disponía de su tiempo y de su vida como si estuviese sola en el mundo. A pesar de que su mente y su corazón siempre habían amado la libertad, ahora también la sentía vibrar en su cuerpo. Se preguntaba cómo soportaría, de regreso en Buenos Aires, la voz aguda e imperiosa de la abuela Ignacia, los escándalos de tía Dolores y tía Soledad o los reproches de su madre, después de haber saboreado la manzana de la libertad.

Aunque el doctor Javier se mostrara cauto y no expresara lo que ella deseaba escuchar, Laura presentía que Agustín recobraba la salud día a día. Cierto que aún sufría ahogos, que la fiebre no remitía y que los esputos continuaban sanguinolentos. No obstante, nadie le quitaría de la cabeza que su hermano no estaba tan consumido como aquella primera noche en el convento, y ni siquiera el escepticismo de María Pancha le haría cambiar de idea.



CAPÍTULO V.

Las memorias de Blanca Montes

El padre Donatti visitaba la casa de los Javier a diario. Traía la comunión a Agustín, le leía el Evangelio y rezaban el rosario. En esas ocasiones, María Pancha y Laura los dejaban a solas. Laura se zambullía en su libro de turno, mientras María Pancha completaba en la cocina sus infusiones y tónicos o iba al hotel de doña Sabrina a tomar un baño y mudarse de ropa. Allí la aguardaba Loretana, quien, a pedido expreso de Laura, la atendía a cuerpo de rey. Era la primera vez que alguien servía a María Pancha, y la incomodidad y la extrañeza ganaban a cualquier sentimiento agradable. Más de una vez se tentó de preguntarle a Loretana cuánto dinero le había dado el doctor Riglos para que las atendiera como a princesas, porque no le parecía que la sobrina de la pulpera fuera del tipo servicial por naturaleza.

Una día, a la hora de la siesta, mientras el padre Donatti visitaba a Agustín, Laura leía *Excursión a los indios ranqueles*, regalo de su hermano. De pronto, cerró el libro y se mantuvo reflexiva.

—¿Cómo era la madre de Agustín? — preguntó un momento después, y María Pancha detuvo sus dedos ágiles que cosían.

—¿Qué deseas saber?

—Todo. Cómo era su aspecto, cómo era su manera de ser, cómo era su relación con mi padre. Tú la conocías bien.

—Sí, muy bien.

—Hay algo en esa mujer -prosiguió Laura- de lo que nadie quiere hablar.

–¡Qué ocurrencia, niña! – se impacientó María Pancha-. ¿Qué puede haber?

–¿Por qué Agustín necesita hablar con mi padre acerca de su madre? La noche que llegamos a Río Cuarto, Agustín pidió que le dijéramos a mi padre que deseaba hablar de su madre.

–Eres curiosa.

–Y más curiosa me vuelvo cuando me doy cuenta de que nadie habla de la madre de mí hermano, es más, evitan mencionarla. Mi madre, mis tías y mi abuela parecen odiarla.

–Fue la primera mujer de tu padre -intentó María Pancha con lo que le pareció excusa suficiente para justificar el resentimiento hacia Blanca Montes-. ¡Y ya deja en paz a los muertos! – se enojó-. Voy a lo de doña Sabrina a cambiarme de ropa.

La recitación monótona de las letanías le indicó a Laura que Donatti y su hermano pronto terminarían el rosario. Retornó a las páginas de *Excursión a los indios ranqueles* que siempre lograban quitarle de la mente las preocupaciones y dudas. Julián Riglos y su viaje a Córdoba la inquietaban por sobre el resto. Hacía una semana de su partida y todavía no sabía nada de él. María Pancha la tranquilizaba al decirle que, en realidad, había transcurrido poco tiempo.

–¡Ojalá me enviara un mensaje con un propio! – deseó Laura.

El padre Donatti salió del cuarto de Agustín, y Laura observó que aún llevaba la estola alrededor del cuello y, en la mano, la cajita de madera donde guardaba los óleos para la Extremaunción.

–Esta mañana recibí carta de tu madre -se apresuró a decir Donatti para sortear el tema de la salud de Agustín-. Está muy enojada contigo. Tu abuela guarda cama, sufrió una fuerte impresión luego de tu huida, y tu prometido, el señor Lahitte, dejó la estancia de su padre y viajó a Buenos Aires cuando se enteró de que te habías marchado. Magdalena dice que ha amenazado con romper el compromiso si no regresas de inmediato, sola, sin

Riglos.

—Mi abuela con sus extravagancias, mi prometido con su orgullo herido y el mundo entero si es necesario pueden irse al demonio.

—¡Laura! — se escandalizó el sacerdote.

—Nadie parece darse cuenta de que mi hermano está enfermo y de que me necesita. ¡Al demonio con todos! ¡Al demonio con los prejuicios! Haré lo que crea que debo hacer y nada ni nadie me lo impedirán.

Donatti conocía bien a Laura y sabía que no le temía a los castigos de su abuela, ni a perder a Lahitte, ni a la afrenta general que la aguardaba en Buenos Aires. Era demasiado audaz para dejarse estafar por amenazas de esa índole. Pero sí sabía que la aterraba la idea de perder a su hermano. Donatti la admiró en aquel momento y pensó que se trataba de una joven extraordinaria. Caminaron en silencio a través del patio y de la sala y hasta la puerta principal.

—Usted conoció a Blanca Montes, ¿no es cierto, padre?

—Sí -aseguró Donatti, y le echó un vistazo, extrañado.

—¿Cómo era?

—¿Cómo era? Silenciosa, callada y, sin embargo, con un mundo interior rico y pleno. Instruida como pocas. Sabía de medicina.

—¿Medicina?

—Su padre, tu tío abuelo, el doctor Leopoldo Montes, era médico, y Blanca, desde muy joven, lo asistió como enfermera. Además de leer mucho, era observadora, y aprendió viendo trabajar a su padre a lo largo de los años.

—Una vez escuché decir a María Pancha que era muy hermosa.

—María Pancha adoraba a Blanca. De todos modos, en eso de la belleza no

es parcial. Aunque más que hermosa, Blanca Montes era intrigante.

–¿Intrigante?

Se escuchó la voz de doña Generosa, que apareció en el zaguán junto a su hijo Mario y la doméstica, que la ayudaba con las canastas de víveres. Mientras la dueña de casa y su hijo saludaban al padre Donatti, Laura regresó al lado de su hermano. Agustín se hallaba inquieto a causa de la fiebre y la dificultad para respirar. Laura le cambió el paño de la frente y le tomó las pulsaciones como el doctor Javier le había enseñado. Alistó la medicina y el ungüento de alcanfor que María Pancha había preparado y que le frotaban sobre el pecho.

–¿Noticias de nuestro padre? – preguntó Agustín.

–No todavía, pero dentro de poco Julián estará de regreso con el general Escalante a su lado -mintió Laura, que poco a poco perdía la confianza en el éxito de la misión de Riglos.

–Supongo que sólo resta esperar, que más no se puede hacer.

–Hace tiempo que nuestro padre se olvidó de esa pelea que tuvieron cuando decidiste tomar los votos -tentó Laura.

–Hay cosas que tú no sabes, Laurita -admitió Agustín-. Aquella vez fui muy duro con papá, le dije cosas que no merecía.

–Ya te dije que las ha olvidado.

A pesar de que el día era muy caluroso, la fiebre le provocaba escalofríos a Agustín. Laura trajo piedras calientes de la cocina, las envolvió en trapos y las colocó a los pies de la cama de su hermano; terminó sudada como si tomara un baño turco; el calor la descomponía. A continuación lo ayudó a beber la medicina y le frotó el pecho con el ungüento de alcanfor. Agustín lucía a gusto y tranquilo cuando logró dormirse, y Laura sintió alivio, convencida de que el sueño lo preservaba de los padecimientos de su enfermedad. Permaneció de pie junto al camastro, mientras le contemplaba

la consunción de las facciones. Ahora veía con claridad los carrillos le habían desaparecido, los ojos se le habían hundido en dos oquedades ribeteadas por círculos violeta y la nariz emergía más aquilina que de costumbre. No quedaba rastro del apuesto Agustín Escalante. Según el doctor Javier, la respiración fatigosa y el exceso de sudoración eran claros síntomas del carbunco.

Exhaló un suspiro y se reclinó sobre la mesa. Estaba muy cansada. Recorrió la habitación con la mirada y se detuvo en el pequeño envoltorio que una india llamada Carmen le había entregado esa mañana y que aún permanecía arrumbado en el mismo sitio donde ella lo había desechado con aprensión, arrugando la nariz por miedo a que oliera mal. «Son las cosas de Uchaimañé» había asegurado la mujer en un castellano mal pronunciado pero bien hablado, mientras le extendía el bulto «Lucero las encontró hace poco y me pidió que se las entregara al padrecito Agustín». Laura no sabía de qué hablaba la india, pero como conocía la estrecha relación de su hermano con esas gentes, no le sorprendió la visita ni la entrega del envoltorio. Lo tomó sin más y la despidió.

Se acuclilló frente al bulto y desató los nudos. Había un poncho, una cajita de madera tallada y un cuaderno forrado con cuero. El poncho correspondía al típico tejido de las mujeres ranqueles que Agustín le había enseñado a reconocer. Era pequeño, de la talla de un niño. De tintes azules y rojos, si bien basto y un poco áspero, la prenda le pareció bonita, con armonía en su diseño. En la cajita encontró un guardapelo de oro y su cadena, se trataba de una pieza muy fina, con las iniciales M y P ricamente grabadas en la tapa. Lo abrió con cuidado y encontró dos mechones de cabellos cuyas tonalidades contrastaban, uno negro, el otro de un castaño muy claro. Abrió el cuaderno. En la hoja de respeto encontró la palabra *Memorias* escrita en una caligrafía de pendolista y, al pie, el nombre del autor *Blanca Montes*.

Hoy he recibido este cuaderno, además de tinta, plumas y un cortaplumas. Me los trajo Lucero esta mañana «Te los manda Mariano», me dijo, con esa sonrisa pícaro que no se le quita a pesar de los años, a pesar de tanto que hemos vivido. No me sorprendió el regalo, es más, lo esperaba, días atrás le había mencionado a Lucero mis intenciones de comenzar a escribir

estas memorias. Aún no he podido agradecerle a Mariano, que ha estado muy ocupado con el velorio y el entierro de Quintinuer, la esposa del caciquillo Guaiquipán, que murió hace dos días dando a luz a su primer hijo. El niño también murió. Lucero vino a buscarme cuando la comadrona ya no atinaba a nada, porque saben que soy ducha en esas lides. La escena en el toldo de Guaiquipán me golpeó como un cachetazo en plena cara, y me vino a la mente la muerte de mi madre veinte años atrás. Atendí a la parturienta sabiendo de entrada que cualquier esfuerzo era en vano porque la sangre le brotaba de entre las piernas como un manantial de la roca. Ahora, más tranquila en mi rancho, me he puesto triste al recordar.

La madrugada que mi madre comenzó con trabajo de parto, me despertaron sus alaridos. Mi alcoba se hallaba retirada del resto de las habitaciones y, sin embargo, me despercudieron del sueño como un sacudón. Nadie se acordó de mí, ni pensó que yo podría estar merodeando por patios y pasillos como ánima en pena. Todos (mi padre, tío Tito, Carmina y la comadrona) se afanaban en mi madre, que poco a poco se extinguía como una lámpara sin aceite.

Una vocecilla dentro de mí me advertía que no entornara la puerta del cuarto de mis padres, ni me deslizara subrepticamente dentro. Para cuando lo hice, era demasiado tarde, y aquello que nunca hubiese querido ver ya se había plasmado en mi retina y en mi mente de nueve años para siempre: la imagen de mi madre moribunda sobre un lecho bañado en sangre. Tanta sangre. Ya no gritaba sino que se mantenía laxa e inerte entre los almohadones, los ojos cerrados, los labios azules y el semblante del color del papel. «Ya no le duele más», pensé, y busqué con la mirada a mi padre, que lloraba en brazos de su hermano Tito. Entonces supe que algo irremediable y trágico había sucedido. Me sentí sola y desprotegida. No repararon en mí hasta que me acerqué al borde de la cama. Más sangre y un bebé lívido junto a mi madre.

Carmina, el ama de llaves, me tomó por las axilas y me sacó de la habitación; yo chillaba y me contorsionaba como un gato rabioso. Me arrastró hasta la cocina, donde me sentó sobre su falda y me abrazó fuertemente en un intento por contener mis espasmos. A poco, las dos llorábamos a coro.

La muerte de mi madre volvió oscura y tenebrosa la casa de tío Tito. Se cerraron las celosías y se colocaron paños negros sobre las cortinas blancas de la sala. Mi padre y tío Tito llevaban una cinta negra en el brazo y Carmina, vestidos de luto hechos de crespón. El sol no entró por mucho tiempo en las habitaciones, y el frío se adueñó de las paredes. El aroma tan familiar de la casona de mi tío cambió, y ahora olía a iglesia. Mi padre también había cambiado; ya no sonreía, por más que yo le levantara las comisuras de los labios o le hiciera cosquillas, y cuando se creía solo, lloraba como un niño.

Después de varios días, tío Tito creyó conveniente que las cosas volvieran a la normalidad, así que reabrió la botica, le pidió a Carmina que me llevara a la escuela y obligó a mi padre a retomar las visitas a sus pacientes. Por respeto a la tradición, mantuvo las celosías cerradas y las cortinas cubiertas, pero sé que habría acabado con ese absurdo también. Si bien nuestras vidas retomaban lentamente su curso, la casa de mi tío seguía recordándonos que debíamos estar tristes y apesadumbrados.

Por eso me gustaba ir a la escuela de doña Francisca López, porque allí todo continuaba igual: las ventanas no estaban celadas, el aroma no había cambiado y las personas no vestían de negro. Continuaba igual, excepto por las miradas compasivas que las demás alumnos me echaban, incluso las pardas, que estudiaban en una sala aparte y tenían prohibido acercarse a nosotras, las niñas blancas.

Yo tendía a estar sola. La soledad nunca me ha molestado, y en aquellos primeros días después de la muerte de mi madre, cuando me sentía tan distinta, este aspecto de mi personalidad se consolidó en mí para siempre. Me gustaba leer, era de mis actividades favoritas, pero nada me agradaba tanto como la botica de mi tío Tito, un negocio bastante próspero en la parte delantera de la casona, donde pasé mis horas más divertidas. Emplastos, tónicos, ungüentos, bálsamos, jarabes, sinapismos y píldoras atestaban los anaqueles que Carmina mantenía pulcros y bien surtidos. En la trastienda, mi tío hacía magia con sus alambiques y sustancias. Tenía prohibido el ingreso al laboratorio, donde cualquier frasco podía contener un polvo venenoso con apariencia de azúcar que me habría fulminado

como a una ratita, y donde, también, mi tío solía cometer errores y mezclar enemigos mortales, que provocaban explosiones o conatos de incendio. Tito soslayaba estos inconvenientes y, aunque una vez se lastimó gravemente la mano, su vocación por la alquimia lo mantuvo ciego a los peligros que corría al empeñarse en esa vía tan riesgosa.

Cierto que era un gran boticario, con ungüentos capaces de curar cualquier quemadura, con tónicos que levantaban a un muerto, cordiales que estimulaban al corazón más achacoso, píldoras que acababan con la pelagra más tenaz o vermífugos que mataban cualquier tipo de lombriz intestinal.

Con la complicidad de mi tío y la de Carmina, su asistente y ama de llaves, yo pasaba la mayor parte del día sumergida en el botamen del laboratorio. Con el tiempo, cuando Carmina se casó y nos dejó, me convertí en la “colega” de mi tío Tito, como a él le gustaba apodarme. Me dictaba las fórmulas, que yo anotaba con letra de caligrafía en su mamotreto de farmacopea. Llegué a dominar a la perfección la simbología y las abreviaturas; mi tío bromeaba al decir que él pensaba la fórmula y yo la anotaba. Me enseñó a preparar cada producto a la venta, no sólo los medicinales sino también los de cosmética, que se vendían como pan caliente. La bandolina para el equilibrio de los tocados de las damas, el carmín para las mejillas, el albayalde para las pieles de leche, la manteca de cacao para labios tentadores, el agua de colonia a la inglesa y el aceite de verbena para quemar en pebeteros de plata, eran de los más solicitados.

En realidad, todo comenzaba en el huerto de la casona, donde mi tío cultivaba la mayor parte de las plantas que necesitaba, de las que luego extraía lo esencial machacándolas en el almirez con paciencia y ciencia, según su decir. Otras, que no prosperaban en el clima de Buenos Aires, las adquiría disecadas en la tienda de Caamaña, que recibía de las Europas mercancías tan variadas como zapatos y frascos de calomelanos. El huerto de tío Tito era digno de admiración, visitado por colegas y naturalistas de otros países, como Alcaide de Orbigny, Atné Bonpland y Alexander von Humboldt, con quien mi tío mantuvo una relación epistolar muy fluida en latín

Allí, en el huerto, semí escondida entre los naranjos dulces, las camnáceas y las fumarias, espíe a mi padre las semanas siguientes a la muerte de mamá, cuando, envalentonado por la soledad y estragado por la pena, se cubría la cara y rompía a llorar igual que yo cuando me lastimaba las rodillas. No me acercaba y permanecía quieta y silenciosa como un pez, sintiendo que mi baluarte y mi áncora se iban al demonio. Él no lo advertía, porque andaba como ebrio, pero yo lo seguía a sol y a sombra, movida por instinto más que por una sospecha fundada, que era, en realidad, la de Carmina y Tito, suicidio o desquicio, las dos posibilidades que avizoraban para él. Porque ellos conocían bien la historia de mis padres, Leopoldo Montes y Lara Pardo, que había dado de qué hablar a las señoronas de Buenos Aires una década atrás, cuando mi padre se plantó frente al suyo y le dijo «Se puede ir al carajo».

Dicen las malas lenguas que Abelardo Montes, mi abuelo paterno, un toledano de voluntad férrea y carácter de acero, habilísimo además para los negocios, amasó su incontable fortuna contrabandeando con las Indias Occidentales aquellas mercancías que adquiriría (no se sabe bien cómo) en las principales ciudades europeas Madrid, París, Londres, Bruselas y Venecia, y que luego vendía, no siempre a precio de bicoca, en Lima, Santiago, Valparaíso y Buenos Aires. El monopolio que el reino español ejercía sobre las Indias mantenía desprovistas a las tiendas virreinales, y las aristocracias americanas daban la vida por utensilios de tocador, perfumes, géneros, afeites, zapatos, guantes, potiches, óleos y cualquier bibelot que arribase de ultramar.

La osadía de Abelardo Montes lo llevó a las Indias Orientales, y meses más tarde su bergantín atracó en el Río de la Plata atiborrado de mercancía tan exótica como costosa, que le arrancaron de las manos, en especial la mujer del virrey Cevallos, que quedó perpleja ante un abanico de nácar con ribete en perlas de los mares de Persia y ante unos géneros tan fastuosos como coloridos (a los que Montes llamó “damasco”) que usó para tapizar las paredes de su recámara y su sillón favorito.

Dicen también que a Abelardo Montes no le faltaba encanto personal, y que, a pesar de no contar con blasones ni estirpe, pronto se abrió camino entre la flor y nata de Buenos Aires, menos melindrosa que la de Lima y

Santiago, y más refinada que la de Valparaíso. Con su título de capitán y un barco fletado boyando en el puerto, sumado a la gallardía de su porte, acaparaba la atención de las damas; su manera de ser, abierta y jocosa, le granjeó la amistad de algunos caballeros. No siempre fue sincero y, gracias a una imaginación enriquecida por la profusa lectura durante sus largas travesías, envolvió a los porteños con historias acerca de antepasados de sangre azul, caballeros templarios, consejeros del rey Felipe II, obispos beatificados y esposas de príncipes europeos, que nadie sabía si creer; después de todo, se trataba de un mercader.

Sin embargo, el año que desembarcó en Buenos Aires con el título de barón debajo de un brazo y tomada del otro, una joven y agraciada esposa, hija del Duque de Montalvo, ya nadie se atrevió a poner en tela de juicio el abolengo de don Abelardo Montes, Barón de Pontevedra. La mujer del virrey Vértiz tuvo el honor de agasajarlos con la primera tertulia, y desde ese momento se sucedieron los convites y fiestas.

A mi bisabuelo, Leopoldo Jacinto Laure y Luque, Duque de Montalvo, se le revolvieron las tripas cuando concedió la mano (sin dote) de su hija María del Pilar a Abelardo Montes, un advenedizo que, gracias a una cuantiosa fortuna derivada del comercio, había comprado el título de barón. Pero la dulce y tierna Pilarita, hija de la vejez del duque, más consentida que educada, había entablado relaciones sentimentales con un suizo y hereje calvinista, que nadie sabía cómo se había colado en España a fabricar relojes. Los murmullos de que la niña Pilarita le había entregado al hereje mucho más de lo debido ya volaban por las calles de Tarragona como la ventisca salitrosa que se levantaba del Mediterráneo antes de las tormentas de verano, y el duque sufría una ordalía al pensar que tanta belleza y gracia de su hija menor tendrían que desperdiciarse tras los muros del convento de las Hermanas Trinitarias.

Las maledicencias le importaron un rábano a Abelardo, que venía enamorado de la muchacha desde tiempo atrás, desde que la vio, junto a una tía y a su hermana mayor, sentada sobre la marisma del río Francolí pintando con acuarelas. Se acercó subrepticamente para no espantarlas, hasta que su sombra de más de metro ochenta se proyectó sobre la cartulina de Pilarita y atrajo la atención de las tres. La tía se puso de pie

como ganso en guardia, mientras la hermana mayor juntaba a tropezones los pinceles, lápices, papeles y paletas, todo muy ligerito, sin levantar la cara. Pero Pilarita sí levantó la cara y le permitió a Abelardo Montes, con toda generosidad, solazarse en unos ojos grises que serían su perdición.

La joven Laure y Luque marchó aprisa detrás de su hermana y de mi tía, mientras unos bucles amarillos como el trigo le brincaban bajo el ala del sombrero de paja. Él se quedó allí, plantado sobre la marisma del Francolí, mirándola como un tonto, sin notar que se mojaba los zapatos de cordobán con el flujo y reflujo del río.

Al año siguiente, Abelardo atracó nuevamente en Tarragona, aunque debería haberlo hecho en Génova, donde la reparación que su barco necesitaba habría sido más barata y de mejor manufactura. Cuando la tripulación observó la decisión disparatada del capitán, Abelardo Montes los mandó a callar con ese genio dominante que no se le quitaría con el tiempo ni amansaría el carácter delicioso de su mujer.

Pese a que sus marineros y el contramaestre no lo creyeron igual, la decisión de tocar el puerto de Tarragona fue un acierto. Ese año parecía que su suerte tomaba buen cariz: la honra de Pilarita estaba en entredicho, asociada a un relojero suizo, que, aunque simulase, todo el pueblo sabía que era protestante. Abelardo, que durante esos años había trabado una sincera amistad con Calixto Juniet y Peña, el procurador más importante de la ciudad, consiguió que el Duque de Montalvo lo recibiera, previa exposición por parte de Juniet y Peña de las intenciones del capitán Montes. «¡Que no se crea ese advenedizo que obtendrá de mis arcas un puñetero maravedí!», bramó el duque, más por tristeza que por coraje, y enseguida el procurador le aclaró que el capitán Montes se negaba terminantemente a recibir cualquier tipo de dote en una muestra de su verdadero afecto por la niña María del Pilar.

Pilarita lloró a moco tendido en brazos de Alcira, su nodriza, la noche en que el duque le informó que desposaría al capitán Abelardo Montes, a quien ella no conocía ni de vista. Al día siguiente, y más allá de los ojos irritados por tanta lágrima vertida, María del Pilar reconoció al hombre alto y elegante, de pie junto a su padre, como al osado que se les había

acercado la tarde de las acuarelas en el río Francolí. Mucho de moro en su aspecto irreverente y atractivo le delataba el origen sureño, la región de la península que había padecido a manos de herejes musulmanes a lo largo de ocho centurias. No obstante, ese irreverente con sangre impía vestía como el mejor cortesano del rey Carlos IV. Bajo la capa de terciopelo azul destacaba el lavanda pálido de la chaqueta de satén y la camisa de batista con puños de encaje. Llevaba medias de seda blanca hasta las rodillas y zapatos de cuero de Córdoba con lustrosas hebillas de oro. El pelo renegrado al igual que los ojos, el cutis aceitunado y sin imperfecciones, la mandíbula de huesos fuertes y marcados, que le confería una veta despiadada a sus facciones, y unos labios gruesos, como dibujados a mano, que apenas se sesgaban en una sonrisa enigmática, perturbaron profundamente a María del Pilar. Se levantó el ruedo del vestido y abandonó el estudio de su padre a la carrera.

«Esa tarde, – aseguraría Alcira años después-, Pilarita escapó del despacho del duque porque le dio miedo reconocer que aquel hombre, mundano y sin clase, que le sonreía como un filibustero, le había gustado demasiado». Por primera vez la naturaleza romántica y noble de mi abuela se había confrontado con sensaciones extrañas que le hicieron temblar la carne, y, al llegar a su alcoba, se arrojó en el reclinatorio y desgranó el rosario hasta acabar con los quince misterios. Nada tenía que ver lo que acababa de inspirarle el toledano con los versos en francés del relojero suizo, y la aterrorizó la idea de permanecer a solas con él.

Dicen que Abelardo Montes fue paciente y conservó el buen genio sólo una vez en su vida: con mi abuela Pilarita antes de la boda, que le rehuyó como niña medrosa y no le permitió que le rozara la mejilla ni con la punta de los dedos, y, a pesar de que Alcira nunca fue explícita acerca de lo que sucedió luego de la boda, todo parece indicar que la arisca tarraconense cedió a los encantos del toledano, pues desembarcó en el Río de la Plata embarazada de mi padre, Leopoldo Jacinto Montes, y con una sonrisa de oreja a oreja, a pesar de que el panorama de la ciudad se hallaba lejos de ser imponente, una visión más bien desoladora, sin ningún desarrollo urbanístico excepto por algunos capiteles, cúpulas y muros de conventos.

La ciudad de Buenos Aires se extendía sobre una barranca apenas más

elevada que la costa, y ocupaba un gran espacio de terreno, pues las casas, bajas y rústicas, regularmente blancas, con grandes ventanas de rejas voladas, eran por lo general de sólo una planta enorme, hasta con tres patios y establos en la parte posterior. Las calles no se hallaban pavimentadas y, en los días de lluvia, el lodo y los profundos baches hacían peligroso el transitar. Algunas, de no más de tres cuadras de largo, se encontraban cubiertas con piedra picada por los presos de Martín García, tan desigual y brutalmente quebrada, que nadie se aventuraba en coche por ellas.

Casado y con un hijo en camino, Abelardo decidió abandonar el mar y convertirse en un sedentario hombre de ciudad. Vendió las últimas novedades traídas de Europa en las tiendas de Buenos Aires, liquidó a sus marineros y devolvió el bergantín que había fletado durante años sin que se le moviera un pelo. La perspectiva de una vida reposada junto a Pilarita lo tentaba más que sus días de aventurero lobo de mar. Compró un terreno que ocupaba media hectárea de manana sobre la calle de la Santísima Trinidad, en el barrio de la Merced, y, para halagar a su esposa, mandó construir una mansión que, junto a la de Marica de Thompson y a la del doctor Riglos, muy distinguida por su terraza en la planta superior, constituían la admiración y envidia de los vecinos.

Abelardo Montes destinó una fortuna en la casa para Pilarita y exigió al alarife que utilizara ladrillos cocidos en lugar de adobe, y argamasa en vez de barro; las alfarjías y puertas serían de madera de roble traído de Eslovenia, al igual que los pisos de las salas y los dormitorios. La casa, sólida como un castillo medieval, revelaba en su interior la delicadeza de la mano maestra de mi abuela, con paredes cubiertas de brocado dorado de Aragón, gobelinos de Aubusson y óleos de artistas flamencos, sus favoritos. Las cortinas de Osnabrück, siempre recogidas con alzapaños de oro, y las alfombras de Kidderminster armonizaban con el damasco azulino que tapizaba sillones, confidentes, canapés y la bergère, obra de un ebanista parisino, pieza dilecta de mi abuela. La araña de cristal de Murano, regalo de mi abuelo con motivo del nacimiento del segundo hijo, fue, durante algún tiempo, objeto de la curiosidad de las señoronas de Buenos Aires, y nunca mi abuela recibió tantas visitas en su salón como luego de la colocación de la dichosa lámpara.

En la casa de los Montes se comía a diario en vajilla de plata maciza del Alto Perú, se tomaba el chocolate en porcelana de Limoges y se bebían vinos del Rin en copas de cristal de Baccarat. Los porteños admiraban la elegancia y maneras de la baronesa, y las innovaciones en sus trajes y tocados terminaban por imponerse como la moda más estricta. Mi abuela, aunque acunada en un entorno rutilante y acostumbrada al buen vivir, era una mujer sensible y piadosa. Mandó construir un oratorio al lado de la sala principal y consiguió permiso del arzobispado para que se dijera misa. Fue el obispo Azamor y Rodríguez en persona quien bendijo el santuario y entronizó el Sagrado Corazón. Junto a sus mejores amigas, Marica Thompson y Florencia Azcuénaga, María del Pilar participaba activamente en la Sociedad de Beneficencia desde que el presidente Bernardino Rivadavia la fundó a principios de la década del veinte. Visitaba también el Monte Pío, y así llenó la casona de niños expósitos que vivieron con ellos durante muchos años. Yo conocí a Eusebio, cochero de mi tío Francisco, a Ponciano, que, por su buen porte y prudencia, se ganó el puesto de mayordomo, y a Josefa, una mulata a quien mi abuela le tomó mucho cariño y hasta le enseñó a leer y escribir.

Pero Abelardo Montes no había llegado a Buenos Aires con su parva de doblones de oro para impresionar a los porteños con una magnífica casa y una esposa aristocrática. Aprovechó la ordenanza del virrey Arredondo que permitía la exportación de materia prima sin el pago de impuestos y, al cabo de los años, se convirtió, junto a Martín de Alzaga, en el productor y comerciante de cueros, tasajo, sebo y otros productos autóctonos, más conocido de la región. Como se hartó de depender de los estancieros de Corrientes y de los de la campaña de Buenos Aires que le suplían lo que exportaba, adquirió dos estancias, “La Pilarita” y “La Poderosa”, y aprendió a criar ganado y, con el tiempo, a sembrar trigo y maíz. Compró un saladero venido a menos cerca de la boca del riachuelo donde preparaba los cueros y el charqui que no se cansaba de vender al extranjero. Aunque nunca le tomó afición al mate, se vio atraído por el negocio de la yerba y, a los cincuenta años, dueño de una inmensa fortuna, remontó el Paraná rumbo a Misiones donde adquirió cientos de hectáreas de tierra húmeda y roja.

Con aquel imperio en apogeo, Abelardo Montes creyó que el mundo se le venía a pique cuando su primogénito y dilecto, Leopoldo Jacinto, le comunicó que se marchaba a Lima a estudiar medicina en la Universidad de San Marcos. Luego de la impresión inicial, Abelardo Montes rompió en bramidos que atrajeron a la familia y a la servidumbre al despacho. Mi abuela intercedió sin mayores resultados y Timoteo Lázaro, el segundo, que, con sus chanzas y buen humor, siempre aplacaba los arranques coléricos de su padre, dejó el despacho a la carrera para no recibir un bastonazo en la crisma. Francisco, el menor de los varones, que le profesaba al patriarca un respeto rayano en el pavor, salió detrás de su hermano Timoteo, mientras Carolina, una niña en aquel entonces, rompió a llorar sin consuelo. Alcira, la única que mantenía la cordura en semejante desquicio, tomó del brazo a la baronesa, a la niña hecha un mar de lágrimas, ahuyentó a la servidumbre y a los criados con un vistazo de hielo y cerró la puerta del estudio, dejando tras de sí al agitado Barón de Pontevedra y a su rebelde vástago, que lo desafiaba con la mirada orgulloso de los Laure y Luque.

Tras una copa de coñac que bebió de un trago, Abelardo Montes intentó persuadir a su hijo por las buenas, para terminar amenazándolo con lo único que podía: quitarle el apoyo económico. Pero el muchacho, que había heredado de su abuelo materno, el Duque de Montalvo, una fuerte cantidad de dinero, suficiente para costear los estudios en el Perú y llevar una vida de canónigo, le repitió con parsimonia que emprendería su viaje en una semana.

Durante los cinco años de ausencia de Leopoldo Jacinto Montes, no existió entre él y su padre contacto epistolar. Abelardo se encontraba al tanto de que su hijo era el primero de la clase, que recibía tentadores ofrecimientos por parte de los profesores y que su tesis de fin de curso acerca del aparato circulatorio había recibido los elogios del propio decano, porque María del Pilar lo comentaba al resto de la familia durante las comidas. En ocasiones, leía párrafos enteros de las cartas de Leopoldo y, aunque su esposo comía impasiblemente, ella sabía que no perdía detalle.

Leopoldo Montes regresó a Buenos Aires en el verano de 1819, más apuesto y gallardo que nunca, en opinión de Alcira, lleno de libros y notas

que había acumulado a lo largo de su carrera, y de ganas de trabajar. Alquiló una habitación en el hotel de Mrs. Clarke, único hospedaje aceptable de la ciudad, y, antes de desempacar, envió una esquela a la mansión de los Montes avisando de su llegada. Llamaron a la puerta una hora más tarde. Leopoldo se apresuró a abrir, embargado por la emoción del reencuentro con su madre y sus tres hermanos, a quienes había echado muchísimo de menos, en especial, a su adorada Carolita.

Abrió la puerta y la euforia se desvaneció: era su padre. Abelardo Montes había envejecido ostensiblemente durante esos cinco largos años. Le notó muy encanecidos el pelo y el bigote, arrugas profundas en la frente y en torno a los ojos, y el vientre un poco abultado; se le habían engrandecido los pabellones de las orejas y la papada le colgaba bajo el mentón. Con todo, Leopoldo terminó por aceptar que el tiempo no había conseguido doblegar al viejo patriarca, que aún ostentaba una figura avasallante y ese aire aristocrático conseguido a fuerza de proponérselo.

Leopoldo sufrió una conmoción al notar los ojos de su padre llenos de lágrimas. Abelardo Montes dio un paso al frente y lo abrazó. Le rogó que abandonara ese hotelucho de mala muerte y que regresara a su casa, donde lo aguardaban su madre y hermanos; no tenía sentido esa situación, el lugar del hijo del Barón de Pontevedra era su mansión en el barrio de la Merced, no ese recinto sin clase ni boato. Le dijo, por fin, que cualquier diferencia del pasado se hallaba zanjada y que se enorgullecía de ser el padre del doctor Leopoldo Jacinto Montes.

Leopoldo volvió al hogar, en parte porque la herencia del abuelo Laure y Luque había menguado considerablemente, y en parte porque ansiaba regodearse una vez más en la familiaridad y lujo de su casa paterna, harto de habitar en pensiones, de comer revoltijos misteriosos y de extrañar una tina de agua caliente, un buen jabón y las toallas y sábanas que Alcira perfumaba con vetiver. En la mansión de la calle de la Santísima Trinidad lo preocupó el deterioro físico de María del Pilar, más delgada y encorvada a causa del esfuerzo que hacía para respirar, vulnerable como una amapola; cuando la apretujó contra su pecho, Leopoldo sintió el cuerpecito de una niña entre los brazos.

Timoteo Lázaro (a quien simplemente llamaban Tito) lucía impecable y menos sarcástico, muy entusiasmado con sus estudios de botánica y química que lo habían llevado a comprar una casa en la parte norte de la ciudad, sobre la calle de las Artes, donde funcionaba su laboratorio y, en breve, su botica. Aunque en un principio, y con el fin de no enfadar a su padre ni afligir a su madre, Tito había aceptado a regañadientes trabajar en la administración de los campos y el saladero, pronto se demostró que no tenía talento para esas actividades. El propio Abelardo se libró de un peso cuando su segundo hijo le confesó que le fastidiaba la idea de pasarse la vida entre bosta de vaca y cueros nauseabundos, y se resignó a contar con la ayuda de su hijo Francisco, que, aunque apocado, incluso abúlico, cumplía sus mandatos a rajatabla.

Carolita, la niña pecosa y menuda que Leopoldo había dejado cinco años atrás, lo pasmó con un cuerpo maduro, lleno de curvas y redondeces. Sus facciones no habían heredado la belleza delicada de María del Pilar y, sin embargo, reflejaban, en la piel traslúcida y los ojos claros, el espíritu puro y noble de la infancia, que la embellecía y destacaba del resto. Carolita se abalanzó a los brazos de su hermano mayor, le besó varias veces las mejillas y lo reconvino porque no se había afeitado y el bozo le raspaba la piel. Sin darle tiempo a sentarse, lo puso al tanto de su inminente boda con un rico aristócrata francés, Jean-Émile Beaumont, enviado a las tierras del Plata como cónsul representante de Su Majestad, el rey Luis XVIII.

Leopoldo conoció a su futuro cuñado esa misma noche, en la tertulia que su padre organizó para ufanarse como pavo real entre las familias de fuste y figuración, de su hijo, el doctor Montes, de su mansión abarrotada de excentricidades, y de su yerno, el cónsul francés Jean-Émile Beaumont, un hombre de unos treinta años, viudo y con un hijo pequeño en París, que resultaba agradable y dicharachero, desprovisto de los melindres y artificios de los de su posición, y que se ganó la simpatía de la familia Montes en poco tiempo.

Esa misma noche, Leopoldo también conoció a Ignacia de Mora y Aragón, hija de una prima de Pilarita, doña Cayetana Laure y Luque, que había dejado Madrid entre gallos y medianoche, envuelta en el escándalo y en la más absoluta pobreza. Su esposo, un madrileño emparentado con la casa

del Duque de Alba, había muerto de un infarto entre las ancas de una fogosa prostituta luego de perder en la mesa de juego los últimos doblones. Apenas terminados los servicios fúnebres, sin la pompa y las lágrimas que habrían correspondido, doña Cayetana vendió las joyas que le quedaban y se embarcó en Cádiz, junto a su caterva de hijos y bártulos, hacia el Río de la Plata, donde su prima Pilarita la recibiría con los brazos abiertos.

«Aunque muchos creían que lo perseguía por interés, la niña Ignacia amaba a Leopoldo a su modo, – aseguraba Alcira-. Y lo amará hasta el día de su muerte», se atrevía a aventurar. Los sentimientos que Leopoldo inspiraba a su prima Ignacia agradaron a Abelardo Montes, que prefería como mujer de su hijo mayor a una española con sangre noble aunque pobre como las ratas, a una criolla sin antepasados ni tradición. Se ocultó el escándalo de la muerte de don Emiliano de Mora y Aragón, y una historia bien urdida por mi abuelo Abelardo explicó la comprometida situación de la viuda y los hijos: don Emiliano había muerto de un infarto luego de perder su fortuna estafado por un socio.

Ignacia de Mora y Aragón era una beldad, la piel como pétalo de jazmín, los ojos grises, que a veces eran celestes, los labios finos y rosados, y el cabello rubio que ella peinaba en una trenza hasta la cintura. El porte de una reina, mezcla de orgullo y aptitud natural de su cuerpo, la destacaba de entre sus amigas y parientes. Nadie la igualaba en talentos: hablaba el francés con una exquisita pronunciación, tocaba el piano magistralmente, dibujaba a la carbonilla y pintaba con acuarelas, bordaba manteles, toallas y prendas íntimas, y confeccionaba encajes a bolillo que eran la admiración de las matriarcas más diestras. Era célebre su trousseau, que ella mantenía bajo llave en un baúl de sándalo, regalo de su tía Pilarita. Cuando se dignaba a mostrar las prendas, estas despedían aromas exquisitos, gracias a las manzanas verdes pinchadas con clavos de olor y a los ramitos de espliego que disecaba al sol y luego guardaba en bolsitas de tul.

Ignacia de Mora y Aragón visitaba a menudo la casa de su tía Pilarita y, aunque siempre solapadas por excusas, a nadie pasaba por alto que sus cortesías tenían como objeto encontrar a su primo Leopoldo. A nadie, excepto al mismo Leopoldo, que reparaba en Ignacia tanto como en el resto

de las mujeres de la casa. Esa indiferencia se convirtió en un desafío para Ignacia, que se volvió más atrevida y osada con el tiempo, tanto que su madre la reconvino la tarde que acomodaba en papel de seda unos pañuelos de lino que había bordado con las iniciales de su primo. «Sólo la prometida de un hombre puede regalarle algo tan íntimo, – argumentó doña Cayetana-. Pronto lo seré», respondió Ignacia, y terminó de envolver los pañuelos, que entregó a su primo momentos después. «¿Es mi onomástica?», se sorprendió Leopoldo y, al levantar la vista y toparse con los ojos grises de su prima, coligió el significado de aquel obsequio. Le agradeció secamente y se marchó, dejando a Ignacia en medio de la sala, un tanto confundida, un tanto contrariada.

La noticia de los pañuelos bordados de Ignacia se supo de inmediato en lo de Montes, y, aunque mi abuela Pilarita lo vio con malos ojos (no era actitud de una niña decente descubrir sus sentimientos a un hombre), mi abuelo Abelardo creyó que se trataba de una excelente oportunidad para echar la soga al cuello del despistado de su hijo mayor, que sólo vivía para el Protomedicato, la oficina de vacunación del doctor Seguróla y las visitas a sus pacientes, no todos del barrio de la Merced y de Santo Domingo. Habían llegado a sus oídos historias alarmantes acerca de que su hijo curaba heridas de esclavos castigados, además de sus pestes y enfermedades, que atendía gratis a los trabajadores del saladero y a sus familias, incluso, que había asistido en un parto a una mujer de la mala vida. Sin duda, aquella propensión a la estolidez no la había heredado de él, Abelardo Montes, Barón de Pontevedra, y lo enfurecía pensar que Leopoldo, que podía convertirse en el médico más destacado de Buenos Aires, terminara ensuciándose las manos con las pústulas y los achaques crónicos de los muertos de hambre.

Leopoldo reconocía que su prima Ignacia reunía las condiciones de una excelente esposa. Ciertamente resultaba algo presumida, caprichosa y un tanto artera, porque, al saberse hermosa y admirada, echaba mano de esos atributos para conseguir sus propósitos. De todos modos, su conversación inteligente, culta y amena junto a sus atractivas facciones habrían hecho mella en el corazón de Leopoldo Montes si para ese entonces Lara Pardo no hubiese existido en su vida.

La botica de Tito en la calle de las Artes comenzó a funcionar pocos meses después de la llegada de su hermano mayor a Buenos Aires, y, repartido entre las horas que atendía al público y las que pasaba en el laboratorio preparando los electuarios, prácticamente no regresaba a la mansión de la calle de la Santísima Trinidad durante la semana. Leopoldo lo visitaba con frecuencia y le compraba medicinas para mis pacientes indigentes. Una mañana lluviosa de invierno en la que Leopoldo discutía con Tito acerca de un caso de fiebre tifoidea, entró en la botica una mujer envuelta en un embozo negro con una canasta pequeña colgada del brazo, que dejó sobre el mostrador para descubrirse. Tito la saludó con familiaridad y la llamó Lara. Era muy joven y llevaba el cabello, negro como el ala de un cuervo, suelto hasta la cintura. A Leopoldo lo hechizaron sus ojos oscuros y profundos, sus pestañas muy vueltas, y el manifiesto contraste entre las cejas gruesas, pobladas y negras, y la piel pálida, como iluminada por luz de luna.

Lara pidió un quermes para su abuela. «Más potente que el de la semana pasada, señor Montes», aclaró, y Tito lanzó un vistazo elocuente a su hermano el médico, que entendió que la enfermedad de la abuela de Lara era un caso perdido. Como no tenía dinero, la muchacha sacó de la canasta media docena de pastelitos rellenos con dulce de batata y los cambió por la medicina. Se embozó nuevamente, saludó con reserva y dejó la botica. Tito engulló un pastelito mientras Leopoldo seguía con la mirada a la muchacha, que se perdía en la primera esquina. «Ni lo sueñes, – advirtió Tito-. Es muy arisca, – explicó-, y más de uno se llevó un mamporro como único premio por cortejarla». Leopoldo le preguntó el nombre completo de la joven «Lara Pardo» y adonde vivía. «En la calle de Cuyo, cerca de la Plaza de Marte», informó Tito. Leopoldo conocía bien esa parte de la ciudad, donde antiguamente había funcionado la plaza de toros y donde sólo quedaban casuchas y pantanos malolientes que en ocasiones volvían inaccesible la zona.

La primera vez que la visitó, Leopoldo se presentó como médico. «Mi hermano, el señor boticario, me pidió que viniera a ver a su abuela», mintió. Lara lo contempló con incredulidad y enseguida le aclaró que no tenía un centavo para pagar la visita. La casa de Lara, un mechinal oscuro y mal ventilado, acongojó a Leopoldo hasta la cobardía; sin embargo,

continuó avanzando en dirección al camastro de la anciana impulsado por un enamoramiento que no había experimentado anteriormente.

La mirada vidriosa e irritada de la abuela de Lara, las mejillas blanquísimas cubiertas de manchones rojos y el silbido constante al respirar, previnieron a Leopoldo que se trataba de un caso de tisis. Le percutió la espalda para asegurarse y entregó a Lara un cordial muy efectivo de la botica de Tito, que en nada ayudaría a curar lo incurable, pero que sería, de gran alivio en los momentos de intenso dolor. La joven bajó la mirada porque no le gustaba que la vieran quebrantarse.

A medida que las visitas del doctor Montes se sucedían, Lara Pardo iba bajando las defensas que acostumbraba a levantar con los hombres que la pretendían. Lara tenía un pobre concepto del sexo opuesto, empezando por su padre, un adinerado comerciante del barrio de Santo Domingo que había seducido y desgraciado a su madre, Blanca Pardo, una lavandera que había muerto de tuberculosis el año anterior a causa de la pésima alimentación y las ominosas condiciones de trabajo. En invierno, cuando el agua del río parecía de deshielo, la madre de Lara enjuagaba incansablemente las prendas que refregaba sobre las piedras y luego estiraba al sol. Por la tarde, cuando el viento sur volaba las ropas secas y el cielo se tornaba de un negro insondable, Blanca Pardo regresaba a su casa con las manos ateridas y abarrotadas de prendas limpias. Mientras un par de mitones se calentaban sobre la tapa de la olla del puchero, Lara le masajeaba los dedos entumecidos con un linimento tibio. Más allá de los cuidados de Lara, las manos de Blanca se fueron estropeando, los nudillos y articulaciones deformándose y los pulmones resintiéndose irremediablemente.

Una mañana, Blanca Pardo no halló fuerzas para levantarse, abrasada de fiebre y con una tos perruna que la doblegaba. Ni siquiera el aliciente de juntar dinero para que su hija Lara continuase estudiando resultó suficiente para llevarla una vez más a la orilla gélida del río a lavar ropa ajena. «Mi madre no quería que yo trabajara», refirió la muchacha a Leopoldo un día que evocaba los sacrificios de Blanca Pardo. «Decía que la culpable de todos sus males y yerros era la ignorancia supina en la que se hallaba. Por eso quería que yo fuese cultivada», agregó, echando un vistazo a los libros

que ahora dormían en un anaquel.

«Sólo a usted le cuento estas cosas», confesó Lara luego de un silencio, y le dio la espalda para ocultar el rubor que le había causado su propia osadía. Leopoldo percibió que la última defensa había caído; percibió también el pánico que la dominaba, y la inseguridad y la desconfianza que le impedían entregarse a él. La tomó por los hombros y la obligó a volverse. La muchacha contuvo la respiración y, aunque quiso, no consiguió apartar sus ojos negros de los de Leopoldo. Se besaron suavemente primero, pero, a medida que el deseo contenido durante tantas semanas se rebelaba dentro de sus cuerpos, el beso se tornó osado y febril. Un momento después, Lara, agitada y con el cabello revuelto, se separó de Leopoldo y lo miró llena de rencor. «Me voy a casar con usted, señorita Lara», se apresuró a prometer Leopoldo.

A principios de la primavera, Leopoldo le dijo a Lara que debía punzar a su abuela, pues tenía los pulmones llenos de líquido, y, aunque Lara sabía que su abuela iba a morir y que resultaba cruel someterla a una operación tan dolorosa, accedió porque aún no estaba preparada para perderla y quedarse sola. Leopoldo sacó tres cucharadas soperas de agua de los pulmones de la anciana, y, luego de sellarla con opio, le confesó a Lara que dudaba que pasara la noche. La mujer murió antes del amanecer y, si no hubiese sido por Leopoldo que pagó los gastos del sepelio, Lara habría tenido que echarla en la fosa, común.

Al día siguiente del entierro de la abuela de Lara, Leopoldo le comunicó a su padre que estaba comprometido en matrimonio. En un principio, Abelardo interpretó que la elegida era Ignacia de Mora y Aragón, pues dos días atrás, doña Cayetana se había presentado en la casa de la Santísima Trinidad, muy compungida y avergonzada, para quejarse de su sobrino Leopoldo, que había besado varias veces a su hija mayor, Ignacia, e, incluso, intentado seducirla. María del Pilar no podía creer las acusaciones y se sintió tan mal que debió permanecer en cama el resto del día. Abelardo llamó a su hijo a gritos, pero Alcira le informó que había salido muy temprano sin dar explicaciones.

Leopoldo regresó dos días después, luego de atender los oficios funerarios

de la abuela de Lara. Al entrar en la casona, lo recibió un ambiente tenso y extraño. Alcira lo puso al tanto de inmediato. Lo que más fastidió a Leopoldo de la infamia de su prima Ignacia fue el efecto que provocó en la salud de su madre, que aún seguía en cama preguntando por su hijo mayor cada media hora. «Lo que dice Ignacia no es cierto, madre, – aseguró Leopoldo-, jamás le puse un dedo encima». María del Pilar lloriqueaba y lo abrazaba. Ella le creía, pero, ¿y su padre?

Leopoldo explicó a Abelardo que no desposaría a Ignacia de Mora y Aragón sino a una joven llamada Lara Pardo. «¿Lara qué?», chilló Montes. Nadie conocía a esa mujer, de quién se trataba, dónde vivía, quién era su padre, a qué se dedicaba, nunca la habían visto en las tertulias de Marica Thompson ni en las de Florencia Azcuénaga. ¿Quién diantres podía ser entonces?

Nada en este mundo habría convencido a mi abuelo Abelardo Montes de aceptar a mi madre, la hija natural de una lavandera que vivía en la parte norte de la ciudad, cerca de la Plaza de Marte. Sólo repetía como desquiciado. «El hijo del Barón de Pontevedra, el nieto del Duque de Montalvo, ¡casado con una don nadie!», y no se detenía a recordar que su suegro había sufrido la misma desazón cuando, una treintena de años atrás, le había concedido la mano de su adorada Pilarita a él, un contrabandista de las Indias Occidentales. «¡Pues me importa un rábano la tal Lara Pardo! Te casarás con tu prima Ignacia», declaró Abelardo Montes junto con un golpe de bastón, y Leopoldo, que rara vez perdía la medida, le contestó «Se puede ir al carajo. Me casaré con quien quiera, y será con Lara Pardo».

Pensaron que Ignacia rompería a llorar al conocer el bandazo que había dado su situación. Leopoldo no se casaría con ella, lo haría en cambio con una muchachita pobrísima de la zona del Retiro, mientras su honra quedaba por los suelos, pisoteada sin remedio, porque todo Buenos Aires daba por cierta la mentira de sus amoríos con Leopoldo Montes. Ignacia no derramó una lágrima, por el contrario, se levantó de la bergère, se acomodó el faldón y abandono la casa de su tía Pilarita tan hierática y seria como de costumbre.

Al día siguiente, apareció en casa de Lara, quien creyó que se trataba de una nueva clienta que deseaba alguna costura o bordado. La invitó a pasar, e Ignacia se llevó un pañuelo de encaje embebido en colonia a la nariz. Lara pasó por alto el desprecio y le indicó que se sentase, pero Ignacia negó con la cabeza para ir de lleno al punto de su interés. «Te daré este collar valuado en varios miles de reales si dejas al doctor Leopoldo Montes», y le presentó una gargantilla de tres vueltas de perlas grises que había conseguido salvar del remate general de joyas antes de la huida de Madrid. «Él está comprometido conmigo. Nos casaremos muy pronto», añadió. Lara le devolvió el collar que Ignacia había dejado sobre la mesa y la miró directo a los ojos para decirle «Si está tan segura de que él es su prometido y de que se casará con usted, es un desperdicio que me entregue esta joya tan costosa». Ignacia la miró confundida, conciente por primera vez de que su rival no era sólo hermosa. «Le ofrezco este collar para asegurarme que no volverá a verlo después de nuestra boda». Lara respondió. «Se nota que usted no me conoce, señorita. En caso contrario, jamás me insinuaría semejante bajeza. No se confunda yo soy una mujer pobre, no una desvergonzada. Además, es triste ver cómo una dama de su clase se humilla al reducir a un simple negocio el amor de un hombre». Le señaló la puerta y, aunque Ignacia dubitó, terminó por abandonar la casucha del peor barrio de Buenos Aires, mortificada y más insegura que antes.

Esa tarde, cuando Leopoldo visitó a Lara, la encontró demacrada y con los ojos irritados. La muchacha le refirió la visita de Ignacia de Mora y Aragón y el ofrecimiento del collar. Leopoldo perdió la paciencia y despotricó contra su prima, a quien no había concebido tan pérfida. La situación en lo de Montes se había tornado insostenible las presiones de Abelardo para que su hijo mayor dejara a la “cualquiera” y desposara a Ignacia resultaban difíciles de sobrellevar. Discusiones, gritos, amenazas, malas caras. Abelardo, impotente ante la tozudez de Leopoldo, terminó por echarlo de la casa de la calle de la Santísima Trinidad, haciendo caso omiso de las súplicas y lágrimas de María del Pilar. «Casémonos mañana», dijo Leopoldo por fin y Lara se arrojó a sus brazos y rompió a llorar desconsoladamente.

Tito ofreció a su hermano mayor la casa donde funcionaba la botica y el

laboratorio, y Leopoldo recibió la propuesta de buen grado porque, por un lado, de la herencia del abuelo Laure y Luque no quedaba ni la sombra, y por el otro, la infamia de Ignacia había dañado mucho más que su propia reputación, había defenestrado también la de Leopoldo, que, de un día para el otro, perdió sus pacientes mas adinerados, que eran quienes le pagaban los honorarios de los cuales vivía, pues su trabajo en el Protomedicato apenas si rendía escasos reales y en la oficina de vacunación del doctor Segurola trabajaba ad honorem. Abelardo Montes no le causó ninguna gracia que su hijo Tito ayudara a la pareja indeseada, y las discusiones y reconvenciones se tornaron tan frecuentes que, semanas después de la boda de Lara y Leopoldo, Tito llenó un arcón con ropa y libros, dejó la casa paterna y se instaló en la parte delantera de la casona de la calle de las Artes.

Aunque nunca le había tenido fe a Francisco, el menor de sus hijos varones, Abelardo se avino a la realidad era el único que le quedaba. A pesar de ser el que más se le parecía en lo físico (el cabello renegrido, los ojos como el carbón y la piel cetrina), Francisco era, sin embargo, el vivo retrato de su madre en lo espiritual, un muchacho tranquilo, medroso en ocasiones, contemporizador y sensible, que gustaba de la lectura, del teatro y de la música. «¿No me habrá salido manflorón?», se atormentaba Montes, seguro de poder soportar a un hijo casado con la bastarda de una lavandera, pero jamás a uno que le tomara el gusto a los del mismo sexo. Lo llamó a comparecer una mañana muy temprano a su despacho y le ordenó sin introito: «Te casarás con tu prima Ignacia». A Abelardo Montes lo sorprendió gratamente que Francisco no sólo asintiera sin chistar sino que luciera complacido con el mandato.

Ignacia no dubitó en aceptar la propuesta de matrimonio de Francisco Montes, más allá de que siempre había despreciado su sonrisa timorata, su voz suave y baja y su excesivo sentido de la urbanidad. Le gustaba Leopoldo porque era lo opuesto: un tanto desaprensivo, rebelde, seguro de sí y arrojado. Pero de nada habían valido las triquiñuelas urdidas para atraparle; Leopoldo se había enamorado de una muchacha basta y ramplona, sin nivel ni estirpe, que vestía harapos, que tenía las manos plagadas de callos, que llevaba el pelo suelto y que no se perfumaba. Dijo sí a Francisco, no le quedaba otra salida: Leopoldo ya se había casado y

su virtud estaba en entredicho gracias a sus propios enredos.

Alcira visitaba la casona de la calle de las Artes religiosamente los miércoles por la tarde, y atochaba la despensa con conservas de albaricoques, duraznos y ciruelas, tortas con frutas secas, jamones que ella misma curaba, quesos, dulce de membrillo y de leche, y garrapiñada de maní y almendras. Mi madre le servía chocolate caliente en invierno y horchata en verano, mientras Alcira daba parte de los últimos chismes de los Montes y de las familias conocidas. Pasaban momentos muy agradables. No recuerdo aquellos miércoles por las tardes, pero, según la misma Alcira solía reseñarme, yo me había aficionado a ella, tanto que, cuando anunciaba su partida, me ponía a llorar. Pocos años más tarde, cuando mi tía Carolita, ya instalada en su mansión de la Rué du Saint Honoré en París, mandó a llamar a Alcira, aquellas tardes tan agradables de los miércoles terminaron.

Mi abuela María del Pilar también visitaba a sus hijos cuando la salud y su esposo se lo permitían. Llevaba obsequios para mi madre, mi padre, tío Tito y para mí. De aquellos obsequios aún conservo el guardapelo de oro, que siempre llevo colgado al cuello, con los mechones de mis dos hijos, y el reloj de platino de mi padre, que había pertenecido a su abuelo, el Duque de Montalvo, con las iniciales grabadas en su interior. Hace poco se lo regalé a Mariano, que lo conserva en su caja de madera, junto a sus recuerdos más preciados.



CAPÍTULO VI.

El extraño del pañuelo rojo

–¿Qué lees tan absorta?

María Pancha le habló en un susurro y, sin embargo, la sobresaltó.

–Uno de mis libros -mintió Laura-, regalo de Agustín. *Excursión a los indios ranqueles*.

–Yo también leerlo -expresó María Pancha-, sé que el coronel Mansilla menciona a tu hermano varias veces durante su relato.

Laura escondió el libro en su escarcela, junto con el ponchito y el guardapelo de oro. Se sintió mal por actuar así con su criada, a quien nada ocultaba, pero temía que, en caso de conocer la existencia de las *Memorias* de Blanca Montes, se las quitara. Ya se había dado cuenta de que esa mujer sabía algo de lo que a ella le interesaba conocer y a la vez, ocultar.

El doctor Javier, de regreso de su última ronda, entró en el cuarto donde dormía Agustín. Apenas si movió los labios para saludar, contagiado por el abatimiento que flotaba en el ambiente. María Pancha lo ayudó a quitarse la chaqueta, mientras Laura lo desembarazaba del maletín. El médico se lavó concienzudamente las manos en la jofaina antes de revisar al enfermo. Le hizo algunas preguntas y le dio ánimos; luego, apartó a María Pancha y le indicó:

–Debemos bajar la fiebre. Una inflamación de las meninges sería fatal.

María Pancha conocía muchas técnicas para bajar la fiebre, entre ellas, colocar ramilletes de apestosa ruda bajo los sobacos del enfermo, que el

doctor Javier aprobó. Con el transcurso de los días, el médico había aprendido a respetar la sapiencia de la negra y a convivir con sus recetas medicinales. María Pancha salió en dirección al huerto de doña Generosa, y Laura la siguió, no con la intención de ayudarla sino de respirar aire fresco y renovar los bríos que le desaparecían dentro de aquella habitación donde la muerte acechaba a su hermano sin tregua.

María Pancha cruzó el patio a trancos y no reparó en el hombre que, apartado, conversaba con Mario, el hijo del doctor Javier. A Laura, sin embargo, le llamó la atención la desproporcionada diferencia de tamaño entre el muchacho y el desconocido, que parecía un coloso al lado de Mario. Nunca había visto a un hombre de espaldas tan anchas ni de músculos tan recios, que mostraba sin decencia, pues llevaba una prenda desprovista de mangas. «Demasiado robusto y macizo para ser apuesto», resolvió, entre displicente e intrigada por verle la cara.

Mario, que lucía exaltado y sonreía, dejó el patio a la carrera, mientras llamaba a su madre con voz jubilosa. El extraño volteó, y su mirada encontró la de Laura, que se inmutó ante la frialdad y la indiferencia de aquel rostro oscuro en donde los ojos parecían serlo todo, las pestañas como espesos ribetes negros que le acentuaban el color gris perla del iris, un gris carente de luces verdes o destellos azules; se trataba de un gris puro. El extraño la estudió de arriba abajo con calma, sin prudencia ni contención, su gesto despojado de emociones, y, cuando sus miradas volvieron a toparse, se quitó el pañuelo rojo que aun llevaba en la cabeza y se inclinó apenas en señal de saludo. Laura corrió hacia el huerto como una chiquilla espantada y, mientras lo hacía, se preguntaba por qué corría, de quién escapaba. Había adoptado la actitud de una persona sin urbanidad ni modales. Al menos, debería haber correspondido al saludo.

Seguramente se trataba de un gaucho amigo del doctor Javier, de esos que vagan de campo en campo en busca de trabajo, que pasan largas horas bebiendo en las pulperías, que gustan de la guitarra, las interminables rondas de mate y los fogones, donde cuentan historias de ánimas, fantasmas y lobizones. Sus ropas le delataban el origen: guardamontes llenos de polvo, chiripá de pañete, calzoncillos cribados, camisa blanca sin mangas, botas de potro cortada y nazarenas de plata. Llevaba el cabello suelto, negro y lacio

como la crin de un caballo.

En el huerto, María Pancha se afanaba en recoger la ruda con los últimos rayos de sol. Había descubierto otras hierbas interesantes, que luego machacaría en el almirez y maceraría para obtener tónicos y cordiales. No prestó atención a Laura, que se sentó bajo el limonero e inspiró el aroma de los azahares, maravillada por el atardecer, que teñía el horizonte de un color ígneo. Más hacia el este, el cielo estaba oscuro, y las primeras estrellas titilaban. Inconscientemente, sus pensamientos recayeron en el coloso del pañuelo rojo.

«¡Dios! ¿Qué me sucedió?», exclamó para sí y, enseguida, agregó: «Debo averiguar más acerca de ese hombre». La invadió una necesidad imperiosa de volver a verlo, y ni el magnífico paisaje ni el silencio del huerto la serenaron. Quería examinarle el rostro al favor de la luz, probar cuan duros eran esos músculos que intimidaban, someterse nuevamente a su mirada despiadada. Jamás había experimentado esa completa vulnerabilidad y aturdimiento, como si se hubiese presentado desnuda y el extraño le hubiese clavado la vista en las partes pudendas. Un hombre de baja estofa, un gaucho probablemente, sin educación ni refinamiento, la había dominado con la mirada, convirtiéndola en un ser débil y miedoso.

María Pancha, con las manos llenas de hojas y ramilletes, le ordenó que volviera a la casa, pero Laura temía que el extraño siguiese rondando y le indicó que se quedaría unos minutos a descansar bajo el limonero.

–En realidad -prosiguió la negra-, deberías ir al hotel. Ya es muy tarde y no me gusta que camines sola por esas calles que parecen boca de lobo.

–Sabes que siempre me acompaña Blasco, el muchacho del establo.

–A ése lo manda Loretana -manifestó María Pancha-. Deben de ser órdenes del doctor Riglos, para que te tengan bien vigilada.

–¡Ah, María Pancha! – se quejó Laura, que nunca había comprendido el rencor de su nana hacia un amigo tan querido-. ¡Qué sandeces!

–El diablo sabe más por viejo que por diablo -sentenció la mujer, y regresó a la casa.

Laura siguió con la mirada el cuerpo esbelto y delgado de María Pancha, y se dio cuenta de que, a pesar de los años, su criada siempre lucía igual. La quería más que a su madre y, junto a Agustín y a tía Carolita, era en quien más confiaba. Desde muy pequeña, la certeza de que María Pancha la adoraba había significado un aliciente frente a la frialdad de Magdalena y a la lejanía del general. Habría confiado su propia vida a esa mujer y, sin embargo, poco sabía de ella. El pasado de María Pancha era un misterio. Inevitablemente, retornó a Blanca Montes y a sus *Memorias*, y se puso de pie, intranquila de repente ante la idea de que hallasen el cuaderno entre sus cosas. Un instinto la llevaba a actuar así, un presagio que le repetía que debía leer el cuaderno antes de revelarlo. Le pasaba igual que cuando leía una excelente novela que no podía dejar aunque fuesen las cuatro de la mañana, aunque ya hubiese consumido tres velas y aunque supiese que su abuela al día siguiente le reprocharía cuánto gastaba en iluminación para satisfacer ese capricho de leer. Corrió el último tramo y, al entornar la puerta del cuarto de su hermano, quedó de una pieza al descubrir al hombre del pañuelo rojo de rodillas. Agustín se dirigía a él en voz baja, los ojos anegados de lágrimas.

Laura se retrajo en la lóbreguez del pasillo, imposibilitada de romper la armonía de esa escena, incapaz de sorprender a ese hombre en una actitud tan poco varonil, tan frágil y tierna. Habría sido como pillarlo desnudo. El pabilo de la vela echaba una luz rojiza sobre aquella mole de músculos que momentos atrás la había conmocionado y que ahora, en cambio, se acurrucaba en el piso, inerme, empequeñecida.

El hombre salió de la recámara sin volver la vista atrás. Se encaminó hacia la sala principal y pasó cerca de Laura, que se mantuvo quieta, sumida en la oscuridad del corredor. Dejó la casa del doctor Javier sin avisar a nadie ni detenerse a decir adiós. Luego de un momento, Laura regresó junto a su hermano.

–¿Qué pasa? ¿Por qué estás llorando?

—Nada -respondió Agustín-. Pensaba en mi madre. ¿Has tenido noticias de papá?

Incapaz de improvisar nuevas mentiras, Laura negó con la cabeza y se dispuso a acomodar las almohadas de su hermano para darle la medicina. A esa hora, cuando el día agonizaba, solía subirle la fiebre, que lo llevaba a un estado de semiinconsciencia, un sueño ligero plagado de pesadillas. Ese atardecer, Agustín lucía más intranquilo que de costumbre. «Así lo ha puesto ese hombre», dedujo Laura con resentimiento, intrigada por saber qué había sucedido entre ellos, pero incapaz de mencionarlo. Se sentó junto a la cabecera y leyó en voz alta un pasaje de *Excursión a los indios ranqueles*. Se presentaron María Pancha con la cataplasma de ruda que hedía a zorrino, y el doctor Javier, que tomó el pulso a Agustín y le midió la fiebre con un extraño aparato. Sin hacer comentarios, pero con un gesto que evidenciaba sus recelos, el médico indicó a María Pancha que acomodara los preparados en los sobacos del enfermo.

Laura abandonó la habitación. En el patio, se apoyó sobre el brocal del aljibe y perdió la mirada en la serie de árboles frutales que crecían alineados al final de la propiedad. Le dolía la cabeza, una puntada aguda en las sienes estaba volviéndola loca, y la acidez en el estómago le provocaba náuseas.

—¡Señorita Laura! ¡Señorita Laura!

—¡Blasco! No grites. El padre Agustín intenta descansar.

—Perdón, señorita. Es que la Loretana me dijo que viniera ligerito a darle esta carta que acaba de llegar de Córdoba. La trajo un chasque. Segurito que es del dotorcito Riglos.

En efecto, Laura reconoció la caligrafía en el sobre. Temía abrirlo, no quería recibir malas noticias, menos aún comunicárselas a Agustín. Blasco, que no comprendía por qué diantres la señorita Laura se demoraba en abrir el sobre cuando se había pasado todo el tiempo preguntando por noticias de la capital, la instó a hacerlo. Laura tomó la carta y comprobó que estaba fechada el día anterior. De seguro, el propio habría viajado la noche entera y gran parte de ese día para entregarla tan pronto. ¿Cuánto le habría costado

aquel servicio al bueno de Julián?

Mi querida Laura,

La falta de noticias se debe a que, por diversos problemas durante nuestro viaje, llegamos a Córdoba sólo unos días atrás. De inmediato me puse en contacto con el general Escalante, que muy amablemente me invitó a quedarme en su casa.

Tu padre, querida Laura, ha aceptado regresar conmigo a Río Cuarto para ver a su hijo Agustín. De todos modos, lamento decirte que esto no podrá ser sino hasta dentro de algunos días, ya que, debes saber, el estado de salud del general no es el mejor. Sufre, entre otros achaques, de una gota crónica que lo tiene postrado la mayor parte del día. Tu tía, la señorita Selma, no quiere que su hermano viaje, pero el doctor Allende Pinto, médico de entera confianza del general, le ha permitido hacerlo en cuanto pueda dejar la cama y con algunas condiciones, de las más superables. Como sé en qué estado de ansias mortales te encuentras, quiero expresarte que tu padre muestra el mayor empeño en cumplir la voluntad de su hijo, y cualquier diferencia entre ellos parece haberla guardado muy en el fondo de un arcón viejo. Dios mediante, estaremos en Río Cuarto, estimo, en el término de diez días. Yo aprovecho la espera para conversar con tu padre y sonsacarle toda la información que puedo acerca de sus días como soldado de la Independencia. Pocos conocieron al general San Martín como él; sabes cuánto aprecio esta información, que luego volcaré en mi libro sobre historia argentina.

Espero que tu hermano se encuentre mejor y que las palabras de esta carta lo reanimen. Te echo tanto de menos como puedes imaginarte después de tantos años de amarte.

Julián.

Laura dijo para sí: «¡Gracias, gracias, Dios mío!». Su padre se avenía a complacer, quizá, la última voluntad de Agustín. No era, después de todo, el hombre insensible y resentido al que todos reprochaban. Viajaría a Río Cuarto porque su único hijo varón se lo pedía, y lo haría a pesar de su

estado valetudinario y la resistencia de tía Selma. La euforia de Laura languideció repentinamente cuando diez días le resultaron una eternidad para la salud quebrantada de su hermano. Blasco la contemplaba con la boca abierta, testigo de los cambios en el ánimo de la patrona joven. Le caía bien la hermana del padrecito Agustín porque lo trataba con deferencia, siempre lo saludaba y le decía «gracias» después de cumplido un mandado, y, aunque las monedas que Loretana le ponía en la mano para que la siguiera a sol y a sombra resultaban excelente estímulo, Blasco servía a la señorita Laura muy complacido. La acompañó hasta la casa, pero no entró en la habitación del padrecito Agustín porque Loretana le había dicho que el carbunco era muy contagioso. Se quedó en el patio, donde el aire fresco del atardecer barría cualquier ponzoña que flotara en el ambiente.

Laura encontró a Agustín solo con el padre Donatti, que lo visitaba por segunda vez ese día. Rezaban el rosario del atardecer, aunque solo se escuchaba el bisbiseo del padre Marcos porque Agustín no tenía aliento para repetir la sarta de Padrenuestros y Ave Marías de los cinco misterios.

—¿Está dormido? — se animó a interrumpir Laura, segura de que la noticia valía la pena.

—No -respondió el propio Agustín.

—Llegaron noticias de nuestro padre -exclamó Laura, y, sin esperar, desplegó la carta y leyó, evitando los pasajes indeseables, como el de la hostilidad de tía Selma y el de la eterna promesa de amor del doctor Riglos.

—¡Bendito sea el doctor Riglos! — exclamó el padre Marcos, y besó el crucifijo de su rosario-. Haber viajado a Córdoba, inmediatamente después de semejante periplo, y nada menos que para enfrentar al general Escalante, habla de la grandeza de su espíritu, de la nobleza de su corazón y de su gallardía sin parangón. Desde hoy se ha granjeado mi más sincero respeto y estima.

Laura se quedó boquiabierta ante el despliegue del padre Donatti, un hombre más bien mesurado, circunspecto, que no solía expresar tan

abiertamente su afecto o desagrado por nadie. De camino al hotel de doña Sabrina, el padre Marcos la escoltó con el único propósito de endilgarle un discurso acerca de la reputación de una dama, del deber de ésta para con su familia y la sociedad, y del horrendo pecado que significaba la soberbia de creerse independiente. Laura lo escuchaba como podría haber escuchado llover, y prestaba más atención a la piedrita que pateaba Blasco unos pasos más adelante y al perro que intentaba quitársela. A veces el padre Donatti parecía tan revolucionario como Voltaire y otras tan anquilosado como su abuela Ignacia. Con todo, sus últimas palabras la inquietaron.

—Ya veo que el doctor Riglos te profesa un inmenso cariño. Sé por tu madre que te ha pedido en matrimonio y que te has negado. Deberías reconsiderar su propuesta. Bien sabemos que a Lahitte tu viaje a Río Cuarto lo ha molestado tanto como para terminar con el compromiso. Llegar casada a Buenos Aires sería lo mejor para aquietar las aguas y salvar tu honra.

No se casaría con Julián Riglos así le aseguraran que en Buenos Aires la esperaba un tribunal del Santo Oficio con la hoguera ya encendida. No se casaría con Riglos ni con Lahitte ni con ningún otro. Ella no necesitaba de nadie para demostrar que era una mujer honorable e íntegra. Después de todo, ¿qué tenía que ver la honra con el matrimonio o la deshonra con un viaje a Río Cuarto para cuidar a su hermano moribundo? ¿Qué había hecho de execrable? ¿Quién tenía autoridad moral para juzgarla y condenarla? Maldijo al mundo, porque pertenecía a los hombres, y maldijo a los hombres, que lo acomodaban todo a su beneficio. Se dio cuenta de cuán estúpidas eran las mujeres que, como su madre y su abuela, se avenían sin chistar. Eran ellas las que carecían de honor y criterio y, como marionetas, se dejaban manipular. La tranquilidad de una mujer y la de su mentada honra tenían un precio demasiado alto que ella no estaba dispuesta a pagar.

—Me prometes que pensarás lo que acabo de pedirte -retomó el padre Marcos.

—No tengo cabeza para otra cosa que no sea mi hermano -expresó Laura, seca, cortante.

—A veces, en la vida -explicó el sacerdote-, tenemos que lidiar con dos o

más cosas al mismo tiempo.

–Puede ser, padre, pero yo no tengo esa facultad. ¿O se olvida de que soy mujer, un ser débil y disminuido? Buenas noches -saludó a continuación, y marchó hacia la pulpería, con Blasco por detrás, que le advirtió a tiempo que Racedo estaba aguardándola.

El coronel Racedo regresó al Fuerte Sarmiento con polvo, cansancio y sin gloria. Nada se había podido hacer en Achiras, con semejante daño ya infligido por los salvajes, que habían desaparecido en el desierto sin dejar huella, como tragados por un guadal. Racedo había vuelto con un genio de los mil demonios, despotricando, insultando y escupiendo. Los soldados, las cuarteras y en especial los indios que vivían en el fuerte, se habían escabullido y refugiado en sus escondrijos como ratones al ver al gato. Racedo tomó un baño y marchó hacia lo de doña Sabrina, donde cenaría con la jovencita Escalante y luego pasaría un ruto agradable con Loretana.

–Lo único que me faltaba -farfulló Laura-. Qué poco me duró la libertad. ¿Es que tan rápido concluyó la misión? – preguntó más para sí, pero Blasco le respondió:

–Achiras está muy cerca, señorita, a pocas leguas. Dicen que, apenas llegado al pueblo, el coronel se quedó una noche no más, y ya pegó la vuelta. ¿Sabe? Como urgido por algo en Río Cuarto -agrego el muchachito con intención, y Laura pasó por alto el comentario.

–La estaba esperando -dijo Racedo al verla entrar, usando un tono voluptuoso que hizo sonreír a Loretana, a doña Sabrina y a los parroquianos más próximos.

–¿Cómo está usted, coronel? – saludó Laura, intencionalmente displicente.

–Acabo de llegar del sur, donde anduve a la cacería de esos asquerosos, los ranqueles.

Laura no polemizaría con un hombre zafio y prepotente como ése, y se limitó a asentir sin entusiasmo.

–Como le dije -recomenzó Racedo, luego de esa pausa incómoda, la estaba esperando para cenar. Aquí Loretana ya tiene preparada una mesa.

–Le agradezco, coronel, pero no me encuentro bien. Si no le molesta, prefiero ir a mi cuarto a descansar.

–¿No se siente bien? – se alarmó Racedo, y enseguida se le ocurrió que el cura Escalante le había contagiado el carbunco.

–Nada serio, un poco de cansancio y este calor agobiante.

–Vaya nomás a su habitación, señorita Escalante -indicó Loretana, zalamera-, que yo le llevo un poco de aguamiel. Ya verá como se sentirá mejor.

–Sí, sí -apoyó doña Sabrina-. Vaya, querida, no esté más tiempo aquí, de pie.

Ante aquel frente común, Racedo capituló, ya encontraría otro momento para hablarle de sus sentimientos y proyectos.

–Mañana por la mañana vendré a buscarla -insistió-. Le prometí a mi amigo Julián Riglos que la cuidaría en su ausencia, sobre todo ahora, que han llegado noticias de naturaleza inquietante a mis oídos: el cacique Nahueltruz Guor anda merodeando la zona del Río Cuarto.

–¿Nahueltruz? – repitieron a coro doña Sabrina, Loretana y Blasco, y Laura se dio vuelta a mirarlos.

–Como le decía, señorita Escalante -retomó el militar-, mañana temprano vendré a buscarla.

–Como guste -respondió Laura, a sabiendas de que, dijera lo que dijera, no se lo sacaría de encima.

Marchó a su recámara, y Loretana la alcanzó un momento más tarde. La

fastidiaba Loretana, siempre tratando de saber, inquiriéndola peor que su abuela, hurgando entre sus prendas con la excusa del lavado y fisgoneando entre sus libros y utensilios con el supuesto afán de limpiarlos. Laura aceptaba a sus iguales donde fuera que los encontrara, e ignoraba a quienes consideraba inferiores, fueran éstos sus parientes, los invitados aristocráticos y adinerados de su abuela o las domésticas de la casa. Era intransigente con aquellos que, a su juicio, reputaba de frívolos, poco inteligentes o carentes de sentido común. Y, según Laura, Loretana reunía todas esas características. Extrañamente, aquella noche Loretana lucía absorta, para nada interesada en sus cosas o en interrogarla. Hizo los quehaceres con premura y en silencio, concentrada en cavilaciones que la mantenían ausente. Laura la despachó sin solemnidades después de que la muchacha apoyó una bandeja con comida y una jarra con aguamiel sobre la mesa, y le preparó el baño.

La figura de Loretana desapareció detrás de la puerta, y Laura se quitó la última enagua. Le gustaba la sensación de completa desnudez, la planta de los pies sobre el piso de madera y las palmas de las manos sobre los hombros, los senos, el vientre, sobre el vello crespo del pubis, sus dedos en la humedad viscosa de la entrepierna. Se deslizó dentro de la tina y la aletargaron el agua templada y el cansancio. Hacía tiempo que se bañaba sin la túnica de liencillo, a escondidas de su abuela ciertamente, que le había repetido desde muy niña que jamás expusiera sus vergüenzas a Dios, que estaba en todas partes. No había escapatoria, aunque se quitara la ropa debajo de la cama, Dios estaría mirándola. Por eso le gustaba estar desnuda, porque a su abuela la irritaba, y quizá también por eso le gustaba tocarse las partes más oscuras y escondidas, porque el padre Ifigenio siempre le recordaba que era pecado mortal.

Aquella noche, sin embargo, no se desnudó para fastidiar a su abuela ni comenzó a acariciarse el vello del pubis para resistir a los mandatos del padre Ifigenio. Aquella noche, sus dedos se adentraron en los secretos de su entrepierna movidos por una necesidad apremiante que experimentaba por primera vez, un impulso indomable que la llevaba a respirar agitadamente, a temblar, gemir, como si de dolor se tratase. Se tocaba, se acariciaba, se rozaba los pezones, encorvaba el cuerpo en busca de algo más, algo que lo saciara. El hombre del pañuelo rojo se le introdujo en la oscuridad de la

mente, sorpresiva, irreverentemente. Lo veía con nitidez. Aun con los ojos cerrados, lo veía como si lo tuviera enfrente. Él la miraba con desprecio y, altanero, se dejaba contemplar como lo habría hecho un dios del Olimpo. Deseaba alcanzarlo y, con la punta de los dedos, seguirle el contorno de los músculos de los antebrazos, de los brazos y del pecho desnudo, y continuar hacia abajo, avanzar con osadía para ver qué había más abajo.

Las piernas se le tensaron y la espalda se le curvó. No podía refrenar el movimiento de sus dedos, un ritmo al que parecían respetar incluso los latidos de su corazón, que le galopaba en el pecho, en absoluta armonía con la danza sacrilega de su pelvis. Aquel desquicio de sensaciones era, no obstante, un perfecto mecanismo que impulsaba su cuerpo hacia algo que demandaba con frenesí. Apretó los labios y reprimió el gemido. Se trató de un instante, un lapso minúsculo en el que dejó de respirar, de moverse, el cuerpo transido de un placer inefable, nuevo, maravilloso. Al abrir los ojos, percibió que los latidos de su sexo aún denunciaban el momento vivido segundos atrás.

Salió de la tina desmadejada, sin dominio sobre sus miembros, que la guiaron a tropezones hacia la cama, donde se dejó caer. Sintió hambre y la atrajo la visión de la comida sobre la mesa. Terminó de secarse y se puso el camisón de batista, liviano y fresco para las noches sofocantes de verano. Comió con fruición, llenándose la boca a rebosar, tomando aguamiel sin esperar a tragar, ensopando el pan en el pringue del estofado, contravenciones que jamás habría cometido en la mesa de su abuela. Volvió a la cama, repuesta y sin sueño. Un ímpetu inexplicable la mantenía despierta, como si hubiera bebido un tazón de café fuerte. Tomó de su escarcela la carta de Julián y repasó las líneas; la última la inquietó: «Te echo tanto de menos como puedes imaginarte después de tantos años de amarte». Resultaba evidente que el beso concedido antes de que Julián partiese a Córdoba lo había esperanzado en vano. Aquel beso, entre artero e inocente, acarrearía secuelas que no tenía ganas de afrontar. Aceptaba que había usado los sentimientos de Riglos para cumplir su propósito y que debía atenerse a las consecuencias de un acto que ahora juzgaba descabellado y bajo también.

Dio vuelta su escarcela, y el guardapelo cayó sobre la cama. Volvió a

admirarlo, una obra magnífica de orfebrería fina. Ahora sabía que las iniciales M y P correspondían a María del Pilar, su bisabuela, la hija del Duque de Montalvo. Acomodó los dos mechones de cabello sobre la palma de la mano y los olió. No tenían aroma alguno. «De aquellos obsequios aún conservo el guardapelo de oro, que siempre llevo colgado al cuello, con los mechones de mis dos hijos». Agustín, entonces, tenía otro hermano. Incluso, podía tratarse de su medio hermano, en caso de que también fuera hijo del general Escalante. Habría muerto, seguramente de pequeño.

Olió el poncho, apenas impregnado de una fragancia agradable, indefinible. Nuevamente la enterneció lo pequeñito que era. «Son las cosas de Uchaimañé», le había asegurado la india Carmen esa mañana, y se preguntó qué tendría que ver la tal Uchaimañé con Blanca Montes.

Mi madre era serena, dulce, hermosa. La recuerdo sentada en la mecedora de la sala, casi siempre cosiendo, a veces leyendo. Una vez recibió carta de su único hermano, y la vi llorar. Me asusté, y ella me explicó que a veces se llora de alegría. Ella adoraba a su hermano, de quien tenía anécdotas divertidas, aunque recordaba con amargura la tarde en que empacó algunas pertenencias y se marchó para enrolarse en el Ejército del Norte, al mando del general Manuel Belgrano, a quien idolatraba.

Según mi madre, Lorenzo Pardo no era un soldado más. Él peleaba con la convicción de un patriota y su único objetivo era la libertad de su tierra. No quería a los realistas, ni a los que respondían a José Bonaparte ni a los de Fernando VII. El anhelaba la libertad, y España, bajo el reinado de quien fuera, significaba opresión y limitación. Por eso, cuando el director Pueyrredón mandó regresar al Ejército del Norte para enfrentar a los rebeldes de Santa Fe, Lorenzo desertó, convencido de que jamás levantaría el fusil contra un compatriota.

No podía volver a Buenos Aires, y anduvo como paria deambulando por las tierras del norte hasta plegarse a la guerra de guerrillas de Güemes, que defendía la frontera del avance realista al mando del capitán, general Pezuela. En la última carta que mi madre recibió, Lorenzo Pardo expresaba que se hallaba muy a gusto en Lima, adonde había marchado luego del

nombramiento del general San Martín como Protector del Perú.

En aquella oportunidad, mientras leía la carta de su hermano Lorenzo, lágrimas gruesas resbalaban por el rostro de mi madre y, a pesar de que ella me aseguraba que lloraba de dicha, recuerdos tristes y nostalgia se le entremezclaron con la emoción, y el llanto se volvió amargo. Me subí a sus rodillas y con mis manitos pequeñas le sequé las mejillas. Ella me abrazó y nos quedamos un buen rato en silencio, aletargadas por el vaivén de la mecedora, hasta que tío Tito irrumpió en la sala con mi incansable algarabía y nos sacudió el último vestigio de melancolía.

Mi madre sonreía con facilidad y canturreaba en voz baja. Me gustaba observarla mientras leía en la mecedora, cuando su semblante apacible y sus movimientos lentos al dar vuelta las páginas me enervaban como una caricia en la espalda. O cuando bordaba, y la aguja subía y bajaba a través de la tela en el bastidor. Su dulzura y alegría contagiaban, los ánimos de todos, y hasta el ritmo de la casa, sus sonidos, luces y nombras se impregnaban de la suavidad y tibieza de su carácter.

Mi padre la adoraba. Solía arrastrar la mano sobre el mantel hasta tropezar con sus dedos. Se miraban, y mi madre, con las mejillas arreboladas, terminaba por bajar la vista y esconder una sonrisa cómplice. A veces los sorprendía conversando en voz baja en la sala, los semblantes apesadumbrados cuando los reales no alcanzaban y debían apelar a la generosidad de Tito. «Yo podría coser para fuera», tentaba mi madre en un murmullo, y mi padre se limitaba a negar con la cabeza, su orgullo de Laure y Luque mancillado con la sola mención de que su mujer trabajara.

Pero mi padre entendía más a su profesión como un servicio que como un trabajo, y le costaba una ordalía cobrar honorarios a aquellos enfermos que apenas tenían un pedazo de pan para llevarse a la boca. Pacientes pobres, el único tipo de paciente que llamaba a la puerta del doctor Leopoldo Jacinto Montes desde que le dio la espalda a la conspicua sociedad porteña para desposar a una muerta de hambre. Tito lo animaba con alguna cuchufleta para terminar diciendo casi al pasar: «Con la botica es suficiente para todos».

Mi madre habría ganado buen dinero cosiendo trajes rumbosos para tan señoras ricas de la parte sur de la ciudad; tenía un talento natural, como el de un escultor; ella, en vez de mármol, esculpía tela. Con géneros y retales que nos traía Alcira, mi madre me confeccionaba vestidos embellecidos con galones bordados, volantes de encaje y cuellos de puntilla; incluso, me fabricaba los chapines de raso con suelas y cabos de cuero que mandaba a pedir al talabartero.

Un año, a mi abuela Pilarita se le ocurrió que yo participaría en el concurso de danza, que se celebraba en la Plaza de la Victoria con motivo de las fiestas mayas, al igual que sus otras nietas, hijas de tío Francisco, a quienes yo no conocía. Mi abuela compró varios metros de tafetán celeste y muselina blanca, ristras de pasamano, florcillas de seda, abalorios, incluso hilo, agujas y entretelas, para que mi madre se afanara días enteros en el vestido que yo luciría sobre el tablado de la Plaza de la Victoria. Mi abuela, entretanto, con el cuerpecito desmejorado y un recalcitante dolor de huesos a cuesta, me marcaba los pasos de las danzas más bonitas que conocía.

La mañana del 25 de mayo, mi madre me bañó y perfumó con colonia antes de ponerme el traje de colores patrios. Al contemplarme en el espejo, pensé que nadie podría jamás tener un vestido más bonito que éste, que lucía como campanita gracias a la basquina que mamá había aderezado con almidón durante días. La muselina blanca casi transparente caía formando volados en torno a la falda tronzada de tafetán celeste; las mangas gigot, bien armadas con entretela y bordadas con mostacillas celestes y blancas, terminaban a medio brazo en un festón de pasamanería, al igual que el ruedo del faldón. Llevaba medias de seda blanca y un par de abarcas de cuero blanco y cintas de raso celeste que se ataban alrededor de mis pantorrillas, regalo de tío Tito. Carmina me peinó, no como todas las mañanas para ir a la escuela de doña Francisca López, sino especialmente, con otra disposición y ánimo, que me llenaron de anhelo. Armó dos trenzas aprovechando mi cabello largo y lacio, que luego cruzó y recogió en un rodete en la parte baja de mi cabeza. Me adornó la frente con cintas de balaca, donde mi madre había cosido florcillas de seda.

Mis padres, tío Tito y Carmina me esponjaron con elogios hasta que llegó

el cochero de los Montes, enviado por mi abuela Pilarita, para llevarnos hasta el centro de la ciudad. Pocas veces había visitado aquella parte de Buenos Aires, muy alejada de nuestro barrio, que con frecuencia quedaba aislado por inmensas y hediondas zonas palustres. Aquella mañana llegamos a la Plaza de la Victoria sin contratiempos y, al divisar desde la galera el espectáculo de gentes, tropas militares y músicos, entendí por qué se solía decir: «Es como un 25 de mayo», para significar algarabía y entusiasmo.

Las damas más distinguidas de la ciudad ocupaban los lugares preferenciales en los balcones del Cabildo; entre ellas, mi abuela, delicada y pequeña, hermosa en un traje de gala color lavanda, el cabello delgado, entre rubio y cano, prolijamente recogido sobre las sienes, y el rostro pálido y sereno, apenas oculto detrás del abanico de plumas. Agité la mano para saludarla, pero ella no me vio y, aunque la llamé, mi voz se desvaneció cuando la orquesta tocó una marcha militar para las tropas que desfilaban en perfecta armonía frente a las autoridades del gobierno. Los negros bailaban candombe apartados, mientras los pregoneros ofrecían mazamorra, tortitas de morón, confituras de coco, rosquillas y alfeñiques.

Más tarde se anunció el concurso de danza, y las niñas y niños que participaríamos subimos al tablado en fila. Pocas veces he sentido la seguridad de ese día frente a la multitud. La certeza de que mi vestido era el más lindo me brindaba aquella seguridad. Dos niñas, amedrentadas por cientos de ojos, rompieron a llorar y, abandonando el escenario, corrieron a refugiarse en el faldón de su madre. Comenzó la contradanza, y yo bailé recordando a cada paso las indicaciones de mi abuela Pilarita. Siguió el minué y luego el chotis, para terminar con la polca, mi favorita. Lo hice con gracia y desenvoltura, sin intimidarme, como si hubiera bailado sola en mi casa. Gané el concurso y, además de entregarme una muñeca de trapo con carita de porcelana, me pasearon en un carro triunfal adornado con ramos de laurel y de acebo y cintas celestes y blancas, tirado por cuatro hombres disfrazados de tigres.

Ese 25 de mayo lo recuerdo como uno de los días más felices de mi infancia, cuando me creí una reina aclamada por su pueblo, admirada por su belleza y talento. Meses más tarde murió mi madre, junto a mi único

hermano, y ya nada volvió a ser igual. Mi padre no se repuso y, pese a que con los años llegó a estar en buenos términos con su pena, como si de una vieja y achacosa amiga se tratase, el corazón le siguió sangrando por la amargura de haber perdido a quien más amaba. Tenía la mirada vacía y la sonrisa forzada; hablaba poco y sólo para referirse a sus pacientes y enfermedades.

La devoción que le profesaba a la medicina lo salvó de precipitarse en el abismo del dolor; se dedicaba por completo a ella. Se le tornó una obsesión el estudio y análisis del parto, una deuda pendiente consigo mismo y con mi madre, y era de los pocos médicos de Buenos Aires que no consideraba el momento del alumbramiento menester exclusivo de comadronas. Es más, las ideas revolucionarias del doctor Leopoldo Montes plantearon una discusión en el seno del Protomedicato, que se trasladó luego a la sociedad, donde el grupo de gente que consideraba que el parto pertenecía al ámbito privado del hogar y de las mujeres se enfrentó a aquel que defendía la aplicación de nuevas técnicas que requerían de los conocimientos de un facultativo. Fue de los primeros en condenar el uso de forceps, por el riesgo del hundimiento del cráneo del bebé. Luchó para erradicar la embriotomía, que se practicaba dentro del útero materno, que generalmente terminaba dañado, y la mujer, estéril. Fue muy cauto al momento de prescribir lavativas para acelerar los dolores de parto y se opuso con voluntad férrea a la silla sin fondo para pujar o a que la parturienta soplara dentro de una botella. Les permitía a las mujeres que se bañaran durante la cuarentena y utilizaba técnicas más civilizadas para ayudar a que bajara la leche, dejando de lado las tan temidas purgas.

Mi padre, anticlerical, admirador de personalidades como Galilei y Voltaire, achacaba a la Iglesia la mayoría de las calamidades del mundo. «Culpa de estos curas ignorantes, – decía-, se sostuvieron las necedades de Galeno por años», y expresaba también que las aberraciones que se cometían con las parturientas se debía al halo pecaminoso y vergonzoso que envolvía a las mujeres encintas. «¿Por qué una mujer embarazada no puede mostrarse en público?», despotricaba, y tío Tito le respondía que siempre había sido así, que se trataba de una costumbre. Mi padre, sin embargo, sabía que aquello que había terminado por imponerse como una costumbre tenía raíces religiosas y morales que le costaban la vida a

muchas pacientes. «Es casi un milagro, – solía decir-, que, en las condiciones en que alumbran, en ambientes contaminados y sin asistencia propicia, las mujeres no perezcan casi todas». El nombre de Leopoldo Montes se hizo muy odioso para las parteras, pues existían hombres escrupulosos que lo preferían para asistir a sus mujeres. Así, las finanzas de mi padre mejoraron.

A los trece años, lo asistí por primera vez mientras cosía una herida de navaja consecuencia de una trifulca de pulpería, y no sufrí un vahído ni perdí los colores del rostro al ver la carne sajada, las ropas embebidas en sangre y las puntadas con hilo de seda que se hundían en la carne lívida. Se hizo común para los enfermos la presencia de la hija del doctor Montes, que lo acompañaba y secundaba silenciosamente, muy atenta a sus órdenes apenas susurradas. Me enseñó cuestiones básicas, como medir el pulso, percutir espalda y pecho, tomar la temperatura, reconocer los reflejos, y me permitió con generosidad incursionar en aquellas menos simples, como sangrar a un paciente, cortar el cordón de un recién nacido o escayolar un brazo o una pierna rota. Pasaba horas sumergida en las páginas de los libros que mi padre había arrastrado desde Lima, y me resultaban fascinantes los dibujos internos del cuerpo humano, que continuaban siendo una herejía para la Iglesia. Mientras se recomendaba que la instrucción de las niñas se impartiese con cuidado para evitar las excentricidades de la imaginación y para respetar la naturaleza y la simplicidad femeninas, yo me atosigaba de lectura en la biblioteca de mi padre, donde no todos los libros eran vidas, obras y milagros de santos.

Mi mundo se reducía a mi padre y a su profesión, y a mi tío Tito, a quien seguía como perro faldero atraída por la alacridad de su espíritu y buen humor. También él compartía conmigo sus vastos conocimientos en botánica y alquimia y, para la época en que Carmina se casó y dejó la casona de la calle de las Artes, yo ya era su adlátere que anotaba fórmulas y lo ayudaba en el huerto. La tarde que tío Tito me tomó de las manos y me acarició la mejilla supe que algo trascendental ocurriría, sus labios habían abandonado la eterna sonrisa y los ojos no le chispeaban con picardía. Se iba, me dijo, muy lejos, debía cruzar el océano para llegar a Londres, una ciudad donde se estudiaba medicina con libertad, una ciudad donde médicos famosos revolucionaban las viejas ideas y concepciones.

Se va, me dije, incapaz de hablar. Imaginé un día sin tío Tito, y se me presentó lúgubre, atemorizante. Tío Tito se iba y se llevaba el sol con él. No volvería a escuchar risotadas disonantes ni chistes inopinados, ¿quién me dictaría las fórmulas, quién me enseñaría a preparar quermes y ungüentos, vermífugos y cordiales? Nadie volvería a llamarme “colega”, ni a quererme tanto y tan libremente. Mi padre, siempre esclavo de su dolor, se había vuelto un ser taciturno, introvertido, proclive al mal genio. Tito, en cambio, constituía la alegría y la frescura que no habían desaparecido del todo junto a mi madre. Pero él también se iba. Aquel mundo de redomas y alambiques carecería de sentido, y la botica en la parte delantera de la casa dejaría de existir. El polvo lo cubriría todo, los anaqueles, las vasijas de vidrio, los mamotretos y los almireces. Las hojas y flores disecadas perderían los aromas penetrantes, y las sustancias, su capacidad para hacer magia. El huerto se marchitaría, y la maleza y los pájaros lo devorarían sin contemplaciones.

Tito cerró la botica, vendió la casa de la calle de las Artes y se marchó. Mi padre y yo alquilamos una en el otro extremo de la ciudad, en la parte sur, en el barrio del Alto, que más tarde, supe, tomó el nombre de la iglesia principal y comenzó a llamarse de San Telmo. Era una casa pequeña y acogedora, con una solana central donde nos gustaba pasar los atardeceres de verano en silencio o intercambiando pocas palabras, siempre relacionadas con pacientes y enfermedades.

El espíritu quebrado de mi padre se resintió con la partida de su hermano Tito, y la tristeza, como un morbo larvado, le carcomió los menguados arrestos del cuerpo. Se movía con lentitud, comía frugalmente y dormía pocas horas. Un marasmo senil le confería el aspecto de un hombre de edad propecta, cuando, en realidad, apenas pasaba los cuarenta. Se cansaba fácilmente y, cuando hacía sus rondas, se agitaba como si hubiese corrido cuadras. En los últimos tiempos le temblaba el pulso, y me necesitaba a su lado para que yo llevara a cabo ciertas intervenciones que requerían precisión. La gente de la parte sur de la ciudad se había acostumbrado a mi presencia y no se alarmaba ni escandalizaba. De todos modos, se trataba de personas humildes, incluso ignorantes, que reverenciaban a mi padre por ser “el doctor” y aceptaban su palabra como

si proviniese de la Biblia.

Una tarde de invierno, mientras descansaba en la mecedora que había pertenecido a mi madre, mi padre me dijo: «Me gustaría que te casaras». Lo miré pasmada y me dejé caer en el asiento a su lado. «Ya tienes dieciséis años, quiero que elijas tu camino y lo tomes», expresó a continuación. Yo ya había elegido mi camino, le aseguré, quería estudiar, ser médica como él. Sonrió con amargura antes de aceptar: «Tu tío y yo te hemos llenado la cabeza de ideas extrañas. Una mujer no puede ser médica». Que él, mi padre, a quien consideraba de los seres más justos y abiertos, me dijera que yo no era capaz sólo por haber nacido mujer, me dolió profundamente en el alma, convencida como estaba de que aseveraciones de ese tipo sólo las hacían hombres estúpidos.

Días después, al no hallarlo en la sala muy temprano por la mañana leyendo la Gaceta Mercantil, fui hasta su dormitorio. Lo encontré en el piso, inconsciente. Me arrojé a su lado, le golpeé las mejillas y lo llamé por su nombre. Pero no reaccionó. Quizás hacía muchas horas que yacía allí, muerto, pues su cuerpo estaba frío.



CAPÍTULO VII.

El rey del desierto

A la mañana siguiente, Laura encontró a Blasco en la pulpería.

–Vamos, señorita -la urgió-, antes de que aparezca Racedo. Le dije que usted había ido a misa de seis al convento franciscano, y pa'llá salió a buscarla como flecha.

–Vamos -aceptó Laura, complacida con la picardía y lucidez del niño-. ¿Por qué me acompañas todas las mañanas hasta lo del doctor Javier y, luego, de regreso a lo de doña Sabrina?

–Porque usted es la más bonita del pueblo, señorita, y a mí me gusta que me vean con usted.

–Llevas algo nuevo en el cuello -notó Laura-. Parece muy interesante; amenazante también.

–Es un regalo -replicó el muchacho, ostensiblemente orgulloso, y me lo quitó para alcanzárselo-. Estos son dientes de un puma, y éste, el más grande, es el colmillo de un tigre.

A Laura la impresionó que esos dientes tan inertes en el tiento de cuero hubieran pertenecido a las mandíbulas vigorosas de animales feroces. Se preguntó quién tendría el valor de enfrentarse a esas bestias y quién la sangre fría de arrancarle los dientes y confeccionar un colgante. No le resultó una artesanía de mal gusto, aunque sí tosca, aparatosa quizás. Devolvió el collar a Blasco, que se lo echó al cuello con una mueca de suficiencia, como si aquel talismán le atribuyera poderes arcanos formidables e invencibles.

–¿Quién te lo regaló?

Blasco levantó la cabeza y la miró a los ojos. Le gustaba Blasco, por impertinente y sagaz, absolutamente desprovisto de reglas de urbanidad. Le recordaba a ella de chica. El muchacho meditó antes de manifestar:

–Se lo digo porque usted es de confiar.

–¡Gracias! – exclamó Laura, divertida.

–Éste es un regalo del cacique Nahueltruz Guor.

–¿A quien busca con tanto ahínco el coronel Racedo?

Blasco asintió con solemnidad. Entonces, caviló Laura, era verdad que el tal Nahueltruz rondaba Río Cuarto. Quizá debería dar aviso al coronel Racedo, podía tratarse de un indio peligroso, con intenciones de maloquear.

–Aquí, en Río Cuarto -habló Blasco-, todo el mundo quiere y respeta al cacique Nahueltruz. Gracias a él, Mario Javier regresó a su hogar sin un rasguño después de que unos indios lo tomaron cautivo.

Blasco relató en detalle la odisea de los Javier en los parajes púntanos, y Laura comprendió finalmente el cariño reverente que el doctor Javier y doña Generosa le profesaban a su hermano. Se lo contaría a María Pancha.

–Nahueltruz es el más valiente de los hombres -prosiguió Blasco-, tiene la fuerza de un toro y es más astuto que el zorro. Él mismo cazó este puma y este tigre -aclaró, acariciando los colmillos del colgante-. Me lo había prometido, y lo cumplió. Los cazó con su facón, los agarró por el cogote, los echó a tierra y les clavó un puntazo en el corazón -describió, mientras acompañaba sus decires con mímicas histriónicas.

–Es hombre de temer -intervino Laura, conteniendo la carcajada.

–Las bestias le temen. Él es el rey del desierto.

En casa de los Javier la recibió un silencio de iglesia que la llenó de malos agüeros. Sin embargo, al toparse con doña Generosa, supo que Agustín había pasado una noche muy tranquila.

–Parece que los mejunjes de María Pancha dan resultado -agregó la mujer, con cierta incredulidad en el gesto.

María Pancha lavaba el torso de Agustín con agua de colonia. Había desaparecido el olor hediondo de la ruda y del fenol. Pastillas de alcanfor se consumían en un pebetero, y un aire fresco llenaba la habitación, que palpitaba con renovados bríos, sacudidos los malos presagios que habían acechado el día anterior. Laura se acercó a Agustín y le acarició el rostro.

–Te afeitaré -le dijo.

–Me gustaría celebrar misa -expresó él.

–¿Qué se te ocurre?

–Me siento mejor, quiero celebrar misa. Aquí mismo podría hacerlo.

–Aunque venga el Papa Pío a pedirte que des misa, no lo voy a permitir -aseguró Laura-. Estás muy débil -agregó con dulzura.

La mañana transcurrió apaciblemente. María Pancha se retiró al hotel a descansar, y Laura permaneció junto a su hermano leyéndole y asistiéndolo. A media mañana, Agustín expresó el deseo de comer fruta, y Laura se dirigió a la cocina para proveerla, contenta porque el apetito era un buen síntoma. Al regresar, encontró la puerta entrecerrada y, por el resquicio, avistó al hombre del pañuelo rojo sentado a la cabecera, reclinado sobre Agustín que le hablaba. Alteraría de nuevo a Agustín, lo dejaría temblando y con lágrimas en los ojos, no conciliaría fácilmente el sueño y ya no querría probar los duraznos ni las naranjas; la mejoría lograda a fuerza de tantos cuidados se iría al demonio. Sacaría al gigante del cuarto de su hermano a punta de pistola si era necesario, y no la amedrentarían su cuerpo ciclópeo ni su mirada perversa.

Se hizo hacia atrás cuando la puerta se abrió y el hombre del pañuelo rojo se detuvo frente a ella, muy próximo, a un paso. Llevaba la cabeza descubierta y el cabello lacio y largo atado en una coleta a la nuca. Permanecía inmutable; a ella, en cambio, le temblaba el alma y no acertaba a articular palabra. La miraba directo a los ojos con la misma indiferencia del día anterior. Laura pensó: «Es desprecio, me mira con profundo desprecio».

–Buenos días -saludó él.

Tenía la voz grave y sombría, que le iba con la apariencia de héroe mitológico, y que provocó a Laura un repelús. Se hizo a un lado y le permitió pasar. El hombre se alejaba por el corredor, se iba, la dejaba otra vez con la boca abierta haciendo el papel de gazmoña, de inexperta sin roce ni educación. Algo le diría, no creería ese gaucho que la espantaban una mirada ominosa y unos músculos de acero. La convicción de que ella era superior a aquel ignorante y de que su inteligencia y situación en la vida la posicionaban muy por encima de aquel despliegue prosaico de fuerza bruta, la animaron a pronunciar:

–Usted sí ha de ser un gran pecador, señor. – El hombre se dio vuelta, y a ella le pareció que sonreía-. Mire que molestar a mi hermano enfermo para confesarse dos días seguidos -añadió, y permaneció inmóvil, admirada de su propia osadía.

El hombre regresó sobre sus pasos, y Laura vio con claridad la rustra magnífica de plata que llevaba en el cinto y la vaina donde asomaba el mango de un facón de dimensiones extraordinarias. Julián la había prevenido, aquéllas no eran gentes de fiar, eran gentes distintas, medio salvajes, adocenadas, sin moral, no debería haberlo humillado. «Siempre hablo de más», concluyó con desesperanza cuando el hombre se le plantó enfrente.

–En verdad, señorita -habló, sin levantar la voz-, soy un gran pecador, pero ni ayer ni hoy he venido a confesarme, sino a visitar al padre Agustín. Estoy aquí exclusivamente por él.

Sobre todo, la dejó boquiabierta que ese palurdo se expresara con tanta propiedad, sin acentos extraños ni errores gramaticales, sólo un dejo provinciano que para nada denunciaba su condición de gaucho. La exposición había sido clara y concisa. Se lo quedó mirando, como posesa. La atraía su cara, no por lo hermosa ni lo perfecta sino por lo viril, por lo indiscutiblemente masculina, la frente amplia y despejada, las mandíbulas anchas, de huesos marcados, y la barbilla de fuerte presencia. Era imberbe, se veía en la tersura de su piel cobriza, que parecía la de un zagal, aunque a leguas se notaba que había pasado los treinta. «¡Qué hermosos ojos!», pensó, y reconoció que, más allá del increíble gris perla del iris, eran las pestañas, tan pobladas, tan arqueadas, las que hacían de su mirada de las más bonitas que había visto. «Si sonriera, – barruntó Laura-, se diría que hasta guapo es este hombre».

Él también la estudiaba, y Laura bajó la vista. Le ardían las mejillas y habría jurado que el corazón se le desbocaba en la garganta; un cosquilleo le ocupaba el estómago, y gotas de sudor le caían desde las axilas. Su cuerpo era un trastorno, su mente un torbellino. Solía ser más cauta e hipócrita con los del sexo opuesto: la que dominaba y mandaba a antojo, la veleidosa a quien los caballeros querían complacer en los mínimos caprichos, la gema que anhelaban lucir en los salones más distinguidos. Este hombre, en cambio, ajeno a su círculo, opuesto a sus cánones de buen gusto y donaire, que le había prestado la misma atención que a un perro callejero, la había alborotado con una mirada, y ella, perdido por un momento el control de sus facultades, se había dejado llevar y revelado sin sutilezas la exaltación que la dominaba.

–Disculpe -farfulló, sin saber en realidad por qué se disculpaba.

–Con permiso -habló el hombre, y se retiró.

Instantes después, María Pancha la llamó por detrás, y Laura dio un respingo.

–¿Qué haces aquí fuera? – se enojó-. Tu hermano puede necesitarte.

–Fui a buscar fruta. Agustín quería fruta. ¿No es eso muy bueno? – preguntó de prisa para ocultar la turbación.

María Pancha tomó la compotera con fruta y entró en la habitación, y Laura la siguió como autómata. No lograba quitarse de la mente a ese hombre, a pesar de que no quería recordarlo. Se olvidaría de su rostro moreno. «¿Por qué pensar en él si él ya no piensa en mí? ¿Qué tanto escándalo por ese soberbio, engreído y mal educado?» Una mezcla de vergüenza, rabia y desprecio la puso de mal humor. Un rato después, doña Generosa la invitó a almorzar.

Le gustaba doña Generosa, la única optimista en la pronta convalecencia de su hermano. Le gustaba también porque era cariñosa y bromista, alegre y espontánea, rara vez perdía el buen talante. Laura deseó que su madre fuera como doña Generosa e imaginó lo fáciles que serían las cosas entre ellas de ser así.

Echó un vistazo a su alrededor, complacida con lo familiar que le resultaba la sala de los Javier cuando la había visitado por primera vez algunos días atrás. A ella, sin embargo, le parecía una eternidad, como si hubiese vivido en esa casa toda la vida. El doctor Javier se ubicó a la cabecera, y doña Generosa, luego de una breve oración, sirvió el pastel de choclo. Laura se daba cuenta de que los Javier evitaban el tema de Agustín. Mario, que había comenzado a trabajar en la botica del pueblo, comentó que el boticario le había pedido a María Pancha la fórmula del unguento de alcanfor y la del tónico de cáscara de huevo.

–¿De veras? – se sorprendió Laura.

–Sí. Don Panfilo asegura que son de los mejores que ha visto.

Laura jamás había reparado especialmente en los talentos curativos y las dotes medicinales de María Pancha, eran parte de ella, como lo eran sus facciones. Desde pequeña se había acostumbrado a verla hervir hierbas, preparar emplastos, limpiar heridas. La consultaban a menudo, y ella, con desprendimiento, ayudaba a todos. Sólo ahora caía en la cuenta de la extraordinaria destreza de su criada, y la intrigó saber cómo y dónde la

habría adquirido.

–Buenas tardes -saludó una voz masculina y profunda, y Laura se dio vuelta: el extraño del pañuelo rojo otra vez. Su figura ocupaba casi por completo el marco de la puerta y, al avanzar, debió agachar la cabeza para no rozar el quicio.

–Pase, pase, Nahueltruz -invitó Mario, que se puso de pie y le indicó una silla a su lado.

–Sí, sí, adelante -ratificó doña Generosa-. Ya mismito traigo un plato y le sirvo un poco de pastel.

–No quiero molestar, señora -indicó el hombre-. Sólo quería preguntarle al doctor Javier por la salud del padre Agustín. Regreso en otro momento.

–De ninguna manera -expresó el doctor Javier, y el hombre terminó por sentarse y aceptar un plato de comida.

–Le presento a Laura Escalante -dijo el médico-. Laura, el señor es el cacique ranquel Nahueltruz Guor, gran amigo de mi familia y de tu hermano.

Laura atinó a estirar la mano para recibir el saludo del cacique, que se la apretó con firmeza. Por fin, aquel extraño que salía y entraba como un fantasma de la habitación de su hermano era el famoso Nahueltruz Guor, el indio buscado por la milicia. Inexplicablemente, le vino a la mente lo que había hecho en la tina la noche anterior, y se le arrebataron las mejillas. La incomodó también que el doctor Javier hubiera insistido en que el indio se quedara a comer, la horrorizaba pensar que lo hiciera indebidamente, con las manos quizás. Entre los salvajes no se usarían cubiertos ni servilletas ni vasos, y se los imaginó masticando con la boca abierta, atorados de comida, bebiendo sin esperar a tragar, limpiándose con el antebrazo. El indio se sentó a la mesa y se condujo con propiedad; pese a que sus modales carecerían de la pomposidad de los de la abuela Ignacia, resultaban mesurados y agradables.

No se volvió a mencionar el tema de Agustín durante el almuerzo, y Laura, lejos del foco de atención, consiguió sofrenar el tumulto de ideas, sentimientos y desbarajustes físicos que invariablemente sufría cada vez que ese hombre se le presentaba. Lo escuchaba hablar sin levantar la vista, porque temía encontrarle la mirada. El cacique se refería al último malón en Achiras, y explicaba que había sido obra de un tal Sayhueque, indio mapuche que desacataba la autoridad del cacique general Mariano Rosas y la del otro grande, el salinero Calfucurá, y que, por ende, no respetaba los acuerdos de paz celebrados entre estos caciques y el gobierno.

—Sayhueque tiene sus razones -añadió Guor, luego de una pausa-. El araucano Calfucurá casi exterminó a su tribu y a la de sus aliados, los vorohueches, en el 35. Fue un asalto a traición, donde murieron asesinados el cacique Rondeao y sus hermanos, a más de tantos otros capitanes, ancianos y adivinos. Los que no terminaron por unirse al nuevo jefe (a Calfucurá me refiero) se retiraron hacia el norte al mando de Sayhueque. Para peor, el año anterior, en el 34, el coronel Francisco Sosa, por aquellos tiempos mayor Sosa, había asesinado a Chocorí, el padre de Sayhueque. Chocorí había salvado el pellejo de milagro en el 33, cuando el general Pacheco arrasó con sus tolderías, pero al año siguiente no pudo escapar a Sosa, que le dio muerte a él y a muchos de su tribu. Sayhueque no se olvida de estas cosas. El no entiende de pactos ni tratados, ni con los huincas ni con los salineros ni con los ranqueles.

Nahueltruz Guor siguió contando la historia de los vorohueches, que Laura juzgó muy interesante. El cacique se expresaba con seguridad y su exposición resultaba, una vez más, clara y entretenida. Se notaba que conocía cabalmente la historia de su pueblo y la de sus vecinos. Los Javier lo contemplaban absortos, seducidos por la voz y el atractivo de aquel indio. Luego de servirse el café, el doctor Javier invitó a Guor a su estudio «para conversar», según precisó.

—Por favor, doctor -pidió Laura-. No se retire a su estudio. Yo también quiero saber cómo va mi hermano.

Nahueltruz Guor tomó asiento de inmediato y, luego de un titubeo, el doctor Javier lo imitó. Laura levantó la vista porque sabía que el indio estaba

mirándola, y apenas le sonrió en señal de agradecimiento. El médico se dirigió en todo momento a Guor mientras explicaba los pormenores del carbunco y sus efectos en la salud del padre Escalante.

—A veces creo -expresó el médico por último-, que el padre Agustín sigue viviendo para volver a ver a su padre.

Las miradas se concentraron en Laura, que pidió permiso y se retiró. Llegó al huerto de doña Generosa, el lugar donde más le gustaba estar. Cortó un ramo de azahares y se sentó bajo el limonero. El calor se tornaba insoportable a esa hora del día; con todo, protegida por la sombra del árbol, la siesta se hacía llevadera. A su alrededor había tanta vida que resultaba absurdo que, unos metros más allá, su hermano aguardara la muerte con estoicismo. El diagnóstico, sin embargo, había sido lapidario: Agustín moriría, era cuestión de tiempo. Hasta deseó que su padre nunca llegara a Río Cuarto y que la espera de Agustín no prolongara *ad infinitum*.

—Agustín no morirá -expresó en voz alta.

Una sombra, que cambió el juego de luces a su alrededor, la obligó a levantar la vista. Nahueltruz Guor, de pie frente a ella, la contemplaba con gravedad. La desconcertó que no lo hubiese escuchado acercarse; a pesar de ser robusto y tosco, se conducía con el sigilo de un gato. Volvió a percatarse de la rastra de plata y del facón, pero no le tuvo miedo esta vez; la incomodidad y el temor habían desaparecido; ahora lo contemplaba sin recelos, y le gustó cómo le sentaban los pantalones azules de nanquín y la camisa blanca abierta hasta la mitad del pecho.

—¿Puedo sentarme? – preguntó Guor, y Laura apartó la falda para darle espacio-. Se está muy bien aquí -admitió.

—Es mi lugar favorito -confesó Laura, extrañamente contenta de entablar un diálogo intrascendente.

—Mi lugar favorito está a orillas del río Cuarto, a media hora a caballo del centro del pueblo.

–Es importante tener un lugar favorito -expresó Laura-. Yo no lo tenía hasta descubrir éste. Un sitio donde uno busca paz cuando ha desaparecido en el resto de los lugares.

–Mi madre aseguraba que uno hace al lugar y al momento.

–Sólo los seres muy especiales hacen al lugar y al momento. Se trata de personas con un don, una alegría eterna y un optimismo inquebrantable, que contagian a quienes los rodean, incluso a los ambientes donde se mueven. Los demás, los menos dotados, somos esclavos de los vaivenes de la vida.

–¿Conoce a alguien así? Me refiero, a alguien tan especial.

–Sí, mi tía abuela, Carolina Montes. Nosotros, sus sobrinos, la llamamos tía Carolita.

–Usted la quiere mucho. Eso quizá la convierta en especial.

–Tal vez, pero no soy la única en pensar que ella es especial.

–Entonces, el don de su tía Carolita es hacerse querer.

–Concedido. Pero eso también es especial, créame. Yo no me hago querer fácilmente.

En este punto, Nahueltruz Guor no hizo comentarios y se mantuvo silencioso, con la vista perdida hacia delante. Laura lo miró de reojo. Prestó atención a la manera en que pestañaba, lenta, suavemente, como si las pestañas le pesasen en los párpados. Su pecho, apenas cubierto por la camisa, subía y bajaba a un ritmo regular y pausado. La mansedumbre de esos movimientos la relajó. Había un gran atractivo físico en él. Recordó los dientes de tigre y de puma del colgante de Blasco, y un escalofrío le jugueteó en la boca del estómago.

–Usted también se hace querer -manifestó sin reflexionar, y enseguida añadió-: Blasco no hace otra cosa que hablar del gran cacique Nahueltruz Guor. Me atrevería a jurar que el colgante que usted le regaló es su tesoro

máspreciado. Daría la vida antes que separarse de esos dientes de fieras salvajes.

Nahueltruz rió complacido, y Laura rió también, movida por la risa de él, plena y hermosa. La sonrisa le había transfigurado el rostro, los ojos le brillaban de simple alegría, un milagro se había operado en aquel semblante invariablemente serio y severo. Laura se preguntó cómo había sido capaz de temerle en ocasiones anteriores.

–Blasco asegura -prosiguió Laura-, que usted mató a esas bestias con sus propias manos, que les clavó una puñalada y luego les arrancó los dientes.

–En realidad, los maté de un lanzazo, y le aseguro a usted que estaba a más de dos varas de distancia.

–Jamás le diré la verdad a mi fiel amigo Blasco -aseguró Laura-. Disminuiría considerablemente el valor del talismán y quizá dejaría de llamarlo el rey del desierto. Eso sería imperdonable.

–Gracias, usted es una persona de gran sensibilidad -expresó, con humor, Nahueltruz.

–Y jamás -retomó Laura, seriamente-, le diré al coronel Racedo que lo he visto a usted en Río Cuarto.

Nahueltruz Guor la contempló con fijeza, y Laura no se intimidó ni bajó el rostro, sino que le sostuvo la mirada, sin desafiarlo ni mostrarse impertinente. Lo miró mansamente, como lo habría hecho con una persona a quien conocía de años, a quien la unía una larga amistad, un profundo entendimiento y confianza.

–Usted debe de ser especial, señorita Escalante. Hacía mucho tiempo que no me reía.

Guor se puso de pie, se colocó el sombrero de fieltro y, luego de una inclinación de cabeza, se alejó en dirección de la casa. Laura se tapó la boca para refrenar la carcajada: el cacique ranquel tenía las piernas tan estevadas

que un chancho habría pasado entre ellas.



CAPÍTULO VIII.

María Francisca Balbastro

El doctor Miguel Gorman, amigo y colega de mi padre del Protomedicato, se hizo cargo del sepelio, de cancelar deudas y liquidar asuntos pendientes, y me llevó a su casa, donde permanecí algunas semanas. No se trataba de una casa muy grande ni cómoda, y yo debía compartir la habitación con sus hijas mayores, que me trataban con deferencia, pero sin cariño.

Me había quedado sola en el mundo. Esa idea no abandonaba mi cabeza en ningún momento del día, y me perturbaba incluso el sueño. Primero mi madre, luego mi adorado tío Tito y ahora mi padre. En realidad, a mi padre, el hombre alegre y cariñoso de mi niñez, lo había perdido tiempo atrás, y sólo conservaba una sombra tétrica y silenciosa, que se me resbalaba de las manos, que se iba apagando poco a poco hasta desaparecer. Ese remedo de mi padre, sin embargo, era con lo único que contaba. «¿Qué haré? ¿Cómo subsistiré?», me preguntaba, conciente de que las finanzas del doctor Leopoldo Jacinto Montes nunca habían sido buenas. Enseguida le escribí a Tito, pidiéndole que regresara y, aunque debía aguardar a lo mínimo seis meses para obtener una respuesta, la tarde que despaché la carta recobré en parte los ánimos.

Parecía que había sido al doctor Gorman y no a Abraham a quien el Señor había prometido: «Tendrás una descendencia tan numerosa como las estrellas en el cielo, como las arenas del desierto», pues su mujer ya le había dado catorce hijos y estaba gruesa. El bullicio de la casa era continuo, el movimiento permanente, y yo, que aún acarreaba mi duelo, encontraba aquel bochinche, fastidioso y chocante. Me apartaba, buscaba refugio en la biblioteca, me retiraba al jardín, y leía, leía y leía. Como último recurso, me negaba a pensar, ya regresaría Tito y mi suerte tomaría otro derrotero. Abriríamos nuevamente la botica en la calle de las Artes y

seríamos felices.

Una, tarde, el doctor Gorman me acompañó hasta su despacho, donde me presentó a Francisco Montes, el hermano menor de mi padre. Se trataba de un hombre delgado, alto, de piel oscura y ojos y cabellos negros, que en nada se parecía a mi padre o a Tito. Francisco Montes me dio la mano y sonrió tímidamente. Expresó sus condolencias por la muerte de mi padre con acento inseguro y me informó que él se haría cargo de mí.

«Vivirás en el convento de Santa Catalina de Siena, no como novicia sino como pupila», añadió y, ante mi confusión, se apresuró a explicar: «Será por un tiempo, hasta que pueda encontrarte una posición más definitiva». No me atreví a preguntarle por qué no me llevaba a vivir con él, su nerviosismo e inseguridad me incomodaban e intimidaban. La actitud de Francisco Montes me daba a entender que yo le resultaba una pesada carga que no acarreaba voluntariamente sino por un deber moral, y que quería desembarazarse de mí lo antes posible.

Fui injusta con mi tío, y si para ese entonces hubiese conocido la historia que casi veinte años antes había tenido lugar entre mi padre e Ignacia de Mora y Aragón, habría entendido la actitud de Francisco, Ignacia, ama y señora de la casa de la Santísima Trinidad desde la muerte del abuelo Abelardo y de la abuela Pilarita, había puesto el grito en el cielo cuando mi tío le propuso llevarme a vivir con ellos. Esto lo supe tiempo después, Alcira me lo contó, pero la tarde que conocí a Francisco Montes lo odié profundamente.

«Mi tío Tito regresará de Inglaterra y me iré a vivir con él», le aclaré con orgullo. Gorman y Montes se miraron fugazmente, y no hicieron comentario alguno. «Si llega carta de mi tío, ¿podría alcanzármela hasta el convento, doctor?», y Gorman me aseguró que lo haría, de mil amores; él también lucía culpable e incómodo. Pero lo cierto era que a nadie podía achacarse lo penoso de aquella situación.

Esa noche, las hijas de Gorman me ayudaron a empacar. Encontraban bastante extraño que mis dos baúles contuvieran libros, vademécumes, instrumentos de medicina, redomas con sustancias extrañas y otros trebejos

del laboratorio de Tito, en lugar de trajes, medias de seda, chapines de raso, potes con afeites o bigudíes de madera. Pronto perdieron interés en mis tesoros y cuchichearon entre ellas acerca de una fiesta a la que concurrirían en casa de una tal familia Oromí. Comparaban vestidos, adornos y bisuterías, y ninguna se satisfacía con lo que tenía. Hablaron de caballeros, y cada una expresó su predilección. Al observarlas, apartada en un rincón de la recámara, caí en la cuenta de que yo jamás había hablado de vestidos ni de adornos ni de joyas. Tampoco había concurrido a una fiesta o tertulia, conocía a pocas personas, siempre relacionadas con la profesión de mi padre; incluso ahora que él había muerto, ni siquiera contaría con la amistad de sus pacientes.

Temprano a la mañana siguiente, mientras las hijas de Gorman dormían, me alisté en silencio y dejé la recámara. Mis baúles me aguardaban en la sala, donde me dispuse a esperar a mi tío Francisco. El doctor Gorman había pasado la noche fuera acompañando a una paciente moribunda y aún no regresaba; su esposa, pesada en los últimos meses de embarazo, dejaba la cama en contadas ocasiones. Inusualmente, la casa se hallaba en absoluta quietud, y ni siquiera me alcanzaban los sonidos de la cocina donde la servidumbre alistaba el desayuno. Ahora prefería los berrinches de los más pequeños, las discusiones de las mayores y las admoniciones de la señora Gorman a ese silencio sepulcral. Me desmoroné en el sofá y rompí a llorar como no me lo había permitido la mañana en que hallé sin vida a mi padre.

Escuché ruidos de cascos y salí al zaguán, donde me topé con Eusebio, el cochero de mi tío Francisco. «Así que usted es la niña del señorito Leopoldo, que Dios lo tenga en su Santa Glori», expresó a modo de saludo, y su calidez me reconfortó el alma, como una bebida caliente y dulce en invierno. «Vamos, suba nomás, su tío la espera dentro», y abrió la portezuela y me ayudó a subir. Tío Francisco lucía pálido y desgano, y sólo pronunció contadas palabras durante el trayecto.

Sor Germana, la madre superiora del convento de Santa Catalina de Siena, era una mujer alta y delgada, con rasgos toscos, poco acabados. Un suave bigote gris le orlaba el bozo, mientras círculos oscuros alrededor de los ojos le conferían un semblante cadavérico. Tenía una voz grave que sabía

usar para infundir respeto y temor. De personalidad severa y estricta, se preciaba de justa y solía refrendar sus decires y decisiones con citas del Antiguo y Nuevo Testamento, que repetía de memoria sin hesitar. Supe, desde el primer encuentro, que entre aquella mujer lúgubre y yo no habría entendimiento. Su amistad con mi tía Ignacia, de las benefactoras más conspicuas de la orden, había inclinado su opinión, y a mí, acostumbrada a la libertad que me concedía mi padre, me enfadó que me secuestrara los baúles. «Aquí no necesitarás nada de esto», aclaró, y me golpeó en la cara su aliento fétido, consecuencia de los largos ayunos a los que se sometía. «Imitatio Christi, de Kempis, y tu breviario, eso es todo lo que podrás leer por el momento», ordenó, mientras repasaba con una mueca displicente los títulos de mis libros. «Demasiada educación lleva a las mujeres a desatinos lascivos», y, de un golpe, cerró el baúl. Me sometió a un exhaustivo examen de catequismo, y se escandalizó al comprobar que desconocía las nociones primarias. Luego me preguntó si sabía bordar, coser o cocinar, a lo que respondí tres veces no. «Resulta claro que has estado bajo la tutela de un hombre durante mucho tiempo, y para peor, de un hombre impío». Que llamara impío a mi padre me hizo perder la compostura, y le espeté sin ambages que se cuidara de afrentar al doctor Leopoldo Montes, un hombre que había dedicado su vida a curar a los indigentes sin cobrarles un real.

Terminé castigada en una celda oscura, donde permanecería a pan y agua hasta rectificar mi actitud diabólica. Misteriosamente, la bandeja de latón que me pasaban por el torno, además de pan y agua, contenía trozos de queso, dulce de leche sólido, tajadas de carne fría, patas de pollo y otros manjares. Con todo, la oscuridad, el frío y los insectos me obligaron a desdecirme y disculparme, y dos días más tarde abandoné ese tabuco húmedo para instalarme en una celda de similar tamaño, pero con un tragaluz cerca del techo por donde filtraban rayos de sol, y una yacija con una manta. La disciplina del convento era rígida y agotadora, y me descorazonaba en la certeza de que no llegaría a acostumbrarme a ese régimen feroz y sin sentido. Un campanazo nos despabilaba a las cinco y media para maitines, proseguíamos con laudes, y por último la primera misa. En invierno, me dormía con la ropa puesta, y no me lavaba el rostro pues el agua estaba helada; mientras cruzábamos el patio hacia la capilla, se podía escuchar el castañeteo de dientes. Luego de misa, medio enfermas, nos encaminábamos al refectorio a desayunar. El resto del día se repartía

entre clases de historia, lengua y catecismo, rezos y más rezos, y actividades domésticas y prácticas. Supongo que no habría logrado sobreponerme al hastío y a la desesperanza si María Pancha no hubiera estado también entre los muros de ese claustro.

Mi querida negra María Pancha. Ella, como sierva del convento, participaba del Oficio Divino y demás oraciones apartada, junto al resto de las esclavas. Servía mi mesa en el refectorio, y no pasó mucho tiempo hasta que noté que me entregaba el pedazo de pan más grande y la taza con leche hasta el borde. Entonces, reparé en ella y me llamaron la atención su porte garboso y su mirada altanera. Pronunciaban su nombre sin pausa, como si fuera uno solo, Mariapancha, por cierto un nombre demasiado simple y campestre que no congeniaba con su porte y envanecimiento. Se destacaba de sus compañeras, más bien zafias y, cuando los domingos formaban en la nave izquierda de la iglesia, María Pancha las superaba por una cabeza.

El día que me tocaba leer algún capítulo de la vida de Santa Catalina durante el desayuno o el almuerzo, luego encontraba en mi celda un tazón con leche calentita o una ración de comida envuelta en un repasador. Una tarde, mientras cultivábamos el huerto (una de mis tareas favoritas), María Pancha colocó con disimulo un papel en el bolsillo de mi delantal. «Sé dónde están tus baúles, – rezaba la esquila-. Encuéntrame esta noche, después del rosario, en la cocina». Ese fue el inicio de nuestra amistad, y adonde sea que María Pancha esté ahora, sé que me recuerda tanto como yo a ella.

La historia de María Pancha es peculiar. Su madre era blanca, una joven de familia decente a la que desposaron con un primo lejano de edad propecta y fortuna cuantiosa. Sebastiana Balbastro tenía quince años cuando se unió en matrimonio a Augusto Rondeau, un cincuentenario, que, entre otros vicios, gustaba de pegarle para luego obligarla a tener intimidad con él. La primera vez que su marido la vejó, Sebastiana huyó a casa de su padre, que la envió nuevamente a manos de Rondeau luego de permitirle a su nana que le curase las heridas. «Prefiero verte muerta antes que mi estirpe deshonrada con un matrimonio fallido. Recuerda que juraste al Señor que sería hasta la muerte», le reprochó don Benjamín Enrique Balbastro, su padre.

Sebastiana le tenía miedo a Augusto Rondeau, y pasaba gran parte del día en su recámara orando frenéticamente para que su esposo no se enfadara; salía en contadas ocasiones, a misa, a confesión o de visita a su familia, y debía hacerlo muy embozada y con los visillos de la volanta corridos. Los sirvientes, que temían y aborrecían a Rondeau tanto como Sebastiana, la protegían y ayudaban, y, luego de la cena, solían mezclar en el café una fuerte dosis de láudano que lo fulminaba en la cama, de donde no salía hasta muy tarde a la mañana siguiente.

La primera vez que Sebastiana vio al padre de María Pancha, el hombre tenía grilletas en manos y pies, y la piel de la espalda escaldada como consecuencia de una buena serie de latigazos; caminaba a tropezones, medio exangüe. Augusto Rondeau lo obligó a ubicarse en el centro del patio de los domésticos y le hizo arrojar una cubeta de agua en pleno rostro. El negro se despabiló en parte para recibir la monserga de su nuevo patrón acerca de los deberes como esclavo de la casa Rondeau. Si al hombre, agobiado por la debilidad, le flaqueaban las rodillas y caía al suelo, Augusto le propinaba un fustazo, y Sebastiana, oculta detrás de los cortinados, se mordía el puño para no bramar de rabia y dolor.

Sebastiana mandó a llamar en secreto a su nana, y le pidió que trajera linimentos y demás enseres para curaciones. Esa noche, los sirvientes agregaron una dosis muy potente de valeriana en el brandy del patrón y, mientras Sebastiana y su nana se deslizaban por los pasillos oscuros de la casona, Augusto roncaba como un marinero. Llegaron a la barraca donde yacía el esclavo nuevo, y entre las dos lo curaron y le dieron de beber un sorbo de cordial para mitigar el dolor. Permanecieron junto a él hasta que el cielo clareó y se escucharon los primeros movimientos en la casa.

«¿Por qué hace esto por mí?», preguntó una noche el negro a Sebastiana al verla aparecer en la barraca con una cazuela de carne y guiso de lentejas. «Yo también soy víctima del mal genio de mi esposo», confesó la joven. Luego de depositar la cazuela, amagó con irse, pero el negro la retuvo por la muñeca y le rogó que le hiciera compañía. «Disculpe que la haya tocado, – dijo-, pero no estoy acostumbrado a comer solo». Mientras relamía el guisado, el negro le contó que unos traficantes portugueses lo habían

cazado en la selva de su patria, al sur del África. «Mi nombre es Mugabe, pero los portugueses me llamaban Joáo. Pertenezco a la gran familia de los khoikhoi; mi padre es el jefe de la tribu, el rey, como lo llaman los hombres blancos. Yo, por ser el primogénito, debía tomar su lugar cuando los dioses se lo llevaran», manifestó con amargura.

Sebastiana se mostraba interesada en las desventuras de ese hombre que la aguardaba cada noche para relatarle historias de su tierra y de sus extrañas costumbres. «Los europeos nos llaman hotentotes», aclaró, y, a pedido de Sebastiana, le habló en bantú, su lengua madre. Sólo se amaron esa noche, la noche en que él le habló en bantú, la noche que le dijo que la amaba, que la amaría siempre.

Al quedar encinta, Sebastiana no pensó que el niño que llevaba en el vientre fuera de Mugabe. Se había tratado de una noche, y ella ya había confesado su debilidad y castigado su cuerpo menudo con la disciplina y el cilicio. Ese niño era de Augusto Rondeau, que se pavoneaba frente a amigos y conocidos como macho cabrío, porque, después de que su primera mujer no le dio hijos, había empezado a preguntarse si el baldado no era él. Lo había fastidiado que lo miraran con compasión, incluso con burla, ¡no a él, Augusto Rondeau! Y sería varón, de eso nadie tenía dudas, que él sólo sabía hacer machos, que las hembras para lo único que servían era para darle a uno placer en la cama.

La noche que Sebastiana comenzó a sentir los dolores, pidió que trajeran a su nana, y Augusto Rondeau fue a buscarla en persona. Las contracciones eran intensas, y la partera temía que la criatura fuera demasiado grande, pero luego de más de tres horas de dolores y de pujar y pujar, nació una niña. Negra. La partera la miró con espanto y se la entregó a la nana, que, sollozando, la limpió y envolvió en una mantita de algodón. Con paso cansino, se la acercó a la madre, que había caído en un estado de sopor a causa del esfuerzo. «Sebastiana, querida, – la llamó-, despierta para ver a tu hija». Al ver a la criatura, Sebastiana lloró de miedo y apretujó a la niñita contra su pecho.

En el corredor se escuchaban los taconeos pesados de Augusto Rondeau y, cada tanto, puñetazos en la puerta y su voz estentórea que preguntaba:

«¿Ya nació mi hijo?». «Es una niña», anunció la partera por fin. «Es negra», aclaró, y se dirigió deprisa rumbo a la cocina, en busca de los sirvientes. Augusto quedó petrificado durante un lapso en el cual perdió la noción. Al volver en sí, se encaminó a la barraca, tomó del cuello a su único esclavo negro, lo arrastró hasta la habitación de Sebastiana, y, frente a ella, la nana y la partera, le descerrajó un tiro en la cabeza. Dos sirvientes lo detuvieron cuando se disponía a hacer otro tanto con su esposa, y lo condujeron a rastras a la biblioteca, donde lo encerraron. Las sirvientas ayudaron a la señora a vestirse mientras ésta preguntaba a gritos: «¿Dónde está mi hija? ¿Dónde está mi nana?», pero ambas habían desaparecido. En pocos minutos, Sebastiana se hallaba rumbo a casa de su padre.

Don Benjamín Enrique Balbastro quería y respetaba a contadas personas; a su nana, que lo había criado a él y luego a su hija Sebastiana, él la adoraba. Por eso, la noche del nacimiento de su nieta, en medio de la desolación y la desesperación, cuando su nana lo condujo al despacho y lo sentó en el sillón, él hundió el rostro en el regazo tibio de la mujer que tantas veces lo había consolado de niño. «No entregarás a tu hija a ese perverso», ordenó la anciana, y don Benjamín asintió. «La llevarás al convento de las dominicas; las monjas te deben muchos favores, les has donado casi una fortuna. Ya me hice cargo de la criatura», añadió, con un gesto que expresaba que de eso no hablaría mientras viviera.

Benjamín Enrique Balbastro no encontraba paz ni sosiego y se empecinaba en que la pérdida de su hija lo había arruinado moralmente. «Tú te lo buscaste por haberla casado con ese viejo verde», le reprochó la nana. «Diremos que han muerto», manifestó repentinamente don Benjamín. «Ella y la bastarda, ambas muertas, en el parto, nadie tiene por qué saber la verdad, a Rondeau también le conviene, pagaremos a sirvientes y comadrona, pagaremos bien caro su silencio, pero nada, nada saldrá a la luz, nadie murmurará a mi costa, a costa del apellido Balbastro», continuó farfullando don Benjamín, con la vista perdida. La nana sacudió la cabeza: su niño Benjamín Enrique era un cobarde lleno de prejuicios. Dejó el despacho con el alma quebrada y marchó rumbo a la recámara de Sebastiana. La encontró sollozando en la cama, gemidos apenas audibles que denotaban su extenuación. «Entrarás en la orden de Santa Catalina de

Siena, – informó la nana-. Es lo que se debe hacer, querida, de otro modo, tu padre te enviará de regreso a casa de ese hombre, y ya sabes el destino que te aguarda», y Sebastiana le aseguró que prefería la muerte a pasarse el resto de la vida entre los muros de un convento. «En ese convento, – expresó la nana-, está tu hija. Yo misma la coloqué en el torno esta noche».

Sebastiana ingresó en el convento de las dominicas pocos días después, con los pechos llenos de leche que anhelaban amamantar a la pequeña María Francisca, como la madre superiora de aquel entonces había llamado a la criatura abandonada la madrugada del 4 de octubre de 1820, día del santo de Asís. Sebastiana la alimentaba en secreto, la limpiaba, besaba y acariciaba hasta que la devolvía al moisés porque alguna hermana se aproximaba. A pesar del recelo en dar a conocer su amor por la negrita María Pancha, las demás monjas notaron la predilección de Sor Arrepentimiento, y la madre superiora le permitió pasar más tiempo junto a ella. Así María Pancha fue criada por su madre, que con el tiempo le enseñó a leer y escribir, el catecismo y lo poco que sabía de aritmética e historia, todo en secreto, no estaba bien visto que los esclavos fueran cultivados.

Aunque feliz por hallarse cerca de su hija, Sebastiana albergaba una gran culpa; aquel momento de debilidad junto a Mugabe acarrearía consecuencias que no sólo la implicaban a ella, sino a su familia, al propio Mugabe (que había pagado con la vida su atrevimiento), y a la inocente María Pancha, que sería esclava hasta el día de su muerte. Esto principalmente la afligía, y ella, en parte instigada por el confesor, sometía su cuerpo a tormentos y castigos que con el tiempo la quebrantaron irremediabilmente.

María Pancha sostuvo la mano de su madre hasta que expiró. La noche anterior, Sor Arrepentimiento, o Sebastiana Balbastro como le contó que se llamaba, le había relatado su historia y confesado que era su madre. Le había dicho también que su padre era un príncipe khoikhoi, su abuelo el rey de la tribu, y su patria, el sur del África. «Mugabe, tu padre, era un hombre noble y valiente que pagó demasiado caro haberme amado». Luego de la muerte de Sebastiana, el corazón de María Pancha se endureció. Los hombres blancos, con sus prejuicios y veleidades, habían matado poco a

poco a su madre. Estaba consciente de su origen y se sentía orgullosa de él, después de todo, era la hija de una Balbastro, de las familias patricias de Buenos Aires, y de un príncipe hotentote, gallardo e intrépido. Ella era tan honorable y conspicua como las mejores damas de la sociedad porteña.

Por eso, a veces me decía, con fingida soberbia: «Cuidado, Blanca, estás dirigiéndote a una princesa khoikhoi», y nos desternillábamos de risa.

Había sido María Pancha la de los manjares en la bandeja que, se suponía, sólo contendría pan y agua durante los días de castigo; era ella también la que me alcanzaba a la celda brasas en una olla durante los meses más inclementes del invierno, la que me escondía un durazno rosado y maduro en el bolsillo o la que robaba para mí confites de mazapán que Sor Anunciación preparaba en la época navideña para entregar a las benefactoras de la orden. «¿Por qué?», le pregunté en una oportunidad, y ella me aseguró: «Por respeto: nadie antes que tú se había atrevido a responderle a la madre superiora, esa vieja amargada y resentida».

De lo que más disfrutaba María Pancha era del contenido de mis baúles, estibados y proscriptos en el sótano de la cocina del convento. Allí consumíamos muchas bujías mientras curioseábamos los mamotretos y vademécumes, y mientras yo le refería mis aventuras en el laboratorio de tío Tito o con los pacientes de mi padre. Le enseñé a fabricar jabón con aroma a flores que robábamos del jardín de Sor Nazaret, y que usábamos en lugar del amarillento y maloliente que nos proveía Sor Esperanza, encargada del almacén. Preparábamos el tónico a base de cáscara de huevo, que tomábamos durante el verano para afrontar con salud férrea los gélidos inviernos, y también el famoso unguento de tío Tito, para las quemaduras. La relativa libertad de María Pancha para moverse en la cocina y en la despensa nos abastecía sin mayores dificultades de los componentes de los preparados, no obstante, existían otros que sólo hallábamos en los libros. A María Pancha le atraían especialmente los aparejos de mi padre: las tijeras y agujas de oro, los hilos de seda, el aparatoso termómetro, depresores, el sajador, algunas ventosas ya muy usadas, un torniquete, fórceps (que mi padre sólo usaba para extraer al niño muerto) y otros trebejos que habían perdido el brillo de los tiempos de gloria.

El sótano y mis baúles eran nuestro mundo, y la amistad de María Pancha, el bálsamo que mitigaba mis penas, no sólo la muerte de mi padre y el confinamiento en ese lugar aborrecible, sino la decepción por la carta de tío Tito, que por fin recibí un año más tarde, donde me anunciaba que desposaría a una encantadora londinense y que no podía regresar. Rompí la carta en tantos pedazos como fue posible, la rompí hasta convertirla en migas de papel que aventé sobre el camastro. El llanto, mezcla de rabia y frustración, me convulsionaba el pecho, y me arrojé al suelo donde dejé que la pena me arruinara el alma.

Me dispensaron de la cena y del rosario de la noche, y permanecí sobre el suelo frío hasta que María Pancha se escabulló a mi celda. «Yo te digo, Blanca, ningún dolor dura la vida entera», y me ayudó a levantarme y acostarme.

—Mi querida negra María Pancha -susurró Laura.

Habían tenido que pasar veinte años para que las *Memorias* de Blanca Montes le descubrieran la vida y los pesares de la mujer que amaba como a una madre. Había tenido que vivir veinte años de mentiras y farsas para que aquella mujer misteriosa le refiriera con generosidad las ruindades más arcanas de su familia. ¿Qué otras verdades le revelaría?

Dejó la mansedumbre del huerto y la sombra del limonero, y se encaminó a la habitación de su hermano, donde halló a María Pancha. La abrazó por detrás y le besó el cabello crespo de la nuca, apenas cortado al ras. María Pancha, que ponía paños frescos sobre la frente de Agustín, se sobresaltó y la reprendió, pero Laura, que reía de contenta, volvió a abrazarla y a besarla. La hilaridad de la muchacha contagió a su hermano; Laura, aunque casi una mujer, aún poseía el espíritu de una niña, retozón, puro, inocente. ¡Qué cristalina era su risa y cómo le brillaban los ojos! Agustín reía a pesar de que la fiebre le había regresado, junto con puntadas en el pecho, sudoraciones y dolores en la nuca, síntoma que alarmaba al doctor Javier, siempre temeroso de una infección en las meninges.

No importaron las reconvenciones de María Pancha, y Laura se acostó en el camastro junto a Agustín y le sujetó la mano. Si ella poseyera el conjuro mágico para hacer desaparecer esa maldita fiebre, ¡ah, si ella tuviera ese poder! «Daría mi vida por salvarte, Agustín», le habló con el pensamiento. La abatió la impotencia y se esforzó por refrenar las lágrimas. «Yo te digo, Blanca, ningún dolor dura la vida entera.» Pero Laura tuvo la certeza de que si su hermano moría, el dolor la acompañaría hasta el último día.

Quiso alejar los presagios agoreros y desvió la vista hacia María Pancha. «¡Pensar que se trata de una princesa africana! Se le nota en el porte, en la soberbia de la apostura». Nahueltruz Guor, después de todo, también era un príncipe. Un príncipe ranquel, príncipe de la Pampa, rey del desierto, como lo había apodado Blasco.

–Hoy almorzó con nosotros el cacique Nahueltruz Guor -comentó Laura-. Se mostraba muy interesado en tu recuperación.

–Es un gran amigo -manifestó Agustín.

–¿Qué edad tiene? – se interesó Laura.

–¿Qué tanto preguntas? – se mosqueó María Pancha-. Se trata de un indio -apostilló, con palmario desprecio.

–No parece indio -opinó Laura.

–No hagas hablar a tu hermano, lo agitas.

–No es nada -terció Agustín, y se incorporó en la cama con la ayuda de Laura.

–Me refiero -retomó la joven-, a que parece indio en cuanto al aspecto físico. En ese sentido es un claro hombre de la Pampa, pero no lo parece en cuanto a su actitud y maneras. ¿Qué edad tiene? – repitió.

–Treinta y dos años, y sí, es ranquel, pero eso no implica que se trate de un hombre sin valores ni educación. Su padre, el cacique Mariano Rosas, lo

envió a estudiar al convento de los dominicos en San Rafael, donde fue confiado en calidad de oblat y donde pasó siete años. Allí estaba destinado a recibir la enseñanza básica, pero, como pronto fue visible para todos que Nahueltruz tenía buena predisposición y facilidad para aprender, le enseñaron latín y griego, además de literatura y filosofía. En cada oportunidad que Mariano Rosas lo reclamaba, el principal del convento le enviaba una carta donde le informaba que la educación del niño no estaba completada. El día que Nahueltruz cumplió dieciocho años, el principal le ofreció enviarlo a estudiar a Madrid. Ellos se encargarían de blanquear su origen y de conseguir el Certificado de Pureza de Sangre que exigen las universidades. En Madrid profundizaría el estudio en filosofía y letras que había comenzado en el convento. Pero Nahueltruz tomó sus cosas y se marchó porque, según manifestó al dominico, en el único lugar donde quería estar era entre su gente ranculche. El indio no es feliz sino en la Pampa, porque en el fondo sabe que, en cualquier otra parte, será despreciado e insultado.

Laura se entristeció. La infamia de segregar a un hombre como aquél le resultó intolerable. Gracias a la estirpe de los Escalante y de los Montes, ella jamás había padecido afrenta semejante, no obstante, sufrió aquel desprecio como propio. Le resintió el ánimo no hallar respuesta lógica a semejante injusticia. El coraje se le terminó por mezclar con una sensación de frustración, que la dejó más bien deprimida que exacerbada. «En el único lugar donde quería estar era entre su gente ranculche». Esa afirmación la hizo sentir inexplicablemente excluida, era ella la que ahora experimentaba el rechazo. María Pancha le notó el fastidio; Agustín, en cambio, prosiguió con la exposición.

—A pesar de que las ideas de la Revolución Francesa y las de los filósofos liberales europeos influyen los ánimos de nuestra gente, este país sigue ligado a tradiciones de la más antigua extracción -señaló-. Entre otras cosas, todavía se pide “Certificado de Pureza de Sangre” para ingresar en la Universidad de Córdoba, algo que Nahueltruz o sus hijos jamás conseguirán.

—Se acabó el discurso -ordenó María Pancha, y simuló enojo-. Siempre te ha gustado hablar mucho, es de tus pocos defectos. Ahora refrena la lengua, no

te hace bien agitarte de ese modo.

Llamaron a la puerta y Agustín invitó a pasar. Se trataba de Nahueltruz Guor. Laura, aún en la cama, acurrucada contra su hermano, se puso de pie de un salto y, con manifiesto embarazo, se acomodó las guedejas sueltas y se estiró la falda y el delantal. Guor también se mostró sorprendido e incómodo y, luego de farfullar una disculpa, amagó con abandonar el cuarto, pero Agustín lo invitó a quedarse.

–Sólo venía a despedirme.

–¿A despedirse? – soltó Laura, y percibió el sutil pellizco de María Pancha en el brazo-. Disculpe -atinó a farfullar.

–¿Ya no soportas la lejanía de tu gente? – sonsacó Agustín con ironía.

–Bien sabes que cuestiones de índole más delicada me obligan a alejarme.

«Maldito Racedo», masculló Laura.

–Me voy tranquilo. El doctor Javier me ha dado las mayores esperanzas de tu pronta convalecencia -mintió Guor, y miró fugazmente a Laura.

–Concedida la mentira piadosa a los médicos -declaró Agustín, con una sonrisa lastimera.

–Hierba mala nunca muere -bromeó Guor.

–Cierto -admitió Escalante-. Antes de que te vayas, quiero cruzar unas palabras contigo.

María Pancha y Laura se retiraron, y Guor acercó la silla a la cabecera del camastro.

«Bien, se va», caviló Laura, decepcionada. En medio de la amargura, conocer al cacique ranquel Nahueltruz Guor había significado un interludio placentero. Él era un hombre agradable, por cierto sumamente atractivo, no

elegante pero sí viril, su masculinidad se le trasuntaba en el cuerpo, recio, saludable; en la voz también, grave, cavernosa. Hasta su modo de caminar la atraía, medio torpe, desmañado, la cabeza tirada hacia delante y las piernas arqueadas, seguramente por haberse pasado la mayor parte de su vida a caballo.

Nahueltruz Guor dejó la habitación, saludó lacónicamente a Laura y a María Pancha y se apresuró rumbo a la salida. María Pancha regresó de prisa junto a Agustín, mientras Laura se quedó mirándolo. Llevaba el pelo suelto, retinto, lacio, se le movía sobre los hombros, también los guardamontes le flameaban al ritmo de su paso rápido, y Laura siguió atenta el ruido de las nazarenas que golpeaban los mazaríes del patio cuando ya no se lo veía, hasta que ese sonido también desapareció, y el silencio en que dejó sumida la casa de los Javier la entristeció.



CAPÍTULO IX.

Una impresión imborrable

Al atardecer de ese día, Blasco apareció en casa de los Javier; Laura recogió sus cosas y marchó a lo de doña Sabrina. El agotamiento le ablandaba el cuerpo, como si hubiese perdido dominio sobre sus músculos y miembros; a su vez un quebrantamiento del ánimo le oscurecía los pensamientos; el presente la abrumaba, el futuro la acobardaba. ¿Qué sería de ella de regreso en Buenos Aires? Se lo preguntaba por primera vez desde su huida diecisiete días atrás. Sólo diecisiete días, diecisiete vertiginosos días. Las facciones de su madre y del resto de la familia se le desdibujaban como imágenes de un sueño a las que trataba de aferrarse y que se disipaban a pesar de los esfuerzos. ¿Y Lahitte? Lo conocía demasiado para suponer que la disculparía. Haberlo convertido en el ludibrio de la ciudad pesaría más que el ferviente amor que había jurado profesarle. Ya conseguiría Lahitte con quien enmendar su orgullo maltrecho, admiradoras no le faltaban; Amelita Casamayor, por ejemplo; ella se mostraría bien dispuesta a consolarlo.

Blasco parloteaba y Laura, sumergida en sus pesares, le dirigía de tanto en tanto miradas vacías y monosílabos apenas mascullados, hasta que el niño dijo la palabra “Nahueltruz”, que, como el abracadabra, operó magia en su semblante triste y le concentró la atención.

—Hoy conocí al cacique Nahueltruz Guor -interrumpió al chiquillo-. ¿De dónde conoces al cacique Guor, Blasco?

—Yo también soy ranquel -manifestó el niño, con aire de orgullo-. Mi abuela Carmen y yo vivimos en el fuerte ahora, pero yo soy ranquel. Mi madre era huinca.

–¿Huinca? ¿Qué significa huinca?

–Así llamamos a los cristianos, señorita. Usted es una huinca. Igual que mi madre, que era así como usted, blanquita y suavecita.

–¿Cómo fue que tu madre conoció a tu padre?

–Mi padre maloqueaba junto a un grupo de compadres, cuando atacaron la diligencia de mi madre. Mi padre nomás verla y ya quedó tocado. Y se la llevó nomá pa'Tierra Adentro, y la hizo su mujer. Cuando yo era bien pichí, mi padre y mi madre murieron en una epidemia de viruela, y mi abuela Carmen, pa'salvarme, me trajo aquí, con los huincas, pa'que me curaran. El doctor Javier me salvó, dice mi abuela.

Al imaginar la escena del asalto a la diligencia, Laura se figuró el terror de los ocupantes, los alaridos, el ruido ensordecedor de las armas de fuego que seguramente dispararían los postillones, las mujeres apretando rosarios y enjugando lágrimas, los hombres fingiendo entereza, y después, el momento temido: el encuentro con los indios, salvajes, sucios, malolientes, con facciones de perdularios, oscuras, toscas, burdas, y le repugnó pensar en esas manos sobre la piel blanca de una mujer. Las manos de la gente de Nahueltruz Guor. Las manos de él no le repugnarían.

–Al hijo de Nahueltruz se lo llevó la misma epidemia de viruela que a mis padres -prosiguió Blasco-. Por eso Nahueltruz me quiere tanto, porque Linconao y yo éramos amigos. Yo era más grande que Linconao -añadió-, pero éramos amigos lo mismo.

Golpeó duramente a Laura saber que Nahueltruz había tenido un hijo; la implicancia de una esposa era, en realidad, lo que la fastidiaba. «Casado y con hijos», masculló para sus adentros. «Mejor que se haya ido».

–¿Cómo es la esposa del cacique Guor?

–Cómo era -corrigió Blasco-. Se murió también.

–Ah -exclamó Laura apenas, y miró hacia otra parte-. ¿Murió de viruelas?

–No, ésa se murió de pérfida -prorrumpió Blasco, y escupió a un costado-. Se fugó con un cautivo, un hombre del coronel Baigorria.

–Eso no significa que esté muerta -sonsacó Laura, a sabiendas de que preguntaba de más, ávida de información, curiosa como doña Luisa del Solar.

–Está bien muerta -insistió Blasco, y se hizo la cruz sobre los labios-. Después de que Quintuí y Rogelio Serra huyeron de los toldos, Baigorria y un grupo de sus hombres (también iba Nahueltruz) salieron a perseguirlos. Los encontraron días después, cerca de la Laguna de los Loros, despedazados por los tigres.

Laura cerró los ojos y respiró profundamente, asolada por la imagen de esos cuerpos mutilados. «Nadie merece una muerte tan horrenda», pensó. Se apiadó también de Nahueltruz Guor, que habría experimentado un suplicio ante la visión de su esposa reducida a una piltrafa sanguinolenta, la mujer a la que él amaba, la que le había dado un hijo.

–¿Cómo era Quintuí, Blasco? ¿Era bonita?

–La más bonita -aseguró el chiquillo-. Era sobrina del cacique salinero Calfucurá, y los habían casoriado, a ella y a Nahueltruz, pa'mantener la paz entre las dos tribus. Pero nunca es de fiar ese Calfucurá, que es más traicionero que una serpiente.

–Y Nahueltruz -prosiguió Laura, para nada interesada en las contiendas políticas entre salineros y ranqueles-, me refiero, al cacique Guor, entonces, lo casaron a la fuerza.

–¡Ah, señorita, eso a él lo tenía sin cuidado! Estaba bien contento, Nahueltruz, porque Quintuí era más que bonita. Eso dice mi abuela Carmen, que yo no era ni crío pa'esa época: a Nahueltruz se lo veía contento.

Laura habría indagado a Blasco hasta saciar la última gota de curiosidad; no obstante, el orgullo y la prudencia la refrenaron. Aquella necesidad por

conocer acerca del cacique Guor la desconcertaba, se trataba de una costumbre inusual en ella, costumbre, por otra parte, que despreciaba, que consideraba diversión de los entendimientos menos cultivados, de los espíritus menos enaltecidos. Con respecto a la avidez que la asaltaba al leer las *Memorias* de Blanca Montes, en nada se relacionaba con mera curiosidad. Era de las vidas de sus seres queridos de quien esa mujer le hablaba. Por eso le interesaba.

Despidió a Blasco en la puerta de la pulpería de doña Sabrina, y entró. El coronel Racedo estaba aguardándola.

Después de dejar la casa de los Javier, Nahueltruz Guor montó su caballo y se perdió por las calles más solitarias del pueblo, rumbo al convento franciscano. El padre Marcos Donatti le había prevenido que se estaba aventurando demasiado, y él lo sabía, tenía que regresar a los toldos, a la seguridad de Tierra Adentro, donde el huinca no se animaba. Merodear la villa del Río Cuarto resultaba una empresa descabellada, máxime cuando el coronel Hilario Racedo se hallaba cerca, dispuesto a arrojársele encima, porque el militar sabía que, además de saldar viejas deudas, al echarle el lazo al cuello a Nahueltruz Guor, asestaría un golpe maestro a la columna de la organización ranquel.

A pesar de evaluar los riesgos, Nahueltruz no había resistido la necesidad de galopar a campo traviesa cuando lo alcanzaron las noticias de la enfermedad del padre Agustín Escalante. Ahora menos que nunca quería abandonarlo, cuando las posibilidades de volver a verlo con vida eran remotas en opinión del doctor Javier.

Nahueltruz se apeó del caballo y abrió el portón del convento que lo conducía al dormitorio, donde se topó con fray Humberto, que alimentaba a la vaca y a las dos mulas y les cambiaba el agua del abrevadero. Durante algunas noches, ése había sido su hospedaje, un cabezal en medio de las montañas de alfalfa y del olor penetrante del estiércol y de los animales. Saludó al fraile, que le respondió con un gruñido y le informó que el padre Donatti quería verlo.

–Sabes que puedes quedarte en el convento cuanto gustes -aseguró Marcos Donatti, mientras ofrecía a Nahueltruz una taza con mate cocido-. Ésta también es tu casa.

Nahueltruz agradeció con una inclinación de cabeza y aceptó la taza.

–Sin embargo -prosiguió el sacerdote-, temo que Racedo sospecha que estás pernoctando aquí, en el convento, porque hoy me hizo una visita de lo más inesperada e inusual, debo decir.

–¿Qué le preguntó?

–No fue muy directo, a decir verdad. Preguntó un poco de todo. Quiso saber por la salud del padre Agustín, por su hermana Laura...

–¿Qué quería saber de ella? – se precipitó Guor, y Donatti levantó la vista-. Quiero decir -rectificó-, ¿qué tiene que ver la señorita Escalante con Racedo?

–Debo suponer que has conocido a Laura -barrunto el franciscano.

–Hoy me la presentó el doctor Javier.

–Pues sí, Racedo no oculta la inclinación que tiene por ella, y no te será difícil entender por qué.

Nahueltruz Guor no comentó al respecto y su gesto permaneció invariable, como si hubiese perdido repentinamente el interés.

–Volviendo al tema que nos atañe -retomó Donatti-, creo que tu permanencia en Río Cuarto es insostenible. Racedo podría encontrarte en cualquier momento, alguien podría delatarte a cambio de unas monedas. Será mejor que regreses a Tierra Adentro. No quiero una desgracia en este pueblo. Dios mediante, llegará el día en que podamos convivir todos en paz.

–Ese día, padre, llegará y será cuando alguno de los dos bandos haya perecido, y usted y yo sabemos bien de cuál se trata.

De regreso en el dormitorio, Guor acomodó sus pertenencias con la decisión tomada de emprender el viaje de regreso al día siguiente, antes del amanecer. Estaba molesto, un malhumor que, por lo absurdo, lo llevaba a arrojar las prendas y las alforjas con rabia. Por fin, le propinó un puntapié al montículo de alfalfa, y amedrentó a la vaca, que mugió y se inquietó en el corral.

No quería regresar, no aún, dado que la suerte de Agustín Escalante pendía de un hilo. Se sentó en la banqueta que fray Humberto usaba para ordeñar, se llevó la mano a la frente y soltó un suspiro. No tenía sentido engañarse, no era costumbre de hombres sensatos y, aunque lo pusiese de malas aceptar que no se trataba enteramente de la salud del padre Agustín, debía admitir que la señorita Escalante había conseguido inquietarlo. ¿Por qué lo fastidiaba que Racedo se interesara en ella? ¡Al carajo con esos melindres! Se puso de pie y salió al huerto.

En los días de verano, el sol tardaba en desaparecer. Ya casi las nueve y todavía el sol languidecía en el ocaso, convirtiendo el cielo en una paleta de colores rojos y violetas que no se habría cansado de admirar. En el huerto de los franciscanos también había un limonero, allí se sentó y apoyó la espalda en el tronco. Estaba agotado, aún no se reponía del viaje a través del desierto. El cansancio que le tundía el cuerpo le embotaba la mente y lo despojaba de la voluntad para alejar esos pensamientos inexplicables que lo asediaban.

¿Por qué la tenía en la cabeza? ¿Serían sus ojos negros como de obsidiana los que le habían echado el conjuro? ¿Se trataría de los rizos de oro que le bañaban en profusión los hombros los que le quitaban la paz del ánimo? ¡Cuánto deseaba tocarlos, hundir la cara en ellos, olerlos! Los tocaría, sí, y hundiría el rostro también, y los olería, lo haría o se volvería loco. La belleza de la señorita Escalante resultaba tan infrecuente que, ni siquiera él, un ser más bien inerte y apático, podía mirarla con indiferencia. El abandono de Quintú le había encallecido el alma, lo había convertido en el hombre frío, distante e impiadoso que era. En ese despojo lo había convertido la traición. El amor que le había profesado a Quintú ahora era odio, un odio que le enfriaba el alma, porque era frío lo que único que

sentía en el corazón. Y de pronto, mirar a Laura Escalante había sido como acercarse a la lumbre en una noche gélida.

Escuchó un ruido y se puso súbitamente de pie, enojado por haberse dejado llevar, por haberse distraído, algo que podía costarle la vida. Se trataba de Blasco, que trepaba la tapia del convento y se arrojaba dentro.

—¿Qué haces aquí a esta hora?

—La Loretana quiere saber por qué no has ido a verla, ella me manda - expresó el muchacho, mientras se aproximaba.

—¿Le dijiste dónde estoy?

—¡No! — respondió Blasco, medio ofendido, y se apresuró a seguir a Nahueltruz, que regresaba al establo.

—¿Por qué no estás en el fuerte? Tu abuela Carmen debe de estar preocupada.

—Mi abuela no está en el fuerte. Ella y otras mujeres pasarán la noche en vela frente a la casa de los Javier, rezando por el padrecito Agustín. ¿Qué le digo a la Loretana? Me mandó a preguntar.

—Que me voy mañana antes de que amanezca.

—¡Se va a poner que la lleva el diablo! Desde que llegaste que se emperifolla pa'ti, y tú que no te dignaste ni una vez. Hasta le roba cosas a la señorita Escalante y se las pone. Le usa el perfume.

—¿Qué tiene que ver Loretana con la hermana del padre Agustín?

—La señorita Escalante alquila una habitación en lo de doña Sabrina. Acabo de acompañarla hasta allá. Todos los días la acompaño. En el fuerte están que se mueren de la envidia, porque es más linda que un sol. Que no se entere Racedo, que me degüella. — Se rió-. Hoy me anduvo preguntando por vos, la señorita Escalante -soltó Blasco, y se concentró en el facón de

Nahueltruz, el más grande que conocía-. ¿Este es el cuchillo que te regaló el coronel Mansilla?

-¿Qué te preguntó?

-Cosas -respondió vagamente el muchacho, con la vista en la hoja reluciente-. Se quedó con ganas de saber nomá, yo me di cuenta. No preguntó más porque ella es así, muy respetuosa y educada. Pero que tenía ganas de saber, tenía.

El coronel Racedo había dispuesto una mesa con mantel -la única en la pulpería esa noche-, una cena especial con la mejor vajilla de doña Sabrina y hasta había traído una botella de vino tinto. Aquel despliegue le chocó a Laura, que habría preferido la simpleza acostumbrada a saberse objeto de todas las miradas. Meditó, sin embargo, que a Racedo no le sentaría la humillación de un desprecio frente a tantos parroquianos que aguardaban expectantes su respuesta.

-No debería haberse molestado, coronel Racedo -señaló Laura, mientras tomaba asiento-. Usted debe de ser un hombre muy ocupado para distraer su atención en cuestiones tan insignificantes.

-No es una cuestión insignificante para mí, señorita -se ofendió el militar.

No obstante la comida deliciosa y el vino excelente, Laura quería terminar pronto y retirarse a la soledad de su habitación. El coronel Racedo hablaba, y ella asentía como autómata, su atención en otra parte, preocupada porque su hermano no había probado bocado en todo el día. «Mientras no deje de beber no es alarmante», había dicho el doctor Javier. «El padre Agustín ha demostrado ser de contextura sana, puede soportar algunos días sin alimentos. Tu hermano es un pedernal, Laura», bromeó el médico al verle la cara de desconsuelo.

-No resultará una sorpresa para usted, señorita Escalante -expresó el coronel Racedo, y una nueva inflexión en su voz captó la atención de Laura-: yo la admiro y respeto profundamente. Desde la primera vez que la

vi, no sólo su belleza indiscutible, sino sus modos y educación la colocaron entre las personas que merecen mi más alta consideración.

–Gracias, coronel -respondió Laura, fría, distante, segura.

–Tal vez usted no me considere digno.

–Nada de eso, coronel, usted cuenta con mi amistad, como yo con la suya, que valoro infinitamente.

–Gracias -concedió Racedo de mala gana, porque la muchacha malinterpretaba el sentido de la declaración-. Sin embargo, no es de amistad de lo que quiero hablarle esta noche, sino de algo más profundo y definitivo. Quiero hablarle de lo que un hombre siente por una mujer - declaró con ampulosidad.

–Estoy comprometida con el señor Alfredo Lahitte -pronunció Laura, y se mostró incómoda.

–Lo sé -admitió el hombre-, y, sin embargo, creo que no debo reprimir mis sentimientos, por mi bien, incluso por el suyo.

Laura levantó la vista, furiosa, y Racedo se la sostuvo con envanecimiento.

–No querrá usted, coronel, que traicione una promesa -desafió la muchacha-. Seguramente, un comportamiento de tal naturaleza no se corresponde con sus valores y principios.

–No me culpe por ser sincero y llano en mis modos. En estos casos lo mejor es la franqueza. Quizá podría intentar un modo más romántico y emotivo, pero estaría fingiendo, y un alma sensible como la suya lo notaría de inmediato. – Se mantuvo caviloso, con la vista fija en el mantel, hasta que pareció cobrar nuevos bríos-. Como hace tan poco que nos conocemos, esto puede parecer precipitado, incluso inapropiado si se considera que usted ya está comprometida, pero, en vistas de sus circunstancias, se podría contemplar mi propuesta como muy favorable. Mi posición no es en absoluto despreciable, y mis conexiones y relaciones con la más alta

sociedad porteña me colocan en una situación que, usted deberá admitir, la beneficiará indiscutiblemente si une su destino al mío.

Laura le habría arrojado el vino a la cara. Aquella perorata impertinente y tosca encerraba una inequívoca interpretación: «No finjas respetabilidad y decoro, bien sé yo lo que te espera en Buenos Aires luego de tu fuga con Riglos». No obstante, Laura meditó la naturaleza de su reacción. Había oído hablar del genio endemoniado del hombre que tenía enfrente, de sus malos modos y vicios; no convenía enfadarle, menos aún herirle el orgullo; pero si optaba por un comportamiento indefinido, daría lugar a esperanzas vanas, y el militar seguiría rondándola como un lobo hambriento.

—Coronel Racedo -expresó finalmente, con dignidad-, me honra su propuesta, aunque admito que me toma por sorpresa. Usted ciertamente es un hombre respetable, educado, un caballero en el amplio sentido de la palabra, por lo que, confío, no le será difícil entender el motivo de mi negativa. Mi situación es peculiar, soy consciente de ello, y este viaje inopinado a Río Cuarto quizá promueva inconvenientes en mi relación con el señor Lahitte que no puedo predecir. Sin embargo, mantendré la promesa hecha hasta tanto, en una conversación abierta y franca con él, las cosas queden plenamente aclaradas. En función de ello, tomaré mis decisiones. Por el momento, lo único que puedo hacer es respetar la palabra empeñada y aceptar su amistad.

Laura se puso de pie, hastiada, aburrida, deseosa de hallarse a cientos de leguas de ese hombre burdo que venía a sumarle un problema a su colección. Racedo de inmediato dejó la silla y la acompañó unos metros en silencio, con el mohín y el paso cansino de un soldado baqueteado.

Al echar traba a la puerta de la habitación, Laura se sintió a salvo. Le repugnaba el coronel Racedo, no se trataba sólo de una cuestión física sino del temperamento del militar, que, con su soberbia y despotismo naturales, encarnaba el tipo de hombre con quien ni siquiera habría bailado un vals. «Que esto no me perturbe», se instó.

Llamaron a la puerta y entró doña Sabrina con toallas limpias y una pastilla de jabón, y Laura se extrañó de que no fuera Loretana.

–Esa anda con mal de amores -respondió la mujer-. Se ha pasado el día lloriqueando por un hombre que no vale la pena. Yo le digo: «Ése no te quiere, ¿por qué tanta lágrima por alguien que no se preocupa por ti?», pero no me escucha y sigue empeñada. Es terca como una mula, mi sobrina. ¡Muy voluntariosa y terca! Cuando algo se le mete en la cabeza, no hay poder divino que se lo quite.

Doña Sabrina dejó la habitación, y Laura terminó de desvestirse y asearse. El cansancio que había desaparecido durante la cena con Racedo volvió a apoderarse de su cuerpo y de su mente. Hacía calor. Abrió la ventana de par en par e inspiró una profunda bocanada de aire. El camisón de batista se le pegaba a la piel y gotas de sudor le recorrían el vientre. Humedeció una toalla de lino en el agua de la jofaina y se la pasó por los brazos, el cuello y entre los pechos, y se recostó en la cama, buscando sosiego, quería dormirse, olvidar por unas horas las preocupaciones y, aunque con el cuerpo resentido por tan larga y tráfaga jornada, una inquietud inexplicable le espantaba el sueño, y sus ojos permanecían tan abiertos como a las diez de la mañana.

No pensaría en el cacique Nahueltruz Guor, él había regresado junto a su pueblo, no volvería a verlo. «No volveré a verlo», repitió. Sólo había departido con ese hombre contadas veces, ¿por qué la impresionaba hasta el punto de no poder quitárselo de la cabeza? Después de todo, se trataba de un indio, un ser inferior en educación y origen, ¿qué clase de atracción ejercía sobre ella? Leería, leer siempre la ayudaba a olvidar.

Habían pasado casi cuatro años de la muerte de mi padre y comenzaba a resignarme a pasar el resto de mis días en el convento de Santa Catalina de Siena. La perspectiva resultaba lúgubre y sin sentido. Una vida desperdiciada, la mía. El optimismo de María Pancha, sin embargo, me contagiaba a veces, y aquella pesadilla de la que parecía que nunca iba a despertar, para ella se trataba de un momento pasajero, que no traería demasiadas consecuencias. «No nos pasaremos la vida entera aquí», solía decirme cuando la desesperanza me abrumaba y las lágrimas me rodaban por las mejillas. «Algún día nos fugaremos y seremos libres como dos

pájaros». Construía castillos en el aire en los que yo también ansiaba creer, después de todo, ¿quién puede vivir sin esperanza?

Una mañana, luego del desayuno, la madre superiora me mandó llamar a su despacho. Las piernas me temblaron y un sudor frío me corrió debajo de los brazos, segura de que se habría enterado de mi amistad con la esclava María Pancha o, lo que resultaba peor, de nuestras excursiones al sótano de la cocina. Lo más probable, razoné mientras caminaba hacia el despacho, era que la superiora volviese a insistir en mi vocación como religiosa, la cual ella aseveraba distinguir en mi buena disposición y devoción. «Tu generosa tía Ignacia está dispuesta a hacerse cargo de la dote para que profeses con el velo negro». Mi tía Ignacia, una mujer a quien no conocía ni de vista, se mostraba tan interesada en mí o, lo que resultaba más acertado, interesada en deshacerse de mí.

Llamé a la puerta con un golpe apenas audible, y la voz grave y clara de la superiora me indicó que pasara. No estaba sola, a su lado había otra mujer, muy elegante, aunque menuda y más bien baja. «Conque ésta es la generosa tía Ignacia», me dije. Cuando la mujer me sonrió con dulzura y avanzó en dirección a mí con los brazos extendidos, mis conjeturas se vinieron abajo. No era ésa la imagen de tía Ignacia que me había formado y, para hacer mi desconcierto aun mayor, la mujer me abrazó y apretó contra su pecho. «Soy tu tía Carolina, la hermana menor de tu padre. Yo quise mucho a mi hermano Leopoldo», aseguró, mientras se enjugaba los ojos.

La madre superiora me explicó que era intención de la señora Carolina Beaumont llevarme a vivir con ella y hacerse cargo de mí, «a menos, – prosiguió la monja en un modo engatusador que no le conocía-, que tus deseos de profesar continúen vivos en tu corazón». Dejé claro que mis deseos de profesar nunca habían existido, y que si en alguna oportunidad había meditado la posibilidad era porque no había vislumbrado otro destino más honorable para mí. «Sé que han sido negligentes contigo, querida», expresó a continuación mi tía Carolina, sin soltarme las manos.

Aquel día marcó el comienzo de una nueva vida para mí, y las perspectivas habrían sido plenamente maravillosas si la tristeza por dejar a María

Pancha no las hubiese empañado. La noche antes de mi partida, nos citamos en el sótano y nos juramos amistad eterna, y yo, sin mayor asidero, le prometí que algún día regresaría por ella. A la mañana siguiente, luego del desayuno, tía Carolina y su cochero vinieron a buscarme, y yo, junto a mis dos baúles proscriptos, vi el mundo nuevamente después de cuatro largos años de encierro.

Durante el corto viaje hasta su casa, tía Carolina me explicó que su esposo y ella habían decidido radicarse en Buenos Aires y que, en caso de regresar a París, me llevarían con ellos. ¡Fantásticas e increíbles posibilidades cuando días atrás lo mejor habría sido profesar con velo negro! Luego de observarme detenidamente, aunque sin displicencia mi tía expresó que al día siguiente iríamos de compras. «Tu tío Jean-Émile y yo llevamos una vida social muy agitada, a veces demasiado agitada -aclaró-, y deberás presentarte acorde a tu nueva posición. Eres una joven hermosa, Blanca, como dicen que lo era tu madre».

Nos detuvimos frente a una casa en la calle de la Piedad, en el barrio de la Merced, a una cuadra de la basílica, y salieron a recibirnos, sin protocolo ni melindres, mi aristocrático tío Jean-Émile y Alcira, que manifestó que yo era el vivo retrato de Lara Pardo. La bienvenida fue tan cálida y sincera que ayudó a sosegar me y a no sentirme ajena. Con todo, el boato de la casa me pasmó, acostumbrada como estaba a las espartanas salas y corredores del convento; las comodidades y excentricidades de mi habitación me dejaron boquiabierta, como una niña que acaba de ver una aparición fantástica. La cama con dosel, del que colgaba una pieza de gasa en tonalidad rosa, era tan grande como tres veces la yacija del convento. Las paredes estaban forradas de un damasco en la misma tonalidad rosa de la gasa del baldaquín. Los muebles eran de manufactura exquisita, y, semanas más tarde, tío Jean-Émile me regaló un secrétaire de palisandro con cerraduras, pomos y fallebas empavonadas, que me arrancaron lágrimas de felicidad y que sumó más distinción a la recámara. Esa era mi nueva casa, ésa, mi nueva familia.

Al día siguiente de mi llegada, Carolita, como la llamaba Alcira, me llevó de compras. Recorrimos las pocas tiendas con mercaderías de ultramar y, mientras mi tío Jean-Émile encargaba levitas y chaqués en la sastrería de

moda, Lacompte y Dudignac, mi tía y yo nos deleitamos en lo de Caamaña, donde me proveyeron de guantes de cabritilla, chapines de raso, un abanico de carey y otro con varillas de marfil, un parasol de encaje, un perfume francés, afeites, presillas para el cabello y un sinfín de elementos de tocador, y donde varios años atrás tío Tito se había surtido de las sustancias y hierbas más exóticas para su laboratorio de la calle de las Artes. «¡Qué lejos en el tiempo quedó aquella parte de mi vida!», pensé con melancolía, mientras mi tía Carolita seguía mostrando su largueza sin titubeos, y los paquetes iban ocupando más espacio sobre el mostrador del señor Caamaña. Por último, entre Alcira y mi tía eligieron gran variedad de géneros para confeccionarme vestidos, y partimos a recoger a tío Jean-Emile, que nos esperaba con aire impaciente en la puerta de la sastrería pues, según aclaró una vez dentro del coche, se había topado con el gobernador Rosas. «No sabía que ese tirano fuese asiduo cliente de Lacompte y Dudignac. Si lo hubiese sabido, no habría puesto un pie dentro».

Después de aquellos años de aislamiento, volví a escuchar el nombre del brigadier Juan Manuel de Rosas, un personaje siniestro para algunos, un héroe sin parangón en opinión de otros. La sociedad porteña se hallaba dividida, y diferencias que parecían irreconciliables enfrentaban a los unitarios con los federales, el partido que encabezaba Rosas. Mi tío Jean-Emile, aunque extranjero, simpatizaba con los unitarios, que se reconocían entre los miembros de las familias decentes. En aquel tiempo, vestir de acuerdo a la moda o ser cultivado y expresarse con propiedad se juzgaban vicios de los “salvajes e inmundos unitarios”, y era un valiente (o un inconsciente) el que se aventuraba a caminar por la Plaza de la Victoria emperifollado como para una fiesta en la corte francesa.

Las cuestiones políticas no me preocupaban, pertenecían a una realidad que nada tenía que ver con la mía; por primera vez en mucho tiempo me sentía segura y a salvo. Mis pensamientos y anhelos se concentraban en la tertulia que organizaría mi tía Carolita donde me presentaría a sus amigos y al resto de la familia. Alcira, que era la encargada de prepararme para la distinguida ocasión, aprovechaba el tiempo que pasábamos a solas para ponerme al tanto de las vidas y secretos de quienes concurrirían en algunas semanas a la casa de los Beaumont. «No le digas a tu tía que te cuento

estas cosas, – me pedía-, a ella no le gusta que se hable de los demás».

Alcira me relató los secretos mejor custodiados de la familia Montes, y fue así como me enteré de las andanzas del abuelo Abelardo, casi un filibustero, de la abuela Pilarita y su romance con el hereje calvinista, y del ardor seráfico que mi tía Ignacia le había profesado a mi padre años atrás. «Por eso tu tío Francisco no pudo llevarte a vivir a la casa de la Santísima Trinidad después de la muerte de Leopoldito, porque esa pérdida se lo prohibió. ¡Ah, pero el daño infligido se empieza a pagar en este valle de lágrimas!», expresó la mujer. Luego, a modo de muestra, me refirió la historia de mi prima Dolores, la hija mayor de Ignacia de Mora y Aragón y de Francisco Montes.

Mi prima Dolores no es hermosa como su hermana menor, Magdalena, ni cultivada como Soledad, la del medio, y, sin embargo, no carece de encantos: posee una voz extraordinariamente afinada, canta y toca el piano con maestría, y, aunque es menor que yo, en la época en que la conocí ya lucía como una mujer de cuarenta, con el gesto endurecido, la mirada oscura y rencorosa, lleno el semblante de resentimiento. A los quince años conoció a Justiniano de Mora y Aragón, hijo de un primo hermano de su madre. El muchacho, diez años mayor que ella había dejado Madrid en busca de fortuna. El Río de la Plata se presentaba tentador, bien sabía él la vida de condesa que llevaba allí su tía Ignacia. Desembarcó en el puerto de Buenos Aires y se instaló en un cuarto de La Casa de las Temporalidades, y de inmediato entró en relaciones con su tía, que se mostraba encantada de recibir a alguien de “bon sang”, de la “ancienne noblesse”, expresiones que remarcaba en presencia de su esposo. Justiniano sonreía y asentía.

Pronto resultó claro que las atenciones y visitas del joven madrileño tenían como único propósito ganarse la simpatía y el aprecio de Dolores Montes, sumamente complacida con que tan egregio caballero la prefiriese a ella, una joven más bien simple y apocada, cuando en Buenos Aires las había bellas y talentosas. «¡Tonta Dolores! La pretendía a ella porque pocas heredarían una fortuna tan grande», rezongaba Alcira, y añadía a continuación: «No toda la culpa fue de la pobre Doloritas, que siempre ha sido lenta de entendederas. La culpa, en realidad, fue de su madre, que manejó el cortejo y la voluntad de su hija a su antojo.»

Contrajeron matrimonio dos años después de la llegada de Justiniano de Mora y Aragón a Buenos Aires, y Francisco Montes, como presente de bodas, les regaló una casa en el barrio de Santo Domingo, que Ignacia se encargó de decorar y amueblar. Ignacia también se ocupó de convencer a su marido de que integrase en los negocios de la familia al flamante yerno, y a éste de que dejase su misérrimo trabajo en el periódico La Gaceta Mercantil, que sólo lo desprestigiaba. Aunque en un principio se mostró evasivo, Justiniano terminó por aceptar la propuesta, que era, en realidad, lo que había anhelado: echar mano a los bienes de los Montes. Francisco, que contaba con la colaboración de su hijo mayor Lautaro para la administración de los campos y demás empresas, no estaba convencido de confiar a Justiniano el cuidado de parte de la fortuna amasada por su padre, Abelardo Montes. Reconocía las virtudes de su yerno, de carácter afable, buena predisposición, animoso, pero también advertía cierta artificiosidad en sus maneras y en su forma de mirar. Dos gritos de Ignacia pusieron punto final a las dudas y celos de Francisco y, aunque de mala gana, encomendó a Justiniano la conducción de la quinta de San Isidro y del saladero, con plenos poderes para hacer y deshacer.

Para Dolores, vivir con Justiniano, respirar el mismo aire, preparar sus comidas, remendar sus calcetines y calzoneras, esperarlo con ansias cada atardecer, era una luna de miel permanente. Con el tiempo, sin embargo, vinieron las ausencias, los malhumores, las contestaciones destempladas, los misterios, las preguntas sin respuesta, los celos. En Buenos Aires corría el rumor que Justiniano de Mora y Aragón mantenía a una querida, a la que hospedaba en la quinta de San Isidro. También se hablaba de deudas de juego, noches de borracheras y compañías licenciosas. Dolores, recluida en la casa del barrio de Santo Domingo, se convencía de que su matrimonio iba bien, de que las hablillas eran producto de la envidia. Ignacia, igualmente, defendía a capa y espada a su sobrino; después de todo, él era un Mora y Aragón.

La pompa de jabón en la que vivía Dolores explotó la mañana en que una mujer con acento español, sencillamente ataviada y con un niño de no más de seis años tomado de su mano, se presentó en casa de los Montes como la esposa de Justiniano de Mora y Aragón. La mujer explicó que le habían

indicado que allí vivía la tía de su marido, que quizá sería tan amable de decirle adonde podía encontrarlo. Ignacia sufrió un vahído y quedó postrada en la bergère, mientras Soledad y Magdalena la reanimaban con sales. Francisco, el único que mantenía la cordura, invitó a la joven al despacho.

Los documentos que certificaban la boda entre la mujer y Justiniano parecían legales y en orden, al igual que la partida de bautismo del pequeño, también de nombre Justiniano. Y sólo bastaba un vistazo para saber que aquella criatura era hijo de Mora y Aragón; los mismos ojos castaños, la misma nariz recta y delgada, la cara redonda y el cabello lleno de rulos negros, corroboraban sin lugar a dudas aquello que expresaban los documentos.

Justiniano de Mora y Aragón terminó preso en el Fuerte por bigamo. Los acreedores, a quienes Justiniano había sabido mantener a raya y satisfechos, se presentaron en bandadas en lo de Montes para solicitar la cancelación de los documentos de crédito. Sobre la quinta de San Isidro pesaba una gravosa hipoteca y el saladero prácticamente se hallaba en estado de abandono, los empleados no habían cobrado sus últimos jornales y los clientes se quejaban de que hacía tiempo que no recibían las entregas acordadas; por último, habían optado por un nuevo proveedor de cueros. Francisco escuchaba perplejo el recuento de las andanzas y desaciertos de su yerno, y no concebía que tanto desquicio hubiese ocurrido bajo sus narices. También salió a la luz el carácter vicioso de Justiniano, e interminables relatos de noches de juerga, mujeres y alcohol eran la comidilla de los salones más distinguidos y de las mesas de los bares más frecuentados. Finalmente, las aventuras de Justiniano de Mora y Aragón le confirieron a las finanzas familiares un golpe en la médula y, aunque se honraron las obligaciones, el esplendor de la fortuna de los Montes empezó a conocer su ocaso.

Dolores metió algunas pertenencias en un bolso pequeño, se embozó por completo y, caminando, llegó al Convento de las Hermanas Clarisas, donde pidió asilo. Sólo la madre superiora y el padre Ifigenio, confesor de las Montes, sabían que Dolores estaba encinta de pocas semanas, y convencieron a la muchacha de que el niño, fruto del pecado y de la

infamia, debía ser entregado al Monte Pío apenas nacido. Dolores no abandonaba la celda en ningún momento, y sólo recibía la visita de la superiora y del padre Ifigenio, que la confesaba y le daba la comunión; también la alentaba a la flagelación de la carne como medio para expiar las faltas del alma, porque gran parte de la culpa del amancebamiento en el que había estado viviendo era de ella, que se había casado infatuada, con la cabeza llena de ideas románticas y sacrilegas, haciendo caso omiso a las razones que verdaderamente cuentan, como el honor, el sentido del deber, de la responsabilidad y la religiosidad del matrimonio. «Te advertí antes de que te unieras a ese sátrapa, – remachaba el cura-, que tenía aspecto de libertino». Dolores asentía y derramaba lágrimas en silencio. El sacerdote abandonaba la celda, y ella se ajustaba el cilicio en torno a la cintura y se laceraba la espalda con la disciplina. El ayuno era estricto, sólo agua los primeros días, tiempo después, un poco de pan. El cuerpo de Dolores, plagado de verdugones y heridas, exhausto después de semanas de tan degradante tortura, colapsó, y perdió a su hijo.

Dolores casi muere en el Convento de las Clarisas. Su padre, Francisco Montes, al enterarse de que su hija agonizaba en el camastro de una celda, se dirigió al convento e increpó a la madre superiora: «Si no me entrega a Dolores, me olvidaré de que éste es un lugar sacro y, derribando puertas, llegaré hasta ella». La superiora la hizo traer. La ayudaban dos novicias porque no se sostenía en pie. Su padre la tomó en brazos, le besó la frente y le susurró: «Basta de este horror, basta de este sin sentido. Tú no tienes culpa de nada», y se marchó en silencio, con su Doloritas a cuestas, que apenas entreabría los ojos y respiraba con dificultad. Según Alcira, ésa fue la única vez que Francisco Montes se puso los pantalones y, desafiando a su mujer, tomó el toro por las astas y salvó la vida de su hija mayor. «Nada bueno puede depararles el destino a esas tres pobres desdichadas hijas de Francisco, que cuando su madre les eligió los nombres ya las condenó sin piedad: Dolores, Soledad y Magdalena. Penas, melancolía y lágrimas, sólo eso conseguirán en este mundo impío», repetía Alcira.

El tiempo se había encargado de corroborar la certeza de aquellas palabras: las vidas de sus tías y de su madre eran penas, melancolía y lágrimas. Laura no concebía a su severa tía Dolores enamorada, casada, menos aún encinta;

no obstante, Dolores Montes había demostrado que, después de todo, era un ser de carne y hueso, que se había entregado a un hombre, que había hecho el amor con él, que había gozado entre sus brazos, sido feliz a su lado. Aquella imagen se daba de bruces con la de tía Dolores, la del carácter agriado, la del alma endurecida, la prejuiciosa y desconfiada. El sufrimiento había sido en vano, la huella impresa provocaba resentimiento y amargura, nada de empatía y dulzura.

Al caer en la cuenta de que las mujeres que durante años la habían regañado, juzgado y condenado sin misericordia no se hallaban libres de faltas, ni la magnánima doña Ignacia de Mora y Aragón ni la inflexible Dolores Montes, Laura experimentó rencor. Se sintió engañada también, estafada incluso. ¿Qué más le contaría Blanca Montes? ¿A qué otras verdades la enfrentaría? Debería apagar la vela y dormir. Tenía que relevar a María Pancha temprano por la mañana. Sin embargo, abrió el cuaderno, buscó la última línea y leyó.

Tía Carolita dispuso que la mejor modista de Buenos Aires se hiciera cargo de mi vestido para la tertulia; parecía muy interesada en que yo descollara esa noche. Me gustaba tía Carolita, y de tanto observarla terminó por convertirse en mi paradigma. Menuda, aunque bien formada, con un rostro de lineamientos suaves y redondeados, representaba cuanto yo aspiraba. Me volví su sombra e intenté imitarla en los mínimos detalles. Me gustaba la forma en que se llevaba el tenedor a la boca, la manera en que sonreía, la posición que adoptaba en el sofá de la sala, cómo movía las manos y cómo tragaba el jugo sin hacer ruido. En vano quise estornudar como ella, lo hacía con un gracejo incomparable. Nunca la escuché levantar el tono de voz. Sus prendas desprendían un aroma a violetas que la perseguía como una estela por las habitaciones de la casa; me inclinaba sobre su bordado sólo para olerla. En el rezo del Santo Rosario, nadie enunciaba las letanías como ella. El fru-fru de mis faldas nunca llegó a ser como el de las de ella, pues se movía con un garbo que no conseguí emular. Los cierres de su abanico se volvieron mi obsesión, y perdí tardes enteras frente al espejo tratando de alcanzar su estilo. La imitaba en su frugalidad, pero siempre me quedaba con hambre. Con todo, eran su bondad innata y su predisposición a querer a todo el mundo lo que frustraba mis intentos por

parecerme a ella. Sin embargo, sus modos suaves no carecían de firmeza en absoluto y, entre parientes y amigos, su palabra contaba como la de un magistrado. La nobleza, honestidad y decoro de tía Carolita la precedían en cualquier círculo o institución porteña y, aunque muchos la adulaban por su posición económica y social (después de todo, era la esposa de un conde francés), ella se dirigía al ministro o al hacendado con la misma afabilidad y respeto con que trataba a Cirilo, su cochero. Aunque coqueta y siempre a la moda, se trataba de una mujer refinada que gustaba de la lectura y de departir con hombres cultos, sobre todo, con su marido, a quien consideraba el más acabado de los de su sexo. A diferencia de otras mesas, en casa de tía Carolita se podía conversar mientras se comía, y fue allí donde escuché, de labios de ella y de tío Jean-Émile, razonamientos e ideas que ampliaron los horizontes de mi estrecho mundo. Un mediodía en que tío Jean-Émile, más bien antagónico a las doctrinas de la Iglesia, se quejaba de la Inquisición, tía Carolita expresó: «Necesitamos una religión que no nos obligue a ser buenos bajo la violenta amenaza de castigos infernales».

Aunque mis ojos se abrían a un nuevo y magnífico mundo, mis viejas pasiones permanecían latentes en mi corazón, y pedí autorización a tía Carolita para cultivar en una porción del jardín mis plantas medicinales. Alcira me ayudaba, y fue la primera en beneficiarse con mis dotes de sobrina de boticario e hija de médico, al levantarse una mañana con el semblante descompuesto y expresar que tenía “malditas almorranas”. Se mostró incrédula cuando le aconsejé baños de asiento tibios con una infusión de malva tres veces por día y un unguento que yo misma le prepararía a base de cebo de cerdo y clavo de olor. A la mañana siguiente manifestó, con asombro y cierta reticencia, que lo peor parecía haber pasado; al cuarto día, no se acordaba de las “malditas almorranas”. Tiempo después, mientras removía la tierra del diente de león, tío Jean-Émile se aproximó con una actitud cauta y reservada y, tras algunos circunloquios, me preguntó si conocía “algo” para la ciática. Escondí una sonrisa y le indiqué que se recostara, que enseguida le prepararía una cataplasma de coles bien caliente que jamás le había fallado a tío Tito. Los dolores menstruales de tía Carolita la postraban tres días de cada mes y, a pesar de su buen talante para sobrellevarlos, sabíamos que padecía. En el mamotreto de tío Tito no encontré nada que refiriera a ese pesar, pero

recordé que mi padre solía recetar grandes cantidades de infusión de raíz de angélica, que sabía como agua de estanque, según tía Carolita, y que ella bebía cada mes gustosa de haberse desembarazado de aquellos retortijones.

La noche de la tertulia conocí a la familia de tío Francisco. Doña Ignacia me resultó una mujer hermosa; su belleza, sin embargo, compensaba la displicencia y arrogancia del gesto, y, luego de un rato, sus ojos ya no me parecían tan almendrados ni su piel tan untuosa. Dolores, completamente de negro, me concedió una inclinación de cabeza antes de marchar prestamente hacia el piano, donde acomodó las partituras y pasó gran parte de la noche deleitándonos con sus interpretaciones. Se negó a cantar. Soledad, que no había heredado uno solo de los rasgos de doña Ignacia, se dignó a estrechar mi mano para luego agregar que “sus amigas” la aguardaban en el otro salón. Por último, tía Carolita me presentó a Magdalena, la más joven de los hijos de tío Francisco. Su belleza era, sin lugar a dudas, fuera de lo común y llamaba la atención de cuantos posaban los ojos sobre ella. Aunque parecida a su madre, sus rasgos lucían más delicados; un corte refinado de la cara, desprovisto de la soberbia de doña Ignacia, le confería el aspecto de un hada de cuentos, etérea, grácil, resplandeciente, la piel blanca, de una blancura lechosa y saludable, que me dio ganas de acariciar. Nunca había visto tantos bucles dorados bañar la espalda de una mujer; caían como racimos de uvas y rebotaban cuando movía la cabeza. Me recordó a la abuela Pilar.

Magdalena se sentó junto a mí y, luego de pasarme un vaso con agrio y de servirse uno para ella, me dijo: «Yo me acuerdo bien de ti: tú ganaste el concurso de baile hace muchos años, un 25 de mayo. Mis hermanas también participaban, pero, antes de que comenzara la música, las muy bobaliconas se asustaron y corrieron donde mamá». Conversamos acerca de ese día, ella recordaba detalles que yo había olvidado, incluso aspectos de mi atuendo y de las danzas. Magdalena era desinhibida, generosa, no escatimaba elogios, llena de vigor y anhelo. La encontraba tan encantadora e interesante, como petulantes y desabridas a sus hermanas. Más en confianza, Magdalena se animó a preguntar: «¿Es cierto que eres médica?»». No me causó risa lo equivocado de la pregunta, ni cómo se habían tergiversado los hechos hasta convertirme en médica, sino la forma

en que Magdalena me lo inquirió, expectante, ansiosa. Le hubiese dicho que sí y creo que habría sufrido un síncope de la emoción. Le explique que no, que no era médica, que eso era imposible, las mujeres tenían prohibido ingresar en la universidad. «¡Qué injusticia!», expresó, y un instante después el semblante furioso se le endulzó ante la aparición de un caballero en la sala.

Esa fue la primera que vez que vi al general José Vicente Escalante, el hombre más apuesto y elegante que conozco, siempre atento a los detalles de su aspecto y vestimenta, como elementos inseparables de su reputación de gentilhomme. Esa noche llevaba prendas de confección exquisita, y al inclinarse en el gesto de besar la mano de mi prima Magdalena, desprendió un aroma a vetiver y sándalo, tan excéntrico como cautivante. El cabello corto, peinado hacia atrás, era negro y brillante a causa del sebo fijador; también sus ojos eran negros, tanto que resultaba imposible distinguir el iris de la pupila. Aunque impecable y a la moda, Escalante no ostentaba, sin embargo, el aspecto de un currutaco, sino más bien el de alguien casual, despreocupado, casi indiferente.

Magdalena nos presentó, y el hombre se acomodó en el canapé a nuestro lado, pese a que aún no había terminado de saludar. Se dirigió sólo a mi prima, como si yo no existiese, y, un momento más tarde, al ser requerido por mi tío Francisco, nos dejó solas. Aunque atractivo e interesante, José Vicente Escalante me había intimidado, y sentí vergüenza de encontrarle la mirada. Se notaba que Magdalena le profesaba gran admiración, y se refirió a él con orgullo para comentar que acababa de regresar de Europa, donde había visitado al general San Martín en París. «Tienes que saber, Blanca, – me aclaró con solemnidad-, que el general Escalante es uno de los héroes de la independencia americana». Se trataba de un hombre que había pasado los cuarenta, era soltero y muy rico. «Es cordobés, – añadió mi prima-. Allí tiene su residencia permanente y una de las estancias más prósperas de la región».

Como Escalante se sentó a mi lado durante la cena casi no probé bocado. Él conversaba mayormente con mi tío Jean-Émile, con el esposo de Florencia Thompson, Faustino Lezica, y con José Mármol, un periodista y hombre de letras que se quejaba a viva voz «de la abyecta situación a la

que estaba reduciendo el tirano (así llamó a Rosas) a las gentes decentes». Aunque reconcentrado en los decires de estos caballeros, Escalante me lanzaba vistazos que no supe interpretar. No me dirigió la palabra esa noche, y, sin embargo, su presencia me abrumó como si el único invitado fuera él, la suya, la única voz, yo, su único punto de atención. El resto de la velada traté de distraerme con Magdalena y sus amigas, y cuando la gente comenzó a marcharse y la casa de tía Carolita regresó a la normalidad, experimenté un gran alivio.

Al día siguiente, Escalante visitó a mi tío por la tarde, y yo decidí recluirme en mi habitación. A poco Alcira llamó a la puerta: el señor Jean-Émile me requería de inmediato. Alcira me ayudó a adecentarme, y me presenté en la sala a regañadientes. Allí estaba el general, tan impertérrito y hierático como la noche anterior, de pie junto a mi tío Jean-Émile, cuya figura desgarrada y lánguida, su sonrisa tierna y mirada bonachona sólo exacerbaban la dureza de las facciones del visitante. «¿Por qué me mira como si quisiera matarme?», recuerdo que pensé. Tomamos asiento. Alcira trajo chocolate y lo sirvió. Sólo se escuchaba el tintineo de las cucharas. Yo apelaba a la locuacidad de tío Jean-Émile, pero parecía muy a gusto saboreando su chocolate caliente y no esbozaba palabra. Escalante me miraba. Yo sabía que lo hacía, advertía el peso de sus ojos como un yunque sobre la cabeza. «Me dice su tío que usted tiene grandes conocimientos en medicina y farmacopea», habló repentinamente el general, y yo contuve el aliento. Dejé la taza sobre la mesa.

Cuando quiere, Escalante se sirve de maneras afables y graciosas. Esa tarde, por ejemplo, me prestó toda su atención y, aunque me miraba fijamente, la expresión se le había suavizado y ya no me daba tanto miedo. Mostró gran interés en mi historia personal y en la manera en que me había familiarizado con las enfermedades y las curaciones. Hombre extremadamente culto, había conocido otros países y otras gentes, lo que enriquecía su conversación con anécdotas e historias fascinantes. Dos días más tarde regresó a casa de tía Carolita a la hora de almorzar, y, mientras tomábamos el café en la sala, contó que, siendo él un soldado muy joven del Ejército de los Andes afincado en Mendoza, su capitán le había ordenado que hiciera guardia frente al polvorín y que no permitiera el acceso, en especial a quien llevara espuelas, pues los chispazos contra el

piso de ladrillos podían ocasionar una explosión. Algunas horas de guardia transcurrieron monótonamente hasta que el mismo general don José de Sati Martín se presentó en el polvorín. «Alto, mi general», exclamó Escalante, y le cruzó el fusil. «Muévase, soldado», ordenó San Martín, de mal modo. «No, mi general; hasta que no calce zapatillas, no lo dejaré entrar». San Martín le preguntó el nombre y se marchó. Una hora más tarde, lo mandó llamar. En el despacho también se hallaba Rivas, el capitán que había impartido la orden. Tanto San Martín como Rivas lanzaron vistazos aviesos al joven Escalante, que mantenía la cabeza en alto y mucho dominio de sí. San Martín dio un paso hacia delante, se plantó frente al soldado impertinente y, extendiéndole la mano, dijo: «Lo felicito, soldado, eso es cumplir una orden. Hombres como usted necesita la Patria para triunfar». Luego vino la victoria de Chacabuco, donde Escalante se destacó en combate, y tiempo después el ascenso a teniente. Acompañó a San Martín hasta Lima en 1821. Para aquel entonces, ya era un oficial de prestigio y amigo personal del general.

Escalante continuó visitándonos tan asiduamente como sus compromisos y negocios se lo permitían. Mi prima Magdalena también nos visitaba con frecuencia y solía pasar temporadas en casa de tía Carolita, «para escapar a la fusta de su madre», según sus propios decires. Me gusta Magdalena, es inteligente aunque no cultivada, atrevida y bromista; recuerdo que solían sorprenderme sus ideas y ocurrencias. Creo que me encariñé con ella porque, en parte, me recordaba a María Pancha; descomedida y rebelde, sólo admiraba a tía Carolita, y a lo único que le temía era a quedarse sin postre como penitencia. Ansiaba las visitas de Magdalena; cada día junto a ella traía una sorpresa, una aventura distinta y casi siempre terminábamos destemillándonos de risa hasta que nos dolía el estómago y nos caían lágrimas. En una oportunidad en que nos encontrábamos en el huerto, Alcira anunció, con el gesto cargado de intención, la llegada de Escalante. El semblante de Magdalena, radiante y magnífico un segundo atrás, se ensombreció, y unos celos ciegos se apoderaron de su genio. «El general te pretende, Blanca», expresó, mientras nos encaminábamos hacia la casa, y yo no supe qué decir. Escalante era atento y cariñoso con Magdalena, como lo hubiese sido con un cachorro juguetón. Resultaba obvio que, a sus ojos, mi prima era una niña, hermosa y prometedora, sí, pero una niña al fin. Conmigo, aunque solemne y a veces distante, Escalante mostraba una

atención especial que a nadie pasaba inadvertida.

Meses más tarde, el general organizó un sarao en su casa de la calle de San José. Mis tíos y yo llegamos tarde, cuando la fiesta se encontraba en su apogeo y los invitados, repartidos en los distintos salones, disfrutaban del baile o del ambigú. Mi tía Ignacia fue conmigo tan desdeñosa como pudo, al igual que Soledad y Dolores; mi tío Francisco, en cambio, me saludó con afecto, con ese mohín de quien tiene que soportar a diario una ordalía. Magdalena, más hermosa que nunca en su vestido de tafetán rosa pálido, con los bucles del color del trigo que le rebotaban a mitad de la espalda, bailaba el minué con el general en la sala contigua. Mi tía Ignacia comentó: «Está claro que el general Escalante organizó esta fiesta en honor de Soledad», y apretó la mano de su hija, que se sonrojó y bajó la vista. «Desde hace meses visita nuestra casa y siempre pide por ella. Dice que encuentra muy agradable e interesante su conversación. ¡Yo sabía que no podías ser tan culta en vano, hija mía!». Tío Francisco dio media vuelta y se marchó.

El resto de la noche el general Escalante bailó conmigo; tampoco se separó de mí cuando se hizo una pausa en la música para escuchar a Dolores interpretar al piano la “Marcha Turca”, o para comer y beber. Recuerdo que lo encontré particularmente elegante, vestido a la última moda con su saco inglés de cuello alto y pantalones blancos que había sujetado bajo las botas de caña alta; llevaba chaleco de piqué con reloj de leontina de oro, y aquella loción de tierras lejanas que me hechizaba. Cuando el sarao languidecía, el general me pidió que lo acompañase a su despacho; acepté entusiasmada en la creencia que me mostraría su mentada biblioteca. Me condujo en silencio por el pasillo y, con un movimiento de mano, me indicó que entrase. Luego de cerrar la puerta, caminó hacia mí, me envolvió con sus brazos y me besó ardientemente.

No respondí, no sabía cómo hacerlo, lo dejé actuar y, mientras sus manos me recorrían la cintura y sus labios me humedecían el cuello, su voz entrecortada y rauca repetía mi nombre con una dulzura inusual en él. «Después de todo, – pensé-, el duro general Escalante está tan sediento de cariño como el más sentimental de los mortales». «Te casarás conmigo», lo escuché decir, y un nuevo tono, imperioso y arrogante, se apoderó de su

acento. Me sorprendió mi propia voz al responderle: «Sí, general».



CAPÍTULO X.

La mañana de la revelación

A la mañana siguiente la despertó Loretana, que se notaba que había llorado. Recogía la ropa y arreglaba la cama con sigilo y, al marcharse, deseó los buenos días con voz apenas audible. Mal de amores, eso había dicho doña Sabrina, Loretana sufría de mal de amores.

Laura se topó a la entrada del hotel con Blasco, que también lucía callado y taciturno; nadie parecía dispuesto a hablar. El muchacho caminaba a su lado en silencio, los dedos entretenidos en el talismán de dientes de puma y de tigre. En la entrada de la casa del doctor Javier aún se encontraba el grupo de indias del fuerte que había pasado la noche en vigilia. Repetían los últimos Avemarias con voz desfallecida. Luego de la señal de la cruz, una de ellas comenzó a recitar en lengua extraña, cacofónica, primitiva, de sonidos duros, imposibles de imitar a criterio de Laura.

—Le rezan al sol -explicó Blasco-. Pa'nosotros, los ranqueles, Dios está en el sol. Dios es invisible, pero se hace sol pa'que lo veamos. Ahora le están pidiendo a Dios que aleje a Huecufú, el diablo, que se quiere llevar al padrecito.

Laura meditó: «Esta es la lengua del cacique Nahueltruz, ésas, sus creencias, y ésas, las mujeres de su pueblo». Las contempló con envidia, la sorprendieron los celos que le inspiraron, ellas eran ranqueles, como Quintuí, la esposa de Nahueltruz; hablaban su idioma, le conocían las costumbres y los gustos, lo que le causaba placer y lo que lo fastidiaba; eran parte del mundo al que el cacique había regresado. Se le presentaba la oportunidad de analizar la fisonomía de una ranquel con detenimiento, y se concentró en aquellos rostros atezados, algunos muy arrugados y curtidos, más bien ramplones, de líneas duras, ojos achinados, narices anchas,

pómulos salientes y bocas demasiado generosas. Algunas, sin embargo, las más jóvenes, le resultaron atractivas, no en el estricto sentido de la belleza a la que estaba acostumbrada -la mujer pálida, lánguida, con labios delgados y rosados- sino en uno más sensual y mundano.

Doña Generosa la tranquilizó al informarle que Agustín había desayunado, muy poco, ciertamente, pero el doctor Javier se mostraba optimista. La puerta de la habitación de Agustín se hallaba cerrada, y Laura escuchó voces extrañas dentro. Doña Generosa se aproximó y, en un susurro, le explicó que Agustín había mandado a llamar a un notario de San Luis, «para arreglar sus cositas», agregó la mujer.

En la habitación, María Pancha se había hecho a un costado para dar espacio a un hombre y a un muchacho, ambos formalmente vestidos, ubicados próximos a la cabecera. Había papeles desparramados sobre la mesa; claramente se trataba de documentos legales, con sellos y timbrados. En uno, Laura leyó la palabra “testamento”. María Pancha la tomó de la mano y la sacó de la habitación.

—¿Qué pasa? ¿Qué hacen estos hombres aquí? — inquirió de mal modo.

—Tu hermano quiere arreglar algunas cuestiones.

—¿Por qué llamar a extraños? Julián podría haberlo hecho -objetó la muchacha.

—Tu hermano mandó a llamar al doctor Carvajal y a su hijo antes de que nosotros llegáramos.

—No entiendo qué necesidad tiene Agustín de «arreglar algunas cuestiones». ¿Qué cuestiones? ¿Por qué?

—Laura -dijo María Pancha, y sonó más bien dura-: es hora de que vayas aceptando que quizá tu hermano no esté mucho más tiempo con nosotras.

Laura miró con rabia a su criada. Jamás debería haber dicho eso, Agustín no las dejaría, tenía ganas de pegarle por decir estupideces. María Pancha

también le devolvió la mirada, aunque en su semblante no había rabia ni despecho, sólo cansancio después de diez días de continua abnegación al lado de Agustín, durmiendo echada en un jergón, de a ratos y con sobresaltos, comiendo poco y mal. Laura se avergonzó de su desplante cuando lo peor de aquel tormento lo soportaba su negra María Pancha, que la preservaba a ella de la extenuación. La abrazó y le pidió perdón con la voz estrangulada, y María Pancha asintió y le palmeó la mejilla sin encontrarle la mirada.

–Me voy a lo de doña Sabrina. Dentro de media hora Agustín debe tomar el tónico de cáscara de huevo y el quermes -indicó la mujer con voz apagada, y se marchó.

Los notarios se retiraron poco después, y Laura aprovechó para asear a su hermano, acomodar la habitación y suministrarle los medicamentos. Intentaba distraerlo con anécdotas y comentarios graciosos. Agustín la seguía con la vista y le sonreía; lucía mejor esa mañana, había color en sus mejillas y no tenía en los ojos ese brillo vidrioso de la fiebre. Laura le tocó la frente antes de aplicarle el paño con té de menta y comprobó que estaba fresca. Llegó el padre Donatti, y los dejó solos.

Abandonó la recámara casi con alivio, la ahogaba el aroma concentrado de las hojas de eucalipto que hervían en el pebetero, el de los emplastos de ruda y el del bálsamo de alcanfor. Aquellas esencias le habían adormecido el sentido del olfato, y se le impregnaban en las fosas nasales hasta ocasionarle náuseas. La habitación en la casa del doctor Javier, con sus densos olores, se había convertido en un lugar aborrecible.

Caminó por el corredor hasta la entrada del patio, donde se topó con Nahueltruz Guor.

–Disculpe -habló Guor, y se quitó el sombrero. Debajo llevaba el pañuelo rojo.

–¿Usted no regresaba con su gente? – consiguió articular Laura, y le confirió un acento flemático a la pregunta que se hallaba lejos de sentir.

–Supe que ayer usted anduvo averiguando acerca de mí. Bien, aquí estoy, pregunte nomás, qué quiere saber.

A Laura no le molestó la llaneza y sinceridad de Guor, pero juzgó imprudente no mostrarse ofendida, por lo que contestó:

–Vanidosa presunción la suya, señor Guor, pensar que yo, con las preocupaciones que tengo, desee saber acerca de usted, alguien a quien prácticamente no conozco, alguien tan alejado a mi círculo de amigos, y quizás...

Guor le tapó la boca, la aferró por la cintura y la arrastró al interior de la habitación de Mario Javier, donde la aprisionó contra la pared, mientras con el pie entornaba la puerta. Lo inopinado del asalto dejó a Laura sin reacción, y permaneció quieta entre los brazos del indio.

–No grite. Acabo de ver a Racedo -explicó en voz baja, y le retiró la mano del rostro.

Se escuchó el vozarrón del militar, que, sin consideración al enfermo, preguntaba a doña Generosa por la señorita Escalante. El padre Donatti salió del cuarto de Agustín y mandó callar a Racedo. El militar se disculpó y le pidió unas palabras. Se alejaron hacia el final del pasillo, a pasos de la habitación de Mario.

–¿Qué necesita, coronel? – inquirió Donatti.

–Necesito hablar con usted acerca de la señorita Escalante.

Laura sintió que los brazos de Guor se le ajustaban en torno al cuerpo. Cuando se animó a levantar la vista, lo descubrió reconcentrado en las palabras que intercambiaban el franciscano y el militar.

–Hace poco recibí carta de Buenos Aires, un amigo me escribió. Por él me enteré que la señorita Escalante ha provocado tremendo escándalo con su viaje a Río Cuarto. Se fugó de su casa y...

–Coronel, la señorita Escalante no se *fugó* de su casa -corrigió el sacerdote, y Laura estimó que pocas veces lo había escuchado tan enfadado-. Ella *viajó* hasta aquí para atender a su hermano enfermo, que es muy distinto. Sí, es cierto, lo hizo intempestivamente y sin consultar a su familia ni amigos, pero eso sólo habla del cariño y la devoción que le tiene al padre Agustín. Por último, no entiendo qué relación existe entre la actual situación de la señorita Escalante y usted.

–Ciertamente, padre -retomó el militar, buscando un tono conciliador y cordial-, yo estimo que la señorita Escalante ha sido mal interpretada en Buenos Aires, y que se trata de un acto de entrega y cariño. Sin embargo, usted coincidirá conmigo en que su reputación ha sido dañada, permanentemente dañada, me atrevería a decir.

–Nada que no se pueda aclarar con un diálogo civilizado -interpuso Donatti, hastiado de la perorata impertinente de Racedo; sin ocultar el sarcasmo, preguntó-: ¿Puedo serle útil en algo más, coronel?

–Usted ejerce una gran influencia sobre la señorita Escalante, puede hablar con ella, ayudarla a decidirse, a comprender qué es lo más conveniente para su futuro. – Y ante la incredulidad del sacerdote, Racedo aclaró-: Ayer, mientras cenábamos, le propuse matrimonio.

Con un movimiento rápido que asustó a Laura, Nahueltruz volvió el rostro y le clavó la mirada; tenía el entrecejo fruncido, la boca apretada, las fosas nasales dilatadas, parecía que perdería el control, que le gritaría. La atemorizaron los ojos del indio. Lo tranquilizaría, le diría que Racedo podía insistir mil veces, ella jamás aceptaría, le aseguraría que nada había entre ella y el militar. Las palabras se le agolparon en la garganta, pero no llegó a pronunciarlas.

–¿Matrimonio? – repitió Donatti-. Es un desatino. ¡Usted podría ser el abuelo de Laura, coronel!

–¡Eh, padre! No exagere, por favor.

–¿Cómo se le ha ocurrido semejante dislate? Hace apenas unos días que

conoce a la señorita Escalante. Venga, salgamos al patio.

Racedo y Donatti se alejaron, sus voces se desvanecieron y el silencio se apoderó nuevamente de los interiores de la casa. Laura, envarada entre los brazos del indio, lo contemplaba fijamente, ahora más interesada en las facciones de ese rostro ranquel que en el enojo que destilaban. Le suavizaría el gesto con una caricia, le pasaría la mano por la frente y le borraría el ceño, le rozaría la mandíbula para que se le relajara la boca. No sofrenaría el impulso de tocarlo. Liberó el brazo y le acarició la frente, y la sien y el contorno de la mandíbula, y le pasó la punta de los dedos por los labios gruesos y sobre la barbilla también, tomó un mechón de cabello y le palpó la dureza y el espesor.

Nahueltruz también la tocó y, al apoyarle la mano sobre el rostro, experimentó una corriente fría que se le desplazó hasta la entrepierna. Siguió la necesidad de tocarle los labios, de besarle las mejillas, el cuello, el escote, y de olerla, de verla reaccionar. Bajo la aspereza de sus dedos, la piel de Laura se le antojó como la crema, espesa, suave y blanca, increíblemente blanca, con una luminosidad alabastrina exacerbada por lo oscuro de su piel.

Se estaban mirando, había serenidad en sus semblantes, un vacío los rodeaba, soledad absoluta, silencio, bienestar, habían acabado los problemas y peligros, lo que contaba era la presencia del otro. Nahueltruz se inclinó y apoyó ligeramente sus labios sobre los de Laura, que se estremeció. El cuerpo le quedó blando de placer, los músculos no le respondían, las piernas parecían hechas de azúcar. Se aferró al cuello de Guor y experimentó todo al mismo tiempo: las manos de él cerrarse en torno a su cintura, el asalto repentino de sus labios carnosos que le devoraron los suyos, el ímpetu de su lengua que la poseía sin aguardar, la respiración agitada que le golpeaba el rostro, la energía brutal que manaba de ese hombre y que la envolvía, una intensidad que ella misma experimentaba, un sacudón que le potenciaba los sentidos, una dicha que no tenía explicación. Se sentía a salvo, cobijada por la fortaleza de ese indio, casi un ser invencible, como un héroe de la mitología griega que había enfrentado al tigre y al puma de la Pampa.

Se abrazaron, y ella hundió la cara en su pecho, y él le besó la coronilla y le

mesó el cabello, y le susurró «Laura, Laura», con una ternura que nada tenía que ver con su aspecto de oso. Su voz seguía siendo ronca y grave, y sin embargo ese «Laura» la hacía vibrar íntimamente. Los ojos se le entibieron y empezó a llorar. Guor se quitó el pañuelo rojo de la cabeza y le secó los ojos y los carrillos, y le apartó de la frente los rizos dorados que se le habían desprendido del tocado; lo hacía suave, lentamente, aletargándola, serenándola.

—¡Laura! — La voz dura de María Pancha estremeció las paredes de la casa, y operó en ellos como un baldazo de agua. Laura abandonó la recámara de Mario Javier repasándose las mejillas, alisándose el delantal y acomodándose el peinado. Se topó con una María Pancha furibunda que le reclamó haber dejado solo a Agustín.

—Tu hermano te necesitaba, te llamaba y tú no acudías. ¿Dónde te habías metido?

Nahueltruz permaneció escondido tras la puerta de la habitación de Mario Javier, mientras escuchaba las reprimendas de la criada y las excusas de la muchacha. Al reestablecerse la calma, dejó el dormitorio y se marchó furtivamente.

Casi al caer el sol, Agustín se quedó profundamente dormido a causa de los efectos de las medicinas y de la infusión de valeriana que María Pancha le había preparado. El doctor Javier corroboró que el sueño del padre Escalante era tranquilo y que su pulso, aunque débil, era regular.

—Salgamos un momento al patio -invitó el médico, y Laura y María Pancha aceptaron.

Se ubicaron junto a doña Generosa que pelaba arvejas y que prometió preparar mate. Preguntó a continuación por la salud del padrecito, y Laura, sin darle tiempo al doctor Javier, se apresuró a decir que Agustín estaba mucho mejor y que dormía plácidamente. Doña Generosa le sonrió, complacida, y de inmediato se explayó en las innumerables cualidades del padrecito y en la magnífica obra que llevaba a cabo con los indios del

Fuerte Sarmiento. Laura y María Pancha, que poco sabían de ese aspecto de la vida de Agustín, escuchaban con atención e interponían preguntas. Se respiraba un ambiente tranquilo y familiar; el aire fresco de la tarde suavizaba el bochorno del verano y arrastraba el aroma mezclado de azahares, duraznos y melones, también llegaban el trino de los pájaros y el murmullo de las hojas, mientras la voz de Generosa proseguía con el relato.

Llegó el padre Donatti y se unió a la pequeña reunión. Laura percibió la preocupación en el vistazo que le dispensó el franciscano, y supo que se trataba de Racedo y sus avances, aunque la tranquilizó la certeza que no tocaría el tema frente a terceros. Doña Generosa trajo los aparejos del mate y comenzó la ronda, con tortas fritas y pan con chicharrón para acompañar. El padre Donatti comentó acerca de la vigilia de las indias la noche anterior, de la misa que esa mañana había pedido doña Beatriz, una ferviente devota de San Francisco, por la pronta recuperación del padre Escalante y de tantas otras muestras de cariño hacia él; estampitas, rosarios, cruces, escapularios, a los que cada donador les atribuía la facultad de curar y hacer milagros, inundaban la iglesia de San Francisco.

—Con tanto rezo, no entiendo cómo no se ha recuperado ya el padrecito -se preguntó doña Generosa

—Agustín asegura que tiene que expiar sus faltas -interpuso Donatti, con una sonrisa incrédula.

—¿Qué faltas? – objetó Laura-. Si mi hermano tiene faltas que expiar, ¿qué nos espera al resto de los mortales? Deberíamos estar todos guardando cama atacados de cólera negra.

Hasta María Pancha lanzó una carcajada.

—No cuestiones los designios divinos, Laurita -objetó Donatti, que aún se reía.

Apareció Nahueltruz Guor, furtiva, sigilosamente, como de costumbre, y pidió disculpas a doña Generosa por molestar; lo escoltaban Mario Javier y Blasco, que junto a su figura de titán, parecían duendes. La ronda del mate

se agrandó, y mientras los muchachos engullían lo que quedaba de pan y tortas, Nahueltruz saboreaba el mate de doña Generosa, tan bueno como el de su abuela Mariana, según expresó con una sonrisa tímida.

María Pancha se puso de pie y, sin decir palabra, regresó junto a Agustín. Laura no reparó en la actitud severa y poco cortés de su criada y permaneció absorta en la contemplación de los movimientos tranquilos del indio, que no se había dignado a mirarla una vez. La mortificó esa actitud, máxime cuando ella había añorado encontrárselo el día entero. Lo cierto era que, luego del beso clandestino detrás de la puerta. Laura no había dejado de pensar en él. En realidad, pensaba en él de continuo desde aquella primera vez, cuando se lo encontró en ese mismo patio conversando con el hijo del doctor Javier. Lo que vino después del beso fue una sensación de plenitud que le expandía el pecho, le hacía cosquillas en el estómago. Laura estaba segura de que había encontrado lo que tanto había buscado, aquello que la completaba como mujer.

—¿Has tenido noticias de Tierra Adentro, Nahueltruz? — se interesó el padre Donatti.

—El hijo de Agustín Ricabarra llegó esta mañana después de varios días de comerciar con los míos. Dice que en general están todos bien; mi padre un poco indispuerto. Ya sabe, se acerca esta fecha y él no se controla -agregó Guor, en un susurro.

—¿Qué fecha? — preguntó Laura, y el resto volteó a mirarla.

Ella, sin embargo, se mantuvo expectante a la respuesta de Guor, que tomaba su mate con la vista fija en el suelo.

—El aniversario de la muerte de mi madre -aclaró, segundos después.

Se asomó María Pancha e indicó a Nahueltruz que el padre Agustín deseaba verlo. Guor se puso de pie y marchó hacia los interiores de la casa con María Pancha por detrás.

—Dicen las malas lenguas que el coronel Racedo te anda arrastrando el ala,

Laurita -comentó doña Generosa-. Anoche te vieron cenando con él.

–Me vi obligada a aceptar -adujo Laura, con laconismo.

–Pero que te arrastra el ala, te la arrastra, m'hijita -insistió la mujer, e hizo caso omiso a la tos nerviosa de su esposo-. Esta mañana te vino a buscar aquí, muy ansioso se lo veía. ¡Hasta claveles traía, el pobre diablo! Te busqué por todas partes, pero no pude encontrarte. A propósito, ¿dónde te habías metido?

–¡Generosa, por favor! Deje a la muchacha en paz -ordenó Javier, y la mujer siguió cebando mate con una sonrisa en los labios.

–Ya hablé esta mañana con el coronel Racedo -terció Donatti-, y le aclaré que Laurita está comprometida con el señor Alfredo Lahitte.

Una sombra se proyectó detrás de Laura, que, al girar sobre la silla, dio con los ojos de Guor.

–Padre Marcos, Agustín pide que vaya un momento a la pieza -habló el indio.

–Yo me retiro -anunció Javier, y se puso de pie-. Tengo que hacer mi última ronda.

Doña Generosa ofreció otro mate a Guor, que lo agradeció con parsimonia y tomó asiento nuevamente frente a Laura.

–¿Les molesta si los dejo unos minutos a solas? – preguntó Generosa-. Tengo que disponer todo para la cena -aclaró-. Aquí está la pava, Laurita, por si quieres cebar. ¿Sabes cebar?

A Laura la avergonzó que le preguntara por una labor doméstica tan básica frente a Nahueltruz Guor, y apenas asintió. Tomó el mate y lo cebó como había visto hacerlo tantas veces a María Pancha, procurando verter el agua con lentitud, poco a poco, para «no alborotar la yerba», como decía su criada. Nahueltruz lo bebió sin apuro; parecía que pensaba

reconcentradamente, tenía el gesto grave, lucía enfadado. Se puso de pie y devolvió el mate.

–¿Ya se va? – atinó a preguntar Laura.

–Sí.

–¿Podría quedarse unos minutos? Necesito hablar con usted.

–Hable.

–No aquí.

–Aquí hablaremos, donde doña Generosa pueda vernos. No quiero tener problemas. Usted está comprometida. Buenas tardes -dijo, después de una pausa, y se dirigió hacia la parte trasera de la casa.

–¿Por qué se va? – exclamó Laura, furiosa-. Le dije que quiero hablar con usted. – Y, como Guor no se detenía, espetó-: ¿Acaso se olvidó de lo que ocurrió entre usted y yo esta mañana?

Guor regresó sobre sus pasos, la aferró por los hombros y le habló muy cerca del rostro:

–No, no me olvidé. Es usted la que se olvidó de decirme que ya es de otro.

–Yo no soy de otro -articuló Laura, con voz insegura.

–¿Y el tal... Lasit?

–Lahitte -corrigió, divertida.

–¿Quién es?

–*Era* mi prometido. Ya no lo es.

–Se dice de los huincas que son felones y mentirosos. No le creo.

Laura se quitó de encima las manos de Guor y lo miró de hito en hito.

–Se dice de los indios -parodió-, que son vagos y brutos. Yo, sin embargo, jamás creería eso de usted.

Dio media vuelta y marchó hacia a la casa, sólo pocos pasos, porque Nahueltruz la aferró por la cintura y le pegó el pecho a la espalda.

–Perdón -le suplicó, con la mejilla sobre su cabeza.

La obligó a voltear. Se miraron, había un destello cómplice en los ojos de ambos. Buscaron la clandestinidad que les ofrecía la fronda del huerto, con sus árboles pesados de fruta, sus líneas de tomates y sus rincones de achicoria y acelga. Nahueltruz la apoyó contra el tronco del albaricoquero y le buscó la boca con desesperación. Laura no tardó en responder a ese ardor que la desestabilizaba y, mientras lo dejaba avanzar hacia su escote, le acariciaba los brazos robustos, los hombros anchos. La fuerza física de Guor que la intimidaba, al mismo tiempo la colmaba de seguridad. Realmente no conocía a ese hombre, se dejaba llevar por la pasión que le provocaba, ¿qué sabía de su temperamento, valores y costumbres? Poco y nada, y sin embargo se sentía pronta a poner su vida en manos de él.

–Te creo -aseguró Guor cuando recobró el aliento.

–Lahitte rompió el compromiso al saber de mi viaje a Río Cuarto. No hablemos de eso, ya no tiene sentido para mí, nunca lo tuvo.

–¿Qué hay con Racedo? – Y ante el mohín de Laura, Guor se apresuró a decir:- No hablaremos de eso tampoco.

Se sentaron al pie del árbol. Guor apoyó la espalda contra el tronco y Laura reclinó la suya sobre el pecho de Guor, que la envolvió con los brazos y le sujetó las manos.

–Esta noche va a llover -anunció él en voz baja.

–¿Cómo sabes?

–Por el olor a tierra húmeda, por el viento que está más frío, por aquel grupo de nubes tan rojas en el oeste. Va a ser una rápida y furiosa tormenta de verano.

Se quedaron en silencio; el revoloteo de los pájaros que se acomodaban en los nidos, los primeros gorjeos de las lechuzas y los últimos arrullos de los tórtolos eran parte de aquella insondable quietud. Estaban conscientes de que había cosas de que hablar, preguntas que hacer, respuestas que escuchar y, sin embargo, callaban. El momento perfecto y mágico los sobrecogía, y la Naturaleza, que había desplegado su magnificencia aquella tarde de verano, armonizaba con los temperamentos tranquilos y apaciguados de Laura y Nahueltruz.

–¿Por qué no regresaste con tu gente?

–Por ti.

–Deseaba que te quedaras -confió ella.

–Y yo quería besarte.

Laura se volvió a mirarlo. El gesto, que invariablemente convertía la expresión de Guor en dura e insondable, a ella la atraía: le gustaba saber que el cacique Nahueltruz Guor era temerario, que los brazos que la aprisionaban con celo habían peleado con bestias y domado caballos salvajes. Se le aproximó al cuello para olerlo; ciertamente no olía como Riglos o Lahitte, a lavanda o a colonia inglesa; su piel cobriza despedía un aroma silvestre, a leña quemada, a tierra húmeda, a animal sudado. Le quitó el facón del refajo, enorme, con vaina y cabo de oro y plata, una excelente pieza, y lo dejó a un costado; le pasó los dedos por la rastra de monedas de plata y, como jugando, subió hasta la parte del pecho que no cubría la camisa y le acarició la piel imberbe, y le apretó la carne para probar que era dura, y le desabrochó un botón porque quería verle el vientre, y le descorrió el canesú para tocarle el hombro, inconsciente de su propia osadía, reconcentrada en aquel espléndido cuerpo de varón. Nahueltruz Guor le

despertaba un anhelo de hembra que se le evidenciaba en la entrepierna y en los pezones; se trataba del descubrimiento íntegro de esa parte pecaminosa de su intimidad que había conocido superficialmente cuando se tocaba en la tina o en la cama, ese delirio del que había escuchado hablar y que jamás había experimentado en brazos de Alfredo Lahitte o de Julián Riglos.

Nahueltruz le seguía los movimientos, interesado en la avidez con que ella lo examinaba y en la transformación que se operaba en sus facciones. Le pasó el dedo por el contorno de la nariz recta y pequeña, le tocó la piel del pómulos, la oreja, y le agarró un puñado de bucles y los olió; eran pesados, suaves, de un rubio traslúcido, como si de hilos de oro se tratase; sus cejas y pestañas, oscuras y pobladas, discordaban con la blancura de la piel y el dorado del pelo. Le aferró las muñecas y la alejó.

—No empieces un juego que no querrás terminar -dijo, y Laura, avergonzada, se le acurrucó sobre el pecho.

Aunque Nahueltruz sonreía con picardía, una ternura insólita le entibiaba el alma.

—¿Verdad que Agustín está mucho mejor hoy? ¿No lo has notado más animado?

—Tal vez el hecho de que estés aquí lo haya ayudado a recuperarse.

—¿Cómo conociste a mi hermano? ¿Cómo se volvieron tan amigos?

—No hay mucho que contar. Ya sabes que, hace tres años, tu hermano viajó junto al coronel Mansilla y su tropa a Tierra Adentro. Allí nos conocimos.

—¿Cómo es Tierra Adentro?

Nahueltruz se explayó al describir su tierra; le aseguró que existían lagunas de agua transparente y dulce, orladas de gramilla verde y suave, donde los flamencos, los cisnes de cuello negro y las cigüeñas construían sus nidos. Le contó del desierto, de las cadenas de dunas que parecían eternas; de la selva de chañares y Algarrobos, donde era fácil extraviarse y perecer entre

las fauces del tigre; de los guadales, trampas mortales del terreno, como arenas movedizas y viscosas, que sólo los caballos domados por ellos, los ranqueles, sabían sortear. Mencionó a Leuvucó, la capital del Imperio Ranquel, donde su padre era amo y señor desde hacía quince años. Le describió las tolderías -las viviendas de su gente- más seguras y estables de lo que parecían.

Se escuchó a María Pancha que llamaba a Laura, y a Blasco a continuación que le aseguraba que la señorita Escalante había ido a lo del boticario. Laura se puso de pie, se arregló el cabello y el delantal, se sacudió las hierbas de la falda y se pasó las manos por el rostro.

—Adiós -saludó nerviosa, y enfiló hacia la casa, pero Guor la retuvo por la mano y la obligó a regresar sobre sus pasos.

—Hasta mañana, Laura -susurró él. Y le besó los labios.

El entusiasmo de tía Carolita y de tío Jean-Émile por mi compromiso con José Vicente Escalante me ayudó a convencerme de que era lo mejor. Porque ciertamente no lo estaba la mañana después de haberle dado el sí al general. Me levanté más temprano que el resto, me vestí deprisa y salí de la casa por la puerta de la servidumbre. Lo de Escalante no se hallaba lejos de lo de tía Carolita, y corrí las cuadras hasta allí. Llegué agitada y ansiosa, y llamé a la puerta. Debía terminar con ese asunto cuanto antes.

Sorprendí sinceramente al general cuando se topó con mi aspecto lamentable en el vestíbulo. «Tengo que hablarle», farfullé, sin aire en los pulmones. Me hizo pasar; me obligó a sentarme, a beber un vaso con agua, y, al verme más repuesta, me preguntó si alguno de mi casa sufría problemas de salud. Aclarado el error, pasé directo al grano: no podía casarme con él. «Yo soy una mujer simple, — aduje—, acabo de pasar los últimos cuatro años de mi vida en un convento; antes de esto, vivía con mi padre y lo ayudaba con sus pacientes; éramos humildes, vivíamos sin lujos ni comodidades, como ve, no soy mujer de mundo ni educación, no tengo las cualidades de una esposa como la que usted necesita, general, no he viajado, no hablo francés, no sé tocar el piano ni dibujar, en realidad, sé

hacer muy pocas cosas. ¿Qué puede esperar de mí? Se desilusionará. Anoche me precipité, no debería haberle dicho que sí, no quiero que...». Me tomó entre sus brazos y me besó con una voracidad que desentonaba con sus maneras reservadas, siempre tan controladas; su pasión y frenesí me dejaron inerme. Me reclinó sobre el sofá y me siguió besando, mientras susurraba que yo era lo que él deseaba, que no cambiaría un cabello de mi apariencia, un solo aspecto de mi temperamento, lo seducía mi pasado, él se haría cargo de mi futuro. «Pídeme lo que quieras y te lo concederé», manifestó por último, y sentí que me engatusaba como a un niño. «Cómprame a María Pancha», expresé, luego de una reflexión.

María Pancha llegó a casa de tía Carolita, con sus misérrimos petates y su hábito de estameña, algunas semanas antes de la boda. La liberación de mi querida amiga le había costado a Escalante largas tardes en el despacho de Sor Germana y una generosa donación al convento de Santa Catalina de Siena. Tía Carolita, que conocía al detalle mi amistad con la hija del príncipe hotentote, la instaló en una recámara contigua a la mía, sin hacer caso del escándalo con que tía Ignacia recibió la noticia, que terminó por asegurar que sus hijas no volverían a poner un pie en una casa donde se daba el mismo trato a señores y esclavos. «Pero, Ignacia, querida, – interpuso tía Carolina-, si hasta Nuestro Señor Jesucristo eligió a sus mejores amigos de entre los más pobres. ¿Acaoso Simón Pedro no era un pescador ignorante? ¿Acaso Jesús no compartió la mesa con cobradores de impuestos y mujeres de la mala vida?» Los motivos religiosos tenían muy sin cuidado a tía Ignacia, que cumplió su palabra a rajatabla: Dolores y Soledad no regresaron mientras María Pancha vivió allí y, aunque la orden también alcanzaba a Magdalena, ella no obedeció; durante las siestas, se desembarazaba del yugo de su madre y venía a visitarnos, nada la emocionaba tanto como ver las prendas nuevas de mi trousseau.

Magdalena y María Pancha enseguida congeniaron, las dos eran sinceras, absolutamente desprovistas de remilgos, demasiado inteligentes para no apreciar las bondades de la otra. Tanto María Pancha como yo nos habíamos dado cuenta de la preferencia de Magdalena por el general. La forma en que aludía a él, la manera en que lo contemplaba, como si de una obra de arte se tratase, el cambio que se operaba en ella cuando nos anunciaban que el general acababa de llegar, corroboraban nuestras

sospechas. Sin embargo, aquella devoción hacia mi futuro esposo jamás se tradujo en envidia, rencor o despecho; en Magdalena perseveraron la dulzura y el cariño con que me había tratado desde el primer momento. No puedo decir lo mismo de mi prima Soledad, que había puesto sus esperanzas en un conveniente matrimonio con “el soltero más codiciado del Río de la Plata”, según Alcira, para verlas destrozadas el día que le contaron de mi compromiso con él.

María Pancha había vivido toda su vida en un convento, lo que no significaba que se hubiese comportado como una monja. Nos sorprendió la tarde que declaró que había tenido dos amantes, el muchacho que proveía la leña al convento y el hijo del aguatero. Agregó que no los amaba, pero que había gozado entre sus brazos. Magdalena y yo no dábamos crédito a lo que oíamos: las descripciones que María Pancha se esmeraba en proporcionarnos resultaban demasiado sórdidas e indecorosas para ser ciertas. «Mis padres jamás harían eso», objetó Magdalena. Repuestas de la impresión, poco a poco nos entregamos con curiosidad a sus relatos. Una tarde, la anterior a mi boda, Magdalena llegó agitada a casa de tía Carolita. Traía un libro bajo el faldón, que sólo accedió a revelar luego de que eché traba a la puerta de mi recámara. «Lo encontré entre las cosas viejas del abuelo Abelardo», dijo. *Les mille et une nuits*, se llamaba. «Significa: Las mil y una noches», tradujo Magdalena, y abrió el libro a la mitad, donde había una ilustración. Un hombre y una mujer, completamente desnudos, en una pose tan extraña como inverosímil. Aquel dibujo me dejó sin palabra; a María Pancha, en cambio, le arrancó una risotada. «Quizás el general Escalante espere esto de mí», me descorazoné, pero no me animé a expresarlo a viva voz.

Luego de la ceremonia religiosa y de una recepción que tío Jean-Émile insistió en organizar, el general me llevó a su casa, junto con mis baúles y María Pancha. Un sirviente se encargó del equipaje, mientras Socorro, la doméstica, me acompañó hasta mi recámara; «la del señor», aclaró para mi desconsuelo. María Pancha partió detrás de Socorro hacia los interiores de la casona donde habían alistado un sitio para ella. Me quedé sola y deseé que tía Carolita estuviera conmigo.

Cuando el general entró sin llamar, yo vestía el camisón dispuesto para la

primera noche. Me estaba cepillando el pelo. Vi a Escalante reflejado en el espejo; su expresión me amilanó, su actitud me desconcertó, porque no entraba ni salía, se quedaba inmóvil bajo el dintel, con la mano en el picaporte, la vista fija en mí, la boca medio abierta. «Socorro me dijo que ésta sería mi recámara», aduje, y de inmediato Escalante cerró la puerta y farfulló una disculpa. Se quitó la chaqueta, se deshizo del plastrón y del cuello, a continuación de las mancuernas, que guardó en el cajón de la mesa de noche, luego de la camisa, y, al comenzar a desabrocharse el pantalón, me puse de pie y me escabullí hacia la ventana, donde me escondí tras los cortinados. De allí me sacó Escalante, que sonreía por lo bajo; ya no me contemplaba con ojos de fiera hambrienta y le brillaba la mirada como si estuviera contento. Eso me tranquilizó, al igual que sus palabras musitadas: «No me tengas miedo, Blanca, ¿qué crees que voy a hacerte? Nada malo, nada que te dañe, por cierto. Tú eres mi tesoro, mi joya más preciada, y te cuidaré y te trataré como a una princesa. ¿Por qué estás temblando? ¿Qué temes? ¿He sido malo o rudo contigo de alguna manera para que estés tan asustada?». Y mientras así hablaba, se deshacía de mi camisón y de sus prendas, me tumbaba sobre la cama, me acariciaba, me besaba. Noté que el cuerpo se le ponía tenso, que dejaba de lado las frases susurradas y las caricias delicadas y que comenzaba a jadear y a apretarme la carne con torpeza.

El dolor fue lo peor de todo, profundo, abrasador y afilado. Quedé paralizada debajo del cuerpo de Escalante, mientras él se refregaba contra el mío completamente ajeno a mi padecimiento. No grité ni le pedí que me dejara, le temía demasiado para hacerlo, y lo dejé continuar. Mis manos le sujetaban los hombros sin pasión, más pendientes de empujarlo lejos que de acariciarlo. Lo escuché gruñir y, por los intersticios de mis párpados, le percibí un gesto de dolor en la cara. Otro gruñido largo y profundo, para luego desplomarse sobre mí, agitado y sudado. En estado de conmoción, me pregunté: «¿Cómo haré para mirarlo otra vez a la cara?».

Percibí que Escalante se hacía a un lado, y me di vuelta rápidamente para que creyera que quería dormir. «¿Estás bien?»», me preguntó al oído, sin tocarme. «Sí, bien», mentí. «¿Te dolió mucho?»». «No. Bueno, un poco», dije, mientras la vagina me latía como un corazón desbocado y la sangre me escurría entre las piernas. Temía confesarle cuánto daño me había

hecho, temía enfadarlo. «Será mejor la próxima vez», aseguró, y apreté los ojos deseando que no hubiese dicho eso de “próxima vez”.

A la mañana siguiente amanecí afiebrada. María Pancha se mantuvo a mi lado, y cada tanto despotricaba contra la brutalidad de Escalante. «Están acostumbrados a hacerlo con putas», repetía. Me ponía paños tibios embebidos en té de malva entre las piernas y paños frescos con olor a menta sobre la frente. Al escuchar los pasos de Escalante, yo fingía dormir. Él entraba. Se quedaba de pie a mi lado, junto a la cabecera. Podía oler su perfume, escuchar su respiración. Él corría el trapo de mi frente y la besaba. «Chiquita», me llamaba, pero María Pancha le espetaba un: «Mejor la deja dormir» que me helaba el alma, y Escalante se marchaba con el aspecto de un niño castigado.

José Vicente Escalante es un hombre moderado y reflexivo, a veces frío y esquivo. Solía pasar largas horas en su estudio escribiendo cartas o leyendo. Recibía correspondencia de Inglaterra y de Francia, donde tenía grandes amigos, entre ellos el general San Martín, a quién veneraba sobre el resto. En ocasiones, cuando se mostraba expansivo, me sentaba sobre sus rodillas y, mientras me acariciaba el pelo, me relataba sus aventuras en el ejército durante la guerra contra los godos, como llamaba a los realistas. A mí me gustaba especialmente la historia del cruce de los Andes, y le pedía que la repitiera, lo que lo complacía gratamente. «El general (así llamaba invariablemente a San Martín) supo que sin buen calzado y una generosa ración de alcohol, en especial de noche, no soportaríamos el cruce. Por eso mandó hacer botas forradas con lana y repartió chicha y aguardiente a discreción. En las montañas el agua era escasa, y algunos enloquecían de sed, muchas bestias murieron con la lengua afuera. También era difícil conseguir pasturas para los caballos y las mulas, el forraje que llevamos resultó escaso. De noche el frío no se combatía ni con largos tragos de chicha, y solíamos amanecer con una capa de nieve sobre el poncho, lo único que teníamos para abrigarnos. Cuando empezamos a trepar las cumbres, el soroche nos desanimó a todos y, aunque apelábamos a respirar cerca de cebollas partidas o a comer mucho ajo, igualmente nos sentíamos mareados y débiles. Apestábamos», decía por lo bajo, y sonreía lánguidamente.

El día que Escalante se enteró de que el apellido de mi madre era Pardo, me preguntó si conocía a Lorenzo Pardo. «El único hermano de mi madre se llamaba así», aseguré, y le referí lo poco que sabía de él, que se había enrolado en el Ejército del Norte bajo las órdenes del general Belgrano para desertar tiempo después, cuando lo de la rebelión de Santa Fe; la última noticia era que se hallaba en Lima. Para Escalante no quedó duda: el Lorenzo Pardo que había conocido en Lima en la década del veinte y con quien había trabado una sincera amistad, era mi tío. Me prometió que le escribiría y que lo invitaría a pasar una temporada con nosotros. Mi felicidad era desbordante y por primera vez lo abracé y besé espontáneamente; él me palmeó la mejilla y me mandó a ordenar la cena.

Meses después de la boda, Escalante me comunicó que, cuando Prilidiano Pueyrredón terminara mi retrato, partiríamos rumbo a Córdoba. Su hermana mayor, Selma, lo reclamaba, en realidad, los asuntos de la casa de la ciudad y de la estancia en Ascochinga lo reclamaban perentoriamente. Desde su llegada de Europa, casi un año atrás, Escalante no había regresado a su ciudad natal, «y ya es hora de hacerlo», manifestó a desgano. La idea de alejarme de tía Carolita y de mi prima Magdalena me entristeció. Por otra parte, la familia se hallaba ilusionada con la llegada de Armand Beaumont, hijo del primer matrimonio de tío Jean-Émile, a quien tía Carolita quería como propio; un joven de veinte años por aquel entonces, con los estudios en filosofía y letras terminados, que había decidido comenzar en el Río de la Plata “le grand tour”. Cuando Armand llegase, yo ya no estaría para conocerlo. Sólo me reconfortaba saber que contaría con María Pancha, que en ese corto tiempo se había adueñado de la cocina, el huerto y los interiores de la casa de Escalante, desplazando a Socorro y al resto de la servidumbre, que la miraban desde lejos y con una mezcla de miedo y respeto. Creían que María Pancha era bruja, siempre ocupada en preparar emplastos y mejunjes de colores espantosos y olores hediondos, y preferían obedecerla a caer víctimas de sus hechizos.

Escalante anunció que partiríamos rumbo a Córdoba el primer lunes de febrero de 1841, de madrugada para aprovechar las horas frescas. «¿Cuántos días dura el viaje?», me animé a preguntar, y él aclaró que, en condiciones normales, siete, pero que, como tenía intención de desviarse unas cuantas leguas para visitar una estancia del gobernador Rosas

llamada “El Pino”, el periplo se dilataría entre tres y cuatro días. No me atreví a preguntar el motivo de la visita a “El Pino”, y deduje que se trataría de un asunto de negocios.



CAPÍTULO XI.

El zorro y la rosa blanca

Blasco le mostró a Laura una entrada en la parte trasera de la pulpería de doña Sabrina, «para esquivar a Racedo», según explicó con un guiño de ojo, mientras le abría la poterna medio destartada que daba al patio interno, destinado principalmente al lavado y secado de ropa. La habitación de Laura daba a ese patio y, como acostumbraba dejar la puertaventana abierta para airearla, no le resultó difícil acceder a su recámara con la extraordinaria ventaja de evitar la pulpería, sus parroquianos bebidos y, en especial, al coronel Racedo.

–Blasco, por favor, dile a Loretana que venga, que la necesito.

Blasco encontró a Loretana sirviendo la cena al coronel Racedo.

–¡Blasco! – vociferó el militar-. La señorita Escalante, ¿por dónde anda?

–No sé, mi coronel -mintió el muchacho-. Quizá siga en lo del doctor Javier atendiendo al padrecito Agustín.

–Seguramente -coincidió Racedo.

–La señorita Escalante está en su recámara -musitó Blasco al oído de Loretana-. Pide que vayas.

–¡Qué se ha creído ésa! – despotricó la muchacha-. ¿Qué yo soy su esclava pa'llamarme cuando quiere? Yo estoy trabajando aquí, carajo.

Blasco no prestó atención a las protestas de Loretana -bien sabía él lo que las motivaba- y la siguió hacia el interior. Antes de llamar a la puerta de

Laura, Loretana se dio vuelta y encaró a Blasco.

–¿Dónde está Nahueltruz?

–Se volvió a Tierra Adentro esta mañana.

–¿Y la nenita mimada? – dijo, en referencia a Laura-. ¿Qué hizo hoy todo el día? ¿Se arregló las uñas y se rizó el pelo?

–¿Pa'qué quieres saber?

–Sabes mejor que naidas que el doctorcito me pagó muy bien pa'que la tuviera vigilada de cerca, y, por si no te acuerdas, mocoso de porquería, las monedas que te doy todos los días son pa'eso, no pa'que compres dulces en lo de don Panfilo.

–Nada hizo. ¿Qué quieres que haga, la pobre? Se la pasa al lado del padrecito, cuidándolo.

–¡Sí, cómo no, la pobre! – despotricó Loretana, y llamó a la puerta-. Dice Blasco que usted me necesita, señorita -masculló a modo de saludo, con el mismo tono sombrío de los últimos días.

–Sí -respondió Laura con soberbia-. Para lavar -indicó, al tiempo que colocaba un lío de ropa sucia en brazos de Loretana-. Tráeme la cena y prepárame el baño. Ah, Loretana, la próxima vez que desees usar mi loción de rosas, preferiría que me la pidieses y no que la tomases sin permiso.

Blasco, que aún aguardaba en el corredor, lanzó una carcajada. Loretana se retiró con el semblante de un perro apaleado. Dio algunos pasos y arrojó el atado de ropa al suelo.

–¡Engreída del demonio! – gruñó.

Luego de una cena frugal y un baño, Laura se recostó pensando que no pegaría un ojo, pero con la intención de liberar las sensaciones y

sentimientos que le ocupaban la mente y que tomaban posesión de todas las partes de su cuerpo. Deseaba a Nahueltruz Guor como no había deseado a ningún hombre. Le atraía su condición de indio. Guor parecía tan orgulloso de su casta y de su tierra que hasta celos le causaba, y no le cabían dudas de que elegiría a los suyos antes que a una cristiana. Ese orgullo de ranquel la marginaba. Ella jamás había sentido igual por su gente; al contrario, hacia algunos albergaba resentimiento y desprecio.

Se preguntó qué significaría ella para Guor; tal vez la despreciaba por su condición de huinca, quizá sólo quería jugar, aprovecharse. Sus besos y caricias, sin embargo, le habían parecido sinceros. Y ese «Laura» susurrado con dulzura no podía ser fingido. Nahueltruz no simulaba, no le haría daño, no a ella, la hermana del padre Agustín. Por instinto más que por certeza, confiaba en ese ranquel, ese hombre tan alejado de todo cuanto le resultaba familiar y seguro. Confiaba simplemente porque su corazón así se lo dictaba.

Un relámpago iluminó la habitación, y, antes de que el trueno resonara ferozmente, Laura pensó: «Nahueltruz tenía razón, lloverá». Las primeras gotas repiquetearon contra las puertaventanas entornadas. «Debería cerrarlas», caviló, medio dormida. El cansancio de un día agotador lentamente borró el rastro de las excitaciones, los cuestionamientos y los deseos. La lluvia arreciaba en el patio de doña Sabrina, y Laura ya dormía profundamente.

Nahueltruz regresó al convento de San Francisco usando, como de costumbre, las calles y atajos menos concurridos. Su picazo avanzaba a paso quedo y tranquilo, acorde con su ánimo. Hacía tiempo que no experimentaba esa paz, quizás era la primera vez que la sentía.

Todo el camino hasta el convento y después también, Guor repasó cada momento de intimidad compartida con Laura Escalante. Junto a ella, se sentía vivo: cuando lo excitaba al rozarle la piel del pecho, cuando lo volvía loco de celos, cuando se le aferraba al cuello y le calmaba la desesperación con largueza. En sus treinta y dos años había conocido a muchas mujeres, incluso había amado a una; sin embargo, lo que Laura Escalante le

provocaba no se comparaba con lo vivido hasta ese momento. Reacciones inopinadas lo tomaban por asalto cuando la tenía enfrente, le nublaban el raciocinio, le acallaban las voces sensatas que lo instaban a alejarse, porque Laura Escalante era una mujer blanca, pertenecía a los huincas. Ni de niño había actuado con tanto desatino e imprudencia.

Apareció el padre Donatti en el granero con un plato de guiso y una hogaza de pan blanco. Nahueltruz colocó una carona sobre un fardo de alfalfa y lo invitó a tomar asiento.

—Ya te dije que ésta es tu casa, que aquí puedes quedarte cuanto quieras - empezó el padre Marcos para seguir-: Pero no quiero una desgracia, Nahueltruz, ya te lo dije ayer. Racedo deambula como perro que olfatea la presa. ¿No habías decidido marcharte hoy por la mañana?

Odiaba mentirle al padre Donatti, de los huincas, el que más respetaba y admiraba; pero no podía confesarle que habría deseado partir, que ya quería estar en medio del desierto rumbo a Leuvucó, cerca de su pueblo, de su tierra, y que, no obstante esa pretensión, un poder irresistible lo había encadenado a Río Cuarto, como si de una voluntad ajena se tratase.

—Me quedé por el padre Agustín -se limitó a mascullar.

—Entiendo -aseguró el franciscano-. Aunque no deberías preocuparte por él, ya ves que la mejoría es palpable. Ha ocurrido el milagro por el que todos hemos orado con devoción. El doctor Javier no quiere apresurarse en dictaminar que está fuera de peligro, porque el carbunco es traicionero, pero sé que es tan optimista como yo.

Nahueltruz comía su guiso lentamente, sin visos de incomodidad por el silencio que había caído sobre ellos. El padre Donatti también parecía a gusto; había dejado el fardo de alfalfa para asomarse a contemplar los primeros refucilos que clareaban el cielo. Regresó junto a Nahueltruz y lo contempló con detenimiento. Le gustaba aquel muchacho; en él se amalgamaban la sagacidad y el arrojo del padre, y la sensatez e inteligencia de la madre. Nahueltruz Guor era un hombre valioso, y pocos conocía con cualidades y virtudes tan ricas. Quizá la guerra entre ranqueles y cristianos

terminaría el día en que él se hiciera cargo de la conducción de las tribus.

–¿Por qué te busca con tanto ahínco el coronel Racedo? – se interesó el padre Donatti.

–Viejas deudas no saldadas -respondió Guor por lo bajo, y siguió comiendo.

–¿Te refieres al ataque al Fuerte Arévalo? – Nahueltruz Guor se limitó a asentir-. ¿Cuántos años hace de eso?

–Cinco.

–¿Allí conociste a Racedo? – Nahueltruz volvió a asentir-. ¿Qué fue lo que pasó? ¿Por qué atacaron el fuerte?

–Para liberar a unas mujeres que el coronel Francisco Sosa (Pancho el Ñato lo llamaban) había cautivado. – Nahueltruz apartó el plato vacío y se acomodó en el fardo-. Entre esas mujeres estaba la hermana de mi esposa, Quintuí. Ella me imploró de rodillas que la rescatara, me dijo que ya había perdido a un hijo, que no quería perder también a su hermana más querida. Junto a Pichuín y a la parte más brava de los lanceros organizamos un ataque. Las mujeres estaban en muy malas condiciones, los soldados habían cometido con ellas toda clase de vejámenes, se las habían pasado de mano en mano. Las tenían medio desnudas y muertas de hambre; mi cuñada no había soportado el martirio y se había quitado la vida cortándose las venas. Liberamos a las que quedaban, y fue una masacre de huincas y ranqueles esa madrugada del ataque. Sorprendimos a los soldados en los catres, mientras jugaban con nuestras chinas, y a la guardia dormida en el mangrullo. El segundo del coronel Sosa era Racedo, mayor por aquel entonces. Cuando lo sorprendí en su habitación con Ayical, sobrina de Pichuín, le salté encima y lo herí con mi puñal, aquí -dijo, y se señaló la mejilla izquierda-. Él también sacó su facón, porque era lo único que tenía a mano. Es más bien torpe con el cuchillo, y no consiguió hacerme ni un rasguño. Pero el Ñato Sosa me atacó por detrás a traición y me hirió en la espalda. Salvé el pellejo de milagro.

Nahueltruz volvió a encerrarse en su habitual hermetismo y parquedad,

mientras el padre Donatti lo observaba con ojos desmadrados. Guor mantenía la vista fija en el suelo, por vergüenza.

–Así ha sido entre cristianos y ranqueles, padre -justificó Nahueltruz-. Nos ha regido el «ojo por ojo, diente por diente». Ustedes han hecho la vista gorda a los mandatos de Cristo y nosotros no nos hemos detenido a pensar en lo costoso que pueden ser el orgullo y la insensatez. Los huincas son más poderosos, y tarde o temprano nos doblegarán. A menos que llegemos a un acuerdo serio y bien planeado -agregó un instante después-, no como las fantochadas que se han hecho hasta ahora. Ya vio usted, padre, lo que pasó en el 70, luego del acuerdo de paz entre Calfucurá y el coronel Francisco de Elias. – Donatti aseguró que estaba al tanto-. A pesar del acuerdo, de Elias no dejó que pasaran ni tres meses y atacó a traición a Manuel Grande y a Chipitruz y pasó por las armas a niños y a mujeres, sin que se le moviera un pelo.

–Semejante masacre sólo podía engendrar otra masacre -meditó el padre Donatti.

–Calfucurá -prosiguió Guor-, para vengarse, arrasó con los pueblos de Alvear, 25 de mayo y 9 de julio. Se dice que nunca un malón cometió tantos desmanes y salvajadas como aquella vez. Por supuesto que de Elias no se iba a dejar tocar así nomás y, tres días más tarde, salió como ciego buscando revancha.

–La batalla de San Carlos -recordó el franciscano-, el año pasado para esta época, ¿verdad?

–El 8 de marzo del año pasado, para ser más exacto.

–Según se dijo -prosiguió Donatti-, no existe precedente de un choque más sangriento entre las fuerzas militares y los pampas. Las noticias nos alcanzaron días después, cuando de Elias mismo se presentó en el Fuerte Sarmiento. Aseguró haber acabado con Calfucurá, pero luego supimos que seguía vivo.

–Para gran disgusto de mi padre, mi tío Epumer participó con quinientos

lanceros en la retaguardia y él asegura que Calfucurá no murió en la batalla de San Carlos como se dijo. De todos modos, su poderío no es el mismo. Nadie lo considera el toqui de antes. Dicen que se refugia cerca de Salinas Grandes y que su salud se quebrantó luego de la batalla.

–Si muere, ¿quién lo sucederá?

–Su hermano Namuncurá, supongo. – Luego de una pausa, Guor retomó: Mi gente es ignorante, padre, ésa es su mayor debilidad, y el huinca lo sabe y se aprovecha. En realidad, padre, ha habido felones y pillos en ambos bandos.

–¿Le has dicho a tu padre cuál es tu idea de «un acuerdo serio y bien planeado»?

–Mi padre es un gran cacique, el mejor que ha conocido el Imperio Ranquel. Le enseñó a su gente a cultivar la tierra, a criar el ganado apropiadamente, unificó las tribus y las organizó militar y políticamente; nadie parlamenta como él ni tiene su capacidad para negociar. Yo lo admiro, padre, y le tengo mucho cariño. Sin embargo, entre el cacique Mariano Rosas y yo existen grandes diferencias. Él ve en las mejoras que yo propongo «la mano del huinca», según su decir. Si dejásemos de vivir en los toldos y construyésemos casas con ladrillos cocidos, él lo consideraría una felonía a las tradiciones de sus ancestros. Si nuestros niños se educaran y aprendiesen a leer y escribir en castellano, él sentiría que se están cortando las raíces que nos atan a nuestra tierra y a nuestras costumbres. No se puede rehuir el progreso que viene con el avance del huinca, es una realidad implacable. Y yo creo que nos adaptamos o perecemos. Decirle esto a mi padre es como darle un puñetazo en pleno rostro. Aunque intuyo que él también lo sabe. A pesar de todo, el cacique Mariano Rosas ha decidido resistir.

–Yo sé que tu padre quiere la paz -terció el franciscano.

–Es cierto -admitió Nahueltruz-, pero no está dispuesto a pagar cualquier precio por ella.

El padre Donatti había conocido a Mariano Rosas tres años atrás, cuando acompañó al coronel Lucio Victorio Mansilla en su excursión al País de los Ranqueles, en el *Mamuel-Mapú*, que en lengua araucana significa País del Monte o de los Árboles. Evocaba con placer aquellos días transcurridos entre los ranqueles, o gentes de los carrizales, que los atendieron a cuerpo de rey. Se había llevado una buena impresión del cacique general, y sus modos, incluso ciertas facciones de su rostro, lo habían desconcertado. Se manejaba con educación y cortesía, y hablaba el castellano fluidamente; conocía al dedillo la historia del país y la situación política vigente; recibía periódicos de la capital, que leía con extrema atención y de los que recortaba artículos de su interés que luego guardaba en una caja con otros papeles y recuerdos importantes, como una carta de Juan Manuel de Rosas, que recitaba de memoria, o un reloj de platino, regalo de su primera mujer. Mantenía el toldo, aunque de aspecto precario y poco acogedor, siempre limpio y prolijo; y sus mujeres y cautivas lo querían y respetaban. Sólo en contadas ocasiones Mariano Rosas perdía el genio pacífico, en general cuando se embriagaba con pulcú u otra bebida de alta graduación alcohólica y de escasa calidad; pero eso lo hacía para acallar viejas penas no olvidadas. En esas ocasiones, Mariano Rosas sólo entraba en razón cuando su primogénito y dilecto lo instaba a tranquilizarse. Nahueltruz Guor ejercía gran influencia sobre su padre, que lo adoraba por sobre el resto de su progenie. Si Mariano decía: «¿Dónde está mi hijo?», a nadie se le ocurría preguntar: «¿Cuál de ellos, general?», porque era sabido que se refería a Nahueltruz.

La amistad entre el cacique Mariano Rosas y el padre Donatti se había afianzado con el tiempo a través de una fluida comunicación epistolar, donde reiteradamente el cacique invitaba al padre Marcos a visitarlo, «para perdonar a muchos pecadores, matrimoniar a varios amancebados y bautizar a tantos inocentes». Donatti no había regresado a Tierra Adentro; sí lo había hecho, en cambio, el padre Agustín Escalante.

—¿Vas a volver a Tierra Adentro? — insistió el padre Marcos.

—No por ahora.

Donatti dejó el establo y cruzó el huerto y el patio del convento a la carrera.

Había empezado a llover. Nahueltruz acomodó el cabezal en un rincón para protegerse de las ráfagas de viento que hacían temblar la estructura del establo. Se desvistió y se acostó. El lecho le pareció duro e incómodo esa noche; no encontraba posición, se rebullía como si tuviera hormigas en el cuerpo. Por fin, dejó el cabezal, se vistió, se calzó las botas de potro y el cuchillo en el refajo, y montó su caballo. Momentos después, cabalgaba por las calles desiertas del pueblo indiferente a la lluvia torrencial, al viento embravecido y a los relámpagos.

Laura abrió los ojos y despertó serenamente de un sueño profundo y agradable. Junto a su cama distinguió la figura de un hombre repentinamente iluminada por el destello del relámpago. Era Nahueltruz Guor.

–Nahuel -dijo con voz clara, mientras se incorporaba.

–Mi madre me llamaba Nahuel -comentó el indio, y se puso de rodillas junto a la cabecera-. No tengas miedo. Quería verte dormir, necesitaba saber que estabas bien.

–Estás empapado -se preocupó Laura, y le pasó la mano por la frente y la mejilla.

Se echó encima la bata antes de abandonar la cama. Nahueltruz se puso de pie y la siguió con la vista mientras la muchacha encendía una vela y tomaba una pila de toallas del ropero.

–Ven -ordenó, y Guor se movió hacia ella con la mansedumbre y sumisión de un cordero-. Siéntate.

Lo ayudó a quitarse el poncho pesado de agua y la camiseta que se le adhería al torso; luego las botas de potro, el refajo y el chiripá, que estiró en los respaldos de las sillas para que se orearan. Lo envolvió en una toalla con aroma a alhucema. «Huele a ella», pensó Guor, y cerró los ojos y se entregó a las manos de Laura, que le secaron el pecho, los brazos y el rostro, con suavidad extrema, en silencio; había dejado de llover y sólo se percibía la

respiración acompasada de ella y el roce de la toalla sobre la piel de él. Laura le soltó el pelo que llevaba atado en una coleta, se lo secó y le pasó los dedos para desenredarlo. Él también le acarició el cabello rodeándola con los brazos.

–No sabía que tu cabello fuera tan largo -dijo Guor, y la obligó a darse vuelta.

El cabello de Laura era tan largo que le cubría la espalda y le llegaba más abajo de la cintura. La vela lanzaba destellos flamígeros sobre los mechones dorados, confiriéndoles una tonalidad extraña, inverosímil. Laura se volvió para mirarlo y le rozó la mejilla con la punta de los dedos. Guor se puso de pie y se quitó la toalla de la espalda. Aunque le dio miedo, Laura dejó que la despojara de la bata y le acariciara los brazos desnudos. Lo miraba muy quieta y silenciosa. Guor se apartó de ella y cerró las puertaventanas.

–Laura -pronunció al regresar, y calló como impedido de seguir hablando.

La virginidad de Laura no era suficiente para contenerle los arrebatos de pasión que le provocaba la cercanía de Guor, y un temblor de placer le recorrió el cuerpo al escucharlo pronunciar su nombre con voz torturada. Amaba a ese hombre, lo sabía, lo amaba con el ímpetu que tanto había añorado amar. Amaba y era amada. Apoyó las manos sobre la cintura de Guor y, de puntas de pie, le besó los hombros, y el cuello, y el contorno de la mandíbula, y le buscó los labios, y él le respondió, se besaron, y fue un beso afiebrado, enardecido, Guor le aferraba la cara con las manos y le buscaba la profundidad de la boca, igual que un sediento bebe agua en un pozo del desierto. Se separaron, agitados, las expresiones alteradas. Nahueltruz le corrió las tirillas del camisón, que cayó al suelo, y se deshizo también de sus calzoncillos húmedos. Para Laura, ésa era la primera vez que se desnudaba frente a otra persona que no fuera María Pancha. La vergüenza y el pudor la acobardaron y se movió para recoger el camisón del suelo. Pero Guor la sujetó por el brazo y la obligó a incorporarse.

–Déjame que te vea -suplicó, y le retiró las manos.

Sus senos eran sorprendentemente grandes para su cuerpo más bien

menudo, y lo llenaron de una apetencia difícil de gobernar. Laura Escalante le resultó perfecta, de una feminidad plena, exuberante, sin mezquindades. Sus manos contuvieron el peso de esos senos jóvenes y firmes y le acariciaron los pezones erectos. Ese contacto les provocó sensaciones intensas. Laura quedó apabullada. Nahueltruz, por su parte, experimentó la incontrolable necesidad de sentirse dentro de ella y, tomándola en brazos, la llevó a la cama. Se recostó a su lado y, sin tocarla, la besó delicadamente en los ojos, después en los pómulos y por fin sobre los labios, en un intento por devolverle la confianza y la seguridad. Laura respondía con timidez. Nahueltruz detuvo las caricias y se quedó mirándola, serio, abstraído.

—Me pregunto si eres consciente de tu propia belleza -dijo-, si sabes lo que causas en los hombres, esta ansiedad que quema por dentro.

La besó provocativamente hasta percibir que Laura olvidaba sus temores y vergüenzas, y su cuerpo se entregaba a la pasión de él. Entonces, la penetró. Laura apretó los ojos y se aferró a sus hombros cuando un desgarró la paralizó. Guor se mecía sobre ella con ansiedad, explorándola, besándola, atravesándola sin misericordia, buscando cada vez más adentro. El dolor intenso, sin embargo, iba diluyéndose y ella se dejaba amar sin reservas, plena, dichosa, completa. Estaba entre los brazos del hombre que amaba. Confiaba en él.

Todo era nuevo para Laura y, sin embargo, intuía que aquella sensación que subía y subía, terminaría en una explosión. Nahueltruz hundió las manos en la almohada, levantó el torso y soltó un quejido ronco. Los músculos le temblaron como si una convulsión los sacudiera, y una mueca de placer que le transformó el rostro la llevó a pensar que él era el ser más hermoso que había conocido.

Nahueltruz se apartó, y Laura buscó casi con desesperación el cobijo de sus brazos para sentir el amparo del hombre al que acababa de entregarse. Guor la recibió y la besó en la sien, aún agitado. Fueron calmándose. Amoldaron el cuerpo de uno en el del otro, entreveraron piernas y brazos, sintieron respiraciones acompasadas en la piel, caricias de cabello sobre el pecho, y así, poco a poco, alcanzaron un sosiego que los acalló.

Nahueltruz se repetía que la mujer que descansaba sobre su pecho no era como las que solía frecuentar; se reprochaba que quizá le había hecho un daño irreparable tomándola, le había arrebatado en una noche de delirio lo máspreciado de una mujer. Pero, ¿qué podía hacer si tenía la voluntad quebrada? Desde el momento en que puso los ojos sobre ella, el buen juicio y la paz lo abandonaron, y resistirla y escaparle se habían convertido en un suplicio. Terminó por someterse y, como un muchacho embriagado de deseo, la buscó para aplacar el fuego que lo abrasaba.

–¿Estás enojado conmigo? – se preocupó Laura, atribulada a causa del mutismo de Guor.

–No, no estoy enojado.

–¿No estuvo bien? ¿Estás desilusionado de mí?

–Laura, estoy enamorado de ti.

«Locamente enamorado de ti», habría agregado, pero el ánimo reflexivo lo llevó a decir:

–Y no sé qué sería mejor. Quizás habría sido mejor desilusionarme.

–Que me ames, eso es lo mejor.

Guor se colocó sobre Laura y le acarició el rostro. Su piel era tan suave y delicada, tan clara y diáfana en comparación con la suya.

–Yo soy un indio, Laura.

–Si eso es un problema para ti, haz de cuenta que yo también soy una india.

–Demasiado blanca para ser una india -aclaró Guor, sombríamente.

–Una india blanca, entonces.

Laura despertó con los rezongos de doña Sabrina que, como de costumbre, sermoneaba a Loretana en la cocina. Nahueltruz no estaba a su lado en la cama ni en la habitación, y su ropa había desaparecido de los respaldos de las sillas. Al moverse, percibió una molestia en la entrepierna y, al levantar la sábana, descubrió la mancha de sangre. «Ya soy mujer», pensó, desbordada por lo que aquello significaba. «La mujer del cacique Nahueltruz Guor».

Como todos los días, Loretana llamó a la puerta y entró sin aguardar respuesta. Encontró a Laura afanada en la escudilla, limpiando una mancha de sangre de la sábana con el jabón de tocador. Laura la miró turbada, y Loretana adquirió un aire altanero para arrimársele.

—El período me tomó por asalto durante la noche -balbuceó.

—Deje -expresó Loretana, más bien imperativamente-. A mí no me hace nada limpiar una mancha de sangre.

—De ninguna manera. Te daré la sábana a lavar una vez que la mancha haya desaparecido.

—¡Como quiera!

Camino a lo del doctor Javier, el coronel Racedo le salió al paso. No iba solo: su ayudante y mano derecha, el teniente Carpio lo acompañaba. Se trataba de un muchacho de entre veinte y veinticinco años, con el rostro enjuto y cetrino, de contextura alta y desmañada. Evitaba mirar a las personas a los ojos y prácticamente no hablaba, saludaba con un movimiento de cabeza y se limitaba a asentir o a negar a las preguntas y comentarios.

—Por fin la encuentro -expresó Racedo, y se quitó el quepis.

—Buenos días, coronel -respondió Laura, y prosiguió su camino, con Blasco a la par.

—Anoche fui a buscarla a lo de doña Sabrina y no estaba; luego fui a lo del

doctor Javier y me dijeron que ya se había marchado. ¡Qué desencuentro!

–Sí, desencuentro -balbuceó Blasco, y Laura le pellizcó el antebrazo.

–¿No tienes trabajo que hacer en el establo, tú? – se impacientó Racedo, y Blasco aminoró la marcha-. ¡No te quiero de vago, eh! Hace días que te veo dando vueltas por las calles sin nada que hacer. ¡Vamos! Vuelve al establo y ponte a trabajar.

–Está bien, anda nomás, Blasco -indicó Laura, y le echó un vistazo significativo.

El muchacho se alejó con la cabeza gacha y el paso cansino.

–¡Indio tenía que ser! – despotricó Racedo.

Se hizo un silencio. Laura caminaba como si a su lado no hubiese nadie; Racedo le seguía el tranco y, unos metros detrás, el teniente Carpio. Después de haber pasado la noche entre los brazos de un hombre como Guor, le resultaba intolerable la presencia de Racedo, insultantes sus avances y delirios; incontrolable la repulsión.

–¿Cómo sigue el padre Agustín? – simuló interesarse Racedo, a quien la hostilidad de Laura comenzaba a fastidiarlo.

–Mejor, gracias.

–¿Ha tenido noticias del doctor Riglos?

–Sí. Dios mediante, en una semana estará de regreso.

–Junto a su padre, supongo.

–Sí, junto a mi padre.

Racedo carraspeó y se arrimó, y Laura sintió un asco que no se molestó en ocultar: se apartó deliberadamente y puso el canasto que llevaba del lado

del coronel.

–¿Pensó en mi propuesta?

–Anteanoche creo haber sido clara, coronel.

–Sin embargo -insistió el militar-, si meditara mi proposición, se daría cuenta de que es lo mejor para usted.

–¿Por qué? – quiso saber Laura, y se detuvo tan intempestivamente que hasta el teniente Carpio se sobresaltó.

–Bueno -vaciló Racedo-, usted misma me ha dicho que su viaje a Río Cuarto, en fin, no ha sido bien interpretado por su prometido... ni por sus parientes ni amigos. Supongo que el señor Lahitte no querrá mantener el compromiso y, en fin, yo pensé que...

–Sí, sí -se impacientó Laura-, sé muy bien lo que pensó, coronel Racedo, y ya le dije que le agradezco sus buenas intenciones, pero insisto: antes de tomar cualquier decisión definitiva, tengo que aclarar las cosas en Buenos Aires, con el señor Lahitte, por supuesto.

Laura emprendió nuevamente la marcha y Racedo se apresuró a seguirla. El resto del trayecto se hizo prácticamente en silencio, el militar farfullaba preguntas inocuas y Laura las contestaba con monosílabos.

En la casa del doctor Javier la aguardaban buenas noticias: Agustín había pasado gran parte de la noche sin fiebre; a eso de las tres de la mañana la calentura había comenzado a remitir, Agustín se había serenado y dormido plácidamente hasta las siete, cuando un ahogo lo despertó; con todo, el esputo había salido limpio, sin una gota de sangre. Laura lo encontró desayunando leche con miel y un trozo de pan con manteca y dulce de ciruelas que María Pancha le daba en trocitos. María Pancha también lucía bien esa mañana, las líneas del rostro se le habían suavizado y los ojos negros le brillaban de alegría. No obstante, el esfuerzo sobrehumano de esos días le había impreso una huella indeleble y parecía haber envejecido diez años. Hasta Agustín le insistió con que se marchara al hotel a

descansar, y Laura tomó el tazón de leche y el trozo de pan y siguió alimentando a su hermano.



CAPÍTULO XII.

Ojos grandes

Partimos en la madrugada del primer lunes de febrero en la volanta. Dos carretas con nuestro equipaje, algunos sirvientes y María Pancha habían dejado Buenos Aires horas antes. El general no había accedido a que María Pancha viajara con nosotros en el coche, como tampoco al deseo de que oyéramos la misa del buen viaje antes de partir. «¡Esas son puras supersticiones de gentes ignorantes, Blanca!», expresó con impaciencia el general, y cerró la discusión sin posibilidad a reclamos.

En el trayecto hacia la estancia del gobernador Rosas, Escalante me sorprendió con la noticia de que mi tío Lorenzo Pardo le había contestado la carta. «Y ten por seguro, – me leyó el general-, que estaré en Córdoba dentro de algunas semanas para conocer a mi sobrina y para estrecharte en un abrazo». Aunque no quería mostrarle “sensiblería barata” (término con el que Escalante solía describir las emociones manifiestas) no logré controlarme, y lágrimas de felicidad me recorrieron las mejillas. También lloraba de tristeza porque me había puesto a pensar en mi madre.

«Tu tío es un hombre muy rico ahora, Blanca», me contó Escalante, mientras me tomaba entre sus brazos y me besaba la coronilla, dulce y comprensivamente, tanto que me desconcertó. «Es un comerciante próspero de Lima». En el viaje hasta “El Pino”, Escalante hizo despliegue de un carácter suave y benevolente que no había mostrado en los primeros meses de matrimonio. Me leyó a Francesco Petrarca, su poeta favorito, y saltaba del Canzoniere a los Trionfi con una avidez de niño frente a un dulce que me hizo apreciarlo con otros ojos. «Petrarca escribió estos poemas en honor de Laura de Noves, su amada y musa. Laura era el paradigma de la belleza en la época del Renacimiento: ojos negros, piel blanca, cabello rubio». Se quedó meditativo. «Tendremos una hija, – habló un momento

después-, y se llamará Laura. Me darás una hija, Blanca, una niña con tu belleza y delicadeza; ella y tú serán mis tesoros más preciados.»

En la estancia “El Pino” nos recibió el capataz, don Isasmendiz, que tenía orden del gobernador Rosas de atender a su “amigo” (ése era el apelativo para Escalante en la esquila) a cuerpo de rey. El general Escalante se encontraba más allá de la lucha entre unitarios y federales. Él, que había combatido a los godos y que compartía la gloria por la liberación de América del Sur, aseguraba que no se rebajaría a tomar parte en una escaramuza de incivilizados. A Rosas, sin embargo, corazón y alma de esa “escaramuza de incivilizados”, el general le tenía aprecio, quizá porque Rosas lo veneraba por ser amigo íntimo del general San Martín.

La mujer del capataz Isasmendiz, Rosa del Carmen, me informó que las carretas habían llegado esa mañana y que María Pancha había acomodado lo necesario en mi habitación. «Tendrá que perdonar la señora, – dijo, sin mirarme a la cara-, pero aquí hay solamente una pieza con cama matrimonial: la del patroncito, y a ésa no la usa naides sino él. Usté y el general Escalante tendrán que dormir en piezas separadas», indicó, mientras caminábamos hacia los interiores de la casa.

Fueron tres días magníficos en el campo de Rosas. María Pancha y yo, con Rosa del Carmen como cicerone, nos aventuramos por los alrededores y, aunque sabía que a Escalante no le habría gustado, permití que Rosa del Carmen nos mostrase el lugar donde los peones marcaban el ganado, esquilaban ovejas y domaban caballos. La actividad era frenética y se notaba que aquél era un establecimiento próspero. Escalante pasaba la mayor parte del día montado a caballo junto a Isasmendiz; resultaba obvio que la visita se debía exclusivamente a un acuerdo de compra o venta de ganado, pero como el general no me hacía partícipe de sus planes, yo no me atrevía a preguntar. Pocas cosas lo fastidiaban tanto como que se averiguase acerca de sus asuntos.

La segunda noche en el campo de Rosas, un incidente me dejó desasosegada y sólo pude volver a conciliar el sueño cuando el sol despuntó. A la madrugada, me despertaron los golpes del reloj de la sala; abrí los ojos sin sobresalto, pero enseguida me atemoriqué al percibir que

había alguien en la recámara. «¿Es usted, José Vicente?», pregunté, y me incorporé en la cama. La escena resultaba escalofriante, porque la persona que merodeaba se movía tan sigilosamente que no la escuchaba sino que la percibía a través del juego de luces y sombras cuando se deslizaba a la luz de la luna; en realidad, parecía que flotaba. A la mañana siguiente, al comentar el episodio con Rosa del Carmen, me dijo con imperturbable seriedad que sin lugar a dudas se había tratado de alguna alma en pena, que existían muchas en esa casona vieja llena de recuerdos.

Finiquitados los asuntos que interesaban a Escalante, debíamos proseguir la marcha hacia Córdoba. La visita a la estancia “El Pino” había sido un éxito para mi esposo, pues continuaba de buen talante. Al despedirnos, don Isasmendiz y Rosa del Carmen nos regalaron una canasta colmada de conservas, dulce de leche, quesos y una pata de choncho que el propio Isasmendiz sabía curar con humo y especias. «Para que no les falte con qué engañar el estómago», expresó el buen hombre, mientras le entregaba la canasta a mi esposo. «La próxima posta, Cabeza de Tigre, está a varias leguas, y van a llegar muy tarde esta noche», informó.

Partimos. El último tramo del periplo (que Escalante aseguraba completar en cuatro jornadas) se presentaba eterno y fastidioso. El calor era lo peor. Yo trataba de cerrar los ojos y dormir, de olvidarme de que me hallaba en un compartimiento pequeño e incómodo, que me alejaba de mi ciudad y de mis afectos para empezar una nueva vida en otro lugar, con gente extraña y al lado de un esposo al que, más que amar, temía.

De tanto intentarlo, debo de haberme quedado dormida. Me despertó la orden del mayoral que detenía los caballos. Escalante se apresuró a descorrer el visillo y preguntó de mal modo qué diantres ocurría. Aparecieron los rostros del mayoral y del postillón. «El campo está en movimiento, patrón», dijo el primero, y el segundo agregó: «Hemos avistao una tropilla de gamos y una bandada de avestruces juyendo en dirección al sur; los pájaros también andan exaltaos, general.» Escalante, que había estado leyendo, se quitó los lentes con un ademán de fastidio y cerró el libro con furia. Paseó la mirada encendida por los semblantes de sus sirvientes, que aguardaban indicaciones. «Enganchen la remuda al coche y aten los caballos cansados a la sopanda; en caso de ser necesario, cortan

la reata para que no sea un lastre. Alisten sus trabucos», añadió, y cerró la ventanilla sin aguardar a que sus hombres se retiraran. Cumplido el mandato, reemprendimos la marcha.

El buen humor de mi esposo se había esfumado. Yo permanecía, aunque quieta y silente, embargada de angustia, porque no era difícil barruntar que algo grave estaba ocurriendo. Luego de controlar que las pistolas estuvieran cargadas y prontas, Escalante se mantuvo alerta al paisaje. Tenía el gesto grave, y por primera vez lo noté inseguro y temeroso. Nuestras miradas se cruzaron, y Escalante se apiadó de mí. «No estés tan intranquila, Blanca; quizá se trate de un grupo de hombres arreando caballos o de una cuadrilla de soldados», y me apretó la mano más bien torpemente. La suya estaba fría y sudada. «¿Y qué si no es un grupo de hombres arreando o una cuadrilla de soldados?», quise preguntar, pero no me animé.

Escalante divisó una columna de polvo que se levantaba desde el nordeste y, a los gritos, le ordenó al postillón que se subiera al toldo y distinguiera de qué se trataba. «¡Indios!», informó el hombre para agregar un momento después: «¡Son pocos, general, y vienen arreando caballos!». Escalante sacó medio cuerpo por la ventanilla para dar órdenes a sus hombres. Yo me acurruqué en el rincón opuesto y saqué mi rosario, que comencé a desgranar como autómatas sin prestar atención al diálogo frenético que se había entablado entre el general y sus sirvientes. Los indios se aproximaban a una velocidad impensable. Nunca olvidaré los alaridos que lanzaban, que, en el desquicio, se mezclaban con el traqueteo del coche, los comentarios vociferados del mayoral y del postillón, las indicaciones de Escalante y mis Padrenuestros y Avemarias rezados en voz cada vez más alta.

Escalante me tomó por el hombro y, sin decir palabra, me arrojó al piso de la volanta, a sus pies. Inmediatamente comenzaron los disparos, los de los trabucos y los de los revólveres. Yo había dejado de rezar y lloraba histéricamente. Lo que más me desasosegaba era el gesto de mi esposo, que, siempre seguro y altanero, ahora lucía medroso e impotente.

Los indios nos rodearon, y el mayoral detuvo la volanta tan abruptamente

que Escalante terminó sobre mí. Enseguida se irguió para cargar las armas y reabrir el fuego. Yo cerraba los ojos y me apretaba los oídos; no quería ver, no quería escuchar, sólo quería despertar de esa pesadilla. En un momento debió resultarle evidente al general que estábamos perdidos, porque detuvo los disparos, me contempló desde arriba y me apuntó con el arma, dispuesto a matarme antes que saberme cautiva de los indios. Yo lo miré sin entender. Escalante descerrajó un tiro y un golpe seco me dejó a oscuras.

Me despertaron las náuseas. Me incorporé y vomité bilis, un sabor amargo que me quemó la garganta. Alguien me extendió un trapo húmedo y un jarro con agua. Me limpié y enjuagué la boca, y levanté la vista para observar en torno. Me hallaba en una carreta protegida con hule, que reconocí como la de Escalante; allí estaban mis baúles y los del general. «¿María Pancha?», llamé con voz cavernosa, y el esfuerzo me arrancó lágrimas. Me tendí nuevamente; me había mareado y las bascas amenazaban con regresar.

Un hombre me colocó un trapo frío sobre la frente y sonrió al presentarse: «Mi nombre es Miguelito, señora, pa'lo que guste mandar». Mi desconcierto debe de haber resultado palmario, pues el hombre agregó que no me preocupara, que él me cuidaría. «¡Por fin despierta!», exclamó a continuación. «Estuvo inconsciente cuatro días». Me llevé la mano a la frente y palpé una costra. Me dolía la cabeza, me latían las sienes y me di cuenta de que tenía fiebre. «La bala le rozó la frente, señora, – acotó Miguelito-. Si no fuera por Mariano, usted estaría muerta. El general Escalante casi la mata». Los comentarios de aquel hombre y mis recuerdos me aturullaban. «¿Dónde estoy? ¿Quién es usted? ¿Dónde está María Pancha?», sollocé, y el hombre me pidió que no me agitara. «Estamos a unos días de Leuvucó, en la selva del Mamuel-Mapú», informó solícitamente, como si aquella perorata fuera esclarecedora. Me ayudó a incorporarme y me dio de beber agua con azúcar. «Mariano regresará dentro de poco. Él fue primero a Leuvucó para saludar a su familia; luego vendrá por nosotros».

Las últimas instancias del ataque a la volante aparecieron frente a mí: recordé los alaridos de los indios, el gesto de Escalante, el sonido de las

balas, el relincho de los caballos, los gritos del mayoral y del postillón, y reviví la espantosa sensación que me había aterido de miedo. Deseé estar muerta.

Al día siguiente me sentí mejor; la fiebre había remitido y la garganta no me lastimaba al hablar. Con todo, me encontraba débil y mareada. Miguelito, mi guardián y enfermero, se mantuvo junto a mí en la actitud de un servil lacayo. Me alimentó, me dio de beber, me acomodó sobre el jergón y se mostró solícito en responder a mis preguntas. Por él supe que, antes de atacar la volanta, habían secuestrado las dos carretas y cautivado a los sirvientes, pero que no habían hallado a mi esclava negra. Supuse, entonces, que María Pancha había conseguido escapar y esconderse antes de que los indios se abalanzaran sobre ellos. Me desconsoló la idea de que María Pancha no sobreviviese a aquel desierto verde, sin agua ni alimentos, sin un caballo ni un baquiano que la guiase fuera del laberinto. Miguelito agregó compungido que el postillón y el mayoral habían muerto, y que el tal Mariano se había enfrentado al general Escalante. «¿Cómo es que conoces el nombre de mi esposo?», quise saber, y Miguelito me confió que él y el grupo de indios que nos habían asaltado eran peones de la estancia “El Pino”. «Mariano la vio a usted la mañana en que Rosa del Carmen la llevó dónde esquilábamos ovejas. “Esa huinca va a ser mía”, nos dijo Marianito, refiriéndose a usted, señora, y todos pensamos que bromeaba.»

Mi esposo asesinado, mi amiga del alma vagabundeando por esas tierras olvidadas de Dios y yo en manos de un salvaje que me había arrebatado del mundo real para satisfacer un instinto animal. Comencé a llorar, y Miguelito dejó la carreta cabizbajo.

Mi estado de ánimo y mi debilidad física me hacían perder la conciencia y a menudo caía en una duermevela plagada de pesadillas que no terminaban cuando abría los ojos. Una tarde percibí una agitación inusual en torno a la carreta en la que se distinguía la voz de Miguelito y la de otras gentes que hablaban en una lengua desconocida, de pronunciación gutural; también se escuchaban relinchos de caballos y el crepitar de una fogata. Me asomé por un resquicio del hule; aunque atardeció y comenzaba a oscurecer, reconocí a Miguelito, el único blanco, rodeado por un grupo

numeroso de indios. Me llamó la atención el que ponía la mano sobre el hombro de Miguelito y le hablaba con circunspección. Miguelito le sonreía y a su vez lo palmeaba en la espalda. Lo llamó Mariano. Se trataba de un hombre tan alto como Escalante, pero corpulento y macizo. Vestía pantalones, y el torso lo llevaba desnudo; los músculos de los brazos y los pectorales me brindaron una clara pauta de su fuerza física. El pelo, lacio, largo y negro, lo usaba suelto sobre los hombros, con un tiento de cuero ajustado en la frente. A esa distancia, me resultó imposible distinguirle las facciones. Minutos más tarde, los indios montaron sus caballos y se alejaron al galope. Después de apagar la fogata, Miguelito trepó al pescante de la carreta y la puso en marcha. Era noche cerrada cuando alcanzamos destino. Miguelito me ayudó a bajar de la carreta y me condujo a una tienda.

«Mi nombre es Mariano Rosas», me dijo en castellano el indio alto y corpulento, luego de que Miguelito me dejó a solas con él en la tienda. Me explicó con parsimonia que me hallaba en Leuvucó, la capital del Mamuel-Mapú, el País de los Ranculches, donde su padre, el gran cacique general Painé Guor, era la autoridad indiscutida. Yo lo contemplaba en silencio, perdida toda capacidad de reacción. El miedo me atenazaba, y el desparpajo del indio destruía mi resolución de mostrarme segura e infranqueable. Estiró la mano y me acarició la frente donde me había herido Escalante. Impulsada por la aversión, salté hacia atrás y le grité que no se atreviera a ponerme un dedo encima. En un instante que no viví, me aferró ambas muñecas con una mano y me aseguró cerca del rostro: «Odiarás tu cuerpo, maldecirás haber nacido hembra porque todo eso es lo que más deseo, y me saciaré tantas veces como quiera. ¡También tu corazón me pertenecerá!». Me arrancó la bata de cotilla, cortó con un cuchillo las cintas del corsé, me arrojó al piso sobre unas pieles y me poseyó. Su fuerza, cien veces superior a la mía, me dejó laxa e inerte bajo su cuerpo. Lo escuché gemir y gozar, y alejé el rostro, asqueada. Por fin, Mariano Rosas se apartó de mí y abandonó la tienda sin mirar el despojo que había quedado en el suelo.

Grité hasta sentir la garganta desgañotada y sabor de sangre en la boca. Grité de asco, de rabia, de desesperanza. Me daba repulsión mi propio cuerpo porque había enloquecido a ese salvaje, porque le había

pertenecido en ese acto bajo y abyecto. Quería lavarme, sumergirme en el agua y refregar mi piel hasta volverla color carmesí. Pero no me animaba a moverme, menos aún a trasponer el umbral de la tienda y pedir ayuda. ¿A quién acudiría en el País de los Ranqueles? Permanecí entre las pieles hecha un ovillo y lloré hasta quedarme dormida.

Al día siguiente amanecí con los ojos empastados de lagañas y un dolor en la garganta que me dificultaba tragar. Aún me encontraba ovillada sobre las pieles, y fue una ordalía estirar los miembros y ponerme de pie. Luego de restregarme los ojos, advertí que había una india a mi lado; me contemplaba con cara de pocos amigos, al tiempo que me ofrecía un plato con un guiso humeante. Lo aparté de un sacudón y terminó en el piso. Le ordené que se fuera, y la muchacha salió de la tienda vociferando en esa lengua inextricable.

Había un vaso con agua, que bebí con deleite y que calmó el ardor de mi garganta. Como pude, até las tirillas del corsé y cerré la bata de cotilla para asomarme a la enramada, una especie de galería delante del toldo con techumbre plana hecha de maderos y cubierta con chalas de maíz para dar sombra en esa tierra carente de grandes árboles. Había tiendas diseminadas y algunos ranchos. Se destacaba un grupo de toldos, dispuestos en semicírculo, que deduje serían los aduares del tal Painé; el de mayor tamaño lucía, en el ingreso, cinco lanzas con penachos de plumas coloradas y moharras de plata sobre las que reverberaba el sol.

El paisaje era yermo, estéril y ondulado a causa de las cadenas de dunas que se perdían en el horizonte. Caldenes, chañares y espinillos constituían la vegetación, junto a arbustos menores y gramilla. La actividad frenética de esas gentes menguaba la tristeza del entorno: avisté varios hombres en un potrero atiborrado de caballos de excelente estampa; algunos los vareaban, otros los cepillaban; las mujeres limpiaban las enramadas con escobas de biznagas y aplastaban la tierra salpicando agua y zapateando; unos indiecitos arrastraban bolsas con desechos y los arrojaban a una hoguera, mientras otros acarreaban baldes de madera con agua al interior de los toldos. En medio de aquel fervor doméstico se notaba que nadie padecía lo que yo, y eso me hacía sentir aun más sola.

Un perro, que descansaba a mi costado de la enramada, me había estado observando con ojos lánguidos y bonachones. Se levantó y estiró las patas antes de entrar en el toldo. A pesar de su alzada y tamaño (más parecía ternero que perro) no me causó pánico, trasijado y débil como estaba; tenía la piel opaca y el lomo llagado, donde las moscas hacían un festín. Lo seguí intrigada. El pobre animal olía la comida desparramada en el interior del toldo, gañía y me lanzaba vistazos suplicantes. Recogí el guiso con la cuchara y lo devolví al plato, que coloqué bajo el hocico reseco del perro. Tenía tanta hambre que lo devoró en tres lengüetazos. «Veo que a ti tampoco te tratan bien», dije, y le acaricié la cabeza. El perro me lamió la mano antes de echarse a dormir en un rincón de la tienda.

Como no deseaba llamar la atención, permanecí en el toldo; aquello que por fuera resultaba precario e inestable, contaba en su interior con una sólida estructura de madera y cueros bien curtidos, cosidos con lo que parecía la tripa reseca de algún animal; eso me dio la pauta de que estas gentes no eran nómadas: la tienda tenía todo el aspecto de haber sido construida para permanecer en el mismo sitio al menos por un buen tiempo. Se trataba de un espacio pequeño, sólo contaba con dos compartimientos bien diferenciados y aislado uno de otro, con piso de tierra pisoteada tan dura y plana como el mazarí de un soldado. En el primer compartimiento había pasado la noche sobre las pieles; en el segundo, que hacía de recámara, descubrí un catre increíblemente cómodo. Me recosté, exhausta mental y físicamente, y mientras imaginaba la mejor manera de escapar, me quedé dormida.

Me despertó horas más tarde el bisbiseo de varias mujeres que me circundaban; entre ellas reconocí a la que me había ofrecido el guiso. Me tocaba un mechón de pelo, que para aquel entonces llevaba suelto, enredado y sucio. Una mujer mayor me acarició la mejilla con una mano sarmentosa y reseca, otra tanteó el tafetán de mi falda, y así todas se animaron a manosear alguna parte de mí. Me incorporé ciega de furia y las eché con cajas destempladas. Ellas se abalanzaron sobre mí y a la rastra me sacaron fuera. En la pelea, tragué polvo, se me rompió aun más el vestido, perdí un chapín y me ligué un mamporro que me hizo sangrar la nariz. No tenía voz para gritar, y me limitaba a sacudir piernas y brazos, a repartir trompazos y puntapiés a mansalva. Hasta que apareció Miguelito,

y me quitó el enjambre de encima.

A mi paso hacia el toldo asistida por mi ángel guardián, las mujeres me gritaban e intentaban golpearme, pero Miguelito levantaba el brazo en son de amenaza y las espantaba como a palomas. Niños y niñas marchaban a nuestro lado y me observaban como si yo fuera una criatura de otro mundo. Los más ancianos también me miraban y comentaban con flema, cada uno con una pipa larga y blanca que les colgaba de los labios. «Las chinas no querían hacerle daño, señora», terció Miguelito, mientras me ayudaba a regresar al catre. «Querían llevarla a la laguna para lavarla y ponerla bonita para Mariano, que está al llegar». Que no me tocan, que se mantuvieran lejos, que las odiaba, que me daban asco, que no soportaba su olor, que Mariano se podía ir al demonio. Cansada, débil y triste, me largué a llorar como una magdalena, mientras Miguelito, en silencio y con gesto serio, me limpiaba la sangre de la nariz y el polvo del rostro.

Más tarde pensé: «No me vendría nada mal un baño». Apestaba, ¿cuántos días habían transcurrido desde el último baño decente? Debía de tener la traza de una orate. El perro, que durante la pelea había perdido la pachorra para ladrar y propinar tarascones a las indias, ahora yacía a los pies del catre, y cada tanto gimoteaba como solidarizándose con las amarguras de su nueva ama. «Veo que se ha ganado un amigo muy prontito», dijo una voz de mujer en castellano. «Ven, Gutiérrez, que te traje unos huesos», y el perro se levantó y, meneando la cola, fue donde la joven morena y bonita.

Me dijo que se llamaba Lucero y que era la hija del gran cacique Yanquetruz y de Dorotea Bazán, una cristiana oriunda de Comodoro Várela, San Luis, que había sido cautivada a la edad de trece años. «Yo sé que no estás loca como dicen, pero sí muy lastimada. No tienes que temer, yo estoy contigo ahora». Me llevó en su jaca hasta la laguna de Leuvucó, a unas doscientas varas del asentamiento, donde me desnudó con extrema delicadeza, me bañó y lavó el pelo, que luego desenredó y dejó suelto. El agua era dulce y transparente, y fue un placer sentirme fresca y limpia de nuevo. «Ponte esto. Es mi mejor pilquen», y sacó del morral un pedazo de paño fino de color bermellón, que me enroscó en torno al cuerpo y ató detrás de mi cuello.

Sobrevino el crepúsculo, y un aire fresco, que olía a campo, me secaba el cabello. Permanecíamos calladas. Lucero juntaba barro de la marisma, un barro compacto, de color plomizo, con el que formaba panes que luego guardaba en un talego. «Será para moldear vasijas y otros chirimbolos», pensé, incapaz de romper el silencio. Se escuchaba el agua de la laguna que corría entre los carrizos y las espadañas, el trinar de los pájaros y el chirrido de grillos y otros insectos nocturnos. Y el ruido de mis tripas, que causó risa a Lucero. «Anda, vamos, mi madre ya debe de haber preparado algo para comer», y me tomó de la mano y me ayudó a ponerme de pie.

«¿Qué va a ser de mí, Lucero?», quise saber con la voz quebrada y lágrimas suspendidas en los ojos. En medio de aquel lugar silente y yermo me había puesto a recordar lo linda que era mi ciudad, cuánto quería a mi gente, a mi negra María Pancha, a tía Carolita y sobre todo a Escalante, a quien repentinamente añoraba con desesperación. Me dije: «No volveré a verlo jamás». Caí de rodillas y por primera vez lloré a mi esposo muerto. Demasiado débil para llorar, me recosté sobre el regazo de Lucero, que me mesó el cabello y me susurró palabras de consuelo hasta que recobré la calma. «Algún día amarás a mi tierra y a mi gente», vaticinó la muchacha.

La madre de Lucero, Dorotea Bazán, era una mujer más joven de lo que aparentaba; aquellos parajes tórridos en verano y gélidos en invierno, le habían cuarteado la piel, que ya no era blanca, y la vida dura y afanosa de Tierra Adentro le había encorvado la espalda y deformado las manos. Le faltaban algunos dientes. Me di cuenta de que no era culta, quizá hasta analfabeta, pero sí dueña del candor propio de la gente de campo, esa mezcla de sabiduría, inocencia y mesura que me apaciguó el alma inquieta. Cuando le pregunté cómo había logrado habituarse a los salvajes, me respondió sin ofenderse: «Ni tan salvajes. Verá, m'hija, uno se termina acostumbrando a cualquier cosa en esta santa vida», y me pasmó al contarme que, años atrás, un piquete de soldados la había rescatado del cautiverio, pero ella, con dos hijos del cacique Yanquetruzpor aquel entonces, le pidió al capitán que la regresara al Imperio Ranquel. «De todos modos, – agregó, con gran aceptación del fatalismo-, ¿quién me querría en la civilización si yo era la mujer de un indio?»

Miguelito me fue a buscar a lo de la viuda del cacique Yanquetruz para acompañarme de regreso al toldo, donde me topé con Mariano Rosas. Me miró de arriba abajo, evidentemente complacido con el pilquen rojo que llevaba. A pesar de que el miedo me dominaba, yo también lo miré de arriba abajo, y, gracias a la luz de una lámpara de cebo, advertí que se había bañado (tenía el pelo húmedo y no apestaba a grajo y a caballo como la noche anterior) y que vestía ropas de gaucho bastante finas. Evité que nuestros ojos se encontraran y, al comenzar a sentir vulnerabilidad e incomodidad, me agaché para colocar los restos de la comida en el plato de Gutiérrez, mi fiel amigo.

«Usted es un desfachatado, señor», expresé, aferrada al pescuezo del perro. «¡Mire que presentarse así como así después de lo que me hizo anoche!». La verdad es que no sabía qué decir; ese hombre me había hecho tanto daño, lo odiaba tanto, tenía tantas cosas atragantadas para reclamarle que la situación me desbordaba y no atinaba a actuar. Se me cruzó por la mente arrojarle el cebo de la lámpara y quemarlo vivo, arrebatarse el facón e hincárselo en el vientre, morderlo, arrancarle los ojos, todo tipo de crueldades para compensar la rabia y el resentimiento que me carcomían el alma. «Y después, ¿qué, Blanca?», me dije.

«Lo que te hice anoche, – empezó él-, es lo que cualquier hombre le hace a su mujer», y remarcó lo de “su mujer”. Le espeté que yo no era “su” mujer, sino la del general José Vicente Escalante, a quien él había asesinado a sangre fría para complacer el instinto propio de un animal. «¿Quién te dijo que yo maté al general Escalante? Hasta la última vez que lo vi estaba herido, pero no muerto», y me aferró de la cintura para agregar con una mueca furibunda: «No deberías preocuparte tanto por él; después de todo, iba a matarte». «Mejor muerta que este infierno», le solté. Nos mantuvimos en suspenso por segundos que parecieron siglos hasta que Mariano Rosas me arrojó al suelo y abandonó el toldo con Gutiérrez por detrás que le ladraba.

Escalante no había muerto. Vivía. Una alegría inefable me colmó de esperanzas. El vendría a rescatarme. No obstante, y en contra de mis buenos augurios, razoné que un hombre herido, solo en medio de una tierra hostil, sin alimentos ni agua, jamás subsistiría. Y, recordando las palabras

de Dorotea Bazán, me pregunté si mi esposo aún me querría después de haber sido violada por un indio.

A pesar de todo, esa noche dormí profunda y plácidamente. Era la primera vez en varios días que lo hacía limpia y bien comida. A la mañana siguiente me despertó Gutiérrez, que reclamaba su desayuno. Al abrir los ojos, me llevó un momento entender adonde estaba. La voz de Miguelito, que me llamaba desde la enramada, me salvó de caer en el desánimo. «Me gustaría tanto recuperar mis cosas», le comenté a modo de saludo, mientras alisaba el pilquen de Lucero, que parecía un fuelle.

Miguelito me traía el desayuno: un plato de madera repleto de puchero, abundante en choclos y zapallo. Los indios siempre comen carne, en las tres comidas diarias, no sólo de vaca sino de yegua, potro, guanaco, avestruz, gamo y otros animales más chicos, como vizcachas y piches, que cazan en el desierto; supongo que por eso son fuertes y sanos; nunca conocí un caso de tuberculosis, raquitismo o consunción, enfermedades que desvelaban con frecuencia a mi padre y a tío Tito en Buenos Aires. Con todo, la vista y el aroma del puchero a esa hora de la mañana me despertaron ganas de vomitar. Miguelito salió del toldo y regresó poco después con un chambao (especie de jarrito hecho de asta de toro) con café humeante y bien dulce; envueltas en un trapito, venían cuatro tortas fritas. Nos sentamos a desayunar en la enramada. Que el puchero estuviera caliente no era obstáculo para que Gutiérrez lo devorase haciendo toda clase de ruidos.

Noté movimiento en el toldo de las lanzas con plumas rojas, el que yo suponía del cacique. Las indias entraban y salían llevando enseres de cocina, mientras los niños barrían la enramada y acomodaban los asientos. «Esta noche están de fiesta», comentó Miguelito, adivinando mi curiosidad. Le lancé un vistazo como diciéndole: «¿Y a mí qué me importa?», que de inmediato lamenté. Miguelito era, junto a Lucero, mi único amigo en ese sitio cerril y extraño, y, aunque debería haberlo odiado (después de todo él había formado parte del malón que me había arrancado de mi mundo), no podía; era un hombre demasiado bueno. «¿Fiesta?», pregunté, con mejor predisposición. Y esto dio pie para que Miguelito me contase la historia de Mariano Rosas.

Allá por 1834, una tribu al mando del caciquillo Llanquelén se había escindido de la Confederación Ranquel para ponerse bajo la protección del gobierno cristiano, que lo ubicó, junto a su tribu, en la localidad de Rojas, provincia de Buenos Aires. Painé Guor, sucesor de Yanquetruz, que desde hacía poco ostentaba el título de cacique general, decidido a recuperar las tierras y devolver a la buena senda a los renegados, organizó junto a Pichuín (hijo del gran Yanquetruz y hermano mayor de Lucero) un ataque a Rojas. Es costumbre de los indios cuando salen a maloquear dejar un grupo de caballos de reserva al mando de lanceros más jóvenes, a distancia prudente del sitio elegido para asaltar; de esta forma cuentan con caballería fresca al momento de la huida. Aquella vez, la del ataque a Llanquelén y a la localidad de Rojas, no fue una excepción, y Painé dispuso que una manada de mil trescientos caballos quedara al mando de su hijo de quince años, Panguitruz, y de otros jóvenes a orillas de la laguna Langheló, a varias leguas de Rojas. Entre estos jóvenes se encontraba también el hijo mayor de Pichuín, Güichal, nieto de Yanquetruz y amigo inseparable de Panguitruz Guor.

Llanquelén, prevenido del ataque del cacique Painé, no sólo advirtió a la localidad de Rojas del inminente malón sino que salió tras las reservas que, de seguro, se habrían aprestado para el momento de la fuga. Las halló a orillas de la laguna Langheló, donde Panguitruz, Güichal y el resto de la indiada se bañaban despreocupados. Los mil trescientos caballos y el grupo de jóvenes fueron arreados y entregados a las autoridades militares que los condujeron a la prisión de Santos Lugares. Meses más tarde, las tierras de la tribu sediciosa fueron nuevamente anexadas a la Confederación ranquelina y el cacique Llanquelén juzgado por una asamblea de iguales en respeto a su jerarquía. «¡Painé!», vociferó Llanquelén en las últimas instancias del juicio, «¡No verás más a tu hijo Panguitruz porque se lo he entregado a Rosas y se lo ha llevado a Santos Lugares!». Enfermo de rabia y dolor, Painé desenvainó el facón y degolló al cacique rebelde en medio de la asamblea. El cuerpo de Llanquelén aún se contorsionaba en el piso cuando Painé se cubrió el rostro y, frente a los demás caciques, caciquillos y capitanejos, lloró amargamente la pérdida de su hijo Panguitruz, que si bien no era el primogénito, todos lo sabían su dilecto.

El año de cautiverio en Santos Lugares resultó un infierno para Panguitruz, Güichal y los demás indiecitos. Los mantenían con grilletes, les daban de comer poco y mal y los trataban como a bestias; dormían en el piso y hacían sus necesidades en un balde que a veces los guardias se olvidaban de vaciar. Al comenzar los primeros fríos, les arrojaron unas mantas agujereadas y malolientes y, a pesar de que se acurrucaban para darse calor unos a otros, el aire gélido nocturno les traspasaba los miembros como cuchillos filosos. Uno de ellos murió de pulmonía.

Consciente de las penurias que pasaría su hijo, Painé hizo llegar un mensaje a Rosas: entre los indios que desde hacía casi un año mantenía prisioneros en Santos Lugares se hallaba el hijo de Painé Guor y de la cacica Mariana. Rosas, que conocía a Painé de sus años mozos, de cuando era estanciero y debía combatir el malón a diario, hizo comparecer al grupo de indios en su nueva residencia de San Benito de Palermo. «¿Quién es el hijo de Painé y de Mariana?», preguntó con voz estentórea y mueca imperiosa, y Panguitruz, sin acoquinarse, dio un paso al frente y lo miró de hito en hito. A Rosas le gustó ese muchacho, más alto y mejor formado que el resto, que había heredado las facciones delicadas de la madre y el cuerpo macizo y fibroso del padre. También le gustó que no luciera medroso ni inseguro; por el contrario, sus ojos azules brillaban de rabia y resentimiento, de picardía y sagacidad.

Pasaron días muy agradables en San Benito de Palermo, donde los trataron con deferencia y largueza. Rosas los hizo bautizar, y él mismo fue el padrino de Panguitruz, a quien dio su apellido e hizo llamar Mariano en honor de la madre, la cacica Mariana, esa belleza mitad india mitad blanca que había conocido quince años atrás. Días después, les ordenó subir a una carreta y los mandó a su estancia “El Pino” con una nota para el capataz Isasmendiz.

Mariano, Güichal y los demás indios vivieron seis años en “El Pino”. Allí conocieron a Miguelito, que trabajaba como peón para purgar la condena por haber combatido entre las huestes del general unitario José María Paz. Según Miguelito, que profesa por Mariano una admiración rayana en la adoración, Mariano Rosas era el más despierto del grupo, y en poco tiempo

se hizo la fama de mejor domador de baguales; los más bravos y feroces terminaban mansos y dóciles en sus manos; nadie piala, yerra o esquila como él, y según el decir del propio Mariano, después de Dios, a quien más quiere es a su padrino Juan Manuel, que le enseñó todo lo que sabe.

La vida en “El Pino” no era fácil; debían trabajar como negros para ganarse el salario, el hospedaje y la comida, pero nunca les faltaron el respeto y los consideraban como a iguales. Isasmendiz se había encariñado especialmente con el hijo de Painé, quizá por pedido explícito del propio Rosas en un principio, quizá porque Mariano resultó el más bravo de su peonada tiempo después. Mariano también quería y respetaba a Isasmendiz y vivía tranquilo en la estancia mientras aprendía algo nuevo cada día, aprendizaje que atesoraba para cuando regresase a Tierra Adentro.

A pesar de lo empeñado que estaba a causa de los asuntos de la Confederación, Juan Manuel de Rosas se hacía tiempo y viajaba a “El Pino”. Apenas llegado, mandaba a llamar a su ahijado Mariano, que permanecía a su lado (incluso comía en su mesa) hasta que el gobernador se marchaba. A Rosas le gustaba jactarse de que no había desacertado con aquel zagal: aprendía con facilidad y bien, y se mostraba ávido por conocer cosas nuevas. Incluso, estaba afanado en aprender a leer y a escribir.

Mariano tomó la decisión de regresar a Tierra Adentro esa mañana en que me avistó junto a Rosa del Carmen y a María Pancha mientras merodeábamos la zona donde esquilaban ovejas. Había sido él el fantasma que se había escurrido en mi cuarto, y también había sido él quien, un segundo antes de que Escalante disparara su arma, lo había golpeado con las boleadoras, obligándolo a desviar el disparo que me rasguñó la frente. Supe que no contaría con Miguelito para escapar; a pesar de que me trataba como a una reina, su mayor devoción era para Mariano, a quien decía deberle la vida. «Nunca fui bueno domando cimarrones», explicó con la vista baja, evidentemente avergonzado, «y la primera vez que lo intenté casi muero si no es por Mariano, que me salvó el pellejo sin conocerme mucho. Era arisco ese bagual, tenía el diablo en el cuerpo. Me sacudió bien fiero hasta que me tiró, con tanta mala fortuna que se me engancho el pie en el cabestro y el caballo ora me arrastraba ora me hacía flamear como

estandarte. Aquello iba a terminar mal, señora, o pisoteo por los cascós o desnucos. Los peones no sabían qué hacer; yo, más desmayado que despierto, sólo escuchaba gritos y comía tierra. Mariano, según me narraron después, se trepó como gato montes a los adrales del potrero y, cuando el caballo enfurecido estuvo a mano, se le tiró sobre el lomo, así nomás, sin cabestro ni apero, que el cabestro lo tenía yo enroscado en la pierna y el apero hacía rato que había terminado en el barrial del potrero. Se le aferró a las crines y cortó el tiento para liberarme. Güichal se metió al potrero y me arrastró fuera, mientras Mariano saltaba y rebotaba sobre el lomo de ese demonio. Al rato, el caballo terminó echando espuma y sangre por el hocico, más manso que un ángel del Señor».

«¿Y la fiesta de esta noche?», insistí, porque no quería que siguiera loando al hombre que yo aborrecía. La fiesta la organizaba Painé para celebrar el regreso de su hijo favorito a quien había creído perdido para siempre. El Consejo de Loncos en pleno (lonco significa cabeza o cacique en araucano) comparecería en pocas horas, y no faltarían los caciquillos y capitanejos del imperio, que llegarían desde los cuatro puntos cardinales. También estaban invitados los hermanos Juan y Felipe Saáy el coronel Baigorria, caudillos unitarios que habían pedido asilo a Painé mientras escapaban de la persecución encarnizada de Rosas y de la Mazorca. Tenían sus ranchos en Trenel, algunas leguas hacia el noreste de Leuvucó, cerca del monte del caldén y de la lagunita del mismo nombre.

Se me ocurrió preguntar por primera vez qué suerte habían corrido los sirvientes de mi esposo, los que viajaban en las carretas junto a María Pancha, y Miguelito me aseguró que se encontraban en excelentes condiciones sirviendo en la toltería del cacique Pincén. Ellos también habían preguntado por mí. Resultaba imperioso verlos, ellos sabrían decirme qué suerte había corrido María Pancha. «Pincén también vendrá a la fiesta, señora. Quizá traiga a su gente.»

Se acercó un indio que llamó “peni” (hermano) a Miguelito. Cruzaron palabras en araucano, y Miguelito me indicó que debía marcharse. Ahí me quedé, sola en la enramada, sentada sobre un tocón, Gutiérrez a mis pies. La actividad del asentamiento aumentaba minuto a minuto. Llegaban tropillas de jinetes acarreado zurrónes con maíz, trigo, zapallos, choclos y

legumbres, que entregaban a las chinas en la tienda principal; también traían chifles desbordantes del fuerte pulcú, bebida que obtienen al macerar la algarroba, y de la dulce y suave aloja. Algunas niñas portaban sandías, melones y leña mientras conversaban animadamente con un indio que traía en reata tres cabras; se las entregó a una mujer, que desapareció con ellas detrás de la toldería; al rato, llevaba partes despellejadas de los animales al interior de la tienda grande. En el corral, un muchacho pialó y enlazó a una vaca gorda; ya en el suelo, un mazazo en la testuz la mató. Los hombres se apartaron de la vaca, dando paso a un grupo de chinas que, con pericia extraordinaria, desolló y despostó al animal, sin desperdiciar siquiera la sangre, que les gusta beber aún caliente. Mataron tres más. La comilona en honor de Panguitruz Guor o Mariano Rosas se perfilaba como un banquete digno de Lúculo.

Aunque poco a poco me acostumbraba a la visión circundante, aquél era otro mundo, tan ignoto y distinto al mío como podría haberlo sido el de los selenitas. El País de los Ranqueles ciertamente existía, pero yo no me hallaba preparada ni dispuesta a aceptarlo. Para mí, la realidad se había tomado inverosímil.

Se aproximaba al galope una decena de indios; a la cabeza venía Mariano Rosas. Cabalgaba con maestría, como sólo los hombres de la Pampa saben hacer, con ese dominio total y absoluto de la bestia, y esa seguridad que les confiere el porte de caballeros medievales sobre la albarda; a pie, en cambio, son más bien torpes, caminan en forma desmañada, con la cabeza hacia delante y las piernas arqueadas; es muy gracioso verlos correr.

Mariano Rosas vestía una camisa blanca, bombachas de pañete azul y botas de potro overas; el facón le brillaba en la cintura; se había sujetado el pelo en una coleta a la altura de la nuca, mientras un tiento con plumas blancas le adornaba la frente. Dio un remesón, que imitó el resto de los jinetes, y los caballos se clavaron en el sitio. Varias chinas se aproximaron, sonrientes y parlanchinas; una de ellas, la que me había llevado el guiso el día anterior y que había querido “ponerme linda” a la fuerza, caminó con afectación evidente hasta la montura de Mariano y le extendió un odre, del cual Mariano bebió con fruición. Al devolvérselo, le dedicó una sonrisa franca y abierta, y le dijo algo que la hizo sonrojar. Era la primera vez que

lo veía sonreír, y debí aceptar que sus dientes parecían de marfil en contraste con su piel atezada.

De repente me miró sin sorprenderse, con un mohín socarrón que me dio a entender que todo el tiempo había sabido que yo lo contemplaba desde la enramada. A mí no me dedicó una sonrisa; por el contrario, me clavó la mirada con soberbia; la india, por su parte, me lanzaba vistazos con aire de furia. Di media vuelta y regresé al interior del toldo, con Gutiérrez por detrás. Me senté en el catre a aguardarlo, segura de que se presentaría a reclamarme el desplante de la noche anterior. Cuando por fin escuché pasos y acudí a la pieza contigua, me encontré con Lucero. «Vamos a la laguna mi sobrina y yo, ¿nos acompañas?». En una canasta, junto a otras prendas, Lucero llevaba mi vestido hecho jirones para lavarlo. Su madre se había ofrecido a componerlo. Loncomilla, la sobrina de Lucero, una niña de diez años que no hablaba castellano, se limitaba a observarme de soslayo y a hablar con su tía, evidentemente de mí.

Ya en la laguna, mientras Loncomilla chapoteaba alejada, Lucero dijo: «Ahora estoy más tranquila por ti. Las pucalcúes han hablado», y me refirió que un grupo de mujeres (las pucalcúes o brujas) reunidas en aquelarre habían leído en el porvenir de Panguitruz Guor que yo sería buena para él, que no era el Hueza Huecubú (espíritu del mal) sino el Huenu Pillán (espíritu del cielo) quien me había conducido hasta ese lugar; vaticinaron, entre otras cosas, que yo obraría maravillas entre los ranculches. Incluso una pucalcú había hecho una apología de mí al decir que, por mi causa, Panguitruz había regresado; otra, sin embargo, se había opuesto al oráculo al asegurar que mi espíritu lo atormentaría la vida entera. Me dio risa, y Lucero se mostró ofendida, por lo que de inmediato me recompuse. Agregó a continuación que la fiesta no era sólo en honor de Mariano sino de su sobrino Güichal y de los demás ranculches cautivados aquella mañana cerca de Langheló. Güichal, amigo íntimo de Mariano, era hijo del hermano mayor de Lucero, Pichuín, que había vivido atormentado todos esos años al saber a su primogénito en manos de los huincas. Loncomilla era la hermana menor de Güichal. Al escuchar que la mencionábamos, la niña regresó a nado hasta la orilla y se me plantó enfrente con una sonrisa cálida. Uchaimañé, me llamó, que quiere decir ojos grandes.

Más tarde, luego de comer choclos fríos y tortillas de maíz con arrope, ayudé a Lucero a lavar la ropa. Loncomilla se alejó para juntar flores. «No confíes en Nancumilla», expresó Lucero con severidad. «Ella está enamorada de Mariano desde hace mucho, desde antes que se lo llevara el huinca. No aceptes nada de ella, en especial comida o bebida; puede contener oñapué, veneno, – aclaró-, que te mataría lenta y dolorosamente». Nancumilla, la que me había ofrecido el guiso el primer día, la que poco antes le había alcanzado el odre a Mariano y recibido como recompensa una sonrisa galante, tenía la firme intención de convertirse en la esposa principal de Mariano Rosas. Era una muchacha baja y carnosa, de largos y lacios cabellos negros que invariablemente peinaba en dos trenzas. Sus facciones, aunque sin duda ranqueles, resultaban armoniosas y agradables; por cierto, no se destacaban sus ojos, demasiado sesgados, ni sus pómulos, demasiado prominentes, ni el morro, muy abultado, pero en conjunto sus rasgos le conferían un aire atractivo, el aspecto de una mujer pasional y determinada.

Lucero me hablaba de las pucalcúes y de sus oráculos, de Nancumilla y su eterno amor por Mariano Rosas, de la fiesta en honor de su sobrino, y yo cavilaba: «¿Qué diantres me interesa a mí? ¿Qué diablos tiene que ver conmigo, que pronto regresaré al lado de mi esposo y de mi amiga María Pancha?». Sin embargo, por respeto a la seriedad con que Lucero trataba esos temas, yo la escuchaba sin aclararle que, en breve, desaparecería para siempre de Tierra Adentro.

Al regresar de la laguna me encontré con grandes cambios en mi tienda. Miguelito, apostado en la enramada, dirigía las operaciones, mientras un desfile de mujeres y niños acarreaba cosas desde la tienda principal. Mis baúles se hallaban en el centro de la habitación, además de toda clase de trebejos para cocinar, lámparas de cebo de potro, asientos forrados en piel de carnero, una mesa pequeña y una trébedes ya instalada bajo el hueco del mojinete donde hervía agua en una pava. En la parte contigua habían quitado el catre pequeño y puesto uno más grande, y una mujer armaba la cama. «Mainela será su sirvienta, señora Blanca», anunció Miguelito desde la entrada, y la mujer interrumpió su labor y se dio vuelta, sin levantar la vista. «Ella sirve en las tolderías del caciquillo Pichuín, que se la cede a

usted, señora» y, como yo seguía muda, Miguelito añadió: «Vendrá todos los días temprano por la mañana pa'ayudarla en lo que usté mande. Habla castellano, como nosotros, porque es cristiana.»

Más tarde, una vez desaparecidos Miguelito y su tropa de ayudantes, y mientras Mainela acomodaba la habitación delantera, me dediqué a estudiar las heridas de Gutiérrez. En los baúles no faltaba ninguna de mis pertenencias, aunque se notaba que los habían hurgado. Las llagas en el lomo del que ya consideraba mi perro estaban decididamente infectadas; las limpié con agua de Alibour y las curé con una solución yodada; aunque gañía y temblaba, Gutiérrez se dejaba tocar. Resultaba imperioso aislar las escaldaduras del contacto con las moscas, por lo que las cubrí con la espesa y maloliente pomada de tío Tito. «Mainela, por favor, todos los días le preparas comida a Gutiérrez», y la mujer asintió con evidente sorpresa.

Mainela estaba llena de bríos y trabajaba de sol a sol con el vigor de una jovencuela, lo que ya no era; le gustaba conversar y, por su buena disposición y excelente humor, entendí que era feliz en medio de lo que yo consideraba lo más parecido al infierno. Debo confesar que su alegría me fastidiaba y hasta envidiaba la manera en que había conseguido aceptar ese destino nefando. De todos modos, era vano compararme con Mainela o Dorotea Bazán, quienes, si bien cristianas, en sus lugares de origen seguramente habían vivido una realidad no tan disímil a la de Tierra Adentro; yo, en cambio, había departido con gentes de la más refinada extracción, comido en las mesas de las grandes señoras porteñas, bailado en los salones más refinados, vestido con encajes de Bruselas y sedas francesas, vivido en una de las mansiones más elegantes del barrio de la Merced, ¿cómo se suponía, entonces, que llegaría a acostumbrarme a los ranqueles y a sus bárbaras costumbres?

Mainela me sirvió mate cocido con azúcar y tortas de maíz cocidas al rescoldo y, mientras colgaba talegos repletos de utensilios para cocinar, me contó que llamaban Gutiérrez al perro porque había pertenecido a un cautivo del mismo nombre. Gutiérrez, el cautivo, se había fugado meses atrás. «Al saber de su juida, las pucalcúes arrojaron cenizas al viento pa'que lo envolviese la niebla, y así ha de haber sido nomá», agregó con un suspiro, «porque, siendo buen baquiano, rumbeó pa'l sur en vez del norte,

pa'terminar muriéndose cerca de la laguna de los Loros, donde lo encontraron unos indios de Pichuín. Y dende que Gutiérrez se jue, naides presta atención a este pobre diablo, que como es juerte y grandote ha resistió, que si no... Hasta que llegó usté, doñita, y se lo apropió. Déjeme que le diga, doñita: usté ha tenío suerte aquí, que la tienen como una reina, porque, pa'que sepa, cuando un indio cautiva a una blanca la hace su sirvienta, y a veces las pobres tienen que penar bien julero porque, además de trabajar como negras, las chinas las tienen a mal traer. Pero con usté es distinto porque parece ser que el Mariano anda bien tocao por usté y hasta le ha dicho a su chau, digo, a su padre, el gran Painé Guor, que la quiere pa'ñuqué a usté, quiero decir, pa'mujer principal». Lancé una carcajada histérica, y Mainela se dio vuelta súbitamente y me observó con escrúpulos.

Pasé la tarde tórrida en la habitación, acomodando mis pertenencias que, ya sabía, perdería para siempre al escapar. Gutiérrez dormía a mi lado, sin moscas que le revoloteasen sobre las heridas. Primero revisé las joyas, de las que no faltaba ninguna; tomé el guardapelo, regalo de la abuela Pilarita, al que desde niña había considerado una especie de amuleto de la suerte, y me lo eché al cuello. Inspeccioné las redomas y potiches, la farmacopea de tío Tito y demás vademécumes, y los instrumentos que aún conservaba de mi padre. Por fin, me dispuse a examinar los vestidos. De nada me servirían las basquinas ni los parasoles ni los guantes de cabritilla ni las pañoletas de encaje; usaría las combinaciones y faldas más simples, los justillos y las blusas de algodón; me quité los chapines de raso, completamente arruinados, y me puse los botines de cuero que Escalante me había comprado antes de partir hacia Córdoba. Me acordé de esa tarde en el bazar de Nicolás Infiestas, y la nostalgia me hizo llorar.

Había mucho movimiento en el campamento, y cada grupo de indios que se unía a la celebración lo hacía vociferando y gritando como si de chiflados se tratase. Por prudencia, no me asomé a mirar; por aversión también: temía que el espectáculo de esos salvajes me mortificara aun más. Prendí una lámpara porque había comenzado a oscurecer; le temía a la noche, le temía porque era el momento en el que él vendría.

Se escucharon golpes de palmas en la enramada y voces que repetían: «¡Mari-mari!», que es un saludo. Mainela condujo a Lucero y a Loncomilla

hasta la recámara. Me traían el vestido limpio y remendado. Sin dudas Dorotea Bazán cosía a las mil maravillas; había realizado un trabajo esmeradísimo; el zurcido era prácticamente invisible, y había reemplazado las cintas del corsé con delgados tientos de cuero. Tomé de entre mis prendas un camisón especialmente adornado con broderie y vainicas, y le pedí a Lucero que se lo entregara a su madre como muestra de mi agradecimiento. Se quedó mirándome, evidentemente emocionada. Loncomilla tomó el camisón y lo estudió con perplejidad. Luego, me clavó esos ojos retintos y me dijo en su idioma: «Gracias, Uchaimañé». Se despidieron con apuro: debían ayudar a servir la mesa de Painé y sus convidados.

Al cabo se presentó Miguelito, muy entusiasmado con los festejos; parecía disfrutarlo más que los propios ranqueles. Medio enojada, le pregunté qué encontraba de agradable en las saturnales de esos bárbaros. «El coronel Baigorria acaba de llegar, señora», respondió con una sonrisa de niño. «El coronel pertenecía al ejército del general Paz, y yo peleé bajo sus órdenes como alférez. Cuando me acerqué a saludarlo, me reconoció de inmediato.» A Miguelito lo acompañaban dos indios armados con lanzas y cuchillos. «Mariano quiere que estos dos pasen la noche de guardia aquí, en la enramada. Los indios son gentes buenas, señora Blanca, pero cuando chupan, se les mete el diablo en el cuerpo, y Mariano no quiere que naides la moleste.» Una mezcla de ideas me alteró el gesto: por un lado, me hervía la sangre de coraje e impotencia al saberme expuesta a la lascivia de esos desnaturalizados culpa de Mariano Rosas; por el otro, me sentía protegida y tenida en cuenta, algo que, en contra de mi voluntad, me suavizaba la ira y me hacía sentir rara.

Nada extraño ocurrió esa noche. Las familias más encumbradas y los militares unitarios festejaron en los aduares de Painé, mientras la chusma lo hacía repartida en el campamento. Escuché voces, gritos y cantos hasta que el cansancio me venció y me quedé dormida. Las bacanales en honor de Mariano, Güichal y los demás indios duraron tres días y tres noches. Durante ese tiempo vi a Mariano Rosas en contadas ocasiones, siempre de lejos, tratando de no ser descubierta. Permanecía la mayor parte de la jornada reclusa en el toldo; contaba con la compañía de Mainela y la ocasional de Lucero y Loncomilla; con ellas iba a la laguna a primera

hora, antes de la que la horda despertara. Todos los días, Mariano enviaba a su heraldo para comprobar que todo se encontrase en orden; Miguelito era más que solícito y servicial, traía comida, dulces, y hasta vino tinto de Mendoza, que los indios aprecian como los franceses el champán; me preguntaba una y otra vez si precisaba algo, y hablaba en araucano con los guardias que rotaban permanentemente. Sin quererlo, me encariñé mucho con él.

La tarde del tercer día, Miguelito vino a buscarme: Mariano me requería. Marchamos a pie, con Gutiérrez por detrás, hasta una zona alejada de la toldería donde avisté una multitud reunida en torno a un descampado. A medida que nos aproximábamos, el murmullo cesaba y la gente se daba vuelta a mirarme. Miguelito me abría paso, y yo caminaba con el porte de una reina, indiferente al tumulto. En el centro del campo había más de una decena de jinetes aprestando caballos y revisando unas mazas de largas empuñaduras. «Van a jugar a la chueca», anunció Miguelito, y agregó que se trataba de un deporte ecuestre en el cual dos equipos de jinetes deben golpear con las mazas una bocha de madera, llamada chueca, tratando de llevarla al campo contrario para marcar un tanto. Entre los jinetes distinguí a Mariano Rosas, que llevaba el torso desnudo (al igual que el resto de su equipo) y el cabello tomado a la altura de la nuca. Conversaba animadamente y una sonrisa franca le embellecía el gesto de hombre bravo, hasta que un compañero le habló al oído, señalándome. Se dio vuelta sobre la montura y me lanzó un vistazo serio, desprovisto de piedad; yo también le sostuve la mirada, sin miedo, increíblemente segura. Me sabía el centro de la atención y percibía el peso de varios pares de ojos sobre mí, y, aunque me moría por estudiar las facciones de esas gentes, me mantuve firme en mi sitio con la vista al frente mientras acariciaba la cabeza de mi perro.

Esa tarde aprecié a mi raptor en toda su magnificencia de jinete diestro y fuerte. Él y el caballo parecían uno; Mariano hacía lo que le daba la gana sobre su animal, y en varias ocasiones reprimí una exclamación de angustia al verlo más cerca del suelo que de la montura. Cuando golpeaba la bocha se le tensaban los músculos de los brazos como cuerdas de violín, y los pectorales se le inflaban. Ni siquiera el resentimiento me impidió admitir que se trataba del mejor jugador, y su equipo terminó ganando

gracias a varios tantos marcados por él. Al final del partido, la gente rodeó el caballo de Mariano y lo vitoreó. Ñancumilla le extendió una corona de flores, pero Mariano, en vez de inclinar la cabeza para recibir el trofeo, la aferró por el antebrazo y la encaramó en su montura como si se tratase de una pluma, y la muchacha terminó coronándolo sentada delante de él. Me incomodó aquella escena, y una rabia inexplicable me llenó la cara de colores. «Vamos, Gutiérrez», dije, y me escabullí aprovechando que nadie prestaba atención.

Cerca del toldo escuché los cascos de un caballo que se aproximaba a la carrera. No voltéé (sabía bien de quién se trataba) y seguí caminando. El caballo de Mariano Rosas me sobrepasó y dio un remesón a pocos pasos. Gutiérrez le ladró ferozmente y el animal se encabritó. Mariano lo manejó con destreza, hablándole en su lengua y sujetando las riendas con vigor hasta tranquilizarlo. Me arrodillé junto a Gutiérrez y le abracé el cuello; temía por él, pero Rosas ni siquiera lo miró; en cambio, inquirió de mal modo: «¿Por qué te fuiste? No quiero que estés sola; todos andan muy exaltados, y aquí, como en todas partes, hay gente buena y gente mala. Cuando salgas del toldo, lo haces con Lucero o con Miguelito.» Me lo quedé mirando, atraída por su voz; me gustaba el acento que tenía al hablar castellano. Se me pasó por la cabeza la absurda idea de que, noches atrás, había sido la mujer de ese hombre tan ajeno y poco familiar. Íntimamente me halagó que se hubiese olvidado de Ñancumilla y de los demás, y corrido detrás de mí. Sin embargo, mi raciocinio batallaba contra la barbarie que Mariano Rosas encarnaba y le pregunté con el modo y el tono de una señora: «¿Cuándo me va a regresar con mi gente?». «¡Nunca!», fue la respuesta, y, en un momento de insensatez, le grité que me escaparía, que algún día desaparecería y que no volvería a verme, que lo odiaba, que le deseaba la muerte. Mariano saltó del caballo hecho un basilisco y me levantó en el aire. «Odíame cuanto quieras, Blanca, pero no oses escapar». Se trató de un susurro mordaz cerca de los labios, con sus ojos fijos en los míos. Me afectó que me llamara por mi nombre, me afectó verlo tan enojado y al mismo tiempo tan turbado; me afectaron su cercanía y su torso desnudo; me afectaba ese maldito indio. «Esto no es la ciudad», prosiguió más dueño de sí. «No conoces el desierto y sus secretos. Morirías si te atrevieses a desafiarlo.» «Me escaparé para morir, entonces.»

Mi tozudez y porfía lo sacaron de quicio. Me cargó como saco de papas hasta el toldo, donde le ordenó a Mainela en araucano que se mandara a mudar y que se llevara a Gutiérrez o terminaría por degollarlo. Me plantó en medio de la habitación; instintivamente me hice hacia atrás. Le temía hasta el punto de no poder controlar mi cuerpo: me temblaban manos y piernas, un sudor frío se escurría bajo mis brazos y entre mis pechos, y habría jurado que Mariano Rosas escuchaba los latidos de mi corazón. Estaba a su merced y él lo sabía; no sería misericordioso ni contemplativo.

«¿Está loco para creer que puede tenerme indefinidamente aquí?», exploté en un arretrato, y mi voz, quebrada e insegura, me avergonzó. «¿Por qué me ha hecho usted esto?», exigí saber, ya sin esconder las ganas de llorar. «Porque te quiero para mí», fue la respuesta, y amagó con aproximarse. Mis manos dieron con el cuchillo que Mainela usaba para trozar carne y me lo llevé al cuello. «¡Me quitaré la vida antes de ser suya otra vez!», y Mariano Rosas se congeló en el sitio.

Mi mente se puso en blanco; el miedo se había desvanecido, tenía las manos firmes y el corazón había dejado de latirme en la garganta. Contemplaba serenamente a mi enemigo de ojos azules. Mariano Rosas se acercaba con el paso cauteloso de un felino, y yo ni siquiera caía en la cuenta de eso; su mirada, fija en la mía, me mantenía hechizada. Estiró el brazo con recelo y me tomó por la muñeca para guiar mi mano hasta su cuello, donde me obligó a apoyar la punta del cuchillo. «Si esto es lo que quieres, hazlo», desafió.

Me di cuenta de que era incapaz de matarlo, ni siquiera de odiarlo tanto. El cuchillo se me resbaló de la mano y caí al suelo sollozando. Allí, a sus pies, le supliqué que me dejara tranquila, que se apiadara de mí, que no me lastimara. Él, indiferente, me levantó en brazos y me llevó a la pieza contigua donde volvió a tomarme. Cuando terminó, agitado, la carne y el corazón aún estremecidos, me aseguró: «Voy a hacer que me quieras, puedo hacer que me quieras».

La necesidad insoslayable de ver a Nahueltruz llevó a Laura a cerrar el cuaderno y devolverlo a la escarcela. Todo el tiempo pensaba que el padre

del hombre que amaba, del hombre al que le había entregado su virginidad, era el salvaje que había ultrajado a su tía Blanca Montes, la madre de su hermano Agustín. Se le descompuso el ánimo al preguntarse qué había hecho. Las escenas de la noche anterior le regresaban a la mente en forma desordenada, y ella trataba de puntualizar alguna instancia en la que Guor hubiese dado muestras de esa naturaleza montaraz que resultaba evidente en su progenitor. Ahogó un sollozo y se cubrió la cara con las manos. No desconfiaría de él, a quien amaba.

Doña Generosa apareció en la habitación con el almuerzo del padre Agustín en una bandeja. Se acercó a la cabecera y sonrió satisfecha al comprobar que las sienes del franciscano seguían frescas. Notó que Laura se hallaba inquieta, caminaba de una punta a la otra, se restregaba las manos y un ceño le ocupaba el semblante.

—Si tienes alguna diligencia que hacer, querida -susurró la mujer-, yo puedo dar el almuerzo al padrecito cuando despierte.

Laura no quería abusar de la hospitalidad de doña Generosa ni recargarla con labores que no le correspondían; tampoco quería dejar solo a su hermano mientras María Pancha descansaba en el hotel. No obstante, aceptó el ofrecimiento, incapaz de controlar la ansiedad por ver a Nahueltruz. Salió a la calle y enseguida cayó en la cuenta de que no tenía idea adonde se hospedaba. Miró hacia uno y otro lado con la mano sobre la frente buscando a Blasco. Había mucho movimiento; pasaban carretas, buhoneros, pregoneros, hombres a caballo, mujeres con sus niños, pero ni rastro del muchacho. Enfiló rumbo al establo; allí lo encontró barriando el forraje.

—¡Señorita Laura! — se sorprendió Blasco, no tanto por encontrarla allí sino por el mohín en su expresión-. ¿Algo le sucedió al padrecito Agustín?

—Nada, nada -se apresuró a aclarar-. Quiero que me lleves con el cacique Guor.

A Blasco le tomó unos segundos comprender cabalmente el pedido. Se quedó mirándola y, aunque dudó, no se animó a contradecirla y le pidió que lo acompañase. La guió por las calles de la villa para terminar frente al

portón trasero del convento. Con la agilidad de una cabra, Blasco trepó la pared y se arrojó dentro. Un momento después, levantó la falleba y abrió el portón. Encontraron a Nahueltruz subido a una escalera, mientras reparaba el techo y otras partes del gallinero, donde la noche anterior se había metido una comadreja y matado a varias gallinas.

—¡Y tú sin escuchar ni pío! — se había irritado fray Humberto esa mañana, mientras Nahueltruz lo ayudaba a quitar los animales destrozados.

—La tormenta, fray Humberto -tentó Nahueltruz, que se hallaba entre los brazos de Laura en el momento en que la comadreja correteaba a las gallinas. Para contentar al fraile, le propuso reparar los huecos con madera y reforzar la estructura general del gallinero. En eso se ocupaba, cuando Laura y Blasco se deslizaron dentro del convento.

Laura y Blasco se quedaron contemplándolo a cierta distancia. Nahueltruz Guor martillaba. Tenía el torso desnudo, y los músculos revelaban el esfuerzo; acompañaba los golpes de martillo con el entrecejo fruncido, mueca que Laura encontró irresistiblemente atractiva. Nahueltruz levantó la vista.

—¿Por qué la trajiste? — se enfadó con Blasco.

—Yo le pedí -terció Laura.

Nahueltruz bajó la escalera y se acercó con mala cara, el martillo aún en su mano.

—Te volviste loco, Blasco. ¿Alguien los vio?

—Nadie nos vio, Nahueltruz -farfulló el niño, muy afectado.

—Ve a la cocina y pídele a fray Humberto que te convide con las bolas que acaba de freír.

Blasco salió corriendo, no tanto por las bolas de fray Humberto, que eran famosas, sino por escapar a la ira de Nahueltruz.

Sin abrir la boca, Guor marchó rumbo al establo y Laura lo siguió cabizbaja, cada vez más arrepentida de la noche anterior. Un cuestionamiento la atormentaba: ¿sería Guor del tipo que, una vez saciada la lujuria, desechan a la dama que con tanto afán cortejaron y persiguieron? La abuela Ignacia le advertía a menudo acerca de esa clase de cretinos. «El hombre valora a la mujer fácil tanto como a una flor marchita», era la moraleja de doña Ignacia, que jamás habría hecho aclaraciones tan innecesarias a sus hijas, pero, consciente de la naturaleza pasional y profana de su nieta, juzgaba que nada estaba de más. La aterrizzaba la idea de que alguno la embaucara. Bien decía el refrán: «Él fuego, ella estopa, viene el diablo y sopla». Laura, sin embargo, se negaba a aceptar que Guor fuera como esos señoritos frívolos e insensibles de ciudad.

Nahueltruz cerró la puerta del establo, que quedó a media luz. Laura seguía con la cabeza baja y apretaba las manos para que él no notara que le temblaban. La vergüenza y la humillación le habían arrebolado las mejillas, y agradeció que Guor no pudiera advertirlo en la lobreguez reinante.

—¿Qué se te cruzó por la cabeza al pedirle a Blasco que te trajese hasta aquí? — soltó Guor, y su voz tronó en los oídos de Laura.

—¿Es que no tenías deseos de verme? — masculló al borde del llanto.

—¡Deseos de verte! — se exasperó—. ¡Claro que tenía deseos de verte! — Y, como advirtió que Laura sollozaba, bajó los decibeles para repetir: Por supuesto que tenía deseos de verte. Moría por verte.

La envolvió con sus brazos y le apoyó la cara sobre la coronilla. Laura le rodeó la cintura y le besó el pecho desnudo.

En realidad, Laura no tenía idea de cuánto la había echado de menos en esas pocas horas. Luego de abandonar furtivamente lo de doña Sabrina antes del canto de los gallos, había regresado al galope hacia el convento para evitar el gentío que pronto pulularía en las calles. El aire fresco le daba de lleno en la cara y le inflaba la camisa, y un bienestar desconocido le dibujaba una sonrisa involuntaria en los labios. Laura desnuda, su carne blanca y

palpitante, era una imagen recurrente que lo obligaba a cerrar los ojos y le alteraba la respiración. La noche compartida había sido perfecta; atesoraba cada instante, cada gesto de Laura, cada sonrisa tímida, su desconcierto, su dolor, su inocencia y su anhelo de mujer. No se había tratado sólo de poseerla sino de protegerla, de pertenecerle, de ser uno. Y le preguntaba si no tenía deseos de verla.

—¡Tontita! Claro que tenía deseos de verte -repitió él, siguiendo el hilo de sus cavilaciones.

—Pensé que no, creí que después de anoche ya no me querías.

Guor rió y la abrazó. Lo excitó tenerla otra vez a su merced. La apoyó contra la pared del establo y comenzó a acariciarla y a besarla.

—Sé que anoche sufriste, soy consciente de que te dolió y de que yo fui el único que disfrutó. La próxima vez será distinto, la próxima vez gozaremos juntos.

—Nahuel -susurró ella, a punto de rendirse, más allá de que sabía que era imperativo regresar a lo del doctor Javier, que estaba en un convento y que Blasco merodeaba.

Blasco los espiaba por el resquicio de la puerta del establo. En varias ocasiones había visto a los soldados y a los indios del fuerte besar a las cuarteras; incluso había espiado una noche que Racedo llevó a Loretana al cuartel, y lo había impresionado el ímpetu con que le arremetía entre las piernas y cómo gruñía y le decía groserías. Él no era un nene de pecho; sabía de las cosas que los hombres grandes les hacían a las mujeres. Con todo, aquel beso entre Nahueltruz Guor y la señorita Laura lo dejó boquiabierto, no porque no se hubiese figurado que había algo entre ellos sino por la manera en que Guor tomaba a la señorita Laura y la estrechaba entre sus brazos, y por la manera en que la besaba y la miraba y volvía a besarla, con vehemencia, casi con desesperación, y le quitaba el cabello de la cara y la aferraba por la nuca y la apretaba contra él, y ella parecía tan pequeña y entregada a la fuerza y supremacía de Guor, y sin embargo tan feliz entre sus brazos. Lo impresionó la voz torturada de Guor que repetía el

nombre de ella, y la de ella que lo llamaba «Nahuel». Por fin, lo pasmó la intemperancia de Nahueltruz cuando él lo conocía parco y mesurado. Un poco incómodo, se alejó hacia la zona del huerto.

–Tienes que ser cuidadosa cuando vengas a verme aquí -habló Guor-. Primero porque no quiero que el padre Marcos piense que abuso de su hospitalidad haciendo cosas que él no aprobaría. Segundo, debemos cuidarnos de Racedo, que te espía día y noche y podría seguirte. Se armaría la de San Quintín si llegase a descubrirme, y no quiero que el padre Marcos tenga problemas con la milicia por mi culpa.

Laura asintió y, a punto de preguntar por qué Racedo lo buscaba con tanto empeño, escucharon a Blasco que se acercaba canturreando. Laura se arregló el tocado, se alisó el mandil y se aclaró la garganta.

–Vamos, señorita Laura -dijo Blasco, simulando naturalidad-. Fray Humberto está al llegar.

Pero Guor, que conocía al muchacho como si se tratase de su hijo, se dio cuenta de que los había visto. Lo tomó por el hombro y lo alejó unos pasos.

–No viste ni escuchaste nada hoy aquí -ordenó Guor, y Blasco se apresuró a asentir-. Le harías un gran daño a ella. ¿Tengo tu palabra de honor?

–Sí, Nahueltruz -aseguró Blasco, y Guor sabía que no mentía.



CAPÍTULO XIII.

Las fugitivas

Laura se hallaba en el punto de la dicha en el cual uno se vuelve completamente amable y bueno y no cree en la posibilidad del mal, la desdicha o la tristeza. Los pensamientos acerca del padre de Nahueltruz, el salvaje que había raptado y violado a su tía Blanca Montes, se habían desvanecido de su mente. Nada contaba excepto ella y Nahueltruz Guor, el hombre que amaba y en quien confiaba ciegamente. La felicidad la abrumaba, jamás se había sentido igual, ningún hombre le había provocado esa sensación de plenitud. «Esto es amor», se dijo, y rió de pura alegría.

Blasco, que marchaba con la vista al suelo y las manos tomadas en la espalda, lanzó un vistazo a la señorita Laura, que parecía loca riendo de nada. «Así de tontas se ponen las mujeres cuando están enamoradas», gruñó. Estaba celoso y ofendido. Se suponía que la señorita Laura sería su novia. Le echó otro vistazo. Se trataba de una mujer hermosa y refinada; en verdad, la más hermosa y refinada que él conocía; no por nada Racedo andaba como perro faldero detrás de ella, y también el tal doctor Riglos, a quien conocía poco y, sin embargo, no le había pasado inadvertido que la miraba con ojos apreciativos. Nahueltruz finalmente se había llevado el premio; él la había conquistado. Lo enorgulleció que uno de su pueblo se hubiese ganado el corazón de una mujer blanca codiciada por huincas tan por encima de un indio. De todos modos, no lo sorprendía: Nahueltruz Guor era el rey del desierto, y lo que deseaba lo conseguía.

Laura apareció en lo del doctor Javier de un humor excelente, con la actitud de alguien sin obligaciones ni problemas. María Pancha, furiosa, la tomó por el brazo y la arrastró al final del corredor. Le pidió explicaciones y Laura le dijo que había ido a lo de don Panfilo. No le gustaba mentirle a María Pancha, que siempre le decía la verdad. Por ejemplo, le había

advertido de la hemorragia que le sobrevendría todos los meses, de que le crecerían los senos, el pelo en el pubis y debajo de los brazos; y también había sido explícita en cuanto a lo que un hombre y una mujer hacen después de casarse para tener bebés. Laura sabía que, sin María Pancha, ella habría permanecido en la ignorancia crasa de sus primas y amigas, que habían creído que se morían el día que les llegó el período o que los niños se encontraban en repollos. Le habría gustado compartir con su criada lo que había vivido con Nahueltruz Guor la noche anterior, y la habría acribillado a preguntas seguras de saciar las dudas que la atormentaban; no obstante, calló y cerró su corazón, convencida de que María Pancha no quería a Nahueltruz Guor porque era indio, nada menos que el hijo del hombre que le había arrebatado a su mejor amiga para convertirla en su manceba.

Las explicaciones de Laura no satisficieron a María Pancha, pero estaba cansada y otras cuestiones le ocupaban la cabeza para armar una trifulca y sacarle la verdad a la fuerza. La había descuidado, era consciente de ello, y su niña había vivido con una libertad de la que no había gozado anteriormente. Lanzó un suspiro de resignación y le palmeó la mejilla a modo de tregua.

—Si Dios quiere -dijo-, en pocos días regresaremos a Buenos Aires. Aunque el doctor Javier se muestra reticente, yo sé que lo peor de la enfermedad de tu hermano ha pasado y que su vida no corre peligro.

Para Laura era suficiente que se lo dijera María Pancha, la mujer más sabia y sensata que conocía. Se le colgó del cuello y lanzó gritos de alegría, mientras la besaba en todo el rostro. Se acercó el padre Marcos atraído por la algarabía de Laura, y también recibió su porción de besos y abrazos.

—¡Laurita, Laurita! — se escandalizó Donatti, aunque íntimamente lo complacía la vitalidad que le transmitía Laura; además, le recordaba a viejas y felices épocas.

—María Pancha dice que Agustín está fuera de peligro. Les dije que nada malo sucedería a mi hermano, se los dije.

–Aún debemos aguardar el dictamen del doctor Javier, Laura -expresó el padre Marcos-. Te traigo correspondencia -se apresuró a agregar, y le extendió un sobre-. Es de tu prima, la señora Lynch.

–Puedes ir a leerla -concedió María Pancha-. Te quiero de vuelta más bien pronto, que tenemos que asear a tu hermano y cambiar las sábanas.

La impaciencia por leer las líneas de Eugenia Victoria la hizo correr hasta el huerto. Sentada al pie del limonero, rasgó el sobre y sacó las hojas de arroz llenas de la conocida caligrafía de su prima hermana. La carta estaba fechada sólo seis días atrás.

Mi querida Laura,

Aprovecho que mi cuñado Adolfo viaja a Mendoza mañana por la mañana para hacerte llegar esta carta; él me ha dicho que, en su camino hacia aquella ciudad, está la villa del Río Cuarto. Le indicaré que entregue ésta en el convento del padre Donatti, ya que no sé adonde te alojas.

Como siempre, querida prima, has dado de qué hablar a nuestros mayores y pares, escandalizados por tu epopeya de haberte “fugado” -éste es el término en boga- con el doctor Julián Riglos. Me divierto tanto como puedo porque yo, a diferencia de la mayoría, no pierdo de vista lo que te llevó a tomar una decisión tan drástica: la salud de nuestro querido Agustín. He rezado por él desde que mi madre vino con la noticia alrededor de veinte días atrás, y tu ahijada Pura me obliga a encender una vela a San Francisco cada mañana. Sé que el Señor nos escuchará y que Agustín recuperará la salud muy pronto. Ciertamente el carbunco es de gravedad, pero no pierdas las esperanzas; últimamente he escuchado de muchas gentes que han salido airoso de su batalla contra esa endemoniada enfermedad.

Para distraerte un poco te relataré algunas hablillas que, sé, te divertirán. La abuela Ignacia, como corresponde a una dama de su rango y posición, sufrió un desmayo al saber de tu desaparición y se ha mantenido en su dormitorio desde entonces hasta ayer que, por primera vez en días, fue a la misa de seis (dice que a la de una no podrá regresar mientras viva). Admite a muy pocas personas en su recámara, entre ellas al padre Ingenio, que la consuela y le

trae la comunión. El abuelo Francisco parece no prestar mucha importancia a tu osadía y repite que si hubieses acudido a él, él mismo te habría acompañado. Está callado y taciturno como de costumbre, pero te confieso que lo noto atormentado, no por tu suerte, que sabe en buenas manos, sino más bien por un sentimiento de culpa. En cuanto a tía Dolores y tía Soledad, en fin, querida Laura, podrás imaginártelo conociéndolas como las conoces. Tu madre lo sobrelleva lo mejor que puede en medio de un ambiente decididamente hostil.

Alfredo Lahitte parece ser el más ofendido. Hace poco José Camilo lo invitó a cenar a casa y nos dijo, sin mayores introitos ni preparación, que ya le anunció al abuelo Francisco que su compromiso contigo ha quedado roto. Mi hermano Romualdo, tu más grande defensor, que cenaba con nosotros esa misma noche, se puso de pie y le comunicó que también la amistad entre ellos quedaba rota hasta tanto no se retractara de esa actitud absurda (ésta fue la palabra) para contigo. Se armó una pequeña disputa, y José Camilo debió intervenir.

Por mi parte, te deseo lo mejor; confío en que estés lo bien que se espera en una situación como ésta, donde de seguro penarás por la suerte de tu hermano Agustín. Dios lo preservará, lo sé. Te pido que no pierdas la fe.

No tengo mayores novedades. Mis hijos bien, mi esposo también. Tu ahijada Pura me pide que te diga que te echa mucho de menos y que no volverá a intentar las escalas en el piano hasta que tú regreses. Recibimos carta de tía Carolita donde nos dice que los asuntos de la herencia de tío Jean-Émile marchan bien gracias a la ayuda de su hijastro Armand y de los abogados, y nos anuncia que apenas termine con esos menesteres tan desagradables regresará a Buenos Aires porque París sin tío Jean-Émile se le hace insoportable. Armand la acompañará de regreso, y traerá a su mujercita, Saulina Monterosa, la veneciana de la que tanto hemos escuchado.

En nuestra respuesta a tía Carolita hemos decidido no mencionarle la enfermedad de Agustín para no preocuparla en vano, ya sabemos que él es su preferido. Además, cuando tía Carolita esté de vuelta, no me caben dudas de que habrá pasado tiempo de la convalecencia de tu hermano.

Una novedad sí tengo, ahora recuerdo, y se trata nuevamente de mi hermano Romualdo, tu querido Romualdo, que ha decidido atar su destino al de la señorita Esmeralda Balbastro. Sé que no es santa de tu devoción - muchas veces te has referido a ella como artificiosa y frívola-, pero Romualdo parece perdido de amor y le ha propuesto matrimonio, lo que la señorita Balbastro no tardó en aceptar.

Termino la presente porque pronto llegará Adolfo a recogerla. Te envío todo mi cariño; te recuerdo siempre en mis oraciones, al igual que a Agustín. Cuídate y regresa pronto que me haces mucha falta; ya no tengo a quien confiarle mis cosas ni con quien reírme de la gente.

Te quiere, tu prima Eugenia Victoria.

Laura besó la carta como si en ese gesto le besara las manos a su prima Eugenia Victoria.

—¡Ojalá estuvieras aquí, Eugenia Victoria! — suspiró, deseando compartir con alguien tan querido su amor por Guor. También le habría confiado sus dudas y temores, porque, a pesar de lo feliz que estaba, sabía que había elegido al hombre que ni su familia ni su círculo de amigos aprobaría; en realidad, había elegido a un hombre que, por su origen, aborrecerían y despreciarían. Se dio cuenta de que no temía perder lo que había dejado atrás. Sin embargo, no deseaba causar dolor a los que quería; a su abuelo Francisco, que la había amado incondicionalmente, sin importarle cuántas travesuras cometiese; a tía Carolita, que había sido su hada madrina; a sus primos y sobrinos, en especial a Eugenia Victoria y a su pequeña hija, Purita Lynch, a quien había adorado desde el día en que se la pusieron en brazos; por último, a su madre, a quien había aprendido a conocer desde la perspectiva de su tía Blanca Montes, como la joven resuelta y desprejuiciada que había robado *Les mille et une nuits* del arcón del abuelo Abelardo.

Mariano se alojaba en el toldo de su madre, la cacica Mariana, más conocida como la cacica vieja. Aunque Painé la amaba y respetaba por

sobre el resto de sus mujeres, hacía tiempo que la había excluido de su serrallo. Mariana era una viuda en vida de su marido. Painé la visitaba a menudo, incluso le pedía su opinión en ciertas controversias, pero no le exigía intimidad, la que sí mantenía con muchachas jóvenes, en especial con una cautiva de sobrenombre Panchita, que volvía loco al cacique general. A pesar de lo humillante de su posición, Mariana conservaba el aire digno de la mujer que le había dado al cacique los príncipes herederos de la dinastía de los Guor, o de los Zorro; el resto de la prole, si bien muy querida para él, era considerada bastarda desde el punto de vista político.

Una tarde Lucero, inusualmente animada, me informó que la cacica vieja me quería en su toldo para tomar mate. Sólo había visto a Mariana pocas veces y de lejos. Se trataba de una mujer más alta que la media de las ranqueles, con una cabellera larga, ya nevada, con las puntas florecidas y reseca, típico de los cabellos delgados; en esto se le notaba la sangre blanca, de lo contrario habría ostentando esas cabelleras gruesas, pesadas y bruñidas de las chinas. La encontré en la enramada de su toldo, apoltronada en un asiento de piel de carnero; la rodeaba un grupo de mujeres entre las que reconocí a Dorotea Bazán a su diestra.

De cerca, Mariana me impresionó por lo guapa, y me chocó que la apodaran “cacica vieja” cuando a duras penas llegaba a los cuarenta. No tuve dudas de que había sido una beldad, y mucho de ella me recordó a las facciones de Mariano. Los ojos de la cacica eran marrones, aunque atentos y de mirada intensa como los azules de mi captor. Tenía el rostro enjuto, lo que le resaltaba los pómulos, los ojos grandes y la nariz aquilina, que le otorgaba ese aspecto refinado que contrastaba con el del resto, de caras redondas y narices anchas. Su piel, con todo, era morena. Se había coloreado las mejillas y el labio inferior con carmín, un producto que le compran a comerciantes chilenos y que les cuesta un ojo de la cara, por lo que lo limitan a ocasiones especiales. Las más jóvenes se habían pintado lunares en los pómulos y cerca de los labios con la tinta que extraen del barro de la laguna de Leuvucó, el mismo barro que Lucero recoge en la marisma para trabajos de alfarería. Llevaban ajorcas, collares y zarcillos de plata y oro, y sus mejores chamales y pilquenes.

Apenas entré en la enramada, la cacica, sin ponerse de pie, exclamó: «¡Eimí, anai!», que es un saludo muy cordial, y yo respondí del mismo modo. De ahí en más, la conversación se llevó a cabo en castellano, aunque la cacica interpolaba continuamente vocablos en araucano. Además de Dorotea Bazán, que después supe era la confidente y mejor amiga de Mariana, y de su hija Lucero, entre las invitadas de la cacica vieja se encontraban su hija menor aún soltera, Güenei Guor, Pulquinay, la esposa de su hijo mayor Calvaiú, y Ayical, la de su tercer hijo Huenchu Guor. Los nietos y nietas de la cacica pululaban sin comedimiento, y se notaba que eran su mayor placer.

Mariana me indicó el asiento frente a ella y enseguida las sirvientas me entregaron un chambao con mate cocido; ellas lo tomaban con bombilla. La misma cacica me extendió un plato de madera con tortas de maíz y pan con grasa. La generosidad y desprendimiento de los indios son comparables a su osadía; y así como dan no tienen empacho en pedir. Esa tarde me colmaron de atenciones y me sentí halagada, aunque ajena y ridícula; la situación resultaba grotesca, después de todo, departía con la madre y las parientes del hombre que me había hecho tanto daño, ¿qué diantres me hacía conservar la compostura y las buenas maneras?

Hablaba predominantemente Mariana, yo me limitaba a contestar y el resto a escuchar. Fue hábil, y en ningún momento me preguntó por mi esposo ni mencionó mi carácter de manceba y cautiva de su hijo; se restringía a averiguar si me hallaba a gusto en mi toldo, si Mainela me atendía bien, si necesitaba algún utensilio, que ella de mil amores me lo proporcionaría, ¿encontraba cómoda mi cama?, y prometió enviarme un quillango de pieles de guanaco para el invierno, y aunque pensé: «No es mi intención permanecer aquí hasta el invierno», le agradecí la deferencia.

Dorotea Bazán, que tenía a Gutiérrez dormido a los pies, se inclinó sobre su lomo y le inspeccionó las escaldaduras que yo lavaba y cubría con el ungüento todas las mañanas. «¿Qué es esto?», habló por primera vez, y señaló la pomada de tío Tito. Les interesó saber que mi padre había sido médico y mi tío boticario, aun más que yo misma sabía reconocer y tratar muchas enfermedades y preparar la mayoría de los medicamentos que figuraban en el mamotreto de mi tío. La esposa de Calvaiú, Pulquinay, que

no había comido ni bebido por tener a su bebé en brazos, lo colocó sobre una manta de lana y le abrió el pañal. La pobre criatura tenía la piel en carne viva; las úlceras eran enormes, algunas supuraban un líquido amarillento y pus; la tonalidad magenta de la piel me dio la pauta de que estaban infectadas. Pulquinay habló en araucano y Lucero ofició de traductora: «Ahora está tranquilo porque la machí (curandera) le dio un té que lo durmió, pero hace tres días que llora, en especial cuando orina. No quiere alimentarse. Tu padre, el machí de la ciudad, ¿te enseñó a curar esta peste?».

Lucero corrió a mi toldo a buscar la canasta que se hallaba junto al arcón. A continuación le pedí a Mariana que enviara a hervir agua, lo que hizo solícitamente. «Hay que lavarle las llagas antes de curarlas», le indiqué a la abuela, que se apresuró a explicárselo a Pulquinay. El toldo de Mariana era varias veces el mío, con compartimientos que hacían de dormitorios, una antesala y un comedor; allí nos ubicamos para lavar al niño. Entre las cosas de mi canasta hallé un pan de jabón de azufre ideal para lavar heridas, en especial las de quemaduras, que María Pancha había aprendido a fabricar tan bien como mi tío. El niño berreaba y a mí se me encogía el alma, pero era imperativo quitarle la ponzoña de las pústulas. Para contrarrestar la infección vertí sobre las heridas aceite esencial de tomillo, que Tito usaba como desinfectante y que era lo más efectivo con lo que contaba. El niño aún lloraba, y la tensión en el ambiente nos había vuelto silenciosas; estábamos serias y con el entrecejo fruncido. «Mi padre solía decir que no hay mejor cicatrizante que el sol», manifesté, y traté de sonar lo más segura posible, y, aunque ya atardecía y el sol se escurría por el oeste, acomodamos al niño sobre sábanas limpias completamente desnudo al sol. Le refresqué el cuerpecito con un trapo de lino embebido en mi colonia inglesa, y el masaje lo fue calmando hasta que se quedó dormido. Ayical, la mujer de Huenchu Guor, y Güenei Guor, la hija menor de Mariana, olían el trapo de lino y se lo pasaban por el cuello y los brazos; Pulquinay, en cambio, no apartaba los ojos del bebé; había tanta ternura y compasión en esa mirada que me nació palmearle la mano para animarla.

Un rato más tarde, llevé al niño al interior del toldo para aplicarle una generosa capa de la famosa pomada de tío Tito, que no sólo serviría como

aislante de la orina y de las heces sino que reconstruiría el tejido dañado. Pulquinay trajo pañales limpios con los que envolvió al bebé, que lloraba nuevamente pero de hambre. Se prendió al pecho de su madre y, por primera vez en días, comió con fruición. Los rostros lucían distendidos y las miradas se concentraban en mí. No quería que me miraran así, no deseaba inspirarles gratitud, no deseaba sentir cariño por ellas ni que ellas lo sintieran por mí, así que, con la circunspección que mi padre usaba con sus pacientes, le expliqué a Pulquinay la necesidad de repetir la operación al menos tres veces por día hasta que la piel sanase, y mientras le pedía que me visitara al día siguiente bien temprano, Mariano Rosas entró en el toldo. Evidentemente, no esperaba encontrarme allí; se puso incómodo y no sabía si terminar de entrar o volver a salir. Faltaba de Leuvucó desde hacía varios días, y, después de la última vez que me había forzado, no había vuelto a verlo. «Se fue con Painé y los demás caciques de boleadas», me había comentado Lucero, y, pese a que me moría por preguntar qué eran las boleadas, me limité a sacudir los hombros.

Mariana tomó a su hijo por el brazo y lo obligó a entrar. Le habló en araucano animadamente, y de su discurso yo sólo distinguía la palabra Uchaimañé, el nombre que me había dado Loncomilla días atrás. Mariano paseaba su mirada sobre su madre, su sobrino, que se seguía amamantando, y sobre mí, que acomodaba los frascos en la canasta con manos torpes. La presencia de Mariano Rosas me llenaba de vergüenza. «Todas saben que este hombre me posee cuando se le da la gana», pensé. Saludé a la cacica vieja y le agradecí la invitación antes de abandonar el toldo con Gutiérrez y Lucero por detrás. No quería que Lucero mencionara la inopinada llegada de Mariano Rosas por lo que, con voz nerviosa y a la ligera, le comenté que temía que se acabase la pomada de tío Tito antes de curar por completo a Catrileo, el hijo de Pulquinay. Lucero interpretó mi inquietud y me acompañó en silencio.

Mainela salió a recibirme con claras pretensiones de que le comentase los detalles de mi visita al toldo de la cacica vieja, «porque tiene que saber la señora Blanca que la cacica no invita a cualquiera, y todos queremos saber». «Al igual que los cristianos, – pensé-, los indios son unos correveidiles», y, sin satisfacer la curiosidad de mi sirvienta, pasé al compartimiento contiguo donde me senté en el borde del catre a pensar.

Escuché a Mariano Rosas que hablaba con Lucero en la otra pieza; se notaba que eran amigos, hasta reían, y volvió a desconcertarme lo gentil y agradable que podía ser ese hombre con quien se lo proponía. Lucero se despidió, y Rosas le indicó a Mainela, de buen modo y en castellano, que se retirara. «Vamos, Gutiérrez», ordenó la mujer, y el perro, gimoteando, la acompañó afuera. No quería que Rosas me encontrara sentada en el borde del catre con la mirada atribulada; me arrodillé frente a los baúles y simulé afanarme en sus contenidos.

«Buenas tardes», dijo y, aunque había aguardado con valor a que se presentara y me hablase, al escuchar su voz, un escalofrío me surcó la espalda. «¿Qué quiere?», susurré apenas, sin darme vuelta, y seguí hurgando entre mis cosas. «Quería agradecerte...», empezó el indio, pero yo levanté la mano y lo hice callar. Podía soportar cualquier cosa, excepto su gratitud.

Me puse de pie y lo enfrenté. Mariano Rosas se quitó el sombrero de fieltro y el pañuelo que le envolvía la cabeza a modo de vincha. Nos miramos fijamente, y me sentí perturbada por el atractivo de su rostro moreno, donde destacaban los ojos azules de pestañas pobladas que le brillaban de deseo; me fijé también en sus labios delgados que nunca entreabría en una sonrisa cuando estaba frente a mí, y en el pelo renegrado, que llevaba atado, y en los brazos fibrosos, esos mismos brazos que me hacían su prisionera. «Mariano Rosas y yo somos enemigos mortales», recordé cuando se me comenzaron a mezclar las ideas y los sentimientos.

Marché rumbo a la habitación principal para alejarme del catre y de ese hombre anhelante. Marché con la cabeza erguida y con el paso firme, pero, antes de apartar el cuero que separaba los compartimientos, Mariano Rosas me aferró por detrás y me besó en la nuca. Sus labios húmedos y su respiración caliente sobre la piel me provocaron un cosquilleo en el estómago y, cuando sus manos me acariciaron los pechos, un calor me recorrió las piernas y se concentró en mis partes más íntimas. Aquella alteración, tan nueva para mí, me dejó turbada y vulnerable. Fueron pocos segundos; enseguida dominé las sensaciones y los desbarajustes de mi cuerpo y, librándome de ese abrazo enardecido, me di vuelta y lo abofeteé.

Como Mariano había percibido mi primera respuesta, la bofetada lo tomó tan de sorpresa como un disparo en misa. Me miró con reproche, con dolor, con desconcierto, y yo, que habría preferido que lo hiciera con odio, le grité que lo aborrecía, que le tenía asco, que no volviera a ponerme una mano encima; exageré con tal que su mirada cambiase de la conmiseración al rencor. Esa mirada me asustaba, me dejaba sin armas, me enternecía.

Mariano abandonó la tienda. A pocos metros de la enramada, Ñancumilla le salió al paso. Hablaron; Mariano con gesto serio, ella con una sonrisa hipócrita que me produjo rabia. Finalmente, lo tomo de la mano y lo guió al interior de su tienda. Mariano se dejó llevar sin ofrecer resistencia.

Los días siguientes transcurrieron apaciblemente. Rosas no volvió a molestarme; pasaba la mayor parte del tiempo ocupado en las tareas del campamento. Yo solía observarlo desde la enramada mientras pialaba una vaca o domaba un bagual; indiscutiblemente, se destacaba de sus pares, y resultaban obvios la admiración y el respeto que su destreza despertaba entre los indios. Según Miguelito, nadie se le compara en el manejo del lazo para atrapar baguales, que es de las tareas más difíciles y riesgosas, pues requiere el completo dominio del caballo que se monta, mucha agilidad y sobre todo fuerza física. De noche, ya era costumbre verlo escurrirse en el toldo de Ñancumilla agotado tras una jornada intensa.

Me preguntaba a diario qué destino me aguardaba, en qué me había convertido. En la cautiva de un indio, en su manceba, en una mujer blanca entre ranqueles. La verdad es que, pese a mi estado de ánimo, me acostumbraba poco a poco a esa realidad; ya no me repugnaba la imagen de las chinas matanceras despostando un potro o una vaca, y las caras de aquellas gentes se me volvían familiares, incluso algunos me saludaban con deferencia. Comenzaba a habituarme a la carne de caballo y a desayunar guiso. Conocía el camino a la laguna y muchas veces me aventuraba sola. No me sobresaltaban los alaridos de los lanceros cuando regresaban de maloquear ni, cuando de noche, completamente ebrios, se peleaban o loncoteaban, que es un juego bien torpe en el cual dos indios se tiran del pelo (lo usan para dirimir altercados menores). El paisaje con sus dunas y bosques de caldenes, chañares y algarrobos me resultaba tan conocido

como el del barrio de la Merced. Mi amistad con Lucero y Miguelito se afianzaba; ellos eran mis custodios e intermediarios.

Las llagas de Catrileo, el hijo de Pulquinay, terminaron por sanar gracias a la pomada de tío Tito y a los demás cuidados. Le quedaron marcas rosadas que con el tiempo desaparecerían. Pulquinay le hizo tallar una ajorca de plata a un joven indio de nombre Ramón Cabral, apodado “el platero” por su afición a la orfebrería. Una tarde Pulquinay apareció en mi tienda con la ajorca. Mainela ofició de intérprete para decir que Pulquinay no podía expresar con palabras el agradecimiento y cariño que sentía por mí en su corazón, y que había elegido esa ajorca de plata tan valiosa para devolverme sólo en parte lo que había hecho por su hijo. Me abrazó y me besó en ambas mejillas.

La llegada del comerciante riocuartense Agustín Ricabarra produjo una algarabía similar a la llegada de Mariano, de Güichal y de los demás indios cautivos de Rosas. Hacía años que Ricabarra se atrevía a adentrarse en el desierto y, de estas aventuras, volvía más rico debido al comercio con los ranqueles. Era joven, alrededor de veinticinco años, y gracias a una astuta generosidad y a su buen talante, había conseguido meterse en el bolsillo a la Corte de Painé, el Gran Zorro del desierto, y en particular a su hijo mayor Calvaiú, que, a pesar de odiar a los huincas, llamaba “peni” (hermano) a Agustín Ricabarra. Recién llegado, el comerciante agasajó a su gran amigo Calvaiú con una lujosa espada, además de repartir regalos costosos al resto de la familia Guor. Calvaiú lo hospedaba en su toldo donde lo atendía con honores.

El comercio se llevaba a cabo sobre la base del trueque; los indios recibían desde alimentos (azúcar, yerba, café, arroz, harina, fruta seca) a retazos de telas, géneros finos, utensilios de cocina y de tocador; Ricabarra, por su parte, obtenía cueros, sacos con grano, piezas de plata y oro y odres con pulcú y chicha. Agustín Ricabarra también oficiaba de mensajero. En esa oportunidad le entregó a Painé una proposición formal de paz del gobernador rosista Manuel “Quebracho” López, que comandaba la provincia de Córdoba con mano dura desde el año 35. Ricabarra aclaró que, como paso previo para acordar la paz, debía entregarse a los “inmundos y salvajes unitarios” que se escondían en Tierra Adentro (los

hermanos Saá y el coronel Baigorria). Pero Painé, a quien no le gustaba recibir órdenes de nadie, menos de un cristiano, rompió el acuerdo sin pedir que se lo leyeran.

Poco aprecié el entusiasmo general: durante los días que Ricabarra permaneció en las tolderías, Mariano apostó dos guardias frente a mi toldo y sólo me permitía salir muy temprano para higienizarme en la laguna junto a Lucero. Una tarde, Miguelito me dijo: «Dice Mariano que le mande a decir qué necesita que le compre». Con aire ofendido le respondí que no quería nada que proviniese de él. Miguelito regresó a los pocos minutos con el semblante preocupado: «Dice Mariano que le diga lo que usó para curar a su sobrino Catrileo, que él se lo va a devolver». Nuevamente le repetí que no quería que me devolviera nada. Miguelito estuvo de regreso al rato y esta vez me apremió: «¡Ay, doñita Blanca! Dígame nomás lo que necesita, que Mariano está que echa chispas y amenazó con venir él mismo, que le va a sacar a la fuerza lo que necesita, eso dijo». Me tentó proseguir con ese juego de dimes y diretes para ser sincera, quería que Mariano viniera a mi tienda. El orgullo, sin embargo, me obligó a desistir, y le indiqué a Miguelito que le pidiera a Ricabarra bálsamo del Tolú, aceite de hígado de bacalao (los componentes básicos de la pomada de tío Tito) y aceite esencial de tomillo. Estaba convencida de que Ricabarra no complacería mi pedido; él era un buhonero, no un boticario.

Casi al anochecer, cuando la chusma preparaba fogones en el campamento, y en la tienda de Painé se recibía a los “loncos” de las familias más encumbradas para participar de los festejos en honor de Ricabarra, Lucero entró en mi tienda con una canasta entre las manos. «Mariano te lo manda», expresó, y se le alegró el rostro con la sonrisa pícara que usaba cada vez que me mencionaba a Rosas. Mainela también se acercó a curiosear. Entre los presentes de Mariano Rosas no sólo había bálsamo del Tolú, aceite de hígado de bacalao y esencial de tomillo sino un frasco con agua de colonia, pastillas de Lima y un turíbulo para quemarlas, olíbano aromático, una pieza de tela de la Estrella (la más costosa y apreciada entre los indios) de color verde esmeralda, un juego de tocador de madera de sándalo con cepillo, peine, espejo y lustra uñas, pastillas de jabón con aroma a vetiver y una pamela, que Lucero se probó entre risotadas para luego aclarar: «Dice Mariano que no quiere que te vuelvas oscura como

nosotras; que a él le gustas bien blanca».

Aquella muestra de largueza me dejó estupefacta. Mainela y Lucero estudiaban los regalos y comentaban que jamás habían visto juntas tantas cosas lindas y tan caras. «La cacica vieja lo ayudó a elegirlas, ¡y le costaron un ojo de la cara!», remarcó Lucero, y siguió explicando que Rosas debió entregar a Ricabarra dos de los mejores caballos que se trajo de la estancia “El Pino” al escapar. «Y Ricabarra, – añadió Lucero-, está que se come los codos de la intriga por saber para quién son estas cosas, pero Mariano, que no le confía, no quiere que se entere de que te tiene aquí. ¡Ñancumilla está que trina! A ella no le compró ni una aguja. ¡Ahí tiene por pícara!»

Yo estaba consciente de que, para gente pobre como aquella, esos objetos eran un tesoro. Rosas demostraba ser más que generoso al obsequiármelos. Se había desprendido de dos de sus mejores caballos, y eso, en un indio, era prueba suficiente del sacrificio que hacía en pos de consentirme y, quizá, de compensarme por el daño infligido. Intimamente volví a sentirme halagada, y un impulso irracional casi me lleva a probarme la pabela de pita y mirarme en el espejo de mango de sándalo. Caer en la cuenta de que estaba arreglándome para coquetear al hombre que se suponía debía aborrecer me consternó. Solté el sombrero y el espejo, y mis compañeras me contemplaron con un ceño. «¿Qué está sucediéndome? Me fallan los principios, me vuelvo salvaje y disoluta, me olvido de que estoy casada, que soy católica, que soy blanca. ¿Qué me pasa? Tengo que escapar».

Separé los frascos con el bálsamo y los aceites, y devolví el resto a la canasta, que entregué a Lucero sin decir palabra. La muchacha, antes de abandonar el toldo, se dio vuelta para manifestar con gesto sombrío: «Se la daré mañana por la mañana; ahora está reunido en lo de su padre con los demás caciques».

Esa noche no cené, y despedí a Mainela luego de que me calentara agua para asearme. Después de ponerme el camisón, tomé un libro del baúl y me recosté en el catre. Aunque seguía las líneas con los ojos, mi mente no se concentraba en la lectura; en cambio, revivía las escenas de esa tarde, cuando Lucero se presentó con la canasta y me vi tentada de usar la

pamela para agradecerle a él; también recordé el último día en que Mariano Rosas había estado en mi tienda, cuando me tomó por asalto y me besó la nuca, y mi cuerpo respondió a ese beso con un arrebató de pasión que jamás había experimentado en brazos de José Vicente Escalante.

Me incorporé en el catre y dejé el libro a un costado. Aquellas remembranzas y la vergüenza me habían despabilado por completo. Gutiérrez se había sobresaltado con mi inopinada reacción y se acercaba con paso cansino. «Mi buen amigo», lo lisonjeé, mientras le palmeaba la enorme cabeza. No quedaban rastros de las pústulas que le habían plagado el lomo, y el pelo color canela se le había vuelto espeso y brillante gracias a la buena comida y a la higiene. Con las curaciones a base de azul de metileno, también había desaparecido la sarna y había cobrado carnes; ya no se le pegaba el pellejo a los ijares. Era un animal hermoso, parecía un alano de aspecto imponente y amenazante, pero fiel y cariñoso.

Gutiérrez paró las orejas y comenzó a gruñir; los pelos del lomo se le pusieron como púas de puercoespín. Un momento después, escuché ruidos que desentonaban con la algarabía de los indios a la que mis oídos se habían acostumbrado. A poco, apareció Ñancumilla. Me puse de pie y contuve a Gutiérrez por el cuello. Evidentemente, la guardia apostada por Rosas a la entrada de la tienda se había tentado con el festín, y resultaba vano apelar a su ayuda. Pero, como la india estaba desarmada, enseguida recuperé la confianza.

Ñancumilla apenas balbuceaba el castellano y le costó expresarse. No obstante, logró darse a entender: me ayudaría a escapar, me dijo. Recordé la advertencia de Lucero, que no aceptara nada que proviniese de esa mujer, y también la de Mariano, que no me atreviera a desafiar al desierto, y estuve a punto de echarla a empellones. Algo en mi interior, sin embargo, me detuvo. «No puedo convertirme en otra Dorotea Bazán», pensé, y me dije que prefería morir en el desierto a llevar la vida de una salvaje.

Ñancumilla me indicó que me aprestara mientras ella se ocupaba de ultimar detalles. Me vestí rápidamente, calcé los botines y me recogí el cabello en una cola. Metí algunas pertenencias en una sábana, sólo aquellas que podrían serme de utilidad: una manta de lana, un yesquero,

una muda de ropa, carne acecinada que Mainela secaba con humo, y un cuchillo. Até las cuatro puntas de la sábana y me la eché al hombro. «Vamos, Gutiérrezz», musité, y me asomé en la enramada. El animal percibía mi excitación y gañía como a sabiendas de que se enfrentaría a un enemigo de fuerza superior. A lo lejos se veían los fogones y las siluetas de los indios bebiendo y parlamentando; algunos, muy tomados, trastabillaban y caían. El toldo del cacique general estaba bien iluminado, y había gente departiendo en la entrada; por la abertura del mojinete, salía el humo de las fogatas donde las chinas se afanarían con pucheros, guisos y demás platos. «Ahí dentro está él», pensé, y permanecí quieta y confundida, hasta que Ñancumilla, con una lámpara de cebo en la mano, emergió de la espesura de la noche y me hizo una seña para que la siguiera. Caminamos hasta la laguna de Leuvucó, ella siempre unos pasos delante de mí, Gutiérrezz a mi lado. Aquel paraje tan familiar de día, de noche me llenó de temores. La luna apenas se reflejaba en el agua, el celaje la ocultaba en parte y a veces por completo. «Esto es presagio de tormenta», me dije y estuve a punto de regresar al toldo a la carrera.

Ñancumilla se dirigió hacia un grupo de chañares donde tenía maneada una yegua flaca, enclenque y llena de mataduras, que yo, lega en la materia, no supe reconocer. Ñancumilla, ciega en sus celos, me guiaba con falacias y promesas vanas hacia una muerte segura, y yo, ciega en mi ignorancia supina, hasta agradecida me mostraba con ella. «La yegua es la mejor madrina de Painé. Déjala sola y ella te llevará a la tierra de los huincas». Me señaló dos alforjas rebosantes y dos odres con agua fresca atados con tientos a la albarda, a los que sumé la sábana con mis pocas pertenencias. Era la primera vez que montaría sola; las veces anteriores lo había hecho con Lucero en su jaca vieja y dócil. Esta yegua, la famosa madrina de la caballada de Painé, también parecía mansa, por lo que me acomodé en la montura sin mayores escrúpulos y tomé el petral como había visto hacerlo a mi amiga. Ñancumilla golpeó las ancas de la yegua, que echó a andar a paso lento y desvencijado. Seguí con la vista la luz de la lámpara de Ñancumilla hasta que desapareció.

Si la luna se despejaba podía distinguir mis manos y el contorno de la yegua, aunque cada vez con menos frecuencia: las nubes se volvían densas y oscuras y celaban la única fuente de luz con la que contaba. Se escuchaba

el sonido de los insectos nocturnos y el de los cascos de la yegua que raspaban el piso. Cada tanto susurraba: «¿Gutiérrez?», y él me respondía con un ladrido. «¿Qué locura es ésta?», me recliné. No tenía la menor idea de cómo llegar a la civilización y desconocía los peligros que debía enfrentar en el camino, ¿cómo subsistiría en esa tierra inhóspita? Sólo sabía que Córdoba quedaba hacia el norte. Me propuse regresar a las tolderías, pero caí en la cuenta de que tampoco sería fácil; habíamos andado bastante y desconocía adonde me hallaba; ni siquiera podía asegurar que la laguna de Leuvucó seguía a mi izquierda. La desesperación me llenó de lágrimas los ojos; me temblaban las manos y el mentón, y habría querido llorar a gritos de miedo y de rabia también, porque me había precipitado al aceptar la ayuda de Ñancumilla.

Repetí la frase «Señor mío y Dios mío» una y otra vez hasta que los temblores y las ganas de llorar pasaron y respiré normalmente. Se trataba de una aventura descabellada que podía costarme la vida, y aquello de «prefiero morir a volverme una Dorotea Bazán» ya no me resultaba tan convincente. De todos modos, un impulso me obligó a proseguir la marcha, segura de que si regresaba (en caso de hallar el camino) no volvería a conjurar el ímpetu y el arrojo para emprender semejante periplo nuevamente. Y yo debía escapar del dominio de Mariano Rosas.

Cayeron algunas gotas gruesas, presagio de la tormenta que arreciaría en breve, y me apeé de la yegua para buscar abrigo. Gracias a los refucilos que se sucedían, vislumbré un matorral espeso donde decidí armar un reparo para mí y para Gutiérrez. El viento fresco y fuerte y los truenos ensordecedores amedrentaban a la yegua, que sacudía la cabeza y relinchaba. Como no hallé un árbol donde atar la manea, la enrosqué en torno a mi cintura. Si de algo me encontraba consciente era de la importancia de la yegua en esa hazaña: sin ella, perecería como un pez fuera del agua. La tormenta no se hizo esperar y arremetió con furia: agua, piedra y viento se ensañaban en mi contra. El matorral que me cobijaba se sacudía, y las ramas me azotaban los brazos y el rostro, que hundi entre las rodillas. La lluvia me calaba hasta los huesos. La yegua se movía con nerviosismo tratando de esquivar el granizo; la asustaban las luces repentinas de los relámpagos y los truenos estentóreos, y en cada tirón, yo sentía que me descoyuntaba la cintura. Salí de mi precario refugio y atiné a

tomar la manta de lana de la albarda con la que me cubrí la cabeza. Sujeté el petral con firmeza cerca de la boca del animal y, acariciándole la testuz, le hablé para tranquilizarla. Al rato la piedra había cesado y el viento se había aplacado; sólo persistía la lluvia. Volví al matorral donde me acurruqué junto a Gutiérrez y, aunque aterida de frío, empapada, asustada e incómoda, me quedé dormida.

A la mañana siguiente me despertaron los pájaros. El sol despuntaba en el horizonte, y el cielo, de matices rosas y lilas, anunciaba un lindo día. El zumbido monótono de las chicharras en los espinillos pregonaba que se trataría de una jornada calurosa. No quedaba rastro de la furia de la noche anterior; la Naturaleza mostraba su cara más dulce y mansa. Me costó salir del matorral, entumecida como estaba. Tenía los brazos llenos de arañazos y moretones, y las manos despellejadas a causa de los tirones de la yegua. Gutiérrez se desperezaba a mi lado. La uniformidad y la soledad del paisaje desconcertaban e inspiraban miedo, y me asoló la idea de que estaba perdida. No había senda o rastrillada, como llaman los indios a los caminos que, a fuerza de andarlos, quedan marcados en el terreno. Adonde me hallaba sólo Dios lo sabía. «Tengo que encontrar el norte», me insté, y, gracias a la salida del sol ubiqué el este a mi derecha y así el resto de los puntos cardinales. Enfrente de mí se hallaba el norte tan ansiado, pero también un monte espeso y cerrado de algarrobos y caldenes por el que decidí no aventurarme, en especial porque no le conocía la extensión y temía que la noche me alcanzara en el corazón de esa espesura enmarañada. Monté y echamos a andar hacia el oeste, en búsqueda de una llanura que nos abriera camino.

Alrededor del mediodía el calor era insoportable, y la debilidad de mi cuerpo y la desazón de mi espíritu me presentaban la realidad como peligrosa y amenazante; inverosímil también, después de todo: ¿cómo había llegado a esa instancia? Se me llenaron los ojos de lágrimas por la pena que sentía de mí misma. Como no había probado bocado desde el mediodía anterior, decidí comer para recuperar el coraje y la resolución. Me apeé de la yegua y, al quitarle la albarda y la carona por primera vez, me sorprendieron las llagas infectadas en el lomo y el estado lamentable de su cuerpo trasijado. Los aparejos le habían empeorado las mataduras bucales y tenía una pata lastimada, pero el hambre me precipitó sobre las

alforjas sin detenerme a pensar en su condición. Levanté la solapa y aflojé el cordón de la jareta con manos anhelantes para dar con piedras en su interior. Ñancumilla había llenado las alforjas de piedras y los odres de arena, amén de darme una yegua que no subsistiría la más ligera cabalgata. «Estoy perdida», sollocé.

Reemprendí la marcha más apesadumbrada que antes. La espesura seguía a mi izquierda impidiéndome avanzar hacia el norte. La sed me atormentaba; la saliva se me había vuelto pastosa y la garganta me ardía. Aún quedaban charcos ocasionados por la lluvia torrencial de la noche anterior que el sol inclemente no había evaporado, y me abalancé a beber. El agua parecía un caldo y resultaba difícil separarla del barro; era gredosa y turbia, pero ayudó a aplacar la brasa que me quemaba la garganta. Llené un odre aunque sólo entrase lodo. Luego de esta operación, les permití a la yegua y a Gutiérrez meterse en el charco y beber.

Recordé los trozos de carne acecinada que había envuelto en la sábana. Se me hizo agua la boca al imaginar que masticaría un pedazo de esa carne que antes había encontrado repulsiva. Saqué la manta de lana, la muda de ropa, el yesquero y el cuchillo, pero no hallé los trozos de carne que, colegí con amargura, se habrían caído la noche anterior en el apuro por tomar la manta para protegerme la cabeza del granizo. De rodillas en el suelo, me puse a llorar. Gutiérrez se aproximó con paso lento, apenas gimiendo, y apoyó su enorme cabeza sobre mi regazo.

«Continuemos, Gutiérrez», expresé en voz alta, pero no había convicción en esa orden. Retomamos el viaje. Llevaba el yesquero colgado en la montura en la esperanza de que la pólvora se secase: una fogata en la noche me mantendría a salvo de las alimañas. El cansancio me vencía; a veces me tumbaba sobre el cuello de la yegua para incorporarme con presteza por miedo a caerme. El paisaje en torno era invariable; las cadenas de dunas se sucedían hacia el sur y el bosque de algarrobos y caldenes se extendía hacia el oeste; aquello era tristísimo, una vegetación agreste de matorrales resecos e ineptos para alimentar a la yegua que comenzaba a evidenciar indicios de decrepitud. Se detenía frecuentemente, y debí apelar a una rama para fustigarle las ancas y conseguir que retomase la marcha.

Cayó la noche, y antes de que el sol se esfumara por completo y me sumiera en la más atemorizante lóbreguez, desensillé para aprontar un refugio. La ceja del monte se presentó como un buen lugar para hacer fuego y dormir. No tenía qué comer; el rugido de mis tripas se aunaba a los resoplidos de la yegua y a los gemidos de Gutiérrez. El agua lodosa que había recolectado en el odre no había decantado debido al traqueteo de la marcha. La sed, no obstante, me hizo beberla en sorbos cortos y pequeños para no saborearla; le di lo que quedaba a Gutiérrez y a la yegua. La pólvora del yesquero seguía húmeda y no pude hacer fuego; instintivamente, sin saber a qué atenerme, subí a un algarrobo, me até con un tiento a una rama y me recosté. Atormentada por mis cavilaciones y vencida por el cansancio, me quedé dormida.

Al día siguiente, cuando los rayos del sol caían perpendicularmente sobre la tierra, comenzaron a dolerme los riñones. Sabía que era por la falta de líquido. Tenía los labios resecaos, la garganta ardiendo y la lengua se me pegaba al paladar y me hacía doler. Era imperativo ingerir líquido. Me apeé de la yegua e hice un esfuerzo por orinar en el odre; lo poco que conseguí lo tragué de un sorbo para no sentirle el gusto, y, como me atacaron las bascas, respiré profundamente para evitar el vómito. Mi propio líquido nauseabundo quizá me salvaría de morir de sed hasta tanto me topara con otra fuente de agua.

La yegua se volvía mañera y reticente a cada paso; la sed y el hambre estaban enloqueciéndola; el maltrecho cuerpo de esa bestia había soportado demasiado; pronto claudicaría. Gutiérrez caminaba a mi lado, la lengua afuera, la cabeza gacha, el jadeo como un resoplido sin fuerza. La desesperanza nos abrumaba, y no pasaba un minuto sin que me arrepintiera de mi decisión. Pensé en Lucero y en Miguelito, en la tristeza que habrían experimentado al enterarse de mi fuga; los echaría de menos, habían sido mis grandes amigos en medio de tanta amargura, los que habían hecho llevadero aquel infierno. Pensé también en Rosas, el causante de tantas penurias y, aunque me dije que tenía que odiarlo, nuevamente, como la noche que supe que no podría acuchillarlo, padecí ese sentimiento confuso y desconcertante.

La yegua se detuvo y no fue posible hacerla arrancar. Desensillé y le permití reposar a la sombra de un caldén. No había pastura para que se alimentara, y tentó con un arbusto similar al romero por el tamaño de sus hojas que debe de saber a hiél porque le dio dos mordiscos y se alejó resoplando. Tenía el lomo en carne viva y la herida de la pata le sangraba nuevamente.

El hambre me había debilitado; la vista se me tornaba borrosa, me daban mareos y el mal ánimo me llenaba de ideas raras la cabeza. Tenía que conseguir alimento. Caminé unos pocos pasos vacilantes hasta un arbusto similar a un espinillo aunque más verde y con frutos rojos y pequeños. Reconocí de inmediato al piquillín, una planta que abunda en Leuvucó. La alegría por el hallazgo me dio bríos y me abalancé sobre el arbusto. El fruto del piquillín es pequeño, dulce y sabroso. Me tomó un buen rato llenar las alforjas, pero no dejé un piquillín en la planta, y, luego de saciarme, le di el resto a Gutiérrez y a la yegua. Reanudamos la penosa marcha con mejor predisposición. Al atardecer, los árboles del monte comenzaron a ralearse y, antes del anochecer, apareció el llano que tanto había anhelado. Como estaba oscureciendo y la yegua no tenía fuerzas para proseguir, me apeé y le quité la montura. Me saltaron las lágrimas al verle el lomo en tan mal estado; la herida de la pata también presentaba un aspecto alarmante, de hecho, los últimos tramos los había hecho cojeando. Por la falta de líquido, se le había resquebrajado el morro, mantenía la boca entreabierta con la lengua afuera y respiraba con dificultad. Gutiérrez y yo no nos encontrábamos mucho mejor. La sed nos mataba lentamente.

Como oscurecía, busqué leña de caldén y prendí fuego con el yesquero. Me senté en el suelo sobre la carona, pegué las piernas al pecho y apoyé el mentón sobre las rodillas. Gutiérrez se echó a mi lado. Junto con la noche llegó la neblina, que se adueñó del paraje haciéndome imposible ver más allá de mí. «Las pucalcúes soplaron cenizas al saber de mi fuga», pensé, aceptando la superstición con el mismo fatalismo que Mainela al relatarme la huida del cautivo Gutiérrez. El entorno se había vuelto aterrador; la oscuridad se confabulaba con sonidos desconocidos y siniestros que me alcanzaban de los cuatro costados. Tenía que hacer algo, no podía continuar allí sentada, escuchando, pensando, temiendo.

Recordé que Lucero me había hablado de la existencia de pozos artesianos en la Pampa. Aunque sabía que se trataba de una búsqueda infructuosa (ese tipo de pozo suele hallarse a varios metros bajo tierra) me dispuse a cavar con el cuchillo; era la única esperanza que me quedaba, además podía hacerlo a pesar de hallarme sumida en la niebla. No di con agua, pero mis dedos tropezaron con unos tubérculos que los indios llaman ñutnpú, similares a papas o mandiocas, que supieron a ambrosia. Eran dulces, tiernos y jugosos. La yegua, echada a pasos del fuego, los comió lentamente, masticando con dificultad; Gutiérrez se hizo a la idea de que las raíces eran succulentos pedazos de carne y los devoró.

A la mañana siguiente me costó ensillar la yegua; la pobre se escabullía y lanzaba unos quejidos que no podían llamarse relinchos. Sin embargo, mi vida dependía de ella y, aunque se me encogía el corazón, terminé por cincharla y montarla. Nos pusimos en camino cuando el sol apenas asomaba; quería aprovechar las horas frescas antes de que el calor nos desanimase. Nos dirigíamos hacia el norte. No había rastrillada ni senda; avanzábamos sobre el terrero virgen, espeso de vegetación; en oportunidades los carrizos me llegaban a las rodillas, y sabía que Gutiérrez seguía a mi lado por el bamboleo de los juncos. Cerca del medio día noté que el terrero se tornaba cenagoso y blando, lo que dificultaba el pesado y lento andar de la yegua. A pocos metros avisté un barranco; desmonté y me aproximé con cuidado pues el terreno era gredoso y movedizo. De pie en la ceja del ribazo, no daba crédito a mis ojos: un río. Era magnífico, ancho y de agua clara. «¡Gutiérrez!», grité con la voz cavernosa y rauca, y mi perro me siguió barranca abajo. Pero el agua era salada. Tan salada que un rato más tarde mis labios se agrietaron. Gutiérrez la probó, la olfateó, tentó nuevamente y por fin desistió. La yegua, ciega de sed, se precipitó en el barranco y, adentrándose en él río, bebió como si se tratara del agua de un manantial. Pensé en detenerla, pero era demasiado tarde. Al rato, con el estómago envenenado, tambaleó, cayó entre los juncos y murió. Tenía los ojos desorbitados y vidriosos, el hocico blanco de sal y la lengua reseca le colgaba entre los dientes.

No me quedaban lágrimas que derramar, y, aunque sabía que junto con la yegua se me esfumaban las esperanzas, traté de sobreponerme al bandazo de la fortuna. Me apresté a quitar las alforjas, los odres, el lio con mis

pertenencias y la albarda del lomo de la yegua, que había decidido carnear. «Haré fuego y asaré la carne», pensé, y la idea de tan succulento manjar me levantó el espíritu. Afilé el cuchillo en una piedra y lo hundi en el vientre del animal imitando a las chinas de Painé. Aquello que a simple vista me había parecido una faena sin mayores complicaciones, resultó engorrosa, en especial porque el cuchillo no era apropiado; además, débil como estaba, cualquier maniobra me mareaba y cansaba fácilmente. Conseguí algunos cortes. Gutiérrez devoraba pedazos crudos que yo le tiraba y lamía la sangre que se había encharcado en tomo de la yegua. «Yo también debería beber la sangre», medité, recordando las innumerables veces que había visto hacerlo a los indios, segura de que me aplacaría la sed y me daría bríos para proseguir. Junté poca cantidad en el cuenco de mis manos y bebí; aún estaba tibia, era espesa y salada, y sabía pésimo. Lo poco que tragué lo vomité.

Por fin, cavé un pequeño foso en el terreno arenoso e hice fuego con raíces de algarrobo alpataco, un arbustillo que Lucero me había enseñado a distinguir y que arde como sebo a causa de la gran cantidad de resina que contiene. Con ramas de caldén, había improvisado una trébedes de donde colgaban los pedazos de yegua y, mientras aguardaba a que se cocinaran, me alejé con Gutiérrez hacia el río. Hasta ese punto del trayecto no había visto animales; en torno al río, sin embargo, se divisaban variadas especies de pájaros, ñandúes, gamos y guanacos, que al escuchar los ladridos de Gutiérrez se alejaron espantados o levantaron vuelo haciendo tremendo escándalo. Por el olor rancio y apestoso, supe que no muy lejos merodeaban los zorrinos. En la otra margen había una extensión blanca de superficie tan plana y bruñida que parecía mármol. Se trataba de una salina. «A causa de esta salina, – deduje-, el agua se ha vuelto salobre. Quizá más adelante el río se torne dulce.» No tenía caballo y debía hacer el camino a pie, pero contaba con comida y tal vez con agua. Seguiría el curso del río hacia el norte.

Regresé junto al fuego y di vuelta la carne para que se cocinara parejo. El sebo de yegua que había dejado cerca de la fogata había tomado la consistencia de la manteca, y me la pasé por los labios resquebrajados y sangrantes como si se tratara de la aromática manteca de cacao que tío Tito vendía en la botica de la calle de las Artes. El hambre me volvía

impaciente, y corté trozos ya cocinados y los devoré con fruición. Nunca había comido algo tan sabroso. Parecía que el alma me volvía al cuerpo, que me inyectaban sangre.

Gutiérrez, que mordisqueaba unos huesos, se levantó y gruñó con los pelos del lomo de punta, las patas le temblaban en tensión. Como espantadas, las aves remontaron vuelo, los ñandúes corrieron hacia el sur desplegando sus inmensas alas y el resto de los animales se alejó en busca de la espesura del monte. El paraje se tornó sospechosamente silencioso y estático. Me puse de pie, cuchillo en mano, y escudriñé los alrededores. Algo acontecía en la Naturaleza que trastornaba la normalidad y alertaba a los animales con indicios que yo era incapaz de discernir.

El rugido vino de atrás, un sonido siniestro que taladró el aire y me detuvo el corazón. Gutiérrez respondió con un gruñido y mostró los dientes. Instintivamente retrocedí unos pasos y sentí el calor del fuego en las pantorrillas. Los carrizales del río comenzaron a moverse como mecidos por el viento y se abrieron para dar paso a dos jaguares, o tigres de la Pampa. Los había guiado el olfato hasta la carne asada y la yegua destripada, y resultaba evidente que se aprestaban para llevarse el botín; avanzaban con las orejas bajas y la cabeza hundida entre las patas delanteras, mostrando los colmillos y gruñendo. La imagen de esas bestias magníficas y poderosas me dejó la mente en blanco; el miedo me entumeció el cuerpo y me dificultó la respiración. Recordé un algarrobo que había visto a pocas varas cerca del ribazo, imponente por su altura, y pensé que, si lograba alcanzarlo y treparlo, me salvaría de morir entre las garras y las fauces de esas bestias. Seguí retrocediendo, tratando de no llamar la atención de los tigres, que habían alcanzado el cuerpo de la yegua y lo olfateaban. Pero uno de ellos, él más grande, levantó la cabeza, y nuestros ojos se cruzaron. Emitió un rugido prolongado, mostrándome su aspecto más siniestro. El momento había llegado, y corrí hacia el algarrobo con Gutiérrez por detrás. Trepé con la agilidad de un gato, y hasta el día de hoy no sé cómo lo hice. Los tigres de la Pampa son hábiles trepadores de árboles y, si Gutiérrez no se lo hubiese impedido, el jaguar habría terminado a mi lado en la rama del algarrobo.

Pelearon con un encarnizamiento indescriptible y, aunque el jaguar era un

animal de extraordinaria fortaleza y ferocidad, Gutiérrez, con su aspecto y vigor de alano, le hizo frente y lo mantuvo a raya hasta que el tigre regresó junto a su compañero a terminar de despostar la yegua. Vi con horror que Gutiérrez estaba herido en el costado izquierdo y que la sangre le manaba a borbotones. Se echó al pie del árbol y comenzó a gañir penosamente y a lanzarme vistazos suplicantes. Me puse a llorar del miedo, de la impotencia, de la desesperación: Gutiérrez, que había arriesgado su vida por mí, y yo no hallaba el valor para descender del árbol y socorrerlo.

Pasó tiempo hasta que los tigres volvieron a perderse entre los carrizos del río arrastrando pedazos de carne, y pasó aun más hasta que cobré valor y descendí. Atardecía. Para mi desazón, comprobé que la herida de Gutiérrez era profunda y de gravedad. Debía restañatela o la pérdida de sangre lo mataría antes del anochecer. ¿Cómo lo ayudaría en medio de la nada y sin instrumentos de ningún tipo? No podía concentrarme, aterrada por la idea de que los tigres regresarían y que ya nada ni nadie me salvaría. Gracias a los frutos rojos en baya, me di cuenta de que a pocos pasos había una planta de acebo que los antiguos solían utilizar en cataplasmas para detener hemorragias. Recolecté varias hojas, las más tiernas y jóvenes, y las machaqué con una piedra en el cráneo de un animal que hallé a orillas del río. Apliqué el emplasto y lo sujeté sobre la herida con un pedazo de tela que rasgué de mi combinación y que até en torno al cuerpo de Gutiérrez, que apenas gemía y respiraba con dificultad.

No me atrevía a acercarme al lugar donde se asaba la carne de yegua, pero era imperativo recuperar mis misérrimas pertenencias y conseguir alimento. Los tigres habían acabado con todo: la carne asada había desaparecido y de la yegua sólo quedaba un rejunte de pellejo y piltrafas. Recogí las alforjas y los odres y volví junto a Gutiérrez, donde encendí un fuego para mantener alejadas a las fieras. Me di cuenta de que tenía fiebre y de que estaba al borde de la deshidratación. Me dolía todo el cuerpo, en especial debajo de la cintura, en la zona de los riñones; temblaba de frío, y la fogata y la manta de lana no resultaban suficientes. No debía dormirme, necesitaba alimentar el fuego, mi último baluarte. El desaliento me doblegaba y la muerte se presentaba como mi única salvación; además, me decía: «No puedo regresar a la civilización». Mancillada por las manos de un salvaje, ¿quién volvería a dirigirme la palabra entre los míos? E

imaginaba los castigos que me aguardaban en las tolderías si intentaba desandar el camino y entregarme vencida y arrepentida a manos de mi captor. Morir era mi única salida. Debería haber deseado la muerte, debería haberle rogado a Dios que la oscuridad se apoderara de mí y que me liberara. Sin embargo, unas ganas locas de vivir mantenían los latidos de mi corazón.

A pesar de los esfuerzos por permanecer despierta y pese a que escuchaba rugidos y veía tigres por todas partes, sucumbí a la debilidad y a la fiebre y me quedé dormida junto a mi fiel amigo. Soñé con Mariano Rosas.

Amanecía, y su figura de jinete bravo se recortaba sobre el sol naciente. El silencio era sepulcral, ni siquiera se escuchaban los cascos del caballo. No podía distinguirle las facciones, pero sabía que se trataba de él. Montaba majestuosamente con una lanza en la mano, y el pelo le volaba con el viento. Ya cerca de mí, aminó la marcha y se apeó de un salto.

Paradójicamente, su cercanía no me provocó miedo ni repulsión, y una paz que no había experimentado anteriormente cayó sobre mí. «¿Mariano?», pregunté, y él me respondió: «Sí, Blanca, soy Mariano. Vengo a llevarte conmigo». Le extendí los brazos y él me recogió del suelo. Entendí que me encaramaba en su montura y apoyé mi cuerpo sobre su pecho fuerte. Al sentir que él me sujetaba con el brazo, pensé: «Estoy salvada».

Desperté violentamente con el bramido de un tigre en los oídos, pero de inmediato un par de manos me sujetaron por los hombros y me obligaron a recostarme. «Descansa, no tienes nada que temer.» Era Lucero. Reconocí el toldo y el camastro; mis baúles seguían en el mismo sitio donde los había dejado algunas noches atrás. «Agua», supliqué, y Lucero me ayudó a incorporarme y acercó un jarro a mis labios agostados. Tomé con avidez de aquella agua limpia que me refrescó la boca y descendió por mi garganta como un lenitivo.

«No sabíamos si vivirías, – empezó Lucero-. El tabardillo casi te mata. Deliraste durante dos días y recién ayer por la noche te calmaste y dormiste profundamente. Aún tienes fiebre», comprobó con la mano sobre mi sien, y me colocó un paño húmedo en la frente. «Mariano te encontró a orillas del Chazí Leufú (río Salado). Apenas supo de tu huida, se lanzó al desierto a buscarte con un grupo de indios. Nunca lo había visto tan

preocupado y desesperado. No estaba enojado, – agregó de prisa para tranquilizarme-, pero sí muy afligido», y alterando el tono de voz y el gesto, me preguntó: «¿Por qué te escapaste, Blanca? ¿Por qué nos abandonaste?». Quise explicarle que no pertenecía a ese lugar ni a esa gente, que mi vida se hallaba a cientos de leguas de ese paraje cruel e inhóspito, que echaba de menos a mi familia y a mi esposo, que jamás me acostumbraría a la vida salvaje de los ranqueles, que yo no era como su madre, Dorotea Bazán. Quise expresarle todo esto, pero no encontré fuerzas para hablar. Lucero me contemplaba con ojos arrasados; su mirada, cargada de tristeza y de piedad, tocó las fibras más íntimas de mi ser. Le extendí la mano y ella se acuclilló a mi lado y la besó. Nos abrazamos y nos pusimos a llorar.

Entró Mainela, que se arrodilló a la cabecera del catre y obtuvo su parte de abrazos y lágrimas. Aún me encontraba débil, y aquella emoción terminó por extenuarme. Me tumbé y cerré los ojos y, aunque mareada y con una jaqueca atroz, me sentí inexplicablemente bien. «¿Y Gutiérrez?», quise saber de pronto. Mi fiel y querido Gutiérrez también había salvado la vida de milagro; lo tenía Dorotea Bazán en su tienda, ella lo cuidaba con desvelo, y según la machí (la curandera), vivía gracias al emplasto de acebo que había evitado que se desangrase.

Mainela anunció que iría a buscar a Mariano Rosas que descansaba en el toldo de su madre. «Mariano no se apartó de tu lado ni un momento», manifestó Lucero como al pasar, mientras acomodaba cojines bajo mi espalda. «Esta mañana, al saber que te encontrabas mejor, me permitió quedarme, y él se fue a descansar.» Se notaba que Mariano Rosas había pasado noches en vela, su aspecto cadavérico lo delataba; había perdido peso y los pómulos sobresalían en su rostro delgado. Me observaba como siempre, con seriedad y fiereza, y le temí a su enojo. ¿Qué castigo le correspondía a una cautiva que había osado escapar?

Mariano hizo una seña, y Mainela y Lucero dejaron la habitación. Quise levantarme, pero él, de pie junto al camastro, en voz baja y grave, me ordenó que estuviese quieta. No podía mirarlo, no me animaba a enfrentarlo. «¿Qué va usted a hacerme?», pregunté por fin, cuando el mutismo se me hizo insoportable. «Los huincas dicen que los ranculches

somos crueles con los cautivos que se atreven a fugarse. Cuentan que a los hombres los estaqueamos en cruz y les quemamos el pecho y otras partes del cuerpo con hierros candentes; luego los abandonamos para que chimangos y perros cimarrones les limpien los huesos. A las mujeres les despellejamos las plantas de los pies para que no se atrevan a intentarlo nuevamente. ¿Cuál de estos tormentos me apetece aplicarte?».

Me sacudió un temblor, y un sollozo convulsivo se me escapó entre los labios, y otro y otro más hasta que lloré abandonada en los brazos de Mariano Rosas que me estrecharon y consolaron sin que yo pudiera evitarlo. Se tornaba difícil mantenerme indiferente al empuje de Rosas; ciertamente no tenía ánimos para enfrentarlo y, como una compuerta que se abre y deja escapar el agua, aflojé las tensiones del cuerpo y me dejé llevar, cómoda y feliz en la seguridad que me brindaba su abrazo. «¿Tanto me odias que prefieres la muerte a mis besos?», dijo él con reproche, y me buscó los labios, y el primer contacto tímido nos estremeció. Enseguida, Mariano me sujetó la cabeza y me besó con ardor. Y por primera vez me le entregué voluntaria y completamente, buscándole la boca, pegándome a su cuerpo, devolviéndole beso con beso, caricia con caricia, jadeo con jadeo, y terminé por aceptar la decisión que él había tomado tiempo atrás en “El Pino”: yo era su mujer, su amada, y él, mi amante. No lo amaba, pero era su amada, y no podía resistirlo. De los dos, él, el amante, era el más fuerte y, con la misma facilidad con que me colmaba de deseo, me dejaba sin él, sola y aturdida.



CAPÍTULO XIV.

Pura felicidad

Laura había dejado la puertaventana de su habitación abierta de par en par. A diferencia de la noche anterior, ésta era magnífica. Alrededor de las once, el bullicio de la pulpería languidecía y cada tanto se destacaban la voz de doña Sabrina dando órdenes a Loretana y el chirrido de las sillas al ser movidas para barrer el piso. Un aroma exquisito inundaba la recámara gracias a las pastillas de alhucema que se quemaban en un pebetero. Laura cerró las *Memorias* de su tía Blanca Montes y se dispuso a contestar la carta de Eugenia Victoria. El perfume, el silencio, la frescura del aire y la luz de la vela apaciguaban la exaltación con que había dejado la casa del doctor Javier. No se había tratado de algo en particular sino de varios acontecimientos: el encuentro con Nahueltruz Guor ese mediodía en el convento, la inminente convalecencia de Agustín en opinión de María Pancha y la carta de su prima con las novedades de Buenos Aires. «Mi querida Eugenia Victoria», escribió, y levantó la pluma sin saber cómo proseguir. La tenían sin cuidado las habladorías que se entretejían en torno a su fuga y al rompimiento de Alfredo Lahitte; la aburrían las extravagancias de la abuela Ignacia y las maledicencias de sus tías; la irritaba la sumisión del abuelo Francisco y el martirio al que se sometía su madre. Aquello que había constituido el centro de su universo de pronto perdía importancia frente a Nahueltruz y a su amor. Mojó la pluma en el tintero dispuesta a recomenzar la misiva. A pesar de que esa tarde, arrebatada de emoción, le habría confesado a Eugenia Victoria su relación con Nahueltruz y le habría revelado hasta los detalles, en ese momento decidió no mencionarlo. Aunque siempre compartía con Eugenia Victoria sus secretos, un recelo le detuvo la mano; Nahueltruz era sólo de ella. Repentinamente la asaltó el temor de que las circunstancias se confabularan en contra y desbarataran la felicidad. Si bien infatuada de amor por él, Laura no perdía de vista que Guor era un cacique ranquel y que el sentimiento que los unía se juzgaría en muchos círculos como una blasfemia. Lo protegería con su silencio. Llenó

dos carillas con los pormenores de la enfermedad de Agustín, de la familia Javier, del viaje de Riglos a Córdoba y de lo bien que se encontraba en el hotel de doña Sabrina. «A Purita todo mi amor, que gracias a sus oraciones y a las votivas que le enciende a San Francisco mi hermano está recuperándose». No mandó saludos a nadie más, ni siquiera a su abuelo, y con esa actitud dio el primer paso hacia lo inevitable: la ruptura con su familia. Cerró y lacró el sobre que entregaría a Blasco para que lo despachara en la primera diligencia que partiera rumbo a Buenos Aires.

Tomó nuevamente el diario de Blanca Montes y le acarició las tapas de cuero. Lo besó también, y una agitación le estranguló la garganta y le llenó los ojos de lágrimas. Pensaba en Blanca Montes como si aún viviese. La admiraba por valiente y le agradecía la generosidad que desplegaba en las páginas de su diario, que le revelaban verdades ocultas y misterios, situaciones que en el pasado ella había tomado por comunes y cotidianas, pero que, de una manera solapada, la lastimaban. A la luz de las memorias de Blanca, la realidad adquiría un nuevo matiz, y ella se sentía más madura, más mujer.

A punto de retomar la lectura, levantó la vista: Nahueltruz, de pie en la puertaventana, la contemplaba mansamente. Ningún sonido había delatado su presencia; él era silencioso, se movía con la sutileza de un ser incorpóreo; ella, sin embargo, lo había sentido intensamente. No hablaron mientras se aproximaban ni tampoco cuando se estrecharon en un abrazo. Guor se había bañado, olía a sosa y aún tenía el pelo húmedo. La enterneció pensar que se había preparado para ella, que le había pedido a fray Humberto un pan de jabón y que se había aseado para agradecerle.

—Eres hermoso -susurró, mirándolo a los ojos-. Eres hermoso para mí.

Nahueltruz le sonrió, y a Laura la halagó pensar que sólo a ella le sonreía de esa manera, mostrando una parte vulnerable e inocente que al resto ocultaba por orgullo. La halagó saber que le tenía confianza y que a ella llegaba inerme, como un niño que busca el regazo de la madre. Sintió tanto amor por ese hombre en ese instante como jamás había sentido por nadie. Nahueltruz Guor era y sería el verdadero amor de su vida, y supo que

moriría amándolo.

Como esperaba que él fuera a ella esa noche, Laura también se había preparado: la recámara olía a alhucema, se había soltado el cabello y untado una loción de rosas en todo el cuerpo, sólo cubierto por una traslúcida bata de muselina. Los resquemores virginales y las vergüenzas de la noche anterior no existían, y una audacia impertinente la volvía libre. Esa libertad le agradaba porque, como nunca, se sentía dueña de sí, de su cuerpo, de su destino. Hacía lo que quería, con quien quería.

Se alejó en dirección a la cama; allí se quitó la bata lentamente. Su desnudez reverberó en la penumbra, y sus ojos negros brillaron con un deseo que perturbó a Guor, quieto y mudo en medio de la habitación. Él se estaba acordando del padre Agustín y de la consideración que le debía; de su condición de indio también y de lo poco que valía respecto a la señorita Escalante.

—Debería dejarte tranquila después de lo que sufriste anoche -expresó sin convicción.

No obstante, cuando Laura, en respuesta, le tendió la mano y lo llamó «Nahuel», él se emocionó íntimamente y, en dos zancadas, estuvo sobre ella y la aferró por la cintura y la besó en la boca, en el cuello, en los hombros, y la tumbó sobre la cama y la poseyó con un ímpetu reprimido desde el mediodía, cuando ella apareció en el convento llenándolo de ansias abrumadoras. ¿No se daba cuenta de que lo volvía loco, que lo convertía en un animal en celo sin control ni medida, que lo despojaba de valores y principios con sólo llamarlo «Nahuel»?

La penetró en un acto rápido, él vestido, ella desnuda, y alcanzó a percibir su estremecimiento de dolor y de inmediato la vio relajar el ceño, entreabrir los labios y gemir. Laura le atenazó la cintura y se acopló en ese vaivén de pubis y vientres tensos y húmedos, y él le aferró la parte alta de la pierna y se internó aun más dentro de ella. Laura se entregaba a la sensualidad sin culpa ni remordimiento; se dejaba arrastrar por la lascivia que le despertaba su amante, y su pasión sobrepasaba el temor a sus mayores, a los preceptos de la Iglesia y a los castigos del mismo Dios. Lo que vivía a manos de Guor

era lo único que contaba: feliz como nunca, lo seguía ciegamente en la búsqueda del goce, mientras comenzaba a sentir lo prometido, el placer que subía y crecía, que le atería los miembros, que la desbordaba y la hacía gemir. Alcanzaron juntos un placer que los estremeció hasta agotarlos. Él permaneció largo rato encima de ella percibiendo su fatiga, las manos aún aferradas, los brazos aún extendidos, las piernas aún encaramadas, hasta que pudo retirarse y pensar: «Nunca imaginé que llegaría a sentir así».

Nahueltruz terminó tan desnudo como ella, la ropa desparramada en torno a la cama, las sábanas enredadas. Él era un amante insaciable, ella, una discípula dócil y ávida. Cuando tuvieron hambre, comieron la cena que Loretana había dejado sobre la mesa y que nadie había tocado. Estaba fría, y, sin embargo, la devoraron. Al terminar, Laura se sentó sobre las rodillas de Nahueltruz, le acarició las mejillas y se volvió a admirar del contraste del gris perla de sus ojos con las pestañas tan negras y espesas. Dibujó la línea de sus cejas, le pasó el dedo por el contorno de la oreja, bajó por el cuello y le tocó el trapecio duro y tenso. Era muy interesante estudiarlo, quería aprender cada detalle de su anatomía, sin que parte alguna escapara de su control o dominio. Él la seguía con la mirada.

—Me dijo Blasco que eras casado y que tenías un hijo.

Guor no estaba acostumbrado a hablar de Quintuí y de Linconao, un tema al que nadie se refería en Tierra Adentro y que él reservaba a su intimidad; incluso, en la soledad del toldo, se cerraba a los recuerdos y sentimientos, tanto lo lastimaban. Pero Laura tenía derecho a saber y, un poco a regañadientes, le dijo que era cierto, que había estado casado y le mencionó los nombres de su esposa e hijo.

—¿A qué edad murió Linconao?

—A los seis años. Seguramente Blasco te habrá contado de qué.

Laura asintió. Aunque quería seguir preguntando, no sabía cómo; temía que Guor interpretara como mera curiosidad sus ansias por conocerlo profundamente. Asimismo, le costaba volver a mencionar a Linconao porque, a pesar de que Guor mantenía un gesto imperturbable, ella había

percibido un sutil quebranto en su voz.

–También te habrá contado Blasco cómo murió mi esposa.

A Laura le molestó que la hubiese llamado “mi esposa”. Habría preferido que usara el nombre de pila o el impersonal “ella”. Se dijo que Nahueltruz seguía enamorado del recuerdo de Quintuí. Lo notaba infranqueable, como si a ese mundo sólo accediera él. Sus celos aniquilaron el buen talante que había mostrado un rato antes mientras comían y reían de trivialidades o cuando dejó su sitio y se le subió a la falda.

–¿Qué te pasa? – se preocupó Guor, y le corrió un mechón de la frente-. ¿Por qué tienes los ojos llorosos?

–Perdiste a los seres que más amabas -adujo-. Sufriste mucho.

–Ellos sufrieron más que yo, tuvieron muertes horribles. Mi hijo, deshecho por la viruela, y ella destrozada por una fiera. Yo estoy vivo y, a pesar de que fue difícil sobrellevar la pena, el tiempo ha ido cicatrizando la herida.

–Siempre queda la herida -remarcó Laura, con un pesimismo que no le era propio.

–Siempre -coincidió Guor, y se quedó meditabundo. Apoyó el codo sobre la mesa y se sostuvo la frente con la mano.

–¿Estás cansado? – se intrigó Laura.

Nahueltruz no le contestó; ella lo obligó a levantar el rostro y le descubrió las mejillas brillantes de lágrimas. Con culpa y atribulada por el dolor de su amado, se arrepintió de haber abordado el tema de Quintuí y Linconao; había escarbado una herida muy dolorosa para satisfacer su antojo de chiquilla presumida: saber si ella era más importante que el hijo y la esposa. Se odió por haber caído tan bajo, ¿o acaso esperaba que el pasado de Guor desapareciera simplemente porque se habían acostado dos veces?

–¡Perdóname! ¡Perdóname! – repitió, mientras le sostenía el rostro y se lo

besaba.

–A veces me pongo triste porque siento la falta de mi hijo profundamente, pero eso no es culpa tuya. Linconao murió y debo habituarme a la idea. Me lastima que haya sufrido antes de morir. Estuve con él durante su enfermedad y lo vi padecer. La impotencia me abrumaba y a veces le pedía a Dios que me tomara a mí y lo liberara a él, tan pequeño, tan indefenso. Pero ésa no era la decisión de Dios, y Linconao se fue y me dejó solo con una pena que me cuesta cargar. Pero los seres humanos somos más fuertes de lo que creemos y seguimos adelante. Nunca olvidamos, pero seguimos adelante.

–Yo soy tan feliz desde que te conocí, Nahuel. Me gustaría saber que tú sientes igual. Si sólo sintieras la mitad de la felicidad que yo siento, no volverías a estar triste.

–Laura -musitó Guor, y la acarició.

«Es tan joven e inexperta, – reflexionó-. Debería enfrentarla a la realidad, debería advertirle que esto es una locura, tendría que abrirla los ojos. ¿Qué puedo darle yo? ¿De qué manera la compensaré si soy un indio?», y, aunque por un momento creyó que podría confiarle sus dudas y desvelos, un miedo inusual le ató la lengua. Su egoísmo posesivo resultó superior a su integridad, y acalló la conciencia porque no estaba dispuesto a apartarla de su lado. «Sé que le hago daño, pero no tengo valor para perderla. No a ella».

Laura lo contemplaba con impaciencia, esperando que Guor le confesara que era feliz, que la amaba, que nunca se separarían. Él, sumido en su soliloquio, no percibía la ansiedad de ella y seguía callado y ensimismado.

–¿Tú también eres feliz desde que me conociste?

El tono pueril de Laura y el sentido mismo de la pregunta le devolvieron la sonrisa.

–Sí, soy feliz, tú me haces feliz. Ahora soy feliz. Desde que apareciste en

mi vida me devolviste la alegría que creí perdida para siempre. Te deseo tanto...

–Amor mío -susurró Laura, y le ofreció los labios de nuevo, y él se los besó ardorosamente, mientras le quitaba la bata de muselina. La sentó a horcajadas sobre él, y, al sentir la virilidad de Guor en la entrepierna, Laura comprendió que la cama no era el único sitio donde un hombre y una mujer podían amarse.

A la mañana siguiente Laura llegó tarde a lo del doctor Javier. Nahueltruz se marchó antes del amanecer y ella se quedó dormida. Le pareció que habían pasado sólo cinco minutos cuando escuchó a Loretana que la instaba a levantarse y el sonido del agua en la tina. Remoloneó más de lo debido y se bañó, vistió y desayunó lentamente como si contara con todo el tiempo y nadie estuviera aguardándola. Loretana llamó a la puerta y le comunicó que Blasco se estaba cansando de esperar. Laura tomó su parasol, su escarcela y dejó la habitación reprochándose la demora. A mitad camino, se toparon con María Pancha.

–Estoy muy cansada -confesó la mujer, y fue una sorpresa para Laura que lo admitiera-. Dejé a Agustín a cargo de doña Generosa y vine a ver qué pasaba contigo que demorabas en relevarme.

–Llegaré en cinco minutos y me haré cargo de Agustín; ve a descansar.

Sin reproches ni sermones, María Pancha se alejó en dirección al hotel con la cabeza ligeramente echada hacia delante y arrastrando los pies. En lo del doctor Javier, Laura se enteró de que Agustín estaba reunido con el cacique Guor desde hacía buen rato. Laura, que sabía que Nahueltruz no había pegado ojo, preguntó a doña Generosa si le habían ofrecido el desayuno. La mujer se excusó manifestando que el cacique apenas había saludado al llegar para meterse deprisa en la habitación del padrecito Agustín, que había pedido que no los interrumpieran.

–El padrecito tampoco desayunó -añadió doña Generosa-. Vamos a la cocina, Laurita, y preparemos dos succulentos desayunos, uno para el

padrecito y otro para el cacique Guor.

Doña Generosa le abrió la puerta, y Laura entró en la habitación de su hermano con una bandeja: café recién colado, crema fresca, rosquillas de anís, pan caliente, manteca, dulce de moras y queso.

–Buenos días -saludó con alborozo, y fijó la vista en su hermano para evitar la de Nahueltruz, que apenas vio a Laura, se puso de pie, musitó un saludo y apartó con premura varios papeles de la mesa para hacer lugar al desayuno.

Agustín no estaba en cama; lo habían sentado en la mecedora entre almohadones, con los pies en un escabel y una manta liviana sobre la espalda y otra sobre las piernas. Lucía cómodo y tranquilo. Respiraba con cierto esfuerzo pero sin la agitación que tanto angustiaba al doctor Javier. Laura repitió el rito de tocarle la frente y se alegró al encontrarla fresca. Su hermano, sin embargo, mostraba los estigmas de la enfermedad en el rostro y en el cuerpo.

–¿Cómo le gusta el café, señor Guor? – preguntó Laura, y se atrevió a mirarlo por primera vez.

–Negro, con cuatro cucharadas de azúcar.

«Negro, con cuatro cucharadas de azúcar», repitió para sí, ávida por conocer los gustos del hombre que amaba.

–Gracias -dijo Guor cuando le entregó la taza, y solapadamente le acarició la mano.

Laura regresó a la mesa con las mejillas arrojadas. Siguió afanada en servir el desayuno a su hermano con el rostro bajo que escondía una sonrisa. Aunque la conversación entre Agustín y Nahueltruz la excluía -ignoraba a las personas de las que hablaban y los hechos que mencionaban- también la fascinaba porque hacía referencia a ese mundo de Guor que su hermano conocía tan bien y ella tan poco.

–¿Qué son esos papeles? – se interesó en una pausa, y señaló los

documentos que Guor había apartado de la mesa.

–Unos asuntos que quería poner en orden -replicó Agustín, y Laura, que lo notó incómodo, no se atrevió a preguntarle qué diantres tenía que ver el cacique Guor con sus asuntos legales.

–Julián podría haberse hecho cargo de eso -dijo en cambio.

Ante la mención de ese nombre, una sutil alteración se operó en Guor. Los celos le congelaron la sonrisa que, poco a poco, se esfumó. Sobre todo lo irritó el aire de confianza con que Laura había pronunciado ese nombre: «Julián», como si lo conociese de una vida, como si se tratase de alguien importante.

–Para ser sincero, no me di cuenta de que podía contar con la ayuda del doctor Riglos para estos menesteres -reconoció Agustín, y añadió-: Mejor así, Laura, no quiero abusar de él después de todo lo que está haciendo por nosotros.

–Debo retirarme -anunció Guor, mientras tomaba los papeles y su sombrero.

Laura le lanzó un vistazo lleno de súplica. Sus ojos parecían reclamar: «¿Por qué te vas? ¿Por qué me dejas sola? ¿Qué cosa tan importante tienes que hacer para irte de mi lado?». Sin mirarla, Guor interpuso que había prometido a fray Humberto terminar la reparación del gallinero, además de comenzar otros arreglos en el establo y en el refectorio.

–Lo acompaño hasta la puerta.

–No, Laurita -interpuso Agustín-, Nahueltruz conoce bien el camino de salida, y yo necesito hablar contigo. Hasta luego, Nahueltruz -saludó Agustín, y le estrechó la mano.

–Hasta luego -respondió él, y se marchó sin volver la vista ni una vez.

Laura regresó al lado de Agustín y ensayó una mueca alegre. Le tomó la

mano y se la besó, y Agustín le acarició la cabeza y la llamó “hermanita querida”. Se pusieron a recordar los tiempos en Córdoba, cuando Agustín aún vivía en lo del general Escalante y la llevaba a la plaza después de misa los domingos, le enseñaba latinismos y le regalaba alfeñiques a escondidas. Era la primera vez desde su llegada a Río Cuarto que Laura contemplaba a su hermano sin temor a perderlo; sabía que lo peor del carbunco había pasado, confiaba en el criterio de María Pancha y se aferraba a esa creencia porque en ese momento tan feliz nada podía resultar mal.

—¿No has tenido noticias de papá? ¿El doctor Riglos no te ha escrito?

—No. Supongo que pronto los tendremos entre nosotros, ya verás. De acuerdo con lo que Julián decía en su carta, estimo que llegarán en una semana, no más.

—Bien, una semana no más -repitió Agustín para sí, y perdió la mirada. Volvió a la realidad para suplicarle a Laura: Quédate esta noche. María Pancha está extenuada. La noté muy desganada. No ha dormido ni comido adecuadamente en días y temo por su salud. Es de hierro, mi negra, pero no debemos abusar.

—Sí, sí -se apresuró a aceptar Laura, y de inmediato cayó en la cuenta de que esa noche no podría encontrarse con Nahueltruz.

Durante mi convalecencia, Lucero y Mainela me cuidaron con esmero. Dorotea Bazán me visitaba a menudo y me traía noticias de Gutiérrez. Pulquinay aparecía frecuentemente, siempre con algún presente. Incluso la cacica vieja, que rara vez dejaba su toldo, se presentó una tarde junto a su hija Güenei. Me traía el quillango de pieles de guanaco que me había prometido la tarde que la visité. Mainela colocó unos asientos junto a mi catre y madre e hija se acomodaron. Lucero les ofreció aloja y empanadas rellenas de batata que Dorotea Bazán había traído esa mañana. Se hizo un silencio mientras bebían y comían, y el gesto severo de la cacica vieja me hizo temer una reprimenda. Paradójicamente, frente a esa mujer me avergonzaba de mi acción, me arrepentía de haber escapado, no por el riesgo que había implicado sino por el desprecio que había significado

para su hijo Mariano; me fastidiaba sentirme incómoda y culpable, pero no podía evitarlo. En el fondo, habría preferido una admonición a ese trato distante y solemne.

Mariana y Güenei no mencionaron mi huida y se limitaron al interrogatorio de costumbre: mi salud, si necesitaba algo, si me encontraba cómoda, si me gustaba el quillango, si se me antojaba un poco de puchero recién preparado. La visita no duró mucho y, apenas empezó a oscurecer, se despidieron. «Sólo porque la cacica vieja sabe cuánto significas para Mariano es que ha venido a verte; con otra, ella no haría eso e indicaría algún tipo de castigo», aseguró Lucero, que no perdía oportunidad para ensalzar a su amigo, y, aunque yo mantenía reserva y silencio, me daba cuenta de que estos encomios no me importunaban como antes.

«¿Y Ñancumilla?», me atreví a preguntar, y el vistazo que me lanzó Lucero me dio a entender que sabían de la intervención de la india en mi fuga. «Al día siguiente de que te fuiste, cuando no podíamos encontrarte por ningún lado, uno de los lanceros que había estado de guardia en tu enramada recordó haber visto a Ñancumilla escurrirse dentro de tu toldo. Mariano temía que esa pícara te hubiera dado un mazazo en la cabeza y arrojado tu cuerpo en el monte para que se lo disputaran las bestias. La inquirió de mal modo y la golpeó hasta que la muy pérfida confesó que había sido ella la que te había convencido de escapar, que te había dado una yegua vieja y enclenque y llenado los zurrónes de piedras y los odres de arena. Painé quería matarla con un bolazo, porque ayudar a escapar a un cautivo se paga con la vida aquí, pero Mariano intercedió y le salvó el pellejo. Su familia, que está emparentada con los Guor, la reniega, y Ñancumilla ha tenido que pedir asilo en la toldería del cacique Caiuqueo con lo que llevaba puesto.»

En los días que guardé reposo, no vi a Mariano Rosas. Después de la tarde en que lloré en sus brazos y le permití besarme y me permití responder a su ardor, Mariano se mantuvo apartado. Miguelito se apersonaba cada mañana para interesarse por mi salud, mi ánimo y mis necesidades, que satisfacía solícitamente. «Miguelito, – dije en una ocasión-, quiero ver a mis sirvientes, los que iban en las carretas; deseo saber cómo están y si saben algo de mi amiga María Pancha.» Se lo había pedido tiempo atrás,

pero parece que Mariano no consideró propicio el reencuentro en aquella oportunidad pues Miguelito nunca volvió a mencionar el tema. Ahora, sin embargo, la fortuna me sonreía y, dos días más tarde, Miguelito apareció en la enramada con Gaspar, el carretero más antiguo del general Escalante, que se quitó la boina y se arrojó a mis pies, donde lloró amargamente. «¡Señora, señora mía! ¿Qué le han hecho estos bárbaros?», balbuceaba el buen hombre, y yo pugnaba por no perder la compostura. Mainela lo convidó con aguamiel y le acomodó un asiento frente a mí. Más repuesto, Gaspar detalló el ataque de los indios y me aclaró que María Pancha había saltado de la carreta y buscado refugio entre unos arbustos. «Quizás habría sido mejor que se dejara atrapar», interpose con aire melancólico. «En medio de ese páramo, ¿qué habrá sido de ella? ¿Cómo habrá encontrado el camino para regresar a “El Pino”? Habrá padecido sed y hambre», me angustié. En ese momento acepté que probablemente hubiese muerto. Gaspar me aseguró que María Pancha era la mujer más “vicha” (astuta) que conocía y que seguramente habría llegado a “El Pino” sin dificultades. «Yo mismo en esos días de viaje le enseñé algunas cosas, como los puntos cardinales, p'dónde queda Córdoba, p'dónde Buenos Aires, y otros secretos que aprendí después de haber hecho ese recorrido a lo largo de tantos años con el general Escalante, que Dios lo tenga en su santa gloria (y se persignó). Y María Pancha me prestaba atención, señora, y aprendía ligerito, que es bien vicha, como le digo». Quizá Gaspar tenía razón: María Pancha se había salvado y Escalante estaba en la santa gloria del Señor. No tuve fuerzas para seguir indagando y lo despedí luego de preguntarle si lo trataban bien. «Muy bien, señora. El indio Pincén es bueno como un cristiano».

Una mañana, antes de que llegaran Mainela y Lucero, sintiéndome con ganas, me vestí, coloqué una pastilla de jabón, una toalla y una muda de ropa en una canasta y marché a la laguna a tomar un baño decente. Durante esos días de enfermedad, Mainela hervía agua y me ayudaba a higienizarme dentro del toldo, pero la faena resultaba complicada e incómoda, y nunca me sentía completamente limpia. Esa mañana, cuando el sol apenas asomaba y una brisa fresca y fragante se me arremolinaba en el pelo suelto, partí rumbo a la laguna. Los gallos aún no cantaban y el campamento seguía durmiendo. Me dirigí a una zona de la orilla especialmente poblada de carrizos y totoras donde me quité la ropa. El

agua estaba fría, pero vigorizante. Me enjaboné el cuerpo y, mientras me lavaba el cabello, sentí una mano sobre el hombro. Pegué un alarido que alejó a las aves e hizo chillar a los loros. Tambaleando, voltéé: era Mariano Rosas. Arrebaté la falda y me cubrí el torso desnudo. Bajé la vista, desconcertada, incapaz de emitir sonido. «No deberías venir sola a la laguna, – señaló-. ¿Es que acaso no aprendiste lo traicionera que puede ser mi tierra?», y comenzó a deshacerse de sus ropas.

Me vestí deprisa con la piel enjabonada, decidida a moverme a un sitio apartado. «No te atrevas a alejarte un paso», me advirtió, y caminó hacia mí. Era la primera vez que lo veía completamente desnudo. Tenía el cuerpo duro y recio, cruzado de fieras cicatrices. Su desnudez era imponente. Un escalofrío me erizó la piel y un cosquilleo me jugueteó en el estómago. Aunque me había hablado con dureza, Mariano no lucía enojado y sus labios se sesgaban en una sonrisa irónica. Me quitó la canasta y la dejó sobre la marisma y, cuando intentó desabotonarme el justillo, lancé un gemido lastimero y retrocedí. Él, seguro y decidido, avanzó y se deshizo de mi atuendo, suave y pacientemente. Cerré los ojos y contuve el respiro, la voluntad quebrada por completo. El calor en la entrepierna me aflojaba las rodillas y tuve la certeza de que habría caído al suelo si él no me hubiese sostenido.

«Vamos a nadar», ordenó, y aduje que no sabía hacerlo. Rió y, encaramándose en sus brazos, se adentró en la laguna. No me molestó el contacto manso de nuestros cuerpos desnudos, y me atrajo el contraste de nuestros colores. A medida que nos apartábamos de la orilla, la inseguridad me obligaba a aferrarme a su cuello y a mostrarle mi vulnerabilidad. Me dejó en un sitio donde el agua no me cubría por completo y se alejó nadando. «Ven», me llamó, y le aseguré que cualquier amenaza sería vana, no daría un paso. Se sumergió y reapareció segundos después frente a mí. El agua se le escurría por la cara y le confería brillo a su piel cobriza; tenía los ojos vivaces y más azules; sonreía, mostrando una dentadura increíblemente blanca y pareja. La hermosura de aquel salvaje me pasmó y no atiné a reaccionar cuando me tomó por la cintura y me besó febrilmente.

Experimenté sumisión y fatalismo, y terminé por aceptar quién era amo y

señor y quién, esclava y sierva. Si él hubiera recurrido al poder que ejercía sobre mí, yo habría hecho cualquier cosa en ese momento pues no tenía fuerzas contra él. Me arrastró hasta la orilla donde me poseyó sin furia ni resentimiento, con una dulzura de la que no lo creía capaz. Le consentí hacer cuanto quisiese y me dejé llevar por esa marea de placer que me anegaba la boca y que me atería el cuerpo, puro placer que él me proporcionaba con largueza.

Esa mañana, después de haberme permitido tanto gozo, se desataron en mí los nudos gordianos que domeñaban mi naturaleza desde hacía tiempo, nudos hechos de arrojo, fortaleza y orgullo, que me habían protegido de algún modo, pero que también habían lastimado mi índole sensible de mujer al intentar preservar la moral y los principios que no pertenecían al mundo en el que me hallaba. Esa mañana comprendí que Mariano Rosas era mi destino y que yo me había convertido en una india blanca.



CAPÍTULO XV.

Zorro cazador de tigres

Como Nahueltruz no volvió a presentarse en lo del doctor Javier ese día, Laura decidió enviarle una esquila comunicándole que pasaría la noche cuidando a su hermano.

–¿A quién escribes? – se interesó María Pancha.

–A nadie -respondió Laura, y dobló el papel-. Anoto unas cosas que necesito comprar en la botica; no quiero olvidarme. Ya deberías irte -sugirió a continuación para desviar la atención de su criada.

–Sí, ya deberías estar en el hotel descansando -apoyó Agustín.

–No sé si es una buena idea que te quedes esta noche, Laura. ¿Te vas a acordar de darle la medicina y el tónico? ¿Y de cambiarle la chaqueta antes de que se duerma? Siempre la suda a esta hora. ¿No te olvidarás de pasarle el ungüento de alcanfor sobre el pecho? ¿Y pondrás hojas frescas de eucalipto a hervir? ¿Cada cuánto debes darle la medicina? Ya te has olvidado. ¿Y le controlarás la temperatura?

–Vamos, ya no te queremos aquí -bromeó Laura, y le entregó su canasta con potingues y el rebozo de algodón.

–Sí, sí -secundó Agustín-, vete que nos hemos cansado de ti.

–Cría hijos y te comerán los ojos -sentenció María Pancha y se marchó.

Laura terminó con las indicaciones de su criada y se sentó a la cabecera para leerle *Excursión a los indios ranqueles* a Agustín, que disfrutaba de los

recuerdos del coronel Mansilla y cada tanto agregaba alguna vivencia personal o una explicación interesante para deleite de Laura, no tanto por lo que su hermano decía sino porque lo hacía sin ahogarse ni agitarse.

Blasco llamó a la puerta y Laura salió a atenderlo. El niño hizo un mohín al enterarse de que su patrona no lo necesitaría esa tarde para acompañarla a lo de doña Sabrina ni para protegerla del coronel Racedo y de otros peligros inminentes.

–Pero te necesito para algo mucho más importante -dijo Laura con acento engatusador-. Necesito que vayas donde Nahueltruz y le des esta nota a él y nada más que a él -y le entregó un papel sin sobre ni lacrado; de todos modos, el niño no sabía leer.

En el convento de San Francisco, Blasco encontró a Nahueltruz trepado a una escalera mientras martillaba el techo del establo. Al verlo, Nahueltruz lo saludó desde arriba y continuó con su trabajo.

–Tengo algo para ti -dijo Blasco-. De la señorita Escalante.

Nahueltruz bajó rápidamente y Blasco le puso el papel sobre la palma de la mano. «Amor mío, esta noche voy a quedarme a cuidar a Agustín. No podremos vernos. Tu Laura». Masculló por lo bajo y volvió a subir la escalera sin percatarse de que Blasco lo contemplaba con ojos de besugo.

–¿Algún problema, Nahueltruz?

–Nada, nada. Ve nomás que tu abuela Carmen debe de estar preocupada. Y gracias por haber traído la nota.

En la seguridad de hallarse solo, Nahueltruz asestó un estruendoso golpe con el martillo e insultó en araucano. No la vería esa noche. ¿Y ahora qué hacía él con la ansiedad que había acumulado a lo largo de esa jornada? Lo irritó pensar que Laura se hubiera ofrecido muy servicial en lugar de María Pancha olvidándose de él. La frustración se mezcló con los celos que había experimentado al escucharla mencionar al tal Julián, y el ánimo se le tornó negro y agorero. Por la noche, como era costumbre, el padre Donatti

apareció con un plato de comida y una hogaza de pan, y se sentaron a conversar. La charla con el franciscano lo alejó de sus cavilaciones y lo serenó. Hablaron de Epumer, tío de Nahueltruz, y de su carácter irascible que a veces complicaba las cosas con los cristianos; de la situación de los indios en el fuerte, lamentable a juicio del franciscano; de lo bien que ambos habían encontrado ese día al padre Agustín y de lo bien que le había hecho la presencia de su hermana y de la mujer que lo había criado. Luego de una pausa, con la actitud y gesto de quien aborda un tema espinoso, el padre Donatti inquirió:

–¿Sabes que el general Escalante llegará dentro de poco?

–Sí.

–El doctor Riglos viajó a Córdoba a buscarlo. Estarán aquí...

–¿El doctor Riglos? – interrumpió Nahueltruz.

–Sí, el doctor Julián Riglos, gran amigo de los Montes. Él viajó con Laurita y María Pancha hasta aquí y, pocas horas después de haber llegado, se marchó a la ciudad a buscar al general porque Agustín lo reclamaba con angustia, a pedido de Laura, obviamente. Un gran hombre, un gran hombre –rumió el padre Donatti, y se quedó meditabundo.

–¿Un hombre mayor? – tentó Guor que no sabía cómo referirse al tema sin evidenciar su interés.

–No, no, en la flor de la edad diría yo.

–¿Casado?

–Viudo.

Donatti comentó acerca de la excelente reparación que Nahueltruz había llevado a cabo en las sillas del refectorio, y desbarató la posibilidad de retomar el hilo de la conversación. Se despidieron minutos después, y Nahueltruz se aprestó para pasar la noche; se recostó en el jergón relleno de

paja, puso las manos bajo la cabeza y fijó la vista en el techo del establo. «¿Qué sigo haciendo acá?», se preguntó. El convencimiento de que el asunto con Laura Escalante era un desatino se apoderó de él una vez más. Se había enamorado como un jovenzuelo de la mujer equivocada. Ella era la princesa, él, el mendigo que le suplicaba; ella, la huinca refinada, él, el ranquel salvaje. La racionalidad y sensatez que lo caracterizaban se habían esfumado. Aunque consciente de que Lahitte o el tal doctor Julián Riglos encarnaban el tipo de hombre que correspondía a la posición de Laura, Guor la quería toda para él y lo volvía loco imaginarla en brazos de otro. «Laura se entregó a mí, no a ellos», reflexionó, y lo que parecía un absurdo momentos atrás tomó un matiz distinto; después de todo, si ella lo había elegido conociendo su origen, ¿por qué debería imponerse el castigo de apartarla cuando era lo único bueno que le había sucedido en años? «No tengo espíritu de mártir, – masculló-, y hace tiempo que sé que mi índole es egoísta, igual que la de mi padre».

Un ruido imprevisto lo puso en alerta; se incorporó y aguzó la mirada. Enseguida escuchó pasos que resquebrajaban el forraje del suelo. «Pasos de alguien liviano», meditó, porque resultaban apenas audibles. Levantó la nariz e inspiró profundamente sin hacer ruido. Aroma a rosas, aroma a Laura. Tanteó hasta dar con la lámpara de cebo y encenderla. A escasos metros estaba Loretana, que fruncía los ojos miopes en un intento por acostumbrarse a la penumbra circundante.

–¡Nahueltruz! – exclamó, y corrió hacia Guor, que se levantó de un salto.

–¿Qué haces aquí? – preguntó sin ocultar el enojo, y la aferró por los brazos antes de que se le echara al cuello-. ¿Estás loca de aparecerte así durante la noche? Pude haberte matado -la increpó y, con un movimiento brusco de cabeza, señaló el facón.

–¿Matar a tu Loretana? Con todo lo que te gusto, ¿serías capaz de matarme?

Loretana estiró la mano y se las arregló para acariciarle la mejilla, pero Guor retiró la cara.

–¿Cómo carajo llegaste aquí? – exclamó en cambio, y la soltó.

–Seguí a Blasco, ¿qué más? Yo sabía que ése conocía tu escondite. Tuve pacencia y lo seguí hoy todo el día.

–Vamos, Loretana, regresa a lo de tu tía antes de que aparezca algún cura y nos eche a los dos a patadas.

–No tengo pensado regresar en toda la noche ahora que te encontré. Y no te priocupes, no nos van a escuchar. Voy a gritar bajito cuando te tenga dentro de mí -añadió con mueca seductora, mientras le tanteaba el bulto en la entrepierna.

Guor dio un paso atrás como si el contacto lo hubiese quemado. No obstante haberse acostado con ella muchas veces, la idea de hacerlo ahora lo repugnaba. Pensó en Laura, y una premura por deshacerse de Loretana casi lo lleva a perder el control. La aferró por el antebrazo y la sacó a la rastra.

–¡Ey, loco! ¡Suéltame! ¿Qué te pasa? ¿Te volviste marica o qué?

–Te pedí que te fueras, Loretana -reiteró Guor.

–Tá bien, tá bien -aceptó la muchacha-. Entiendo que no quieras que estemos aquí. Vamos a lo de mi tía, entonces; en mi habitación nunca nos escuchó naides.

–No.

–¿No?

–No puedo, mañana tengo que madrugar.

–¿Y dende cuando madrugar es un problema pa'vos?

–Desde ahora.

–Tienes otra.

–Loretana, no me hagas perder la paciencia.

–Tú tienes otra. – Guor se quedó callado y le evitó la mirada-. ¡Sí, tienes otra! – se convenció-. ¿Quién es? Dime quién es. ¿La conozco? ¿Es ranquel o huinca?

–Se acabó -prorrumpió Nahueltruz, y la llevó hasta el portón de mulas, que abrió con sigilo-. Vamos, sal, no quiero problemas.

–Nahueltruz... -sollozó Loretana-. Me estás echando, me dejas ir sola en medio de la noche.

–Sola viniste en medio de la noche, sola te vuelves.

–Nahueltruz, mi amor -dijo con acento suplicante, y lo abrazó.

–Loretana -insistió Guor, y volvió a quitársela de encima.

–Nahueltruz, yo te amo -confesó la pulpera, y le buscó el rostro para deleitarse con la sorpresa de él. Pero el gesto de Nahueltruz parecía de piedra: sus ojos la fulminaban, se le dilataban las fosas nasales y apretaba los labios. Evidentemente, que ella lo amara le importaba un ardite.

–¿Qué se te cruzó por la cabeza? – se enfureció-. ¿Que podías revolcarte conmigo y satisfacerte como un puerco y dejarme cuando quisieras? – Enseguida lamentó el arretrato y se le echó al cuello-. ¡Perdóname, Nahueltruz, perdóname! Yo te quiero, te quiero, ¿entiendes? Podemos irnos juntos, lejos, dejar este pueblo de miserables, esta vida de pobres. Vayamos a Buenos Aires. Yo tengo algunos riales ahorraos; dentro de poco recibiré más, con eso nos alcanzará pa'comenzar. Vamonos juntos, vamonos.

–Loretana, no quiero herirte, pero mejor hablar claro y sin rodeos: no estoy enamorado de ti y no tengo planeado dejar mi vida ni mi tierra para ir detrás de nadie. Ahora, por favor, sal del convento y vuelve a lo de tu tía Sabrina.

–¿Y lo que hubo entre nosotros? – Guor le lanzó un vistazo significativo,

que la encolerizó-. ¿Eso no importa pa'vos? ¡Vamos, habla!

–¡Basta! – prorrumpió Guor por lo bajo y terminó de sacarla fuera-. Te dije que no quiero herirte, pero si no entiendes por las buenas, puedo ser cruel y duro.

–¡Me usaste! ¡Me usaste tú también! ¡Qué te crees, que soy de palo, que no tengo sentimientos ni corazón! ¡No tú, Nahueltruz! ¡No tú!

–Loretana, por favor...

Loretana le asestó una bofetada que más que dolerle lo desconcertó. Se miraron fijamente; los ojos de ella chispeaban en la oscuridad como los de un gato. Nahueltruz dio media vuelta y entró en el convento. Luego de cerrar el portón, escuchó que Loretana lloraba.

La tormenta que había azotado mi vida escampó, y la resignación trajo consigo la paz. No tener que resistir a mi naturaleza y al destino me devolvió la serenidad y me permitió reencontrarme. Por fin, la idea de que pertenecía a esos parajes desolados, a esas tolderías de cuero y a ese salvaje, se apoderaba de mí lenta y naturalmente. Día a día aquella realidad, tan abyecta en un principio, se convertía en mi realidad. Sin darme cuenta, me volvía parte de los ranqueles, y sus costumbres, ritos y lengua comenzaban a resultarme familiares. Mainela y Lucero notaron el cambio y lo comentaban entre ellas mientras me miraban con cautela. Una tarde, cuando Mariano mandó poner un catre más grande en mi pieza y yo no me opuse, mis fieles amigas presintieron el rumbo que tomaban los acontecimientos.

Curar el lomo de Gutiérrez y la herida causada por el jaguar y, sobre todo, las llagas de Catrileo, el hijo de Pulquinay y Calvaiú, me otorgaron la reputación de una machí (curandera o médica) de las mejores, y no pasaba un día sin que alguien aplaudiera en la enramada y me pidiera ayuda o consejo. Con todo, debía ser cautelosa porque los ranqueles, en su supersticiosa ignorancia, suelen culpar a las machis de las muertes de sus seres queridos, y las pobres terminan sus días con un golpe de boleadoras

en la cabeza. También se busca como chivo expiatorio a alguna enemiga del difunto o de la difunta, se la acusa de bruja y se le da muerte. «Sólo acepte a aquellos que sabe que va a poder ayudar», me advirtió Miguelito, sin duda cumpliendo órdenes de Mariano Rosas.

Lo cierto es que los últimos vientos veraniegos del Norte trajeron aparejadas conjuntivitis, jaquecas, diarreas y toda clase de pestes que me ocupaban el día entero. El chavalonco (jaqueca)- tenía mal al gran cacique general Painé, que se quejaba de «ruido en la cabeza». Mariana me visitó para pedirme una poción que aliviara el malestar de su esposo. Tío Tito preparaba unas gotas con dos partes de éter sulfúrico y tres de alcohol que habían dado que hablar en su época por lo eficaces para eliminar las migrañas más pertinaces y que yo suministraba con gran éxito a tía Carolita en sus días de regla. Sin embargo, como suponía que los malestares de Painé no se debían sólo al fastidioso viento Norte sino a las comilonas y excesos de pulcú y chicha, recomendé además té de tabaquillo y manzanilla. «Y circunspección en los alimentos y en las bebidas», agregué, y Mariana hizo un gesto desesperanzado.

Painé recuperó la salud pocos días después y le pidió a Mariana que me invitara a cenar a su toldo. Volví a vestir el pilquen rojo de Lucero y me coloqué en el brazo la ajorca de plata regalo de Pulquinay. Me dejé el pelo suelto y, como Lucero insistió, me pinté los labios con carmesí. Me contemplé en el espejo que Mariano Rosas le había comprado a Ricabarra y descubrí a una nueva mujer. Blanca Montes había dejado de existir; Uchaimañé había tomado su lugar. Nada me importaba, ésa era tierra de herejes y salvajes, de perdidos y perdidas, me dejaba llevar, me volvía una de ellos, me gustaba. Después de todo, ¿a quién debía rendirle cuentas? Lejos de mi mundo, nada ni nadie contaba. Pensé en Dios, y me dije que había sido Él quien me había puesto en manos de ese salvaje, porque eran las manos lúbricas de Mariano Rosas las que hacían de mí esa mujer.

Cuando entré en el toldo de Painé, el grupo se silenció y varios pares de ojos se fijaron en mí. Para disimular la tensión, acaricié la cabeza de Gutiérrez y le ordené que se sentara en la enramada. Pulquinay se separó de su esposo y salió a mi encuentro. Nos abrazamos. Señaló la ajorca en mi brazo y comentó en araucano. Los demás asintieron con aprobación. Me

saludó Güenei, la única hija de Painé y de Mariana, que me presentó a los demás invitados; primero a la familia real: Calvaiú, primogénito, esposo de Pulquinay; Huenchu, el tercer hijo varón y esposo de Ayical, y por último Epumer. Terminadas las presentaciones generales, Güenei me tomó del brazo y me condujo frente a su padre. A pesar de que había visto a Painé de lejos, generalmente sobre su alazán, al tenerlo tan cerca de mí, me llevé una fuerte impresión. Sobresalía de sus pares, generalmente retacones y de estructura pequeña, por lo alto y corpulento. Vestía ropas finas de paisano y ostentaba en la cintura una rastra de monedas de plata. El cabello encanecido le rozaba los hombros y por entre medio le asomaban las orejas, notables por su gran tamaño, indicio de sangre noble entre los araucanos. Su rostro, redondo y chato, era grotesco, de pómulos prominentes, labios gruesos, bigote más bien ralo que parecía de cerda y ojos pequeños y sesgados de color verde claro. Las pestañas apuntaban hacia abajo. Con todo, sonreía afablemente, y eso beneficiaba a sus facciones poco agraciadas. Le extendí la mano con recelo y él me devolvió un apretón firme y seguro. Me llamó “ñagüé”, que quiere decir hija, y me agradeció que le hubiese quitado «el ruido de la cabeza». Con el tiempo aprendí que, a pesar de su aspecto, Painé albergaba un alma buena y generosa; era conocida su munificencia, y siempre compartía lo que poseía. Sin embargo, no le faltaba el carácter necesario para mantener a raya a esa horda de hombres bravos. Cuando algo no se llevaba a cabo de acuerdo con su gusto o sus indicaciones, el ceño feroz que acentuaba su fealdad hacía temblar a cualquiera. Como buen indio, perdía el control y se tornaba violento durante las borracheras que a veces le duraban días; no obstante, poseía el buen tino de avisar cuando decidía emborracharse, alertando a los cautivos, sus víctimas preferidas en ese estado. Dije que no he visto morir de tuberculosis o consunción a ningún ranquel, situación que atribuyo a la cantidad y tipo de carne que comen a diario; igualmente digo que los varones ranqueles mueren en su mayoría de graves afecciones biliares, en especial cirrosis, causada por el abuso de las bebidas de preparación casera y de altísima graduación alcohólica.

En el interior del toldo se habían dispuesto dos filas de cueros de carnero recién cepillados y aseados, una frente a la otra. Painé me indicó un sitio y nos sentamos. El coronel Baigorria y los hermanos Felipe y Juan Saá, refugiados políticos, también habían sido invitados. En un principio, la

presencia de esos cristianos me mortificó. Entre la indiada, mi situación irregular se tomaba con indiferencia; la cuestión adquiría un cariz completamente distinto ante Baigorria y los Saá. Me dije: «No soportaré que me contemplen con ojos compasivos y solidarios. No toleraré que me digan con la mirada: Sabemos que usted es la manceba de Rosas; sabemos el calvario en el que vive». El coronel Baigorria, sin embargo, me observó con ojos vivaces y me extendió la mano. Su exquisito tacto y prudencia pronto me hicieron olvidar mi embarazosa posición, y volví a recuperar el dominio. Se conducía como si se hallara en una acostumbrada reunión de amigos y como si yo fuera la esposa de un hombre respetable.

Durante la cena, Baigorria se ubicó junto a Mariano y conversaron en buenos términos. Miguelito lo contemplaba embelesado y, cada tanto, lo interrumpía para decirle: «Se acuerda, mi coronel, de aquella oportunidad...», y relataba una anécdota de las batallas libradas bajo las órdenes del general José María Paz. Baigorria reía por lo bajo y repetía: «Me acuerdo, Miguelito, ¡cómo no me voy a acordar!». Me gusta el coronel Baigorria, es un hombre de gran corazón y cultura, constreñido a departir en medio de los indios a causa de la saña del gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, que lo orilló a estas tierras dejadas de la mano de Dios. Aunque Mariano profesaba una devoción ciega por su padrino, eso no representaba un escollo en la amistad entre él y el coronel unitario. Los hermanos Saá, en cambio, no me causaron la misma impresión; un gesto ladino que parecía aire de familia me predispuso en contra de ellos.

El toldo de Painé era el más grande del campamento; nadie osaba construir uno mejor que el de él. Sus esposas y cautivas lo habían limpiado y barrido; aún flotaba en el aire el olor a tierra humedecida. Algunas mujeres servían a los invitados, otras se afanaban en las marmitas y ollas. Sólo Ranchita, la preferida del cacique general, formaba parte del convite y, sentada a la siniestra de Painé (a su diestra estaba Mariano), soportaba con palmario fastidio las caricias que el cacique no se molestaba en disimular. Mariana no se hallaba presente; hacía tiempo que no ponía pie en el toldo que alguna vez había presidido. Su ausencia me entristeció; me habría sentido más a gusto con ella como anfitriona. En cambio, no me agradó Panchita, presuntuosa y antipática, y, a pesar de que no soportaba al cacique general, saberse su debilidad le daba aires.

Miguelito ofició de lenguaraz. Mariano no me dirigió la palabra ni me miró lo que duró la comida, como si yo no existiese. Aunque nos amábamos con desesperación en las noches, durante el día existía un pacto tácito por el cual nos tratábamos con indiferencia. Nunca lo llamé por su nombre de pila en presencia de otros y me limitaba a captar su atención con la mirada o diciéndole: “señor Rosas” en un susurro que él siempre acertaba a escuchar. Mariano, por su parte, se dirigía a mí en araucano y sólo me hablaba en castellano en la intimidad del toldo.

Apenas comenzada la cena, Painé se interesó por saber cómo me había convertido en una “vicha machi” (gran médica), a lo cual respondí que, en realidad, mi padre había sido un gran médico y que yo sólo conocía una parte muy limitada del conocimiento que el doctor Leopoldo Montes había adquirido en la Universidad de San Marcos y con su experiencia. Baigorria le explicó qué era una universidad, concepto tan abstracto para Painé y sus indios como el de la Santísima Trinidad para San Agustín. Painé, gran admirador de los progresos cristianos, siguió preguntando, y la conversación derivó en cuestiones políticas y de otra índole que, para mi tranquilidad, me excluyeron. Me dediqué a observar. Había algo de inocencia en esos semblantes atezados y primitivos y reverencia en la mirada, como la del hijo pequeño que escucha las historias y anécdotas del padre, una aceptación inconsciente de que esos huincas eran superiores, que sabían más. Sólo Mariano lucía apático y no se maravillaba ante los comentarios de Baigorria y de los Saá; incluso a veces levantaba la vista para contemplarlos con aire incrédulo y sarcástico.

Una vez retirado el último plato, Painé anunció el comienzo del “yapañ” (brindis), que suele extenderse por horas hasta que quedan todos inconscientes y en estado lamentable. Mariano miró a Miguelito, que de inmediato se me acercó por detrás para susurrarme: «Es hora de marcharse, señora Blanca». Me puse de pie, lo que imitaron hombres y mujeres excepto Mariano, que permaneció en su asiento con la mirada baja, mientras jugueteaba con su chambao. Painé volvió a agradecerme que lo hubiese librado del chavalonco y me aseguró que ésa era mi casa; volvimos a apretarnos las manos y me marché con Gutiérrez y Miguelito como escoltas.

El aire fresco de la noche con su fragancia de aromos y tierra húmeda me acarició el rostro y me refrescó las sienes. Si bien nadie había cometido excesos, y los modales, aunque rústicos y poco delicados, no me habían ofendido, al dejar el toldo recuperé la serenidad. Debía aceptar que, pese a que Painé me había tratado con deferencia, su temperamento y aspecto me habían intimidado. Las comparaciones surgieron naturalmente, y en tanto descubrí semejanzas entre Painé y sus hijos Caluaiú, Huenchu y Epumer; no distinguí un rasgo o gesto común entre Mariano Rosas y su padre.

El cansancio, la tensión del ánimo y el dolor de cabeza (a lo último el aire del toldo se había viciado) me volvieron agresiva. «¿Y qué piensan hacer ahora?», pregunté de mal modo. «Y, señora, ahora van a chupar», expresó Miguelito. «¿El señor Rosas también?». «Y, sí», aceptó, con mohín timorato, y agregó deprisa que no era bien visto entre los ranqueles rechazar un yapai y que debía hacerse “fondo blanco”, esto es, no dejar una gota en el tiesto. «Pero él jamás iría a usté achumao; él a usté la respeta», y era cierto pues, en ocasiones, luego de las comilonas en lo de su padre, pasaba la noche en lo de la cacica vieja.

Al día siguiente me despertó Mainela con la noticia de que el gobernador Rosas le había enviado a Mariano un regalo y una carta. El regalo era más que generoso: doscientas yeguas, cincuenta vacas, diez toros, dos tropillas de overos negros con madrinas oscuras, un apero completo con prendas de plata, además de yerba, azúcar, tabaco, papel, ropa fina, un uniforme de coronel y muchas divisas coloradas. La carta decía: «Mi querido ahijado: no crea usted que estoy enojado por su partida, aunque debió habérmelo prevenido para evitarme el disgusto de no saber qué se había hecho. Nada más natural que usted quisiera ver a sus padres; sin embargo, nunca me lo manifestó. Yo le habría ayudado en el viaje haciéndole acompañar. Dígale a Painé que tengo mucho cariño por él, que le deseo todo bien, lo mismo que a sus capitanejos e indiadas. Reciba este pequeño obsequio que es cuanto por ahora le puedo mandar. Ocurra a mí siempre que esté pobre. No olvide mis consejos porque son los de un padrino cariñoso y que Dios le dé mucha salud y larga vida. Su afectísimo. Juan Manuel de Rosas. Post data: Cuando se desocupe, véngase a visitarme con algunos amigos.»

La carta no mencionaba el ataque que habíamos sufrido Escalante y yo ni mi cautiverio. Esto me llevó a conjeturar a lo largo del día, sin mayores esclarecimientos. ¿Habrían muerto María Pancha y el general sin poder contar lo que había ocurrido la mañana que dejamos “El Pino”? Sentí la necesidad de visitar a Dorotea Bazán; solía buscar con afán el refugio que me brindaban su mansedumbre y sabiduría cuando se me desasosegaba el alma y tenía deseos de llorar. «Painé hizo una distinción contigo anoche, Uchaimañé», expresó la mujer sin mayor introito luego de saludarme. «¿Dende cuándo agasaja a una mujer que no piensa llevarse a la cama? ¿Dende cuándo ofrece una cena pa'una cautiva?». Pero no era del gran honor que significaba la invitación del cacique general de lo que yo quería hablar. «Painé y Mariano no se parecen en nada», dije, luego de un silencio. «Justo, como que no son padre e hijo», admitió Dorotea, y levantó la vista para mirarme con fijeza. «Serías la responsable de varias muertes si alguna vez revelases el secreto que sólo mi comadre Mariana y yo compartimos. Pero eres la ñuqué de Mariano y es justo que lo sepas.»

Luego de esa advertencia, pasó a relatarme la historia de Mariana, nieta de una cautiva e hija de un cacique ranquel, que a la edad de catorce años había sido entregada en matrimonio a Painé, por aquel entonces un prometedor capitanejo, célebre por su arrojo y desprecio a la muerte en los malones. «Mariana no estaba enamorada de Painé; en realidad, nunca lo estuvo; lo respeta, porque es hombre de respetar, pero no lo ama. Su corazón, en cambio, pertenece y siempre pertenecerá al padre de Mariano, Juan Manuel de Rosas.»

Juan Manuel de Rosas sólo contaba con veintiséis años y ya era un rico terrateniente de la provincia de Buenos Aires. En su afán por ganar más terreno para sus animales y en la necesidad de acabar con los saqueos, Rosas se dio cuenta de que las relaciones cotí los indios del sur eran impostergables y de que tanto a los salineros de Calfucurá como a los ranqueles de Yanquetruz era mejor tenerlos de amigos que de enemigos. Haciendo gala de una largueza que poco tenía de desinteresada y de una paciencia que no lo caracterizaba, se metió en el bolsillo a los indios que, en su sencillez, terminaron por adorarlo como a un dios. Era al único huinca que respetaban porque nunca les faltó en un trato, sabía montar tan bien como ellos, era incansable y no le temía a nada. Rosas, junto a su

íntimo amigo, Juan Nepomuceno Terrero, y a una tropilla de peones de su estancia “El Pino”, se adentraba en el desierto donde establecía nuevos puestos de vigilancia y fuertes que modificaban continuamente la línea fronteriza a su favor; asimismo, cuando llegaba a las tolderías, lo hacía con ganado y una tropilla de caballos de excelente alzada que ofrecía como dádiva; además entregaba azúcar, yerba, géneros, afeites y otras menudencias a las chinas, que admiraban al “cacique blanco” tanto como sus padres, hermanos y esposos.

En 1819, Rosas se enteró de que el chileno José Miguel Carrera andaba sublevando a la indiada de la Pampa con fines políticos, por lo que creyó imperativo organizar una visita a Tierra Adentro para “parlamentar” con Calfucurá, quien, a su vez, invitó a parientes y vecinos, entre ellos Yanquetruz y su indiada, para que conocieran al “señor del río Salado”, como llamaban a don Juan Manuel. El recibimiento fue digno de un rey; los indios lo rodearon y vitorearon con su algazara ensordecedora, mientras levantaban y sacudían las picas embellecidas con plumas de colores y regatones de plata. La figura imponente de Rosas y la belleza de su rostro se destacaban de la chusma; avanzaba sobre el lomo de su caballo con una sonrisa complaciente, mientras agitaba la mano a diestra y siniestra. Calfucurá salió a recibirlo a la enramada de su toldo; se abrazaron, se besaron en ambas mejillas, se volvieron a abrazar; finalmente, entraron.

Luego de presentarle a su hermano Namuncurá, el cacique salinero dirigió la mirada al lonco de los ranculche. «Este es mi peñi Yanquetruz, el vicha lonco del Rancul-Mapú», expresó Calfucurá. Bien conocía Rosas la fama de Yanquetruz; comentarios acerca de la ferocidad y de la astucia del cacique ranquel lo habían alcanzado tiempo atrás. A continuación le presentaron a su hijo mayor, Pichuín, a quien Rosas le adivinó su naturaleza benevolente en la mirada lánguida y el apretón tímido de manos. Sin embargo, no era a Pichuín a quien el joven estanciero quería conocer; le habían hablado de otro ranquel, uno tan belicoso, temerario y picaro como el propio Yanquetruz, que sería su sucesor en opinión de los vichadores. El quería conocer a Painé Guor, o Zorro Celeste. «Pocas veces he visto a un hombre más intrépido, sereno e inteligente como ese Painé Guor», le había confesado el coronel de frontera Jorge Velasco a Rosas meses antes. «El propio Yanquetruz ha dicho que la lanza de Painé Guor es

la única que se compara a la de él en el campo de batalla», agregó el militar con elocuencia.

Yanquetruz lo llamó, y Painé caminó hacia Rosas con aire digno y solemne. El cacique ranquel era tan alto y corpulento como el propio Rosas y ni un gesto ni un movimiento de su cuerpo delataban sumisión o humildad. Rosas lo admiró por ello y, a medida que se desenvolvía el parlamento y Painé exponía sus puntos de vista y criterios, llegó a respetarlo y a considerarlo un digno oponente.

En un rincón de la amplia tienda se hallaban las chinas, a las que Rosas halagó con una inclinación de cabeza. Una de ellas le sonrió seductoramente, y el joven estanciero se detuvo para estudiarla con simulada apatía. La muchacha, de unos dieciocho años, le sostuvo la mirada de ojos castaños y almendrados, una mirada osada y ardiente que lo impactó. Se le notaba la ascendencia blanca; sus rasgos no eran puramente araucanos sino que se le habían atemperado. Alta y robusta, dejaba entrever sin pudor la carne firme del muslo cobrizo que escapaba a la tela del chamal rojo. Rosas trató de concentrarse en el parlamento sin éxito: la imagen de esa mujer lo había hechizado.

Siguieron la comida y los yapaí. Don Juan Manuel, cansado del viaje y asqueado ante el espectáculo que ofrecían los indios ebrios, pidió permiso a Calfucurá para retirarse junto a su comitiva. Una vez instalado en el toldo, mandó a averiguar quién era la hermosa china que lo había desconcertado. Regresó el vichador con la información requerida: se llamaba Mariana, era la mujer del ranculche Painé con el que tenía un hijo de tres años, Calvaiú. Su abuela materna era cristiana de la zona de Achiras, al sur de la provincia de Córdoba. Rosas escuchó atentamente, sopesó los datos recibidos y, en una decisión irreflexiva, le ordenó al vichador que, una vez comprobada la completa beodez de Painé, invitase a Mariana a su toldo «para conversar».

Rosas y Mariana se encontraron las cuatro noches que duraron los parlamentos en el campamento de Calfucurá. La joven ranquel se entregó al cacique blanco de los ojos azules porque la pasión avasallante que experimentaba por primera vez le hizo perder la cordura y olvidar sus

deberes de esposa. No podía dominar ese sentimiento que la arrastraba al toldo de Rosas para recibir el placer que él le prodigaba y que a ella la hacía gritar. Rosas le desataba el cabello espeso que invariablemente llevaba en un rodete y que le bañaba la espalda desnuda hasta la cintura; le acariciaba el cuerpo con delicadeza y la besaba en los labios, le rozaba los pezones sensibles y endurecidos, enredaba los dedos en el vello de su pubis, la tocaba entre las piernas con manos expertas y, cuando por fin se tumbaba sobre ella y la penetraba, Mariana se sacudía y gemía dominada por el gozo.

«Rosas se acordó muy bien de aquellas cuatro noches junto a Mariana cuando Panguitruz se le puso enfrente en San Benito de Palermo», manifestó Dorotea Bazán. «Por eso lo apadrinó y le dio su apellido, como debía ser, y lo hizo llamar Mariano, en recuerdo de esa mujer que él había amado quince años atrás; y por eso también le mandó este regalo sólo a él, que mi nieto Güichal y los demás indios deberían haber recibido otro tanto, ¿acaso no? ¿Ellos no estuvieron presos en Santos Lugares y trabajaron duro en “El Pino”? Sí, pero sólo Mariano recibe el presente porque sólo él significa algo para don Juan Manuel. Y me dirás que es una ironía, pero Painé quiere a Panguitruz más que a su primogénito Calvaiú.»

Me despedí de Dorotea Bazán y caminé hacia el toldo ensimismada en mis reflexiones. Atardecía, y los indios se encargaban de conducir el ganado dentro del potrero de palo a pique. Avisté a Mariano en el lomo de su picazo; daba órdenes e indicaciones y era obedecido con prontitud. Nos miramos, y pensé: «Ese indio es el hijo de Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires, amigo de mi esposo», y bajé el rostro porque la mirada de él me seguía intimidando. Caminé a trancos y entré en el toldo, donde hallé a Mainela racionando el azúcar, la yerba y el tabaco, regalos de Rosas, para compartirlos con la cacica vieja, Painé y los hermanos de Mariano. En la pieza contigua me topé con el resto de los presentes: el apero con prendas de plata, el papel, la ropa, el uniforme de coronel y las divisas punzó. Mariano llegó tarde esa noche y cenamos en silencio. Al verme en la soledad del toldo, sin rebeldías ni protestas, sometida a su voluntad, la rudeza innata de Rosas se volvía mansa, a tono con mi condición de mujer culta de ciudad, y el trato brusco por lo indiferente que lo caracterizaba durante el día, se trocaba en el de un

esposo circunspecto pero considerado. Con el tiempo le iba conociendo los estados de ánimo, y supe que ésa había sido una buena jornada para él. Aunque remiso a descubrirme sus pensamientos más arcanos, esa noche, sin embargo, luego de la cena, me comentó que estaba muy contento porque su padrino le había enviado un regalo y una carta, que sacó de una caja de madera y me dio a leer. Al terminar la lectura, levanté la vista un tanto desconcertada por esa muestra de confianza, y él, evitándome, devolvió la misiva a la caja y se apresuró a añadir que, de los presentes que había en la pieza, yo podía elegir cuánto quisiera, era todo mío si así lo deseaba. «No sé para qué quiero un uniforme de coronel y un apero tan lujoso», repliqué de buen talante, y Mariano sonrió. Era hermoso cuando sonreía, la espontaneidad del gesto me fascinaba.

La carta de Rosas había generado revuelo entre las pucalcúes; en realidad, la posdatada invitación a visitarlo era lo que había levantado sospechas entre los loncos, y Painé había solicitado la opinión de las sibilas. Luego de tres días de frenético aquelarre, en los que indios y chinas no comentaban otra cosa, se dio a conocer el oráculo: se presagiaban grandes calamidades si Mariano volvía a poner pie en tierra huinca. Painé mandó a llamar a su hijo que compareció de inmediato frente al Consejo de Loncos y le hizo jurar que jamás regresaría a la tierra de los cristianos. «Ni siquiera para maloquear», agregó el cacique general, y el resto de la indiada aprobó con asentimientos de cabeza. Mariano prestó juramento y abandonó el toldo. Montó su picazo y se perdió entre las cadenas de dunas. Esa noche no me acompañó para la cena y, cuando nos topamos a la mañana siguiente, supe que la prohibición de visitar a su padrino lo había afectado profundamente.

Días más tarde, los lanceros de Pichuín y de Baigorria llegaron a Leuvucó para unirse a los indios de Painé: salían a maloquear. Me sorprendió comprobar que muchachos muy jóvenes y mujeres los acompañaban, y cuando le pregunté a Lucero para qué, me explicó que los llevaban de malón porque servían para saquear casas, pulperías y negocios de abarrotos mientras los indios contenían el ataque de los humeas. La llaneza de la respuesta me dejó sin habla por un momento, sólo por un momento; enseguida me repuse y articulé: «¡Qué desvergonzados!». Lucero bajó la vista y farfulló: «A mí tampoco me gusta que maloqueen».

El resto del día mascullé acerca de la índole perversa de los salvajes entre los que me hallaba, y el humor con el que me encontró Mariano Rosas esa noche no era propicio para fiestas. Ninguno habló durante la cena y, aunque yo no levantaba la vista, sabía que él me miraba. Luego de que Mainela quitó los platos, Mariano estiró la mano y colocó un durazno frente a mí. El aroma de la fruta me inundó las fosas nasales; el color entre rosado y amarillo me atrajo; lo tomé y me lo llevé a la nariz. Mariano, aunque serio, aguardaba mi respuesta con expectación. «Me pregunto a quién se lo habrá robado, señor Rosas», dije con mordacidad. «Parece que ustedes sólo saben hacer eso, robar en sus malones; por cierto, lo hacen muy bien», añadí, aprovechando el desconcierto de él. Rosas se puso de pie y me miró con ferocidad antes de defenderse. «Me sorprende esa acusación viniendo de una huinca. Los huincas fueron los primeros en robarle a mi pueblo y ahora se rasgan las vestiduras cuando nos cobramos lo que nos quitaron. ¡Hipócritas! Cada vez que maloqueamos, reclamamos parte de lo que el huinca nos sacó a nosotros: la tierra, y aún no hemos obtenido toda la paga. Los ranculche éramos dueños de toda esta gran extensión y de mucho más, y el cristiano llegó un día y nos la arrebató. Ahora ni siquiera podemos caminar libremente por ella que nos matan como a bestias». Me tomó bruscamente por el brazo, me obligó a ponerme de pie y acercó su rostro lívido al mío. «¿Quieres que te diga qué le hace tu gente a la mía cada vez que los atrapan en sus propiedades? ¿Quieres saber cómo los torturan sin piedad, cómo les tajan piernas y brazos, cómo les queman el pecho, les quitan los ojos, los cojones y, cuando ya no queda más que un despojo de carne ensangrentada y deshecha, dejan el trabajo final a los perros cimarrones?». Ahogué un sollozo lastimero, me deshice de su apretón y corrí a la pieza contigua, donde me eché a llorar en el camastro. Mainela apareció con leche tibia y se sentó a mi lado mientras la bebía. «Ya se le va a pasar a Marianito», comentó con aire maternal. «Usted lo trató bien fiero esta noche, señora. ¡Mire que llamarlo ladrón! Ese durazno se lo dio la cacica vieja. Y él lo guardó pa'usted.»

Pocos días después le conté a Lucero que estaba encinta. Mi estado no debía ser una sorpresa: nos habíamos amado infatigablemente, y, aunque yo conocía lavados con vinagre y polvo de mostaza para evitar la concepción, no los había usado. Lucero dejó la prenda que refregaba a

orillas de la laguna y me preguntó con una sonrisa: «¿Estás segura?». Me limité a asentir. «Mariano se pondrá hecho unas Pascuas cuando se lo diga.»

Esa noche, Mariano llegó antes de lo usual. Entró en el toldo y saludó a Mainela, que le entregó un mate. Yo revisaba a un bebé sobre la mesa. Hacía días que sufría de cólicos y diarrea y comenzaba a mostrar los alarmantes síntomas de la deshidratación. Con el tiempo, he podido concluir que la diarrea es la principal causa de muerte entre los niños ranqueles, y se debe a la inadecuada alimentación durante los primeros tiempos luego del destete y a la falta de higiene. Mainela hacía de intérprete mientras yo le explicaba a la madre que debía darle de beber sólo agua de arroz con un poco de sal e infusión de ratania y lavar los utensilios del niño con lejía. No había traducción para esa palabra, y la china repitió: «¿Lejía?», y Mainela, sin replicar, le entregó un cacharro con la que nosotras preparábamos hirviendo ceniza de barrilla, y le enseñó cómo usarla. Le indiqué a la india que trajera al niño al día siguiente y la despedí.

Mariano se había marchado a la pieza contigua, y yo me demoraba en la habitación principal en un estado de ansias que me impedía encararlo con aplomo. «¡Blanca!», llamó, y Mainela de inmediato halló una excusa para ausentarse. Descorrí el cuero que separaba los compartimientos y me quedé en el umbral. Rosas acomodaba el apero y las bridas, tarea que no delega a nadie. «En tu estado, – dijo sin levantar la vista-, deberías mantenerte lejos de los enfermos; podrían pasarte sus males y dañar al niño.» Tomé a la ligera la indicación de Mariano Rosas. Al día siguiente, al toparse nuevamente con la india y el bebé con cólicos, me echó un vistazo avieso y pasó rumbo a la pieza sin saludar. Despaché prontamente a mi paciente y cobré fuerzas para enfrentarlo. «Ayer te dije que no quería verte cerca de los enfermos», expresó y, cuando intenté explicarle que no podía abandonar a un paciente en medio de una curación, me frenó en seco para preguntarme con estudiada calma y siniestra expresión: «¿Acaso odias a ese hijo porque es mío, porque yo te lo hice? ¿Quisieras deshacerte de él, sacártelo de las entrañas porque lleva mi sangre?». Un escalofrío me recorrió el cuerpo, pasmada porque Mariano Rosas aún albergaba tantas dudas y recelos respecto de mí. «Los hijos no son responsables por las

culpas de los padres», alegué con bastante ecuanimidad. «Este hijo es tan mío como suyo, y yo lo quiero.»

Sin pacientes que ocuparan gran parte de la jornada, tenía que entretener mis horas con otras actividades. Me dediqué a aprender el araucano con la ayuda de Lucero y a enseñarle a leer y a escribir el castellano; junto a Dorotea Bazán, tan hábil con la aguja y el hilo como mi madre, confeccioné prendas y pañales para mi bebé; releí los vademécumes de tío Tito y los viejos libros de medicina de mi padre, y agradecía los que el coronel Baigorria me enviaba por intermedio de Miguelito, aunque sin dejar de preguntarme a quién habrían pertenecido, si su dueño estaría muerto, vivo o cautivo. Me estremecía la idea de conservar algo robado, manchado quizá con la sangre de mis hermanos, pero la avidez por la lectura y la necesidad de matar las largas horas de tedio me quitaban los últimos escrúpulos y devoraba las páginas sin pensarlo dos veces. Con Mainela y Lucero nos dedicamos a hacer acopio de los quermes, vermífugos, revulsivos, tónicos, electuarios y toda clase de potingues que los indios no se cansaban de reclamar, pese a la prohibición de atenderlos personalmente. Rosas no presentaba reparos si se trataba de coser heridas, curar quemaduras, aligerar dolores o espasmos musculares, entablillar brazos y piernas quebradas o anestesiar dietites cariados; incluso en una oportunidad debí tratarle al propio Mariano una contusión en la espalda con tintura de árnica, producto de un golpe mientras jugaba a la chueca.

Con su anuencia y el apoyo de Loncomilla y Lucero, comencé a cultivar un huerto, empresa ambiciosa en una tierra árida y arenosa como aquella. No obstante, y gracias al esfuerzo de mis colaboradoras, despuntaron brotes de valeriana, diente de león, angélica, tomillo, pasionaria, malva, hinojo, ratania, murajes y acianos. Con el tiempo, Agustín Ricabarra nos proveyó de semillas y vastagos tan exóticos que mi huerto hubiera enorgullecido al propio tío Tito. Especialmente al atardecer, me gustaba caminar descalza sobre la marisma de la laguna, adhiriendo a la polémica teoría de mi padre que aseguraba que el ejercicio es saludable para una mujer grávida. Además de Gutiérrez, siempre me acompañaban Miguelito o Lucero (órdenes de Mariano); muchas veces nos quedábamos callados, sobrecogidos por el espectáculo de la puesta del sol, el color del cielo y los sonidos del desierto, y yo aprovechaba para meditar con la mano sobre mi

vientre abultado. Esa criatura que crecía dentro de mí había creado un lazo tan fuerte y perdurable entre Mariano Rosas y yo que ataba nuestros destinos irremisiblemente; ese hijo suavizaba los rencores y diferencias, y redimía lo que había comenzado con ultraje y odio; a veces, incluso, la palabra “familia” asomaba en mis soliloquios.

Durante esos meses, Mariano se mantuvo ocupado tratando de enseñar a los suyos a trabajar la tierra. Llevar el cultivo del maíz, del trigo y de la cebada a gran escala era su mayor ambición y, con la venia de Painé y del Consejo de Loncos, dispuso de una amplia franja de terreno a escasas varas de la laguna donde fijó las sementeras, que él y un grupo de indios trabajaron duramente de sol a sol. Al ver que mi huerto progresaba, Mariano instruyó a Painé sobre la conveniencia de impulsar el cultivo de árboles frutales, legumbres y verduras entre las mujeres y niños, quienes en pocas semanas comenzaron a remover la tierra y echar las semillas que Mariano negoció con Ricabarra. Pocos años más tarde, los productos hortelanos (melones, sandías, lentejas, arvejas, papas, batatas, zapallos y zanahorias), además de abastecer a las familias, se trocaban en Río Cuarto por azúcar, café, aceite, arroz, yerba, tela, medicinas y otros productos.

Mariano Rosas es un hombre incansable, y la determinación, el empeño y la perseverancia característicos de su personalidad resultan determinantes en el éxito de sus emprendimientos. Solía despertarse con el canto de los gallos, caminar hasta la laguna para bañarse, regresar al toldo donde lo aguardaban el mate y las rodajas de pan de maíz, que engullía sin apuro para luego montar su picazo y no volver a aparecer durante el resto del día. A veces lo avistaba desde lejos, metido en los potreros, interesado en el progreso de los animales. Experto en el manejo del ganado yegüerizo, lanar y vacuno, les conoce las mañas, las enfermedades, cómo engordarlos, cómo domarlos, cómo pialarlos, cómo esquilarlos o marcarlos. Y es generoso al enseñar lo que sabe; se nota que ama a su gente, aunque lo enfurece la propensión natural de sus “penis” a gandulear. En ocasiones, lo escuchaba despotricar contra algún indio que no había aparecido en las sementeras luego de una borrachera o que, simplemente, había preferido quedarse bajo la enramada del toldo a tomar mate con su china. Miguelito intentaba aplacarlo, pero el genio irascible de Mariano Rosas se manifestaba en todo su esplendor en esas ocasiones. Así como aprendieron

a quererlo, los ranqueles también aprendieron a temerle y respetarlo. Conmigo, sin embargo, mostraba su lado benevolente y mesurado. Hablábamos poco, como de costumbre, pero no teníamos altercados; evitábamos los temas ríspidos y las controversias; me tenía paciencia y complacía mis caprichos y antojos, y yo lo recompensaba dejándolo aplacar en mí el deseo arrebatador que le hervía en la sangre y le destellaba en los ojos azules. A veces me despertaba en medio de la noche, apremiado por algún sueño que lo sorprendía con el sexo tieso. Me buscaba a manotazos. Eran ocasiones de acoplamientos silenciosos, de jadeos y bramidos reprimidos. Al terminar, se apartaba de mí sin pronunciar palabra y se dormía tan rápidamente como había despertado. Yo no volvía a cerrar los ojos hasta mucho después. Estaba segura de que me poseía dormido, que no era consciente de sus actos, y, como al día siguiente ninguno lo mencionaba, yo porque moría de pudor y él porque nada le importaba, siempre quedaba con la duda.

Durante mi embarazo, aunque tolerante y complaciente, Mariano se volvió obsesivamente protector, y las escasas oportunidades en que perdió los estribos me echó en cara que había ido sola a la laguna, que me había esforzado en el huerto, que había acarreado un balde con agua o montado la yegua de Lucero. Si se ausentaba para acompañar a su padre a bolear avestruces o a trashumar ganado, me ordenaba pasar esas noches en el toldo de Mariana, con Miguelito de guardia en la enramada. La cacica vieja me recibía con honores, me llamaba ñagüé (hija) y me consentía como o una criatura. «Llámame “papai” (mamita), como el resto de mis hijos», me pedía.

Mi futura condición de madre, el miedo al parto y a no saber si sería capaz de cuidar a mi hijo me acercaron a Mariana. La atosigaba a preguntas que ella contestaba con prodigalidad, sorprendiéndola a veces con mis ocurrencias y dudas, y ella a mí en ocasiones con su ingenuidad y superstición. Conversábamos incansablemente, mientras yo cosía y ella tejía en el telar las mantillas para su nieto. Una tarde, mientras preparábamos la camita para mi hijo, me dijo: «A nadie respeta tanto el cacique Painé como a mí, y eso es porque yo no dejé que el Hueza Huecubú (espíritu del mal) me arrebatara a ninguno de sus hijos. Fui siempre tan buena como pude, porque, sé que el Huecubú manda sus emisarios

disfrazados de pobres y dolientes para ver quién lo desprecia y le niega su ayuda; así, negado y maltratado, se venga en los hijos, llenándoles la sangre con “oñapué” (veneno) y haciendo derramar lágrimas a sus padres». Su novedosa teoría de lo que los cristianos llamamos caridad me dejó atónita y me hizo ver lo distintas que éramos y lo distintas que eran nuestras creencias. Con todo, pocas veces me había sentido tan cerca de una persona como de Mariana.

Los últimos días antes del parto, me sentí pesada y dolorida, como a punto de descoyuntarme; me movía con torpeza y debía apoyar las manos en la cintura para soportar el peso de mi vientre voluminoso. Habían comenzado las contracciones, aunque suaves y esporádicas. Reconocía los síntomas después de haber visto a tantas parturientas en tiempos de mi padre: el momento tan temido y a su vez tan esperado se aproximaba. Mariano había accedido a mi deseo de no ser asistida por la machí Echifán, famosa comadrona entre los ranqueles, porque me resultaba escabiosa y tenía aspecto de bruja, y se había conformado cuando le manifesté que sólo quería a su madre, a Dorotea Bazán y a Lucero junto a mí. Hacía tiempo que las venía instruyendo y cada una sabía lo que tenía que hacer. Con tripas de avestruz y las tijeras de oro de mi padre, le enseñé a Lucero a cortar el cordón umbilical y a vendar al bebé, y fui muy insistente en que, antes de hacerlo, se lavase las manos con agua caliente y el jabón de sosa que Mainela preparaba. Le aseguré también que si no verificaba todo, cerciorándose de que la placenta completa saliera de mi cuerpo, yo moriría de una infección. Se asustó, y me dijo que jamás había visto una placenta. «Tú me la muestras y yo te indico si está completa», la reanimé, ocultando mi propia aprensión: ¿estaría con fuerzas o con todos los sentidos para comprobarlo? Le temía a las complicaciones, pero no quería detenerme en las cientos de posibilidades que podían poner en riesgo al bebé o a mí; Mariana y Dorotea habían sobrevivido a varios partos en esas llanuras, ¿por qué yo no sería capaz? «Todo saldrá bien», repetía, y me encomendaba a Dios y a la Virgen.

El día antes de romper la fuente, me sentí especialmente molesta y dolorida, y la cacica vieja me mandó guardar reposo. Me descorazonaba que Mariano no estuviese en Leuvucó; había acompañado a Painé y a un grupo de lanceros a visitar a los indios pehuenches al mando del cacique

Pagintú con los que existían problemas territoriales; hasta peligro de escaramuzas había. Mi desazón no desapareció hasta que, muy entrada la noche, le escuché la voz en la enramada de la cacica vieja. Hablaba con Miguelito y le preguntaba por mí. «Tu madre le ordenó reposo. No anda nada bien; sé que sangró un poco», reportó mi fiel guardián, y Mariano insultó por lo bajo. Al escuchar la voz de su patrón, Gutiérrez abandonó el compartimiento y salió a encontrarlo. Mariano le habló con cariño, y el perro respondió con evidente contento. Miguelito y Mariano se despidieron y enseguida escuché a la cacica vieja que instaba a su hijo a comer puchero, que ella se lo calentaba en un santiamén. «Ya comí en lo de mi padre», aseguró Mariano. «Dice Miguelito que Blanca no anda bien. ¿Qué le pasa? ¿Hay algún problema? ¿Qué es eso de que anduvo sangrando?». La ansiedad tan inusual de su hijo hizo reír a Mariana, que le aseveró que yo estaba bien, a punto de parir.

Mariano entró en el compartimiento y yo simulé dormir. Lo noté cansado, arrastraba los pasos y se quitaba la ropa con lentitud. Se acercó. Olía a humo y a sudor. Sentí su respiración sobre la cara, su respiración acelerada, que caldeaba mi mejilla, que me provocaba sensaciones, que me ponía contenta. Sus manos vagaron por mi vientre, suave, lentamente, y, por los resquicios de mis párpados, vi que retiraba la manta y apoyaba el oído sobre mi barriga. Así se quedó un buen rato. No podía verle el rostro. Su pelo me cubría el vientre hasta el pecho. Quise tocarlo y me contuve. Finalmente, Mariano se acomodó a mi lado y se quedó dormido en pocos minutos.

Con su rostro tan cerca del mío, deseé que me besara. El deseo había sido tan intenso que se apoderó de mi cuerpo y de mi mente y me espantó el sueño. Necesitaba descansar, por el bien del bebé, por mi propio bien, pero los esfuerzos eran inútiles; la sensación no me abandonaba. En algún momento me dormí y, cuando desperté horas más tarde, él ya no estaba a mi lado.

Rompí bolsa esa mañana mientras me aseaba. El agua se escurrió entre mis piernas y quedé como tonta mirando el charco que se había formado a mis pies. Traté de recordar los pasos que tantas veces había planeado meticulosamente e hice un esfuerzo por conservar la calma, todo en vano.

El miedo que me embargó sólo me dio tregua para llamar a Mariana, que entró tranquila y, al ver el agua en el suelo y mis ojos desencajados, salió deprisa y llamó a gritos a su hijo. Me encontré en los brazos de Mariano, que me llevaba a la pieza de la cacica donde ya se habían extendido sobre el piso varios quillangos y una sábana limpia. Allí me depositó con cuidado y, aunque intentó quedarse a mi lado, la cacica lo apartó para tocarme el vientre. «Va a ser un parto seco, de los más dolorosos», cavilé angustiada, y me cegó la visión de mi madre y de mi hermanito muertos en un charco de sangre. Como haciéndose eco de mis vaticinios agoreros, una contracción impiadosa me quebrantó de dolor. «¡Que se vaya!», grité en un raptó de descontrol, y Mariana echó a su hijo sin miramientos. «¡Y quita a este perro del medio antes de que lo achure!», apostilló la cacica con una furia impropia de ella, y Rosas sacó a Gutiérrez arrastrándolo por el cuello.

Era un día de verano, y el calor conspiraba para hacer más ardua la faena. Llegaron Dorotea y Lucero e intentaron reanimarme, pero las contracciones se sucedían con una frecuencia que no permitía recuperar fuerzas ni ánimos. Había ajeteo dentro y fuera del toldo; nadie hablaba sino que murmuraban; las sirvientas de Mariana entraban y salían, acarreando recipientes con agua caliente y trapos limpios, atentas a las órdenes de la patrona, que se conducía con bastante dominio y destreza.

El nacimiento de un hijo es un milagro, y la felicidad que nos inunda al escuchar los primeros vagidos borra de un plumazo el dolor indescriptible que nos hizo creer segundos antes que íbamos a terminar partidas en dos por las piernas. Mariana fue la que recibió a mi bebé y se lo entregó a Lucero, que, luego de cortarle el cordón con las tijeras de oro de mi padre, se lo pasó a Dorotea, que lo limpió y lo envolvió en una mantilla de algodón. Cuando por fin me lo pusieron sobre el pecho, había dejado de llorar y tenía los ojitos excesivamente abiertos; parecía que me miraba con fijeza. «Va a ser un hombre con personalidad mi hijo», reflexioné abrumada de orgullo y alegría, y me puse a llorar.

Hacía rato que le impedían la entrada a Mariano, que ya sabía por las sirvientas «que era machito y que estaba completito». Pero la cacica no le daría permiso hasta limpiar el desquicio y volvernos a mí y a mi hijo presentables. Una vez cómoda y aseada en el catre, le indiqué a Lucero que

lo hiciera pasar. Resultaba extraño ver a un hombre que siempre mantenía una actitud alerta y reconcentrada, completamente desorientado y acobardado. Mariano se quedó en el umbral, contemplándonos con ojos arrasados, hasta que la cacica vieja lo instó a pasar: «Entre, m'hijo, y conozca a su puñín. ¡Mire qué bonito está! Sanito y completo, que no le falta nada. ¡Brava su ñuqué! ¡Qué hermoso machito que le ha dao!». Avanzó tímidamente y se colocó junto a la cabecera. Yo retiré la manta que cubría en parte la carita del bebé para que lo viera. Por largos minutos, Mariano permaneció extasiado en la contemplación de su hijo, que dormía plácidamente. Luego, me buscó con la mirada, me dijo «gracias» y me besó la frente.

Lucero me explicó que correspondía al abuelo paterno darle un nombre al recién nacido en una ceremonia que se realiza a los pocos días del nacimiento, una especie de bautismo donde la criatura es ofrecida a los padrinos, en este caso, a Painé y a Mariana. Es ocasión de festejos y convites y de actos rituales. Para el almuerzo, Mariano ordenó que se carneara un caballo overo y una de las vacas regalo de Rosas. Con la sangre de ésta, Painé dibujó dos lágrimas debajo de cada ojo de su nuevo nieto, mientras pronunciaba con voz estentórea el nombre elegido: «Nahueltruz Guor», expresó, y Lucero me tradujo: «Zorro Cazador de Tigres».



CAPÍTULO XVI.

Fe Ciega

Agustín tosió y se rebulló en la cama. Laura dejó el cuaderno de su tía Blanca Montes sobre la mesa y se aproximó. Agustín se había calmado y la respiración se le había vuelto silenciosa. Le enjugó la frente sudada y se la besó apenas porque no quería despertarlo. La luz de la bujía lanzaba tímidos destellos sobre el rostro pálido y consumido de su hermano, que parecía el de un niño. No había similitud alguna entre esas facciones delicadas y albas de Agustín Escalante y las cerriles y atezadas de Nahueltruz Guor, y, sin embargo, eran hermanos. Perteneían a dos mundos enfrentados, donde el odio y la guerra eran moneda corriente; ellos, no obstante, se querían profundamente. Se respetaban también.

Laura recordó el guardapelo de oro que había recibido junto al cuaderno y al ponchito, y lo tomó de su escarcela. Dos mechones: «De aquellos obsequios aún conservo el guardapelo de oro, que siempre llevo colgado al cuello, con los mechones de mis dos hijos». Como ya era costumbre, Blanca Montes había saciado su curiosidad, y, aunque la sorpresa la dejó boquiabierta, una tibieza le reconfortaba el pecho. Llena de ansiedad, apenas se presentó María Pancha en lo de Javier, Laura le dijo que Agustín había pasado una noche tranquila y, sin darle tiempo a preguntar, le plantó en beso en la mejilla y se marchó de prisa, sorda a las súplicas de doña Generosa que la compelia a desayunar antes de irse.

—¡Hasta luego, doña Generosa! ¡Gracias por todo! ¡Nos vemos más tarde! — exclamó, mientras sacudía la mano y se alejaba a la carrera hacia el lado del convento.

Una necesidad abrasadora de ver a Nahueltruz le hacía olvidar el cansancio de una noche en vela y el hambre, y la conducía como volando a los brazos

de su amante. Frente a la tapia del convento franciscano, se ató un nudo en el ruedo de la falda y se arremangó la blusa. La pared de piedra llena de anfractuosidades y su determinación la ayudaron a trepar los casi dos metros de muro y arrojarle dentro sin meditar en posibles riesgos y peligros. Una vez en suelo santo, deshizo el nudo de la falda, recompuso un poco el peinado y se pellizcó las mejillas. «Debo de parecer un espectro», se desanimó por un segundo, pero de inmediato marchó hacia el establo sin volver a reparar en su aspecto.

Laura entornó apenas la puerta y espió dentro. Nahueltruz, que enrollaba el cabezal, saltó como una liebre al chirrido de los goznes y empuñó su facón.

–¡Soy yo! – dijo Laura, con dientes apretados.

–¿Qué haces aquí? – preguntó Guor de igual modo-. ¿Otra vez aquí? ¿No te dije que es peligroso? Alguien podría seguirte.

–Nadie me siguió -aseveró Laura, con voz trémula.

–Nadie te siguió -repitió Guor con sorna, y recordó la visita inopinada y desagradable de Loretana la noche anterior. Por eso estaba empacando, porque el convento de San Francisco se había vuelto un sitio peligroso. Si a Loretana, en su despecho de hembra menospreciada, se le daba por soltar la lengua con el coronel Racedo, lo tendría encima en un tris.

Laura le rodeó el cuello con los brazos y le apoyó la cabeza sobre el pecho. Nahueltruz, que no había olvidado al doctor Julián Riglos, se deshizo de su abrazo y la separó de su cuerpo. Laura lo contempló asustada, porque sus ojos grises se habían vuelto oscuros.

–¿Qué pasa?

–¿Qué pasa? Pasa que me enteré de que tienes un protector muy solícito que dejó todo en la ciudad para acompañarte hasta aquí. Doctor Julián Riglos, dicen que se llama. ¡Doctor! Claro, tenía que ser doctor, no podía ser menos, y seguramente tendrá mucho dinero, y el apellido suena rimbombante también, así que debe de ser de abolengo, como el tuyo. Tu

familia copetuda lo recibirá con honores cada vez que te visita y te corteja, porque no me caben dudas de que, como los otros, éste también cayó bajo tu encanto y baila al son de tu melodía. Que ya supe que salió como chicotazo para Córdoba a buscar a tu padre, porque se lo pediste. Lo habrás mirado con tu carita de ángel, habrás llorado sobre su hombro, él te habrá prestado su pañuelo.

—¡Nahueltruz! — se escandalizó Laura-. Julián Riglos es un gran amigo de mi familia y mío. Hace años que nos conocemos, desde que yo era una niña. Muy gentilmente, se ofreció para acompañarnos a María Pancha y a mí hasta aquí porque nadie de mi familia lo habría hecho. Yo quería estar junto a mi hermano -añadió luego de una pausa-, y era capaz de hacer cualquier cosa para lograrlo

—Riglos está enamorado de ti -apuntó Guor-. Ningún hombre se habría comprometido de la forma en que él lo ha hecho acompañándote a Río Cuarto y luego viajando a Córdoba sólo porque es tu amigo.

—Una verdadera amistad alberga los sentimientos más nobles -expresó Laura con decoro-. Yo tengo amigos por los cuales estaría dispuesta a dar la vida

—¡Pero Riglos está enamorado de ti! ¡A él le importa un comino la amistad!

—¡Nahueltruz! — se horrorizó Laura- ¿Qué diantres te sucede? ¿Por qué estás así conmigo?

—¡Pasa que estoy hasta aquí de tantos hombres, Laura! Primero Racedo, después tu prometido Lahitte, ahora el tal Riglos. Estoy cansado de escuchar que te acechan y que te desean cuando yo soy el único que puede desearte y tenerte.

—Yo te amo, Nahueltruz -manifestó ella con serenidad-, pero si mi amor no es suficiente para ganarme tu confianza y tu respeto, creo que es mejor que nos despedamos aquí y ahora. Estoy convencida de que el amor necesita de una fe ciega para ser completo.

Laura se recogió el ruedo de la falda, dio media vuelta y marchó hacia el portón del establo. Le temblaba la mandíbula y las lágrimas le borroneaban la visión. «Es mejor que nos despedamos aquí y ahora.» No podía creer lo que había dicho. Se despedía del hombre que significaba todo para ella cuando momentos atrás había corrido hasta el convento con el deseo de abrazarlo y pedirle que la hiciera suya otra vez. En ese instante, en cambio, se marchaba con el porte de una reina ofendida. Arrepentida y a punto de voltear, Nahueltruz le rodeó la cintura y le pidió perdón con vehemencia.

—No te vayas -imploró a continuación, y la obligó a darse vuelta-. No vuelvas a decir que lo que hay entre nosotros se termina. No me dejes - insistió con la cara de un niño asustado, y Laura se puso en puntas de pie para acallarle los ruegos inútiles con un beso porque ella ya había decidido que nunca se apartaría de su lado.

—Laura, me estoy volviendo loco por tu culpa -confesó Guor, y ella rió, divertida, le gustaba verlo desconcertado y perdido.

—Quiero que me hagas el amor -le susurró, y lo tomó de la mano y lo guió hasta el rincón donde había avistado un montículo de forraje, allí se tendió y le dijo-: Yo soy tu mujer, Nahuel, y tú eres mi único amor, y yo te doy mi palabra de que así será toda mi vida.

Ella tenía poder sobre él; aunque joven, inexperta y un poco ingenua todavía, Laura Escalante se había apropiado de su voluntad y le regía el destino. Le habría satisfecho cualquier veleidad. Como en ese momento, que recostada sobre la paja, le extendía la mano y lo dejaba ciego de deseo con esos ojos negros y el brillo de sus bucles de oro, y él sabía que tenía que irse, debía dejar el convento, pronto, quizá su vida corría peligro y, sin embargo, cayó de rodillas a su lado y le pasó la mano por el cuello y le descorrió la blusa y le buscó los pechos. La cubrió con su cuerpo, y con la rodilla se abrió paso entre sus piernas, mientras le levantaba torpemente la falda y los visos y le bajaba los calzones de encaje. Su boca, impetuosa, apremiante, descendió sobre la de ella, y Laura la recibió con impaciencia. Nahueltruz ardía desde las vísceras, carente de límites y escrúpulos en sus ansias por poseerla. Laura lo dejó entrar y tomar posesión de lo que ella misma quería que fuera sólo de él; le permitió saciar su furia y sus celos, y

también se permitió gozar de lo que él le brindaba con maestría. Después, yacieron en silencio sobre el montículo de heno.

–¿Nahueltruz? – se escuchó la inconfundible voz del padre Marcos Donatti.

Laura y Guor, como palomas espantadas, se desenredaron y se pusieron de pie. Nahueltruz se subió las perneras, se ajustó la rastra y se mesó el cabello desgredado. Laura, a una indicación de Guor, se escondió en el compartimiento de la vaca lechera con el lío de ropa entre las manos.

–Aquí estoy, padre -respondió Guor-. Pase nomás.

Donatti empujó la puerta del establo con el cuerpo y se escurrió dentro.

–Buenos días, Nahueltruz -saludó con cordialidad-. Como fray Humberto dijo que hoy no te apareciste por el refectorio a desayunar, te traigo este cacharro con mate cocido y este criollo.

–Gracias, padre -masculló Guor, y extendió el brazo para tomar el cacharro y la servilleta que envolvía el pan aún tibio-. No me aparecí por el convento porque me estoy yendo. Estaba terminando de acomodar mis cosas y ya tenía pensado darme una vuelta por su despacho para comunicárselo.

–¿Te vas? – se sorprendió Donatti-. ¿Vuelves a Tierra Adentro?

–No. Hasta que el padre Agustín esté fuera de peligro no me muevo de la villa -replicó Guor, y Laura soltó el aire que involuntariamente había retenido-. Me voy de aquí, del convento, porque no quiero que tenga problemas por mi culpa con la milicia. Este se ha vuelto un sitio peligroso. Blasco va y viene como Pancho por su casa y temo que haya levantado sospechas. Usted sabe que no puedo arriesgarme.

–Sí, comprendo -manifestó el franciscano-. Y dime, Nahueltruz, ¿adónde piensas instalarte?

–Ya encontraré algún sitio; usted no se preocupe, padre.

–¿Me harás saber adonde estás cuando te instales?

–Mejor que nadie lo sepa, padre. No se ofenda, pero es para no comprometerlo.

–¡La pucha con este Racedo y su odio!

Nahueltruz no hizo ningún comentario, y Donatti, que se había presentado esa mañana con otro propósito, carraspeó y dijo:

–Hoy se cumple un nuevo aniversario de la muerte de tu madre.

–Lo sé.

–Me pregunto cómo estará tu padre.

–Siempre se pone melancólico. Usted ya sabe, él se culpa.

Donatti sacudió la cabeza, consternado, y chasqueó la lengua.

–Como sé que doña Carmen está por viajar a Leuvucó, le enviaré una carta. No sé si logre sacarlo del estado de tormento y pena, al menos lo intentaré.

–Hágalo, por favor -instó Guor-. Mi padre lo respeta y aprecia. Le va a hacer bien recibir algunas líneas tuyas. Además, usted quiso mucho a mi madre, y mi madre lo quiso mucho a usted. Eso es importante para el cacique Mariano Rosas.

–Agustín me pidió ayer que hoy diga misa por el alma de vuestra madre; quiere que estés presente. Como él no puede, desea que tú estés rezando por ella.

–¡Ah, padre! Hace tantos años que no rezo. Hasta creo que me olvidé de cómo hacerlo -interpuso Nahueltruz.

–Pero el padre Agustín quiere que estés presente -alegó el franciscano con lo que le parecía un argumento más que sólido.

Nahueltruz Guor, por su parte, sólo podía pensar que Laura estaba escuchándolos.

–Está bien, está bien, padre, ahí estaré -condescendió con tal que Donatti acabara con el tema de Blanca Montes.

–Gracias, hijo. Esto es muy importante para Agustín, lo pondrá contento. La misa será dicha sólo para los miembros del convento y para ti, a las diez y media en la Capilla Menor.

El padre Marcos abandonó el establo y Laura salió de escondite. Encontró a Nahueltruz ensimismado, con la vista fija en el suelo. Se le acercó con sigilo y le puso una mano sobre el hombro, con cuidado para no sobresaltarlo.

–Ahora sabes que tu hermano Agustín y yo somos hijos de la misma madre -expresó sombríamente y sin darse vuelta.

–Sí, lo sé. Ambos son hijos de Blanca Montes.

Laura se le puso enfrente y le levantó el rostro con ambas manos.

–Ahora también sé de quién heredaste el gris de tus ojos que tanto me gusta, de nuestra bisabuela Pilarita. ¡Famosos sus ojos grises!

Laura no lucía sorprendida ni disgustada, por el contrario, se la veía contenta. La mirada desconcertada de Guor se volvió inquisidora, y Laura habló.

–Pocos días después de llegar a Río Cuarto, doña Carmen, la abuela de Blasco, me entregó un atado con tres cosas: un cuaderno forrado de cuero, un guardapelo de oro y un ponchito. Me dijo que pertenecían a una tal Uchaimañé y que Lucero le había pedido que se las alcanzara a mi hermano. En ese momento la salud de Agustín era tan delicada que no quise importunarlo con lo que pensé se trataba de un regalo de algún indio. Al abrir el cuaderno me topé con el nombre «Blanca Montes» al pie de la

primera hoja y la palabra «Memorias» como título. Desde ese día y hasta hoy no he dejado de leer las memorias de la misteriosa Blanca Montes en cada oportunidad que he tenido. Y no fue hasta anoche que tu madre me confesó en sus páginas que tú eras su hijo, Nahueltruz Guor, Zorro Cazador de Tigres.

—No sé si a Agustín le gustará saber que te enteraste de que él y yo somos hijos de Blanca Montes.

—En mi familia siempre se ha pronunciado el nombre tu madre en voz baja, intercambiando miradas elocuentes; se ha ocultado su vida y su destino, y, sin embargo, de la forma más casual y sorprendente, yo me he enterado por labios, o debería decir por mano de la propia Blanca, de cosas que me han hecho tanto bien, Nahuel. Tu madre, después de años, me ha esclarecido misterios y dudas y me ha enseñado tantas cosas. Quisiera que estuviera viva y que me quisiera tanto como yo he aprendido a quererla a ella. Ahora la quiero más porque sé que es tu madre.

Nahueltruz sonrió. La frescura y la espontaneidad de Laura le hacían bien. Cuando la tenía cerca, se borraban las dudas y los tormentos, los viejos, que venía arrastrando desde hacía tiempo, y los nuevos, los que habían nacido junto con el amor que sentía por ella.

—Laura -musitó con voz quebrada, y la estrechó contra su cuerpo-. Sólo por querer tanto a sus dos hijos, Blanca Montes te adoraría.

—¿Por qué dejas el convento?

—Porque tú y Blasco han marcado un sendero de hormigas hasta aquí, y Racedo, atando cabos, puede sospechar que algo raro está sucediendo entre los franciscanos y venir a averiguar.

—Racedo no se dará cuenta de nada -interpuso Laura con marcada displicencia.

—No te confundas -la corrigió Guor-: Racedo puede ser muy torpe y zafio para cortejar a una mujer, pero es bien rápido y pícaro cuando de perseguir

y cazar indios alzados se trata.

–¿Por qué perseguir y cazar indios? ¿No estamos en tiempos de paz?

–Nunca estamos en tiempos de paz los huincas y los ranqueles. Esto es una guerra, Laura, que sólo terminará el día que uno de los dos bandos quede destruido y aplastado en el campo de batalla.

Las agoreras palabras de Nahueltruz la dejaron triste y abrumada. Había algo de premonición en ellas, como si aquel día ya se hubiera fijado y que, de una u otra manera, tendría mucho que ver con ella. Dejaron el establo en silencio luego de comprobar que ni fray Humberto ni los oblatos estuviesen merodeando.

–¿Irás esta noche al hotel de doña Sabrina?

–Iré.

–Prométeme que nada malo te ocurrirá -suplicó Laura.

–Nada malo me ocurrirá -aseguró Nahueltruz.

Se besaron antes de despedirse. Guor regresó dentro para cinchar el caballo y terminar de acomodar sus pertenencias en las alforjas. Laura enfiló hacia el hotel. Había caminado un corto trecho cuando divisó al coronel Hilario Racedo y a su imperturbable adlátere, el teniente Carpio, ambos a caballo, que se dirigían evidentemente hacia el convento de San Francisco.

–¡Coronel Racedo! – llamó Laura con voz cristalina y afable, y agitó la mano.

–¡Qué grata sorpresa, señorita Escalante! – expresó el militar a modo de saludo, y se quitó el quepis.

–Buenos días, teniente Carpio -dijo Laura, y Carpio también se quitó la gorra e inclinó la cabeza, sin pronunciar palabra.

–¿Qué hace por aquí sola? – se interesó Racedo, mientras abandonaba la montura.

–Vengo del convento. Necesitaba ver al padre Marcos y como Blasco, usted sabe, coronel, él se ha convertido en mi *chaperon* últimamente, le decía, como Blasco no podía acompañarme, me aventuré sola. Quizás usted sería tan amable de escoltarme de regreso a lo de doña Sabrina.

–Nosotros también nos dirigíamos al convento para hablar con el padre Marcos -interpuso Racedo, desconcertado, ese trato afectuoso y abierto no era al que lo tenía acostumbrado la señorita Escalante.

–El padre Marcos no está -mintió Laura.

–Pues bien, en ese caso la acompañaré a lo de doña Sabrina. Regresaremos esta tarde, Carpio -anunció Racedo-. Vuelve nomás al fuerte que yo te alcanzo más tarde.

Carpio espoleó el caballo y se alejó al trote. Racedo asió las riendas del suyo y caminó junto a Laura, que enseguida tomó la palabra para espantar las intenciones del militar. Le contó de la salud de Agustín, de los avances en su recuperación, que hacía dos días que no tenía fiebre y que se alimentaba bastante bien, le mencionó la inminente llegada de su padre junto al doctor Riglos y aclaró que aguardaba con impaciencia ese momento porque hacía tiempo que no veía al general. Se hizo un silencio y, cuando Racedo, a punto de verter un comentario, se inclinó sobre ella, Laura se apartó y preguntó por su hija, la recientemente casada con un próspero comerciante de Lujan, y por su padre don Cecilio. El tema desembocó en la afición por la vida militar de la familia Racedo, y mencionó con evidente orgullo a su sobrino Eduardo, que seguía con éxito los pasos de su abuelo y de su tío. Se ufano también de sus propios éxitos y le contó anécdotas de su vida como soldado casi todas relacionadas con indios.

–Y ésta -dijo, señalándose la cicatriz que le surcaba la mejilla izquierda-, se la debo al cacique Nahueltruz Guor, que me las va a pagar algún día ¡Como que hay un Dios ese salvaje roñoso me las va a pagar!

Llegaron a lo de doña Sabrina. Laura, excusándose en una noche de insomnio, se retiró a descansar luego de agradecer la escolta al coronel Racedo, que se quedó con las ganas de invitarla a cenar al fuerte esa noche en que los soldados, para festejar la paga, iban a asar una vaca con cuero. Laura se alejó por el corredor hacia el interior de la posada y el militar recostó su pesado cuerpo en la barra de la pulperia donde se dedicó a mascullar en contra de su pésima suerte, desahogándose en un vaso de ginebra que Loretana le sirvió de mala gana. Se notaba que para ella ése tampoco era un buen día.

Con el tiempo, los ojos de Nahueltruz abandonaron el color ambiguo tan característico de los recién nacidos, esa tonalidad indefinida entre el azul y el negro, y se volvieron de un gris perla muy puro. Los ojos de los Laurey Luque, eso era lo único que mi hijo había tomado de mí; por lo demás, era la copia fiel de Mariano Rosas. Y supe que ese hijo mío sería alto y corpulento como su padre y como su abuelo, don Juan Manuel, por los pies largos que desentonaban con su cuerpecito. Gracias a mi leche, Nahueltruz ganó peso enseguida y al año era un niño robusto, más alto que lo normal. «¡Torito bravo!», le decían, un gran halago entre los ranqueles; en especial su abuelo Painé, que se lo subía al hombro y lo paseaba con orgullo por el campamento como quien lleva un santo en procesión.

En tanto lo amamanté, Mariano Rosas mantuvo una respetuosa distancia entre su mujer y su hijo, que para él eran una sola cosa. Aunque excluido, se mostraba dócil y considerado, y acataba mis indicaciones como si proviniesen del Consejo de Loncos. Una tarde, ansioso por ver a Nahueltruz después de varios días de ausencia, entró en el toldo y marchó directo a su canuta para alzarlo. Que ni se le ocurriera, le espeté desde la otra habitación; que si quería tocar a mi hijo debía primero quitarse la mugre y el olor a caballo de días, y mientras así vociferaba, le iba entregando jabón de sosa, toalla y una muda de ropa. Mainela contemplaba con ojos desorbitados a la espera de la tormenta de furia que, estaba segura, desataría Mariano. Pero el señor Rosas no desató ninguna tormenta de furia; al contrario, tomó el jabón, la toalla y la muda de ropa y se dirigió hacia la laguna. A la hora regresó más limpio que una patena.

Ahora bien: cuando Nahueltruz comenzó a mostrar signos de humanidad, esto es, mantenerse erguido, gatear a velocidad impensable y, por fin, a caminar, su padre tomó posesión de él y lo manejó a antojo. «Para que se vaya acostumbrando», esgrimía, y lo colocaba en la montura delante de él. De nada valían mis protestas y enojos: Mariano Rosas estaba convencido de que Nahueltruz era más suyo que mío. «Así es entre nosotros, Uchaimañé», me consolaba Lucero. «Es por el bien del pichí (del pequeño), que aquí los hombres se pasan más tiempo de a caballo que con los pies en la tierra». No eran las palabras bien intencionadas de mi amiga las que me tranquilizaban, sino la certeza de que nadie dominaba mejor un caballo que Mariano Rosas.

Creo que Rosas quiere más a su picazo que a su madre. Entre él y su caballo, la relación va más allá del simple dúo bestia-amo. Mariano monta a Curí Nancú y se convierte en un centauro capaz de hacer cualquier cosa sobre el lomo del animal, que a su vez lo deja actuar libremente pues le tiene fe ciega. Curí Nancú percibe las intenciones de Mariano a través de sutiles señales: un apretón en los ijares, un tirón de rienda, un silbido más agudo, un silbido más grave, un cambio de postura sobre la albarda, y procede en consecuencia. Los ranqueles en general son hábiles jinetes, pero Mariano, reconocido por el propio Painé, que era habilísimo también, es de los mejores. En la cacería del avestruz, una de las hazañas más temerarias después de los malones, Mariano se destaca fácilmente en el grupo, provocando la furia y envidia de su hermano mayor, Calvaiú. Miguelito me explicó que se requiere muchísima destreza y habilidad para perseguir al avestruz y bolearla sin perder el equilibrio y caer entre los cascotes del caballo. En estas correrías es común terminar con una pierna quebrada o un brazo dislocado. Desde pequeños, los ranqueles se entrenan en estas lides, donde adquieren la impetuosidad y el desprecio al peligro que tanto los caracteriza, cuando salen a maloquear. Están convencidos de que la caza forma a los buenos jinetes porque les enseña a montar rápidamente sobre la silla, a poner pie a tierra como el rayo, a lanzar el caballo a través de las dunas y guadales, a salvar las piedras, las madrigueras de vizcachas y los matorrales a la carrera, y a galopar sin detenerse aunque una parte de la montura se rompa o se caiga. En fin, se aprende a desestimar los accidentes.

A veces pienso que Mariano Rosas no le teme a nada. O se trata de un hombre de un valor extraordinario o de un inconsciente de capirote. Monta su caballo con la rapidez de una flecha, lo desmonta cuando el animal aún galopa a alta velocidad, se pone de pie sobre su lomo para atisbar el horizonte, se lanza a través de las irregularidades del terreno con una temeridad que quita el aliento; lo he visto montar en pelo o con la montura casi desguazada y mantener aun así la misma firmeza sobre Curí Nancú.

Los caballos de los ranqueles, por su parte, son distintos a los de los cristianos. Según Miguelito, la diferencia radica en la manera en que los indios los doman. Con sus técnicas, convierten a la bestia en un animal mansísimo y de una fortaleza increíble, que le permite cruzar un guadal, enterrado en el lodo hasta los ijares, con una ligereza que agotaría a los caballos de los cristianos apenas comenzada la travesía. He visto a Curí Nancú hacerlo en varias ocasiones: el animal se encabrita, se ladea, pero no cae, salta y empuja con denuedo, mientras Mariano lo guía con maestría y absoluto dominio, buscando las partes del pantano menos profundas y resbaladizas. Como parte de su amansamiento, los acostumbran a comer y a beber poco, y logran que el caballo resista hasta tres días sin agua ni forraje en el desierto.

Junto a ese padre temerario y prendido de las crines de Curí Nancú, crecía mi hijo Nahueltruz en absoluta libertad. En una tierra que sólo reconoce el horizonte como frontera, donde la gente vive en tiendas sin puertas, donde las órdenes del cacique general son acatadas si gustan a la mayoría, ¿cómo se suponía que le impondría límites a Nahueltruz? Era una batalla perdida antes de pelearla, de todos modos, me decía, no se trataba de educarlo para que se condujera en un salón de ciudad, él era parte de esos montes cerriles y por sus venas corría la sangre de los ranqueles.

Nahueltruz era un niño feliz. Querido y mimado por la familia y los amigos, conseguía lo que se proponía con una sonrisa o con un berrinche. Su cucu (abuela) le habría bajado la luna y el sol si se los hubiese pedido, y a nadie pasaba por alto que, así como Mariano era su hijo dilecto, Nahueltruz era el nieto que la cacica vieja más quería. Sus tíos lo malcriaban, en especial los menores, Epumer y Guenei. Resultaba sorprendente la adoración que Nahueltruz sentía por Epumer, uno de los ranqueles más feroces que

conozco, en especial achumado, es decir, ebrio. Con Nahueltruz, sin embargo, Epumer revelaba una faceta dulce y tolerante, Nahueltruz lo seguía a sol y a sombra, lo imitaba y cumplía ciegamente sus mandatos. El cariño que ambos se profesan no ha menguado con el tiempo. Miguelito también siente debilidad por el hijo de su amigo Mariano Rosas, y, como él y Lucero sólo han tenido mujeres, “chancletas” según su decir, Miguelito busca en Nahueltruz al varón que nunca tuvo. Loncomilla es de las preferidas de mi hijo, y Dorotea Bazán, que le prepara la algarroba pisada y dulce como a él le gusta, y también el coronel Baigoma, que cuando visita las tolderías de Leuvucó le trae regalos y lo halaga con cumplidos. «¡Ah, ese toro!», exclama, luego de haber loncoteado y simulado perder la pelea. Nada disfruta tanto Nahueltruz como ser reconocido por los miembros de su pueblo en especial por su padre y por su abuelo Painé. Con todo, el mejor amigo de Nahueltruz es su perro Gutiérrez, que soporta con estoicismo que le tire de la cola, de las orejas, que lo monte, que se le cuelgue del cuello y le bese el hocico, porque entiende que nadie lo quiere tanto como su pequeño amo Nahueltruz. No se separan durante el día y, a la noche, Gutiérrez duerme junto a su camastro.

De todos modos, cuando se lastimaba las rodillas, cuando tenía hambre o sueño, Nahueltruz sólo quería los brazos de su madre. Y ahí estaba yo, abandonada la mayor parte de la jornada, lista para recibirlo y sanarlo, alimentarlo o acunarlo. A mi adorado Nahuel, como me gusta llamarlo. Me halagaba que, a pesar del cariño de tanta gente y de la inclinación que mostraba por la compañía de su padre, Nahueltruz siguiera buscándome cuando algo no andaba bien; yo era su refugio, a quien él recurría en busca de consuelo o remedio. Me tenía confianza, se entregaba a mis brazos y yo lo apretujaba contra mi pecho y le besaba la cabecita de cabello endrino hasta que el llanto pasaba.

A los tres años, Nahueltruz era más alto que su primo Catrüeo y, aunque delgado, presentaba una contextura fuerte y bien formada; rara vez se enfermaba, lo que llevaba a la cacica vieja a ordenarles a las demás mujeres de la familia: «Vayan y vean cómo Uchaimañé cría a mi nieto pichí; vayan y vean para que a ustedes no se les mueran los suyos». Esta invitación de la cacica vieja implicaba un aumento de madres con niños enfermos que visitaban mi toldo a diario, como también un aumento del

resentimiento de las machis ranqueles, en especial de Kchifán, que no me perdonaba que la hubiese excluido para el nacimiento del hijo de Mariano Rosas.

Una tarde, de visita en el toldo de la cacica vieja, me sorprendieron los nauseas y un mareo que terminó en desmayo. Recuperé la conciencia en la pieza de Mariana gracias a las sales que Lucero había ido a buscar a mi toldo y que me pasaba, por la nariz. Mariana había mandado a llamar a su hijo, que trabajaba en las sementeras. Irrumpió en el toldo con el gesto desencajado, sudado y agitado. «Nada, m 'hijo, nada», replicó con una sonrisa la cacica a las preguntas barbotadas de Mariano. «Que su ñuqué le va a dar otro pichí, eso pasa. Usté debería saberlo mejor que naides», agregó con mueca socarrona, a la que Mariano no prestó atención; se arrodilló junto a la yacija y me quitó el pelo de la frente. Nos miramos intensa y significativamente mientras el resto pululaba en torno. Una vez solos, Mariano bajó el rostro y me acarició los labios con los suyos, y yo me aferré a su cuello y él se internó en la profundidad de mi boca.

Connmigo, Rosas sabía cuándo abandonar la traza de indio alzado y jugar el papel de amante devoto. De amante insaciable también, que con su lubricidad me había convertido en una mujer atrevida. Hacia tiempo que mis últimas barreras habían caído; el nacimiento de Nahueltruz había desfalcado los resquemores y celos y terminado por enfrentarme a la verdad de que pertenecía y pertenecería el resto de mi vida a esos dos hombres, al padre y al hijo. Una noche, de las primeras que pasábamos juntos luego del parto, Mariano me dijo con malicia que él me acariciaba porque sabía que yo anhelaba ese placer que sólo él podía darme. Ni ofendida ni avergonzada, le confesé cuánto me gustaba que llegara la noche para que él me recorriera con sus manos, para que me poseyera, para que me diera placer y me hiciera temblar. Podía escucharme y verme confesándoselo, el alma me había abandonado el cuerpo y contemplaba inerte desde otro rincón de la tienda a esa mujer desfachatada. La que yacía con él y se le entregaba libremente en ese instante no era Blanca Montes, era esa otra, la famosa Uchaimañé, que sin miedo ni vergüenza le decía la verdad. Supongo que conseguí sorprenderlo, porque se quedó callado con los ojos oscurecidos fijos en los míos. No se burló de mí, tampoco me recordó la arrogante promesa de que algún día mi corazón le

pertenecería. Luego de ese momento de desconcierto, me apretó contra su pecho, me besó la sien y susurró mi nombre.

Ramón Cabral, el platero, el que había hecho la ajorca que me regaló Pulqumay, había tenido una hija, la primera. Como su importancia crecía entre los caciques, Painé envió a su hijo Mariano como embajador para participar de los festejos y del “molfuintún”, es decir, la ceremonia donde se sacrifican los animales con cuya sangre se pintan las lágrimas bajo los ojos del recién nacido.

Mariano quería que Nahueltruz y yo lo acompañásemos. Lucero y Mainela me ayudaron a empacar y emprendimos la marcha una madrugada de verano. Miguelito se quedaba a cargo de las sementeras y de los animales, con órdenes tan precisas y variadas que Mariano se las hizo repetir hasta último momento. Pocas semanas atrás Nahueltruz había cumplido cuatro años y su abuelo Parné le había regalado un bayo con crines y cola negras de alzada imponente que Mariano no había terminado de domar. Aunque berreó y pataleó, su padre no le permitió montarlo y debió contentarse con la montura de Curí Nancú. Debido a mi estado (iba por la tercera luna de gestación, según las mediciones de la cacica vieja), Rosas seleccionó para mí una jaca mansa y pequeña, donde me ayudó a colocarme con ambas piernas hacia el costado derecho. Cerraban la comitiva una mula atiborrada de atados y presentes, y Gutiérrez.

Apenas dejamos el silencioso campamento de Leuvucó, Mariano rompió el mutismo para informarme que la toldería del cacique Ramón se hallaba a siete leguas hacia el sur por el camino a los montes de Carrilobo «Quiero que conozcas la Laguna de los Loros, también conocida como la Verde. Está de paso a lo de Ramón.» Agregó a continuación, con el único objeto de atraer la atención de su hijo, que esa laguna era famosa por los tigres que la habitaban. A mí la palabra tigre me traía pésimos recuerdos y me llenaba de presagios nefastos; a Nahueltruz, en cambio, lo colmaba de excitación; la idea de que ayudaría a su padre a cazar una de esas bestias feroces lo mantuvo entretenido y parlanchín gran parte del recorrido, olvidada por completo la pataleta por lo de su bayo.

El paisaje más bien triste me hacía acordar de mi huida, de los días

interminables en que vagabundee por ese desierto inclemente, sola y aterrada, con mi fiel Gutiérrez por toda compañía. «¡Qué desatino!», exclamé para mis adentros al tomar plena conciencia de la empresa disparatada en la que me habían embarcado los celos de Nancumilla y mi desesperación. Sólo pensar que podría haber muerto devorada por un tigre me produjo un escalofrío no obstante el calor que se tornaba agobiante minuto a minuto.

Entre los médanos se suelen formar lagunas que los indios llaman loocó (agua de médano), que es cristalina y deliciosa; yo obligaba a Mariano a detener la marcha bastante seguido para mojar la cabecita de Nahueltruz y darle de beber aunque no tuviese deseos. Nahueltruz y Gutiérrez aprovechaban para corretear en la pastura que circundaba la cadena de dunas, mientras Mariano llenaba los chifles y revisaba las monturas y yo disponía sobre una manta las viandas que Mainela nos había preparado. A Nahueltruz le llamaban la atención las manadas de gamos y guanacos que huían hacia el sur; los tucutucu (unos roedores muy simpáticos) que se animaban a asomar la cabeza de sus madrigueras, las gallinas del monte o miloún, que cacareaban para alejarnos de sus nidos, y las chuñas también, parecidas a los pavos y que los ranqueles aprecian por su carne blanda y sabrosa. Nahueltruz se asustó cuando un gato salvaje, al que los indios llaman huiñá, asomó la cabeza a rayas grises entre los arbustos y fijó sus ojos brillantes en nosotros; maulló mostrando los dientes. Rosas lo espantó con sólo levantar la mano, mientras Nahueltruz se escondía en mi regazo. Gutiérrez se mantuvo ajeno por un buen rato entretenido con una mulita que intentaba beber de la loocó hasta que el hambre lo hizo regresar a nuestro lado y dejar en paz al pobre animal.

A medida que avanzábamos, el monte de espinillos, caldenes y algarrobos que se extendía a un costado, como una isla en medio de las cadenas de médanos, comenzó a despejarse y terminó por convertirse en un paisaje verde y voluptuoso que ceñía a una amplia laguna de agua transparente y dulce: la Trecán Lauquen, como la llaman los ranqueles, o de los Loros, por la preeminencia indiscutible de estas aves en el alboroto general. El cuadro era magnífico y me dejó boquiabierto. Los flamencos rosados, los cisnes de cuello negro y las cigüeñas dominaban el paisaje. Había cuervos y garzas también, y variedades de patos. Al advertir nuestra presencia, las

aves levantaron vuelo y, espantadas, aumentaron el incesante bullicio. Resultaba un espectáculo verlas volar en bandadas, en especial cuando describían curvas hacia uno y otro lado con destreza y precisión de relojero. Por fin, al convencerse de que no les haríamos daño, regresaron al agua y a las orillas plagadas de carrizos, juncos y achiras, y, aunque las estridencias menguaron, nunca se extinguieron por completo.

Mariano disfrutaba de mi embelesamiento y, mientras yo contemplaba el paisaje, él me contemplaba a mí. Hasta que nuestros ojos se cruzaron, y le aseguré: «Este es el lugar más hermoso que he visto». El apenas si levantó las comisuras de los labios en una sonrisa circunspecta, y asintió. Me ayudó a desmontar y, cuando me tuvo encerrada en su abrazo de hierro, me buscó para el beso que ambos ansiábamos, un beso silencioso, pletórico de significado. Nos besamos hasta que Nahueltruz le tiró del chiripá y le pidió que le cazara un jaguar. Sentados sobre la marisma, admirábamos los alrededores. Nahueltruz y Gutiérrez, en cambio, se dedicaban a espantar las aves porque les gustaba verlas hacer piruetas. Con todo, debíamos proseguir la marcha. Resultaba arriesgado que nos pillara la noche cerca de la Verde, la preferida de los jaguares, los pumas, los gatos monteses y los zorros por la abundancia de aves y otros animales menores. Me explicó Mariano que los felinos prefieren la noche para llevar a cabo sus cacerías y que por esta razón la laguna se vuelve un lugar tenebroso a esas horas. Los ranqueles le tienen miedo a la Verde y tejen todo tipo de supersticiones y leyendas que alimentan el pavor de las nuevas generaciones. «Sólo se trata de animales tratando de conservarse», resolvió Mariano con su habitual racionalismo.

Avistaríamos las tolдерías de Ramón en menos de dos horas. Aunque no me quejaba, me sentía desanimada por el cansancio; me dolían las asentaderas y los riñones y me costaba mantenerme despierta. Nahueltruz hacía rato que dormía sobre el pecho de su padre, que lo aprisionaba en un abrazo. Mariano no parecía cansado y continuaba erguido en la montura como si hubiésemos iniciado el periplo una hora atrás; atisbaba el entorno con aire vigilante. Se dio vuelta para mirarme, operación que repetía con frecuencia, y la mirada se le congeló en un punto indefinido detrás de mí. Noté que había perdido la calma, intranquilidad que de inmediato percibió Curí Nancú, que relinchó y cambió el paso. Nahueltruz se despertó y

comenzó a llorar: quería venir conmigo. Mariano no le prestaba atención; había detenido el caballo por completo y mantenía la vista alerta en el horizonte. Apuré mi jaca y tomé a Nahueltruz de brazos de su padre.

Mariano desmontó y apoyó la oreja en el suelo. Luego, buscando la elevación de un médano, escudriñó hacia el norte haciéndose sombra con la mano. Aquel despliegue indicaba que algo se salía de lo normal. Los indios, al igual que los gauchos, desarrollan un sexto sentido en el desierto que les permite avizorar hechos que pasarían inadvertidos a cualquier otro mortal. La agudeza de la vista y del olfato de estas gentes es célebre; son capaces de asegurar, con bajísima posibilidad de error, qué tipo de objeto se mueve a distancias importantes. Las polvaredas les hablan, y ellos descifran si se trata de un simple remolino de viento, una manada de animales salvajes o un grupo de jinetes; en este caso, pueden desentrañar si vienen al galope o a paso más ligero. Incluso, son capaces de dilucidar si la montura está manca o si falta una herradura.

Como Mariano no lograba determinar si el objeto se movía o estaba fijo, tomó su facón por el mango, se lo colocó perpendicularmente sobre el tabique de la nariz y lo usó como punto de referencia. Así estuvo un buen rato hasta que montó el caballo con gesto agorero. «Un grupo de jinetes se acerca al galope. No han de ser más de diez, pero vienen que parece que los trae el diablo.» Aduje que se trataría de otra comitiva que se dirigía a lo de Ramón. «¿Por este camino?, – desconfió él-. Vinimos por aquí porque yo quería que conocieras la Verde, pero nadie tomaría esta rastrillada cuando hay una más directa y menos peligrosa; esta zona, además de estar atestada de tigres, es muy guadalosa.» Colocó a Nahueltruz nuevamente delante de él y lo sujeto con el brazo; luego, me habló con firmeza: «Vamos a galopar las leguas que quedan; los caballos han descansado y tienen que aguantar». Se me formó un nudo en la garganta. Mi jaca era muy inferior a Cun Nancú, que parecía volar, como si los cascos apenas rozasen el suelo. Mariano lo sofrenaba causando la furia del picazo, que había esperado todo el día para desplegar sus talentos de corredor. Menos de una hora más tarde hasta yo advertí que los jinetes eran indios y que nos perseguían. Mariano había ubicado su caballo detrás de mí y lo sujetaba para que no superara a mi yegua, pero eso nos hacía perder un tiempo precioso. Los jinetes no daban tregua, los teníamos tan cerca que podíamos distinguirles

los rostros, y resultaba obvio que no se aproximaban en son de paz, pues sacudían las lanzas sobre sus cabezas y profundizaban la algazara.

«¡Adelántese con Nahueltruz, póngalo a resguardo y vuelva por mí!», le grité a Mariano. «¡Nunca!», replicó, tajante. Todo sucedió rápidamente; pareció un sueño, mejor dicho, una pesadilla. El quejido de Mariano y el alarido de Nahueltruz me alcanzaron como un latigazo. Frené la yegua y volteé: Mariano yacía en el suelo con una lanza incrustada a la altura del omóplato derecho; Nahueltruz, a su lado, también inconsciente a causa de una herida en la cabeza de la que manaba mucha sangre. Curí Nancú relinchaba, piafaba y olfateaba a su amo, mientras Gutiérrezz ladraba enfurecido y lanzaba tarascones a los cascos del enemigo. El espectáculo era sórdido e inverosímil. Quise arrojarme de la montura y correr hacia Mariano y Nahueltruz, pero una fuerza poderosa e invisible me ató de pies y manos y me dejó en un trance que ni siquiera me permitió caer en la cuenta de que varios jinetes me rodeaban y de que uno me sacaba de la montura y me sentaba delante de él con la misma facilidad con que habría recogido una flor del camino.

Mi hijo y Mariano estaban inmóviles, como sin vida. Aunque mis ojos no se apartaban de ellos, la imagen escalofriante de sus cuerpos ensangrentados se volvía pequeña y lejana. Hasta que comprendí que era yo la que me alejaba, que alguien, en realidad, me separaba de ellos. Un temblor me sacudió el cuerpo y un grito angustioso me llenó la boca y los oídos. Pataleé, golpeé y mordí a quien, con zunchos de hierro, me aprisionaba y no me permitía socorrerlos. Recuerdo cuando caí del caballo, cuando mi mejilla dio contra la rastrillada, y el gusto a polvo en mi boca; recuerdo también con claridad los cascos inquietos de un caballo cerca de mi rostro, lo último que vi. Luego, oscuro. Nada.

Estaban desgarrándome la carne, me abrían el vientre, podía sentir el frío de las dagas que me sajan. Inexplicablemente mantenía los ojos apretados y me mordía el labio inferior como si se tratara de un deber moral soportar semejante ordalía. Pero el dolor me venció; grité y me incorporé. Estaba sola. En una cama. En una habitación. Se abrió la única puerta y dos hombres se apresuraron hasta la cabecera. Los contemplé con azoro y confusión; ellos, a su vez, me miraban como si aguardasen que

dijera algo definitivo e importante. No pude hablar; un nuevo ramalazo de dolor me obligó a apretarme el bajo vientre: los filos que me destrozaban las entrañas no estaban fuera de mí sino dentro. Me ayudaron a recostarme y me dieron a beber un cordial que, enseguida supe, contenía una fuerte dosis de láudano. El padecimiento cedía poco a poco, los párpados se me volvían pesados y me celaban los ojos. Sólo deseaba dormir.

Al regresar de los efectos del narcótico percibí un patente aroma a lavanda. ¿A quién se le ocurría usar colonia a la lavanda en estas tierras? No a Mariano. Lo llamé con voz ronca, y abrí los ojos. Me había acordado del ataque, de la lanza en la espalda de Mariano, de mi hijo herido junto al cuerpo exangüe de su padre, de Gutiérrez que ladraba y de Curí Nancú que piafaba y relinchaba; de mí también me había acordado, atontada, entumecida sobre la jaca. Y de la caída y de la oscuridad.

Miré en torno: los dos hombres de nuevo, uno evidentemente rondaba los sesenta años; el otro era joven, no más de veinticinco. Tenían mirada gentil, rasgos de ciudad y ropas poco acordes para Tierra Adentro. Hacía tanto que no veía una levita elegante, un plastrón de seda y un hombre con el pelo prolijamente atusado y peinado con fijador. Hacía tanto que no veía a un hombre que usara colonia a la lavanda. «¿Mariano?», repetí, a la espera de que emergiera de la parte más oscura de la recámara y tomara la mano que le extendía. Pero uno de los hombres, el mayor, me la aferró en cambio.

«¿Dónde estoy?», balbuceé al caer en la cuenta de que aquello no era un toldo, que estaba bien lejos del Rancul-Mapú y que Mariano no se encontraba en la habitación. Habló el hombre que me sujetaba: «Soy Lorenzo Pardo, hermano de Lora, tu madre; soy tu tío Lorenzo, Blanca». Aquella confesión me produjo el efecto de un cachetazo, pero luego de la impresión, insistí: «¿Dónde estoy?». El hombre más joven, que dijo llamarse doctor Alonso Javier, me explicó: «Se encuentra en la villa del Río Cuarto, al sur de la provincia de Córdoba. Está en mi casa», agregó, con aspecto de muchacho tímido. «¿Y Mariano? ¿Y Nahuel?», inquirí con angustia, y los hombres se echaron miradas significativas, llenas de pesar. Habían muerto, entonces. El vacío que me envolvió me dejó sin aire y en silencio. Apreté los ojos y los puños, me mordí los labios, pegué las rodillas

contra el pecho y permití que aquella pena me estragara el alma. Lloré hasta que los pocos arrestos con que contaba se extinguieron y quedé laxa y tranquila.

Para mí, el tiempo en lo del doctor Alonso Javier se sucedía sin días ni noches, un lento transcurrir que carecía de sentido. Mis adorados Mariano y Nahuel habían muerto, ¿cómo se suponía que viviría sin ellos? ¿Por qué el Señor no me había llevado a mí también en vez de dejarme sola y aterrorizada? Tan sola, porque ni siquiera el hijo que llevaba en el vientre existía; él también se había escurrido de mi vida como agua entre los dedos. Su pérdida me había dejado débil y macilenta, me había quitado la última esperanza, pues de Mariano ya nada me quedaba. Me sumí en el silencio y la melancolía; dejé de comer, de higienizarme y no quería salir de la habitación ni recibir a nadie. El doctor Javier se alarmaba y su esposa Generosa me reprochaba, pero las amenazas no conseguían sacarme del letargo mórbido en el que me había dejado caer y del que no tenía intenciones de salir.

Tío Lorenzo entró una mañana en la habitación y, de un tirón, corrió las cortinas y abrió las ventanas. Arrastró una silla hasta la cabecera y tomó asiento. «Te voy a contar mi historia», dijo, pero no habló enseguida sino que apartó la vista y se mantuvo caviloso, en la actitud de quien busca las palabras precisas. «Cuando uno es joven tiene mucho vigor y salud, pero poco juicio, – manifestó-. La sabiduría viene con los años, cuando ya es tarde y no se pueden remediar los errores que llenaron de desdicha nuestra vida y la de nuestros seres queridos». Enseguida me recordó sus días como soldado en el Ejército del Norte bajo las órdenes del general Belgrano, cuando defender a la Patria del avance español era lo más importante para los hombres que amaban la independencia. Luego vinieron tiempos de anarquía y de luchas por intereses de los caudillos provinciales en contra de los de las autoridades porteñas. «¡Si los argentinos hubiéramos sabido ponernos de acuerdo desde el vamos!», se lamentó. Desertó del ejército, convencido de que jamás levantaría el fusil para descargarlo contra otro argentino. Él sólo luchaba por la libertad. Vagó sin rumbo durante meses hasta que llegó a Jujuy y se unió a las guerrillas que llevaban adelante Martín Miguel de Güemes y sus gauchos. En 1821, el general Güemes murió en combate en Salta y la fuerza que movía a ese grupo de gauchos

incultos y feroces se diluyó rápidamente.

La noticia de que el general José de San Martín había hecho su entrada triunfal en Lima alcanzó el norte argentino semanas más tarde. Varios de los que habían luchado con Güemes marcharon al Perú para ofrecerse al general San Martín y proseguir con la expulsión de los godos. A Lorenzo Pardo lo pusieron bajo las órdenes de un joven teniente que, se decía, era bravo como pocos en el campo de acción y un genio sobre los mapas a la hora de diseñar la estrategia de las batallas; era el hombre de confianza de San Martín y se llamaba José Vicente Escalante. «Le decíamos el cordobés», comentó con evidente nostalgia, «aunque jamás nos dirigíamos a él en esos términos; lo llamábamos “teniente coronel Escalante”. Era de temer Escalante, sí que lo era; duro, altanero e inmisericorde, pero justo, valiente y, por sobre todo, inteligente». Antes de Pichincha, Escalante ya había notado el empuje y viga/ de ese porteño, Lorenzo Pardo, que aseguraba haber peleado en el Ejército del Norte y codo a codo con el gaucho Güemes. Luego de Pichincha, Escalante lo admiró y respetó y, con el tiempo, llegó la amistad. «Todos decían que el cordobés era vanidoso», evocó tío Lorenzo, «pero yo sabía bien que no: ese aire de soberano que tanto lo caracterizaba no era vanidad sino orgullo. Sí, orgullo, porque el general Escalante tiene con qué; además, es bien generoso cuando de reconocer virtudes ajenas se trata.»

Para Lorenzo Pardo significó otro revés la capitulación de San Martín a favor de Bolívar y su renuncia al Protectorado del Perú; reconoció que se había sentido defraudado. «Al general San Martín le habría correspondido la gloria de la liberación del Perú y no a ese calavera de Bolívar. ¡Pero qué sabemos nosotros, los ignorantes soldados! No entendemos nada de lo que cocinan arriba, así que no debemos juzgar.»

Lorenzo Pardo se retiró del ejército y, aunque el general Escalante le pidió que lo acompañara de regreso a Chile, decidió afincarse en Lima por cuestiones del corazón. Rosa María se llamaba la limeña, en honor de la santa patrona de la ciudad. «Y era tan hermosa como Santa Rosa», aseguró tío Lorenzo. Aunque hermosa como la santa, Rosa María no tenía un pelo de santa. Única hija de un rico hacendado español, hacía y deshacía a voluntad. Luego de la muerte de su madre se apoderó de las riendas de la

casa, convirtiéndose en ama y señora indiscutida; criados, sirvientas, cocheros y hasta los empleados de la hacienda de su padre le obedecían sin hesitar. Dionisio Hidalgo y Costilla, su padre, un monárquico defensor de la corona española, de voz estruendosa y mal carácter, se ablandaba ante las veleidades de su hija y se volvía manso cuando Rosa María lo llamaba “papito” y lo besaba en la frente. Con todo, jamás habría consentido en que su única hija y heredera desposara a un argentino muerto de hambre, sin abolengo ni pasado, que, para peor, había servido en el ejército de ese traidor licenciado, José de San Martín. No valdrían los “papitos” ni mil besos en la frente: Rosa María se uniría a algún joven español de familia aristocrática, como Francisco Eduardo Saavedra, nieto del duque de Rivas, que visitaba la casa desde hacía meses. Por cierto que a Rosa María no le faltaban pretendientes. Con sus ojos almendrados de color ámbar, su piel delicada que ella protegía del sol con afán y esa miríada de bucles castaños que le bañaban la espalda, no podían faltarle los admiradores; la dote era, por demás, otra gran virtud de la muchacha.

Pero Rosa María no desposaría a Francisco Eduardo Saavedra, nieto del duque de Rivas, ni a ningún otro; ella se casaría con Lorenzo Pardo porque una tarde de primavera, mientras la ciudad entera festejaba el triunfo de Pichincha, al verlo desfilar por las calles de Lima tan galante en su uniforme azul y montado en su alazán de soberbia estampa, se enamoró perdidamente de él. Acostumbrada a hacer su voluntad sin reflexionar, Rosa María corrió a casa de su padre, se levantó el ruedo del vestido y subió de dos en dos los escalones que la conducían a los altos. Desde allí aguardó con impaciencia a que pasara el soldado, mientras armaba un atado con su pañuelo de lino y encaje. Lo arrojó certeramente, y Lorenzo Pardo, sorprendido, acertó a atraparlo. Levantó la vista para recibir una fugaz visión de bucles cobrizos y tafetán amarillo que se perdían en las sombras del pórtico de la terraza.

El pañuelo contenía una miniatura con el retrato de una joven y una nota que rezaba: «Mañana a las doce del mediodía en el mercado». El perfume a jazmines del pañuelo hablaba de una mujer femenina y coqueta; la caligrafía pequeña, redonda y pareja denunciaba la mano de una persona cultivada y prolija; la miniatura, el rostro espléndido de una joven. Lorenzo Pardo sólo pudo barruntar que ese tesoro había caído en manos

equivocadas. ¿Qué tenía él de atractivo para que una belleza como ésa le ofreciera su corazón? Al día siguiente, a las doce, pidió permiso al teniente coronel Escalante y se dirigió al mercado, un recinto amplio, ruidoso y sucio, atestado de pregoneros, criadas, niños esmirriados y mal vestidos, animales y “tapadas”, como se conocía a las limeñas que, apelando a una moda exclusiva de esa ciudad, se cubrían por completo con la saya y el reboso, ambas prendas en negro, para confundirse en el mercado con intenciones non sanctas.

Lorenzo imaginó que se trataba de un asunto desesperanzado: la joven no encontraría al verdadero destinatario del pañuelo y se marcharía sin prestar atención al hombre de uniforme azul que aguardaba junto al puesto de flores. Sin embargo, en contra de todo presagio, una tapada le tocó el brazo y le indicó que la siguiera. Dejaron atrás el tumulto y buscaron el cobijo de un callejón oscuro y poco transitado. Allí, la muchacha desveló apenas su cara. Rosa María no lamentó ni una vez el impulso que la llevó a arrojar esa nota tan descarada; tampoco se le cruzó por la mente que el soldado podría tomarla por una mujer ligera de cascos y aprovecharse. Ella se ufanaba de su intuición y sabía que el hombre que tenía enfrente era un caballero.

Lorenzo Pardo pensó: «Es aun más hermosa que en la miniatura», y, abstraído como estaba, no dijo palabra hasta que Rosa María lo despabiló al preguntarle el nombre. Lorenzo se aclaró la garganta, tomó del bolsillo el pañuelo, la nota y el pequeño retrato y se los devolvió mientras argüía: «Creo que esto llegó a mí por error». A Rosa María le causaron risa la timidez y la poca consideración de sí de aquel soldado. «Se equivoca, señor, – replicó-. Era toda mi intención que estas cosas lo alcanzaran a usted, – y agregó con hilaridad-: ¿No pondrá en tela de juicio que mi puntería es extremadamente certera?» Lorenzo rió más distendido y se presentó.

Volvieron a encontrarse al día siguiente, y al siguiente, y así hasta que una tarde en que caminaban por el paseo a orillas del Rimac, con la nana Elvira como chaperon algunos pasos detrás, Lorenzo tomó las manos de Rosa María y la contempló largamente, tratando de colegir por qué esa chiquilla mucho menor que él, indiscutiblemente hermosa e inteligente, con

una fortuna como dote, había puesto los ojos en alguien como él. Enseguida dejó de lado los cuestionamientos vanos, demasiado feliz para opacar el encanto del momento. La acercó a su cuerpo y la besó. «Quiero casarme con usted», le susurró Rosa María, y él le prometió: «Será mi mujer aunque la vida se me vaya en ello», pues ya se imaginaba la hecatombe que sobrevendría cuando la familia de Rosa María se enterara.

Don Dionisio Hidalgo y Costilla perdió el color del rostro la noche que Rosa María se presentó en su despacho y le comunicó la decisión de contraer matrimonio con Lorenzo Pardo. Intentó disuadirla por las buenas y por las malas, sin éxito: su única hija era tan terca y voluntariosa como él. «La he consentido demasiado, siempre ha hecho lo que ha querido, le he dado todos los gustos. ¡Esos han sido mis grandes errores!», se lamentaba con su amigo el dominico Teodoro Sastre, que sugería el confinamiento de Rosa María en el convento del Gran Carmelo y una dieta a pan y agua durante un mes, porque no había que soslayar aquello de que la carne busca la carne; el ayuno le diluiría la sangre junto con las pasiones y los desatinos y le arreglaría los demás humores; el dominico hasta insinuó lo conveniente de una sangría. «¡Ah, las pasiones, Dionisio!», remataba el padre Teodoro. «Las pasiones, mi buen amigo, son la perdición de la humanidad. El terror es el único medio de contenerlas». Lo cierto era que al padre Teodoro Sastre siempre le había molestado el sentimiento extravagante e impropio que don Dionisio albergaba por su hija como también la libertad que le concedía; sin dudas, ésa era la oportunidad que Dios le presentaba en bandeja para enmendar un alma descarriada.

Ni el mes en el convento del Gran Carmelo ni los días que posteriormente pasó encerrada en su habitación bajo estricta vigilancia pudieron con el amor que Rosa María le profesaba a Lorenzo Pardo. Había sido un tiempo duro y de pruebas para ambos; no obstante, se aprestaban a seguir peleando; se amaban y además tenían a toda la servidumbre de su parte. Aunque Lorenzo creía que se trataba de una medida extrema a la cual debían apelar en última instancia, Rosa María se hallaba convencida de que debían fugarse. A don Dionisio no le resultó extraño que su hija le pidiera autorización para concurrir con su nana Elvira a la procesión por el día de San Juan que terminaba en la sierra, a las afueras de Lima, donde se celebraba también la floración del amancay. Según Hidalgo y Costilla,

hacía tiempo que esa locura de desposar al soldado argentino había quedado atrás; su hija lucía juiciosa y tranquila, cierto que había perdido el esplendor y la espontaneidad que a él tanto le gustaban; ya no lo llamaba “papito” sino “señor” y no había vuelto a sentarse sobre sus rodillas para hacerle cosquillas o besarlo en la frente. «Mejor así», se convencía don Dionisio, «una mujer tenida por extravagante y desequilibrada no hallará un buen hombre y será presa de cualquier calavera.» Finalmente, concedió el permiso, incluso con alegría: empezaba a preocuparlo el estado abúlico de Rosa María. El padre Teodoro no era de la misma opinión. «Aún es muy pronto para darle alas nuevamente», mascullaba, cuidando de ocultar la rabia. «¡Pero Padre Teodoro!», intentaba don Dionisio con lo que parecía una justificación más que plausible: «si Rosa María y su nana han asistido a la procesión de San Juan desde que mi hija aprendió a caminar.»

Por eso había elegido Rosa María el día de San Juan, porque no levantaría sospechas. Después de tanto tiempo de reclusión, de eludir a los invitados de su padre y de no participar de bailes y tertulias, una salida con motivos religiosos sería apreciada como natural y no provocaría una controversia. Rosa María y su nana Elvira partieron muy temprano la mañana del 24 de junio de 1824 a reunirse con el resto de la multitud en la avenida de los Descalzos. La procesión de San Juan atraía no sólo a señoras de familias decentes, a caballeros de alcurnia y a religiosos de todas las órdenes sino a negros, mestizos, mulatos, zambos e indios. Las gentes alcanzaban la pradera de los amancays en carruajes suntuosos, carretas tiradas por bueyes, literas cargadas por esclavos, a lomo de burro o simplemente a pie. El espectáculo, tan atractivo por lo abigarrado, que siempre fascinaba a Rosa María, pasó inadvertido en esa ocasión. Una vez alcanzada la pradera de la colina, tampoco quedó azorada ante el panorama magnífico de los amancays amarillos que cubrían el terreno por completo, ni el del océano Pacífico hacia la izquierda, ni el del puerto del Callao con sus cientos de mástiles, ni el de la Cordillera de los Andes con sus picos eternamente nevados. Nana Elvira y Rosa María sólo tenían ojos para escudriñar la ceja de la colina por donde aparecería un coche de alquiler con dos caballos, uno negro y otro blanco.

Apareció el coche y se vio una mano que abría la portezuela; nana Elvira y

Rosa María caminaron con mal disimulada apatía y se precipitaron dentro. Luego llegó el chasquido de la guasca sobre las ancas de los caballos y la orden del cochero para comenzar la marcha. Rosa María sabía lo definitivo de aquella decisión y, aunque por momentos había temido que las fuerzas le flaquearan, en ese instante, al tener frente a ella a Lorenzo Pardo, lloró y rió de alegría. La intuición le decía que sería feliz.

Se casaron y vivieron en la ciudad de Arequipa, al sur del Perú, antiguamente llamada Villa Hermosa, ciertamente por la belleza natural del oasis en el que se enclava, aunque lejos de la grandeza, la frivolidad y la riqueza de Lima. Lorenzo Pardo trabajaba en una imprenta y, aunque con su salario vivían dignamente, nana Elvira horneaba todos los días sus famosas rosquillas y sus galletas de coco y las vendía en la plaza para que su niña Rosa María contara con unos soles para darse algún gusto.

«En un principio temí que mi esposa, tan joven y llena de energía, se cansara de la vida reposada de Arequipa, de la falta de dinero y de mí y quisiera regresar junto a su padre», admitió tío Lorenzo, avergonzado por la falta de confianza en Rosa María, pues con el tiempo se dio cuenta de que sus temores no sólo eran infundados sino injustos. Rosa María lucía satisfecha y reposada, había recuperado la lozanía perdida durante el tiempo de reclusión y de la dieta a pan y agua, jamás se quejaba y disfrutaba su vida de ama de casa; había trabado amistad con algunas vecinas y con el cura de la parroquia, el padre Gregorio Bravo Murillo, un joven franciscano convencido de que amar al prójimo sin juzgarlo ni condenarlo era lo que había venido a enseñarnos Cristo mil ochocientos veinticuatro años atrás. Tiempo más tarde nació Lorenzo Dionisio, el vivo retrato del padre, aunque con la frescura, ínfulas y sagacidad de la madre, en opinión de nana Elvira. Lorenzo Dionisio llenó de algarabía la casa y le hacía pensar bastante seguido a Rosa María que ella jamás había imaginado que se pudiera ser tan dichoso.

Poco tiempo después del cuarto cumpleaños de Lorenzo Dionisio, don Dionisio Hidalgo y Costilla llamó a la puerta de la casa que se suponía de su hija. El viaje desde Lima había sido un fastidio, viejo y achacoso como estaba; con todo, durante los segundos previos a que se abriera la puerta le pareció que había rejuvenecido veinte años. Lo atendió nana Elvira, que se

llevó la mano a la boca para no gritar. «¿Quién es?», preguntó Rosa María desde la cocina, y a don Dionisio le temblaron los labios y se le entibieron, los ojos. Lorenzo Dionisio apareció entre las polleras de la nana y alternó su mirada curiosa entre el desconocido anciano tan bien vestido y el carruaje imponente aparcado en la calle. Luego se presentó Rosa María, que no sofrenó el grito de alegría y se lanzó sin recato a los brazos de su padre, que ya se los había extendido.

Don Dionisio insistió en que regresaran a Lima, que se instalaran en su casa y que Lorenzo se encargara de la hacienda y de los demás negocios. Esos años de soledad, sin su adorada Rosa María, habían bastado para enseñarle que, a cualquier costo, la quería a su lado. La familia Pardo y nana Elvira se mudaron a la capital y constituyeron el centro de atención de los salones aristocráticos por largo tiempo.

Rosa María había aceptado regresar a Lima no porque extrañara el boato y el brillo en el que se había criado sino porque encontraba a su padre envejecido y triste. La vida de los Pardo en la gran capital no difería de la de Arequipa y pronto resultó notorio para todo el mundo que sus costumbres eran circunspectas, juiciosas y respetables. Incluso se asombraban de la confianza que don Dionisio depositaba en su yerno, que en poco tiempo se había revelado como un hombre de negocios, hábil, trabajador y concienzudo. La hacienda y el comercio marítimo, largamente postergados por Hidalgo y Costilla durante sus años de pena, volvían a florecer a manos del una vez apodado “soldado muerto de hambre”. Don Dionisio, sin problemas de empleados, embarques, compras y ventas a cuestas, se dedicaba a malcriar a Lorenzo Dionisio y a Rosa María, que iba a darle otro nieta. Se reprochaba los años de insensato resentimiento y orgullo, de prejuicios y desaciertos; había roto su amistad con el padre Teodoro Sastre, que se había marchado de lo de Hidalgo y Costilla dando un portazo, acarreando con él la oscuridad, el resentimiento y las dudas. Don Dionisio se paseaba por los salones de la casa y el jardín, en otra época lúgubres, ahora brillantes, pletóricos de vida, y sonreía y suspiraba satisfecho; luego, desviaba la mirada hacia Lorenzo Dionisio, que correteaba detrás de las palomas, y hacia Rosa María, que tejía con su barriga apenas disimulada bajo el chal, y se decía que Dios había sido con él más generoso que con ningún otro mortal.

Por eso, cuando en el verano de 1834 la viruela que asoló a Lima se llevó a Lorenzo Dionisio y a su hija embarazada de siete meses, don Dionisio se encerró en su estudio y se pegó un tiro. «Lo cierto es que el viejo Hidalgo y Costilla se sentía culpable», me aclaró tío Lorenzo «Ese día, antes de quitarse la vida, me dijo que si él no hubiese sacado a Rosa María y a Lorenzo Dionisio de Arequipa, estarían vivos». Lorenzo Pardo enterró a Rosa María y a Lorenzo Dionisio en un camposanto, a su suegro lo enterró en el jardín de la residencia Hidalgo y Costilla, pues, habiéndose quitado la vida, no había sido admitido en ningún cementerio cristiano. Días después, convocado por Lorenzo Pardo, llegó desde Arequipa el padre Gregorio Bravo Murillo que consagró la sepultura de don Dionisio y dijo el responso que ningún sacerdote limeño había querido decir. El padre Gregorio permaneció en la residencia Hidalgo y Costilla durante algún tiempo, quizá porque temía que Lorenzo Pardo optara por la misma salida que su suegro.

Los escrúpulos del padre Gregorio no eran vanos. Lorenzo Pardo había enterrado a sus tres seres queridos y se había quedado solo en una mansión que antes le había parecido hermosa y llena de luz y que ahora encerraba angustia y dolor. La idea de descerrajarse un tiro en la sien le cruzó infinitas veces por la cabeza, en ocasiones, muy tomado, se acercaba el cañón del arma e intentaba apretar el gatillo. Pero no hallaba el valor para hacerlo. Una noche, echado en el sofá de la sala, tras varias copas de coñac, se dijo en un inusual arranque de optimismo «No estoy solo, en Buenos Aires me esperan mi abuela, mi madre y mi hermana»

Lorenzo Pardo llegó a Buenos Aires a principios de 1836 luego de un viaje que duró poco más de dos meses y en el cual debió sortear toda clase de peligros y riesgos. Nadie recordaría al soldado desertor Lorenzo Pardo, no obstante, por seguridad, se daba a conocer como Lorenzo Hidalgo y Costilla. Luego de registrarse en el mejor hotel que encontró frente a la Plaza de la Victoria, marchó a la zona norte de la ciudad. Por fortuna, no había llovido y los alrededores de la Plaza de Marte estaban secos y transitables. Llamó a la puerta de la casa que había abandonado tantos años atrás y lo atendió una mujer que aseguro no saber nada de una familia Pardo. Lorenzo recordó a doña Tiburcia, la vecina de enfrente. Doña Tiburcia había muerto, pero su hija Remedios, amiga de la infancia

de Lara Pardo, lo puso al tanto del destino azaroso de su abuela, de su madre y de su hermana. Todas habían muerto. Lorenzo escuchó en silencio, demasiado devastado para comentar o seguir preguntando, demasiado cansado para llorar. «Lo peor de todo era la culpa», me aseguró tío Lorenzo. Él había abandonado a su suerte a las mujeres de su familia para perseguir un sueño de libertad e independencia que se había desvirtuado en luchas intestinas que sangraban al país. Cuando todo parecía perdido, Remedios añadió «Lara tuvo una hija. Si no ha muerto, se llama Blanca Montes.»

Para mi tío, ese nombre, Blanca Montes, significó la salvación por la que había regresado a Buenos Aires. «Debía encontrarte, hallar a tu padre, el doctor Leopoldo Montes, ofrecerles mi dinero, mi amistad, mi protección, mi cariño. Ustedes eran mi única esperanza, mi única familia», expresó con vehemencia, mientras me aferraba la mano. Durante días se dedicó a descubrir nuestro paradero, sus averiguaciones lo enfrentaron nuevamente con un revés: el doctor Montes había muerto, la suerte de su hija, aunque incierta, podía llegar a saberse entre los parientes del difunto, que se domiciliaban en la calle de la Santísima Trinidad, recientemente renombrada como de San Martín, en el barrio de la Merced. Allí lo atendió una mestiza y le informó que la señora de la casa sólo recibía los miércoles a partir de las dieciséis horas. Lorenzo Pardo dejó su tarjeta personal a nombre de Lorenzo Hidalgo y Costilla e indicó que regresaría el día y a la hora indicados.

El miércoles siguiente le abrió la puerta la misma mestiza y lo hizo pasar a una sala que lo dejó estupefacto por lo suntuosa y bien decorada. Si bien Lorenzo Pardo se hallaba habituado al boato y al refinamiento, reconoció que aquella casona maciza y sobria por fuera encerraba un tesoro en arte y decoración. Apreciaba un gobelino de exquisita manufactura cuando lo sorprendió una voz femenina por detrás «¿En qué puedo ayudarlo, señor...?», y, echando un vistazo a la tarjeta personal de Lorenzo Pardo, agregó «Señor Hidalgo y Costilla». A continuación se presentó mientras indicaba una silla al lado de la bergère Ignacia de Mora y Aragón, dijo llamarse, esposa del señor Francisco Montes. Lorenzo Pardo admiró la beldad que tenía enfrente y de inmediato juzgó que se trataba de una mujer consciente de su rango. Le agradeció que lo hubiese recibido y que le

dispensara parte de su tiempo, luego, sin mayores preámbulos, expresó «Busco a Blanca Montes», y fue testigo del cambio que se operó en el semblante de la señora Lorenzo le explicó que él era un pariente de la madre de Blanca, que había regresado al país después de años de ausencia y que deseaba encontrar a la única superviviente de su familia. «Soy un hombre de recursos y quiero ofrecerle a Blanca todo lo que dispongo». «Señor Hidalgo y Costilla», dijo Ignacia, y se puso de pie. «Mi cuñado, el doctor Leopoldo Montes, desposó a su pariente, Lara Pardo, en contra de la voluntad de mi suegro, el señor Abelardo Montes, que Dios lo tenga en su Santa Gloria. Desde aquel penoso incidente, la familia cortó todo vínculo con el doctor Montes y no volvimos a saber de él. Hasta hace poco», agregó luego de una pausa, «que llegó a nosotros la penosa noticia de que había fallecido de un ataque al corazón. De la niña que nació de esa unión, sin embargo, no hemos sabido nada, como si la tierra, se la hubiera tragado. Quizá se casó y se fue a vivir a otra ciudad», dijo Ignacia.

«Tía Ignacia conocía mi paradero, – manifesté-, ella misma me había mandado a encerrar en el convento de Santa Catalina de Siena.» Aquel revés no desanimó a Lorenzo Pardo. Regresó a Lima, luego de dejar a cargo de un importante notario porteño la búsqueda de su única sobrina «Los informes del notario llegaban esporádicamente y sin mayores avances, – prosiguió tío Lorenzo-. Mis esperanzas languidecían y comenzaba a hacerme a la idea de que jamás te encontraría. Hasta aquel magnífico día en que recibí carta del general Escalante. ¡Imaginaras mi sorpresa y mi alegría cuando me informó que era tu esposo! ¡Te había encontrado!», exclamó, conmovido, y me besó la mano. «No obstante, el destino parecía oponerse a nuestro encuentro. En Córdoba, me aguardaban las peores noticias: un grupo de indios te había cautivado. Tu esposo había salvado la vida de milagro, al igual que tu criolla, María Pancha.»

Después de cuatro años por fin sabía con certeza que José Vicente Escalante y María Pancha vivían. Comencé a llorar aferrada al cuello de tío Lorenzo. También lloraba por mi hijito y por Mariano, y por mí, perdida sin ellos, y por miedo, porque le temía al futuro, y al presente también, que se había convertido en un infierno. «Que mi tío se haga cargo de todo», pensé, aterrorizada de enfrentar la vida sin Mariano.

Tío Lorenzo me apartó de su pecho y me secó las lágrimas con ternura. «Quizá cometí un gravísimo error en separarte de aquellas gentes», admitió. «Quizá fui un egoísta, quizá me odies, quizá nunca logre tu perdón. Pero tenía que encontrarte, Blanca, tenía que hacerlo. Por Lara.» Tío Lorenzo tuvo intenciones de dejarme reposar; ambos estábamos agotados física y espiritualmente; no obstante, lo aferré por la muñeca y le rogué que continuara con su relato. «¿Cómo hizo para rescatarme?», me interesé, y tío Lorenzo regresó a la silla y suspiró profundamente antes de recomenzar.

Si bien el general Escalante le había confesado a Lorenzo Pardo los hechos tal y como habían acontecido, para el resto la historia era muy distinta: yo había muerto en un asalto sufrido a manos de unos matreros camino a Córdoba; en el lugar de mi tumba habían colocado una cruz hecha de ramas de espinillo. Sólo María Pancha y Lorenzo Pardo conocían la verdad. «Debes entenderlo, – bregaba mi tío-, no es fácil para el general aceptar que los indios te llevaron. Por eso, cuando le sugerí rescatarte, se opuso férreamente». Guardé silencio, incapaz de expresar con palabras el resentimiento que me inspiraba Escalante, aunque no debería haberme sorprendido su actitud: después de todo, había tratado de matarme cuando le resultó palmario que él y sus hombres no contendrían el ataque de los indios.

Lorenzo Pardo se embarcó solo en la odisea que significaban mi búsqueda y rescate. Comenzó por “El Pino”, donde, sugirió María Pancha, le brindarían información valiosa. El Vía Crucis de Lorenzo Pardo duró tres años en los cuales conoció todos los fuertes de la frontera sur, hizo migas con muchos militares, visitó las pequeñas poblaciones y las ciudades más importantes, se interiorizó del problema del malón y aprendió los nombres, costumbres y ubicaciones de las distintas tribus. Contrató a un gaucho baquiano, dos lenguaraces y media docena de hombres hábiles con las armas; se pasaba la mayor parte del tiempo viajando, vivaqueando o alojado en pulperías paupérrimas, mientras perseguía algún dato que lo condujera hasta mí. En Río Cuarto le dijeron que, si quería saber acerca de los ranqueles, debía preguntar al dueño de la tienda de abarrotes, Agustín Ricabarra, que los conocía como la palma de su mano. Luego de esclarecerle la memoria con una fuerte suma de dinero, Ricabarra fue el

primero que le dio un dato certero: sí, el cacique Mariano Rosas tenía una cautiva a la que llamaban Uchaimañé, de alrededor de veinte años, de contextura más bien menuda, con el cabello largo y negro. Él aseguraba que había escuchado que a veces la llamaban Blanca.

Días más tarde, mientras Lorenzo Pardo bebía con su gente en la pulpería del centro de Río Cuarto, apareció un hombre joven de aspecto avieso e intimidante que se aproximó a la mesa, se quitó el sombrero de felpa y preguntó: «¿Quién es el huinca que busca a la cautiva de Mariano Rosas?». Dijo llamarse Cristo y ser hijo del cacique vorohueche Rondeao a quien Calfulcurá había degollado a traición para apoderarse de sus tierras. El indio Cristo no pertenecía a ninguna tribu y vagaba por el desierto junto al grupo de vorohueches que se resistía a aceptar al chileno Calfulcurá como el nuevo patrón de la zona del Salado. Preferían morir antes que traicionar a sus abuelos, padres y tíos que habían perecido a manos de “esa serpiente”, como llamó a Calfulcurá en reiteradas ocasiones. «Yo no le debo fedelidá a naidés, – manifestó Cristo-, y si usté me paga lo que le pido, le entrego a la cautiva de Mariano Rosas sana y salva.»

Mis enemigos entre los ranqueles eran más de los que suponía. Nancamilla, aunque exiliada en los toldos del cacique Caiuqueo, continuaba alimentando su odio y planeando su venganza; en tanto, Echifán, la famosa comadrona, y otras importantes machis deseaban que yo desapareciera junto con mis baúles llenos de pócimas mágicas que curaban males que ellas ni siquiera sabían cómo llamar. Esa especie de sicario que era Cristo, junto a su gente, se internaron en el desierto y supieron aprovechar las circunstancias de manera tan hábil que hasta sabían que Mariano Rosas, Nahueltruz y yo visitaríamos al cacique Ramón Cabral por el camino que desemboca en la Verde.

«Las noticias que me llegaban acerca de tu situación eran alarmantes», expresó tío Lorenzo, a modo de justificación. «Me aseguraban que te habían convertido en la sirvienta de la mujer de un cacique que te maltrataba duramente; que en una oportunidad habías tratado de escapar y, como castigo, te habían despellejado las plantas de los pies; que no te alimentaban bien y que en los crudos inviernos dormías al descubierto. No podía soportarlo y le ordené al indio Cristo que te rescatara. Si, hubiera

sabido que en realidad eras feliz, que tenías un hijo y que esperabas otro del mismo hombre habría claudicado en mi búsqueda aunque la pena me hubiera lacerado el corazón. Pero me mintieron, Blanca. En todos lados se cuecen habas», sentenció, con la mirada baja. Se notaba que le pesaba la conciencia y que necesitaba desesperadamente mi perdón. «Ahora te he infligido un daño irreparable, – retomó-. Por mi culpa han muerto...». Se detuvo cuando la voz se le hizo un hilo, y yo, que no tenía ánimos para consolarlo, me ovillé entre las sábanas, le di la espalda y me puse a llorar. «Después de todo, – pensé un rato después-, ¿qué puedo reprocharle a este buen hombre, el único que se preocupó por mí?».



CAPÍTULO XVII.

Una mujer sin tierra

Laura cerró el cuaderno cuando doña Sabrina le trajo el almuerzo. Mientras ella comía, la mujer armaba la cama, acomodaba el cuarto y rezongaba.

—¡Y aquí me tiene, querida, haciendo tuito el trabajo yo sola! Que Loretana anda tirada en la cama llora que llora.

—¿Qué le pasa? — preguntó Laura, más por cortesía que por interés.

—Lo que le contaba el otro día, ¿se acuerda? Anda con mal de amores. Hay un hombre que la trae por la Calle de las Amarguras y esta estúpida que no se da cuenta de que el miserable no quiere saber nada de ella. «Ese tiene otra», le digo yo, que soy más vieja y viva que ella, pero Loretana no se resigna.

—Lo lamento, doña Sabrina -expresó Laura.

—Otro que está con mal de amores es el coronel Racedo, que andaba muy solo y alicaído esta mañana en la pulpería porque usted se ha negao a tomar algo con él.

—Doña Sabrina -habló Laura-, quería preguntarle adonde puedo comprar algunos regalos; ya sabe, para los Javier, que han sido tan generosos con mi hermano.

—¡Ah, regalos! — exclamó con alivio la pulpera, que esperaba una reprimenda por haberse metido en lo que no le importaba-. Verá, querida, aquí no es como en la gran capital, que debe de estar llena de tiendas. Ciertamente

que aquí, en Río Cuarto, estamos mucho mejor que en Achiras y en La Carlota, que ni médico tienen. Nosotros contamos con el santo del doctor Javier y con don Panfilo, el boticario, que usted ya lo conoce de memoria...

—¿Y para comprar regalos? — insistió Laura.

—Sí, regalos. Pues pa'eso, querida, tiene el negocio de ramos generales de don Ambrosio Olmos, ¡muy completo, muy completo! o también lo de Agustín Ricabarra.

Agustín Ricabarra, ese nombre significaba mucho para Laura y, por la tarde, siguiendo las indicaciones de doña Sabrina, se encaminó a su tienda de abarrotes. El hombre detrás del mostrador resultaba demasiado joven para ser el que Blanca Montes mencionaba a menudo en sus *Memorias*.

—¿Usted es Agustín Ricabarra?

—Agustín Ricabarra hijo -se presentó el tendero.

—¿Y su padre?

—Mi padre está de viaje.

«¿De viaje? ¿A Tierra Adentro?», se intrigó Laura, pero no preguntó.

Compró regalos para cada miembro de la familia Javier: una pieza de la mejor tela para doña Generosa, una pipa con cazoleta de madera labrada para el doctor Javier y un juego de tintero, plumas, cortapluma y secafirmas para Mario, porque se había enterado de que al muchacho le daba por escribir. No se olvidaría de su fiel Blasco y, luego de mucho cavilar, se decidió por una camisa de algodón y unos pantalones de género gris; los que llevaba a diario lucían como los de un indigente. Por último, le pidió al hijo de Ricabarra que le sacara de la vitrina un guardapelo que le había llamado la atención. No se trataba de una pieza fina: era de alpaca, el cerrojo y las bisagras no durarían mucho tiempo y el grabado resultaba de mal gusto. No obstante, compró los dos que había. Con el dinero que le había prestado Julián pagó los regalos para los Javier y para Blasco y, con

sus ahorros, los dos guardapelos y sus respectivas cadenas.

Al terminar la misa en conmemoración de la muerte de Blanca Montes, Nahueltruz Guor recogió las alforjas y el cabezal, los acomodó en la montura y se marchó hacia el sur; luego, bordeando el río Cuarto, enfiló hacia el oeste hasta el rancho de la vieja Higinia, fallecida el año anterior. Higinia, mitad negra, mitad india, había sido una conocida bruja, muy poderosa en opinión de algunas comadronas; su fama había sobrepasado los límites de la villa del Río Cuarto, extendiéndose más allá de la provincia de San Luis. Había muerto plácidamente una noche mientras dormía, de vieja que era, y, sin embargo, se entretajían historias pintorescas y fabulosas acerca de los acontecimientos que la habían llevado a la tumba. Muchos aseguraban que, luego de muerta, la habían visto, completamente ataviada de negro, flotar encima del rancho al tiempo que profería alaridos pidiendo ayuda. Los testigos de semejante visión invariablemente sufrían calamidades y desgracias.

Por eso Nahueltruz eligió la casa de la vieja Higinia el terror y la superstición mantendrían alejados a los curiosos, incluso a los soldados del fuerte, más ignorantes que los indios que combatían. Él había conocido a Higinia, una mujer bondosa y caritativa, aunque extraña, llevaba la vida de un eremita y sólo se avenía a abandonar su rancho, sus cabras y su soledad paupérrima cuando le aseguraban que los médicos blancos -ambos, los del cuerpo y los del alma- no atinaban a nada y que el caso era de vida o muerte. En algunas oportunidades, de camino a Tierra Adentro, Nahueltruz se había apeado del caballo, golpeado las manos y pedido hospedaje por una noche. Higinia le hacía seña de que entrase -rara vez hablaba- y enseguida le ponía un plato de guiso caliente y un trozo de pan sobre la mesa. Nahueltruz comía, y ella, con su cuerpo medio desvencijado, extendía un jergón de paja junto a la trébedes si era invierno o en la galería si era verano.

Nahueltruz empujó la puerta del rancho que amenazó venirse abajo. «Esto es de lo primero que me haré cargo», se dijo. A continuación, quitó el postigo de la única ventana y dejó que la luz bañara el interior. Nada había cambiado, todo se hallaba en el mismo sitio, como en tiempos de Higinia,

aunque una gruesa capa de polvo cubría la única mesa, las banquetas, el camastro, que ya no tenía jergón, y los demás enseres. Las paredes de adobe eran gruesas y sólidas, el piso de tierra pisada, parejo y compacto, y el techo, aunque de paja, no presentaba agujeros. Guor pensó que, con los arreglos necesarios, aquel rancho podía convertirse en un sitio acogedor y cómodo. Le pareció ver a Laura afanarse en la decoración. Seguramente querría cortinas de colores, y la mesa y las banquetas pintadas de blanco, cosería un acolchado para la cama y colgaría cuadros en las paredes, llenaría la galería de tiestos con flores y le pediría un pedazo de tierra para el jardín.

—¡Ah, Laura! — exclamó, abrumado de deseo. Deseos de tenerla ahí, de hacerle el amor, de saberla suya, de no temer perderla, de no sentirse inferior, de no saberla superior. De pie en medio de ese rancho, se sentía un estúpido soñando con que Laura aceptaría una vida de pobres. No ella, que conducía una vida de ricos.

Tomó una vasija de barro y se dirigió al río a buscar agua. En el camino se le ocurrió que, después de todo, no se trataba de una idea tan absurda la de vivir en el rancho de la vieja Higinia. De algo estaba seguro: no llevaría a Laura a la toltería de su padre; aquello era completamente distinto, salvaje y pobre para ella, la haría desdichada. Para alimentarse, podría comenzar con ganado menor, cabras, ovejas tal vez. La cría de caballos le seguía interesado; su padre le había transmitido su amor por esos animales tan necesarios como el agua en el desierto. Nahueltruz usaría lo aprendido en su propio negocio, que bien manejado, le daría pingues ganancias. El dinero que Agustín le había prometido ayudaría para comenzar. Sería duro al principio, deberían ahorrar y sacrificarse, pero con el tiempo hasta una casa en Buenos Aires le compraría a Laura, y vestidos y joyas. La convertiría en una reina.

¿Y Racedo? El fuerte se hallaba a pocas leguas del rancho de Higinia, ¿cuánto transcurriría antes de que se supiera que Laura y él vivían allí? Porque no contaría cuánto se esmeraba en progresar, para el mundo seguiría siendo un indio, un ser marcado a fuego, perseguido y despreciado, un vago, un bruto. Los ranqueles no tenían redención; la lucha entre cristianos e indios era a muerte.

Llegó a una parte del río que consideraba su lugar predilecto. Se trataba de una curva donde se formaba un remanso profundo; allí le gustaba bañarse, ponerse de espaldas, sumergir las orejas y dejarse llevar por el vaivén espeso del agua, el cielo azul era lo único que veía, el silencio del agua, lo único que escuchaba. Se desnudó de prisa y se zambulló. La frescura del río lo despojó del pesimismo y otra vez deseó que Laura estuviera allí, compartiendo la belleza del entorno. Los sauces remojaban sus lánguidas ramas, las aves picoteaban la marisma y el chillado de los loros y las cigarras se convertía en un sonido monótono que acentuaba la soledad. Nahueltruz alcanzó la orilla y se recostó sobre la hierba a la sombra del sauce llorón. Loretana lo había llevado a ese sitio por primera vez, incluso habían hecho el amor allí. Le dio lástima Loretana, que se había enamorado de él. Estaría sufriendo el desprecio. En otros tiempos la habría complacido, pero no ahora que Laura contaba tanto. Como a Laura Escalante no había amado a ninguna mujer, ni siquiera a Quintuú, que siempre había sido su gran referente. Laura se le había metido en la sangre, debajo de la piel, en la cabeza, en el corazón, se le había escurrido por cada resquicio del cuerpo y del alma.

Esa noche, hasta Blasco estaba invitado a cenar en lo de Javier. Los regalos de Laura habían tomado por sorpresa a los miembros de la familia, e incluso el doctor Javier, usualmente impávido, se había conmovido. Durante la cena, se mencionó que ésa era la tercera jornada de Agustín sin fiebre; Laura, que había sufrido la desilusión de ilusionarse en vano, no comentó al respecto ni presionó al médico por un diagnóstico favorable; guardó silencio y siguió comiendo. El doctor Javier no volvió a tocar el tema; Laura, sin embargo, percibió la tranquilidad en ese semblante que se le había vuelto tan familiar y querido. Sonrió, casi segura de que Agustín había ganado la batalla contra el carbunco. El corazón le exultaba de alegría y sólo faltaba Nahueltruz para completar ese momento mágico.

De camino a la habitación de su hermano, Laura se topó con Blasco y su mirada precoz.

—La esperan en el huerto -anunció el muchacho, y le extendió una

palmatoria con la vela ya encendida.

«Nahuel», pensó Laura, y Blasco fue testigo de cómo se le iluminaba el rostro. Tomó la palmatoria y salió al patio para adentrarse en la oscuridad del huerto; marchaba a tientas pero sin miedo; la guiaba una seguridad que pocas veces había experimentado; de hecho, le temía a la oscuridad, pero no dudaba que al final de aquel túnel la envolverían dos brazos fuertes y posesivos, y que una cascada de besos le caería sobre las mejillas y los labios.

Una sombra se movió detrás del tronco grueso del nogal, y Laura se apresuró en esa dirección. Nahueltruz le quitó la palmatoria, que colocó sobre el piso para disimular la luz, y la apretujó contra su cuerpo con ansiedad. El pecho de Laura estaba anhelante de pasión; él era tan hermoso en su masculina mansedumbre y misterio.

—Amor mío -susurró ella, con el rostro sobre la camisa de Nahueltruz que olía a monte y a hierbas salvajes, reconfortada por la seguridad que le infundía la fuerza extraordinaria de ese cuerpo que alguna vez la había asustado y que ahora era de ella.

—¿Por qué no entras? Le pediremos a doña Generosa que caliente un poco de comida. Justamente comentaba que sólo faltabas tú a la mesa. Además, Agustín ha querido verte el día entero. No se sintió bien hoy, ¡pero no tuvo fiebre! — agregó deprisa, y la espontaneidad de su sonrisa y la luz que irradiaron sus ojos le provocaron a Guor una oleada de ternura y calidez.

—¿No entramos? — insistió Laura.

—Sí, voy a entrar, yo también quiero saludar a Agustín. Pero antes quería estar contigo. A solas.

—¿No nos vemos más tarde en el hotel?

—No iré a lo de doña Sabrina esta noche; es muy arriesgado. Me llegaron noticias de que los soldados recibieron la paga y que, luego de un asado en el Fuerte Sarmiento, van a terminar los festejos con las cuarteras en la

pulpería de doña Sabrina. La parranda pinta para largo. Tú tampoco irás a dormir al hotel esta noche; te quedarás aquí, en lo de Javier.

—¿Por qué?

—Ni la puertaventana que da al patio ni la puerta que da al corredor son suficientemente fuertes para soportar la embestida de un hombre, o la de varios -agregó Guor-. Los soldados van a chupar hasta perder la conciencia, pero, hasta tanto eso suceda, se dedicarán a cometer toda clase de brutalidades. Saben que tú estás ahí, sola. Una tentación irresistible.

—El coronel Racedo no lo permitiría -expresó Laura, y enseguida se arrepintió; la cólera que se apoderó de Guor le dio miedo.

—Tu querido coronel Racedo va a estar tan borracho como sus soldados, perdido entre las ancas de alguna cuartelera.

—No es mi querido coronel Racedo -se empacó Laura.

—Más te vale.

—Tenía preparada una sorpresa para esta noche -musitó ella.

—Mañana me darás la sorpresa -trató de contentarla.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Las nubes habían celado por completo a la luna y, en esa oscuridad insoldable, el cabello de Laura reverberaba como un candil.

—¡Que hermoso pelo! — pensó Guor en voz alta, y, tomando un puñado de bucles, los frotó entre sus dedos.

Nunca había visto un cabello así, tan puramente rubio. Levantó el rostro de Laura por el mentón y le miró los labios, esos labios que lo tentaban como

pocas cosas, de color rojo piquillín, húmedos y carnosos, que ahora se entreabrían para él y le mostraban apenas los dientes blancos y parejos; y le miró también los ojos cerrados, la piel traslúcida y delgada de los párpados y las pestañas negras que descansaban sobre la blancura del rostro. Inclino la cabeza y la besó con delicadeza en la boca; luego, a medida que las manos de Laura le desajustaban la camisa y sus dedos se le escurrían dentro y le acariciaban el torso, el beso se tornó febril.

—No, Laura -le suplicó.

Ella, no obstante, siguió jugueteando con los botones de la cartera y le abrió la camisa. Le pasó los labios mojados por el pecho, mientras le deslizaba las manos por la espalda hasta descubrir el contorno ancho de sus hombros.

—¿Por qué me haces esto? — se quejó Guor, con voz torturada-. ¿No te das cuenta de que me vuelves loco? ¿De que soy capaz de tomarte aquí mismo, sobre la acelga y las zanahorias de doña Generosa?

—Sí, sí. A mí no me importa.

—¿Tampoco te importa que sea un indio, que no tenga un rial partido al medio y que me persigan los milicos?

—No, no me importa.

—No sabes lo que dices -replicó él, sin separar sus labios de los de ella.

—Sé muy bien lo que digo.

Guor la apartó para escrutarla seriamente. Quería saber si le decía la verdad ¿No estaría jugando con él? ¿Luego no lo dejaría con el corazón hecho trizas y se marcharía para desposar a uno de su clase?

Le quitó el jubón y la camisa y después, mientras ella se bajaba la saya y las enaguas, terminó por deshacerse del chiripá y las bombachas. La encaramó en el aire y le ordenó que lo envolviera con las piernas. Laura se le atenazó a la cintura y le aferró el cuello con los brazos. Percibió al mismo tiempo la

aspereza del tronco del nogal sobre la espalda, la lengua dura y exigente de Guor en su boca y el ímpetu de su miembro dentro de ella. Se le escapó un quejido profundo cuando la sensación, mezcla de dolor y placer, le surcó los miembros. Guor la cubrió con un beso para acallarla y a poco él también gemía como si soportara un martirio. Los espasmos del placer los anegaron como una marea irrefrenable y gritaron al viento su alivio. Agotado, Guor apoyó la frente sobre el hombro de Laura y la sostuvo contra el nogal, incapaz de apartarse. Por fin, la puso en tierra firme y le sujetó el rostro con ambas manos. Se miraron en silencio.

Aquellos días de convalecencia fueron, por sobre todo, de gran confusión e inquietud. Aunque Mariano y mi hijo Nahueltruz habían muerto, por momentos deseaba regresar a Tierra Adentro para reunirme con los salvajes a los que consideraba mi familia, a veces, en cambio, acariciaba la idea de volver a la civilización y reencontrarme con María Pancha, tía Carolita y mi prima Magdalena. A pesar de la amargura por las pérdidas y de los temores, no volví a experimentar el deseo de dejarme morir; comía, permitía que me asearan, que ventilaran la habitación y recibía a diario a mi tío, que me confería el trato de una reina. Me había dado cuenta de que Lorenzo Pardo se encontraba tan solo en este mundo como yo y que lo que había hecho era un acto desesperado por acabar con esa soledad que lo apabullaba.

Aunque la hemorragia continuaba, había disminuido considerablemente y ya no tenía fiebre; resultaba obvio que el doctor Alonso Javier no temía una infección. Generosa, su esposa, una joven regordeta con mejillas arreboladas y nariz respingada, me cuidaba como si yo fuera su hermana. Me obligaba a tomar leche recién ordeñada para reponer la sangre y a comer carne de vaca y guiso de lentejas, que me devolverían la fuerza. Su mejor prescripción era el chocolate caliente, nada mejor para restaurar el buen ánimo al más quebrantado, y me traía todas las tardes un jarrito de cobre lleno hasta el borde. Solía hacerme compañía en una mecedora que ubicaba cerca de la cama mientras sus dedos se movían con pericia sobre el bordado o el tejido de turno. Aunque parlanchina e indiscreta, me gustaba Generosa; con su plática me hacía olvidar, incluso sus historias me hacían sonreír. Alcira habría aseverado que Generosa Javier tenía bien

puesto el nombre.

Una de esas tardes, mientras Generosa me contaba que había perdido sus dos primeros embarazos, la criada anunció al coronel Ignacio Boer, comandante en jefe de la Frontera Sur. Generosa lo saludó con familiaridad e hizo las presentaciones; yo, cómodamente ubicada en una silla, envuelta en mi albornoz y con una frazada sobre las rodillas, apenas moví la cabeza cuando el coronel Boer se quitó el quepis y me saludó con galantería. Bien sabía yo a qué venía ese militar y estaba equivocado si pensaba que de mi boca saldría una palabra que comprometiera o pusiera en peligro a Painé o a su gente. Luego de lamentarse por mi cautiverio de más de cuatro años y por haber tenido que convivir con “esas bestias”, el militar fue al grano: quería una descripción detallada de Tierra Adentro, la ubicación de las tolderías ranqueles y que le precisara el número de indios lanceros que componían las huestes de Painé, como también el tipo de armas con que contaban. Generosa, que conocía mis sentimientos, había dejado el bordado y nos lanzaba vistazos cargados de ansiedad. Yo, sin embargo, me hallaba tranquila y segura.

«Durante cuatro años, señor coronel, “esas bestias”, como usted las llama, fueron una familia para mí. No pretenderá, entonces, una felonía de mi parte», un argumento irrefutable si hablaba con un caballero. El militar carraspeó y los colores le acentuaron la tonalidad atezada del rostro. «Le recuerdo, señora Escalante, que por culpa de esos indios usted fue separada del seno de su familia, brutalmente tratada y reducida a la condición de sierva de esos infieles.» Aquel detalle no podía ser más preciso: Mariano Rosas me había arrancado de mi mundo con violencia, me había vejado con salvajismo y terminado por domarme como a sus baguales. Ciertamente, debería haber odiado a ese indio ranquel con cada fibra de mi ser; pero lo amaba como no había amado a ningún hombre. Y, a pesar de que Mariano Rosas ya no existía, defendería a su Rancul-Mapú con uñas y dientes.

El coronel, a punto de perder los estribos, me recordó con voz estentórea que esos salvajes a los que yo defendía con tanto ahínco saqueaban, mataban, violaban y robaban a los cristianos. «¿Es eso culpa mía?», repliqué con flema. «Esta no es mi guerra, señor coronel. Estoy atrapada

en el medio y, créame, la situación no me agrada en absoluto. Con todo, insisto: no diré una palabra que ponga en riesgo al pueblo que creí sería el mío hasta mi muerte.»

El militar me preguntó a continuación por «los pérfidos unitarios Baigorria y Juan y Felipe Saa». El gobernador Rosas y el de Córdoba, Manuel López, insistían en engatusar a Painé con promesas de tratados de paz, de raciones de alimentos y de ganado si les entregaba a Baigorria y a los Saá. Sin embargo, por alguna misteriosa razón, Painé se decía unitario, odiaba a Juan Manuel de Rosas y había decidido proteger a capa y espada a esos parias aunque perdiese convenientes dádivas. Resultaba impensable que la razón del encono de Painé fuera el amorío de Mariana con don Juan Manuel años atrás; Mariana habría muerto de un bolazo en caso de haberse descubierto su traición. Lo más probable era que Painé simplemente se hubiese encariñado con Baigorria y con los Saá, que ejercían una influencia decisiva sobre el cacique general, que los escuchaba con atención y ponía en práctica la mayoría de sus sugerencias, en especial las que tenían que ver con el arte de la guerra. Como Baigorria y los Saá conocían que la superioridad del indio sobre el cristiano se asienta en su absoluto y superior manejo del caballo, organizaron y entrenaron a los lanceros como a una caballería prusiana, instruyéndolos incluso en el uso del clarín para marcar las etapas de la batalla. Antes de los malones, Painé recibía en su toldo a estos tres cristianos que el destino había vuelto apostatas de su fe y de su sangre, y juntos planeaban la estrategia del ataque.

«Usted ya sabe que el coronel Baigorria y los hermanos Saá viven entre los indios de Painé», manifesté con no simulado fastidio. «Y eso es todo lo que yo puedo decirle». Convencido de mi reticencia, el coronel Ignacio Boer se calzó el quepis, se cuadró haciendo sonar los tacos de las botas, y abandonó la habitación con aire ofendido.

Hacia la noche, enterado de mi antagonismo hacia el comandante en jefe de la Frontera Sur, tío Lorenzo me reprochó la falta de cooperación. Sin prestar atención a sus tímidas protestas, lo contemplé fijamente y le pregunté con voz trémula: «¿Qué será de mí ahora?». Porque, ¿qué sería de mí sin Mariano? Me faltarían sus silencios elocuentes y sus miradas de

ojos azules que a veces se tornaban oscuros de pasión o de ira; me faltarían su presencia indiscutible y su calor de amante. Me dolía en el cuerpo su ausencia, como si me hubiesen extirpado un órgano vital. Aunque había perdido la valentía para dejarme morir, me acobardaba la pena porque no contaba con fuerzas para llevarla a cuestas. La risa cristalina y contagiosa de Nahueltruz me resonaba en los oídos durante el día e inundaba mis sueños de noche. Se volvía tangible su cuerpito moreno y podía verlo jugar con los caballitos de madera que le tallaba su tío Epumer. Estiraba la mano para acariciarle el pelo renegrido. Le retiraba las guedejas que le caían sobre la frente y le rozaba los carrillos invariablemente sucios, y él levantaba la vista, y sus ojos grises, enormes y almendrados, me sonreían. Lo escuchaba llamarme: «Mamita», y yo que quería decirle: «Aquí estoy, Nahuel, aquí estoy», permanecía en silencio, incapaz de pronunciar sonido, con la garganta seca, tirante y dolorosa. Me despertaba con una aguda puntada en el cuello a causa de contener el llanto. Buscaba en vano a Nahueltruz, pero ni él ni sus caballitos de madera estaban junto a mi cama. Las lágrimas descendían por mis mejillas mientras apretaba la mano en torno al guardapelo de la abuela Pilarita con el mechón de mi hijo. Por fin, hundía el rostro en la almohada para no despertar a los demás.

Días más tarde, luego de que el doctor Alonso Javier le aseguró a mi tío que me hallaba recuperada, nos despedimos de él y de su esposa Generosa y marchamos hacia Córdoba. La idea de poner pie en la ciudad de Escalante me resultaba intolerable; no tenía bríos para enfrentarlo ni deseos de verlo. Pero tío Lorenzo tenía los planes bien trazados: sólo permaneceríamos poco tiempo allí, el suficiente para resolver asuntos pendientes, entre éstos, poner en venta la casa que había comprado apenas iniciada mi búsqueda; luego viajaríamos a Buenos Aires desde donde zarparíamos hacia Europa. «Creo que te hará bien cambiar de aire y de paisaje, conocer gente nueva, ciudades magníficas. Te ayudará a distraerte y a olvidar el martirio que has vivido». La idea era tentadora. Europa. Ni en mis sueños más osados habría imaginado conocer el Viejo Mundo. Incluso podría visitar a tío Tito en Londres; esa idea puso una sonrisa en mis labios después de mucho tiempo. «Mi destino está en sus manos», pensé, mientras contemplaba el perfil de tío Lorenzo que se sacudía en el coche que nos llevaba a Córdoba. Me resigné. «Que él se haga cargo de

todo».

La casa de tío Lorenzo en Córdoba se encontraba sobre la calle de los Plateros, frente a la plaza principal y a la catedral. Salieron a recibirnos dos mulatas prolijamente vestidas, de aspecto limpio y con el pañuelo rojo en la cabeza, símbolo federal. El olor a humedad y la penumbra en el interior de la casona denotaban que la mayoría de las habitaciones no se usaban desde hacía tiempo. Muy solícitas, las mulatas se pusieron a abrir ventanas, quitar sábanas de los muebles y a prometer muy deprisa y sin respiro que «en un ratito nomá, patroncito, le quemamos unas pastillas de Lima y le repasamos los muebles pa'que esto parezca casa y no cripta de convento, que nosotras no sabíamos que el patroncito había decidido regresar hoycito, que si no, ¡ya viera el patroncito cómo le teníamos la casa hecha unas Pascuas!».

Tío Lorenzo detuvo el frenético ir y venir de las domésticas y les ordenó que me acompañaran a mi recámara y ayudaran a instalarme. Más tarde, cuando busqué a mi tío en su despacho, Paloma, una de las mulatas, me informó que había salido sin decir adonde. Regresó tarde, cuando yo me encontraba en la cama. A la mañana siguiente, desayuné sola pues tío Lorenzo había partido muy temprano. Me alcanzaron el periódico “El Narrador”, que yo conocía pues Ricabarra solía llevárselo a Mariano, y, mientras volteaba las páginas con indolencia, sonó la aldaba de la puerta principal. Ni Paloma ni Toribia se apersonaron para abrir; la casa se hallaba sumergida en un silencio sepulcral. La aldaba volvió a resonar. Aunque me levanté deprisa y caminé hasta el vestíbulo con decisión, vacilé frente a la puerta, temerosa del mundo de afuera y de la gente. Corrí el cerrojo y tiré del picaporte. María Pancha abrió grandes los ojos y separó apenas los labios. A mí la sorpresa me dejó muda y contemplativa. Estiré las manos que de inmediato se entrelazaron con las morenas y delgadas de ella, y terminamos llorando y barbotando incoherencias en un abrazo.

María Pancha no había cambiado un ápice y, sin embargo, lucía distinta; cierto aplomo en las facciones le confería el aspecto de una mujer adulta cuando en realidad tenía mi misma edad, veinticinco años. Una evidente melancolía en la mirada había tomado el lugar de la picardía y vitalidad de sus ojos cuando nos escondíamos en el sótano del convento para preparar

pomada de tío Tito o cuando leíamos “Les mille et une nuits” en casa de tía Carolita con mi prima Magdalena. Siempre me había atraído su figura de diosa pagana, con los pechos turgentes y las caderas torneadas, ahora sus pechos parecían más turgentes y sus caderas más torneadas, el cuerpo de María Pancha proclamaba a gritos su condición de hembra apasionada y carnal, si bien el porte de princesa hotentota seguía confiriéndole la dignidad de una aristócrata europea. Si cierro los ojos, todavía la veo caminando con garbo, el mentón ligeramente levantado, los brazos firmes sobre la canasta y el paso circunspecto de una señora que inspira respeto.

María Pancha había llamado a la puerta de la casa de tío Lorenzo con la intención de quedarse. La ayudé a cargar sus petates y le indiqué la habitación contigua a la mía. «El señor Pardo fue anoche a casa del general para avisarnos que acababa de llegar a la ciudad y que tú estabas con él», expresó mi fiel amiga. La alegría se me diluyó en un mohín, y la incomodidad y el miedo me envolvieron como una ráfaga de viento frío. No hablaría de Escalante ni preguntaría por él, tampoco pensaría que debía enfrentarlo. Blanca Montes había muerto, la habían enterrado en algún sitio perdido de la Pampa con una cruz de espinillo como único epitafio. «El general no está en Córdoba», anunció María Pancha con el propósito de tranquilizarme. «Está en la estancia, en Ascochmga». «Bien, – me dije, que se quede en Ascochmga y ojalá que no aparezca por aquí hasta tanto tío Lorenzo haya resuelto sus negocios y hayamos marchado a Buenos Aires».

No estaba preparada para hablar, ni del día que nos atacaron los indios, ni de la suerte que corrí yo, ni de la que corrieron ellos María Pancha lo comprendió sin necesidad de palabras y durante algún tiempo nos comportamos como si aquel lapso de cuatro años no hubiera existido. Tío Lorenzo acogió a María Pancha y le brindó el mismo trato que a mí, se había dado cuenta de que, si bien negra, poseía la educación y la inteligencia de las que carecían muchas niñas de sociedad. Además, como mis deseos y veleidades eran órdenes, María Pancha habría pasado a formar parte de nuestra reducida familia sin el menor pleito o resistencia aunque hubiese sido dura de entendederas como una mula y vulgar como una vendedora ambulante. Tan culpable se sentía el pobre tío Lorenzo. Incluso, en una muestra de cariño y entrega, mandó redactar con el doctor

Cámara, el notario más reconocido de Córdoba, un nuevo testamento donde me declaraba heredera universal de su fortuna.

Córdoba es una ciudad opresiva por lo retrógrada. Su gente se aferra a las tradiciones con tenacidad. No debe sorprender, entonces, que en mayo del año 10 los cordobeses hubieran combatido las ideas revolucionarias e independentistas que nacieron entre los porteños, no debe sorprender tampoco que odien a los porteños, sentimiento que tiene que ver más con la envidia, que con razones de índole política o ideológica. Son orgullosos, llaman a su ciudad “La Docta”. La sociedad cordobesa es conservadora a extremos impensables. Se nota de inmediato en el atuendo de las mujeres, que llevan vestidos cerrados hasta el cuello y de tonalidades que no varían de los grises, marrones y negro, y que contrasta con la osadía de las porteños, que copian sus modelos de los que están de moda en París. Se nota también en el fervor religioso, que rige las vidas y se considera superior a cualquier ley. Hay carencia de librerías y exceso de conventos; escasez de espectáculos y abundancia de festejos de santos. Por fin, falta de sensatez y abuso de fanatismo. Y, aunque se dicen muy católicos, el chisme y la calumnia están a la orden del día.

Mi nombre empezó a resonar en los salones cordobeses y, cuando Paloma o Toribia venían con algún cuento, me pasmaban las leyendas que se tejían en torno a mi persona. Algunos afirmaban que yo no era la verdadera Blanca Montes sino una impostora; otros me acusaban de hereje porque no comulgaba en misa; no faltaban quienes aseguraban que me había fugado con un hombre y que ahora, arrepentida, bregaba por el perdón del general Escalante; en medio de tantas mentiras, la verdad asomaba sin mayor fuerza que las calumnias. Lo cierto era que las matronas y los caballeros me lanzaban vistazos ominosos que habrían perturbado al propio Mariano. Creo que si hubiese sido María Magdalena, la pecadora, y ellos hubieran tenido piedras a mano, me habrían lapidado sin más. Comencé por evitar la calle y cambié la misa de la Catedral, tan concurrida como la de San Ignacio en Buenos Aires, para frecuentar la de seis y media en la iglesia de la Compañía de Jesús, a pocas cuadras de lo de tío Lorenzo.

Luego de un mes, empezaba a impacientarme; mi confinamiento se tornaba insoportable y saberme el centro de la comidilla de los cordobeses me

ponía de malas. Para colmo, tío Lorenzo había viajado a Río Tercero para cerrar un negocio de compra de mulas y la estadía en Córdoba se dilataba. Las jornadas transcurrían monótonamente. Le había escrito a tía Carolita y a Magdalena, y aguardaba la respuesta con impaciencia. Junto a María Pancha, leíamos los periódicos y los libros de la raleada biblioteca de mi tío, y, apelando a nuestra memoria, nos dedicábamos a rescribir las fórmulas de las pócimas de tío Tito, cuyos mamotretos y vademécumes habían quedado para siempre en Tierra Adentro. El tedio y la ansiedad se convertían en mis peores compañeros, y la melancolía y la amargura retornaban. No pasaba un día sin lagrimas, cuando las imágenes de Mariano y de Nahueltruz se me aparecían de improviso y con una pertinacia que no me daba respiro. Los veía entre las plantas del jardín, montados a caballo o bañándose en la laguna de Leuvucó, riendo en el interior del toldo o conversando en araucano acerca del Mapú-Cahuelo, o País de los Caballos, el Val hala de los guerreros ranqueles. Terminé por aceptar esos recuerdos, tratar de espantarlos me desgarraba inútilmente. Siempre estarían ahí, nunca me abandonarían.

Una tarde, tío Lorenzo me mandó llamar con Paloma. Pocos días atrás había regresado de Río Tercero con el gesto más saturnino que de costumbre; apenas esbozaba dos palabras durante las comidas, se encerraba la mayor parte del tiempo en su despacho y no parecía muy dedicado a finiquitar la venta de la casa. «Seguramente la compra de las mulas se frustró», barrunté. María Pancha terminó de trenzarme el cabello, me colocó el chal sobre los hombros y me encaminé al estudio.

Allí me topé con Escalante. Me detuve en seco y no aventuré a dar un paso más allá de la puerta, consciente de que la sangre me abandonaba el rostro y que un sudor frío me corría bajo los brazos. Él me contemplaba fijamente con esa mirada de militar duro e implacable que parecía haberme hechizado porque no acertaba a apartar mis ojos de los de él ni a correr al interior de la casa. En medio de la agitación, pude apreciar que el general Escalante conservaba la elegancia y la apostura que atraían y amilanaban. Como de costumbre, vestía impecablemente y, aunque se le notaba el padecimiento en las marcas más acentuadas de la frente y del entrecejo, y en las sienes encanecidas, su rostro no había sufrido grandes alteraciones. Cavilé, avergonzada, que él a mí debía de encontrarme increíblemente

cambiada; quizá hasta advirtiera que, de algún modo, se me habían endurecido los rasgos, oscurecido la piel y ensanchado las caderas.

«Blanca...», lo escuché decir, y noté que la voz no le salió tan imperiosa como recordaba. Abandoné el estudio de tío Lorenzo a la carrera hasta alcanzar el refugio de mi dormitorio, donde me eché a llorar en la cama. ¿Por qué lloraba? ¿Por miedo? ¿Por tristeza? Me costaba aceptarlo, pero me había dado lástima el general; su “Blanca”, apenas un susurro tímido tan poco característico en él, me había conmocionado íntimamente. María Pancha, que ya sabía por Paloma quién me aguardaba en el estudio, entró en el dormitorio y se sentó al borde de la cama. «Al principio, – dijo-, el general Escalante se encerraba en su habitación o en el estudio, y lloraba con tu retrato; ¿te acuerdas, el que le hizo pintar a Pueyrredón?; sí, lloraba con tu retrato sobre el pecho.»

Tío Lorenzo no nos molestó el resto de la tarde y, a la hora de la cena, mandó una bandeja con comida que Toribia dejó sobre el tocador sin decir palabra. María Pancha se sirvió un poco de vino, me alcanzó una copa y retomó su historia, la que había comenzado la mañana en que ella y las carretas dejaron “El Pino” en dirección a Córdoba. «Gaspar, el carretero, me había tomado cariño. Me enseñó muchas cosas que luego me resultaron de utilidad. He sido una negra afortunada, siempre he tenido quien quisiera enseñarme: primero mi madre en el convento, luego tú, y Gaspar también, que me explicó lo de los puntos cardinales, para dónde quedaba Córdoba, para dónde Buenos Aires, a entender el viento y las nubes y a encender un fuego sin contar con un yesquero. En fin, Gaspar conocía como pocos el campo y por eso se dio cuenta de que algo raro ocurría. No pasó mucho hasta que comprendió que se trataba de un malón. Junto al otro carretero y a los postillones, aprestaron las armas y se atrincheraron detrás de las carretas para hacerles frente. A mí me obligaron a esconderme en un arbusto espeso. Recuerdo los alaridos feroces que pegaban esos salvajes; se me puso la piel de gallina y, aunque me tapaba los oídos, el sonido me alcanzaba. Escuchaba también el zumbido de las balas y de las boleadoras. Me hice tan pequeña como pude, me llevé las manos a los oídos, apreté los ojos y, por primera vez en mi vida, le recé a Dios con sentimiento. Así estuve no sé cuánto. Mucho rato después, cuando me animé a asomarme, toda entumecida, me di cuenta de que el ataque había acabado, y muy a lo

lejos vi una mancha que supuse era el grupo de salvajes que se alejaba con los bueyes y las carretas; Gaspar y los demás habían caído cautivos, porque no los encontré por ningún lado. Como ustedes venían detrás de nosotros, deshicé el camino en dirección a “El Pino”. Horas más tarde, cuando el sol se ponía, divisé la volanta y enseguida me di cuenta de que ustedes habían sufrido la misma suerte. El mayoral y el postillón estaban muertos; Escalante, aunque mal herido en el brazo y en la cabeza por un golpe de boleadoras, estaba vivo, incluso conciente. Curé y vendé al general lo mejor que pude y pasamos la noche dentro de la volanta. A la mañana siguiente, el general tenía fiebre y se hallaba muy débil por la pérdida de sangre; de todos modos, dispuso que marchásemos hacia “El Pino”. Es un hombre fuerte, el general. Regresamos a “El Pino” a pie porque los salvajes se habían robado los caballos. No sufrimos hambre ni sed gracias a la canasta con provisiones que don Isasmendiz y Rosa del Carmen les habían obsequiado antes de partir. Fue una marcha lenta y penosa igualmente debido al mal estado del general y al calor atroz. Nos deteníamos con frecuencia para guarecernos bajo la sombra de algún arbusto y recobrar el ánimo. A veces el general se desvanecía y yo debía arrastrarlo hasta algún reparo que nos defendiera del sol. El general no hablaba; sólo me dijo que los indios te habían cautivado. “Para el resto, Blanca ha muerto”, me ordenó. El mismo don Isasmendiz nos escoltó con un grupo de peones hasta Córdoba y por él supimos que probablemente habían sido el indio Mariano Rosas y su tropilla los responsables del asalto, pero el general insistió en que no habían sido indios sino gauchos matreros y que tú estabas muerta».

María Pancha dejó la silla y se encaminó hacia la ventana donde permaneció en silenciosa contemplación. Al volverse, tenía los ojos arrasados y el gesto deformado en una mueca de ira reprimida. «¡Maldito salvaje, maldito Mariano Rosas!», prorrumpió, sus palabras como un látigo que azotaron el aire. «¡Lo maldigo, a él y a su descendencia! ¡Ojala ardan en el infierno!». Descargó los puños sobre el marco de la ventana y gritó de rabia. Corrí junto a ella y la aferré por las muñecas. «¡No, no!, – imploré, desesperada-. ¡No maldigas a mi hijo ni al hombre que tanto amé!».

Fue una larga noche de confesiones y lágrimas. Cerca de la madrugada,

me sentí aliviada, con una ligereza en el alma que no experimentaba desde hacía mucho tiempo. Antes de retirarse a su dormitorio, María Pancha, con esa honestidad tan propia de ella, me previno: «Siempre odiaré el recuerdo de ese indio que te apartó de nuestro lado y que te hizo sufrir».

Dormí hasta las primeras horas de la tarde, un sueño profundo y sin resquicios por donde se filtrasen las pesadillas y los fantasmas que me habían acechado últimamente. Me desperté renovada. Salté de la cama y abrí la ventana de par en par. Me bañé, me vestí y comí de buen ánimo. Me presenté en el despacho de tío Lorenzo y le pedí dinero para hacer compras con María Pancha. Mi guardarropas era menos que impropio; sólo contaba con algunas prendas de algodón y un par de botines de cordobán que Generosa Javier había comprado por cuenta de mi tío en Río Cuarto. No podía presentarme en Buenos Aires, menos aún viajar a Europa, tan mal vestida. Las tiendas de Córdoba dejaban que desear y, aunque tío Lorenzo había sido más que generoso, sólo cortaríamos vestidos elegantes de los paños que conseguimos porque María Pancha era hábil con la aguja. No pasaban desapercibidas las miradas, algunas curiosas, otras siniestras, que nos echaban las mujeres en las tiendas y por la calle; todas conocían a María Pancha como la esclava que había salvado al general Escalante luego del ataque de los matreros, y no necesitaban ser inteligentes para colegir que aquella forastera que la acompañaba era la que se decía Blanca Montes.

De regreso en casa de tío Lorenzo, nos encontramos con Escalante. Al verme, se puso de pie de un salto. La sonrisa se me borró de los labios; el día ya no me parecía tan brillante ni el paseo tan atractivo. Coloqué mis paquetes sobre los de María Pancha y le pedí que los llevara a la recámara. La vacilación de tío Lorenzo dejaba entrever que se sentía culpable por haber violado un pacto tácito dejando entrar a Escalante otra vez en su casa. Asimismo, comprendí que no podía rehuir eternamente a ese hombre que había sido mi esposo: debía enfrentarlo, y ese momento parecía propicio. Le pedí a tío Lorenzo que nos dejara a solas y tomé asiento; Escalante hizo lo mismo.

Increíblemente segura, esperé a que el general hablase; yo no tenía nada que decir. «Tu tío viajó hace poco a Ascochinga para avisarme que te había

rescatado», explicó el general, y los colores me subieron al rostro al caer en la cuenta de que el mentado viaje a Río Tercero para comprar mulas, en realidad había sido uno a Ascochinga para vender a su sobrina. Principalmente me molestaba que Escalante creyera que yo había propiciado esa visita y que bregaba por un acercamiento. Bastante mordaz, expresé: «Sinceramente no creo, general, que se haya enterado de mi llegada a Córdoba gracias a la visita de tío Lorenzo a su estancia», y lo contemplé de hito en hito, desafiándolo. «Si algo he aprendido de esta bendita ciudad suya es que las noticias viajan en volandas», añadí, y noté que el general reprimía una mueca divertida. «Es cierto, – admitió-, lo supe pocos días después, dos días después, para ser preciso; mi hermana Selma envió un chasque a Ascochinga con la noticia», explicó con bastante fluidez, luego pareció apagarse. Lucía agobiado y cansado; había apoyado un codo sobre la pierna y con la mano se sostenía la cabeza. Yo, por mi parte, me empecinaba en el silencio. ¿Qué sabría este hombre acerca de mí y de Mariano Rosas? ¿Sabría de Nahueltruz? En caso de que Escalante se hallara en desconocimiento de estos hechos, por cierto, no sería yo la que echaría luz sobre ellos.

«Fue muy duro para mí aceptar que te habían arrebatado de mis manos», confesó Escalante. «Me sentí un inútil, poco hombre. Había permitido que un puñado de salvajes te apartaran de mí, no había sido capaz de protegerte y preservarte, a ti, lo más importante de mi vida». Se calló, evidentemente avergonzado por eso de “lo más importante de mi vida”, remiso como era a revelar sus sentimientos. «Para usted yo he muerto, general», expresé con rencor, y me guardé de ventilar otros sudarios, como que había tratado de matarme. «Supongo que mi aparición en esta ciudad le resulta sumamente inconveniente después que aseguré que yo estaba muerta y sepultada. No obstante, le suplico que no se aflija: algunos piensan que ni siquiera soy Blanca Montes sino una impostora. Partiré pronto a Buenos Aires y luego a Europa y, como siempre, las murmuraciones y habladurías se irán acallando hasta ser olvidadas por completo». El general Escalante bajó la vista, herido por la acritud de mis palabras. Aunque en contra de mi voluntad, volví a experimentar lástima por él. «Has cambiado, Blanca», aseguró con timidez. Me molestó el tono de reproche y la desilusión en su semblante; me molestó además que esa nueva mujer que era yo no le agradara. Confundida, le espeté que no

quedaba nada por decir. «Buenas tardes, general», y me evadí hacia el corredor, pero Escalante me aferró por la muñeca y me apretó contra su pecho. «¡No te irás!», ordenó en un susurro sobre mi sien, y más para sí, preguntó: «¿Qué haré contigo ahora, Blanca?». Traté de zafarme. Él volvió a sujetarme cerca de su cuerpo, al tiempo que expresaba con firmeza: «No volveré a perderte, aunque tenga que luchar contra ti, contra tu resentimiento y contra mí mismo. Y créeme, Blanca, esta vez no perderé la batalla». Escalante intentó besarme, pero yo aparté el rostro. Mi rechazo no lo molestó; por el contrario, le centelleaban los ojos con seguridad y decisión. «Volveré mañana», informó imperativamente, y yo, con menos ínfulas que al principio, le dejé en claro que, mientras contara con la anuencia del señor Lorenzo Pardo, podía hacer como gustara. «Esta no es mi casa sino de mi tío», rematé con sarcasmo, y abandoné la sala.

Esa noche, concluida la cena, pedí unas palabras a tío Lorenzo, que me indicó el despacho. «¿Por qué fue a ver al general Escalante a Ascochinga?», solté sin preámbulos. Tío Lorenzo terminó de acomodarse en su butaca detrás del escritorio y meditó sin apremios antes de manifestarme sus dudas y desvelos. «Lamento no haber sido sincero contigo y haberte expuesto mis planes. Te pido perdón». Como yo no le contestaba, prosiguió con embarazo: «Después del rescate, pensé que lo mejor sería alejarte de aquí, protegerte de la inquina de la gente, de los chismes que te lastimarían. Por eso te propuse un largo viaje a Europa. Con el paso de los días, mis reflexiones me llevaron por otros derroteros y terminé por aceptar que no podemos escapar de la verdad. Ciertamente, podríamos alejarnos y vivir como reyes en la ciudad europea que tú eligieras. Y luego, ¿qué? ¿Serías capaz de recomenzar una vida cuando dejaste aquí lazos indisolubles? ¡Eres tan joven!», exclamó, y se puso de pie. «Y tan hermosa. No pasaría mucho hasta que algún hombre te pidiera en matrimonio, algo que no podrías aceptar sin cometer el delito de bigamia. ¿Cómo puedo conducirte y condenarte a un destino tan azaroso después de todo lo que has padecido? Por eso creí que lo mejor sería tratar de recomponer las cosas con José Vicente. Te confieso que, en Ascochinga, lo encontré firme en la decisión de no volver a verte. ¡No lo juzgues!», agregó de prisa al notar mi fastidio. «Cualquier hombre en la posición de Escalante habría reaccionado igual, yo mismo, incluso. Por eso te pido que no lo juzgues. Dejé Ascochinga con las esperanzas deshechas, pues José

Vicente me aseguró que no volvería contigo. Ayer, sin embargo, se presentó y me dijo que deseaba verte. No me hallaba en posición de hacerme el ofendido y por eso propicié el encuentro. Él es tu esposo, querida». La declaración de tío Lorenzo me pasmó por lo sensata e irrefutable. Aterida por mi dolor, desesperanzada y resentida, no había osado pensar en el futuro; sin embargo, el futuro existía y debía enfrentarlo con juicio. «No actúes desde el miedo y el rencor», me aconsejó tío Lorenzo.

A la mañana siguiente, Paloma anunció que el padre Marcos Donatti me aguardaba en la sala. María Pancha, que acomodaba los moldes del vestido sobre la pieza de brocado, soltó las tijeras y los alfileres y caminó a trancos por el corredor. La encontré de rodillas frente al sacerdote en el acto de besarle los cordones. «Padre, – dijo María Pancha, y se puso de pie-, ella es Blanca Montes. Blanca, – expresó a su vez-, el padre Marcos es un gran amigo del general».

De Marcos Donatti me sorprendieron su luminosidad y alegría, la juventud y benevolencia de sus facciones y, con el tiempo, su infinita predisposición para amar y justificar a sus semejantes. El hábito de franciscano era el único indicio de su sacerdocio; por lo demás, se trataba de un hombre secular, abierto, amigable y tolerante. «José Vicente me ha hablado tanto de usted que no pude refrenar mis deseos de conocerla. Espero no haber llegado en mal momento». La desenvoltura y frescura de sus modales me despojaron de la incomodidad y le pedí que tomara asiento. María Pancha marchó a la cocina a preparar chocolate caliente, la debilidad del padre Marcos. Desde ese día, cada vez que visitaba lo de tío Lorenzo (casi a diario, por cierto) Marcos Donatti lo hacía con la excusa del chocolate de María Pancha, que ninguno era tan sabroso, espeso y aromático como el de ella. Yo sabía, sin embargo, que Marcos venía por mí. Porque Escalante se lo había pedido. Me pregunto cuánto habrá tenido que ver Marcos Donatti con el repentino cambio de parecer del general, cuando en Ascochinga se había mostrado intransigente con tío Lorenzo.

El general Escalante era otro hombre cuando el padre Marcos se hallaba presente. A veces cenaban en casa de tío Lorenzo y me agradaba verlos conversar; porque Marcos no le temía al general y le importaba bien poco exponerlo y reírse de sus defectos. Escalante, por su parte, lo dejaba hacer

con la paciencia y benevolencia de quien deja jugar a un cachorro con los cordones del zapato. El entrecejo de José Vicente se relajaba, una sonrisa complaciente le embellecía el rostro y una soltura que no mostraba en otras ocasiones ni frente a otras personas me hacía sentir a gusto. El padre Marcos Donatti me enseñó a un general Escalante que no conocía.

Admití que la situación tomaba visos ridículos: Escalante comparecía a diario en lo de tío Lorenzo como si cortejase a una doncella con la anuencia del padre. Me decía que el general pronto perdería la paciencia y me exigiría que me mudara a su casa. La idea me aterraba. El resto, en cambio, parecía animado con la perspectiva del matrimonio Escalante otra vez bajo el mismo techo, incluso tía Carolita, que llegó a Córdoba a principios del invierno acompañada de tío Jean-Émile, de mi prima Magdalena y de la vieja Alcira. De acuerdo con la manera en que operan en mí las sorpresas, me quedé muda y quieta al ver al grupo de viajeros en medio de la sala de tío Lorenzo. Ni siquiera habían enviado un chasque para anunciar su llegada; se habían presentado así, sin aviso. Superada la primera impresión, me arrojé a los brazos abiertos de mi tía y nos desahogamos a coro. Ella, entre suspiros, repetía: «Me dijeron que habías muerto, me dijeron que habías muerto». Siguió Alcira, con su cuerpo empequeñecido y su espalda encorvada, sus ojos de arco senil y su boca sin dientes; con voz trémula me aseguró que siempre había sabido que yo no había muerto durante el ataque de los matreros. «Ahora le puedo pedir al Señor que me lleve junto a Él ya que he vuelto a verte». Tío Jean-Émile se mostró tan afectuoso como de costumbre y Magdalena se aferró de mi brazo y no se separó de mí lo que duró la tarde.

Esa noche, tía Carolita se presentó en mi recámara. «No le haré reclamos al general por semejante embuste, por haberme hecho creer que Dios te había llevado», expresó con un rencor tan poco usual en su modo dulce y contemporizador. «Tu tío Jean-Émile cree que es la lógica reacción de un hombre orgulloso y viril, y que no debemos juzgarlo. No lo juzgaremos, entonces; después de todo, eso no complacería a Nuestro Señor Jesús, siempre tan predispuesto a perdonar. Pues bien, lo perdono de corazón», dijo, con la mano sobre el pecho. «Con todo, quiero que sepas que, de haber sabido la verdad, yo misma me habría internado en ese maldito desierto», afirmó, y yo abrí grandes los ojos pues era la primera vez que la

escuchaba maldecir.

Resultó fácil contarle a tía Carolita cuánto había querido a Nahueltruz, incluso al otro hijo, a ese al que nunca le conocería el rostro. Le expliqué lo que significaba Nahueltruz Guor en araucano; le dije que había tenido los ojos grises de los Laure y Luque y el pelo renegrado como el padre, y le enseñé el mechón que siempre llevaba conmigo en el guardapelo de la abuela Pilarita; le referí también que había sido listo y observador, dulce y cariñoso, que los caballos y su perro Gutiérrez habían sido su pasión, que nadaba como un pez, y que, a pesar de sus apenas cuatro años, había aprendido a escribir su nombre y las palabras mamá y papá. «¿Y el padre?», inquirió tía Carolita, con la mansedumbre y la naturalidad de quien pregunta por el tiempo. Le conté entonces de Mariano, de cuánto lo había odiado y de cuánto lo había amado; le mencioné sus ojos azules de pestañas espesas, su cuerpo macizo y sus piernas estevadas; su carácter a veces atrabiliario, otras dulce y complaciente; su maestría sobre el caballo y lo orgullosa que me había sentido al verlo enseñar a su gente a trabajar la tierra y a criar ganado; le hablé también de sus años en “El Pino” y de su relación con don Juan Manuel de Rosas, aunque me cuidé de mencionar que era su padre. Resultaba fácil hablar con tía Carolita, una mujer que no acostumbra a condenar ni prejuizar.

«Mañana pediremos una misa por las almas de tus hijos y por la de ese hombre», concluyó mi tía, y yo le confesé que me angustiaba la idea de que Nahueltruz hubiese muerto sin haber recibido el bautismo. «No te angusties, querida», me reconfortó tía Carolita, «Dios es demasiado bueno y justo para permitir que tu angelito flote en el limbo por no haber sido bautizado. Me gusta imaginar que hace tiempo que está con Él y que es nuestro embajador».

Pero tía Carolita no se había presentado esa noche en mi recámara sólo para referirse al pasado sino para abordar el rispido tema del futuro. «Eres una muchacha tan valiente, Blanca», dijo, a modo de introito. «Me siento orgullosa de ti. Has debido de padecer entre aquellas gentes, lo sé; y sé que tendrás que hacerlo entre éstas. Mañana también pediremos una misa por ti, para que el Señor te dé fuerzas y sabiduría». Enseguida fue al grano: debía regresar con Escalante, y la razón era sólo una: él era mi esposo. Al

igual que tío Lorenzo, tía Carolita parecía soslayar los cuatro años de separación y que yo había pertenecido a otro, incluso, que había parido un hijo de ese hombre. «Dadas las circunstancias, es lo mejor para ti», aclaró de inmediato al percibir mi recelo. «¿Qué será de tu vida si decides apartarte para siempre de él? Estarás condenada a la soledad hasta tanto él muera, y, créeme, ese hombre es un roble, vivirá muchos años. El general Escalante está dispuesto a echar un manto oscuro sobre los incidentes que los alejaron, tú debes hacer lo propio». Era cierto: Escalante parecía dispuesto a olvidar, jamás me preguntaba por la suerte que había corrido entre los indios. Yo, por mi parte, debía perdonarle que hubiese intentado matarme, los engaños que vinieron después y su primer rechazo. Esa noche, no pegué un ojo, con José Vicente Escalante permanentemente en la cabeza.

Al día siguiente, Paloma me indicó que el general me aguardaba en el despacho. Llamé a la puerta con mano desfallecida porque, como de costumbre, temía enfrentarlo. «Adelante», tronó su voz, y yo deseé que no lo hubiera hecho con tanta seguridad y estruendo. Lo cierto es que, cuando puse un pie dentro del despacho y los ojos del general Escalante me traspasaron, supe que el resultado de la batalla ya estaba definido: la había ganado él, como me lo había anticipado poco tiempo atrás.

«Acabo de hablar con tus tíos Lorenzo, Carolina y Jean-Émile», empezó Escalante, y me señaló una silla; él permaneció de pie. «Acuerdan conmigo que lo mejor es que te mudes a mi casa y que recomencemos nuestras vidas como si nada hubiese acontecido», explicó, mientras se servía una copa. Lo vi moverse con confianza y servirse el trago con manos firmes, y me pregunté por qué le temía, por qué su presencia invariablemente me amilanaba. Por cierto, jamás había sido violento conmigo; severo y autoritario, sí, iracundo en ocasiones, pero no violento. «¿Como si nada hubiese acontecido?», pensé en voz alta, y proseguí, envalentonada ante la mirada de desconcierto del general: «Usted dijo que yo había muerto. ¿Qué dirá la gente ahora?». El general Escalante se aproximó a mi silla y me echó un vistazo condescendiente, como el que un adulto le dispensa a un niño asustado por una nimiedad. «¿Cuando me ha importado lo que dice la gente?», retrucó, y no se justificó por la mentira acerca de mi muerte; en ese aspecto, o no tenía remordimientos o no se hallaba dispuesto a

responder.

Debía regresar al lado de mi esposo. Tío Lorenzo tenía razón: no escaparía a la verdad por más lejos que me fuera y por mejor que me escondiera; el sacramento del matrimonio me unía a ese hombre, un lazo demasiado fuerte para ocultarlo con mentiras. Esa noche, mientras mi prima Magdalena y María Pancha me ayudaban a acomodar la ropa en un baúl, las noté inusualmente calladas y tristes. Yo también me hallaba triste y confundida, porque nunca como ese día había cuestionado los designios de Dios. Estaba enojada con Él. ¿Por qué me había puesto en manos de Mariano Rosas para luego devolverme a las de Escalante? ¿Por qué darme un hijo y luego arrebatármelo tan dolorosamente que, por momentos, parecía que la pena acabaría conmigo? ¿Por qué me trataba como si mi índole fuera de piedra cuando en realidad yo era vulnerable? Me senté en el borde de la cama, me cubrí el rostro con las manos y, sollozando, expresé mis dudas y cuestionamientos en voz alta. María Pancha y Magdalena se arrojaron a mis pies y me abrazaron. «Yo nunca me hago ese tipo de preguntas; no tienen sentido», me confió María Pancha. «¡Cuánto te ama el general Escalante, Blanca!», suspiró Magdalena. «¿Qué otro hombre te habría aceptado luego de que vivieras entre salvajes?», se preguntó. Sus ojos grandes y expectantes aguardaban una respuesta que no le daría. ¡En qué hermosa mujer se había convertido Magdalena Montes! Sin duda, la más hermosa que yo conocía, con sus bucles de oro, sus ojos grises de pestañas renegridas y sus facciones de muñeca. Magdalena seguía profundamente enamorada del general Escalante. Su amor incondicional por mi esposo no me había provocado celos en el pasado, tampoco en ese momento en que expresaba sus sentimientos tan sincera y espontáneamente como siempre.



CAPÍTULO XVIII.

Dos guardapelos de alpaca

Las previsiones de Nahueltruz resultaron acertadas los soldados del Fuerte Sarmiento cometieron toda clase de desmanes en la pulpería de doña Sabrina, que se quejaba y maldecía mientras recogía pedazos de sillas rotas, jarros aplastados, botellas partidas y mientras limpiaba vómitos, orín, aguardiente y manchas de sangre de las incontables trifulcas que se habían armado. Le llevaría al menos un día recomponer el boliche y varias semanas juntar el dinero para reponer lo estropeado. Le pediría al coronel Racedo que se hiciera cargo del costo de las sillas. Aunque ya sabía ella que clase de malandrín era ese Racedo, que había cometido más excesos que los propios soldados para terminar ebrio en la cama de su sobrina.

Al entornar la puerta de la pulpería, usualmente abierta de par en par, y apreciar el desquicio, Laura no pudo refrenarse y exclamó:

—¡Y después tienen el descaro de llamar salvajes a los indios!

—Un malón no habría hecho tanto daño, querida -coincidió doña Sabrina- No se preocupe que a su habitación no entraron, ¡estos discípulos de Mandinga! Me avivé y le eché llave a tiempo -aclaró, mientras la sacaba del bolsillo y se la extendía a Laura.

—Debería quejarse con el coronel Racedo -interpuso la muchacha, mientras ayudaba a la pulpera a colocar una mesa sobre sus patas.

—¡Ja! ¡Bonito ejemplo, ese coronel Racedo! Él es tan responsable de esta batahola como los soldados.

Laura marchó a su habitación cavilando en lo acertado de la advertencia de

Nahueltruz del día anterior. En su cuarto corroboró que nada se hallaba fuera de lugar. Abrió la puertaventana y permitió que la brisa de la mañana arrastrara el aire viciado. Se prepararía nuevamente para otra noche con Nahueltruz; él le había prometido que la visitaría. Le pediría a Loretana que llenara la tina y le trajera abundante cena; la angustiaba pensar que Nahueltruz pasara hambre. Terminó de cambiarse y marchó hacia lo de don Panfilo, donde compraría velas aromatizadas con sándalo y sales con aroma a vetiver.

Al caer el atardecer, Nahueltruz dejó el rancho de la vieja Higinia y se encaminó al río para darse un baño. Consciente de que se los acusaba de sucios y malolientes, no quería que Laura pensase eso de él. Tenía hambre; se había cuidado de encender el fuego en el rancho para no llamar la atención de los guardias apostados en el mangrullo del Fuerte Sarmiento, por lo que se había limitado a tubérculos y frutos que apenas lo satisfacían; hacía rato que las tripas le aullaban. Se zambulló en las aguas del río Cuarto y buscó serenarse.

De regreso en el rancho, se ufano del trabajo hecho con la puerta, que ahora abría y cerraba a la perfección cuando el día anterior casi se salía de sus goznes. Reconocía que, no obstante la falta de una buena remozada, la casa de doña Higinia estaba bien construida; hasta puerta y ventana tenía, elementos desconocidos en las viviendas de los gauchos, que se sirven de un pedazo de tela como único límite entre afuera y adentro. Se decía de Higinia que, en sus años mozos, había tenido un amante hábil como pocos en la construcción; según las habladurías, este hombre había sido oblato de los jesuitas de Santa Catalina, quienes le enseñaron el oficio. Verdad o no lo del amante de Higinia, lo cierto era que, pese a los años, el rancho seguía en pie.

La noche anterior, mientras el bullicio de la pulpería recorría las calles de la villa, Guor llamó a la puerta del negocio de Agustín Ricabarra; lo atendió el hijo, también Agustín, que le fió lo necesario para encarar las reparaciones del rancho, en especial herramientas, clavos y madera, que luego Ricabarra padre se encargaría de cobrar con ganado o semillas de Tierra Adentro. Se despidieron amistosamente, se conocían desde pequeños y se tenían aprecio. Nahueltruz sabía que Agustín hijo no lo traicionaría; la vida de su

padre sería el precio a pagar por semejante error. Además, las succulentas ganancias que obtenían comerciando con los ranqueles resultaban suficiente incentivo para mantener la boca cerrada.

Nahueltruz también había ajustado las patas desvencijadas de la mesa y construido un banquito rústico pero cómodo. Acarició la madera pulida de la mesa y se dijo que era un tonto por hacer tantos planes y arreglos. Sacudió la cabeza con desazón y chasqueó la lengua. Terminó de vestirse y salió a buscar a su caballo a pocas varas del rancho. Lo llamó con el característico silbido y el animal respondió trotando hasta él sin demora. Lo cinchó y montó. Enfilaron hacia el pueblo a paso quedo para hacer tiempo. Pasaría por lo de Javier primero, para preguntar por su hermano. En la habitación de Agustín se topó con la negra María Pancha, que, como de costumbre, no lo saludó; se limitó a la mirada displicente a la que lo tenía acostumbrado.

—Mi madre siempre me hablaba de usted -expresó Guor, en el afán de ganarse el cariño de la mejor amiga de Blanca Montes.

—Su madre siempre me hablaba de usted -remedó María Pancha, mientras calzaba las almohadas debajo de Agustín.

—Me alegra que nos hayamos encontrado aquí. Sé que mi madre la quiso mucho y yo siempre tuve deseos de conocerla.

—Señor Guor -empezó María Pancha, y Agustín, que la conocía del derecho y del revés, tuvo la certeza de que iba a decir algo que Guor no querría escuchar-. Pocos quisieron y admiraron a su madre como yo, téngalo por seguro. Usted es su hijo y por eso le permito estar aquí, con Agustín. Pero usted también es hijo de ese demonio que no quiero mencionar y por eso es que usted jamás tendrá ni mi cariño ni mi respeto.

María Pancha dio media vuelta y abandonó la habitación, dejando a Guor con la boca abierta.

—No le hagas caso -pidió Agustín-. Cuando llegue a conocerte te querrá tanto como a mí, que soy tan hijo de Blanca Montes como tú.

–Pero tu padre es un admirado y respetado general de la Nación; el mío, en cambio, es un indio odiado y despreciado.

–Sí, pero mi madre lo amó a él y no a mi padre -replicó Agustín con una amargura que dejó triste a Nahueltruz, con un sentimiento de culpa que, a pesar de no corresponderle, le pesaba en el alma.

–¿Cómo te sentiste hoy? – preguntó, sin ánimos para seguir la otra conversación.

–Mejor. Hace tres días que no tengo fiebre, lo que permite pensar en una convalecencia no muy lejana. Sin embargo, los ahogos y los dolores en el pecho aún me atormentan de día y de noche.

–Eso terminará por desaparecer también -dijo Guor-. Noto que, cuando hablas, lo haces sin agitarte ni cansarte tanto. Me alegro.

–Hoy llegaron al convento los papeles timbrados que envió el notario de San Luis -informó Agustín, y le extendió un sobre lacrado.

–¿Cuándo crees que podré contar con ese dinero que me ofreciste?

–Parecías tan indiferente a ese asunto, ¿qué sucede ahora que estás interesado?

–Nuevos planes en el horizonte -admitió Guor, y pensó que quizá sería justo confiarle que amaba a Laura y que quería hacerla su mujer ante Dios-. ¿Cuánto dinero es? – preguntó, acobardado de abordar la otra cuestión.

–No lo sé con exactitud. Bastante, supongo.

Entró María Pancha e informó que la visita se había extralimitado y que el padre necesitaba descansar.

–Buenas noches -dijo, mientras estrechaba la mano de Agustín.

Esa noche la pulpería no atendía al público. Si bien doña Sabrina y Loretana terminaron de recomponer el lugar hacia el atardecer, «habían quedado de cama», y, si no hubiese sido por la señorita Laura, doña Sabrina ni siquiera habría preparado la cena. La pulpería presentaba un aspecto desolador sin las bujías encendidas, los parroquianos y el bullicio.

Nahueltruz se deslizó por la puerta de atrás, la que daba al patio, y vio que la de Laura estaba entreabierta; la luz de un pabilo trepidante lanzaba destellos sobre la oscuridad del exterior. Avanzó furtivamente y entró en la habitación con sigilo, tanto que Laura no lo escuchó y siguió leyendo. Golpeó con suavidad sobre el marco. Laura dejó a un lado las *Memorias* y le salió al encuentro. Se abrazaron y, mientras Guor le deslizaba los labios por el cuello y le besaba el escote, ella le decía entrecortadamente que lo había echado de menos, que el día le había parecido una eternidad.

–Para mí también fue eterno este día -confesó él.

Le tomó el rostro con ambas manos y la contempló. Hacía pocos días que se conocían y, sin embargo, a él le parecía que la había amado la vida entera, que le había hecho el amor infinidad de veces, que la conocía plenamente, en cuerpo y alma.

–Te esperaba con la cena.

–¿Tú no comes? – se inquietó Guor, al ver sólo un plato.

–Comí en lo de Javier -mintió Laura.

Nahueltruz devoró el puchero y los choclos con fruición.

–Estaba famélico -admitió.

Laura salió un momento y regresó con un atado que apoyó sobre la mesa. Desató los nudos del repasador y sacó una hogaza de pan, un pedazo de queso, charque, choclos fríos y presas de pollo asadas.

–Lo tomé de la cocina de doña Sabrina -explicó-. Es para que lo lleves

adonde sea que estás pernoctando ahora. Me angustio pensando que pasas hambre.

–Tú eres lo único que necesito para satisfacerme -aseguró Guor, y una sonrisa lasciva le jugueteó en los labios. La arrastró hasta tenerla sobre las piernas.

–Te tengo una sorpresa -comentó Laura, entre risas, porque Nahueltruz la besaba detrás de las orejas y le hacía cosquillas.

Guor la dejó ir a regañadientes y, cuando Laura regresó con la cajita primorosamente empaquetada, volvió a ubicarla sobre sus rodillas. A pedido de ella, rompió el envoltorio y abrió la caja: se trataba de dos guardapelos de alpaca.

–Este es el tuyo -indicó Laura, y lo abrió-, con un mechón de mi cabello; quiero que siempre lo lleves contigo, ¿me lo prometes? – Guor se limitó a asentir-. Éste otro es para mí. – Laura tomó un par de tijeras y sujetó una guedeja de Guor-. ¿Puedo? – y Guor nuevamente asintió, Laura acomodó el mechón de Nahueltruz en su guardapelo y se lo colgó al cuello.

–Te amo tanto -suspiró ella, y le buscó los labios.

Abrumado de sorpresa y de amor, Guor no atinaba a expresar qué el también la amaba, ¡oh, Dios, cuánto la amaba!, que le parecía un sueño que ella le perteneciera, porque le pertenecía, ¿verdad que me perteneces, Laura? ¿que eres mía? ¿que nada ni nadie va a separarnos?

–Amor mío -musitaba ella, medio desfallecida sobre las rodillas de Guor porque sus manos ya estaban sobre ella.

–¿Me amas, Laura? – Quería escuchárselo decir otra vez, mil veces, quería que se lo repitiera hasta el cansancio, hasta que él estuviera seguro. Quería escuchárselo decir mientras un orgasmo le explotaba entre las piernas, y después de eso también. Quería escuchárselo decir siempre.

–Sí, sí -musitó ella.

Guor se puso de pie con Laura aferrada a su torso y la llevó a la cama. La desnudó; sólo el guardapelo le descansaba entre el valle de los senos. La miró mientras se desvestía, le acarició el cuerpo desnudo con los ojos. Se deshizo de la última prenda y se recostó a su lado, domeñando la necesidad de poseerla, pues quería enseñarle con caricias expertas que nadie la amaba más en este mundo. La colocó boca abajo y le apoyó suavemente los labios sobre la piel de la espalda para besarla cincuenta y dos veces, la suma de las edades de ambos. La recorrió desde la nuca hasta detrás de las rodillas; ahí le gustaba que la mordisqueara. Por fin, cuando la supo húmeda, tibia, lista, la poseyó, Laura se arqueó, y sus manos buscaron con precipitación los barrotes del respaldo de la cama. Nahueltruz sonrió complacido de que fuera una mujer dispuesta y generosa.

—¿Me amas? – le susurró al oído-. ¿Me amas? – repitió.

—Sí, te amo -acertó a decir ella en el instante en que una explosión sin ruido ni color, una explosión de sensaciones, se propagó por sus entrañas, le tensó las piernas, le subió por la espalda, le dejó la mente en blanco, la ocupó por completo.

Laura tenía preparada la tina para un baño compartido; le había pedido a Loretana que la llenara hasta la mitad con agua muy caliente; había esparcido las sales con aroma a vetiver y cubierto la tina con una frazada para mantener el calor. Cuando la retiró, el vapor despidió un perfume embriagador. Las velas con esencia de sándalo ardían sobre la mesa. Nahueltruz se deslizó dentro del agua tibia, complacido con aquel mundo femenino y refinado que, al mismo tiempo, lo hacía sentirse un poco torpe y fuera de lugar. Extendió los brazos a Laura, que, luego de recogerse el cabello en un rodete, se colocó entre sus piernas y le apoyó la espalda sobre el torso.

—Me gusta todo de ti -le confió Nahueltruz al oído-. Me gusta tu pelo y estos bucles pequeños que se te forman aquí, sobre la nuca. Me gusta tu nuca también, y la forma redondeada de tus hombros. Me enloquecen tus pechos -y le pasó las manos por debajo de las axilas para tocarlos-, porque son grandes y generosos, como los de una mujer que amamanta. Me gustan tus

piernas, en especial cuando me rodean la cintura, y tus asentaderas, porque son blancas y mullidas para morderlas. Me gusta tu boca -la tomó por la barbilla y la obligó a volverse un poco-, tu boca de labios llenos, y tus ojos tan negros, que hablan de tu índole apasionada y rebelde. Me gusta tu risa, porque es contagiosa, y me gusta que a veces seas tímida, porque yo sé que sólo entre mis brazos te vuelves osada y desvergonzada. Me gusta todo de ti, Laura. Me gusta tu nombre también.

–A mí también me gusta tu nombre -musitó ella-. Zorro Cazador de Tigres. Así te imagino en Tierra Adentro, cazando tigres.

–¿Qué significa tu nombre?

–Mi padre me dijo que significa “victoriosa”.

–¿Tu padre te eligió el nombre?

–Sí, me llamó Laura en honor de Laura de Noves, la mujer que amó Francesco Petrarca, su poeta favorito.

–Yo también tengo un nombre cristiano: Lorenzo Dionisio Rosas.

–¿Lorenzo Dionisio? ¿Como el hijo de tu tío abuelo Lorenzo Pardo?

–Veo que sigues leyendo las memorias de mi madre.

–No deberían haberte puesto ese nombre -se contrarió-. Tu primo Lorenzo Dionisio tuvo un final muy triste. Según Alcira, la criada de la abuela Pilarita, hay que tener cuidado al nombrar a los hijos, uno puede condenarlos con el nombre. Mi madre y mis tías son un claro ejemplo. Dolores, Soledad y Magdalena. Según Alcira, sólo podía esperarse de ellas penas, melancolía y lágrimas; y así ha sido, puedo asegurártelo. Para mí siempre vas a ser Nahueltruz Guor.

–¿Y qué hay con la tal Laura de Noves? – se interesó él, divertido con las disquisiciones de la muchacha-. ¿Fue una mujer feliz?

–No lo sé. Sólo sé que Francesco Petrarca la amó locamente y que se inspiró en ella para componer sus mejores poemas.

–¿Se casaron?

–Nunca. Ella tenía marido.

–En ese caso, el que lleva las de perder aquí soy yo -barruntó Guor.

El doctor Javier admitió finalmente que el padre Agustín se hallaba fuera de peligro, aunque insistía en que ningún cuidado resultaba suficiente para impedir la tan temida recaída. María Pancha y Laura atendían al enfermo con la devoción del primer día y continuaban tan estrictas como cuando tenía fiebre altísima y escupía sangre.

Nahueltruz se sentía a gusto en el rancho de la vieja Higinia que, si flotaba de noche vestida de negro, se cuidaba de despertarlo, porque luego de agotarse entre los brazos de Laura, dormía con la placidez de un recién nacido. Ya no cuestionaba si debía hacer planes o arreglar el rancho, si Laura era demasiado para él o si sufriría nuevamente por entregar su corazón. Vivía el momento con la vitalidad y el desparpajo de un muchacho atolondrado, sin reparar en el futuro ni en las desventajas de ser un indio perseguido por la milicia. Se negaba a ensombrecer con pensamientos odiosos la luz que lo rodeaba; se negaba a dudar de Laura, demasiado tiempo había perdido preguntándose si aquello era una locura, si debía proseguir. Proseguiría, sin importar las consecuencias. Laura lo amaba, le daba continuas pruebas de su amor; por ejemplo, cuando a diario le preparaba una canasta con comida que lograba llenar a fuerza de escamoteos de las cocinas de doña Sabrina y de doña Generosa. A María Pancha le pedía que preparara sus famosas rosquillas de anís y sus bocaditos de mazapán, que compartían en la cama cuando un hambre voraz los acometía después del amor. También le demostró que lo amaba cuando le compró camisas, camisetas y calcetines (prenda que él no acostumbraba a usar) en lo de Agustín Ricabarra y, toda nerviosa, explicó innecesariamente al tendero que eran para su hermano, el padre Agustín Escalante. Y por sobre todo le demostraba que se consideraba su mujer cuando lo esperaba

anhelante cada noche vistiendo sólo una bata fina de muselina y oliendo a rosas.



CAPÍTULO XIX.

La condena de Blanca Montes

A pedido de tía Carolita, tío Jean-Émile alquiló una casa cerca de la de Escalante, que quedaba frente al convento de San Francisco, donde vivía el padre Donatti. Con tía Carolita cerca de mí, tío Lorenzo decidió viajar a Lima, finiquitar sus asuntos en esa ciudad y regresar a Córdoba para quedarse; no lo veríamos en muchos meses, quizás en un año. Me dolió su partida, me había acostumbrado a su compañía, a su devoción y a su amor incondicional, aun cuando mis sentimientos por él se limitaban a una gran lástima y compasión; bien conocía yo el dolor con el que tío Lorenzo se despertaba cada mañana y con el que se iba a dormir cada anocheecer. La pena por la pérdida de un hijo y del ser amado sólo la comprende quien la ha padecido.

En casa de Escalante, le pedí a María Pancha que mandara a colocar mis pertenencias en una habitación distinta de la del general. Escalante se apersonó enseguida y cuestionó la decisión de los cuartos separados. «Al menos por un tiempo, José Vicente, – argüí-, hasta que me sienta cómoda nuevamente». Dejó la recámara refunfuñando. No obstante, a la hora de la cena, con Donatti a la mesa, se le pasó el mal humor y compartimos una velada agradable.

La primera noche en casa de mi esposo después de tanto tiempo, nos comportábamos como si aquellos cuatro años no hubiesen pasado; actuábamos, simulábamos, me asfixiaba la hipocresía. Quería levantarme y gritar. El padre Marcos y Escalante conversaban; yo me mantenía ajena, conciente de que ya no pertenecía a esa gente y que aquella situación era forzada e incómoda. Especialmente para mi cuñada, Selma Escalante, que perseveraba en una actitud hostil que ni siquiera se molestaba en disimular en presencia del franciscano, a quien, por otra parte, tildaba de

“demasiado permisivo y extravagante” y quien, por supuesto, no era su confesor.

En opinión de María Pancha, Selma Escalante disfraza una inmensa frustración con una devoción, casi rayana en la obsesión, por su hermano menor, su adorado José Vicente, a quien sirve y protege como a un príncipe heredero al trono. En este estado de situación, yo encarnaba a su peor enemiga; el hecho de que hubiese vivido entre salvajes y que, de seguro, me hubiese vuelto una de ellos constituía mi mayor falta, y no importaba si dicha convivencia había sido forzada o voluntaria. Selma estaba convencida de que ciertas mujeres poseen una propensión natural a la barbarie. Yo, por supuesto, me contaba entre ellas. En cierta ocasión la escuché comentar con una amiga: «Debe de haberlo disfrutado; se la ve muy entera y confiada; yo, luego de una experiencia diabólica como ésta, no habría regresado en una pieza». Que José Vicente me hubiese recogido en el seno de su hogar era una muestra de lo engatusadora que podía ser una mujer maliciosa y de lo estúpido que podía ser un hombre enamorado.

Selma era una cordobesa de pies a cabeza, con los fanatismos exacerbados por su condición de solterona mal avenida. Al igual que el resto de los amigos y conocidos de los Escalante, Selma no le perdonaba a José Vicente que, luego de tantos años de celibato, se hubiese decidido por una porteña. Sin dudas, para los cordobeses, los de Buenos Aires somos como para los abencerrajes los zegríes. «Si mi hermano José Vicente se hubiese casado con Griseldita, “aquello” jamás habría ocurrido», aseguró Selma a su mejor amiga, María Juana Allende Pinto, madre de Griseldita, y yo me pregunté si acaso mi cuñada tenía poderes de adivinación.

El general Escalante le tenía paciencia, que no se fundaba en cariño fraterno sino en un sentimiento de culpa: mientras él se empeñaba primero en sus luchas independentistas y, años más tarde, en sus periplos por Europa, Selma se había hecho cargo del padre enfermo y de los asuntos de la casa y del campo, con firmeza y eficacia; de regreso, Escalante se encontró con una hacienda que marchaba prósperamente. Aunque Selma se cuidaba de decir que había perdido los años de su juventud cuidando a su padre, siempre hallaba la manera de insinuarlo para atizar la lástima y culpa de su hermano menor. No creo que la falta de pretendientes haya sido

el motivo por el cual Selma no contrajo matrimonio; de joven fue una mujer atractiva; aún lo sigue siendo si uno soslaya la eterna mueca amarga en los labios. Me inclino a pensar que se trató de una decisión deliberada.

Esa primera noche, luego de la cena, anuncié que no compartiría el oporto y el café en la sala y, aduciendo dolor de cabeza, me despedí del padre Donatti y marché a mi habitación. De verás me latían las sienas y la comida me había caído como piedra en el estómago. Me dejé caer sobre la cama y María Pancha se ocupó de quitarme el vestido. Más a gusto en mi ropa de noche, bebí una infusión de camomila y quedé profundamente dormida. Me despertaron las caricias del general Escalante que se había deslizado bajo el cobertor completamente desnudo. Creí que me hallaba en el toldo y que las manos de Mariano se deshacían de mi camisón. Con los ojos cerrados, volteé, ávida de sus besos y palabras de amor. «Te sientes mejor, ¿verdad?». La voz del general me chocó en los oídos y me sacudió del ensueño con la fuerza de un terremoto. Asentí a duras penas, con los ojos bien cerrados; si los abría, las lágrimas delatarían mi desencanto. Sentí sus labios sobre los míos y sus manos enormes sobre mi cintura. Percibí también su anhelo incontenible a medida que los segundos pasaban y sus caricias y besos se tornaban exigentes. Debía permitirle hacer a su antojo, hasta que se saciase y me dejase tranquila. Él era mi esposo. Me vino a la mente Mariana, y un sentimiento de camaradería me ayudó a pasar el trago amargo; ella también amaba a otro hombre, de quien tenía un hijo, y, sin embargo, había aceptado con un fatalismo admirable al esposo que sus padres le habían impuesto; incluso había llegado a tenerle cariño y a respetarlo. Mariana y yo nos parecíamos, situaciones de la misma índole nos unían.

Los jadeos y gruñidos del general me llegaban como si proviniesen de la habitación contigua y nada tuviesen que ver conmigo. El recuerdo de Mariana derivó en la tarde que me invitó a su toldo, aquella primera tarde en que curé las llagas del hijo de Pulquinay. Me acordé también de la mañana en que rompí la fuente y horas más tarde nació Nahueltruz. ¡Qué pequeño y oscuro era! El pelo le cubría parte de la frente, tenía los puños apretados y los ojitos hinchados.

Un último gemido, largo y prolongado, y Escalante se derrumbó sobre mí,

exhausto, palpitante. Se levantó de la cama, se echó encima, la bata y abandonó la habitación.

Nunca me opuse al general ni en palabras ni en hechos y, a medida que pasaba el tiempo, su presencia no me resultaba tan sobrecogedora ni dominante; había aprendido a no prestar atención a sus órdenes vociferadas ni a sus exigencias ni a su carácter bilioso, y me encerraba, en mi fantasía construida de recuerdos felices. Su mueca imponente y autoritaria no me afectaba y hasta me animaba a sostenerle la mirada, algo que lo desconcertaba. La mayor parte del tiempo no le prestaba atención y evitaba conflictos entregándome a él cuantas veces lo deseara, dejándolo tomar y hacer de mí lo que quisiera. Nuestra relación era sin palabras; ni él conocía mi mundo ni yo el de él. Jamás hablamos del pasado ni nos hicimos reclamos. Escalante sabía cuándo dejarme a solas con mis cavilaciones tormentosas y yo cuándo desaparecer para no ser blanco de sus rabietas. Funcionábamos como un perfecto mecanismo de relojería, autómata, silencioso y preciso.

Mi único solaz lo constituían las visitas de tía Carolita y de Alcira y las cenas de los miércoles con el padre Marcos Donatti; mi prima Magdalena hacía tiempo que había regresado a Buenos Aires. Tía Carolita se pasaba las tardes bordando o tejiendo para el huerfanito de turno (siempre tenía algún protegido), mientras Alcira, demasiado ciega para esos menesteres, repetía historias de la familia de Abelardo Montes o contaba anécdotas nuevas que yo atesoraba. El padre Marcos se convirtió en mi confesor y se ganó mi confianza en poco tiempo; a diferencia de mi esposo, conocía mi mundo exhaustivamente y era un apoyo cuando la realidad me sofocaba. El patio del convento, con sus jacarandáes y sus poyos despintados, se volvió un lugar muy querido para mí.

Donatti había fundado un hogar para mujeres desvalidas. A pesar de que las circunstancias que acercaban a esas pobres a “La Casa de la Piedad” eran diversas, existía un común denominador entre ellas: la soledad. Había viudas, madres solteras, enfermas y ancianas, todas pobres, tristes y muy solas. La tarde en que Donatti nos pidió a tía Carolita y a mí que lo acompañásemos a “La Casa de la Piedad”, preparamos canastas con ropa, alimentos y utensilios para costura y tejido, medio de sustento de estas

mujeres. La casa quedaba en la zona Norte, cerca del ribazo del Primero, en los arrabales más pobres de la ciudad, que solían inundarse cuando caían dos gotas. Se trataba de una construcción barata y, aunque nueva, mal mantenida; pedía a gritos una mano de albayalde y tejas en el techo; tía Carolita ya comenzaba a planear colectas y quermeses. Junto a la puerta principal, había una hornacina con la estatua de la Virgen del Rosario, de quien son apasionadamente devotos los cordobeses, abarrotada de flores frescas y estampitas. Nos hicimos la señal de la cruz antes de llamar.

Allí vivían once mujeres y dos niños. Nos saludaron respetuosamente, con la normal deferencia de quien se sabe menos. A poco supe el motivo por el cual el padre Marcos me había llevado a “La Casa de la Piedad”; mientras tía Carolita y María Pancha repartían víveres, ropas, agujas, madejas de lana y carretes de hilo, Donatti me apartó para presentarme a María Mercedes Ibarzábal. «María Mercedes fue cautiva de los indios durante más de cinco años, Blanca», explicó el franciscano. «Le he hablado mucho de ti; estaba ansiosa por conocerle». En María Mercedes Ibarzábal hallé la solidaridad y la comprensión que no podían brindarme ni María Pancha ni tía Carolita. Las mismas experiencias y las mismas pérdidas nos unían. Sabíamos cómo consolarnos: resultaba suficiente que la otra escuchara con atención, sin recelos ni condenas, sin sorpresa ni crítica; éramos parte de la misma tragedia, nos animábamos a decir cualquier cosa sin temor al escándalo o al prejuicio. Con María Mercedes me sentía libre.

Solía llamar a la puerta de “La Casa de la Piedad” varias veces por semana, a la tarde. Las demás sabían que la señora Escalante venía a visitar exclusivamente a “la cautiva”, y nos dejaban a solas. «Me robaron los indios de Calfucurá un día que atacaron mi pueblo, Cruz Alta», me confió poco tiempo después de conocerla. «Chañil, el indio que me tomó, me llevó a vivir a su toldo, como sirvienta de sus dos mujeres. Su ñuqué me tenía celos y me trataba mal, especialmente cuando Chañil salía a maloquear o a bolear avestruces. El tiempo que Chañil estaba lejos del campamento se convertía en un infierno para mí». Se bajó las tiras del solero y me mostró las cicatrices mal curadas de la espalda, los brazos, incluso del pecho, algunas producto de guascazos, otras eran quemaduras. El martirio de María Mercedes habría quebrantado al más templado. Por

primera vez reconocí lo afortunada que había sido al caer en manos de indios decentes.

María Mercedes se cubrió nuevamente y prosiguió: «Las cosas mejoraron cuando tuve un hijo de Chañil, un varón. Como la ñuqué y la otra sólo habían sabido hacer hijas mujeres, Chañil estaba complacido conmigo y con el hijo que yo le había dado. Lo llamó Pichimahuida, que quiere decir Sierra Pequeña». Le tembló la voz y los ojos se le anegaron. «Desde que nació Pichimahuida, – retomó, vacilante-, Chañil me protegía y no permitía que ni su ñuqué ni la otra me golpearan, ni siquiera que me insultaran. Pero Chañil quería mucho a su ñuqué y hacía lo que ella le decía. Por eso, cuando Calfucurá pidió cautivas para cambiarlas por lanceros que estaban presos en Bragado, la ñuqué lo convenció de que, para congraciarse con el cacique general, me entregara. Ella se haría cargo de mi hijo. Así fue cómo me separaron de Pichimahuida y me entregaron a la milicia del Fuerte Bragado. Me arrojé a los pies de Chañil, – dijo, con mirada repentinamente feroz-, le imploré que no me apartara de mi hijo, le pedí que me dejara llevarlo conmigo, le supliqué, lloré, grité, lo amenacé con su propia lanza. Todo en vano, fue duro e inclemente».

Las penurias de María Mercedes no terminaron el día que Chañil la separó de su hijo; siguió el desprecio de su familia, aún afincada en Cruz Alta, al suroeste de Córdoba. Le mandaron decir que ella ya no era cristiana y que no pertenecía a los Ibarzábal; que buscara su destino por otra parte y que no cubriera de vergüenza a la familia. Al coronel a cargo del Fuerte Bragado no lo sorprendió la actitud de los Ibarzábal, se trataba de lo usual. Hasta se preguntó de qué valía rescatarlas si después sus familias y la sociedad las convertían en parias. María Mercedes terminó en “La Casa de la Piedad”; llegó con lo puesto, sucia, hambrienta, el corazón partido y el alma hecha mil pedazos. «Nunca la he visto sonreír», admitió el padre Donatti. Hacía tiempo que yo tampoco sonreía. Eterna tristeza y melancolía, ése era el destino de las que, como yo, pertenecíamos a dos mundos tan dispares como el sol y la luna, el destino de las indias blancas, porque sólo nos queda eso de nuestra primera condición, la blancura de la piel, que incluso terminamos perdiendo bajo el rigor del sol de Tierra Adentro; por lo demás, nos hacemos parte de esa vida salvaje, nos volvemos una de ellos, a veces por amor, a veces por temor, a veces porque

nuestras fuerzas se doblegan y claudicamos. Y cuando el destino caprichoso nos devuelve a las tierras de nuestros padres, somos como leprosas que la gente preferiría esconder y pretender que no existen. Pero existimos.

«Usted, doña Blanca, debería estar contenta, – reconoció Mercedes-. Al menos, su familia no la despreció; su esposo la quiso de vuelta». Mi expresión trasuntaba mi descontento. Tía Carolita, el padre Donatti y María Pancha me trataban con cariño y consideración; el resto, los amigos y conocidos de Escalante, dejaban ver a las claras que no admitían mi compañía. Las invitaciones a las tertulias y fiestas llegaban a nombre del general y de su hermana, y, cuando alguna de las señoras cordobesas organizaba una tarde de mate y chocolate, Selma se encargaba de remarcar lo divertido y animado que había estado. Escalante concurría solo a las reuniones o bailes, en ocasiones con Selma bien aferrada de su brazo, y yo quedaba en casa angustiada y humillada. «¡La gente debería respetarme!», exploté, luego de que una mañana, a la salida de misa en San Francisco, la amiga de Selma, María Juana Allende Pinto, expresó en voz alta: «Algunas tienen el descaro de comulgar en ausencia de la gracia del Señor». «¡Deberían respetarme!», remarqué, ante la breve mueca de desconcierto de María Pancha. «El padre Donatti dice que soy una mujer valiente y fuerte que ha sobrevivido a una experiencia que habría destruido a cualquiera». María Pancha me extendió la infusión de valeriana antes de preguntarme: «¿Para qué quieres el respeto y reconocimiento de un puñado de pacatos e idiotas como éstos? Bien poco soportarías una velada con las urracas amigas de Selma y los amigos del general. No te quejes». De todos modos, yo juzgaba la situación extremadamente injusta: Escalante, que les había mentado con descaro al asegurarles de mi muerte a manos de salteadores de caminos y que no se mostraba proclive a interponer justificaciones ni a dar explicaciones, que, por otra parte, nadie habría osado exigirle, recibía consideración y deferencia; yo, en cambio, era juzgada y condenada por una trasgresión de la que era tan responsable como de, la caída de Constantinopla en manos de los turcos.

La noticia de mi embarazo significó un bálsamo para mis heridas. Renovó los ánimos maltrechos y distendió la tirantez que se percibía en el aire; el sol parecía brillar cálidamente en las salas de esa casa y hasta los

sirvientes lucían relajados y contentos. Escalante se entusiasmó hasta el punto de atender sólo aquellas invitaciones que, de acuerdo con sus asuntos, consideraba de “máxima relevancia” y declinar las meramente sociales para pasar más tiempo junto a mí. Cenaba todas las noches en la casa y se mostraba solícito y atento; durante las comidas me contemplaba lánguidamente, a veces me sonreía; se esforzaba para sofrenar su carácter irascible y no perder los estribos. En ocasiones, me invitaba a su despacho, recinto poco menos que sacro al que sólo él accedía; Selma vigilaba con el celo de un cancerbero mientras las domésticas lo limpiaban. La primera vez que entré, descubrí mi retrato sobre la cabecera de la silla.

Nunca le fui indiferente a Selma, más allá de que su atención se redujera a comentarios malintencionados y a la continua desaprobación de mis opiniones y actos. Al considerarse ama y señora de la casa, reputaba mi presencia como una amenaza a ese reinado que había ejercido con mano dura; daría pelea antes de abdicar. Aunque con el tiempo se dio cuenta de que, en ese sentido, yo no representaba un peligro, la sola mención de mi nombre continuó irritándola como los primeros días. Buscaba excusas para quejarse de mí con el general, me reprochaba ser desordenada, que no me preocupaba por los asuntos de la casa ni del personal de servicio y que me importaba más “La Casa de la Piedad” que la mía. «La caridad empieza por casa», repetía. Me echaba en cara que no controlaba la ropa del general ni el lustrado de sus botas y que ella debía hacerlo todo. «No se preocupe, Selma. Desde mañana atenderé personalmente esas cuestiones», interponía yo, con voz y gesto conciliadores, a sabiendas de que la respuesta no se haría esperar y sería: «¡De ninguna manera! Usted no sabría cómo hacerlo y mi hermano se pondría de un humor de los mil demonios». Se marchaba a tranco rápido, como una ráfaga. Eso era Selma: ráfagas que iban y venían.

Durante mi embarazo, Selma cambió la obsesión que sentía por su hermano en su primogénito, convirtiéndose en mi ángel guardián. Su dedicación no se fundaba en un repentino cariño sino en una continua actitud de vigilante, siempre al acecho para pillarme en alguna circunstancia que pusiese en riesgo al “hijo de su hermano” para ir con la velocidad del rayo a acusarme. Con María Pancha las peleas eran a diario. Se disputaban hasta el derecho a prepararme el baño y masajearme con

aceite de almendras las piernas y el vientre. Yo, embargada por la dicha de saber que mi hijo crecía dentro de mí, me mantenía ajena a las disputas domésticas y me dejaba atender y halagar. Tía Carolita y tío Jean-Émile, encantados con la idea de un nuevo sobrino nieto, decidieron alquilar la casa por otro período porque de ninguna manera regresarían a Buenos Aires antes de que naciera el bebé.

Mi alegría se opacaba con malestares que no había experimentado durante el embarazo de Nahueltruz. Me cansaba fácilmente y se deprimía mi ánimo sin motivo; no tenía hambre y las náuseas y los vómitos se extendieron alarmantemente durante todo el embarazo; mi estómago sólo admitía ciertas infusiones y comidas muy ligeras; la leche y la carne me descomponían sin remedio. Se me manchó la piel del rostro y mis piernas se cubrieron de venas gruesas como cordones. El médico de cabecera de los Escalante, el doctor Allende Pinto, esposo de María Juana, preocupado por el estado de mis piernas, me obligó a reposar durante los dos últimos meses de embarazo. También lo inquietaba que las pulsaciones se me fueran a las nubes; una noche estuvo a punto de sangrarme, pero Escalante se opuso férreamente. «He visto morir a soldados jóvenes y fuertes no por las heridas recibidas en el campo de batalla sino por las malditas sangrías», profirió, y el médico bajó la vista y guardó el sajador en el maletín.

Aunque el doctor Allende Pinto no atendía a parturientas, Escalante lo apremió a que permaneciera en la habitación mientras yo daba a luz. A diferencia de mi padre, se notaba que Allende Pinto consideraba al parto menester de comadronas; él poco tenía que ver con eso. Sin embargo, me medía las pulsaciones, controlaba el reflejo de mis pupilas y, por sobre todo, salía cada media hora al corredor a apaciguar los ánimos exaltados de Escalante y Selma. A pedido mío, tía Carolita y María Pancha se encontraban a mi lado; me limpiaban el sudor de la frente, me daban a beber agua con azúcar, me cambiaban las prendas empapadas y, por sobre todo, me alentaban. La partera, inmutada, por la falta de dilatación, indicó una seguidilla de sustancias que acelerarían el nacimiento: cornezuelo de centeno, té de ruda, quinina, y, por último, glicerina, que me hizo vomitar. El parto fue largo y penoso. Las contracciones comenzaron una mañana y mi hijo nació a la tarde del día siguiente. En las últimas instancias mis fuerzas flaqueaban y, al borde del colapso, no tenía arrestos para pujar. El

bebé venía de nalgas y con el cordón umbilical enroscado en torno al cuello; para colmo de males, me desgarré y la hemorragia fue profusa. Me desvanecí antes de escuchar el primer vagido de mi hijo Agustín. Así lo llamó el general en honor de su abuelo paterno, a quien recordaba, con afecto.

¿Por qué habían cerrado las cortinas de la habitación? ¿No sabían que la oscuridad me daba miedo? ¿Por qué permitían que la bruma trepara por mi cama y me cubriera? ¿Por qué me habían dejado sola? Confundida y asustada, estiraba la mano, que alguien aferraba; no sabía de quién se trataba, no podía ver sumida en la calina, y sin embargo entrelazaba mis dedos con confianza para espantar la sensación de soledad y abandono. Me desperté en la casa de la calle de las Artes, en el laboratorio de tío Tito; allí se alternaban rostros del pasado con los del presente; voces conocidas me llamaban, imágenes que no pertenecían a esa casona se sucedían con las de mi niñez. Mi madre cosía en su mecedora y mi padre le hablaba al oído; tío Tito cargaba el mamotreto y me decía “colega”; Mariano se aproximaba lentamente, moviendo sus piernas estevadas, en la actitud de un cazador sigiloso; a un paso de mí, me aseguraba: «Puedo hacer que me quieras». Luego se presentaba Escalante, con un niño en brazos; me echaba en cara: «Este niño no es mío; su piel es oscura como la del indio que te cautivó».

Durante los días que siguieron al nacimiento de Agustín, el doctor Allende Pinto consideró perentorio mantenerme dormida con un cordial a base de láudano; como había perdido mucha sangre, temía por mi vida; en su opinión, el absoluto descanso y relajación del cuerpo me harían recuperar la salud.

Trataba de regresar del mundo de ensoñación y tinieblas al que me transportaba el opio; intentaba levantar los párpados que se habían vuelto como de plomo; quería hablar, pero no lograba despegar los labios; la boca se me había tornado pastosa y pesada. «Mi hijo», murmuraba con esfuerzo. Enseguida escuchaba la voz cálida de María Pancha en mi oído: «Es hermoso tu hijo, Blanca. Está muy bien». Las tinieblas volvían a cubrirme y los sueños a atraparme.

Ciertamente, mi hijo Agustín era hermoso. Lo conocí ocho días después de su nacimiento, cuando los últimos efluvios del láudano se evaporaron de mi mente y de mi cuerpo, y pude incorporarme entre cojines y recibirlo en mi regazo. Se lo veía tan saludable. Una pelusa del color de las castañas le cubría la cabecita. Le pasé los labios por la frente y le besé los párpados. Lo estudié atentamente y me dije que era perfecto: las orejas, diminutas y bien pegadas a la cabeza; las cejas, dos hilos de pelos descoloridos; la nariz apenas curvada; la barbilla respingona e increíblemente delineada, signo evidente de la sangre Escalante que le corría por las venas; le conté los dedos de las manos y María Pancha me aseguró que no le faltaba ninguno en los pies. Agustín abrió los ojos, aún hinchados y de color indefinido, y me contempló con vaguedad. Movido por el instinto, volteó la cabecita y buscó mis pechos, pero yo no tenía nada para darle. A causa del cordial, no era aconsejable mi leche, que, por otra parte, no había bajado. María Pancha lo alimentaba con la de burra, que Agustín toleraba sin inconvenientes. Me acordé de mis senos algunos años atrás, cuando desbordaban de leche que me mojaba la blusa, y del enojo de Nahueltruz hasta que acertaba con mi pezón y se atragantaba con el caudal blanco que terminaba derramándose por sus comisuras. Nahueltruz. Adorado Nahueltruz. Me encegueció la imagen de su cuerpecito tendido bajo los cascotes de Curí Nancú y el rojo de la sangre que le manaba de la cabeza. Se me agitó el pecho al revivir la desesperación de aquel momento en que deseé arrojarme de la jaca para auxiliarlo. María Pancha me quitó a Agustín de los brazos cuando empecé a llorar. Tía Carolita pidió que nos dejaran a solas y se mostró firme con Escalante, que insistía en que quería quedarse. «Estas son cosas que sólo una mujer sabe cómo manejar, general», la escuché decir. Cerró la puerta y echó traba. Se acercó a la cama, se sentó en el borde y me rodeó con sus brazos, sin preguntas ni reproches. Me encontraba tan débil que ni siquiera pude abrazarla; mi plañido era más un gemido que verdadero llanto, pero, si hubiese podido dar rienda suelta a la pena, habría gritado e insultado.

Al día siguiente amanecí con temperatura y Allende Pinto le informó a Escalante que podía tratarse de fiebre puerperal. «Si la fiebre no remite en dos días, – prosiguió-, comenzaremos con las lavativas de ácido bórico». Bien recordaba yo la cánula que mi padre insertaba a las parturientas en el conducto vaginal para que pasara a veces hasta medio litro de la solución

de ácido bórico o fénico; también recordaba lo incomodo y molesto del proceso, y lo quietas que debían, permanecer las mujeres por días. María Pancha no dio crédito al diagnóstico y expresó que la fiebre se debía a que la leche no había bajado; se pasó días colocándome paños calientes en los senos y dándome de beber cantidades ingentes de malta y mate cocido; me obligaba a comer carne, huevos, queso, crema y mazamorra «para que la leche te salga bien gorda», explicaba.

A pesar de la oposición de Selma, que temía que la fiebre puerperal fuera contagiosa, María Pancha me traía a hurtadillas a Agustín. Ese hijo mío, tan amado y deseado, era mi única alegría y esperanza. María Pancha lo amaba entrañablemente. Junto a tía Carolita, lo cuidaban y atendían como si se tratase del Mesías. A cambio de tanta atención y cariño, Agustín devolvía sonrisas y ternura. Tía Carolita lo llamaba “San Agustín” pues sostenía que no había criatura más tranquila, benevolente y dócil. «Aunque sea tu fiel retrato, – bromeaba el padre Donatti-, tu hijo, José Vicente, no ha heredado ni pizca de tu mal genio». A Escalante, embelesado con su hijo, podrían haberlo insultado que no habría reaccionado. Permanecía en extática contemplación, los labios apenas curvados en una sonrisa bondadosa y el entrecejo inusualmente relajado.

Aunque escasa, la leche finalmente bajó y la fiebre remitió, y, pese a que Agustín mamaba con fruición, siempre quedaba con hambre, y la leche de burra se volvió imprescindible. Alejado el fantasma de la fiebre puerperal, mi ánimo debería haber mejorado; no obstante, yo seguía triste, la mayor parte del tiempo en mi dormitorio, en camisón. A Escalante lo preocupaban mi estado alicaído y mi desánimo, mis continuos llantos y mi falta de apetito. «Está tan macilenta que parece que no tiene sangre en el cuerpo», le comentó al doctor Allende Pinto creyéndome dormida. «Blanca ha atravesado por uno de los partos más difíciles que he presenciado, – aseguró el médico-. En realidad, es un milagro que esté viva. Además, querido José Vicente, – habló Allende Pinto con indulgencia-, ya sabemos que las mujeres son inestables por naturaleza; esta inestabilidad de las emociones se exagera especialmente luego de que han parido; la condición empeora aun más si son primíparas, como el caso de tu esposa. Superada la cuarentena, otra vez tendrás a la Blanca de siempre».

La postración me impedía dedicarme personalmente del cuidado de Agustín y, como de ninguna manera quería que lo atendiera Selma, relevé a María Pancha de las tareas domésticas y le indiqué que se dedicara exclusivamente a él. En su lugar, pedí al padre Marcos que trajera a María Mercedes Ibarzábal, que se presentó a la mañana siguiente con un lío de ropa colgado del antebrazo. María Mercedes era una mujer limpia, ordenada y trabajadora; en breve, aprendió sus quehaceres, los cumplía con prontitud y en silencio; nunca se quejaba, a pesar de Selma y sus extravagancias. Se convirtió en una gran compañía para mí y, durante sus ratos libres, renovamos las conversaciones que sosteníamos en “La Casa de la Piedad”; a ella me atrevía a decirle cualquier cosa; después de todo, ¿qué la sorprendería o espantaría? Éramos dos de la misma especie.

La cuarentena pasó y, con ella, las excusas para mi comportamiento errático y exasperante, en opinión del general, que se presentaba cada mañana y me obligaba a salir de la cama y tomar un baño. Lo hacía por mi bien, lo sé, pero era brusco y no me tenía paciencia. También se reiniciaron sus visitas nocturnas, que yo no estaba lista para corresponder; el deseo había desaparecido, ninguna de sus caricias lograban reavivarlo. Mis senos, mi regazo, mis brazos, mis labios, mis ojos, le pertenecían a mi hijo, a él me debía, vivía para él, sólo pensaba en él y en su bienestar. Una noche, Escalante me trató de fría y desamorada y se negó a escuchar razones; con un portazo, dejó el cuarto. Se volvió distante y displicente, me dirigía la palabra en casos de extrema necesidad, sólo monosílabos y gruñidos, y reanudó su frenética vida social que había abandonado luego del nacimiento de Agustín; la mayoría de las veces, cenábamos con María Pancha en mi habitación; Escalante respetaba sólo los miércoles, cuando el invitado de honor era el entrañable padre Marcos.

El bautismo de Agustín nos enzarzó en una nueva discusión: el general insistía en que los padrinos serían Selma y su amigo el doctor Allende Pinto, y yo, en tía Carolita y tío Lorenzo, que había regresado de Lima y demostraba una evidente parcialidad por su sobrino nieto. Nos visitaba a diario para pasar la mayor parte del tiempo con Agustín en brazos; incluso, se animaba a alimentarlo; Selma encontraba esta “audacia” del señor Pardo de lo más impropia. «¡Carajo, Blanca!, – bramó el general-, ¡la elección de los padrinos ha sido siempre una decisión que han tomado

los hombres en esta familia!». Así quedó zanjada la disputa, y Selma y el doctor Allende Pinto fueron los padrinos de mi hijo. «En mi corazón, – me consoló tía Carolita-, Agustín siempre será mi ahijado, en mí siempre tendrá la madrina más devota. Y no dudo de que tu tío Lorenzo siente igual. Ahora bien, no contraríes a tu esposo y deja que su hermana y su mejor amigo apadrinen a su único hijo».

En contra de la pretensión de su hermana, que quería que la ceremonia se celebrara en la Catedral, Escalante consintió mi deseo, y Agustín fue bautizado en la iglesia de San Francisco por el padre Marcos Donatti. El trajecito para el bautizo (regalo de tía Carolita), en tafetán blanco y gasa de seda, con manguitas gigot y cenefa de encaje, era un primor; en opinión de María Pancha, a Agustín sólo le faltaban las alitas para parecer un ángel. Finalizada la ceremonia, Escalante convidó a sus amigos con un ambigú y champán, excentricidad que provenía de la largueza y de la bodega de tío Jean-Émile. Entre las personalidades destacadas se encontraba el gobernador de Córdoba, Manuel López, a quien llamaban “Quebracho”, supongo, en referencia a la dureza de la madera de ese árbol. Sin dudas, este hombre, de unos cuarenta años, era duro e infranqueable; lo evidenciaban cierta rusticidad en el trato, ojos oscuros e intimidantes y un cuerpo robusto, moldeado en las tareas del campo. Manuel “Quebracho” López era tan federal como tía Carolita devota católica, su adicción a la causa y a Juan Manuel de Rosas no admitía resquicio para la duda. Algunos años atrás, en 1837, había adoptado el uso de la divisa punzó, que todos llevábamos esa tarde, incluso el general Escalante, que siempre se mantenía al margen de las cuestiones políticas. Escalante sentía sincero cariño por Manuel López, hábil estanciero de Río Tercero, que había ayudado desinteresadamente a Selma con la administración de Ascochinga mientras él se dedicaba a guerrear junto a San Martín.

Al ver que don Manuel López se acercaba, perdí la calma: temía que quisiera referirse a los indios. Ese hombre, ramplón y directo, abordaría sin tacto un tema que, hasta el momento, se había susurrado a mis espaldas. En realidad, no sabía qué se sabía de mí. «Me he enterado del lamentable incidente con los indios tiempo atrás, señora Escalante, – manifestó-. Puedo imaginar lo que sufrió estando en manos de esos

salvajes», prosiguió, ajeno a mis mejillas arreboladas y al temblor de mis manos. Con todo, atiné a responder: «No, gobernador, no sufrí mucho». Escalante, percatado de las intenciones del gobernador, estuvo a mi lado de dos zancadas y hábilmente desvió la conversación hacia cuestiones anodinas. El resto de los invitados seguía la escena, y un silencio incómodo se cernió sobre la sala.

Desconocía a la mayoría de los invitados, que, luego de un saludo circunspecto, se habían agrupado para observarme con disimulo y murmurar. Me sentía a disgusto en mi propia casa. «Mi propia casa», repetí con extrañeza al caer en la cuenta de que jamás había considerado la casa del general Escalante como mía. Y me vino a la mente el toldo que había compartido con Mariano y Nahuel, miserable y precario, pero mi reino al fin, donde yo era ama y señora. La sala de la casa de Escalante me resultaba tan ajena y hostil como las miradas y los murmullos de esa gente.

Me sofocaron el humo de los cigarros y el olor de la carbonada y de las frituras. Seguían alimentando la salamandra como si ya no hubiese convertido el lugar en un horno. Se me irritaron los ojos y comencé a ver con dificultad. Tenía la boca seca, y nada parecía suficiente para aplacar mi sed. Tía Carolita notó que empalidecía y que mis mejillas se moteaban de rojo. Me costaba respirar y una náusea que me hormigueaba en el estómago comenzó a subir lentamente hasta que pensé que devolvería sobre la alfombra. Me puse de pie con dificultad, la sala giraba y los rostros se acercaban y se alejaban vertiginosamente. Di tres pasos y caí desvanecida.

Ese fue el primero de varios desmayos, que el doctor Allende Pinto adjudicaba a la profusa pérdida de sangre durante el parto. Me encontraba débil: ése era su diagnóstico. «Tiene poca sangre y muy diluida», le repetía al consternado general Escalante. María Pancha se apresuró a preparar el famoso tónico de cascara de huevo y a dármelo diariamente, junto a una generosa y detestable dosis de aceite de hígado de bacalao. A pesar de los cuidados y brebajes, mi salud languidecía. Yo misma sentía que las fuerzas me abandonaban y mi voluntad se consumía. Meses más tarde, mientras caminaba del brazo del padre Donatti en el patio del convento, una punzada en el pecho me dobló, caí de rodillas sobre los adoquines y vomité sangre.

Luego de descartar una posible hematemesis, Allende Pinto diagnosticó tuberculosis, y Selma salió corriendo de la habitación para llevarse a Agustín de la casa. Se mencionaron posibles medicinas y tratamientos, aunque bien sabía yo que, con tal morbo, poco quedaba por hacer. Estaba condenada, la misma enfermedad había matado a mi abuela Blanca Pardo. A causa del riesgo de contagio, Agustín y María Pancha terminaron en lo de tía Carolita. María Mercedes se convirtió en mi enfermera y, prácticamente, en mi único contacto con el exterior. Sólo admitía al padre Marcos, que me traía la comunión y me confesaba; tío Lorenzo se resignó a mantenerse lejos si quería seguir visitando a su sobrino nieto; Selma y Escalante se cubrían la nariz y la boca con pañuelos embebidos en fenol para entrar en mi recámara.

No sólo la tisis me estaba matando, la tristeza en el alma también: separada de mi hijo Agustín, la soledad y los recuerdos se tornaban insoportables. Me hablaban de él a diario, de sus progresos, de sus monerías y palabras balbuceadas, de lo que comía con deleite y de lo que no le gustaba, que gateaba y se paraba, cómo dormía de noche y de lo apegado que estaba a María Pancha y a tía Carolita. Confieso que las envidiaba, envidiaba el cariño que mi hijo sentía por ellas y que yo jamás conseguiría. Para él yo sólo sería un nombre, sin rostro ni voz.

«Es más factible lograr la recuperación completa de los pulmones en lugares abiertos, donde el aire no está viciado, especialmente ahora que se aproxima el verano, cuando las emanaciones y efluvios de la ciudad se vuelven tan perniciosos», recomendó el doctor Allende Pinto, y Escalante decidió que la estancia de Ascochinga constituía el lugar perfecto. Además, el general quería a Agustín nuevamente en su casa.

Partimos con María Mercedes una mañana de primavera. Me sentía bien, no me había dolido el pecho en días, no me habían atormentado las punzadas y controlaba los accesos de tos gracias al expectorante de alcanfor que María Pancha preparaba. Viajamos en la diligencia de tío Lorenzo y llegamos bien entrada la noche. Nos aguardaban con la casa iluminada y limpia, los muebles lustrados, los pisos pulidos y la mesa puesta. El capataz, don Ariel, y Simona, su mujer, nos recibieron en la

galería. Don Ariel y Simona ocupan un lugar muy especial en mi corazón, tan generosos y caritativos fueron durante el tiempo que pasé con ellos. Me decían: «¡Hierba mala nunca muere, señora Blanca!», cuando los regañaba porque se me acercaban mucho o se negaban a usar el fenol. «Somos fuertes como los bueyes y tenemos siete vidas como los gatos», también esgrimían, ante mis reproches. Simona se preocupaba por mi inapetencia y se interesaba en conocer mis gustos; excelente cocinera, lograba armonizar las indicaciones del doctor Allende Pinto con mis preferencias. Mantenía “la casa grande”, como la llamaba, impecable, siempre aireada y perfumada; nunca faltaban flores frescas en los jarroties de la sala y de mi cuarto. Muy temprano, todas las mañanas, don Ariel traía la leche recién ordeñada y nos divertía con anécdotas de los peones y los animales, mientras Simona cebaba mate.

El cariño de Simona y de don Ariel y la abnegación de María Mercedes no compensaban la amargura de mi corazón. El padre Donatti me había aconsejado no cuestionar los designios divinos. «Debes buscar la resignación que Jesucristo nos enseñó en el Padre Nuestro: “Fiat voluntas tua, sicut in cáelo, et in terra”», me recordaba, y la tristeza con que me miraba desmentía el coraje que intentaba infundirme. A veces me detenía en la figura todavía joven y lozana de María Mercedes, la veía afanada en preparar la medicina, en acomodar mi ropa, en lavar los manchones de sangre, y pensaba: ¿Por qué algunos vendremos a este mundo sólo a sufrir? En ocasiones me descorazonaba hasta las lágrimas al pensar que no vería crecer a ninguno de mis hijos. Agustín había dado sus primeros pasos, y la mano que lo sostuvo no fue la mía; tampoco la que lo alimentaba, la que lo bañaba, la que lo vestía, la que lo acariciaba. La envidia amenazaba con convertirme en una amargada y resentida. Debía agradecer a Dios que María Pancha y tía Carolita, las mujeres en quienes más confiaba, estuviesen dedicando sus vidas a cuidar a mi bebé.

Los días se volvían eternos, las semanas parecían meses, los meses años. Vivía para recibir noticias de Córdoba, que el doctor Allende Pinto me traía una vez por mes. En especial aguardaba las cartas de María Pancha, que me detallaba lo que yo ansiaba saber de mi hijo. Cuando Agustín cumplió un año, María Pancha me envió un mechón de su cabello, de color más claro del que recordaba, como el de la miel. Emocionada, lo besé

muchas veces y lo puse en el guardapelo junto al mechón retinto de su hermano Nahueltruz. Ellos siempre estaban cerca de mi corazón. En ocasiones, cuando me desasosegaba, don Ariel enviaba a Benigno, su hijo mayor, a la ciudad para traer noticias. Benigno regresaba a los dos días con las cartas que tía Carolita y María Pancha habían garabateado en el apuro y que yo leía con avidez.

Había sido un día crudo de invierno, el frío húmedo se filtraba por las paredes y el tejado, el viento golpeaba los postigos y azotaba las ramas de los árboles con furia. Las pastillas de alcanfor que María Mercedes me acercaba a la nariz no servían para contrarrestar los accesos de tos que me dejaban de cama. Don Ariel, en medio de la tormenta, recolectó hojas de eucalipto que Simona hirvió en un braceró a mis pies y que luego me pasó cerca de la cara. El aroma intenso, combinado con el del alcanfor, ayudaron a calmarme. Por la tarde, tomé una generosa dosis del cordial para mitigar el dolor en el pecho y quedé dormida en el sillón. Me despertó María Mercedes; un sacerdote, que aguardaba en el vestíbulo, pedía hablar con la señora de la casa. Se trataría de un mendicante, cavilé. La tormenta que arreciaba me llevó a comentar: «¡Qué idea salir de colecta con este tiempo!», pero María Mercedes manifestó que el sacerdote no pedía limosna: quería hablar con la señora de la casa. Tenía pocos deseos de recibir; aún perseveraban los efectos del cordial. «Que pase», indiqué, y me acomodé en el sillón.

El sacerdote, calado hasta los huesos, se presentó, dijo llamarse Erasmo Pescara, y reiteró su necesidad de hablar con Blanca Montes. «Yo soy Blanca», dije, y a continuación le pedí a María Mercedes que lo ayudara a quitarse el poncho y las botas y que le trajera una toalla y un abrigo seco del general. El sacerdote amagó con acercarse, y yo levanté la mano: «No se me aproxime. Estoy gravemente enferma». El padre Erasmo hizo una mueca despreocupada y arrastró una silla frente a mí. No era un hombre joven; el cabello canoso y el rostro curtido delataban más de cincuenta años. Sus ojos, sin embargo, eran vivaces.

María Mercedes regresó con una toalla y una chaqueta de lana y se los alcanzó al padre, que se secó el pelo, la cara, las manos y los pies con soltura, como si estuviera en la intimidad de su celda. Yo lo contemplaba en

silencio; me aletargaban sus movimientos y el sonido de la toalla sobre su piel. Luego de ponerse la chaqueta, me miró y sonrió. «Gracias», dijo, y me limité a asentir. Simona apareció con chocolate caliente y tarta de damascos, y al padre Erasmo se le iluminó el gesto. Bebió un largo sorbo y aseguró que le había regresado el alma al cuerpo. «¿Por qué se aventuró con este tiempo, padre?», quise saber, y lamenté el tono de reproche. «Hace días que viajo», fue su explicación. «Vengo de Córdoba; allí me informaron que usted se encontraba aquí». «Usted es amigo del padre Donatti», supuse, y el padre Erasmo me contempló sobre el borde de la taza. «No, señora, yo soy amigo de Mariano Rosas».

Mis labios dibujaron las palabras Mariano Rosas, incapaz de pronunciarlas. Me puse de pie como autómata y la frazada cayó al piso. Seguí con atención los movimientos del sacerdote que se agachó a recogerla y la devolvió al sillón. Me pareció que la tormenta había escampado y que por las ventanas ingresaba una luz brillante y cálida, tan brillante que me enceguecía. Pensé: «Le diré a María Mercedes que corra las cortinas».

Volví en mí gracias al amoníaco que María Mercedes me pasó bajo la nariz. Estaba en la cama, tapada con una colcha y mullida entre almohadas. «Fue un sueño», me dije, pero el convencimiento se desmoronó cuando advertí el rostro afligido del padre Erasmo. «No se inquiete, Blanca, – imploró-. No sabía cómo decirle que Mariano me enviaba; fui brusco, torpe. La sorpresa le causó una conmoción. Discúlpeme». María Mercedes me ayudó a incorporarme sobre los cojines. Balbuceé: «¿Mariano vive?». El padre Erasmo asintió. «¿Y mi hijo Nahuel?», y el sacerdote volvió a asentir. Me cubrí el rostro y me puse a llorar. María Mercedes se sentó en el borde de la cama y me abrazó. Aunque el padre Erasmo tuvo intenciones de dejarnos a solas, le supliqué que no se fuera, que me explicara, que me contara, que desesperaba por saber. El sacerdote acercó una silla a la cabecera y María Mercedes, pretextando que debía ayudar a Simona, abandonó la habitación.

«Conocí a Mariano hace algunos años, – empezó el padre Erasmo-, allá por el 35, cuando el gobernador Rosas me convocó a San Benito de Palermo para bautizar a un grupo de indiecitos que habían apresado los

militares del fuerte de Rojas. Mariano, en aquel entonces Panguitruz, me llamó la atención desde un principio. Aunque no fluidamente, hablaba castellano y sobre él recayó la representación de los demás desdichados. Rosas se encariñó con el muchacho, me pidió que lo bautizara y le dio su apellido. Lo tuvo varios días en San Benito de Palermo y pasaba muchas horas con él. Un día, el gobernador me hizo comparecer en su despacho y me dijo: Aunque me gusta tener a Mariano aquí, ningún provecho obtendrá entre los muros de esta casa. He decidido enviarlo a mi estancia “El Pino”, donde pretendo que Isasmendiz le enseñe las cuestiones del campo. También quiero que aprenda a hablar bien el castellano, a leer, escribir y cifrar. Por eso necesito que usted marche para allá también y lo eduque. Nadie está en posición de negar un pedido del gobernador», argüyó el padre Erasmo, y levantó las cejas elocuentemente. «Marchamos a “El Pino”, y en poco tiempo mis percepciones se vieron ratificadas: Mariano era un joven de extraordinaria inteligencia, perspicaz y, sobre todo, sensato, virtud poco común entre estas gentes, más bien regidas por la pasión, consecuencia del salvajismo en el que viven. Aprendió rápidamente. Aún recuerdo las largas conversaciones que sosteníamos junto al fogón, mientras los demás tomaban mate y tocaban la guitarra. A pesar de su corta edad, se daba cuenta de cosas que me sorprendían. Solía decirme: “Los huincas no nos han vencido todavía porque están muy ocupados matándose unos a otros. Cuando terminen sus guerras, se volverán en nuestra contra con la fuerza que les dan la superioridad y el resentimiento acumulado durante todos estos años. Se van a animar a adentrarse en Tierra Adentro y caerán sobre nosotros para no dejar un ranquel que cuente el cuento. Ese es el destino de mi gente”, añadía, pero un brillo en su mirada me daba a entender que él estaba dispuesto a resistir. Don Juan Manuel visitaba seguido “El Pino”, y Mariano no se le separaba del lado, admiraba a su padrino y lo escuchaba con reverencia. Se notaba que Rosas también lo quería, incluso le permitía comer con él en la casa. Los peones decían: “Marianito es algo del patrón”, y algunos hasta especulaban con sus ojos azules, tan parecidos a los de don Juan Manuel. A mi juicio, Rosas preparaba a Mariano para que se convirtiera en un lenguaraz e interlocutor válido entre él y los indios. Siempre supe, – prosiguió el padre Erasmo-, que un día Mariano batiría las alas y tomaría vuelo. No fue sino hasta hace poco que supe que fue usted la causa de que Mariano abandonara la estancia. Él mismo me lo confesó. Me dijo: “Dejé 'El

Pino'por Blanca, porque la quería para mí". ¿Qué podía decirle? ¿Endilgarle un sermón? Mariano es un ser sin ley, se rige por sus propias creencias y convicciones; mis admoniciones habrían caído en tierra infértil, sólo habrían conseguido distanciarnos».

Me gustaba lo que el padre Erasmo me relataba, sin embargo, la ansiedad me llevó a interrumpirlo: «¿Estuvo con mi hijo, padre? ¿Lo vio? ¿Está bien mi muchachito?»». El padre Erasmo, convocado por Mariano, había viajado a Tierra Adentro algunas semanas atrás; una indiada lo aguardaba en cierto punto entre Río Cuarto y Achiras para guiarlo por las rastrilladas hasta el Rancul-Mapú. «A poco de llegar a las tolderías, Mariano hizo llamar a su hijo que estaba en lo de su abuela. Nahueltruz se plantó frente a mí, me extendió la mano con la actitud de un adulto y me dijo seriamente y en castellano: “Ayer cumplí siete años”».

Nos reímos al unísono, y yo no pude evitar las lágrimas. Mi hijo vivía y había cumplido siete años. Felicidad pura y simple me hacía reír y llorar, querer dejar esa cama y correr hacia él. «¿Y Mariano? ¿Cómo está Mariano, padre?»», pregunté con timidez. «Estuvo a la muerte, Blanca. El lanzazo que recibió ese día cerca de la laguna la Verde casi lo mata. Tardó meses en volver a ser él mismo, según me dijo. La herida lo dejó tan débil que no montó ni trabajó en las sementeras hasta hace poco».

«Me dijeron que Mariano y mi hijo habían muerto»», interpuse, porque sabía que el padre Erasmo también había llegado a Ascochinga en busca de respuestas. «Mi tío Lorenzo Pardo contrató a un indio, un tal Cristo, de la tribu de los vorohueches, para que me rescatara. Según me informaron, él y su gente habían matado a Mariano y a Nahueltruz durante el rescate». El padre Erasmo me explicó que Gutiérrez, mi fiel y querido Gutiérrez, había regresado a la toldería y guiado a Miguelito y a un grupo a la Verde, donde hallaron a Mariano y a mi hijo, que, con una herida superficial en el cuero cabelludo, había vuelto en sí y lloraba junto a su padre aún inconsciente en el suelo. «Painé se enteró de que había sido Cristo el responsable del ataque, – continuó el padre Erasmo-. Lo hizo atrapar y lo obligó a confesar la suerte que usted había corrido. Por él supieron los detalles y que había sido su tío Lorenzo Pardo el responsable. No querrá conocer la suerte que corrió Cristo», murmuró, evitando mis ojos.

«Usted se preguntará, Blanca, por qué no ha venido el mismo Mariano». «Lo sé muy bien, – aseguré-. Mariano juró a Painé y al Consejo de los Loncos que jamás regresaría a tierra huinca. Él no faltará a su palabra. Los ranqueles son respetuosos de las decisiones de los ancianos del Consejo; un poco supersticiosos también. No, Mariano no volverá a pisar suelo cristiano».

El padre Erasmo metió la mano en la faltriquera y sacó un sobre. «Carta de Mariano», anunció, y me la extendió. Dejó la silla y salió de la habitación sin que yo lo advirtiera. Se me ocurrió que ese sobre que yo sostenía lo había tocado él con sus manos grandes y oscuras, ásperas de callos, fuertes e inclementes, que me habían hecho sufrir, que me habían hecho gozar. Besé el sobre, lo olí, volví a besarlo y a olerlo hasta humedecerlo con mis lágrimas. «Blanca», comenzaba la misiva. Sonreí, no había esperado otra introducción; aquel simple “Blanca” era tan de él, hasta podía escucharlo pronunciar mi nombre.

«Blanca, el padre Erasmo Pescara es un gran amigo; confía en él como lo harías conmigo. Tu hijo Nahueltruz está bien; la herida que recibió aquel día cerca de la Verde sanó al poco tiempo; la mía tardó mucho más; ahora estoy bien. No te busqué antes porque poco tiempo después de que pudiera estar en pie, mi padre murió. Tuvo una muerte tranquila, mientras dormía. Sin embargo, mi hermano Calvaiú, que ahora es el cacique general, vio en la muerte de nuestro padre la mano del Hueza Huecubú y decidió hacer una limpieza ejemplar de brujas. Se sentenció de muerte a muchas inocentes, lo sé, pero yo no pude hacer nada; sólo logré salvar a Lucero que contaba entre las sentenciadas, advirtiéndole a Miguelito y ayudándolo a escapar. Se refugiaron en lo de Ramón Cabral; hace poco regresaron, y Calvaiú me ha prometido que no tomará represalias en su contra.

»Los funerales de mi padre fueron algo muy triste que no quisiera recordar. Calvaiú dispuso que aquel que poseyera tres mujeres daría dos; el que tenía dos, daría una, y el que tenía una, se quedaría solo. Murieron muchas mujeres durante el sepelio; las mataron a bolazos y lanzazos. Me avergüenzo y sé que mis peñis han quedado resentidos con mi hermano. A veces, cuando pienso en lo cruel del destino que nos separó de aquella

forma, entiendo que fue lo mejor: tu fama de machí te habría condenado, y ni mi madre habría podido contra la ira de Calvaiú; finalmente habríamos tenido que escapar para salvarte, vagar por el desierto, arrimarnos a alguna toldería y vivir de la caridad.

»Imagino que nuestro hijo tendrá casi tres años por estos días. ¿Cómo lo has llamado? Se me ocurre que puede ser una niña. ¿Qué ha sido de ti, Blanca? Me quedo tranquilo porque sé que estás con tu tío; el indio Cristo nos dijo que él le había pagado para rescatarte. Tú también debes quedarte tranquila, Nahueltruz está bien, mi madre se encarga de él. Te menciona seguido, pregunta por su mamá y yo le hablo de ti. Le digo que eres como un toro bravo por lo valiente y más hermosa que la Verde al atardecer. También lo he escuchado preguntarle a su cucu acerca de ti. Mi madre le dice que eres una gran machí, la mejor, que curas a todos con generosidad. A veces lo sorprendo hurgando tus baúles; lo dejo hacer, es lo único que le queda de ti.

»Si decides responder esta carta, el padre Erasmo ha prometido hacerla llegar a Tierra Adentro. No te exijo nada, Blanca, Dios sabe que no tengo derecho después de lo que te hice sufrir. Pero me gustaría, saber de ti y de mi hijo. Mariano Rosas».

El padre Erasmo permaneció varios días en Ascochinga y aprovechó para bautizar a dos nietos de Simona y don Ariel y a casar a María Mercedes con Benigno, que hacía meses que vivían juntos; me alegre por mi amiga después de todo lo que había sufrido; aunque Benigno, el hijo mayor de don Ariel y de Simona, es un hombre callado y con gesto adusto, tiene un gran corazón, es manso y benévolo; además, quiere a María Mercedes y la hace feliz. Las celebraciones por la boda y la alegría de los peones y familiares se condecían con mi estado de ánimo, por lo que accedí al pedido de María Mercedes y ese mediodía, ayudada por Simona, me vestí y comparecí en la galería, donde se habían dispuesto un altar y tablonas y banquetas para los invitados. Luego de la ceremonia, se sirvieron carne y choclos asados, locro y humita, y de postre, ambrosía, la especialidad de Simona. El padre Erasmo disfrutó el convite tanto como la peonada, y comió y brindó con un ahínco digno de Pantagruel.

Al día siguiente, permanecí en cama, extenuada y dolorida. Terminado el almuerzo, que Simona me llevó al dormitorio y que apenas probé, le pedí que llamara al padre Erasmo, que se presentó al momento. Me confesó y me dio los santos óleos, y luego se sentó a la cabecera para charlar. Me recordó que partía a la mañana siguiente y que había decidido ir él mismo hasta Tierra Adentro, no confiaría en nadie las noticias para Mariano. «Si es así, – interpuse-, quiero pedirle un favor». Se mostró solícito y se acercó como si se tratara de un secreto. «Quiero que apenas llegue a Leuvucó, bautice a Nahueltruz. Llámelo Lorenzo Dionisio, como mi primo, que es un ángel que lo va a cuidar desde el Cielo. Dígale a Mariano que es mi deseo». El padre se limitó a asentir con aire solemne. Le pedí que me ayudara a llegar al tocador, donde me dispuse a responder la carta de Mariano. Al quedarme sola, repasé nuevamente las frases que durante los últimos días me habían dado vueltas en la cabeza. Se trataba de la carta más difícil que me había tocado escribir, y no fue hasta que me liberé de los formalismos y me dejé llevar por lo que me dictaban los sentimientos y el corazón, que pude empezarla.

«Mariano, si algo aprendí a su lado es que usted no habla por hablar y que cumple sus promesas. Lo digo pensando, entre otras cosas, en aquello que mencionó un día, quizá no recuerde sus palabras exactas, creo que me dijo: “Voy a hacer que me quieras, puedo hacer que me quieras”. Entonces, ¿cómo pensó que no iba a contestar su carta?

»Con todo, no es para darle buenas noticias que tomo la pluma. Perdí a nuestro bebé el día que el indio Cristo nos atacó cerca de la Verde, cuando, al intentar llegar a ustedes, caí del caballo. Los días que siguieron hasta que llegué a Río Cuarto los recuerdo vagamente; cada vez que volvía en mí, confundía la realidad, inverosímil e intolerable, con una pesadilla; no conocía los rostros que me contemplaban, los ruidos que me rodeaban, sólo repetía su nombre, pero usted nunca aparecía. Por fin en Río Cuarto, mi tío Lorenzo Pardo me hizo atender por un excelente médico que me salvó la vida. Le confieso, Mariano, deseé morir. Sin usted y Nahueltruz, ¿qué me quedaba? Pero soy más fuerte y testaruda de lo que parece y seguí adelante; o quizá, más cobarde de lo que parece y no encontré el valor para terminar con mi pena. Hoy se lo agradezco a Dios porque he vivido para saber que usted y mi hijo están bien.

»El general Escalante me recibió nuevamente en su hogar y, aunque no ha sido fácil para nadie, reconozco en su actitud verdadero cariño y piedad. Tenemos un hijo, su nombre es Agustín. Ha cumplido dos años y, a pesar de que lo amo profundamente, casi no lo conozco; vivo separada de él. Estoy gravemente enferma, Mariano; estoy muriendo, y, a pesar de que el doctor Allende Pinto diga lo contrario, ¿quién puede engañar a una gran machí?

»Saber que usted y mi adorado Nahuel están vivos ha sido la mayor alegría en mucho tiempo. El padre Erasmo me ha hablado tanto de mi hijo que puedo imaginármelo, con su pelito lacio y negro, tan parecido al suyo, su carita oscura y sus ojos grises; algún día cuénteles que los heredó de su bisabuela, María del Pilar Laure y Luque, una gran baronesa española a quien yo quise mucho. Cuénteles de mí, Mariano, dígame que lo amo, que siempre lo amaré, que no pasa un día sin que piense en él. Le rogaré a Dios que lo convierta en un hombre honesto y trabajador, respetado por su buen corazón y generosidad. Concédame un deseo y pídale al padre Erasmo que eduque a nuestro Nahuel como hizo con usted. Ambos sabemos que la ignorancia es el peor mal de su pueblo. Su pueblo, su Rancul-Mapú, su País de los Carrizales, también mi pueblo, mi gente. Los quiero a todos, dígaselos, a Mariana, a Lucero, a Dorotea, a Miguelito, a Loncomilla, a sus hermanos, a todos. Recuerdo especialmente a mi querido Gutiérrez, a quien le debo la vida, la del hombre que amo y la de mi hijo. Nunca ha existido compañero más fiel y agradecido que mi Gutiérrez. Cuidelo, Mariano; usted y yo le debemos mucho a ese perro.

Que Dios lo acompañe e ilumine y que la Virgen proteja a nuestro hijo. Siempre suya, Blanca Montes».



CAPÍTULO XX.

Los fantasmas del pasado

Amanecía. Laura levantó la vista del cuaderno y miró hacia la cama: Nahueltruz aún dormía profundamente. Ella, en cambio, no había pegado ojo. La noticia de que su padre y Julián llegarían en pocas horas la alteró y le ahuyentó el sueño. Riglos despachó un chasque desde Salto, última posta antes de Río Cuarto, que llegó con el mensaje a lo de Javier la noche anterior. Si bien había aguardado con ansias el regreso de Julián y el reencuentro de Agustín y de su padre, ahora admitía que no experimentaba tanta alegría. Julián Riglos y su padre irrumpirían en un escenario que durante casi veinte días había funcionado bien sin ellos. Sólo veinte días, en los cuales su vida había cambiado por completo. La proximidad de su padre y de Julián le daba miedo. Buscó nuevamente a Nahueltruz para reconfortarse. Dormía con los pies fuera de la sábana y los brazos echados hacia atrás. Se aproximó a la cabecera y se contuvo de acariciarlo; dormía con la placidez de un niño y no quería despertarlo, aunque ya amanecía y pronto la actividad en la pulpería le haría difícil la retirada.

—Nahuel -le susurró-, amor mío.

Guor se rebulló y siguió durmiendo.

—Nahuel -insistió-, está amaneciendo.

Sin abrir los ojos, Guor la envolvió con los brazos y la arrastró a la cama. Entre risas, Laura se dejó atrapar y le besó la frente, los ojos, la boca, el mentón, hasta que le pasó los labios por el cuello y a Nahueltruz le dieron cosquillas.

—Qué lindo despertar, aunque preferiría que la noche fuera eterna.

–Te amo, Nahuel. Te voy a amar toda la vida.

–¿Es eso una promesa?

–Sí, una promesa que no voy a poder dejar de cumplir. ¿Cómo podría dejar de amarte? Aunque quisiera, jamás lo conseguiría.

–Nunca querrás dejar de amarme.

–Nunca, amor mío.

Guor le sujetó el rostro y le cubrió la boca con sus labios. Una oleada de deseo terminó por despabilarlo. Se puso encima de Laura y le quitó la bata de muselina, pero el canto del gallo lo obligó a detenerse. Debía marcharse. Se apartó y dejó la cama maldiciendo.

–Anoche estuve con Agustín -comentó, mientras se vestía-. Me dijo que tu padre y Riglos llegaban hoy. – Laura apenas asintió, y le entregó la rastra-. ¿Qué va a pasar con nosotros?

–¿Cómo qué va a pasar con nosotros?

–Sí, Laura, qué va a pasar con nosotros. La llegada de tu padre y de Riglos complica aun más las cosas. ¿Podremos vernos? ¿Podré venir de noche?

–¡Claro que vendrás! El doctor Javier dijo que mi padre podía quedarse en su casa. Supongo que Julián ocupará nuevamente la habitación que alquiló aquí cuando llegamos. Está del otro lado del corredor -se apresuró a agregar-, no escuchará nada.

–¿Y después, Laura? ¿Qué va a pasar después?

Laura también se había hecho la misma pregunta. En breve, la convalecencia de Agustín pondría fin a la excusa de permanecer lejos de Buenos Aires y debería tomar la decisión más trascendental de su vida. Aunque amaba a Nahueltruz Guor y habría enfrentado al mundo por él, al

sopesar las consecuencias de ese amor, debía confesar que a veces se descorazonaba. Trató de sonreír para esconder el miedo y la pena, y la vergüenza también, pues sabía que traicionaba a Nahueltruz con sus dudas. Pero Guor, que había visto cómo el brillo abandonaba sus ojos negros, la soltó, tomó el facón y el sombrero y salió por la puertaventana hacia el patio.

—Por favor, Nahuel -lo siguió Laura-, no pienses que mi amor es inconstante y que no estoy dispuesta a seguirte adonde vayas. Es que a veces me pongo triste al pensar que no volveré a ver a mi familia; también me da pena que ellos no te conocerán, que no podrán ver cuánto te amo, lo feliz que me haces. Pero no creas que dudo de nuestro amor. Por favor, no te vayas enojado.

—Laura -susurró Guor, y le pasó la mano por la mejilla-. No creas que no comprendo tus dudas y miedos; esto no es fácil para ti, lo sé. Soy un egoísta -admitió-, pero me pongo como loco al pensar que Riglos te verá hoy, y me pongo como loco porque sé que te quiere para él y que es de tu clase, parte de tu mundo, y yo no, y que por eso no tengo derecho a reclamarte, a pedirle tu mano a tu padre. Nunca sentí deseos de ser huinca, pero desde que te conocí...

Apretó los ojos y se mordió el labio: no diría lo que estaba por decir y se aborrecía por pensar lo que estaba pensando. Su padre y su pueblo no merecían una felonía tan baja. Él era un ranquel, siempre lo sería.

—Yo te amo, Zorro Cazador de Tigres, y que seas un cacique ranquel sólo te hace más atractivo.

Nahueltruz la besó fugazmente y salió deprisa. Laura entró en la habitación y se topó con María Pancha, que la contempló con furia. Superado el desconcierto, la muchacha cerró la puertaventana y comenzó a vestirse.

—Quizá sea mejor que te hayas enterado -dijo por fin, sin mirarla-. Ya no soportaba ocultarte la verdad.

—¿Cómo has podido? – reaccionó María Pancha-. ¡Con el hijo de ese

demonio de Mariano Rosas!

–¡Y con el hijo de mi tía Blanca Montes! – retrucó Laura.

La turbación de María Pancha dio tiempo a Laura para tomar el cuaderno de Blanca Montes. Se lo extendió y la criada lo recibió con desconfianza. Pasó las primeras hojas y se detuvo de repente. Se cubrió la boca con la mano y lágrimas le asomaron en los ojos.

–¿Dónde conseguiste esto? Es de Blanca, reconocería su caligrafía entre miles.

Laura tomó el cuaderno, lo abrió en la primera hoja y se lo pasó a María Pancha, que leyó en voz alta:

–Memorias, Blanca Montes.

–Carmen, la abuela de Blasco, ella me lo dio -explicó Laura-. También me entregó esto -y trajo el guardapelo y el ponchíto.

–El guardapelo de Blanca -susurró María Pancha-. ¿Y esto?

–No sé -admitió Laura-, quizá tía Blanca lo tejió para Agustín.

Más allá de la emoción, María Pancha no olvidaba que había visto a Laura besando al hijo de Mariano Rosas. Dejó las cosas sobre la mesa y la contempló fijamente.

–Estamos enamorados -se atajó Laura.

–¡Enamorados! Tú estás enamorada, él sólo quiere divertirse. ¿Qué otra cosa se puede esperar de un indio?

–Nahueltruz es un gran hombre. Que sea un indio me tiene sin cuidado. Deberías avergonzarte, estás hablando del hijo de tía Blanca.

–¿Te has puesto a pensar en las consecuencias de esta relación?

–Sí. Estoy dispuesta a enfrentarlas. No me importa, sólo quiero estar con él; Nahueltruz es lo que necesito para ser feliz, nada más.

–Hablas así porque eres una obstinada y voluntariosa, que siempre ha hecho lo que ha querido, sin límites. Te importarán las consecuencias cuando no tengas una casa cómoda donde vivir, buena comida que comer, prendas y zapatos elegantes que vestir, gente interesante y educada para conversar. ¿O creíste que entre los indios ibas a encontrar todas esas cosas? Cosas que, por haberlas tenido siempre a manos llenas, ahora desdeñas. No sabrás ser pobre, Laura, serás infeliz. Lo harás infeliz a él si es que realmente te quiere.

Laura bajó el rostro para ocultar la turbación. Las dudas la atormentaban. De pronto la espantaba la idea de vivir en los toldos, bañarse en la laguna, comer carne de potro y vestir chamales.

–Tía Blanca era feliz entre los indios -tentó.

–¡Tía Blanca! – remedó María Pancha-. Tu tía Blanca era una mujer extraordinaria, tú no le llegas ni a los talones. Antes de que ese maldito la secuestrara, Blanca había aprendido bien lo que era el dolor, la soledad, el abandono y la escasez. Era valiente, fuerte y dura como un pedernal, por eso soportó lo que debió soportar. Tú, Laura, no durarías una semana entre esos bárbaros.

Las palabras de María Pancha la hirieron profundamente, pero no replicó, su criada tenía razón. Tomó la escarcela y el parasol y se encaminó hacia la puerta, repentinamente entristecida y cansada de una discusión que se parecía a un callejón sin salida.

–Laura -llamó María Pancha-. Tu padre y el doctor Riglos están en lo de Javier. Llegaron hoy antes del amanecer. Por favor -dijo, luego de una pausa-, que tu padre no se entere de lo que hay entre tú y Guor. Demasiado que ese demonio de Rosas le haya robado la mujer para que ahora su engendro le quite a su única hija.

–¿Por qué hablas así del hijo de tu mejor amiga?

–¡El hijo de la vergüenza, del odio, de la vejación!

–¡No es cierto! – reaccionó-. Blanca amaba a Mariano Rosas. Nahueltruz es hijo del amor. Tú lo sabes porque la misma Blanca te lo confesó. Ahí lo dice -y apuntó el cuaderno-. ¡Acaso nunca estuviste enamorada que no puedes entender que quiero dejarlo todo por él!

Laura abandonó la habitación con un portazo y María Pancha se dejó caer sobre la silla. Se llevó la mano a la frente y cerró los ojos. Las palabras de Laura le retumbaban en la cabeza y le trajeron a la mente épocas que creía olvidadas.

A lo largo de su vida, María Pancha había tenido muchos amantes, pero sólo un gran amor, y esa mañana, cuando se encontró en la sala de los Javier con el general Escalante, se dio cuenta de que, a pesar de los años y de la distancia, nunca había dejado de quererlo. El día que lo conoció en el vestíbulo del convento de Santa Catalina de Siena logró impresionarla, algo que no le ocurría con frecuencia. No destacaba por lo hermoso sino por lo soberbio e imponente; su gesto imperturbable y hierático la amilanó. Su voz estentórea resonó en el amplio vestíbulo cuando le dijo: «He pagado una buena suma por ti, porque Blanca me lo ha pedido. Te convertirás en su criada y estarás a su disposición día y noche. Aunque sé que te confiere el trato de una amiga, nunca olvides que ella es la patrona».

Escalante era la única persona que la hacía mirar al suelo; incluso esa mañana, en la sala de los Javier, había bajado la vista cuando el general expresó: «Veo que la vida te sigue tratando con tanta suavidad como de costumbre, María Pancha; a mí, en cambio, me está dando una paliza». María Pancha farfulló que ella lo encontraba muy bien, a lo que el general respondió: «¡Nunca has sido buena mentirosa! Dices la verdad aunque sea lapidaria. No seas condescendiente, sabes que me enfurece».

El doctor Javier y doña Generosa contemplaban con reverencia al famoso general de la Nación y no sabían cómo conducirse, ellos parecían las visitas y el general, el anfitrión. María Pancha se cubrió la boca para ocultar la risa;

aunque viejo y desvencijado, Escalante preponderaba fácilmente, era su naturaleza. Blanca también le había temido, y en más de una oportunidad María Pancha se preguntó qué la había llevado a casarse con él. Con respecto a los motivos de Escalante, no le cabían dudas: la amaba locamente, Blanca había sido su única debilidad. Nadie lo comprendía, pero el general había demostrado la inmensidad de su amor el día del ataque de los indios cuando se armó de coraje y decidió matarla para preservarla del horror y liberarla de un calvario; y también por ese inmenso amor la había aceptado luego del rescate, a pesar de la aversión de Selma y de sus amigos, a pesar, quizá, de su propia aversión.

María Pancha no se había hecho ilusiones la madrugada en que Escalante se metió en su dormitorio, se deslizó en su cama y le aferró las carnes con avidez; sabía que lo movían la soledad, los apremios físicos quizá, pero no el amor, porque, aunque la había dado por muerta, su corazón seguía perteneciendo a Blanca. El general no había sido su mejor amante: impaciente, no se tomaba tiempo para explorarla y conocerle los lugares donde a ella le habría gustado sentir sus manos, su sexo, su lengua, sus dientes. Llegaba ciego de deseo y, apurado, la montaba sin miramientos; a veces, muy bebido, la llamaba Blanca. Con tiempo y constancia, María Pancha fue moldeándolo a su gusto y le enseñó prácticas que le demostraron que en el juego y en el retozo previo se hallaba el secreto de la intensidad de lo que venía después.

La felicidad que significó para María Pancha el reencuentro con Blanca se opacó a causa del remordimiento. Recogió sus petates y marchó a lo de don Lorenzo Pardo; con Blanca de regreso, debía escapar de la tentación que representaba el general Escalante. Él, por su parte, se quedó en Ascochinga, abrumado por la noticia, asustado también. Aunque en contra de toda racionalidad, María Pancha vaticinó que, superada la primera impresión, Escalante le pediría a Blanca que regresara a su lado; no le importarían la acrimonia de su hermana Selma ni los consejos de sus amigos ni las miradas displicentes de sus esposas. Él quería a Blanca de vuelta y mandaría al demonio lo demás. En su momento, tampoco resultó una sorpresa para María Pancha que Blanca aceptara.

Supo que las cosas entre Blanca y el general no andaban bien porque,

semanas más tarde, el general intentó entrar en su recámara; ella había echado el cerrojo, y Escalante forzó la falleba en vano. Lo escuchó llamarla repetidas veces y ordenarle que abriera, pero se mantuvo serena y firme y no le contestó: prefería matarse antes que traicionar a la mujer que consideraba su hermana. La noticia del embarazo de Blanca llenó de alegría la vieja y sombría casa y a sus integrantes, en especial a Escalante, que, como nunca, lucía eufórico. María Pancha compartía la expectativa del resto, no sólo porque se trataba del hijo de su mejor amiga sino porque se trataba del hijo del hombre que ella seguía amando en silencio.

Con el alma quebrada, Blanca enfermó gravemente. La melancolía y la nostalgia le consumían las ansias de vivir, y ni siquiera el nacimiento de Agustín pudo redimirla de la pena. El recuerdo del indio y del otro hijo la atormentaban constantemente. ¿Es que ni muertos la dejarían en paz? Con todo, debía aceptar que Mariano Rosas había conseguido de Blanca lo que Escalante jamás había logrado: enamorarla. María Pancha lanzó un suspiro pesaroso y caviló que tanto ella como Blanca habían amado a los hombres equivocados y pagado caro ese error.

—Claro que te entiendo, Laura -dijo para sí, cansada y afligida.

Le vinieron a la mente esas noches de pasión en brazos de Escalante, noches sin conciencia, de entrega libre y gozosa; aunque tampoco olvidaba el dolor que venía a continuación, cuando amanecía y Escalante partía a su habitación y ella quedaba sola, odiando el día y el sol, añorando la noche que, con su oscuridad, emparejaba las diferencias abismales que los apartaban: ella, negra, él, un general de la Nación. Y Laura era la hija de un general de la Nación y Guor, el hijo de un salvaje. María Pancha se juró que preservaría a Laura de ese dolor; la defendería de Guor aunque fuera el hijo de Blanca.

Tomó el cuaderno forrado de cuero. Lo abrió en la primera página y leyó: *Hoy he recibido este cuaderno, además de tinta, plumas y un cortaplumas. Me los trajo Lucero esta mañana...*

Camino a lo de Javier, Laura vio que se aproximaba el coche de Riglos con

Prudencio en el pescante. Como no estaba preparada para enfrentarlo, le indicó a Blasco que se escondieran detrás de una pirca. El coche se detuvo en la cuadra siguiente, a la puerta de lo de doña Sabrina. Sólo Riglos descendió, y Laura barruntó que su padre se había quedado en lo de Javier.

En casa del médico, la llegada del general Escalante había trastornado las rutinas; Blasco se negó a entrar, el doctor Javier debió postergar su ronda porque doña Generosa no deseaba quedarse a solas con “ese perro viejo y gruñón”, y Mario, parapetado en su alcoba, no salió a recibir a Laura como de costumbre. Laura lanzó un suspiro: de acuerdo con lo previsto, la serenidad de los días pasados había terminado.

Llamó a la puerta de la habitación de Agustín y su padre abrió. Habían pasado casi cuatro años desde la última vez que el general visitó Buenos Aires, y tanto Laura como él habían cambiado. Escalante pensó que Laura era más hermosa que su madre, y Laura pensó que su padre, aunque envejecido, aún conservaba el aire arrogante y la elegancia. El largo viaje no había hecho mella en su porte, lucía impecable, con su levita oscura, su plastrón de seda gris perla y su camisa de batista blanca. Más allá del pelo y del bigote completamente encanecidos, del rostro arrugado y de los ojos de mirada vidriosa, su apostura todavía resultaba imponente, la espalda increíblemente erecta y los hombros cuadrados, como si marchara un 9 de julio.

–Buenos días, papá -saludó, y Escalante la encerró en un abrazo y le besó la coronilla.

–¡Estás tan hermosa!

–Gracias por haber venido.

El general se limitó a asentir y se apartó para dar paso a doña Generosa que traía el desayuno; la mujer pidió tantas veces disculpas y permiso que Laura no consiguió refrenar la risa.

–El doctor Javier y doña Generosa le salvaron la vida a Agustín -manifestó Laura, y los mofletes de doña Generosa se tiñeron de rojo-. Lo sacaron del

convento, lo trajeron acá y lo atendieron como a un rey.

–Mejor que a un rey -corrigió Agustín.

–Muchas gracias -dijo Escalante, y le tendió la mano-. Desde ahora, usted y su esposo no sólo cuentan con mi más profundo agradecimiento sino con mi amistad y respeto.

–El padrecito Agustín se merece esto y mucho más -aseguró doña Generosa.

Aunque Escalante no había tenido oportunidad de conversar con su hijo, decidió retirarse a descansar; la gota que lo había postrado en Córdoba no desistía y la rodilla inflamada comenzaba a molestar. Por el momento ya sabía lo que más le importaba: su hijo no moriría de carbunco; más tarde enfrentarían los fantasmas que los habían distanciado durante años. Doña Generosa le indicó el camino hacia su recámara y el general marchó apoyado en su bastón.

–¿Estás feliz? – quiso saber Laura, a solas con su hermano.

–Muy feliz.

La mañana transcurrió como de costumbre, silenciosa y tranquila; Agustín dormitó mayormente, al igual que el general Escalante, y Laura, al no contar con la compañía de Blanca Montes y sus memorias, rezó el rosario y leyó *Excursión a los indios ranqueles*. Por fin, se quedó dormida en la silla con el libro sobre la falda. Al mediodía, la despertaron las voces del general Escalante y del padre Donatti que se saludaban en la sala. También reconoció las de María Pancha y Julián Riglos. Se arregló el peinado y se alisó la falda antes de dejar la habitación. Al verla, Julián se acercó precipitadamente, pero se controló de inmediato y le tomó las manos. La notó cansada, con aureolas en torno a los ojos y las mejillas consumidas.

–Gracias por haber traído a mi padre, Julián -expresó Laura; se paró en puntas de pie y lo besó en la mejilla.

–Te eché muchísimo de menos -le susurró él muy cerca del rostro.

Laura le sonrió tímidamente, mientras se desembarazaba de sus manos. María Pancha, atenta al intercambio, le lanzó un vistazo severo. Laura esquivó la mirada y se interesó, en cambio, en su padre y en Marcos Donatti, que parecían haber olvidado las rencillas del pasado, se palmeaban la espalda y mencionaban viejas épocas. Llegó el doctor Javier y se unió a la algarabía.

–Tienes una hija digna del apellido que lleva -manifestó el padre Donatti-. Tan testaruda y determinada como tú, José Vicente. Llegó a Río Cuarto en contra de toda probabilidad y, lo que es más increíble, logró arrastrarte hasta aquí. ¡Eso sí que pocos lo hubiesen logrado!

–El mérito es exclusivamente del doctor Riglos -corrigió Laura-, que viajó para convencerlo.

Doña Generosa anunció el almuerzo y los comensales se encaminaron hacia el comedor. María Pancha salió al paso y aferró a Laura por la muñeca.

–Toma -y le entregó el cuaderno de Blanca Montes, el ponchito y el guardapelo-. Es hora de que se los des a Agustín. Tú y yo hablaremos más tarde; ahora ve a comer, te esperan.

–Tú ve a comer. Yo me encargo de Agustín.

–¿Vergüenza de mirar al doctor Riglos a los ojos? – sugirió María Pancha.

Laura bajó la vista y asintió.

–No quiero lastimarlo.

–Pero lo lastimarás. No sólo a él, a muchos más. Tú incluida.

–Eres cruel.

–Ahora, quizá. Más tarde me lo agradecerás. Vamos, no te quedes ahí

papando moscas que Agustín puede necesitar algo.

El padre Erasmo se marchó a la mañana siguiente y, a pesar de que prometió regresar, me dije que no volvería a verlo. Acostumbrada a su compañía, los días volvieron a ser aburridos. Pensaba constantemente en Agustín, en Nahueltruz y en Mariano, y trataba de convencerme de que, no obstante mi enfermedad, debía sentirme dichosa, pues ellos estaban bien. Al final del invierno, recibí carta de Escalante donde me informaba que partía rumbo a Europa; interponía que debía controlar sus inversiones en Londres, en manos de su amigo y agente, lord James Leighton.

En la década del veinte, al estallar la guerra civil entre unitarios y federales, Escalante calculó que, con ejércitos de forajidos surcando el territorio de norte a sur y de este a oeste, no pasaría mucho antes de que las estancias y los campos quedaran esquilados. Él argüía que, como no se trataba de ejércitos regulares sino de caudillos con sus matones, se comportarían como bestias y no con el honor de militares de carrera. «Terminarán por desangrar al país», presagiaba. A excepción de la estancia en Ascochinga y de la casa en Córdoba, vendió las demás propiedades (el campo de Río Tercero donde criaba mulas y el de Bragado, en la provincia de Buenos Aires, donde tenía vacas), y viajó a Londres para entrevistarse con amigos de la Logia, Gran Oriente, entre ellos lord Leighton, que le aconsejaron variadas inversiones, desde oro y diamantes en el sur del África a especias y sedas en la India y en la China. La más acertada resultó una mina de hulla al norte de Inglaterra, que rendía succulentos dividendos. Aunque riquísimo, Escalante no tenía límites en su ambición; dedicaba la mayor parte del día a responder cartas en inglés, analizar gruesos informes y escribir cifras en mamotretos.

Juzgué inoportuno el viaje, no tanto por mi precaria condición sino por Agustín, que de repente se vería privado de ambos padres. Rompí la carta y arrojé los pedazos al fuego. Calculador como siempre, Escalante se marchaba para atender sus negocios, dejaba solo a nuestro hijo y ni siquiera tenía la decencia de comunicarme su viaje personalmente; no me había visitado una vez y ésa era la primera carta que me escribía. El enojo me arrancó lágrimas y maldiciones. Pensé en escribirle, en rogarle que no

se marchara, pero desistí inmediatamente. Carecía de ascendencia sobre el general, que hacía y deshacía a voluntad. Me había confinado en ese exilio con el mismo desapego de quien arrumba un trasto viejo en el sótano. Su soberbia me resultó intolerable, se atribuía derechos de vida y muerte sobre mí y le importaban bien poco mis sentimientos.

Ese mismo día, al atardecer, una calma inusual se apoderó de mi espíritu, tal vez a causa de los efectos del opio, quizás a causa de la puesta del sol y de la silueta recortada de los eucaliptos sobre el rosado furioso del cielo, que me dedicaba a admirar sentada frente a la ventana. Me dije: «La vida no ha sido tan injusta conmigo después de todo. He conocido el amor de un hombre y lo que es amar a un hijo». Experimenté satisfacción. No me resentiría con Escalante por su viaje a Europa como tampoco le achacaría mi enfermedad ni ese exilio que, no obstante detestable, yo misma aceptaba para no arriesgar la salud, de Agustín. Con todo, lo envidiaba. Envidiaba a Escalante porque veía, a diario a nuestro hijo, porque lo besaba, le hablaba y lo escuchaba hablar, porque lo levantaba en brazos y lo veía caminar. Ciertamente, yo había conocido el amor y entre mis memorias existían momentos dichosos que me hacían sonreír; pero la vida me negaba lo más preciado: ver crecer a mis hijos y envejecer junto al hombre amado.

Poco a poco el invierno dio paso a la primavera, que se apoderó del paisaje de Ascochinga para embellecerlo. Si me sentía con fuerzas, solía aventurarme del brazo de María Mercedes más allá de la galería. Ella me mostraba el jardincito que cuidaba con Roberta, su cuñada, y me llevaba incluso hasta la zona del huerto de Simona donde los árboles frutales eran enormes ramos de flores. Le pedía a María Mercedes que arrancara azahares, flores del duraznero, del albaricoquero y del manzano para el jarrón de mi habitación. En la galería, las ramas de las glicinas casi tocaban el empedrado, pesadas de flores, y perfumaban la sala, donde me gustaba pasar la mayor parte del tiempo. Aunque el doctor Allende Pinto hacía hincapié en lo perjudicial de las corrientes de aire, a mí me gustaba abrir las puertaventanas y, apoltronada en el sillón, dejar que la brisa me acariciara el rostro y me volara el pelo.

Una tarde especialmente agradable, don Ariel apareció en la sala y se quitó la boina para saludarme. «Alguien la busca, señora, – anunció-. Un

coronel del Ejército de la Confederación dice que quiere hablar con usted». Acostumbrada a que grupos de soldados, tanto del bando Federal como del Unitario, se presentaran en la estancia solicitando víveres y peones, le indiqué a don Ariel que le entregara una vaca, un chanco y algunas gallinas y que le dijera que no podía hacer leva de peones porque prácticamente no quedaba ninguno. Don Ariel regresó al cabo y volvió a quitarse la boina para referirme: «Este coronel dice que no quiere vacas, ni gallinas ni nada, señora. Dice que quiere hablar con la patrona. Está solo», agregó, y levantó las cejas en una mueca de extrañeza. A punto de indicarle a don Ariel que despachara al insistente coronel, se me ocurrió que quizá traía noticias de Córdoba. María Mercedes me arregló el peinado, me acomodó la bata y el peinador, mientras don Ariel conducía al militar a la sala.

Lo reconocí de inmediato, a pesar del uniforme y de que estaba más flaco. Me puse de pie y alcancé a balbucear su nombre. El tiempo se suspendió en un segundo infinito. Ahí estábamos los dos después de tanto tiempo, frente a frente, mirándonos. No sonreíamos, no hablábamos, ni siquiera atinábamos a saludarnos. Nos mirábamos, y si mi aspecto lo había golpeado, se cuidaba bien de demostrarlo. Un llanto que me trepaba por la gargarita me agitó la respiración, y debo de haberme puesto muy pálida porque María Mercedes se acercó con premura, me tomó por los hombros y me obligó a sentarme, mientras le ordenaba a don Ariel que trajera de la cocina vino tibio con azúcar. Mariano se arrodilló frente a mí y me tomó las manos.

«Estoy fea», fue lo que se me ocurrió, y él, sonriendo, negó varias veces con la cabeza. Resultaba evidente que no podía hablar. Apareció Simona con la copa de vino y María Mercedes me urgió a beber unos sorbos. «Está bien, Mercedes, – dije, y aparté la copa-, pueden retirarse nomás». Don Ariel, difidente, me miró, luego miró a Mariano y, sin apartar la vista de él, insistió: «¿Está segura, señora Blanca, que no quiere que nos quedemos?». Por fin, se fueron.

Mariano se sentó a mi lado y me dijo: «He venido para llevarte a casa, con tu gente». Una alegría inefable me expandió el pecho y asentí con decisión, de pronto aliviada, como si alguien me hubiese redimido de una condena

que ya no podía seguir cumpliendo. Mariano me redimía, él me salvaba una vez más. Quiso besarme, pero yo le aparté la cara. «No, – musité-, es peligroso, estoy enferma». Él me tomó el rostro entre las manos y apoyó sus labios suavemente sobre los míos. Hacía tiempo que no experimentaba ese deseo, mero deseo del cuerpo de él, de él dentro de mí, de su fuerza y vigor en contraste con mi sumisión e inferioridad. Le eché los brazos al cuello y le entregué mi boca. El beso se volvió febril y exigente, y me complació que Mariano me besara libremente, sin prejuicios ni miedos, con el descaro de siempre; terminamos agitados, desconcertados.

«¿Y su promesa? ¿Se olvidó que le prometió a su padre y a los demás Loncos que no volvería a poner pie en suelo cristiano?». Sonrió condescendentemente, mientras me acariciaba la mejilla, y usó mis propias palabras para replicar: «Si tanto me conoces, ¿cómo pensaste que no violaría mi promesa por ti?». Le dije que lo amaba, que había deseado morir cuando lo creí muerto, que añoraba Tierra Adentro porque era su tierra, que necesitaba regresar a las tolderías donde él me había hecho suya tantas veces, donde había nacido mi hijo, donde quería morir. Le caían lágrimas que yo barría con la mano y secaba con besos. «Sólo Dios sabe cómo puedes amarme después de todo lo que he hecho contigo». Aunque había cerrado los ojos, las lágrimas seguían bañándole el rostro moreno y se notaba que hacía un esfuerzo para no llorar como un niño. Se torturaba inútilmente cuando hacía tiempo que yo había olvidado y perdonado. No le había concedido el perdón en un acto consciente y meditado, se había tratado simplemente de una consecuencia del amor que sentía por él. Sus remordimientos me resultaron desmedidos. Lo acuné en mis brazos y lo convencí de que no lamentaba, de que jamás lamentaría, haber ido a “El Pino” y paseado con tanto descaro esa mañana junto a Rosa del Carmen y a María Pancha por la zona de los peones a sabiendas de que mi esposo jamás lo habría aprobado.

Hablamos de Nahueltruz, y Mariano sació mis ansias y mi curiosidad con largueza. «Nahueltruz sabe que vine a buscarte; quería venir, pero no se lo permití, el viaje era demasiado largo, no lo habría resistido. Se quedó con su abuela. Me pidió que te diera esto». Me entregó un caballito tallado en madera de algarrobo y me explicó que se trataba de su juguete favorito. «Se lo talló Epumer; Nahueltruz lo lleva siempre a cuestras, día y noche;

duerme con el caballo y con Gutiérrez, esos tres siempre andan juntos». Me emocionó que Nahueltruz se hubiese desprendido de un objeto tan valioso para dármele a mí, una madre que sólo existía en su mundo de fantasías. Besé el caballo como si se tratara de las manitas trigueñas de uñas sucias de mi hijo. «Nahueltruz es lo más valioso que tengo», me confesó Mariano con acento triste, y yo lo corregí: «Nahueltruz es lo más valioso que tenemos».

A pesar de que Simona y María Mercedes acostumbraban a cenar conmigo (a veces don Ariel se nos unía), esa noche, con tacto, me dejaron a solas. Antes de la cena, Mariano se retiró a una habitación para asearse y descansar. Regresó cuando Simona servía. Llevaba el atuendo con el que lo recordaba: un chiripá, un poncho liviano y las botas de potro, y se había soltado el cabello, que le rozaba los hombros. Lo encontré irresistiblemente atractivo y, a pesar de que lo noté más delgado, su cuerpo seguía ostentando esa estructura atlética y juvenil. Yo me había arreglado para él. María Mercedes me ayudó a cambiarme y, por primera vez en mucho tiempo, no cené en camisón y bata sino con vestido y mantilla. A sabiendas de que el color azul Francia me sentaba bien (en especial por el contraste con mi cabello oscuro), le pedí a María Mercedes que sacara del ropero el vestido en esa tonalidad y lo oreara en la galería cerca de las glicinas. María Mercedes me trenzó el cabello y lo enroscó a la altura de la nuca con cintas de raso del mismo color. Me perfumé generosamente y me maquillé, porque de repente me había apabullado mi palidez.

Mariano esperó que Simona se retirara para dejar su silla y acercarse. Me besó la nuca y me susurró: «Eres la mujer más hermosa que conozco». Trajo su plato, sus cubiertos y su copa, y se ubicó a mi lado. Comió con avidez, era un deleite verlo saborear la comida y notarlo tan saludable; yo, en cambio, hurgué el plato y no me llevé el tenedor a la boca ni una vez. Se preocupó por mi inapetencia y me rogó que comiera. «No quiero nada excepto a ti», manifesté, para evitar el tema, de mi enfermedad. Esa noche, Dios me la había concedido sólo para cosas gratas.

Le pregunté adonde había conseguido el uniforme de coronel federal con el que se había presentado esa tarde y le extrañó que no recordara que había sido de los presentes de su padrino. «Creí mejor aventurarme con ese

uniforme por si me topaba con la milicia», explicó, y me pareció razonable. A continuación hablamos del padre Erasmo, que había regresado a Tierra Adentro para entregarle personalmente mi carta, que él atesoraba en su caja de madera. Me contó muchas anécdotas, y no me olvidé de preguntar por cada uno de los amigos que había dejado en Leuvucó. El primero, Gutiérrez. «Siente mucho tu falta. Desde que no estás, se volvió tranquilo y aplastado. Aunque el pobre sigue soportando con valentía los caprichos de tu hijo, que lo quiere por sobre todas las cosas». Demasiado felices para afrontar cuestiones que, sabíamos, nos lastimarían, en silencio sellamos un pacto y ninguno abordó el tema de Escalante ni de mi hijo Agustín ni de la tisis.

Luego del postre, María Mercedes se presentó en el comedor y sugirió que me retirase a descansar. «Ha sido un día muy largo para usted, señora Blanca, mejor se recuesta. Ya es la hora de la medicina». Por cierto, mi cuerpo no acompañaba la dicha ni los anhelos de mi espíritu. Repentinamente sentí el cansancio como un saco pesado que me habían echado a los hombros. Mariano se puso de pie y me ayudó a incorporarme. Un mareo me obligó a buscar la seguridad de su pecho; él me aferró posesivamente, provocándome una oleada de complacencia. Nos despedimos en el corredor antes de que Mariano entrara en su dormitorio.

Solas en mi recámara, María Mercedes me preguntó: «¿Se va a ir con él?». Le respondí que sí, y la muchacha se cubrió el rostro y se echó a llorar. «Discúlpeme, señora Blanca. Debería estar contenta por usted, porque se la ve feliz, pero vamos a extrañarla mucho». Le hice ver que, tarde o temprano, habríamos tenido que despedirnos, mi enfermedad me marcaba el tiempo y lo hacía implacablemente. A pesar de la aflicción de María Mercedes, yo me encontraba demasiado contenta y esperanzada para entristecerme. Dejé la cama, había algo importante que hacer; me senté en el tocador para escribir a María Pancha y a tía Carolita. Palabras más, palabras menos, a las dos les expliqué lo mismo: quería ver a mi hijo Nahueltruz antes de morir. A María Pancha le encomendé además una misión difícil: informarle mi decisión al general Escalante cuando regresara de Europa. Mientras escribía las cartas, me decía: «Ésta es la despedida»; ellas pensarían igualmente mientras las leyesen. Les encomendé a mi hijo Agustín y les pedí que le hablaran de mí, que le

dijeran que lo amaba. Me sequé las lágrimas y lacré los sobres. Se los entregaría a Benigno a la mañana siguiente.

Aunque débil y un poco dolorida, ansiaba correr al dormitorio de Mariano y entregarme a sus brazos. Pensé que quizás él dormía, extenuado después de un viaje tan largo; pero me volví egoísta, ni siquiera reparé en mi enfermedad y sólo me importó esa necesidad de él, de sentir el peso de su cuerpo sobre el mío, de recibir sus besos y caricias, sus palabras de amor. Caminé hasta su habitación guiada por una fortaleza que no nacía de mi cuerpo. Alertado por el chirrido de los goznes, Mariano saltó de la cama y salió a recibirme. «Deseaba tanto que vinieras a mí esta noche», susurró sobre mis labios, y me condujo hasta la cama. Debió encontrarme delgada y frágil, pues me tomaba con miedo. Encendió una vela y nos contemplamos largamente en silencio; sus ojos azules se habían vuelto negros y, aunque no me tocaba, percibí que me deseaba tanto como yo a él.

Sus manos inusualmente tímidas me quitaron la bata y yo me deshice de su camiseta. Le pedí que volteara, quería ver su herida, la del lanzazo. Se la recorrí con la punta del dedo y se la besé muchas veces, como si con mis besos pudiera borrar el sufrimiento que debió de haber padecido. «Lo siento tanto», dije, y él se volvió para mirarme. «Fue el justo castigo por lo que hice contigo; quizás ahora que lavé mis culpas, pueda reclamarte con derecho». Me asombró que lo interpretara de ese modo cuando yo estaba convencida de que se había tratado del más duro revés.

Me tumbó sobre la cama. Sus labios descendieron sobre mi boca, y el beso abrió las puertas a una pasión osada y turbadora. Dejamos de lado remordimientos y temores para amarnos libremente, con absoluta entrega. Se trató de un momento mágico, nos encontrábamos en un mundo donde no existían dolores físicos, debilidades ni tristezas; éramos jóvenes, irresponsables, arrojados y muy felices. Cuando terminamos, él, risueño, comentó: «Es la primera vez que te hago el amor en una cama». Dormí profundamente entre sus brazos y no desperté sacudida por un ahogo o un vómito de sangre. Abrí los ojos y lo vi de pie junto a la cabecera; me contemplaba con dulzura. «Vamos a casa», le pedí, y él asintió.

Partimos dos días más tarde en la carreta cubierta con hule que don Ariel y

Mariano prepararon para mí, repleta de jergones, mantas, víveres y mis arcones. María Mercedes me recordó los horarios de las medicinas y me entregó una canasta con botellas de cordial, pastillas de alcanfor, jarabe de eucalipto y el sinfín de potes y frascos que se habían juntado con el tiempo. Sacaron la carreta de la boyera, Mariano ató a Curí Ñancú en reata y emprendimos el viaje. Las siluetas de Simona, don Ariel, María Mercedes y Benigno permanecieron cerca de la galería agitando sus manos hasta que viramos hacia el sur y los perdimos de vista. Nunca voy a olvidarlos.

Terminado el almuerzo, Escalante acompañó al padre Donatti hasta el recibo y luego se encaminó a la habitación de su hijo. Abrió con cautela, y ni Agustín ni Laura lo notaron. Agustín dormía; Laura leía. «Son lo más valioso que me dio la vida», se dijo, y por primera vez aceptó que estaba viejo, que, por orgullo y necedad, había perdido un tiempo valioso, que no se volvería a separar de sus hijos y que, sobre todo, haría lo que estuviera a su alcance para verlos felices.

Concentró su atención en Laura. Leía apaciblemente, sentada de perfil. Se le antojó delicada y diáfana como una figurita de porcelana. El cabello, recogido en la nuca, revelaba una oreja perfecta, pequeña, con un aro de perla-madre, y un cuello delgado y blanco como el de Magdalena. Se acordó de cómo le había gustado besar el cuello de Magdalena, invariablemente perfumado con loción de gardenias. No debería haber permitido que Magdalena lo abandonase y apartase a Laura de su lado. Pero admitía que jamás había hecho nada para que Magdalena permaneciese junto a él; es más, poco a poco, con sutilezas que ella sabía interpretar, la había apartado y levantado un muro infranqueable entre ellos.

Es que nunca había podido olvidar a Blanca Montes; su amor-odio por ella lo carcomía, lo volvía irracional, lo cegaba y no le permitía ver que la vida continuaba y que le había dado una nueva oportunidad junto a Magdalena. Cerró los ojos y suspiró. Había amado a Blanca Montes desesperadamente y, como nunca logró que se le entregase en cuerpo y alma, su recuerdo había terminado por convertirse en el más amargo de todos. A veces le parecía que sus memorias estaban llenas de ella.

Se fijó en Agustín, que aún dormía, y se acordó de aquella tarde en el despacho cuando su hijo le reclamó tantas mentiras y él se comportó como un patán. La versión en inglés de *Constituciones*, de Andersen, que le habían regalado sus hermanos de la Gran Logia cuando se inició en la francmasonería allá por el 30 en Londres, había llevado a Agustín a hurgar los cajones de su escritorio. Juan Miguel Allende Pinto, hijo del doctor Allende Pinto, le juró a Agustín que el general Escalante era masón; Agustín, católico practicante, le juró que no. Hicieron una apuesta. La tarde siguiente, se metieron furtivamente en el despacho del general en busca de las famosas bases de los francmasones. Las encontraron. Agustín perdió la apuesta. Pero del libro elegantemente forrado en cuero verde cayó un sobre amarillento que atrapó más la atención de Agustín que el contenido mismo de las *Constitutions*. Le pagó la apuesta a Juan Miguel y lo despidió. De inmediato, cerró la puerta del despacho y abrió el sobre.

Viva la Santa Federación

y su Caudillo, Juan Manuel de Rosas

Leuvucó, 19 de enero de 1852

Estimado General Escalante,

El cuatro del corriente falleció Blanca y creí mi deber avisarle. Sepa que lo hizo serenamente y sin dolor. Sus últimos pensamientos fueron para su hijo Agustín. Le pidió al padre Erasmo Pescara, el portador de esta misiva, quien estuvo con ella hasta el final, que le entregara a su hijo el poncho que ella misma tejió para él y la carta, ambos adjuntos a la presente. Sin otro particular, su servidor,

Mariano Rosas

Agustín leyó y releyó y hasta se le ocurrió que el tal Mariano Rosas se refería a otra Blanca y a otro Agustín. No obstante, una fea sensación en la boca del estómago le advertía lo vano de aquella presunción. De pronto tuvo la certeza de que se había asomado al abismo de su propia historia. A

él le habían contado una bien distinta: su madre había muerto poco tiempo después de darlo a luz. Ciertamente que tendría que haber sido ciego y sordo para no darse cuenta de que, en lo referente a su madre, había gato encerrado, cuando la simple mención de su nombre provocaba miradas significativas, mohines y entrecejos apretados. Tampoco habían escapado a su alcance comentarios infames que aseguraban que Blanca Montes había abandonado al general por otro hombre, que era una mala mujer, licenciosa y ladina, y que el general había sido afortunado al sacársela de encima. María Pancha y tía Carolita negaban las acusaciones con una firmeza que no dejaba lugar a dudas. Ellas eran las personas que él más quería y en quienes más confiaba, les habría creído así le hubiesen aseverado que esa mañana el cielo había amanecido de color verde. La extraña misiva, expedida en Leuvucó -¿una localidad en la provincia de Buenos Aires, quizá?-, lo embargó de dudas tan atroces que ya ni siquiera sabía si confiar en las mujeres que lo habían criado y querido como a un hijo.

El general entró campante en su despacho y se topó con Agustín que leía con extrema concentración una hoja avejentada. Las *Constitutions* estaban sobre su escritorio. Supo, entonces, que había llegado el momento de enfrentar la verdad meticulosamente celada todos esos años.

—La Blanca a la que hace referencia esta carta, ¿era mi madre? — El general asintió y cerró la puerta—. ¿Quién es Mariano Rosas? ¿Qué tuvo que ver con ella?

Escalante le indicó a su hijo que tomase asiento. Para darse ánimos, llenó dos copas con brandy; le pasó una a Agustín antes de acomodarse en el sofá. No habló de inmediato, temía que le fallara la voz. Ahora que repasaba con calma aquella tarde, podía afirmar que se había tratado del momento más duro de su vida, más duro que el cruce de los Andes, que la batalla de Cancha Rayada o que la pérdida de Blanca a manos de los indios. Porque en aquellas instancias no había experimentado miedo; furia, odio, ansias de gloria, de poder, de venganza, pero no miedo. Esa tarde, frente a la mirada entre expectante y afligida de su adorado Agustín, el miedo lo convirtió en algo que nunca había sido: un cobarde. Carraspeó nerviosamente y explicó que se remontaría al 40, meses después del matrimonio con Blanca. Habló lenta y pausadamente y se cuidó de no pasar

por alto detalle alguno, aunque omitió el intento de matar a Blanca el día del ataque; lo llenaba de vergüenza. Agustín lo escuchó sin interrumpirlo, el gesto impasible, difícil de interpretar. Al terminar, Escalante se echó al coleteo el último trago de brandy y aguardó el veredicto.

Ese día, Agustín, usualmente manso y tolerante, mostró una faceta más parecida al endemoniado carácter de él que al de su madre, que siempre lo caracterizaba. Le reclamó, primero, que no hubiese sido él sino tío Lorenzo quien la rescató. Segundo, que la hubiese «echado» -esa fue la palabra- de la casa de Córdoba y enviado a Ascochinga «a morir sola como una perro». Por último, le reprochó que no se la recordase debidamente y con respeto, que se la mencionara en voz baja y con desprecio y que no hubiese un solo retrato de ella en toda la casa.

—¡No conozco el rostro de mi propia madre! — prorrumpió, y Escalante abrió un armario que mantenía bajo llave y sacó el óleo que le había hecho pintar a Pueyrredón.

Agustín lo contempló largamente. El silencio se tornó insondable, como si la casa se hubiera vaciado de repente. Escalante acompañó a su hijo en la misma contemplación admirativa de Blanca Montes en la que él caía frecuentemente, en la que lo había sorprendido Magdalena hacía poco y que todavía no le perdonaba; se había mudado al cuarto de huéspedes.

—Quise mucho a mi prima Blanca -le espetó en esa oportunidad-, pero ahora yo soy su mujer y no soporto que un fantasma se interponga entre nosotros.

Agustín bajó el retrato y se volvió para preguntar a su padre:

—¿Dónde está el poncho y la carta que mi madre mandó con el padre Erasmo?

—No los tengo -admitió el general, con miedo.

—¿Cómo que no los tiene?

—El poncho se lo devolví al padre Erasmo y la carta... La carta la quemé -

admitió, y se alejó de Agustín-. No quería que supieras que ella había estado con los indios.

Se dijeron cosas muy feas y Agustín abandonó la casa después de jurarle al general que no volvería a verlo. Marchó al único lugar adonde podía recurrir: al convento de San Francisco, al padre Marcos Donatti, su amigo.

Escalante sacudió la cabeza, arrepentido de tanta tozudez y amor propio mal entendido. Ahora que reflexionaba, quizá lo que más lo había enfurecido aquella tarde en su despacho había sido la verdad que implicaban los reclamos de su hijo, una verdad que él no se encontraba listo para admitir, porque no soportaba siquiera la mera suposición de que le había causado daño a la mujer que más había amado. Entonces, acorralado y herido, hizo lo que mejor sabía hacer: gritar y pelear como en el campo de batalla. Agustín también había sido duro e implacable y hasta le había insinuado que la enfermedad de su madre era culpa de él, por haberla apartado, rechazado y expuesto al odio y desprecio de los cordobeses, que sabían ser inmisericordes cuando se lo proponían. A Blanca no le había quedado otra salida que dejarse morir. Por último, le reclamó los años de mentira y simplemente le dijo que lo odiaba por haber rechazado el poncho y quemado la carta, los únicos recuerdos de su madre.

Durante los primeros días en el convento de San Francisco, Agustín llevó una vida de asceta: ayunaba, sólo dejaba la celda para la misa después de maitines y se dedicaba a meditar y a rezar. Semanas más tarde, cuando admitió a la desesperada María Pancha, no le sirvieron de nada las horas de meditación y ayuno porque arremetió contra ella con la misma fiereza con la que había devastado al general. María Pancha, sin embargo, supo tomar la rabia y el dolor de Agustín y convertirlos en un llanto de niño que lo alivió por completo. Al notarlo más sosegado, María Pancha comenzó a hablar y esclareció cuestiones que aún permanecían en tinieblas, aunque no borró del corazón de Agustín el odio, la angustia y la tristeza.

Escalante terminó de cerrar la puerta y avanzó en puntas de pie. Laura guardó con nerviosismo el cuaderno en su escarcela y su padre se figuró que se trataba de un libro que contaba en los listados del Index, de esos que le ponían los pelos de punta a doña Ignacia. La besó en la frente y le

preguntó cómo estaba Agustín, si había comido y si lo había notado bien de ánimos.

–Estoy bien de ánimos -respondió el propio Agustín, con una sonrisa.

–Pensé que dormías -dijo Laura.

–Rezaba.

Laura dejó la silla y ayudó a su hermano, que deseaba incorporarse; le calzó las almohadas en la espalda y le acomodó la chaqueta del pijama. Escalante ocupó la silla y, mientras miraba a Laura asistir a Agustín, se maravilló del cariño que existía entre sus hijos. Era afortunado por eso también.

–Laura -habló Escalante-. Ve a la cocina a ayudar a doña Generosa y a María Pancha con la vajilla. Yo me quedo con tu hermano.

–Sí, papá.

Laura cerró la puerta y Escalante acercó la silla a la cabecera. Puso su mano sobre la de Agustín y le sonrió.

–Durante el almuerzo, el doctor Javier nos contó lo que hiciste por su hijo cuando los indios lo cautivaron. Me sentí orgulloso de ti -agregó, con una palmeada.

–Lo cierto es que Mario iba a ser devuelto sin mi intervención. Nahueltruz Guor, hijo del cacique Mariano Rosas, se enteró de que Mario Javier era hijo del doctor Alonso Javier. Ese nombre significaba mucho para él.

–¿De veras? ¿Por qué?

–El doctor Alonso Javier fue quien atendió a mamá cuando tío Lorenzo la rescató. Estaba embarazada y, al caer del caballo en el jaleo del rescate, sufrió un aborto. Casi muere desangrada. Tío Lorenzo la trajo a Río Cuarto y la hizo atender por el único médico de la región, Alonso Javier. Él le salvó la vida. Quizá mi madre haya reposado en esta misma habitación.

Se quedaron en silencio. Evidentemente, el general Escalante no asimilaba toda la información.

–¿Cómo dijiste que se llama el hijo del cacique Rosas?

–Nahueltruz Guor.

–¿Qué tenía que ver él en el asunto? – preguntó Escalante, espantado ante la posibilidad.

–Nahueltruz Guor es hijo de mi madre, es mi medio hermano.

No había nada que hacer: el fantasma de Blanca lo rondaría hasta el último suspiro de vida, lo sorprendería y atormentaría sin pausa. Luego del rescate, nunca tuvo valor para enfrentar a Blanca y preguntarle acerca de sus años entre los salvajes, menos aún qué clase de vejámenes había soportado. Se dijo que habría sido actitud de hombre con las pelotas bien puestas hablar de esos temas para ayudarla a superar el dolor y sanar las heridas. Él, en cambio, escondió la cabeza como el avestruz e hizo de cuenta que todo marchaba bien, cuando, en realidad, su esposa se consumía de pena frente a sus ojos. Ya lo sabía: si de Blanca Montes se trataba, él se convertía en un cobarde. Incluso en ese momento, frente a la mirada de su hijo, se encontraba tentado a desviar el tópico y preguntarle acerca del clima.

–Antes de morir -retomó Agustín-, mi madre habló mucho con Nahueltruz y le contó sobre las personas y los hechos de su vida. Conozco a mi madre a través de mi hermano.

Cada vez que Agustín se refería al hijo de Blanca como “mi hermano” a Escalante le ardía el estómago.

–¿Usted quiso a mi madre? – soltó Agustín, y Escalante se pegó al respaldo de la silla, como si hubiese recibido una bofetada.

–Tu madre...

Carraspeó, nervioso. De nuevo le vinieron ganas de hablar del clima. Pero, ¿para qué carajo había hecho ese viaje de locos hasta Río Cuarto, con una rodilla que lo estaba matando, si no se sacaba la careta y hablaba la verdad? Levantó la vista y el rostro de su hijo lo serenó. Agustín poseía la mirada dulce de Blanca, ¿por qué le temía, entonces?

—Quise muchísimo a tu madre, Agustín, pero con este carácter de los mil demonios que tengo nunca supe demostrárselo. Blanca era suave y delicada, rara vez levantaba el tono de voz, hablaba como susurrando, se movía con el sigilo de un gato, y yo... No hace falta que te diga cómo soy yo. La conocí en casa de tu tía Carolina, la acababan de sacar del convento adonde tu tía Ignacia la había mandado a encerrar después de la muerte de tu abuelo Leopoldo. Tenía el cabello más negro, la piel más blanca y los ojos más grandes que había visto. Descubrí que no era sólo hermosa, sino inteligente y culta; tenía conocimientos de medicina que me sorprendieron. Había sido la enfermera de tu abuelo Leopoldo y así había aprendido el oficio. Ella, sin embargo, pensaba que por no saber francés no estaba a la altura. ¡Qué idea! Lo cierto es que la amé desde ese primer día, en casa de los Beaumont. Y creo que nunca dejé de amarla. No pretendo que comprendas por qué traté de borrarla de mi vida y, por supuesto, de la tuya. La verdad es que le temía a su recuerdo, aún le temo. Temo el efecto que provoca en mí, lo mal que me hace. Hay remordimientos también que me torturan. Me comporté como un patán cuando no intenté rescatarla de los indios y también al alejarla de casa cuando enfermó de tisis. Por lo primero, fui un energúmeno que permitió que el orgullo de macho le trastocara los principios y los valores. Por lo segundo, fui un cobarde, me daba pavora que te contagiase. Con todo, no es excusa. Blanca era mi esposa, tu madre, y yo la aparté de su hijo y la dejé sola como un perro, como alguna vez me echaste en cara.

—¿Ella me quería? — preguntó Agustín, con la inocencia de un niño.

En ese instante, el general comprendió el daño que le había infligido a su propio hijo. El muchacho hasta tenía dudas del cariño de su propia madre, que había sido inmenso, él era testigo.

—Te adoraba, hijo. Eras su vida, su refugio, su todo.

–Entonces, ¿por qué se fue a Ascochinga? ¿Por qué no se enfrentó a usted y dijo que se quedaría por mí?

–Justamente, se fue porque prefería desprenderse de ti, lo que más amaba, antes que poner en riesgo tu vida. Cuando ella enfermó, eras tan pequeño y vulnerable, y Allende Pinto nos alertó de los riesgos; nos dijo que nosotros, los adultos, no corríamos tantos como tú, que eras sólo un bebé de meses. Siendo sacerdote, no hace falta que te recuerde ese pasaje del Antiguo Testamento donde Salomón dirime una disputa sobre un niño que reclaman dos mujeres.

–No, claro que no -aceptó Agustín-. La verdadera madre prefería entregarlo a la otra mujer antes de que su hijo sufriera ser partido en dos.

–De todos modos, aquí el único culpable soy yo, que la aparté por completo de sus afectos, la borré de mi vida, nunca fui a visitarla, me marché a Europa sabiendo que podía morir de un momento a otro y jamás le permití que volviera a verte siquiera a distancia prudente. Fui una bestia, un monstruo, no tengo perdón, no tengo perdón. – Escalante bajó el rostro y Agustín le aferró la mano-. Sí, la aparté de mí y de ti deliberadamente - exclamó-, y lo hice por venganza, por celos, porque sabía que Blanca no me amaba, porque sabía que había dejado algo en Tierra Adentro que no podía olvidar, algo que la amargaba y no le permitía volver a ser mía por completo.

Agustín nunca había visto llorar a su padre y, a pesar de que lo afectaba sobremanera, lo dejó hacer en silencio, sin pronunciar palabra: el general Escalante debía despojarse del uniforme de hombre duro, recio y autoritario y arreglar sus asuntos del corazón, largamente postergados. El general levantó el rostro y se secó los ojos, y Agustín, que lo conocía, decidió no hacer ningún comentario.

–Debo aceptar -habló Escalante-, que ese salvaje de Mariano Rosas fue más hombre que yo: buscó a tu madre en Ascochinga y le demostró que a él le importaba un comino la enfermedad. Parece una ironía, pero Mariano Rosas la rescató de una muerte solitaria y triste.

Meditaron esas palabras en silencio. Ambos experimentaban una paz interior tan profunda que les permitía pensar con benevolencia, incluso perdonar.

—¿Cómo conociste a Nahueltruz Guor?

—Cuando viajé con el coronel Mansilla a Tierra Adentro en el 70, ahí lo conocí. — Escalante se quedó mirándolo y Agustín explicó—: Desde que supe que mi madre había muerto en Tierra Adentro, se me tornó una obsesión conocer ese lugar. Mi traslado al convento de Río Cuarto parecía ratificar que Dios estaba conmigo en esa decisión y, cuando Mansilla le confesó a Donatti que planeaba un viaje para entrevistarse con Mariano Rosas, supe que Dios me servía en bandeja la oportunidad. Al llegar a Leuvucó, comencé a hacer averiguaciones. Lo hacía con cautela, los indios son muy desconfiados. Hasta que conocí a Miguelito y a Lucero, que fueron amigos de mamá. Como se mostraban abiertos y generosos conmigo, me animé a preguntarles: «¿Conocieron a Blanca Montes?». Al principio se quedaron callados, después Lucero asintió y sin más les confesé que era su hijo. Lucero me dijo que había querido mucho a Blanca, que había sido su mejor amiga, que lo que sabía se lo debía a ella. Miguelito se deshacía en elogios para mamá. Dijo: «Era la mujer más brava y valiente que conocí».

—Nadie que conocía a Blanca podía hablar mal de ella -acotó el general.

—Me llevaron a un toldo, el de mi madre, según me explicaron, y me mostraron unos baúles que contenían libros enormes, los vademécums del abuelo Leopoldo y de su hermano Tito; también había frascos, instrumentos de medicina, efectos personales, tantas cosas de ella. Me dijeron que mamá había sido una “vicha-machí” (una gran curandera), que en Leuvucó y en otras partes de Tierra Adentro algunos la creen santa, con manos bendecidas que curaban y que es muy común que la gente vaya a su tumba a rezarle. Enseguida quise saber más sobre su vida y me dijeron: «Tienes que conocer a su hijo Nahueltruz». Le confieso, papá, fue un duro golpe saber que había tenido un hijo. Nahueltruz, sin embargo, ya sabía de mí. Mamá le había hablado mucho de Agustín, su peñi huinca (su hermano cristiano). Bastaron pocos días para que Nahueltruz y yo nos hiciéramos amigos y, al despedirnos, nos sentíamos hermanos. Nahueltruz fue muy generoso

conmigo y me contó todo lo que recordaba de ella, que era bastante, porque mamá murió cuando él tenía diez años. Nahueltruz me llevó a visitar su tumba, donde hay una cruz de madera que talló el hermano de Mariano Rosas, el cacique Epumer. Es una obra de arte y creo que hace honor a lo magnífica que fue mi madre. Entre las gentes de Leuvucó la conocen como Uchaimañé -recordó Agustín-. Quiere decir: Ojos grandes.

–Los ojos de tu madre eran extraordinariamente hermosos -corroboró el general.

–Creo que, a pesar de todo, mamá fue feliz entre los ranqueles.

Escalante no comentó; esa aseveración le había dolido. Un momento después, quiso saber:

–¿Supo Mariano Rosas quién eras realmente?

–Sí, lo supo. El día que nos íbamos de Leuvucó, junté coraje, entré en su toldo y me presenté como lo que era, el hijo de Blanca Montes. Se le borró la sonrisa y el gesto se le llenó de desconcierto. Ayer Laurita me leía un pasaje de *Excursión a los indios ranqueles* y yo me eché a reír porque tiene que ver con ese episodio. Tome el libro, papá, ahí, detrás de usted, sobre la mesa.

–¿Lucio ya publicó su libro? – se interesó Escalante, mientras buscaba en el anaquel.

–Sí, a fines del 70 -dijo Agustín, y tomó el libro de manos del general-. Es un compendio de los capítulos que semanalmente aparecieron en *La Tribuna* desde mayo de ese año. El coronel Mansilla fue tan amable de enviar un ejemplar para mí y otro para el padre Marcos. Le regalé el mío a Laurita, que siempre está tan ávida de lectura. – Agustín hojeó hasta dar con la página-. Por favor -pidió, y le pasó el libro-, lea usted que yo todavía me mareo. Desde ahí.

Escalante tomó los quevedos del bolsillo y se los calzó. Leyó un diálogo entre Mariano Rosas y el coronel Mansilla.

–«Bueno, hermano -dijo Mariano Rosas, y se puso de pie, me estrechó la mano y me abrazó reiterando sus seguridades de amistad. Salí del toldo. Mi gente estaba pronta...»

–Saltee esa parte -interrumpió Agustín-. Continúe en la próxima página, donde dice: «El cacique se mostraba indiferente».

–«El cacique se mostraba indiferente; los amigos habían desaparecido. En Leuvucó, lo mismo que en todas partes, la palabra amigo ya se sabe lo que significa. “Amigo, le decimos a un postillón, te doy un escudo si me haces llegar en una hora a Versalles”, dice el Conde de Segur, hablando de la amistad. “Amigo, le decía un transeúnte a un pillo, iréis al cuerpo de guardia si hacéis ruido”. “Amigo, dice un juez al malvado, saldréis en libertad si no hay pruebas contra vos; si las hay, os ahorcarán”. Con razón dicen los árabes que para hacer de un hombre un amigo se necesita comer junto con él una fanega de sal.

»Mariano Rosas estaba en su enramada, mirándome con indiferencia, recostado en un horcón. Me acerqué a él y, dándole la mano, le dije por última vez: “¡Adiós, hermano!”. Me puse en marcha. El camino por donde había caído a Leuvucó venía del norte. Para pasar por las tolдерías de Carrilobo y visitar a Ramón tenía que tomar otro rumbo. Mariano Rosas no me ofreció baqueano. Partí pues, solo, confiado en el olfato de perro perdiguero de Camilo Arias. Sólo me acompañaba el capitán Rivadavia, que regresaría de la Verde para permanecer en Tierra Adentro hasta que llegasen las primeras raciones estipuladas en el Tratado de Paz. ¿Qué había determinado la mudanza de Mariano Rosas después de tantas protestas de amistad? Lo ignoro aún».

–La mudanza de Mariano Rosas, como dice el coronel Mansilla, fue por mi causa -explicó Agustín-. Cuando avizoré que el cacique se encontraba solo, me dije que el momento de presentarme había llegado. Partiríamos en breve, no quedaba mucho tiempo.

–¿Qué sucedió? – se interesó Escalante.

–Como le digo, el cacique Rosas se desconcertó, aunque enseguida se recompuso y me pidió que me sentara a su lado, que quería mostrarme algo. Tomó una caja de madera donde guarda recortes de periódicos y correspondencia y sacó un reloj de leontina, de manufactura muy fina. Me dijo: «Esto me lo regaló tu madre antes de morir. Era de su padre, de tu abuelo el médico». Y me mostró las iniciales grabadas.

–Momento difícil -caviló Escalante, más para sí.

–Difícil, es cierto, pero ya era demasiado tarde para hacer reproches o para pedir explicaciones. Mi único deseo era conocer el lugar donde mi madre pasó sus últimos años. Lo conocí. Y conocí a mi hermano. Por Mariano Rosas no siento rencor, es increíble, pero no siento rencor. Le expresé que lo envidiaba sin malicia por conservar tantos recuerdos de mi madre. «Recuerdos», repitió, con una sonrisa lastimera. «¿Para qué los quiero? Son pura amargura».

Escalante se quitó los quevedos y demoró un buen rato en guardarlos en el bolsillo y en volver a acomodar la levita en el perchero. En ese momento no quería mirar a Agustín a los ojos; a diferencia de su hijo, él aborrecía a Mariano Rosas, pero prefería guardarse el rencor y tratar de olvidar. Los años le habían enseñado que el odio sólo daña al que lo siente.

–Mariano Rosas es un gran amigo del padre Marcos.

–¿Y quién no es un gran amigo de Marcos? – apuntó Escalante-. Ése es capaz de hacer migas con las piedras. Fue gran amigo de tu madre - recordó-, la ayudó muchísimo; tu madre lo quería entrañablemente.

–¿Le gustaría conocer a Nahueltruz?

–¿Está aquí, en Río Cuarto?

–Vino de inmediato cuando el padre Marcos le avisó de mi enfermedad.

–Veo que tienes bien entrenados a tus hermanos -remarcó Escalante, para evitar el tema de «conocer a Nahueltruz»-. Laurita armó semejante alboroto

en Buenos Aires al fugarse con Riglos para venir a cuidarte.

–Lo imagino.

–Cómo será que Magdalena, después de años, se dignó a escribirme para rogarme que la viniera a buscar y que la regresara a Buenos Aires. Aunque doña Ignacia ha jurado que no la recibirá de nuevo en su casa. Creo que tu hermana tendrá que pasar una temporada en Córdoba. Se deshará de sus tías y de su abuela y se echará al hombro a Selma, que vale por las tres que dejó allá. – Se rieron-. El tema implica cierta gravedad si te pones a ver, porque el muy calzonazos de Lahitte le colgó la galleta porque se fue con Riglos.

–La generosidad de Riglos es sospechosa -acotó Agustín.

–No te quepan dudas. Hablando con María Pancha hace un momento, me confesó que Riglos pondría el mundo a los pies de tu hermana si ella se lo indicase con el dedo.

–Papá -dijo Agustín, repentinamente serio-, le pido por favor que no comente con nadie que Nahueltruz Guor está en Río Cuarto. Especialmente con el doctor Riglos, que es amigo del coronel Racedo.

–¿Racedo? ¿Algo de Cecilio Racedo?

–Sí, el hijo mayor -ratificó Agustín.

–¡Gran hombre, Cecilio!

–No se dice lo mismo del coronel Hilario Racedo. Aquí lo tienen por licencioso y deshonesto. Siempre tengo problemas con él por la manera en que trata a los indios que viven en el fuerte. Les tiene un odio ciego. A Nahueltruz le tiene un odio ciego -remarcó-. Por eso le pido que no comente sobre Nahueltruz.

Escalante asintió con la cabeza. María Pancha y Laura llamaron a la puerta y se disculparon por interrumpir, pero Agustín tenía que tomar la medicina. Escalante les indicó que entrasen, él se retiraba, tenía un asunto que atender.

Dejó la casa de los Javier y enfiló hacia el Convento de San Francisco. Su hijo Agustín ya lo había perdonado; ahora faltaba Dios; quizá Marcos supiera cómo ayudarlo.



CAPÍTULO XXI.

Últimas palabras

Riglos estaba de mal humor. Había cumplido a pie juntillas lo que Laura le había pedido y sólo había conseguido un instante con ella en la populosa sala de los Javier y un despasionado beso en la mejilla. Para peor, se había negado a almorzar con ellos, privándolo incluso de la posibilidad de contemplarla. El deseo de tenerla nuevamente entre sus brazos y besarla en la boca lo acosaba desde la mañana que dejó Río Cuarto. Los labios de Laura sabían tan bien, jamás pensó que un simple beso lo afectaría de esa manera.

Terminado el almuerzo en lo de Javier, se dirigió a la pulpería de doña Sabrina para finiquitar sus asuntos con Loretana. La encontró detrás de la barra, sirviendo unos tragos. Al pasar hacia su habitación, Julián le lanzó un vistazo intencionado y Loretana asintió imperceptiblemente. La muchacha apareció minutos más tarde, se había quitado el mandil sucio, se había peinado y olía a rosas. Julián la apreció de arriba abajo antes de indicarle una silla.

—Sabré por Laura si has cumplido con lo que te pedí -empezó Riglos.

—¿Usted lo dice por lo de cambiar las sábanas, prepararle el baño y eso? Pregúntele nomá y verá usted que no tiene de qué quejarse. La hemos atendió como a una princesa, a pesar de que es una engreída y cocorita.

—¿Qué hizo Laura durante los días en que me ausenté?

—Cuidar al padrecito Agustín, eso es lo que ha hecho.

—¿Ningún problema en mi ausencia?

–Ninguno. La seguí de cerca, como usted me mandó, y nada raro sucedió. Se levanta temprano tuitas las mañanas, se baña, desayuna y parte pa' lo del doctor Javier, onde se queda hasta la tarde. A veces va al convento, a veces va a lo de don Panfilo, el boticario, pero nada más. A Blasco, el muchacho de la caballeriza, le di unos riales y la ha seguío a sol y a sombra. Ella se ha portao muy bien -expresó Loretana con suspicacia-, el que se ha portao muy mal ha sido el coronel Racedo.

–¿Racedo?

–El coronel anda como loquito detrás de su adorada señorita Laura y hasta se dice que le ha propuesto matrimonio.

–¡Hijo de puta! – se descontroló Riglos.

–No se mosquee, doctor, que la señorita Laura no le ha correspondió ni ahicito. Le aseguro a usted que si el coronel Racedo fuera un perro pulgoso, la señorita Laura lo trataría mejor. Parece que se ha dao por venció, el pobre coronel, porque hace días que no le vemos el morro por aquí.

Julián colocó un talego en la mano ávida de Loretana y la despidió. Cerró con llave y se echó en la cama. Siempre supo que dejar sola a Laura traería problemas. Los celos le volvían negros los pensamientos. ¿Y si Racedo la había besado? ¿Y si la había tocado? Sólo pensar que ese miserable la hubiese mirado con ojos de lobo bastaba para convertirlo en una fiera capaz de matar a sangre fría.

–¡Ah, carajo! – explotó, y dejó la cama.

Se estaba cansando de esperarla, de hacer su voluntad y de satisfacerle los caprichos sin obtener nada a cambio. Lo paupérrimo de la habitación le agrió aun más el humor. No soportaría muchos días en ese pueblo de morondanga. Según el diagnóstico de Javier, el padre Agustín mejoraba; ya no quedaba nada que atara a Laura a Río Cuarto. Antes de que terminara la semana la tendría dentro de su volanta rumbo a Buenos Aires donde la haría su esposa, a la fuerza si era necesario.

Aunque largo, por momentos agotador, el viaje a Leuvucó significó una luna de miel para Mariano y para mí. Solos en la inmensidad de la Pampa, nos dedicamos a conocernos, a reencontrarnos. Durante el día compartíamos eternas conversaciones; en la noche, nos volvíamos uno. A veces Mariano me notaba cansada y prefería envolverme en sus brazos y acunarme con palabras de amor hasta que quedaba profundamente dormida. El aire del campo, el clima benévolo, con brisas cálidas y días templados, operaban maravillas en mis pulmones. En ocasiones, el dolor en la espalda y el pecho se desvanecía por completo y los accesos de tos se espaciaban. Cuando arremetían, ahí estaba Mariano, solícito, diligente, que me sujetaba, me alentaba, «ya va, a pasar; ya va a pasar», y yo tomaba su fuerza y la convertía en la mía.

La mañana que avistamos los aduares de Leuvucó, me agité sobremanera, tanto que Mariano decidió detener la marcha. La inminente llegada a las tolderías me embargaba de tristeza y de alegría. De tristeza, por los años perdidos, por Agustín, a quien no volvería a ver, por mí, porque sabía que iba a morir. De alegría, porque en pocas horas estrecharía a mi hijo Nahuel, mi adorado Nahuel, y volvería a poner pie en la tierra donde había descubierto el amor. Mariano me habló largo y tendido; su mesura y seguridad me restablecieron el dominio. Le rogué que siguiéramos, que sólo quería llegar a mi casa.

Los ranqueles nos habían visto porque, faltando pocas leguas, se aproximó al galope una comitiva de recepción que enviaba el nuevo cacique, el hermano mayor de Mariano, Calvaiú. Parlamentaron como es costumbre cuando reciben a un viajero. Luego, los jinetes nos rodearon para escoltarnos hasta el toldo principal, el de las cinco lanzas con penachos de plumas coloradas que había pertenecido a Painé y que ahora ocupaba su hijo mayor.

La dinastía Guor en pleno nos aguardaba en la enramada: Calvaiú y su mujer Pulquinay, Huenchu Guor y su mujer Ayical, Epumer y Güenei, la menor, casada recientemente con el cacique Huenchuil. Mariana, de pie a un costado, apoyaba su mano sobre el hombro de un niño; a su lado, un

perro, las orejas paradas, la mirada atenta. Los estudié sin prisa. Para sus siete años, Nahueltruz era muy alto, más alto que su primo Catrileo. Llevaba el pelo suelto y una vincha en la frente. Vestía pantalón de paño marrón y una camisa blanca de algodón, muy a la “huinca”. Por la expresión de su rostro no pude dilucidar si se encontraba afectado por mi presencia. Su contemplación impertérrita me confundía; sus ojos grises, más hermosos de lo que recordaba, me hechizaban.

«Gutiérrez», dije, y el perro comenzó a gañir y a temblar, pero no se movió del lado de su pequeño amo. Avancé hacia ellos, Mariano detrás de mí. Notaba el silencio a mi alrededor, las miradas me pesaban sobre los hombros. Temí que Nahueltruz me rechazara, quizás había interpretado mi ausencia como un abandono, o tal vez esa mujer que se le acercaba nada tenía que ver con la madre de sus fantasías, con la madre a quien le había regalado su juguete más valioso. Me detuve y aferré la mano de Mariano como si se tratara de un áncora.

De rodillas frente a Nahueltruz, lo miré fijamente; ahora que lo tenía tan cerca quería apreciar cada detalle de su carita entrañable, y memorizarlos. «¿Ya no se va a ir de nuevo?», me preguntó en araucano. Negué con la cabeza, la garganta hecha un nudo. No quería llorar, causa mala impresión en los hijos ver llorar a los padres, recuerdo cuánto me afectaba ver llorar a mi padre luego de la muerte de mamá. Nahueltruz, sin embargo, con su actitud de adulto, parecía comprender que yo necesitaba hacerlo. Lo apreté contra mi pecho y enseguida sentí la presión de sus bracitos en torno a mis hombros, pero no lo besé por temor al contagio. Los ladridos de Gutiérrez y la algazara de los indios nos envolvieron.

Mariano me ayudó a ponerme de pie y levantó a Nahueltruz en brazos. Siguieron los saludos y abrazos con el resto. Aparecieron Lucero y Miguelito y sus dos hijitas, Dorotea Bazán y Loncomilla, toda una mujercita, Güichal y su familia y, mientras estábamos en el toldo de Calvaiú, se presentó Baigorria con su gente. Como de costumbre, tomamos asiento en círculo y las cautivas nos sirvieron el almuerzo, y fue como remontarme a los viejos tiempos, cuando Painé aún vivía y nos invitaba a compartir la comida en su tienda.

Lucero, Dorotea y Mariana acapararon mi atención, mientras los hombres se dedicaron a tratar sus cuestiones. Nahueltruz, sentado entre las piernas de su padre, me estudiaba con detenimiento, le preguntaba al oído a Mariano, volvía a mirarme. Lo habría llamado, le habría pedido que se sentara sobre mis piernas, pero me abstuve: mi hijo necesitaba un tiempo para acostumbrarse al rostro de esa extraña que se decía su madre. Gutiérrez, en cambio, no juzgaba tan duro el reencuentro y, apoltronado a mis pies, recibía mis caricias.

«Gracias por cuidar tan bien a mi hijo», susurré a la cacica vieja, que se limitó a apretarme la mano. Lucero se dedicó a contarme vida y obra de cada habitante de Leuvucó, incluso algunos chismes de los salineros, recientemente emparentados con la casa Guor a través del matrimonio de una sobrina de Calfucurá con un primo de Mariano. Me refirió también acerca de la traición de los hermanos Juan y Felipe Saá, que se habían escapado un par de meses atrás en medio de la noche, arreando cientos de cabezas de ganado de los Guor y varios de sus mejores caballos. Baigorria, que los había traído años atrás a Tierra Adentro, sentía la traición tanto o más que los ranqueles y juraba vengarse. Levanté la vista y encontré al coronel Baigorria enfrascado en una calurosa conversación con Calvaiú. Mi precario araucano no me permitía seguir los detalles, pero varias veces se pronunció el nombre Saá.

Mariano me estaba mirando y, cuando nuestros ojos se cruzaron, me indicó con el gesto que era hora de retirarnos. El almuerzo terminado, pronto comenzarían los “yapáis” (brindis), y a Mariano nunca le había gustado que yo los presenciara. Nahueltruz dormía en brazos de su padre mientras marchábamos hacia nuestro toldo. Gutiérrez nos seguía de cerca, al igual que algunos curiosos, que le preguntaban a Mariano y me miraban. Abstraída, me dedicaba a contemplar los alrededores; el paisaje no había cambiado en absoluto, lo agreste, yermo y uniforme aún prevalecía. Se habían construido nuevas tolderías y a lo lejos columbré un potrero que no recordaba.

En la tienda nos aguardaba Mainela, que era toda lágrimas y sonrisas. Mariano, con Nahueltruz a cuestas, desapareció detrás del cuero que dividía los compartimientos, y Mainela y yo nos sentamos a conversar,

mientras me cebaba mate. «No usaremos la misma bombilla», indiqué, y, por su silencioso consentimiento, me di cuenta de que no haría falta mencionar mi enfermedad. Después, pensé: «Si Mainela lo sabe, todos lo saben». Sería más fácil.

Noté varios cambios y utensilios nuevos, y Mainela me dijo que Mariano había construido una recámara para Nahueltruz, que antes compartía la de él, y otra con trébede y orificio en el mojinete para mi aseo personal y otras faenas. «Mariano dice que usted ya no podrá bañarse en la laguna». Me acompañó al mentado compartimiento donde ya hervía el agua con la que me ayudó a higienizarme; había una mesa baja y una banqueta, obras de Epumer. De ganchos, que eran horquetas de chañar, colgaban zurroneos de donde Mainela se proveyó de jabón y toallas. «Yo mismita lo hice, – alardeó, mientras sacudía la pastilla en el aire-, con la receta de su tío el boticario». Le aseguré que el toldo era un espejo de limpio, más ordenado que un altar, y le agradecí por haber atendido a mi hijo y a Mariano tan bien. «Nahueltruz pasa más tiempo en lo de su cucu que aquí, – acotó Mainela-, y Marianito sólo viene a dormir, que desde que sanó del todo, vive en las sementeras o en los potreros».

Aseada, con ropas frescas, me sentí cómoda y relajada en el catre. Apareció Mariano con la botella de cordial. No quería tomarlo, no escucharía si Nahueltruz se despertaba. «Para eso estamos Mainela y yo», replicó, mientras servía una medida. Después de tantos días de ausencia, Mariano se encontraba ansioso por visitar sus cultivos y controlar el trabajo que había dejado en manos de Miguelito. Me besó ligeramente los labios y se despidió. El cordial hizo efecto de inmediato. Me quedé dormida, un sueño profundo que duró hasta entrada la mañana del día siguiente, cuando mis ojos, aún borrosos y pesados, se toparon con Nahueltruz y Gutiérrez, que, junto a mi cama, me contemplaban fijamente. Al ver que yo despertaba, Nahueltruz dejó el compartimiento a la carrera y llamó a Mainela. Gutiérrez, en cambio, me permitió que le acariciara el hocico.

El viaje y las emociones habían estragado mi cuerpo, y pensé que no sería capaz de dejar el catre. Luego de comer, de asearme y de cambiarme con la ayuda de Mainela, recuperé el buen ánimo y me sentí con fuerzas para sentarme en la enramada. Nahueltruz me seguía con ojos atentos, pendiente

de mis comentarios y pedidos; sin embargo, cuando yo lo miraba, desviaba la vista y se alejaba. Cómoda en la enramada, le indiqué que se sentase a mi lado y me animé a tomarle la mano. Le agradecí el caballito de madera y le pregunté cómo se llamaba. «Curí Nancú, como el caballo de papá», dijo, por primera vez en castellano. Oculté la risa que me provocaba su acento, tan parecido al de Mariana. «Es el regalo más lindo que me han hecho», aseguré, y él sólo me miró. Es enigmático mi hijo; a pesar de su corta edad, puede descolocar a cualquiera si le dispensa una de sus miradas. Le estudié el perfil con disimulo, y me recordó tanto a Mariano, su misma nariz pequeña, algo deprimida en la punta, sus pómulos salientes, y sus labios marcados y carnosos. Me di cuenta de que tenía las pestañas espesas como las de un avestruz y descubrí que, en contraste con el gris de sus ojos, el negro de las pestañas le hermooseaba aun más la mirada. «Será un hombre magnífico», me ufané. Había abandonado el elegante atuendo “a la huinca” y sólo llevaba un taparrabos de cuero; estaba descalzo. Tenía las piernas largas y fibrosas, y grandes los pies.

Le pregunté por lo que, estaba segura, lo volvería locuaz: los caballos, en especial por aquel bayo que le había regalado su abuelo Painé, con crines y cola negras. Enseguida noté que le chispeaban los ojos. «Está en el potrero, Miguelito lo está vareando. Se llama Chalileo y mi papá dice que es tan rápido y bravo como Curí Nancú», se jactó en una divertida mezcla de araucano y castellano. «¿Sabes montar?», pregunté con toda la intención de picarle el orgullo. Me lanzó un vistazo entre sorprendido y ofendido. Sus ojos parecían vociferar: «¿Cómo te atreves a hacer semejante pregunta?». No obstante, contestó de buen modo: «Mi papá me enseñó». Le concedí que, si Mariano había sido su maestro, entonces debía de ser un espléndido jinete. Él, con aire grave, corroboró que su papá era el mejor, que su equipo siempre ganaba a la chueca y que, cuando salían a bolear avestruces, era el que obtenía la mayor cantidad de alones. «Mi papá se sabe parar sobre el lomo de Curí Nancú cuando está cabalgando bien fuerte», se jactó, trasuntando la pasión y el respeto que le despertaba la figura de Mariano.

Apareció el aludido y se ubicó junto a mí, en la enramada. Se dirigió a Nahueltruz para comentarle: «Su cucu me dice, que usted, no ha ido a visitarla en toda la mañana», y Nahueltruz y Gutiérrez corrieron al toldo de

Mariana. «¿Cómo te sientes?», quiso saber Mariano, y me tomó la mano con disimulo. Me sentía bien, en lo que iba de la mañana no me había acordado de mi condición, incluso tenía ganas de caminar hasta la laguna. «No, – dijo Mariano-, los baños en la laguna se acabaron, te harían daño, por el agua fría», aclaró. Lejos mis intenciones de bañarme, sólo deseaba visitar el lugar. Caminamos, pues, hasta la laguna. Al quedar fuera del alcance de las miradas curiosas, Mariano me detuvo y me besó apasionadamente. Su descuido e inconsciencia deberían haberme preocupado, pero lo cierto es que sólo conseguían enardecerme. «Tanto me ama este hombre», pensaba y me entregaba a su arrojo sin pensar en contagiario.

Quería que me tomara entre los carrizales que rodean la laguna, quería espantar a los flamencos y a las garzas con mis gritos de placer. Buscamos un lugar apartado, lejos del sitio donde las chinas acostumbra a bañarse y a lavar la ropa. Sentados sobre un tronco de caldén, nos quedamos callados admirando el paisaje. El sol de mediodía reverberaba sobre el agua, que despedía destellos que encandilaban. La paz era absoluta, sólo alterada por el chirrido de alguna ave. Levanté la vista para admirar el cielo azul, ni una nube opacaba su brillo. Inspiré profundamente y el aire puro me embargó de vida y de energía. Miré a Mariano, él también me miró, y sus dedos me recorrieron las mejillas y bajaron por mi cuello y llegaron al escote. Me recostó sobre la marisma y los carrizales cedieron ante el peso de nuestros cuerpos.

De regreso en el toledo, Mariano me explicó que los lanceros se encontraban inquietos pues los hermanos Saá se habían fugado. Semanas atrás, habían llegado noticias de que su padrino, el gobernador Rosas, había concedido el indulto a Juan y Felipe Saá y a Baigorria. Aprovechando esta extraña muestra de misericordia, los Saá decidieron huir como ladrones en medio de la noche, arreando gran cantidad de ganado propiedad de Painé y dejando en gran confusión a Baigorria y a los indios, que juraron vengar semejante traición. Días antes de nuestro regreso, los lanceros se habían atrevido hasta la frontera norte, en el límite con San Luis, para recuperar el ganado y los caballos robados. Pero los Saá los resistieron con una horda feroz de hombres; el sangriento encuentro dejó un saldo de varios muertos y heridos y ni una vaca recuperada.

Baigorria trinaba. La próxima vez, él conduciría a los lanceros y los traidores Saá no se saldrían con la suya.

Por la tarde, Lucero y Dorotea aplaudieron en la enramada y Mainela las invitó a pasar. Yo descansaba, pero al escuchar sus voces, me vestí para recibirlas. Traían zapallo en almíbar y un melón. Me presentaron los obsequios con orgullo y me invitaron a recorrer el huerto, abarrotado de frutos y vegetales. «Marianito no quiere que la señora Blanca vuelva a salir hoy», interpuso Mainela, y me apresuré a explicar que, como esa mañana había caminado hasta la laguna, me encontraba un poco cansada. La visita al huerto quedó concertada para el día siguiente.

Nos ubicamos en la enramada, y Mainela nos cebó mate y comimos pan con grasa y tortas de maíz con algarroba. Ni Dorotea ni Lucero se mostraron sorprendidas ni comentaron acerca de que yo mateara aparte, y pronto el silencio se rompió cuando aseguré que echaba de menos a Painé, que Leuvucó no volvería a ser lo mismo sin él. «Mejor hubiese sido que no se muriera, este Painé, – se afligió Dorotea-. Lo que vino después fue lo peor que yo he visto por estos lares», agregó en voz baja. Entre Lucero, Mainela y Dorotea me relataron lo que Mariano había referido en la misiva que me envió con el padre Erasmo: la matanza de las brujas para vengar la muerte del gran cacique general. Murieron más de cincuenta mujeres, algunas de ellas aún amamantaban a sus hijos. Camino hacia la sepultura de Painé, se hacían paradas, como si de un Vía Crucis se tratara, para sacrificar a bolazos a un lote de presuntas pucalcúes. Sólo se escuchaban los alaridos de súplica, miedo y dolor de las condenadas y de sus familiares, y espeluznaba el cuadro de cadáveres y sangre que quedaba cuando la comitiva avanzaba. Supe que, entre las desdichadas, contaban Ñancumilla y la comadrona Echifán, las que me habían vendido con el indio Cristo.

«Y ahora Calvaiú es el cacique, – acotó Lucero-, pero entre la gente ha quedado un sentimiento muy amargo; nadie lo quiere. Todos prefieren a Mariano». La afirmación me colmó de zozobra: si Calvaiú sospechaba que su reinado se hallaba amenazado por la figura de su hermano menor, no dudaría en despacharlo como a las pucalcúes. «Mariano respeta a Calvaiú y reconoce su autoridad por sobre todas las cosas», repliqué, seria y

vehementemente, y cambié de tema.

Esa noche, llevé a Nahueltruz a su compartimiento y, mientras lo arropaba, me dijo: «Yo también tengo un nombre huinca como usted. Lorenzo Dionisio Rosas», pronunció, con palmario orgullo. «El padre Erasmo me bautizó hace poco; él dijo que usted se lo había pedido». Al igual que su padre, guardaba una caja de madera debajo de la cama, de donde sacó una cruz de plata que Mariano le había regalado para la ocasión. «La hizo Ramón y el padre Erasmo la bendijo. ¿Usted tiene amigos entre los huincas?», preguntó sin pausa. Arrimé una banqueta a la cabecera y le hablé de la gente que había dejado atrás. Al final, le mencioné a Agustín: «En Córdoba, vive tu hermano, que se llama Agustín Escalante». Me quité el guardapelo y lo abrí: «Este mechón es tuyo; éste, de tu hermano». No se animó a tocarlos; se limitó a contemplarlos reconcentradamente. «Es del color de la paja», manifestó, con extrañeza. «¿Por qué no lo trajo con usted?». «Él vive con su papá, en Córdoba, así como tú vives con el tuyo aquí, en Leuvucó». Le resultó una explicación válida, evidentemente lo satisfizo, porque se acomodó para dormir y cerró los ojos. Le di la bendición y le besé la mano.

Días más tarde, los lanceros, al marido de Baigorria y Calvaiú, partieron rumbo al norte para enfrentar al grupo armado de los Saá. Para mi desazón, Mariano engrosaba las filas de combatientes; el coronel Baigorria lo había requerido especialmente. Le imploré que no fuera y le recordé la promesa de no pisar suelo huinca. «Esta vez no iremos a San Luis; la pelea será en Tierra Adentro», explicó, ajeno a mi preocupación. Se lo notaba animado y listo para la lucha, nada le habría torcido su parecer, él era un ranquel y defendería su tierra y a su gente sin remilgos ni miramientos. No dudaba de su amor, pero sabía que interponerme entre él y su pueblo sería un error; sólo yo saldría perdiendo.

Durante la ausencia de Mariano, trataba de distraerme para aplacar mis angustias. Con ayuda de Mainela, revisé mis baúles, llenos de polvo y trastos viejos, limpié los instrumentos de mi padre, me deshice de quermes, electuarios y tónicos que hedían, y forré los mamotretos de tío Tito con cuero que me proveyó Epumer, a cargo de las tolderías en ausencia de sus hermanos mayores. Nahueltruz revoloteaba como mosca sobre la miel y,

como buen indio, no tuvo empacho en pedirme la mitad de las cosas. Como se interesó en saber qué decían los vademécumes, le propuse aprender a leer y a escribir. «¿Como mi papá?», se entusiasmó. Mainela nos trajo papel y la pluma de Mariano, y senté a Nahueltruz sobre mi falda. Escribí la palabra “mamá” y la pronuncié en voz alta. Le ofrecí la pluma y lo insté a que la copiase. En un principio las letras parecían insectos de patas largas, pero, tenaz y orgulloso, las rescribió un centenar de veces hasta lograr cierto parecido con el original. Se mostró exultante, los ojitos grises le brillaban y corrió a, buscar a su cucu y a Loncomilla para mostrarles.

A veces me arremetían los dolores y permanecía en cama, aunque se trataban de contadas ocasiones. El aire de Tierra Adentro, el clima, templado y seco de la primavera y la felicidad parecían curar mis pulmones, llenándome de esperanzas. Se volvió una rutina mañanera escribir palabras y que Nahueltruz las copiara. «¿Qué dice ahí?», me preguntaba con frecuencia, e indicaba alguna receta de tío Tito. Los mamotretos se habían convertido en el misterio a develar. La ausencia de Mariano sirvió para acercarnos. Nos volvimos unidos y compañeros, le gustaba escuchar mis anécdotas de humeas y tierras lejanas y compartir conmigo sus actividades más preciadas: montar, pescar en la laguna, cazar aves y animales menores, jugar con sus figuritas de madera, revolcarse con Gutiérrez o loncotear con su primo Catrileo.

Y llegó el magnífico día en que me llamó mamá. Lucero, Pulquinay y yo habíamos ido a la laguna con los niños, y, mientras ellos se divertían correteando flamencos y robando huevos a las garzas, nosotras charlábamos acerca de la afrenta de los hermanos Saá. Catrileo retó a su primo Nahueltruz a nadar hasta la otra orilla, y el reto fue aceptado. Querían que los mirásemos. Enfrascadas en la conversación, no atendíamos a sus llamados hasta que Nahueltruz gritó: «¡Ey, mamá, míreme!». Me puse de pie de la alegría y atiné a sacudir la mano en señal de beneplácito. Se zambulleron y nadaron, Gutiérrez detrás de Nahueltruz. Catrileo es un buen nadador, pero Nahueltruz es más rápido y no encontró difícil aventajar a su primo y alcanzar la otra orilla primero. Nahueltruz saltaba y vociferaba su victoria, mientras Gutiérrez festejaba el triunfo ladrando y dando brincos a su alrededor. Yo lo saludaba desde lejos y reía.

Esa misma tarde, de vuelta en los toldos, avistamos a Mariano y a Miguelito que se dirigían a la tienda de la cacica vieja a paso rápido. «Está de regreso», me dije, aliviada, feliz. Al ver a su padre, Nahueltruz se soltó de mi mano y corrió a su encuentro. Mariano lo levantó en el aire y lo abrazó. Sin embargo, cuando nuestros ojos se cruzaron, supe que algo grave sucedía. La expresión de Miguelito trasuntaba la misma preocupación. «Se trata del coronel Baigorria, – nos explicaron-, recibió un sablazo de Juan Saá que le partió la cara». Mariano y Miguelito habían logrado sacarlo con vida del campo de batalla cuando un velo de sangre le cubrió los ojos. La trifulca había tenido lugar en la laguna Amarilla, cerca del límite con San Luis, y el viaje de regreso a Leuvucó les había tomado más de cuatro días. Según Mariano, Baigorria había perdido mucha sangre, estaba débil y adolorido; lo tenían en la tienda de la cacica vieja.

«Quiero verlo», manifesté, y a continuación le pedí a Lucero que me acompañara a recoger los instrumentos necesarios. La herida de Baigorria era espeluznante, comenzaba en la frente, continuaba sobre el párpado y la mejilla y terminaba en el mentón; la cicatriz lo acompañaría hasta el final de sus días. Como tenía una infección, la limpié concienzudamente con yodo y alcohol, cuidando de que no entrasen en los ojos. Plenamente consciente, Baigorria se retorció de dolor, pero me instaba a proseguir. Lo obligué a beber de mi láudano y aguardé a que surtiera efecto. Sólo entonces apresté mis agujas de oro y el hilo de tripa de chanco, y me animé a coser, tratando de que las puntadas fueran pequeñas y seguidas. Mariana donó un retazo nuevo de género de la Estrella, con el que hicimos jirones y vendamos el rostro del coronel.

Baigorria seguía dormido cuando abandoné lo de la cacica vieja; Lucero pasaría la noche a su lado. Recién en esa instancia advertí el esfuerzo al que me había sometido y, cuando mis músculos se relajaron y un cansancio ingobernable se apoderó de mi cuerpo y de mi mente, me apoyé sobre el pecho de Mariano y cerré los ojos. Él me llevó en brazos hasta mi camastro. A la mañana siguiente no pude levantarme y ordené a Mainela que enviara a Nahueltruz a lo de Dorotea; no quería que presenciara los accesos de tos. Lucero se presentó para dar el parte del herido y requerir instrucciones; Baigorria había dormido hasta el amanecer, ahora, sin embargo, se quejaba de dolor. Una buena dosis de láudano lo ayudaría;

por el momento, no cambiaríamos las vendas. «Si no tiene deseos de comer, – indiqué a Lucero-, al menos que no se niegue al líquido». De alguna manera tenía que eliminar el opio del cuerpo.

Mariano permaneció a mi lado asistiéndome con la presteza de un enfermero bien entrenado: hervía hojas de eucaliptos, me acercaba pastillas de alcanfor, me daba de beber el expectorante y el tónico, me contenía cuando la tos me doblaba, me limpiaba, me alimentaba, me amaba. «Blanca, no volverán tus días de machí, – advertía, enojado-. Otro esfuerzo como el de ayer podría matarte». Lo cierto es que, al enterarse de la curación de la herida del coronel Baigorria, los ranculches, que se habían mantenido a distancia prudente desde mi regreso, se animaron a solicitar nuevamente los servicios de la machí Uchaimañé. Aunque Mariano se ponía furioso y los echaba con cajas destempladas, siempre me las ingeniaba (con Lucero como cómplice) para asistirlos y ayudarlos.

De la sangrienta reyerta entre los Saá y los ranqueles en las cercanías de la laguna Amarilla sólo se consiguieron varias víctimas y la cicatriz del coronel Baigorria; ni siquiera una vaca ni un caballo pudieron recobrase. La mayor preocupación de Calvaiú y del Consejo de Loncos radicaba en que los Saá conocían la exacta ubicación de las tolderías de Leuvucó, las de Ramón y las de Baigorria, y las rastrilladas que conducían hasta ellas. Esa información se reputaba valiosa entre los militares que ansiaban arrasar Tierra Adentro, pero que no se atrevían por desconocer el terreno. Sólo un hecho prevendría a los Saá de venderla a la milicia: que ellos eran unitarios y los coroneles de los fuertes, federales. Con todo, Calvaiú no se fiaba. «Son tan felones que entregarían a su propia madre al enemigo», vociferaba. Se reforzó la vigilancia con los llamados “bomberos”, indios de gran baquía, excelsos conocedores del desierto, que vagan por los alrededores en busca de indicios que delaten la presencia del huinca. Los lanceros, por su parte, se hallan continuamente en pie de guerra.

Hasta el presente, la relativa paz en que vivimos prueba que los Saá no han vendido la ubicación de las tolderías; esperemos que no tengan oportunidad de hacerlo. Mariano asegura que, en caso de que los unitarios tomen el poder, tendremos a los Saá sobre nosotros al día siguiente. Por el momento, Juan Manuel de Rosas y su hegemonía federal continúan al

mando de Buenos Aires y del resto de la Confederación, mientras el indio sigue ostentando el título de soberano indiscutible de la Pampa, conocedor de los misterios y trampas del desierto, diario sobreviviente de una tierra feroz que no perdona errores o debilidades.

Leuvucó es la misma de siempre; es la actitud de los ranqueles en relación con los refugiados políticos la que ha cambiado drásticamente. Junto a los Saá, también desapareció la conocida hospitalidad de los indios, que abrían sus brazos y recibían con honores a quienes huían de la implacable persecución de la Mazorca y otros extremistas federales. Incluso el mismo coronel Baigorria, que ha probado su lealtad en incontables ocasiones, cayó en desgracia a los ojos de Calvaiú. No falta quien envidie al militar unitario por la ascendencia y el beneplácito con que cuenta entre los caciques generales; el descontento de muchos caciquillos y capitanejos, que ven sus decires y propuestas relegados frente a los del coronel huinca, dio pábulo a una campaña en su contra que terminó por influir el ánimo de Calvaiú. Por algún tiempo, la vida de Baigorria pendió de un hilo, incluso en un Parlamento se decidió asesinarlo y quemar su rancho.

Baigorria, sin embargo, es como un gato: tiene siete vidas. Sin proponérselo, el bravo alférez del ejército del general Paz había despertado la pasión de Corneñé, la hija del cacique Quechudén, uno de los más influyentes en el Consejo de Loncos. Comeñé, perdidamente enamorada de él, aun después del sablazo de Juan Saá, le imprecó que se casara con ella y que, de esa forma, pasara de simple consejero de los Loncos a la categoría de dignatario de la tribu de su padre. Baigorria, conmovido por el amor incondicional de la muchacha, aceptó. Luego de los festejos por la boda, que duraron tres días y tres noches, la conjura se disipó como niebla por la mañana. Baigorria había dejado de ser huinca para convertirse en un ranculche por vínculo de sangre.

Un ranquel espera que su ñuqué (mujer predilecta) le teja un poncho, que luce en ocasiones importantes, como los Parlamentos del Consejo de Loncos. Mariana es una eximia tejedora y le pedí que me enseñara. Se mostró entusiasmada, y no se limitó sólo al arte del telar sino que me mostró cómo hilar la lana cruda y teñirla; para esto se sirven de ciertas plantas de las que extraen jugos reconcentrados que varían de las

tonalidades rojizas a las azuladas. Ante el pedido de su madre, Epumer me construyó un telar, que Mariano instaló en la enramada, donde me gusta pasar las tardes. En invierno, tejo en mi compartimiento con un brasero a los pies, mientras Mainela ceba mate y Lucero me hace compañía. Mariano reclamó mi primera labor, un poncho completamente rojo, sin dibujos ni fantasías, lleno de defectos y agujeros. He mejorado ostensiblemente la técnica, tejo inclusive chalecos, gorras y calcetines además de colchas y ponchos. Ahora he empezado un ponchito para Agustín, que le haré llegar con el padre Erasmo, que siempre nos visita en la primavera.

Pienso a diario en Agustín y trato de imaginármelo; cierro los ojos y le invento un rostro, como una semblanza del de su padre. Para apaciguar las ansias, le hablo de él a Nahueltruz, que siempre se muestra interesado. Por cierto, no tengo mucho para decir, así de corto fue el tiempo que viví con mi hijo, así de poco lo que lo conozco, pero hablo igualmente de él, como si con mencionarlo y recordarlo lo sintiese más cerca. Nahueltruz quiere conocerlo y ha prometido que algún día viajará a Córdoba para encontrarlo.

Ya no me quedan dudas: estoy esperando un hijo. Sé que es riesgoso en estas condiciones, y, a pesar de que mi salud se ha recobrado en los últimos meses, este morbo, ladino y traicionero, nunca me deja del todo. Quiero a esta criatura que llevo en el vientre con desesperación, como si se tratase de mi última esperanza, de mi vínculo más certero con la vida; si de este cuerpo enteco y valetudinario pudiera surgir un nuevo ser significaría el más rotundo triunfo sobre la muerte, su derrota completa y devastadora. Me pregunto cómo tomará Mariano la noticia; se preocupará, lo sé. La muerte de Quintinuer, la esposa del caciquilla Guaiquipán, mientras daba a luz a su primer hijo, todavía está fresca en nuestras memorias.

Luego de los funerales, a pedido de su hermano Calvaiú, Mariano marchó con Baigorria y un grupo de lanceros a conferenciar en las tolderías de Ramón Cabral, el Platero, y en las de la Confederación de Salinas Grandes, al mando de Calfucurá, temido por su sangre fría, respetado por su discernimiento. La idea de esta visita surgió luego de que noticias de naturaleza alarmante nos alcanzaron días atrás, cuando un espía de Calvaiú confirmó que los caciques tehuelches Lucio, Juan Catriel y Juan

Manuel Cachul, amigos del gobierno de Buenos Aires desde hace años, tentaron a Ramón, a Calfucurá y a otros caciques a firmar acuerdos de paz con Buenos Aires a cambio de suculentas dádivas, especialmente ganado vacuno y caballar. Mariano se enfureció y me refirió el asunto como si yo no fuese cristiana: «Ramón y Calfucurá son capaces de canjear la libertad por un puñado de vacas, ¿por una limosna! ¡Ah, canijo, qué pillo es el huinca! Nos tientan con regalos que nunca entregarán (porque así son de tramposos y ladinos) con el único fin de dividirnos y enemistarnos. ¿Acaso no se dan cuenta estos caciques que si mostramos un frente común somos invencibles?».

Hace dos semanas que partieron para disuadir especialmente a Ramón y a Calfucurá de firmar dichos acuerdos tan tentadores que, según Mariano, constituyen una trampa y un insulto para el pueblo pampa. La misión es delicada y, como aún no tenemos noticias, vivo en ansias mortales. ¿Cuándo volveré a verlo? ¿cuándo volverá a estrecharme entre sus brazos? Anhele que regrese, y, más allá de su inquietud y preocupación, sé que será un momento de dicha cuando le diga que va a ser papá; lo tomaremos como una bendición del Cielo, una renovación del amor que nos profesamos, este amor que a mí me volvió una ranculche y que a él le hizo violar una promesa sagrada.

Escucho una vocinglería, veo a Nahueltruz que corre y a Mariana que se asoma en la enramada, levanta el brazo y saluda, sonrío. Lucero me ve y grita: «¡Uchaimañé, están de regreso, ya veo a Mariano y a los lanceros!». Rezo en silencio, agradezco a Dios que lo haya conducido sano y salvo a Leuvucó. Nahueltruz se acerca a Curí Nancú y su padre lo ayuda a montar delante de él. Las familias salen a recibir a sus recién llegados, que sacuden las lanzas y vociferan como de costumbre. Mariano recibe el cariño de su pueblo, que lo venera; palmean la testuz de su caballo, le tocan las piernas, lo congratulan: «¡Toro bravo, este Marianito!»; las mujeres le lanzan vistazos intencionados, las andañas lo saludan con aire maternal. Yo, desde mi enramada, lo contemplo con orgullo. Nuestras miradas se cruzan, le sonrío, él persiste en su mirada seria, que yo sé mansa y dulce. Junto con el día que languidece, el bullicio también se acalla y la multitud se disipa. Mariano no se detiene en nuestro toldo y pasa, magníficamente montado en su picazo, Nahueltruz junto a él, hacia lo

del cacique general, como se espera en estas ocasiones. Lo veré más tarde, luego del detallado reporte que Calvaiú y los loncos más influyentes le exigirán.

Además de cansado, Mariano regresa de sus días de embajador con la cabeza llena de ideas, problemas y propuestas. Yo, en cambio, sólo puedo pensar: «Esta noche dormiré entre sus brazos».

Aunque quedaban hojas en blanco, éstas eran las últimas palabras de Blanca Montes. Laura, emocionada, releyó: «...este amor que a mí me volvió una ranculche y que a él le hizo violar una promesa sagrada». Cerró el cuaderno y lo apretó contra su pecho como si despidiese en un abrazo a una amiga que no volvería a ver.



CAPÍTULO XXII.

Los celos

Entregaría el poncho, el guardapelo y el cuaderno a su hermano Agustín al día siguiente. Los acomodó prolijamente y los envolvió en su rebozo. Un golpe en la puerta la sobresaltó. Era Julián Riglos. Lo invitó a pasar y le indicó una silla; ella se ubicó enfrente, con la mesa como obstáculo. Había evitado a Julián el día entero; en ese momento, sin embargo, le quedaban pocas alternativas. Julián estiró la mano y aferró la de Laura.

–Vengo de cenar en lo de Javier -explicó-. Fui a buscarte, pero me dijeron que te habías ido temprano porque no te sentías bien.

–Estoy cansada, es todo.

–Tienes fiebre -expresó con alarma, y se puso de pie para tocarle la frente-. No, gracias a Dios, no tienes fiebre.

Se inclinó para besarla y Laura apartó la cara. Julián regresó a su silla sin mencionar el desprecio.

–El doctor Javier me dijo durante la cena que tu hermano se encuentra en franca convalecencia, que en pocas semanas será el mismo de siempre. La recuperación del padre Agustín es tan extraordinaria que hasta Javier acepta la posibilidad de un diagnóstico erróneo; dice que quizá se trató de una influenza muy fuerte y no de carbunco. Él no conoce pacientes con carbunco que hayan sobrevivido.

–A mí me gusta pensar que se trata de un milagro -interpuso Laura.

–Sí, claro -consintió Julián, y retomó un instante después-: Sé que estás

agotada, pero necesito hablar contigo acerca del regreso a Buenos Aires. Hace un mes que dejamos la ciudad, y mis asuntos me requieren urgentemente.

–¡Ay, Julián! – interrumpió Laura-. ¡Cuánto he abusado de tu amistad!

–Laura -habló Riglos en tono inexorable-: sabes muy bien que es mucho más que un sentimiento amistoso el que me une a ti.

Ella bajó la vista, preparada para recibir el embate y ofrecer resistencia. Julián, sin embargo, pareció apiadarse de su estado calamitoso porque se puso de pie para retirarse. Le extendió la mano y la ayudó a dejar la silla.

–Hablares mañana durante el desayuno -manifestó-. Creo que si no te vas a la cama en este instante te quedarás dormida sobre la mesa, y lo que tengo para decirte exigirá tu atención.

Laura lo acompañó hasta la puerta y no pudo evitar que Riglos la abrazase y la besase en los labios antes de abandonar la habitación. Cerró detrás de Julián y, al volverse, se topó con Nahueltruz Guor que la contemplaba desde la puertaventana. Su mirada la dejó quieta en el sitio. La miraba con ojos fieros, lo que le arrancó un lamento involuntario. Nahueltruz dio media vuelta y caminó apresuradamente por el patio hacia la salida. Laura corrió detrás de él y lo aferró por la cintura.

–¡Era Julián Riglos! – exclamó, como si con la mención del nombre explicara la incómoda situación.

–¡Te estaba besando! – explotó Guor.

–No pude evitarlo, me tomó por sorpresa.

Nahueltruz insultó y golpeó la pared con el puño. Laura trató de asirle la mano inflamada, pero él la retiró.

–¿Qué otra cosa te hizo que no pudiste evitar?

La ofendió la insinuación y, en un acto irreflexivo, lo abofeteó. Nahueltruz la levantó en el aire y se la echó al hombro como un saco de papas. La cargó hasta el dormitorio, donde la arrojó sobre la cama. Con manos rápidas y furiosas, desató el chiripá y se deshizo a medias de las bombachas. Se colocó a horcajadas sobre ella, las rodillas hundidas a los costados de sus caderas. Le levantó las faldas y le bajó los calzones. La sujetó con brutalidad y la penetró sin misericordia. La lastimó, Laura no estaba preparada para recibirlo, pero no movió un músculo de la cara y se limitó a retorcer las sábanas con los puños.

Guor mantenía el torso separado; sus ojos, sin embargo, no la abandonaban. Laura apartó la vista, pero él la aferró por el mentón y la obligó a volver la cara. «¡Mírame!», le ordenó, y ella obedeció. En la penumbra de la habitación, Guor notó que sus ojos se llenaban de lágrimas. El orgasmo más amargo de su vida lo sacudió con violencia y cayó exánime sobre el pecho de ella. Se retiró de inmediato y se tendió a su lado con el brazo cruzado sobre el rostro. Lamentó enseguida su violencia, pero no pediría perdón.

Laura pegó las rodillas contra el pecho y se ovilló en el borde de la cama. Le latían la entrepierna y las manos, y los labios le temblaban en un llanto que no conseguiría contener. Se mordió el puño, pues en última instancia no quería que la escuchase llorar.

Los minutos transcurrían, y el silencio y la distancia que ambos habían impuesto estaban volviéndolo loco. Pero no sabía cómo franquearlos, temía que Laura lo rechazara, que le ordenase que abandonara la habitación y que no volviera a molestarla. Prefería ese desconcertante mutismo a escucharla pronunciar palabras de separación. Hasta que la escuchó sollozar, y el corazón se le contrajo de angustia. Pegó su cuerpo al de ella y la envolvió con sus brazos. Le besó la nuca, los hombros y el cuello, mientras sus manos la recorrían con indulgencia. Era tan pequeña y frágil, tuvo la impresión de acunar a una nena asustada. La compensaría por la afrenta y el dolor, le haría cosas que nunca le había hecho, borraría con la pericia de un amante experto el mal recuerdo, esa noche la dedicaría a complacerla, le haría conocer un orgasmo tan exquisito y puro que arrasaría con el padecimiento de momentos atrás.

–Te amo, Laura.

Laura se aferró a su cuello y lloró sin reprimirse. Nahueltruz la contuvo, le susurró palabras de amor, le despejó el rostro, le buscó los labios.

–Yo lo quiero mucho a Julián -barbotó entre suspiros-, pero no como te quiero a ti; lo quiero como a un hermano, como quiero a Agustín.

–Sí -concedió Guor, tolerante-. Pero Riglos está enamorado de ti y debes hacerle entender que entre él y tú no puede haber nada. Si no eres clara y franca, terminarás por lastimarlo.

–Él siempre ha sido muy bueno conmigo.

–Es fácil ser bueno con quien se ama -interpuso Nahueltruz y, para cambiar de tema, le dijo-: Mañana veremos el amanecer en el río, en ese lugar predilecto del que una vez te hablé.

Cuando Julián dejó la habitación de Laura, se topó con Loretana al final del corredor.

–¿Lo dejaron con las ganas, doctor? – insinuó, al tiempo que le apoyaba la mano sobre la bragueta.

Si bien Riglos había planeado tomarse unos tragos en la pulpería, el vozarrón inconfundible de Racedo le hizo cambiar de parecer. Con el mal humor que acarreaba, le reclamaría el impertinente comportamiento con Laura y, como Racedo no era un cordero, terminarían enredados en una gresca de baja estofa.

Contempló a Loretana con aire apreciativo. No era fea la morena, además tenía un cuerpo robusto, torneado y voluptuoso, que le atizó el deseo. Habían pasado una noche juntos, la noche antes de que él partiera hacia Córdoba, y los recuerdos no resultaban desagradables en absoluto, por el contrario, debía admitir que pocas veces había compartido el lecho con una mujer tan experta y desvergonzada.

–Trae una botella de ginebra y dos vasos -ordenó Riglos-. Te espero en mi habitación.

Loretana se deshizo del brazo de Julián y se sentó en el borde de la cama. La habitación le daba vueltas; entre ella y el doctor Riglos habían terminado la ginebra, y los efectos de la borrachera amenazaban con ser devastadores. Se incorporó a duras penas, juntó la ropa y se vistió. Pensó que si lograba deshacerse del gusto amargo y revulsivo de la boca, se sentiría mejor. Tomó la jarra de agua y el vaso y salió al patio, donde hizo bucheros y gárgaras varias veces y los escupió en el suelo. Se echó el resto del agua sobre la cara.

En el patio, el aire fresco de la madrugada le despejaría los últimos efluvios de alcohol. Escuchó un gemido. Aunque se dijo: «Es esa gata loca de mi tía Sabrina, que siempre está en celo», casi de inmediato cambió de parecer. Ese gemido no era el de una gata, era el de una mujer. Por primera vez reparó que, en el extremo del patio, la puertaventana de la habitación de la señorita Laura estaba entreabierta y que una luz tenue, que se proyectaba desde el interior, bañaba los mazaríos. Enseguida pensó en María Pancha, le habían llegado comentarios de que don Panfilo, el boticario, le arrastraba el ala.

Loretana no estaba preparada para lo que vio: la señorita Laura se abandonaba por completo a las caricias sensuales que un hombre le prodigaba en sus partes más íntimas. El éxtasis la llevaba a suplicar «¡Por favor, por favor!», y a mover la cabeza de un lado a otro, el cabello rubio, muy largo, cubriéndole la cara. Con un gemido profundo que estremeció a Loretana, Laura se arqueó en un orgasmo que parecía no tener fin, mientras el responsable de tanto placer se erguía para verla gozar.

Loretana se llevó la mano a la boca y pegó la espalda contra la pared del patio. Nahueltruz Guor. Su Nahueltruz, el que ella amaba desesperadamente, el único hombre al que respetaba y admiraba. Impulsada por la morbosidad, volvió a asomarse. Ahora él se tomaba su parte de placer y, mientras se colocaba sobre el cuerpo aún estremecido de ella, le rogaba:

«Dime qué sientes cuando estoy dentro de ti».

Fue duro escucharlo. Loretana, que lo conocía bien, entendió que, para Guor, ese momento entre las piernas de la señorita Laura significaba más que una simple revolcada. Parecía tan interesado en complacerla, tan concentrado en su respuesta. Sonreía. Con ella nunca sonreía, a ella nunca le había prestado la atención que dispensaba en ese instante al rostro de la señorita Laura. Y cuando juntos alcanzaron ese punto en el que los cuerpos parecen disolverse, y Nahueltruz pronunció el nombre de ella, Loretana supo que lo había perdido para siempre. Cruzó el patio y la habitación de Riglos a la carrera hasta alcanzar su pieza, donde se arrojó en el catre y se echó a llorar.



CAPÍTULO XXIII.

La traición y sus consecuencias

Antes del amanecer, Laura y Nahueltruz retiraron el caballo del establo y lo montaron. Con las calles desiertas, podían escapar furtivamente y sin riesgos. Laura, delante de Nahueltruz sobre la montura, sentía la presión de su brazo en torno a su cuerpo y cavilaba: «Iría con este hombre hasta el fin del mundo si me lo pidiese». Era la primera vez que montaba y, a pesar de que el picazo era de gran alzada, no tenía miedo junto a él. La noche anterior había sido tan especial, con sus desencuentros y reconciliaciones, que Laura jamás la olvidaría.

–María Pancha ya sabe de lo nuestro -dijo.

–Lo sé -manifestó Guor-. Ayer por la noche, cuando fui a lo de Javier para ver a Agustín, me frenó en el corredor y me hizo saber que no está de acuerdo.

Laura sabía que ese «me hizo saber» era un eufemismo para disfrazar la acrimonia con que, de seguro, María Pancha había atacado a Nahueltruz.

–Lo siento.

–Yo también. Me agrada María Pancha. Mi madre la quería y respetaba. Me habría gustado que me aceptara como el hijo de Blanca Montes. Pero para ella sólo soy el hijo de Mariano Rosas.

–Anoche terminé de leer las memorias de tu madre. Ella quedó embarazada después de que regresó a Leuvucó.

–Ese hijo nunca nació -interpuso Guor-. Mi madre sufrió un aborto al poco

tiempo. Su cuerpo, tan debilitado, no soportó el embarazo; no habría soportado el parto tampoco. Ni siquiera el aborto soportó. Murió semanas más tarde.

–Lo siento -farfulló Laura, y le apretó la mano.

–Mi padre se culpa, y nadie puede hacerle entender que mi madre ya estaba condenada, que, tarde o temprano, habría muerto. Esa enfermedad no perdona. – Permaneció meditativo antes de proseguir-: Vivió casi tres años luego de que regresó a Leuvucó. Quizá por eso mi padre se había hecho ilusiones, quizá pensó que, en Tierra Adentro, mi madre se había curado.

–Estoy segura de que, si tu padre no hubiese ido a buscarla a Ascochinga, ella habría fallecido mucho antes. Vivió porque estaba feliz, porque había vuelto a su tierra, al hombre que amaba y, sobre todo, a su hijo. Ella te adoraba, Nahuel.

–Y yo a ella.

–¿Qué pasó después de que mi tía Blanca murió?

–Mi padre me envió lejos a estudiar, para cumplir una promesa que le había hecho. Le pidió al padre Erasmo (seguramente mi madre lo menciona en su cuaderno) -supuso, y Laura asintió-. Le pidió que se hiciera cargo de mi educación al padre Erasmo, quien me llevó a Mendoza, a un convento de dominicos en el pueblo de San Rafael, donde, el principal era amigo de él. Fui oblato durante siete años. Aunque extrañaba lo que había dejado en Leuvucó, tengo que admitir que la etapa del convento fue una buena época de mi vida, dura, laboriosa, pero de provecho. El principal del convento, el padre Miguel Ángel, me puso bajo la tutela del padre Jean-Baptiste.

–¿Jean-Baptiste? ¿Francés?

–Él decía que no era francés sino occitánico, y repetía que lo era hasta la médula. Me enseñó todo lo que sabía, que no era poco, su lengua madre también me la enseñó; incluso a hacer vino, que era lo que más le gustaba. Me tomó mucho cariño y solía llamarme *mon petit indien*. Hasta convenció

al padre Miguel Ángel para que me enviara a estudiar a Madrid; esto fue cuando cumplí los dieciocho. Pero yo tenía otros planes: le agradecí a los curas todo lo que me habían dado y regresé a Tierra Adentro. Otro dominico, el padre Moisés Burela, me acompañó a Leuvucó y se hizo gran amigo de mi padre. Siete años después de haber dejado mi tierra, volví a poner pie sobre ella. Fue una gran alegría para mí.

–Siete años -se sorprendió Laura-. Debes de haber encontrado todo muy cambiado.

–Mi padre ya era cacique general de las tribus ranqueles. Ese fue un gran cambio. Por lo demás, todo seguía igual.

–¿Cómo llegó a ser el cacique general?

–Porque mi tío Calvaiú murió en un accidente.

–¿Qué le sucedió?

–Le explotaron en las manos unas municiones que el coronel Emilio Mitre abandonó en el desierto cuando fracasó su campaña contra el indio en el año 57. Las malas lenguas dicen que un grupo mal enquistado con mi tío por un asunto bien fulero luego de la muerte de mi abuelo le tendió una trampa.

–¿La matanza de las brujas?

–¿Lo menciona también mi madre en su cuaderno? – y Laura volvió a asentir-. Pues se dice que, con artimañas, lo hicieron aproximarse a las municiones y luego las encendieron. Mi padre no lo creyó así y hasta el día de hoy insiste en que fue un accidente. Lo cierto es que, después de la muerte de mi tío Calvaiú, nadie dudó, ni siquiera un solo lonco del Consejo, de que mi padre era el heredero natural al trono de Leuvucó. De todos modos, mi padre aceptó a regañadientes.

–¿Qué pasó con Gutiérrez?

–Murió de viejo, mi querido amigo. Aún lo hecho de menos.

–El coronel Mansilla menciona en su libro que tu padre tiene varios hijos; incluso habla de una niña.

–Luego de la muerte de mi madre y a lo largo de los años, mi padre tomó a cinco mujeres.

–¡Cinco mujeres! – se horrorizó Laura, y Nahueltruz se echó a reír.

–Cinco mujeres, es común entre nosotros. Calfucurá tiene veinte.

Laura no volvió a hablar, y Guor encontró divertido su silencio. El paso tranquilo del caballo y la paz del entorno, que comenzaba a colorearse hacia el este, los aletargaron. Habían dejado atrás Río Cuarto y sus peligros, el Fuerte Sarmiento y el fantasma del coronel Racedo. Avanzaban hacia el sur, en busca de ese lugar predilecto que Nahueltruz anhelaba compartir con Laura.

–¿Serás el cacique general de los ranqueles algún día?

–Ése es el deseo de mi padre y de mi tío Epumer.

–¿Cuál es tu deseo? – insistió Laura.

Guor la tomó por el mentón y la obligó a volver el rostro hacia él.

–¿Todavía no lo sabes? Que seas mi esposa y que me des hijos -expresó con semblante grave, y le acarició el vientre al tiempo que sus labios descendían sobre los de ella.

Laura le aferró la cara con ambas manos y respondió a la demanda imperiosa de su boca.

–Pero no podrás tomar a otras mujeres -bromeó.

–Mi padre no tomó a ninguna mientras mi madre vivió.

Según Guor, faltaban pocas varas para llegar al río Cuarto. El sol se asomaba en el horizonte y abigarraba el cielo de rosa, naranja y violeta. Soplaban una brisa fresca que acarrearaba el aroma húmedo de las últimas gotas de rocío. Desde todas las direcciones, los alcanzaban los chirridos de los pájaros, y Nahueltruz, que los distinguía por su canto, indicaba el nombre de la especie y las tonalidades de sus plumas.

–Laura -habló de repente-, mañana muy temprano dejaré Río Cuarto.

–Me iré contigo.

–No, te quedarás en Río Cuarto -interpuso él, con una autoridad que no admitía cuestionamientos.

–¿Me dejas para siempre?

–¡Laura, mírame! – y volvió a aferrarse por el mentón-. Nunca voy a dejarte. Eres mi mujer, ahora y para siempre. Serás la madre de mis hijos, la compañera que permanecerá a mi lado hasta el fin. Te quedarás en lo de Javier, esta tarde hablaré con doña Generosa y le pediré que te hospede hasta mi regreso. No quiero que permanezcas en el hotel mientras yo no estoy.

–En lo de doña Generosa no hay lugar. María Pancha, Agustín y ahora mi padre, no podemos abusar.

–Te digo que hablaré con doña Generosa, le diré de lo nuestro. María Pancha puede dormir en el hotel y tú tomar su lugar en la habitación de Agustín.

–¿Le dirás de lo nuestro? – se sorprendió Laura, y Guor asintió.

–También hablaré con Agustín -añadió-, hace tiempo que quiero sincerarme con él. Ahora que ha recobrado la salud, no veo por qué debo seguir ocultándole lo que hay entre nosotros.

–¿Y mi padre? – se asustó Laura.

–Si es necesario, a él también se lo diré.

–Llévame contigo a Tierra Adentro -suplicó, porque de pronto le dio pánico enfrentar a su familia.

–¡Jamás! Nunca te haré parte de ese mundo.

–¿Por qué? – se ofendió Laura-. Tu madre fue muy feliz entre los ranqueles.

–Mi madre y tú son muy distintas, vidas muy diferentes -masculló.

–Me consideras una frívola, que no puede vivir sin los lujos de la ciudad.

–No te considero frívola, te considero una mujer ambiciosa, que no se conformaría con el mundo de Tierra Adentro. – Con acento más indulgente, añadió-: Laura, aquello es pobrísimo, no lo soportarías. No tienes idea de la clase de vida que llevamos. ¿O acaso piensas que un toldo será cómodo como la casa de tus abuelos en Buenos Aires? No hay tiendas ni librerías ni teatros ni bibliotecas, esas cosas que a ti tanto te gustan. Vestirías chamales y calzarías las sandalias rústicas que nosotros fabricamos. No contarías con tus afeites y lociones, menos aún con los perfumes que te trae tu tía Carolina de París. Deberías acostumbrarte a la carne de potro, que es la más común entre mi gente y que ustedes, los huincas, encuentran repulsiva; no volverías a tomar bebidas finas ni a comer comidas excéntricas. Tarde o temprano, terminarías por aborrecer la vida de Tierra Adentro.

–María Pancha dice lo mismo -concedió Laura, en un susurro.

–María Pancha es muy sabia, mi madre siempre lo decía.

Hasta ese día, Laura y Nahueltruz no habían hablado acerca del futuro. Como un par de jóvenes inconscientes, se habían abandonado a las noches y a los demás encuentros robados sin pensar ni planear. El erotismo que el cuerpo de uno despertaba en el del otro llenaba el momento y el espacio, y los privaba de discernimiento. Ahora, sin embargo, el peso de la realidad

caía sobre ellos. Laura entendió que Nahueltruz Guor había decidido dejar a su pueblo y a su tierra por ella. Él, que había rechazado una vida de esplendor en Madrid para volver con los suyos, dejaría todo para que ella no padeciera el desarraigo ni las incomodidades. Se le antojó un sacrificio desmedido.

—Y tú, Nahuel -musitó-, ¿no será demasiado duro para ti dejar Tierra Adentro?

—Más duro sería perderte, más duro sería ver que día a día te resientes y odias lo que yo considero mi hogar, mi gente. Los visitaré tantas veces como quiera, no me echarán de menos, ni yo a ellos. Podrás venir conmigo, si lo deseas.

—¡Sí, lo deseo! ¡Sí, Nahuel! Prométeme que algún día me llevarás a conocer a tu padre, a tu abuela, a Miguelito y a Lucero, a tu tío Epumer, a toda la gente que mi tía Blanca menciona en su cuaderno, y que nos bañaremos en la laguna de Leuvucó y que me harás el amor entre los carrizales. Prométeme.

Le gustaba tanto la espontaneidad de Laura, sus modos carentes de artificios, la manera en que disfrutaba, en que se entusiasmaba, en que se le entregaba; pero sobre todo le gustaba cómo volteaba la cabeza en ese instante y lo miraba con esos ojos negros y grandes. La besó y, mientras lo hacía, le decía que sí, que algún día la llevaría al Rancul-Mapú, al País de los Carrizales.

—En cuanto a hacerte el amor en la laguna de Leuvucó entre los carrizos y las totoras -añadió-, ¿no es lo mismo a la orilla del Cuarto y debajo de un sauce?

El lugar predilecto de Nahueltruz, esa curva del río donde el agua fluía lentamente, cifraba su belleza y encanto en la gramilla verde que se extendía sobre el ribazo como una alfombra, y en los sauces llorones que bañaban sus ramas en la orilla. Laura se soltó el cabello y comenzó a desvestirse; sólo se dejó el guardapelo. Nahueltruz, que desensillaba el caballo, la contemplaba con ojos ávidos. Arrojó las alforjas y el atado de

Laura al pie del sauce y corrió hacia ella.

–¿Sabes nadar? – se sorprendió, al verla entrar en el río con seguridad.

–¡Claro que sé! En verano, cuando anochece, María Pancha y yo nos escapamos de casa de mi abuela y vamos a nadar al río. El río de la Plata es bien distinto a éste, tan ancho que no se ve la otra orilla. Si el día es claro, se puede divisar Colonia, una ciudad de la Banda Oriental. ¡Uy, está fría! – se quejó, mientras tentaba el agua con el pie.

Guor, completamente desnudo, la levantó en el aire y avanzó hacia la parte más profunda del río. El contacto de sus cuerpos tibios en contraste con el agua fría les agitaba la respiración y los hacía reír.

–Vamos hacia la parte más honda. ¿No tienes miedo?

–¿Qué puede pasarme si estoy entre tus brazos, Nahuel?

Alcanzaron un punto donde el agua cubría por completo a Laura; a él, sin embargo, no le llegaba al cuello. Laura se escabulló de los brazos de Guor, se sumergió y nadó en dirección a la orilla. Al emerger, el cabello le caía sobre la espalda como una cortina dorada, gruesa y compacta. De dos brazadas, Guor estuvo sobre ella y la tomó por la cintura.

–Tu pelo -susurró, mientras apreciaba un mechón-: eso recuerdo de la primera vez que te vi en el patio de doña Generosa, la manera en que brillaba tu pelo. Nunca había visto una cabellera rubia, menos aún así de rubia.

–A mí, en cambio -expresó Laura-, me llamó la atención la desproporción de tu cuerpo respecto al de Mario Javier, porque hablabas con él ese día, ¿recuerdas? Y después, cuando te diste vuelta y me miraste, tus ojos me embrujaron, no podía apartar la vista de esos ojos.

–Te asustaron también -acotó Guor-, porque saliste corriendo como espantada.

Laura rió, y Nahueltruz la tomó entre sus brazos y le besó el cuello. Salieron del agua porque a ella le castañeteaban los dientes. Nahueltruz buscó entre las cosas de Laura una toalla con la que la envolvió y le frotó el cuerpo; él eligió permanecer desnudo y secarse con el aire. Extendieron una estera sobre la orilla, donde desplegaron un rebozo a modo de mantel. Guor trajo las provisiones hurtadas de la cocina de doña Sabrina y comieron con deleite.

–Se preocuparán por tu ausencia -dijo Nahueltruz.

–María Pancha se dará cuenta de que estoy contigo; ella me encubrirá.

–Quizá crea que te has escapado para siempre y arme un escándalo.

–¿Irme sin llevarme nada, sin dejarle una nota? Me conoce demasiado para pensar que me he ido para siempre. Sabrá que me he ausentado por unas horas, no más.

–Regresaremos a la siesta, mientras el pueblo duerme y no hay un alma en la calle. Hacia la noche, hablaré con los Javier y con Agustín.

–¿Cuándo regresarás? – se animó a preguntar Laura, que no lo había hecho antes por miedo, porque, ¿cómo soportaría una ausencia de semanas, de meses quizá cuando un día se le volvía eterno, cuando no terminaba de anochecer?

–No lo sé con certeza -admitió Guor.

–¡No me digas eso!

–Laura, Laura -musitó Guor, y la recogió entre sus brazos-. Yo tampoco quiero dejarte, pero tengo que arreglar mis asuntos antes de empezar una vida a tu lado. Necesito que seas fuerte para mí, no puedo verte sufrir.

Nahueltruz guardó silencio, mientras contemplaba los esfuerzos de Laura para reprimir el llanto.

–Me está matando tu dolor -expresó él por fin, y la besó en la frente.

Laura se durmió en los brazos de Guor. Nahueltruz la acomodó sobre la estera, bajo la sombra del sauce, y la cubrió con la toalla. Se encaminó hacia el río donde se sentó en la orilla a contemplar las ondas del agua y el chapoteo de las aves. Se dijo que debería descansar unas horas; partiría temprano a la mañana siguiente y, como sus intenciones eran sostener la marcha hasta alcanzar la ciudad de San Luis, las posibilidades de dormir durante el viaje serían remotas. Dormir, sin embargo, era lo último que haría con tantas preocupaciones en la cabeza. Primero, finiquitaría el asunto con el notario para luego llevar a cabo la misión más difícil: enfrentar a su padre y decirle que dejaba Leuvucó para desposar a una huinca, la única hija del general Escalante, la sobrina de Blanca Montes.

Laura se rebulló en la estera, la toalla se deslizó hacia un costado y le desveló el cuerpo. Nahueltruz se puso de pie y caminó hacia ella ebrio de deseo. Se acuclilló a su lado y la estudió con interés. La piel de Laura, de esa blancura lechosa tan infrecuente, le volvía de agua la boca. No había reparado anteriormente en las venas azules que le surcaban el cuerpo, como ríos en un mapa. Con la punta del índice, siguió el recorrido de una vena que nacía en la comisura de su boca, le bajaba por el cuello y moría en el pezón. Lo acarició con el labio inferior y confirmó que la piel de los pezones de Laura era la más suave de su cuerpo. Rosados y traslúcidos, lo tentaban como fruta fresca y madura. Su boca se apoderó de uno y lo succionó ávidamente. Dormida, Laura gimió y se contorsionó.

–¿Nahuel? – preguntó, soñolienta, los ojos aún cerrados.

–Sí, Nahuel -replicó él, y la cubrió con su cuerpo-. ¿Quién más si no?

–Nadie, nadie más. Solamente tú, Nahuel.

A las tres de la tarde, Loretana se encaminó hacia el establo, segura de encontrar a Blasco dormitando sobre la alfalfa. Él le diría adonde pernoctaba Nahueltruz. Ya no lo hacía en el convento, donde lo había buscado en vano esa mañana. Tenía que hablar con él, no se daría por

vencida fácilmente. Después de todo, ella tampoco había sido una santa, le diría que lo perdonaba, que no recordaría su infidelidad con la copetuda y que jamás se la echaría en cara.

Después de todo, Loretana sabía que resultaba inútil rivalizar con la belleza de Laura Escalante; incluso admitía que en la cama la modosita señorita Laura se convertía en una mujer sin melindres ni prejuicios. Debía proveerse de armas más sutiles en caso de que Nahueltruz persistiera en su tesitura. Por ejemplo, le marcaría la inclinación de la señorita Laura por los lujos y las comodidades; la Escalante no dejaría su vida en Buenos Aires para seguir a un indio pobre como él cuando un hombre como el doctor Riglos estaba dispuesto a adorarla igual que a una diosa. Durante esas semanas, Loretana había aprendido a conocerla: Laura Escalante era exigente, coqueta, limpia, prolija y meticulosa, cualidades que no conseguiría preservar en una toltería de Tierra Adentro. Si Nahueltruz, enceguecido de pasión, aún no había reparado en la desigualdad, ella le abriría los ojos. Ese era su as en la manga.

Entró en el establo y se quedó de una pieza al toparse con Nahueltruz y Laura que se besaban en el rincón más apartado. Atinó a esconderse en un corral vacío, donde sus voces la alcanzaban con nitidez. Nuevamente se sometía a la tortura de la noche anterior y, a pesar de que por un instante la idea de sorprenderlos la inflamó, desistió casi de inmediato; se ahorraría la patética escena de celos.

—Llévame contigo a Tierra Adentro -imprecó Laura por enésima vez.

—No, Laura. ¿Vamos a volver sobre lo mismo? Aquello no es para ti, no lo soportarías. Regresaré, y tendremos una vida nueva, una vida para nosotros dos.

—¿Me juras que regresarás?

—Regresaré. ¿Me estarás esperando?

—Te esperaría la vida entera si me lo pidieses.

Guor la apretó contra su pecho, embargado de felicidad y, paradójicamente, entristecido también porque se preguntaba cómo toleraría la ausencia de Laura. Buscó sus labios y le imploró:

–Júrame que adonde sea que vaya, seguirás mis pasos.

–Te lo juro.

El as en la manga de Loretana perdió su valor. En un santiamén se le desmoronó el plan, se quedó sin armas, sin amor y con el corazón hecho pedazos. Abandonó el establo en silencio y corrió hasta la pulpería reprimiendo el llanto. La sorprendió el coronel Racedo apoyado sobre la barra.

–¡Por fin llegas, Loretana! ¿Has estado llorando, niña?

–¿Llorando, yo? – se ofendió la muchacha-. ¡Qué llorando ni llorando, coronel! Es tierra que se me metió en los ojos. Con esto de que hace años que no llueve, las calles parecen de harina. ¿Qué le sirvo? ¿Lo de siempre?

–Sí, la ginebrita de costumbre.

Loretana se la sirvió y Racedo hizo fondo blanco.

–Otra -ordenó, y arrastró el vaso sobre la barra-. ¿Y la señorita Escalante? – inquirió, con mal simulado desinterés.

–En el establo, conversando con Blasco. Acabo de estar con ella. Me preguntó por usted.

–¿Por mí?

–Sí, por usted. Me dijo: «Loretana, ¿sabes si está enfermo el coronel Racedo? Como hace tanto que no lo veo». Así me dijo -remarcó.

–¿Ah, sí?

–Sí. ¿Por qué no va a buscarla y le muestra que está vivito y coleando, más guapo que nunca, mi coronel?

Racedo bebió el último trago, se calzó el quepi y enfiló hacia el establo. En la calle se topó con el teniente Carpio.

–Me dirigía a la pulpería, coronel -informó.

–Y yo, al establo -manifestó Racedo, y su aliento aguardentoso alcanzó a su inferior-. Me dice la Loretana que ahí voy a encontrar a la señorita Laura, que anda preguntando por mí.

Carpio lo siguió, atento al paso vacilante de Racedo. En el portón del establo, se detuvieron en seco al avistar a la señorita Escalante entregada a los besos apasionados que le prodigaba un hombre enorme, con el pelo largo y negro y ropas de gaucho.

–¡Señorita! – soltó Racedo, y Laura dejó escapar un grito angustioso, mientras se cubría los pechos desnudos-. ¿Guor? – se asomó el militar, y entrecerró los ojos en un intento por taladrar la penumbra.

Instintivamente, Nahueltruz colocó a Laura detrás de él, al tiempo que calculaba las posibilidades de escapar. Los militares se aproximaban. Racedo ya había sacado el facón y lo contemplaba con ojos de felino hambriento; una sonrisa irónica le temblaba en los labios.

–¡Mira adonde vengo a encontrarte, indio de mierda! – vociferó-. Y a usted también, señorita Escalante. Aunque si se convirtió en la puta de un indio creo que lo de *señorita* está de más.

–Se va a tragar esas palabras -prometió Nahueltruz, con acento profundo y medido.

–*Tú* te tragarás esto -amenazó Racedo, y blandió el facón-, pero antes me vas a ver gozar con la puta más linda de Río Cuarto.

–Coronel, me parece... -terció Carpio.

–¡No, Carpio! – bramó Racedo-. Este salvaje me debe una muy fulera. Me la voy a cobrar, ¡y con creces! ya vas a ver. Sujeta a la Escalante y mantente al margen si no quieres salir herido.

–Coronel, por favor -insistió Carpio, y levantó el tono de voz-. Estamos hablando de la hija del general Escalante.

–¡Hija del general Escalante! – se enfureció Racedo-. ¡Una puta como cualquier otra! – resolvió-. Diremos que Guor la vejó y asesinó, y que yo, en heroico acto, ajusticié a la bestia que osó poner sus manos sobre tan *inmaculada señorita*.

Laura perdió el color del rostro y vitalidad en las piernas, y se aferró al brazo de Nahueltruz para no caer. Pero enseguida recobró las fuerzas, impulsada por una clara idea: escaparía y correría por ayuda. Si bien Nahueltruz era un hombre fuerte y, seguramente, hábil con el cuchillo, se trataba de dos militares, uno de ellos con arma de fuego -Laura ya había advertido el revólver en la cartera de Carpio-, los que lo amenazaban de muerte.

Racedo acertó la distancia blandiendo su cuchillo. Nahueltruz empujó a Laura hacia atrás, mientras desenvainaba el facón de cabo de oro y plata.

–Métete dentro del corral y no salgas -le ordenó.

Nahueltruz jaló su poncho de la montura y, haciéndolo girar en el aire, se lo enroscó en el antebrazo izquierdo. Aprestó su cuerpo para la lucha: inclinó la espalda hacia delante, separó las piernas, extendió los brazos y concentró la mirada en los ojos inyectados de su adversario. Racedo empezó a tirar mandobles para todos lados, sin regla ni tino; Nahueltruz los esquivaba con agilidad y aguardaba el momento para lanzar una finta certera y mortal. Carpio no pudo más que admirar la superioridad del indio y admitir la torpeza de su jefe.

Laura no perdía de vista al teniente Carpio, apostado en el portón del establo. Al notarlo ensimismado en la lucha, se deslizó por un costado hacia

la salida. A pasos de lograr su propósito, Carpio volteó y se abalanzó sobre ella. La aferró por la cintura y le separó los pies del piso. Por un instante, al escuchar el alarido de Laura, Nahueltruz perdió la concentración, y Racedo le asestó un corte en el brazo derecho. Nahueltruz se quejó por lo bajo y apretó la herida con la mano; la sangre le escurría entre los dedos. Laura giró el rostro y mordió en el mentón al teniente Carpio, que aulló de dolor y soltó a su presa. Laura abandonó el establo a la carrera sin volver la vista atrás. Corrió hasta la pulpería y, mientras corría, se preguntaba qué debía hacer. Pediría ayuda a los parroquianos, los conduciría al establo, ellos separarían a Nahueltruz y a Racedo y sujetarían a Carpio. Al poner pie dentro de lo de doña Sabrina, encontró el lugar vacío, a excepción de Loretana, que, apoyada sobre la barra, ocultaba el rostro entre los brazos.

—¡Loretana! — exclamó—. Ven, ayúdame, el coronel Racedo quiere matar a un hombre en el establo, ¡lo va a matar!

Loretana se incorporó de súbito, los ojos llorosos y las mejillas moteadas. Laura le descubrió una expresión tan estúpida que desechó su ayuda y siguió de largo hacia la habitación de Julián Riglos.

Loretana se restregó los ojos en el mandil y disparó hacia el establo, arrepentida de su infamia, aterrada de que fuera demasiado tarde. Allí continuaba la pelea. Racedo sangraba de una herida en el hombro y Nahueltruz de una en el brazo derecho. La espantaron las expresiones de esos rostros perlados de sudor y contraídos en una mueca de rabia y desprecio; lucían ajenos al dolor y a la sangre.

El coronel Racedo tambaleó y Nahueltruz, en un movimiento veloz y fulminante, cubrió la corta distancia y le hundió el facón en el vientre. Racedo ahogó un gemido y contempló a su adversario con ojos desorbitados.

—Te dije que te ibas a tragar esas palabras -le recordó Guor cerca del oído.

Desde su posición, el teniente Carpio no lograba distinguir quién llevaba la delantera; resultaba una escena confusa de cuerpos entreverados. Sin embargo, cuando Racedo cayó de rodillas, soltó el cuchillo y se aferró a la

camisa de Guor, no le quedaron dudas. Apuntó el arma y disparó.

Loretana, subrepticamente ubicada detrás de él, lo empujó con fuerza, y Carpio se precipitó de bruces. Acto seguido, aferró un rastrillo y lo golpeó en la cabeza, dejándolo sin sentido. Se precipitó sobre Nahueltruz, que se hallaba inconsciente junto a Racedo. El disparo de Carpio lo había alcanzado en el costado derecho; la sangre manaba profusamente. La muchacha colocó el índice bajo las fosas nasales de Guor y, al percibir la tibieza de su respiración, soltó un suspiro de alivio. Se dijo: «Tengo que sacarlo de aquí antes de que esto se llene de milicos».

Guor abrió los ojos y llamó a Laura.

–Soy Loretana. Creo que Racedo está muerto. Carpio te hirió de bala. Tenemos que rajar de aquí antes de que lleguen los soldados y te fusilen sin más.

–Trae mi caballo -ordenó Guor, e intentó ponerse de pie.

Una punzada en los ijares lo hizo bramar; cerró los ojos y apretó los dientes aguardando a que el dolor mermase y el ritmo de la respiración se le compusiera. Loretana colocó el caballo junto a Guor y lo ayudó a incorporarse. Nahueltruz se colocó las riendas en la boca y mordió para soportar el suplicio que significaría montar. Ya sobre el caballo, escupió las riendas e inspiró profundas bocanadas de aire para controlar el mareo y la descompostura. Loretana se recogió la falda y, de un salto, se ubicó detrás de él.

–Por si pierdo el conocimiento -indicó Guor-, llévame a lo de la vieja Higinia.

Azuzó el caballo y dejaron el establo a todo galope.

Laura irrumpió en la habitación de Julián, que leía en la cama. Soltó el libro y se levantó.

–¡Laura! – exclamó, mientras se ajustaba el cinto de la bata.

–¡Julián, por favor! – suplicó.

–¿Qué pasa? ¿Dónde has estado todo el día?

–¡Ven, ayúdame! – suplicó y, aforrándolo por el antebrazo, lo arrastró hacia la puerta.

–¿Qué pasa? – se irritó Julián-. ¿Adónde quieres que vaya? ¿No te das cuenta de que ni siquiera estoy vestido?

–¡No podemos perder tiempo! – insistió Laura-. Racedo quiere matar a Nahueltruz. ¡quiere matarlo! – repitió, y fijó su mirada exaltada en la atónita de Riglos.

–Espérame afuera.

Julián se quitó la bata, se puso los pantalones y, a medio vestir, salió al corredor, donde Laura se paseaba de una punta a la otra, con el puño entre los dientes y el gesto de un enajenado. Al verlo, corrió hasta él, lo tomó de la mano y lo condujo hacia la calle.

–¿Racedo quiere matar a quién? – preguntó Julián, la voz agitada pues Laura lo obligaba a correr.

–A Nahueltruz Guor, al cacique Nahueltruz Guor.

–¿Quién es el cacique Nahueltruz Guor? – se inquietó, y un mal presentimiento le hizo menguar la marcha.

Laura no contestó y lo tironeó para que siguiera corriendo. En el establo, nada quedaba de la referida pelea, sólo los cuerpos de Racedo y de su asistente, el teniente Carpio. Riglos se acuclilló junto a Hilario Racedo y lo dio vuelta. La chaqueta verde ostentaba una macha oscura y viscosa a la altura del estómago; los labios morados y la palidez del semblante resultaban estremecedores. Le tomó el pulso del cuello.

–Está muerto -expresó, y Laura pegó un alarido.

Carpio se movió sobre la paja y se quejó. Riglos lo ayudó a apoyar la espalda sobre un fardo de alfalfa y le extendió su pañuelo para que limpiase la sangre que le bañaba la nuca.

–¿Qué pasó?

–Ese indio de mierda, Nahueltruz Guor, acuchilló al coronel Racedo. Alguien me asestó un golpe a traición cuando le disparé. Alcancé a herirlo.

–Racedo está muerto -pronunció Riglos, y Carpio insultó y golpeó el suelo con el puño.

Laura contemplaba la escena con incredulidad. Le costaba entender lo que estaba viendo y escuchando, todavía no reparaba en las consecuencias nefastas de la muerte de un militar a manos de un indio. Trastornada y confundida, aún buscaba a Nahueltruz en los rincones del establo y, asomada al portón, en las calles vacías del pueblo.

–¿Dónde está Nahueltruz? – preguntó por fin, y tanto Carpio como Riglos la miraron con sorpresa.

–Me debe de haber golpeado Blasco -barruntó Carpio.

Sin embargo, cuando segundos más tarde, el muchacho entró campante en el establo silbando y pateando una piedra, Riglos y Carpio se dieron cuenta de que se hallaba al margen de los sucesos.

–¿Qué pasa? – preguntó alarmado, y fijó la vista en el cuerpo inerte del coronel Racedo.

–¿Has visto a Nahueltruz? – se le abalanzó Laura.

–¡Blasco! – vociferó Carpio-. Corre al fuerte y diles a Grana y a Nájera que preparen un grupo de hombres y que vengan a buscarme. Salimos a cazar a

un indio, el asesino del coronel Racedo.

Laura se quebrantó. Cayó de rodillas al suelo, se cubrió el rostro y, más que llorar, gritó convulsivamente «¡Nahuel, Nahuel!» con una angustia que dejó mudo a los demás. Riglos la sujetó por los hombros y la sostuvo en pie. La zamarreó, quería que volviera a sus cabales, nunca la había visto así, temía que colapsara.

—¡Basta! —ordenó—. ¡Cálmate! ¡Deja de llorar! ¿Quién es este Nahuel para que te pongas en este estado?

Se escuchó la risotada malévola de Carpio, y Riglos volteó enfurecido.

—Usted, doctor -habló Carpio-, debe de ser la única alma en Río Cuarto que no sabe que el cacique Nahueltruz Guor le calienta la cama a la señorita Escalante todas las noches.

Julián, demudado, volvió la vista hacia Laura y la contempló fijamente. Como la muchacha le mezquinaba los ojos y se obstinaba en ocultar el rostro, sintió miedo.

—¿Laura? —esbozó, más en tono de súplica que enojado.

Laura no lloraba ni se convulsionaba; la declaración de Carpio la había sofrenado más que sus sacudones y gritos. Sin palabras, le dio a entender que era cierto.

—¿Cómo pudiste? —le reprochó, en un hilo de voz que se oponía a la rudeza con que le apretaba los hombros.

—Estamos enamorados -interpuso ella, y lo miró a los ojos.

La seguridad y la osadía de su mirada, de su acento y de su cuerpo enfurecieron a Riglos hasta el punto de tener que recurrir a toda su voluntad para no cruzarle el rostro con una bofetada. Él la había esperado una vida; ella, en cambio, lo había traicionado con un indio. Se le descompuso el ánimo y empezó a respirar agriadamente; sabía que, si no abandonaba ese

inmundo estable, caería de rodillas al suelo y lloraría como un niño.

–Julián -farfulló Laura, que sufría al verlo padecer.

Riglos levantó la mano para acallarla y apartó el rostro; en ese momento, le daba asco mirarla.

–No digas nada -musitó-. No te atrevas a hablarme. No ahora.

La tomó por el brazo y la sacó a la rastra. Laura optó por obedecer, no recordaba a Julián en ese estado, su perfil endurecido le daba miedo. Se mantuvo silenciosa, a pesar de que las angustias, las dudas y los miedos le azotaban el alma. Su mayor preocupación no eran Riglos ni Carpio ni la debacle que caería sobre ella; su única preocupación era Nahueltruz, herido y solo como estaba. Las lágrimas le bañaron el rostro y sollozó quedamente para no molestar a Julián.

Cerca de la pulpería, Riglos se detuvo al escuchar los cascos de varios caballos que avanzaban al galope. Eran los soldados del Fuerte Sarmiento, que, alertados por Blasco, concurrían al llamado del teniente Carpio. Laura bajó la vista y pensó que nada detendría los acontecimientos que sobrevendrían. Recién en ese instante experimentó como un peso insoportable la crudeza de la realidad: el coronel Racedo muerto, Nahueltruz un asesino.

Afortunadamente, la pulpería se hallaba vacía. Julián la cruzó de dos zancadas, Laura como barrilete por detrás. Abrió la puerta de la habitación y la empujó dentro.

–No te atrevas a salir de aquí -advirtió, y cerró con un golpe.

Necesitaba estar solo. Avanzó por el corredor y se confinó en su recámara, donde no se cuidó de sofrenar su rabia y dolor.



CAPÍTULO XXIV.

El paria

Nahueltruz Guor no perdió la conciencia mientras cabalgaban, pero, al llegar a lo de Higinia, cayó sobre el jergón como un peso muerto. Minutos más tarde, se había desvanecido.

Loretana se apresuró en armar una almohadilla y acomodársela bajo la cabeza. Miró a su alrededor, desorientada y asustada. Contaba con escaso tiempo, debía regresar a la pulpería o su repentina desaparición levantaría sospechas. Tomó la olla del fogón y corrió al río por agua. De vuelta en el rancho, encendió un fuego y la puso a hervir. Limpiaría la herida, había visto a su tía Sabrina hacerlo en varias ocasiones cuando algún cliente resultaba herido en una pelea. Buscó prendas limpias para hacer vendas, su enagua estaba inmunda. Se sorprendió al hallar calzones, camisetas y calcetines nuevos y fragantes, que, supuso, se trataban de un regalo de la señorita Laura. Obtuvo varios jirones de una camiseta.

Con el facón de Nahueltruz, le cortó la camisa a la altura de la herida. Embebió el trapo en agua caliente y limpió la sangre. Nahueltruz se quejaba y se rebullía sin abrir los ojos, sin recuperar la conciencia. Se trataba de un orificio pequeño entre las costillas por donde aún manaba sangre. Resultaba imposible vendarlo apropiadamente sin la asistencia de alguien fuerte. Protegió la herida con los trapos y tapó a Nahueltruz con la manta. Su aspecto la asustó: tenía la frente perlada, las mejillas arreboladas y los labios resecos. Llenó un cacharro con agua fresca y, levantándole la cabeza, trató de que bebiera. El agua se escurrió por sus comisuras, y Loretana no supo si Guor había tragado algo.

—Volveré con el doctor Javier -juró la pulpera.

Llenó el cacharro nuevamente y lo dejó al alcance de Nahueltruz. Apagó el fuego y puso un poco de orden. Antes de marcharse, se arrodilló junto al jergón y besó los labios afiebrados de Nahueltruz.

—Perdóname -susurró, y el llanto le impidió decirle que lo amaba.

Loretana llegó al pueblo agitada. En otra ocasión, su tía Sabrina la habría regañado por su mal aspecto y por su desaparición; en ese momento, más interesada en contarle el último chisme, la llevó a la cocina y le soltó la novedad.

—¡Tu adorado Nahueltruz despachó al coronel Racedo al otro mundo! Pero esto no es lo más jugoso del asunto. Aquí te largo una que te va a dejar dando vueltas: Nahueltruz Guor es el hombre de la señorita Laura. ¡Ja! ¡Cómo te quedó el ojo! ¿Te dije o no te dije que ese miserable tenía otra? ¿Eh? ¿Qué me contestas? ¿No te digo yo que me hagas caso cuando te hablo, que parezco sonsa pero no soy? Parece ser que Racedo encontró a los dos tórtolos haciéndose arrumacos en el establo. ¡Ah, la de San Quintín se armó! Imagínate, el coronel Racedo, que andaba como bobalicón detrás de la señorita Laura, al verla con su peor enemigo, se le fue al humo. Pero ya tuitos sabemos que Racedo era más bien torpe con el cuchillo; Guor, como buen indio, lo manejaba como los dioses. No es de extrañar cómo terminaron las cosas: Racedo con un puntazo en la panza.

—¿Y la señorita Laura? — quiso saber Loretana, y su manera imperturbable fastidió a doña Sabrina.

—Y a ti, ¿qué bicho te picó? ¿No tienes nada pa'decirme? Te cuento que el pueblo se sacudió con un terremoto, y tú, como si nada.

—¿Y qué quiere que le diga? — se despabiló Loretana-. ¿Quiere que la felicite? ¿que le diga que es la mejor bruja y adivina que conozco? ¿que estoy feliz porque Nahueltruz se acostaba con la Escalante? ¿que muero de la alegría porque la milicia lo persigue pa'matarlo?

—¡Ah, qué carácter de los mil demonios que tienes!

–¿Y la señorita Laura? – persistió Loretana.

–En su habitación, lloriqueando dende que el doctor Riglos la trajo aquí a los santos empujones. ¡Uy, qué despiole se va a armar!

Llegó un grupo de clientes, que luego de pedir chicha y vino, se acomodaron en una mesa para comentar los sucesos ocurridos en el establo. Loretana se ocupó de llenar los vasos y servirlos. En ese momento, prefería trabajar a seguir escuchando las gansadas de su tía Sabrina. Necesitaba despejar la mente y planear la manera en que volvería al rancho de la vieja Higinia, esta vez con el doctor Javier.

Al atardecer, no quedaba persona en Río Cuarto que no se hubiera enterado de la muerte del coronel Hilario Racedo a manos del ranquel Guor y de la relación de éste con la hija del general Escalante. Sólo Agustín permanecía ajeno a la tragedia de sus hermanos. Blasco irrumpió con la noticia en casa de los Javier y causó un efecto devastador. El general Escalante se puso pálido y se echó en la silla que tenía a mano. Entre el doctor Javier y María Pancha lo ayudaron a ponerse de pie y lo condujeron a su dormitorio, donde le pidieron que se recostase. El general insistía en que no se recostaría, que debía ir al hotel para hablar con su hija, de inmediato, no había tiempo que perder, tenía que saber qué había de cierto, él todavía no podía creerlo.

–¡Esto es una calumnia! ¡Mi Laura jamás se fijaría en un indio! ¡No en el hijo de Rosas! – vociferó, en completo descontrol.

María Pancha le aferró la mano, lo miró a los ojos y le ordenó que se recostara. Escalante consintió a regañadientes «porque le había comenzado a latir la rodilla». Javier le tomó las pulsaciones e indicó:

–María Pancha, pídale a Generosa que prepare una infusión de azahares más bien concentrada. Eso ayudará a serenarlo.

Media hora después, luego del té de azahares, las pulsaciones de Escalante habían recuperado el ritmo; su gesto, sin embargo, atemorizaba.

–Creo que debemos mantener al padre Agustín al margen de este desdichado asunto -opinó Javier-. Una cuestión de naturaleza tan delicada podría afectarlo hasta el punto de minar su salud de por sí frágil. Su hermana y su mejor amigo involucrados en un asesinato no es la clase de noticia que lo ayudará en la convalecencia.

María Pancha y Escalante cruzaron miradas significativas y asintieron. Doña Generosa llamó a la puerta y pidió unas palabras con su esposo.

–Está el sargento Grana en la sala -informó-. Viene a buscarlo. Dice que Carpio lo necesita en el fuerte por una herida en la cabeza.

–Tengo que ir al fuerte -comunicó Javier de regreso en la habitación de Escalante-. El teniente Carpio, el edecán de Racedo -explicó-, me manda llamar. Aprovecharé para averiguar algo.

Se convino que, mientras María Pancha y el general iban al hotel de doña Sabrina, Generosa cuidaría al padre Agustín, que, desde la mañana, había pedido por su hermana. En breve llegaría el padre Marcos para rezar el rosario y relevaría a la dueña de casa. María Pancha y Escalante caminaron en silencio hasta la pulpería. La furia parecía haber abandonado al general. El fatalismo que volvía a enfrentar su destino con el de Mariano Rosas había ejercido sobre él un efecto aplastante.

El padre Marcos se enteró de la muerte de Racedo también por boca de Blasco, que además le contó que la señorita Laura y Nahueltruz “eran novios”. Ante la noticia, lo primero que experimentó Donatti fue cobardía, porque no hallaba la entereza para arrostrar los chismes que volarían por las calles del pueblo, menos aún a su amigo José Vicente. De pronto, deseó encerrarse en su celda y no volver a abandonarla.

En parte se sentía responsable; Laura se encontraba bajo su tutela y él la había descuidado de forma imperdonable. No podría volver a mirar a los ojos a José Vicente o a Magdalena Montes ahora que la virtud de su única hija estaba por los suelos y él no había hecho nada para preservarla. A medida que evaluaba los acontecimientos, sus cavilaciones y vaticinios se

volvían más agoreros. La furia de Escalante al saber a su adorada Laura relacionada con el hijo de Mariano Rosas sería desmedida; ni siquiera él se animaría a apaciguarla. Si la noticia alcanzaba Buenos Aires, Laura se deshonraría para siempre.

El padre Marcos no dudaba de las buenas intenciones de Nahueltruz, pero consideraba insensata su pretensión de amar a una mujer tan por encima de él. Quizá se trataba de una ilusión; tal vez Guor veía en Laura a la Blanca Montes que había amado a su padre tantos años atrás, esa cristiana que se había convertido en una india por amor. Laura, impulsiva y romántica, se había entregado a él sin detenerse a reflexionar acerca de las diferencias que los apartaban. Posiblemente lo había amado en un acto de rebeldía.

—Este ha sido un capricho que les costará muy caro -pensó en voz alta.

Consultó el reloj de pared: la hora de visitar al padre Agustín. Aunque lo preocupó la idea de que Agustín se hubiese enterado, enseguida confió en el buen criterio del doctor Javier que, no dudaba, lo habría preservado de una tristeza semejante. Marcos Donatti se puso de pie sin ganas, tomó el breviario y el rosario y se puso en marcha.

Sola en su habitación, Laura lloraba amargamente. La imagen de Nahueltruz herido e indefenso la obsesionaba, y que se hubiera convertido en un hombre perseguido por la justicia le resultaba intolerable. Por el momento, el único lugar seguro lo constituían los aduares de su padre, el sitio que Nahueltruz había decidido abandonar por ella. Lo seguiría a Tierra Adentro, no sabía cómo ni cuándo, pero lo seguiría; Leuvucó se convertiría en su hogar como lo había sido el de su tía Blanca Montes; allí sería feliz con Nahueltruz, no necesitaba la ciudad ni a su familia o amigos, sólo lo necesitaba a él.

Julián llamó a la puerta y, sin aguardar el permiso, entró. Laura se secó las lágrimas y se puso de pie. Evitó mirarlo a los ojos; lo había herido profundamente y se avergonzaba. Riglos la encontró tan triste, desvalida y empequeñecida que no pudo pronunciar las palabras antes calculadas. En la soledad de su recámara, la había odiado. Ahora sólo deseaba abrazarla y

decirle que la amaba, que la perdonaba, que pronto dejarían ese lugar infernal y recomenzarían en Buenos Aires.

–Julián -habló Laura-, no estés enojado conmigo.

Riglos cubrió la distancia que los separaba y la envolvió con sus brazos. Laura apoyó el rostro sobre su pecho y se largó a llorar de nuevo.

La puerta se abrió de súbito, y Laura y Riglos se sobresaltaron.

–Papá -musitó Laura.

El general Escalante entró en la habitación y, aunque usaba bastón, caminó con resolución hacia su hija. A un paso de distancia, le propinó un sopapo de revés. Laura habría caído si Julián no hubiese atinado a sujetarla. María Pancha corrió a su lado y la condujo a la cama, donde la obligó a echar la cabeza hacia atrás para contener la hemorragia de la nariz.

–¡No, general! – exclamó Julián-. ¡Con violencia no, se lo suplico!

–¡Esta mocosa ha deshonrado el apellido Escalante revolcándose con un indio mugroso!

–Vamos afuera, general, hasta que recuperemos la calma y podamos hablar con propiedad.

Escalante se topó con la mirada furiosa y desafiante de María Pancha, y bajó la vista.

–No volverá a ponerle una mano encima -la escuchó decir, y Riglos los miró con desconcierto, no tanto por las palabras de la negra, a quien sabía impertinente, sino por la actitud sumisa que adoptó el general, que dio media vuelta y enfiló hacia fuera. Riglos lo siguió por detrás.

La puerta cerrada y la habitación en silencio, Laura echó los brazos al cuello de su criada y dio rienda suelta a su amargura. María Pancha la obligó a volver a la cama y a echar la cabeza hacia atrás. Lo despejó la

frente y se la besó.

–Está herido, María Pancha. ¡Solo y herido! No sé adonde está. ¿Quién le curará la herida? ¿Quién?

Sobrevino un silencio en el que Laura fijó la vista en el cielorraso y dejó que las lágrimas cayeran por sus sienes sin el menor lamento. De repente, exclamó:

–¡Fue horrible! El coronel Racedo nos encontró en el establo mientras nos despedíamos. Amenazó con vejarme y matarme y denunciar que el autor de semejante bajeza había sido Nahueltruz. Él sólo me defendió. Racedo quería matarme, a mí y a él también. Nahueltruz me defendió, él me salvó. ¿Por qué la Justicia lo persigue si él me salvó? Se lo diré a quien tenga que decírselo, a la policía, al juez, alguien va a creerme, ¿verdad que sí, María Pancha? Alguien me creerá. Nahueltruz no haría daño sin una razón válida. Él estaba protegiéndome, él me defendió. ¿Dónde está Nahueltruz? Quiero ir con él. Tengo que estar con él. ¡Necesito estar con él! Ahora mismo salgo a buscarlo.

A duras penas María Pancha consiguió que Laura no dejara la habitación. Sabía que, si no la sedaba, la muchacha terminaría por colapsar. Buscó la botella de láudano que siempre llevaba en su canasta y diluyó unas gotas en un vaso con agua. La ayudó a incorporarse y a beber.

–Ahora trata de descansar. Nada lograrás en el estado en que estás. Lo ayudarás si te tranquilizas y reposas; necesitas la mente fresca.

–¿Quién le curará la herida? – insistió Laura, más apagada.

–Nahueltruz Guor es un hombre acostumbrado al peligro y a la vida dura. Confía en él y en sus habilidades. Nada malo le ocurrirá.

–¿Eso crees?

–Sí, Laura. Estoy segura de que sabrá cuidarse.

–Lo amo tanto, María Pancha.

–Lo sé.

Para sorpresa de doña Sabrina, esa noche Loretana se ofreció a limpiar la cocina y barrer la pulpería. Mataría las horas con esos menesteres hasta el momento de llamar a la puerta de los Javier. Debía ser precavida, Carpio tenía vigilada la casa del médico. Era conocida su amistad con el cacique Guor, no resultaba descabellado pensar que intentase ayudarlo.

Alrededor de las dos de la mañana, Loretana se embozó de negro, mimetizándose con la oscuridad de la noche en su avance hacia lo de Javier. Descartó la entrada principal; a pocos pasos, el chasquido de un yesquero y, un segundo después, la brasa de un cigarro le dieron a entender que el soldado del Fuerte Sarmiento perseveraba en su guardia. Se encaminó hacia la parte trasera y, como encontró el portón de mulas con cerrojo, debió trepar la pared y arrojar sobre las lechugas de doña Generosa. La ventana de la habitación del matrimonio Javier daba al patio, y Loretana golpeó varias veces con discreción.

El doctor Javier, los ojos hinchados de sueño y la expresión confundida, abrió el postigo y acercó la palmatoria al rostro de Loretana, que se apresuró a descubrir su cabeza.

–¡Loretana! – se enojó Javier-. ¡Nos has dado un susto de muerte, criatura!

–Por favor, doctor Javier -suplicó la muchacha-. Sé adonde está Nahueltruz. Vengo a buscarlo pa'llevarlo con él. Está herido de bala.

–En cinco minutos estaré contigo -dijo el médico, y cerró la ventana.

Dejaron la casa por el portón de mulas. Javier había tomado la precaución de envolver los cascos de su caballo con trapos para evitar que resonaran. Fuera de peligro, detuvo la marcha y desembarazó de las envolturas al animal, que cabalgó rápidamente hacia lo de la vieja Higinia. Aunque Javier conocía el camino como la palma de su mano, Loretana sostenía una

lámpara de cebo en lo alto.

En la puerta del rancho, Loretana vaciló, asaltada por un mal presentimiento. Javier le quitó la lámpara y la hizo a un lado con resolución. Luego de escuchar la voz de Nahueltruz que saludaba al médico, Loretana se animó a entrar. La espantó el semblante de Guor; en especial, los ojos, vidriosos y afiebrados, la llenaron de resquemores. A una orden del médico, encendió el fuego e hirvió el resto del agua.

—Doctor -pronunció Guor con dificultad-, ¿dónde está Laura? ¿cómo está ella?

Loretana apretó la manija de la olla para sofocar la ira y los celos, sin éxito. Se dio vuelta y vociferó:

—¿Qué quieres saber de ésa? Te dejó solo con Carpio y Racedo, y se mandó a mudar como una cobarde cuando más la necesitabas. Ahí está, encerrada en su pieza, por la vergüenza y el miedo. Pero no te preocupes, que la consuela el doctorcito Riglos, ¿quién más?

Javier le lanzó un vistazo avieso y la urgió a continuar con su tarea.

—No sé nada de Laura, señor Guor. Ayer no fue en todo el día a casa. Ha sido difícil ocultarle la verdad al padre Agustín, que no se ha cansado de pedir por ella. Creemos que lo mejor es mantenerlo ajeno mientras su salud se restablece por completo.

—Entiendo -se desmoralizó Nahueltruz.

Javier le quitó la precaria venda y acercó la lámpara a la herida. Tomó un instrumento de su maletín y removió un pedazo de tejido. El rostro de Nahueltruz se contorsionó en una mueca de dolor; apretó los puños y endureció el cuerpo sobre el jergón, pero no se quejó.

—Afortunadamente la bala no está alojada en la costilla -informó Javier minutos más tarde-. Se trata de una bala de plomo, debo extraerla o terminará por envenenarle la sangre.

Javier adormeció a Nahueltruz con un cordial a base de opio y trabajó durante casi una hora para quitar la bala, desinfectar la herida y vendarla. Loretana le aseguró que se quedaría para asistir a Nahueltruz hasta el amanecer.

–Si despierta -le indicó-, le darás una medida del cordial para mitigarle el dolor. Prepararás una infusión de valeriana -y sacó de su maletín un talego con la hierba seca-, y se la darás a beber tibia. Debe tomar líquido -remarcó-. Para recuperar la fortaleza del cuerpo y la sangre perdida le darás esto -y le extendió un frasco-, el tónico de cáscara de huevo que prepara María Pancha. Es milagroso -acotó.

De regreso en su casa, el doctor Javier durmió un par de horas. Alrededor de las siete, cuando se disponía a escapar como un ladrón para visitar nuevamente a Nahueltruz, la campana de la puerta principal despertó a toda la familia. Un jinete, despachado la tarde anterior, traía malas noticias: en el Fuerte Mercedes, en San Luis, un brote de disentería ya se había cobrado varias vidas. El coronel Iriarte a cargo del regimiento lo mandaba llamar con carácter de urgencia.

En menos de media hora, doña Generosa había empacado la ropa del médico, mientras María Pancha y la doméstica preparaban una canasta con provisiones. A plena luz del día, con el chasque como escolta, el doctor Javier dejó su casa y partió rumbo al sur. El soldado apostado de guardia recibió sin sospechas las explicaciones del repentino viaje.

–Nos detendremos en este rancho -anunció Javier cuando se aproximaban a lo de doña Higinia-. Sólo me tomará unos minutos.

Javier halló solo a Nahueltruz. Dormía un sueño inquieto, a veces balbuceaba incoherencias. Había restos de valeriana en un cacharro y rescoldos en el fogón. Javier descubrió la herida y estudió su evolución. Guor se despertó entre quejidos.

–En principio -diagnosticó el médico-, la herida no tendría por qué infectarse. Es perentorio que la mantenga siempre cubierta y aseada.

Nahueltruz lo aferró por la muñeca y le suplicó:

–Doctor, por favor, dígame a Laura dónde me encuentre, pídale que venga.

–Sí, sí, lo haré, lo prometo, lo prometo. Aunque será dentro de dos o tres días. Ahora voy de camino al Fuerte Mercedes donde me requieren con urgencia. Pero cuando regrese, cacique Guor, tenga por seguro que se lo diré.

Javier limpió y curó concienzudamente la herida, y volvió a vendarla. Antes de abandonar el rancho dejó junto al jergón un saco con víveres, un odre con agua fresca y una botella de láudano.

Riglos abandonó el dormitorio de Laura con ganas de retorcerle el cuello. La muchacha le había confiado su plan sin comedimientos: viajaría a Tierra Adentro cuando las cosas se apaciguaran y lograría ponerse en contacto con Nahueltruz.

–Allí viviremos tranquilamente -había agregado, desconcertando a Riglos hasta el punto de dejarlo sin habla-. Nadie se atreverá a reclamarle a Nahueltruz en su tierra. Su padre lo protegerá.

Riglos salió al pasillo con el propósito de encontrar a Loretana. La tarde anterior, mientras aplacaba al iracundo general Escalante con un trago en la pulpería, doña Sabrina se había ido de boca.

–Yo le decía a la Loretana que ese Nahueltruz Guor era un miserable. Con mi sobrina puede ser, pero ¡mire que atreverse con la hija de un general de la Nación! – exclamó, mientras señalaba con deferencia a Escalante, que soltó un gruñido y se llevó el vaso con ginebra a la mesa más apartada. Riglos, en cambio, se quedó para escucharla.

–La Loretana estaba hasta el caracú con ese indio de porquería. Yo le decía: «¿Qué esperas de un salvaje?». Pero no, la Loretana no escucha razones, es terca y dura como una mula, sí que lo é. Pa'ella, Nahueltruz é perfeto como

Dios. ¡Un indio, un salvaje, como Dios! ¡Qué herejía!

A la luz de esta información y dado que Blasco no tenía nada que ver con el inopinado golpe en la crisma de Carpio, a Julián, atando cabos y examinando las circunstancias, se le ocurrió que Loretana había sido la responsable, incluso, que había asistido a Guor en su huida; debía de saber adonde se hallaba. Se encaminó hacia la cocina; la muchacha, recostada sobre la mesa, lloraba a moco tendido. Y lloraba porque esa madrugada, a pesar de lo dolorido y desorientado que estaba, Nahueltruz Guor se había mostrado categórico: sólo amaba a Laura Escalante, la amaba como nunca había amado a otra mujer, la amaría hasta el final de sus días y la convertiría en su mujer así tuviera que enfrentar a los milicos, al juez, al Cielo mismo. Loretana abandonó el rancho de la vieja Higinia luego de rogarle e implorarle, de insultarlo y maldecirlo, de llorar y patalear. Ya no volvería a verlo.

–Loretana -llamó Riglos, y la sacudió del llanto.

–¿Qué quiere? – preguntó la pulpera de mal modo, mientras se secaba la cara con el delantal.

–Pedirte un favor que, como siempre, sabré recompensar.

–No está el horno pa'bollos -se mosqueó la muchacha, que había malinterpretado el pedido.

–¿Ni siquiera para hablar del cacique Guor? – tentó Riglos.

Loretana levantó la vista y lo miró fijamente. Riglos prosiguió:

–No creo que sea una sorpresa para ti el interés que tengo en la señorita Escalante.

–Tendría que ser idiota pa'no haberme dao cuenta.

–Si es así, comprenderás que Nahueltruz Guor es un escollo...

–Un, ¿qué?

–Un estorbo, una complicación, un problema, un...

–Sí, sí, ya entendí, ya entendí, que no soy boba.

–Bien. Guor, entonces, es una complicación de la cual debo deshacerme.

–Y yo, ¿qué tengo que ver?

–Tu situación es la inversa de la mía. La señorita Escalante es tu complicación.

–¡Ni media complicación! Por mí, que se mueran y se repudran en el Infierno esos dos. ¡A mí me importa un bledo!

Julián Riglos tomó asiento junto a Loretana y buscó tiempo para recomponer su discurso.

–Entonces -prosiguió-, sabré recompensar tu ayuda de la manera que lo he venido haciendo hasta ahora. A esta altura de los acontecimientos, no te quedarán dudas de mi generosidad y de que, conmigo, puedes abultar aun más tu faltriquera.

–¿Qué tanto quiere de mí? – se impacientó.

–Quiero que me digas adonde se esconde Guor.

–¿Pa'qué?

–¿Acaso no te importaba un bledo? – parafraseó Riglos.

Loretana sacudió los hombros y se quedó en silencio.

–¿Por qué piensa que yo sé adonde está Guor? Quizá se fugó pa'Tierra Adentro.

–¿Cruzar el desierto herido de bala y solo? Loretana -se impacientó Riglos-, no me tomes por lo que no soy.

Nuevamente la muchacha guardó silencio.

–Le va a costar cara la información.

–Sabes que soy generoso.

–No quiero riales, esta vez.

–¿Qué quieres? – se sorprendió Riglos.

–Quiero que me lleve a Buenos Aires.

La mañana del segundo día después de la muerte del coronel Racedo, María Pancha entró en la habitación del hotel de doña Sabrina y encontró a Laura empacando sus cosas.

–¿Qué estás haciendo?

–Me voy -anunció la muchacha.

–¿Te vas?

–Sí, no soporto la espera. Me volveré loca si permanezco un minuto más aquí. Nahueltruz no se ha puesto en contacto. Temo por su vida -se angustió-. Además no quiero estar aquí cuando mi padre regrese. No toleraré otro escándalo. Si bien no ha vuelto desde el otro día, no pasará mucho y se presentará para echarme en cara sus prejuicios de la Edad Media.

–¿Adonde piensas ir? – intervino María Pancha sin molestarse en esconder cierta inflexión sarcástica-. ¿Vas a tomar tus cosas y caminar hacia el sur?

–No sé adonde buscarlo, es cierto, pero si no hago algo perderé la cordura.

Encerrada aquí, entre estas cuatro paredes, tengo los pensamientos más negros, me altero fácilmente, no puedo dormir y, cuando lo consigo, me despierto sobresaltada por algún sueño macabro. ¡Iré a ver al padre Marcos! – exclamó-. Él debe de saber adonde se esconde Nahuel. Quizá esté en el convento.

–Los hombres de Carpio dieron vuelta el convento y no lo hallaron. El padre Marcos asegura que no tiene la menor idea adonde está. Él mismo me lo dijo. – Laura la contempló con desfallecimiento-. No cometas una imprudencia -rogó la criada-. Te suplico que trates de calmarte y aguardar. Hace dos días que no visitas a tu hermano. Está preocupado, cree que te has enfermado de carbunco y que nosotros se lo ocultamos. Ayer le dije que estabas en esos días del mes en que una mujer debe hacer reposo. Pronto, ésa ya no será una excusa. También le preocupa la ausencia de Guor, y para eso no tengo justificativo.

–Hoy mismo iré a ver a Agustín -dijo Laura.

Doña Sabrina llamó a la puerta y anunció al teniente Carpio, que se presentó en el dormitorio acompañado de dos hombres, el sargento Grana y el cabo Nájera, quienes se quitaron los quepis con reverencia y saludaron con una inclinación de cabeza. Laura apenas devolvió el saludo y no los invitó a tomar asiento.

–Supongo que mi visita no será una sorpresa para usted, señorita Escalante -habló Carpio.

–Por el contrario, teniente, su visita me sorprende. Pensé que después de lo que fui testigo en el establo me ahorraría volver a soportar su presencia. No puedo creer tanta desvergüenza de su parte, señor.

Por un instante, Carpio se mostró desconcertado. Grana y Nájera bajaron la vista y jugaron nerviosamente con sus sombreros.

–En vez de sorprenderla, tal vez mi visita la avergüence -insinuó el militar.

–Señor Carpio, usted tiene un concepto muy equivocado de la vergüenza.

No estoy avergonzada. Sí estoy desagradablemente sorprendida.

–Ya que mi visita la sorprende -aceptó el teniente-, le explicaré su propósito e iré directamente al grano. Mi tiempo es valioso y cada minuto perdido es una oportunidad concedida a ese salvaje para escapar del brazo de la ley.

–¡El brazo de la ley! – prorrumpió Laura-. En lo que a mí respecta, señor Carpio, usted no representa a la ley. Tampoco lo hacía el coronel Racedo, que ese día, en el establo, había jurado vejarme y asesinarme y achacar la culpa al cacique Guor.

–¡No le permito! – se alteró Carpio, y dio un paso adelante.

–¡Embustero! – se enfureció Laura-. ¡Usted estaba allí y lo escuchó de labios de ese desgraciado!

El sargento Grana apoyó la mano sobre el brazo de Carpio y lo contuvo.

–Señorita Escalante -intervino-, no es nuestra intención importunarla. Hemos venido hasta aquí con el sólo propósito de interrogarla acerca del paradero del cacique Nahueltruz Guor.

–No conozco su paradero, pero tenga por seguro que si lo conociera no se lo diría.

–¡Podríamos encerrarla por obstruir el curso de la Justicia! – explotó Carpio.

–¿Encerrar? ¿A quién? – preguntó Julián, que había estado escuchado detrás de la puerta e hizo su aparición en el momento propicio.

La habitación quedó en silencio. Riglos se detuvo junto a Laura en actitud protectora.

–El teniente Carpio desea interrogar a Laura, doctor -explicó María Pancha.

–¿Interrogarla? – simuló sorprenderse Riglos-. ¿Tiene la orden emitida por

el juez de paz, teniente?

Carpio sabía que no lidiaba con un leguleyo. Racedo le había comentado que Julián Riglos era un reputado abogado porteño, hábil conocedor de la ley y de sus vericuetos, con un sinfín de casos complejos llevados a buen puerto. Como tampoco dudaba de las conexiones del doctor Riglos en la capital, decidió bajar el copete.

—No, doctor -terminó por conceder-, no contamos con la orden del juez. Pensábamos que la señorita Escalante, por tratarse de una ciudadana digna y responsable, querría colaborar con la Justicia voluntariamente.

Laura tuvo intenciones de arremeter otra vez contra la impunidad y el descaro del militar, pero una mirada de María Pancha la sofrenó.

—Precisamente -interpuso Riglos-, por tratarse de una ciudadana digna y responsable, Laura Escalante tiene derechos. Sin una orden del juez que determine lo contrario, uno de sus derechos es callar si así lo prefiere.

—Ella es parte involucrada -tentó Carpio-, estuvo en la escena del crimen.

—Error, teniente -corrigió Julián-. Ella dejó el establo antes de los penosos acontecimientos que llevaron a la muerte del coronel Racedo. Yo -expresó, señalándose el pecho-, soy testigo de eso. Laura vino a buscar mi ayuda. Cuando llegamos al establo, el coronel Racedo ya estaba muerto y usted, desvanecido en el suelo.

Los militares dejaron la habitación sin saludar. Laura se aferró a la cintura de Julián, que la envolvió con sus brazos y le besó la coronilla.

—No sé qué habría hecho si no hubieses llegado.

—Laura -habló Julián, y la obligó a tomar asiento-, Carpio puede conseguir la orden del juez de paz y obligarte a decir lo que sabes; quizá te encierre en la celda del fuerte con alguna excusa; puede hacerlo, si tiene al juez de su parte -aclaró-. Será mejor que salgamos cuanto antes para Buenos Aires. Tu hermano está prácticamente recuperado. Nada nos detiene.

–¡Jamás! No dejaré Río Cuarto hasta saber adonde está Nahuel, cómo se encuentra y cuáles son sus planes.

Julián Riglos se maravillaba de su propio dominio. Cada vez que Laura lo llamaba «Nahuel», los celos lo sacudían interiormente; su rostro, sin embargo, permanecía impertérrito, ni un solo movimiento o gesto denunciaban su martirio. No obstante, se cuidaba de María Pancha, que siempre le adivinaba las intenciones.

–No -persistió Laura-, no me moveré de aquí. Nahuel sabe que estoy en lo de doña Sabrina, él se pondrá en contacto, él vendrá a buscarme, lo sé. Él está bien, está vivo, sólo se oculta para protegerse, ¿verdad?

Julián la conocía demasiado para suponer que la persuadiría. Con todo, se animó a insistir.

–Laura, escúchame, por favor. Apelo a tu sensatez para pedirte que dejes a ese hombre y regreses a Buenos Aires. El cacique Guor no es un hombre común y corriente: es un ranquel, que habita entre salvajes, tiene costumbres de salvaje, actúa como tal. ¿Cómo se supone que soportarás una vida tan distinta a la que has llevado hasta el momento? – Julián acortó la distancia de dos zancadas y la aferró por los hombros-. ¡Por amor de Dios, Laura! ¿Acaso no te das cuenta de que ésta es otra de tus locuras?

Laura se sacudió las manos de Julián y lo miró fijamente. No había despecho ni rabia en sus ojos sino convicción y seguridad, lo que lo desalentaron aun más.

–Nunca he cometido locuras -pronunció la muchacha-. Lo que la gente ha juzgado descabellado, han sido actos meditados y conscientes, decisiones fundadas en mis convicciones. Siempre he actuado libremente, guiada por mis creencias, y si he escandalizado a media Buenos Aires, me tiene sin cuidado; prefiero ser criticada por mis actos a comportarme de acuerdo con las reglas de otros, a engañarme, a fingir lo que no soy. Llegaría a despreciarme por ser hipócrita. He decidido ser la mujer de Nahueltruz Guor y nada me hará torcer mi decisión.

Riglos se dijo que habría sido fácil denunciar el paradero de Guor y echarle la milicia encima. Muerto el perro, acabada la rabia. Pero se trataba de la peor solución: si Laura se enteraba de que él había guiado a Carpio y a sus hombres hasta Guor, jamás lo perdonaría, la perdería para siempre. No dudaba de Carpio, él sabría guardar silencio acerca de la fuente de información; el problema lo encarnaba Loretana. Ése era un cabo suelto que no podía darse el lujo de soslayar. La ambición la volvía peligrosa e imprevisible. De ninguna manera dependería de sus caprichos ni se sometería a sus veleidades, no le serviría en bandeja la posibilidad de amenazarlo y chantajearlo con un asunto de vital importancia. Se alejó hacia el patio, la mano en el mentón, la mirada en el suelo. Meditaba. Se le ocurrió que, después de todo, el gran amor que Laura profesaba por el indio podía convertirse en su talón de Aquiles.

—Laura -dijo, volviendo al dormitorio-, hasta hace un momento no sabía si confesarte esto porque temo que cometas una locura. Ahora, sin embargo, creo que es mejor que te lo diga. Yo sé adonde se oculta el cacique Guor.

Laura se puso de pie de un brinco y ahogó un gemido. María Pancha se acercó a paso rápido.

—¿Dónde está! — se desesperó-. ¡Llévame con él! ¡Quiero verlo! ¡Necesito verlo! ¡Él me necesita! ¡Lo sé, él me necesita!

—¡Laura, por favor! No hagas que me arrepienta de haberte confesado que conozco su paradero. Temía que reaccionaras intempestivamente. Por favor, serénate.

María Pancha tomó a Laura por la cintura y la guió hasta la silla, donde la obligó a beber unos sorbos de agua. Volvió sus ojos inquisidores a Julián que, incómodo, evitó a la negra y se concentró en el bienestar de Laura.

—¿Cómo supiste adonde está Nahuel?

—Eso no tiene importancia. Lo sé, es lo que vale ahora.

–Quiero verlo, de inmediato -insistió ella-. Por favor, dime adonde está.

–No, Laura, por el bien tuyo y el de Guor no debes conocer el lugar adonde se oculta. Carpio mantiene vigilada la pulpería y la casa de Javier. En el estado en el que te encuentras, la desesperación te jugaría una mala pasada y te precipitarías a su lado. Apenas asomes la cabeza en la calle, te seguirán. Sin intención, te convertirás en su condena.

–No, no, por Dios, no -sollozó.

María Pancha seguía atentamente los razonamientos de Riglos, mientras se decía: «Aquí hay gato encerrado». Su filantropía no la convencía.

–¿Qué hacemos, entonces? – se inquietó Laura-. Tenemos que ayudarlo.

–Sí, Laura, sí, vamos a ayudarlo -concedió Riglos-. Iré a verlo, quiero hablar con él y buscar la mejor manera de resolver este problema.

–¿Irás ahora?

–No, iré esta noche, si encuentro la posibilidad.

–¡Oh, esta noche! Las horas serán eternas -suspiró Laura. De inmediato, con nuevas ínfulas, se puso de pie y buscó papel, pluma y tinta. Le escribiría a Nahuel, anunció.

–¿Sabe leer? – se sorprendió Riglos.

La habitación se sumió en un silencio en el que sólo se distinguía el rasgueo de la pluma sobre el papel. Riglos salió nuevamente al patio, en parte para rehuir a la incrédula María Pancha; también en busca de aire fresco y de una oportunidad para serenarse.

Laura ensobró la carta y se la entregó a Julián, que la guardó en el bolsillo del pantalón.

–Gracias, Julián. Una vez más, estoy en deuda contigo. ¿Cómo podré

pagarte? Prepararé un lío con ropas limpias, medicinas, comida y un odre de vino, y María Pancha lo llevará a tu habitación antes de que salgas esta noche.

Riglos la besó en la mejilla y dejó la habitación precipitadamente. María Pancha anunció que iría por agua fresca y salió detrás de él. Cruzó el corredor a tranco rápido, pues temía perderlo de vista. Se detuvo a la entrada de la cocina al verlo en actitud sospechosa. No había nadie, sólo Riglos, que tomó la carta de su bolsillo y la ocultó entre las leñas del fogón que en breve arderían para cocinar el almuerzo. Apareció Loretana y hablaron en voz baja. Dejaron la pulpería pocos minutos después.

María Pancha se acercó a la trébedes y recuperó la carta de entre la leña fresca. La abrió.

Villa del Río Cuarto, 13 de febrero de 1873

Amor mío, el portador de la presente es el doctor Julián Riglos, en quien puedes confiar plenamente. Tú ya sabes que es un gran amigo mío. Él ha ofrecido ayudarnos...

María Pancha devolvió la carta al sobre y la escondió bajo el escote de su vestido. «Abusaste de la paciencia que te tiene el doctor Riglos, Laura, – se dijo-. Él no te quiere como un padre. Te ama desde, hace años como un hombre ama a una mujer». Tomó una jarra con agua fresca y, mientras se encaminaba al dormitorio, resolvió: «Quizá sea por el bien de todos».

Esa tarde, Laura se presentó en lo de Javier por primera vez desde la muerte de Racedo. Apenas cruzó el vestíbulo, percibió tensión e incomodidad en el ambiente. Sin palabras, doña Generosa le palmeó la mejilla y le apretó el hombro en la actitud de quien da el pésame a una viuda; Mario, siempre tímido y huidizo, se quitó la gorra y bajó la cabeza en señal de saludo. El general Escalante, que leía en la sala, bajó el periódico y la contempló brevemente. Laura, flanqueada por María Pancha y doña Generosa, lo enfrentó sin amilanarse. Aunque el general se lamentaba de haberla golpeado, su terquedad y rencor le impedían un acercamiento. Se levantó

del sillón y abandonó la sala.

–Me alegro de que hayas venido -aseguró doña Generosa.

–Vengo a visitar a Agustín.

–Sí, por supuesto. Está en su recámara con el padre Marcos.

Las tres mujeres pasaron al interior de la casa. Llegó Riglos, que le indicó a la criada de doña Generosa que deseaba entrevistarse con el general Escalante. José Vicente se presentó al cabo.

–General -pronunció Riglos-, necesito discutir un asunto muy delicado con usted. Se trata de Laura.

El semblante saludable de Agustín y la sonrisa con que la recibió le devolvieron algo de alegría. Donatti la saludó cariñosamente y le cedió su silla junto a la cabecera. A Agustín, en cambio, lo alarmó el estado de su hermana, que en tres días parecía haber sufrido los efectos de una enfermedad devastadora: tenía el rostro muy delgado, los ojos enrojecidos y hundidos y no presentaba el aspecto aseado y cuidado de costumbre.

–¿Por qué no has venido a verme estos días? Te ves cansada.

–No me he sentido bien. El calor, supongo. Cosas de mujer -dijo por fin, y desestimó el asunto con un ademán.

–Tampoco ha venido Nahueltruz.

–Probablemente tuvo que regresar de improvisó a Tierra Adentro -interpuso el padre Marcos.

–Agustín -habló Laura, y se movió hacia delante en la silla-, hace tiempo que quería darte esto -y desenvolvió su mantilla de la que extrajo el cuaderno de su tía Blanca Montes, el ponchito y la cajita con el guardapelo-. Pocos días después de mi llegada, Carmen, la abuela de Blasco, me entregó estas cosas. Me dijo que Lucero te las mandaba, que

habían pertenecido a Uchaimañé.

Pronunció lenta y claramente las últimas palabras y aguardó casi con miedo la reacción de su hermano. La sorpresa y la emoción colmaron el rostro demacrado de Agustín y le confirieron una vitalidad que parecía perdida para siempre. Luchó por incorporarse entre las almohadas, y Laura y el padre Marcos se pusieron de pie y lo ayudaron. El sacerdote, tan sorprendido como Agustín, admiraba los objetos con igual emoción.

–Tu madre escribió sus memorias en este cuaderno. Días atrás terminé de leerlas.

–¿Esto fue escrito por mi madre? – preguntó Agustín, mientras repasaba y acariciaba las hojas que no podía leer a causa de la vista nublada de lágrimas.

–Este era su guardapelo -prosiguió Laura, y abrió la cajita-, con los mechones de sus dos hijos, el tuyo y el de Nahueltruz.

El padre Marcos y Agustín levantaron el rostro y la contemplaron fijamente, la sorpresa dibujada en sus expresiones.

–Tía Blanca lo llevaba al cuello para tener a sus hijos cerca del corazón -y no alcanzó a decir: «Agustín, tu madre te amó muchísimo» porque se le estranguló la voz.

Con mano temblorosa, Agustín abrió el guardapelo y miró fijamente el contenido hasta que Laura le mostró el ponchito.

–Esto lo tejió para ti poco antes de morir.

Agustín besó el poncho y lo presionó contra su mejilla. Laura acababa de entregarle el tesoro más preciado, los objetos que más estimaría hasta el día de su muerte. Y lo hacía feliz haberlos recibido de manos de su hermana, a quien tanto quería. Los ánimos se fueron apaciguando, las lágrimas se secaron y poco a poco recuperaron el dominio y hablaron sin que les fallara la voz. Agustín expresó que se alegraba de que Laura se hubiera enterado de

que Nahueltruz Guor era su medio hermano.

–Quizás así te sea más fácil comprender lo que tengo que decirte -añadió-. Mi madre tenía un tío, su nombre era Lorenzo Pardo.

–Sí, de hecho lo menciona en sus memorias.

–Murió a principios del año pasado -prosiguió Agustín-, en la ciudad de Lima.

–Lo siento.

–Yo también sentí su muerte. Tío Lorenzo es uno de los recuerdos más lindos de mi infancia.

–Tu tío Lorenzo -habló el padre Marcos- te quería como si fueras su propio hijo.

–Lo que le pedía me lo concedía, y más -reconoció Agustín-. En realidad, lo que más me agradaba de tío Lorenzo era que parecía preferir mi compañía a la de los mayores. Eso me gratificaba y me hacía sentir importante. Antes de morir, me nombró heredero universal de sus bienes. Su fortuna, si bien no tan cuantiosa como años atrás, es importante. Como entenderás, por el voto de pobreza que hice al ordenarme, no puedo aceptar un centavo de esa herencia para beneficio personal. Por eso, he legado la mitad a la congregación a la que pertenezco y la otra mitad a mi hermano, a Nahueltruz.

Agustín detuvo su exposición y la contempló con resquemor. Había debatido noches enteras si debía incluir a Laura en el legado. Luego de sopesar pro y contras y de analizar las circunstancias, decidió dejarla fuera. El motivo principal: Laura se convertiría en una mujer muy rica el día que el general Escalante muriese.

–Ah, para eso los notarios de San Luis aquella mañana -rememoró Laura con nostalgia.

–Sí. ¿No te importa que te haya excluido? – aventuró a preguntar Agustín-. ¿No estás enojada conmigo? Nahueltruz y su familia son tan pobres - justificó-, y tú serás tan rica cuando muera papá. Después de todo, Nahueltruz es tan sobrino de tío Lorenzo como yo, y él necesita tanto ese dinero... No te importa, ¿verdad?

–¡No, no me importa! – exclamó Laura, entre lágrimas y sonrisas-, ¡claro que no me importa! Estoy feliz por Nahueltruz y por su gente. ¡Claro que no me importa! ¿Cómo pensaste que iba a enojarme contigo? – Y habría gritado a los cuatro vientos: «¿Cómo pensaste que iba a enojarme cuando yo misma daría mi vida por ese hombre? ¡Porque lo amo, lo amo!».

Pero calló.

En cambio, se desmoronó sobre el pecho de Agustín y lloró amargamente como cuando niña y Magdalena o el general la reprendían. Ahora también esperaba que su hermano mayor la consolara y le dijera que todo iba a estar bien.



CAPÍTULO XXV.

Un gran embuste

Esa madrugada, camino al escondite de Guor -el rancho de una tal Higinia, le había dicho Loretana-, Julián Riglos seguía buscando justificativos para no denunciarlo al teniente Carpio. El riesgo de granjearse el odio eterno de Laura seguía contando entre las consideraciones principales, sumado a Loretana y su volatilidad. No obstante, debía admitirlo: no tenía las agallas para cargar en su conciencia con la muerte de un hombre, por cierto, la muerte cruenta de un hombre. Porque bien sabía Riglos lo que le aguardaba al cacique Guor en manos de la milicia. Historias espeluznantes de martirios sangrientos le erizaron la piel. Era frecuente que los estaquearan, los brazos en cruz y las piernas separadas, para dedicarse por horas a martirizarlos: los sajaban, les quemaban el pecho y los testículos con brasas, les arrancaban las uñas de pies y manos, les cortaban la lengua y, por último, los castraban.

También se preguntaba lleno de resquemores qué sería de Laura si llegara a conocer el martirio de Guor. La juzgaba capaz de cualquier extremo, quitarse la vida o perder la cordura. Definitivamente la idea de entregarlo a manos del teniente Carpio era desacertada.

«No obtendré fácilmente el amor de Laura, – se convenció-, pero si consigo separarla del salvaje y convertirla en mi mujer, quizás algún día entienda que esto que haré es por su bien y a lo mejor sienta por mí lo que hoy siente por ese indio».

–Me imagino que la señorita Laura no sabe de la escapada de esta noche, ¿no, doctor? – Loretana, ubicada en la montura de Julián, quebró el silencio y lo sacó bruscamente de sus cavilaciones.

–La señorita Laura sí está enterada de la “escapada” de esta noche. Loretana, no harás un negocio de esto -advirtió Riglos.

–Yo preguntaba nomá. Curiosidad, que lo dicen. Con que cumpla su palabra y me lleve pa’la ciudad estoy más que contenta.

–¿Estás segura de que éste es el camino al rancho de esa mujer? – se inquietó Julián, y levantó la lámpara de cebo para echar luz al camino.

–Tan segura como que me llamo Loretana Chávez.

Prudencio, el cochero de Riglos, cabalgaba a la par de su patrón fuertemente armado. Cerca del rancho, Julián le indicó que aguardara a cierta distancia, atento al menor ruido. Loretana, que no deseaba enfrentar a Guor, decidió permanecer junto a Prudencio.

El rancho presentaba un aspecto fantasmagórico. Su silueta, recortada en la noche apenas iluminada por la luna, no invitaba a entrar. El interior se hallaba sumido en la oscuridad; no se percibía ningún sonido. Riglos avanzó hacia la galería y empujó la puerta, que rechinó. Levantó la lámpara. A un costado, sobre el suelo, distinguió un jergón de paja vacío, pero revuelto. Avanzó con paso inseguro y se detuvo junto a una mesa, donde apoyó la lámpara. Alguien lo sujetó por detrás y le colocó el antebrazo alrededor del cuello.

–No grite -susurró una voz desconocida-. ¿Quién es usted?

–¿Cacique Guor?

–¿Quién es usted? – insistió la voz, y Riglos percibió la punta de un arma blanca en la parte baja de la espalda.

–Soy el doctor Julián Riglos. La señorita Laura Escalante me envía.

A pesar de que el brazo aflojó la presión y la punta dejó de hincarlo, Julián permaneció tieso junto a la mesa. Nahueltruz lo rodeó lentamente hasta enfrentarlo en la actitud de quien va a comenzar un duelo a cuchillo. Julián

quedó impresionado por el tamaño de aquel hombre; no sólo la altura sino lo robusto del cuerpo lo abrumó. La luz de la lámpara lanzaba destellos sobre su rostro atezado tornándolo aun más siniestro. El cabello largo y desgredado acentuaba su naturaleza cerril. Julián advirtió la venda blanca que le envolvía el torso desnudo; tenía una mancha de sangre fresca en el costado derecho. Del cuello le colgaba un dije plateado que refulgía en la penumbra. La frente perlada y la contracción de la boca denunciaban que sufría y que se había excedido en el esfuerzo.

—¿A qué ha venido? — preguntó Guor.

—La señorita Escalante me envía. Para ayudarlo -agregó Riglos.

—¿Por qué no ha venido ella misma?

—Señor Guor -habló Julián, un poco más dueño de sí-, la señorita Escalante ha sido severamente perjudicada con este asunto. Su reputación destrozada, ni siquiera puede caminar libremente por las calles de Río Cuarto porque el teniente Carpio la hace seguir a sol y a sombra. Ayer incluso amenazó con detenerla si no denunciaba su paradero.

Guor levantó la vista y Julián advirtió la honda preocupación que lo atormentaba.

—No creo que la señorita Escalante esté en condiciones de aventurarse por estos parajes para venir a verlo -prosiguió Riglos, envalentonado-. Ya le dije: ella me pidió que le ofreciera mi ayuda.

Nahueltruz se dejó caer en la silla. De repente se había mareado, y el rancho le giraba en torno. La herida le sangraba y el dolor se tornaba insoportable, como si le martillasen las costillas. Aferró la botella de cordial y bebió descuidadamente. Trataba de pensar, quería hacer muchas preguntas, quería enterarse de tantas cosas, pero el dolor y el opio le trastornaban las ideas, le empastaban la boca, le volvían lento el entendimiento. Sólo se interesó por Laura.

—¿Cómo está ella?

–Mal -pronunció Julián-. Las habladurías de que usted y ella... bien, de lo que hubo entre ustedes han corrido como reguero de pólvora. Todo el pueblo se ha enterado, a excepción del padre Agustín, a quien, por razones de salud, se lo mantiene en la ignorancia. No pasará mucho y la noticia llegará a Buenos Aires. El nombre de Laura Escalante no sólo se asocia a una relación inaceptable sino al asesinato de un militar de la Nación. La reputación y el futuro de ella valen poco y nada -enfaticó Riglos, con reproche.

Guor, sin embargo, no se dio por aludido y preguntó:

–¿Cuándo podré verla?

–¡Señor Guor! – se irritó Julián-. Usted y Laura *jamás* volverán a verse. Eso ha quedado muy claro para ella. Espero que para usted también.

Nahueltruz se puso de pie y Julián dio un paso atrás.

–¿Qué trata de decirme? ¿Que Laura no quiere volver a verme?

–Señor Guor, al igual que Laura, usted debe entender que ella no puede unir su destino al de un hombre que será perseguido por la Justicia el resto de sus días. ¿Qué clase de vida pretende darle? Laura es una señorita de familia decente, de las más tradicionales y antiguas de Buenos Aires. Fue educada para brillar en los salones más conspicuos, ¿cree que soportará el tipo de vida al que usted pretende condenarla?

Nahueltruz se derrumbó nuevamente en la silla. El razonamiento contundente de Riglos, el mismo que lo había atormentado cientos de veces, lo dejó sin palabras. Sabía que no tenía nada que ofrecerle, de todos modos, se sentía traicionado.

–Laura ha aceptado ser mi esposa -mintió Julián, y se retiró subrepticamente hacia la puerta.

Con la certeza de un felino, Guor se precipitó sobre Riglos.

–¡Suélteme! ¡Guor, suélteme! Trate de entender que es lo mejor para ella. Si en algo le interesa Laura y su porvenir, no complique las cosas, desaparezca de su vida y deje que ella reconstruya la suya lo mejor posible, a mi lado. Yo me he interesado por ella desde pequeña. A pesar de lo sucedido entre ustedes, estoy dispuesto a hacerla mi esposa, a darle mi apellido, a recomponer la reputación que usted destruyó tan descuidadamente. El general Escalante me ha dado su consentimiento.

–¡Yo la amo! – prorrumpió Guor, confundido, devastado.

–Si la ama, no la condene a un destino azaroso. Si la ama, permítale ser feliz.

–¡Vayase! – profirió Guor, y le soltó las solapas.

–Señor Guor -contemporizó Riglos-, Laura me pidió que lo ayude. He venido a ofrecerle...

–¡Váyase le digo! ¡No quiero su ayuda! ¡Menos la de ella!

Se quitó el dije del cuello y lo arrojó al pecho de Julián, que atinó a atraparlo.

–¡Devuélvale eso! ¡Dígale que no sabrá de mí nunca más!

Julián no permanecería un instante más en compañía de aquel indio embravecido. Se precipitó fuera sin mirar atrás. A pocos pasos, un gemido ronco y espeluznante que atravesó las paredes del rancho le heló la sangre; el grito, incluso, amedrentó a los caballos y le arrancó un lamento a Loretana, que se cubrió el rostro con las manos. Blasco, que acababa de llegar y se había escondido entre unos arbustos, se hizo la señal de la cruz pues creyó que se trataba del ánima de doña Higinia.

Las primeras leguas del viaje de regreso las hicieron prácticamente a tientas, Riglos había olvidado la lámpara de cebo en el rancho y sólo

contaban con la de Prudencio. Cerca de Río Cuarto, comenzó a clarear y pudieron acelerar el tranco. A las seis de la mañana, Julián entró en la pulpería y Loretana se apresuró a servirle un vaso de ginebra, y otro, y otro más hasta vaciar la botella. Julián bebía en silencio, mientras cavilaba. La imagen del cacique Guor formada durante esos días de odio y celos se había dado de bruces con la figura gallarda y altanera que lo confrontó esa noche. Imponente y orgulloso, el indio lo había mirado como a un igual con ojos claros que centelleaban pictóricos de energía. Le atizaba los celos reconocer que se trataba de un hombre de gran atractivo y características singulares; por ejemplo, se había expresado en un castellano perfecto, sin caer en los modismos y errores de esas gentes. Además, sabía leer y escribir. Apretó el vaso al imaginar a Laura entre los brazos sensuales y macizos de ese cacique, a quien ya no se atrevía a llamar salvaje inmundo.

Julián habría deseado darse un baño y echarse a dormir dos horas; necesitaba recuperar la fuerza y acomodar los pensamientos. Laura, sin embargo, lo aguardaba en un estado de ansias incontrolable y, apenas escuchó sus pasos en el corredor, abrió la puerta del dormitorio y lo arrastró dentro.

—¿Lo viste? ¿Cómo está? ¿Está herido? ¿Dónde está? ¿Cómo está?

Resultaba palmario que no había dormido; aún llevaba la ropa del día anterior; tenía el cabello desgredado y líneas rojas en torno a los bordes de los párpados.

—Laura -dijo Julián con imperio-, necesito que te calmes. Tenemos que hablar, pero no lo haremos en este estado.

—¿Le pasó algo? Son malas noticias las que tienes que darme, ¿verdad?

—No, él está bien, pero es muy importante lo que tengo para decirte y necesito que estés serena.

Julián regresó a la cocina para conseguir algo de comer y beber, y Laura aprovechó para asearse y mudarse de ropa. Julián abrió la puerta de la habitación y dio paso a Loretana que traía una bandeja con café recién

preparado y pan aún caliente. Laura aceptó el café y se sentó a la mesa. Una vez solos, Riglos se dispuso a hablar.

–Está herido en el costado -se señaló el lugar-, pero la herida no es de cuidado.

–¡Gracias a Dios! – soltó Laura-. ¿Dónde está?

–Laura -se impacientó Julián-, habíamos acordado que es mejor que ignores su paradero.

–Sí, sí, perdón, perdón. Es que me vuelve loca la certeza de que está pasando hambre y necesidad y yo aquí, sin poder ayudarlo...

–Él está bien. Sabe cuidarse. Es un hombre avezado en esas lides.

–Sí, sí, claro.

–El cacique Guor es además un hombre razonable. Expresó su deseo de que regreses junto a tu familia y que te olvides de la pesadilla que estás viviendo, de la cual, me dijo, se siente único responsable.

–¿Que regrese junto a mi familia? ¿Que me olvide?

–Laura, Laura -dijo Riglos con indulgencia-, todos parecen comprender lo que tú te niegas a ver. Hasta el propio cacique Guor coincide en que lo de ustedes ya no puede ser.

–No, estás mintiendo. ¡Nahuel jamás diría eso! Él jamás me habría pedido que vuelva junto a mi familia y que me olvide de él. ¡Jamás, jamás! Le juré que adonde él fuera, yo lo seguiría.

Laura se arrojó sobre la cama y lloró sin contención. Las esperanzas que había albergado durante la noche se esfumaban en un tris, y de nuevo la confusión y la amargura se convertían en soberanas de su ánimo. Se incorporó súbitamente y miró a Julián, perturbada.

–¿Qué le dijiste? Exactamente, ¿cuáles fueron tus palabras?

Julián soltó un suspiro y caminó hacia la cama. Había intentado persuadirla, había tratado de proceder de la manera más fácil y menos traumática, pero la tozudez de Laura lo orillaba a medidas que no deseaba tomar.

–Me pidió que te devolviera esto -manifestó Riglos, y le extendió el guardapelo de alpaca.

Laura lo contempló con incredulidad.

–¿Por qué te pidió que me lo dieras? ¿Por qué se lo quitó cuando prometió que jamás lo haría?

–Se lo quitó cuando le dije que habías aceptado ser mi esposa.

Laura se movió convulsivamente, alejándose de él. El miedo se apoderó de ella y su corazón se volvió como de piedra.

–¿Le dijiste qué? ¿Y mi carta? ¿Qué hiciste con la carta para Nahuel?

–La destruí.

Laura se quedó sin palabras ni pensamientos.

–Le dije que ibas a casarte conmigo -repitió Julián-, le dije que habías entendido que era necesario hacerlo para reestablecer tu reputación, la reputación que él había destrozado.

Laura se abalanzó sobre Riglos con la furia de un felino acorralado. Le arrancaría los ojos, le jalaría el pelo, le arañaría la cara, lo destrozaría como él acababa de destrozarlos a ellos. A Julián le tomó unos segundos reducirla. Laura, jadeante, quedó tendida sobre la cama con el doctor Riglos encima de ella. Lo escupió, y Riglos se limpió el rostro sobre la manga de la camisa.

–Me cansé, Laura -le susurró cerca de los labios, y su aliento a ginebra

barata le golpeó la cara-. Me hartaste. He complacido tus caprichos más vanos, me has manejado a tu antojo, como a un títere, y solo he conseguido que me traiciones con un indio. ¡Se acabó! Se hará lo que yo disponga. Te casarás conmigo y no hay qué decir.

–Prefiero quitarme la vida antes que unirme a un gusano -bufó Laura.

–Te casarás conmigo -insistió-, o Guor padecerá los tormentos más atroces a manos del teniente Carpio. Yo mismo le diré adonde se oculta.

–Nahuel no permanecerá en el mismo escondite ahora que tú lo conoces -se mofó ella.

–No creo que Guor esté en condiciones de abandonar el lugar donde se encónde. Es más, no creo que Guor esté en condiciones de dar dos pasos más allá del montículo de paja donde yace medio muerto.

–Pero me dijiste que estaba bien, que la herida...

–Te mentí.

–No te creo. Él está bien, lo sé, él se irá de allí, no podrás hacerle daño.

–Guor está malherido, Laura. Si no me crees, pregúntale a Loretana, que fue quien golpeó a Carpio en la cabeza y lo ayudó a escapar. Ella ratificará mis palabras.

–¡Miserable! ¡Maldito! – se contorsionó sin éxito; las manos de Julián le aferraban las muñecas con fuerza descomunal.

–Te casarás conmigo o tu cacique ranquel morirá lentamente, una muerte tan violenta y sanguinaria que tu cabecita llena de ideas románticas y absurdas es incapaz de concebir.

Laura recordó las *Memorias* de Blanca Montes, cuando Mariano Rosas, enfurecido, le espetó: «¿Quieres que te diga qué le hace tu gente a la mía cada vez que los atrapan en sus propiedades? ¿Quieres saber cómo los

torturan sin piedad, cómo les tajan piernas y brazos, cómo les queman el pecho, les quitan los ojos, los cojones y, cuando ya no queda más que un despojo de carne ensangrentada y deshecha, dejan el trabajo final a los perros cimarrones?».

Laura recitó el Padrenuestro mecánicamente, mientras Riglos la contemplaba atónito. La calma llegó finalmente y le permitió volver a respirar con cierta normalidad. Sus pensamientos ya no se concentraban en Nahueltruz sino en Blanca Montes, que tanto había padecido. Se sintió más cerca que nunca de esa mujer a la que jamás había visto y que sólo conocía a través de las páginas de un cuaderno. El dolor las unía, el inmenso amor por Nahueltruz Guor también. Laura le pidió: «Tía Blanca, ayúdalo. No lo dejes morir». A Riglos, le dijo con voz sombría pero firme:

—Por Nahuel, se hará como digas.

—No voy a dejar que te destruyas -pronunció Julián-, no permitiré que tires tu vida por la borda al lado de un hombre que no te llega a los talones. Algún día comprenderás que es por tu bien. Algún día, cuando te des cuenta de que éste es otro de tus caprichos de niña malcriada, me lo agradecerás.

Riglos cerró con llave ambas puertas, la del patio y la del corredor, y las guardó en su bolsillo.

A pesar de las especulaciones negras que lo asolaban, Nahueltruz Guor repetía que quizá se había tratado de una artimaña del doctor Riglos para apartarlo de Laura. Lamentó el impulso que lo había llevado a separarse del guardapelo, lo único que le quedaba de ella además de los recuerdos. Se incorporó con dificultad en su cabezal al escuchar el golpeteo de cascos que se propagaban por el suelo. Se trataba de Blasco, que regresaba de la ciudad con noticias. Habían pasado dos días desde la visita del doctor Riglos. Nahueltruz, ayudado por el muchacho, había abandonado lo de Higinia. Vivaqueaban en las adyacencias de Achiras, en un paraje de espesos matorrales y caldenes. El clima los acompañaba; por fortuna, no había llovido.

Blasco desmontó y se aproximó a paso quedo. En la cara se le notaba que las novedades no eran buenas.

–¿La viste? – se impacientó Guor-. ¿Pudiste hablar con ella?

–La señorita Laura se casó esta mañana con el doctor Riglos. Me lo dijo fray Humberto. Se casaron en la capilla del convento -se animó a apuntar.

El dolor fue similar al de una puñalada asestada en el estómago. Un dolor frío, filoso y profundo. Nahueltruz cayó de rodillas, con la cabeza hacia delante. Blasco se asustó.

–Déjame solo.

–Voy a buscar leña -dijo, y se perdió en el monte de caldenes.

Guor lloró quedamente. Por el momento, la sensación de pérdida y desolación celaban otros sentimientos más oscuros. Una hora después, Blasco lo encontró dormido. Preparó el fuego y calentó agua para mate. En el pueblo se había provisto de víveres y otros enseres que disponía para la primera comida decente en dos días. Hasta ese momento se habían sustentado con la caza de animales pequeños y los restos de pan duro y charque que había dejado el doctor Javier de camino a Mercedes.

–Mejor será que regreses al fuerte -habló Guor, y Blasco se sobresaltó pues lo creía dormido-. Yo me voy para San Luis.

–Yo voy contigo -decidió el muchacho.

–¿Para qué? No pienso regresar a Río Cuarto.

–Yo tampoco, no quiero vivir más entre milicos. Quiero irme contigo.

–¿Y tu abuela?

–Hoy me despedí de ella. Le dije que me volvía pa'Tierra Adentro contigo. Me dio su bendición.

Nahueltruz miró a Blasco atentamente, y recordó a su pequeño Linconao.

–Puedes venir conmigo nomás.

–Gracias, Nahueltruz -expresó Blasco, y siguió preparando el mate.



CAPÍTULO XXVI.

Las perspectivas más agoreras

Después de la ceremonia en el convento de San Francisco, doña Generosa invitó a los novios a almorzar en su casa y excusó al doctor Javier que aún seguía en el Fuerte Mercedes curando a los enfermos de disentería. Agustín, en pijama y envuelto en una manta liviana, compartió la mesa por primera vez en semanas. Su presencia obligaba al resto a simular una alegría que estaba lejos de sentir. Riglos propuso un brindis y Laura evitó golpear su copa con la de él. Luego del postre, María Pancha le indicó a Agustín la conveniencia de regresar a la cama y Laura aprovechó para dar por terminada la reunión. Se excusó en el cansancio y en una persistente jaqueca. Quería regresar al hotel y descansar. Riglos propuso acompañarla, pero un vistazo de ella lo hizo cambiar de parecer.

—Me quedaré con tu padre disponiendo los asuntos del viaje -dijo en cambio.

En la habitación del hotel, Laura se desmoronó en una silla. No le quedaban arrestos para llorar, sólo deseaba dormir. María Pancha aprontaba la cama y le preparaba el camisón.

—No quiero regresar a Buenos Aires -musitó, y la criada se dio vuelta, sorprendida, porque eran las primeras palabras que le dirigía en tres días-. No tengo ánimos para enfrentar al cuarteto de brujas.

—El doctor Riglos está ansioso por regresar -interpuso la criada-. Dice que ha descuidado sus asuntos.

—Me tiene sin cuidado si quiere regresar a Buenos Aires o tomar un baño en el Averno -espetó la muchacha.

Laura lucía mal. Había perdido peso, las faldas y las blusas le bailaban en el cuerpo. Su semblante, una vez rozagante y saludable, se asemejaba al de Agustín. Desde la tragedia de Racedo, sólo había llorado. María Pancha temía que se enfermara. En realidad, temía que se dejara morir.

–Una larga temporada en Córdoba servirá para aplacar los espíritus exaltados de todos -sugirió-. Mientras tú descansas en lo de tu padre, Riglos se ocupará de sus cuestiones en Buenos Aires. La distancia y el tiempo obrarán maravillas.

–Papá no querrá recibirme en su casa. A pesar de que acepté casarme con Julián, sigue emperrado conmigo.

–A tu padre -expresó María Pancha- déjalo en mis manos. Yo sabré convencerlo.

María Pancha la ayudó a desvestirse y a ponerse el camisón, y la arropó como cuando niña. Al sentir los labios gruesos y cálidos de su criada sobre la frente, Laura se largó a llorar.

–Si sólo pudiera saber si está vivo.

–Podrías pedirle a Riglos que vaya a verlo -propuso María Pancha-, que compruebe que todo está bien.

–No, jamás volveré a pedirle un favor a Riglos -juró Laura.

–Sí, vive. Nahueltruz Guor está vivo.

–¿Cómo lo sabes?

–Me lo dice el corazón. ¿No confías en mí cuando sabes que soy un poco bruja?

Por la noche, Riglos se animó a llamar a la puerta de la habitación de Laura.

Ella y María Pancha empacaban.

–Está bien, María Pancha -expresó Laura-, puedes ir a cenar nomás.

Riglos aguardó hasta que la puerta se cerrara y los pasos de la criada se alejaran en dirección a la pulpería para tomar la palabra.

–Acabo de estar con tu padre y me dijo que vas a pasar una temporada con él, en Córdoba. – Se detuvo; luego, con embarazo, agregó-: Sola.

–Sí, sola.

–Pero, ¿cómo, Laura? – se impacientó Julián, y caminó hacia ella.

Laura levantó la mano y Riglos se detuvo.

–Lo necesito, Julián. Necesito estar un tiempo sola y pensar.

–Debemos regresar juntos a Buenos Aires -adujo él-, como la pareja de recién casados que somos. ¿Qué pensará la gente cuando me vea aparecer solo?

–Me tiene sin cuidado -manifestó Laura con indiferencia.

–Había planeado que fuésemos a Río de Janeiro a pasar la luna de miel.

–¿Luna de miel? – repitió ella-. ¿De qué estás hablando? Jamás compartiremos una luna de miel.

–Laura, somos un matrimonio -se fastidió Riglos-. Eres mi mujer ahora y espero que te comportes como tal. Necesitas tiempo, lo sé, lo comprendo, te lo concederé, pero, tarde o temprano, tendrás que avenirte al hecho de que eres la nueva señora Riglos. Aceptaste casarte conmigo y espero que cumplas.

–¡Para salvarlo a él -prorrumpió Laura-, habría vendido mí alma al diablo!

Los celos, pero sobre todo la envidia, perturbaron a Julián. Envidiaba al indio Guor. Él, el reconocido, adinerado y galante doctor Riglos envidiaba a un ranquel oscuro, sucio y pobre como un mendicante. Sí, lo envidiaba, porque Laura lo amaba tanto y a él nada. Ciego de furia y de deseo, la mente obnubilada por el vino y la ginebra, se abalanzó sobre ella y la tumbó en la cama. La besó en la boca, inmune a los gritos ahogados y los esfuerzos desesperados de Laura por impedirle que se deshiciera de su blusa. Sus labios enrojecidos y palpitantes abandonaron la boca de ella y trazaron un surco hasta sus senos. Laura temió que Riglos la destruyese antes de ser negado.

—Me tomarás por la fuerza -la escuchó decir con voz agitada-. Esa será la única forma en que me tendrás. Aplacará tus instintos y alimentará mi desprecio. ¡Vamos, tómame por la fuerza! Quiero aborrecerte aun más, quizás así junte valor suficiente para matarte con mis propias manos.

Esas palabras surtieron el efecto de un trompazo. Julián se retiró como si el contacto con Laura lo hubiese quemado. La miró con horror. Tendida sobre la cama, con los senos desnudos que ella intentaba esconder, ofrecía un cuadro sórdido. De repente sintió asco y dejó la habitación, despavorido.

Al día siguiente, por la mañana, Laura se despidió de su hermano, de doña Generosa, de Mario y del padre Donatti. El doctor Javier seguía luchando contra la disentería en Mercedes.

—Laura -llamó Agustín aparte-, quiero preguntarte algo. — Laura asintió con pocos deseos de escuchar la pregunta-. Quiero que me digas si te casaste con el doctor Riglos por agradecimiento, en recompensa por haberte traído hasta aquí y por haber ido a buscar a papá.

—No, no lo hice por agradecimiento.

—¿Estás enamorada de él?

—¡Ah, qué extraño escuchar a un sacerdote preguntar estas cosas!

–El hecho de ser sacerdote no me impide preocuparme por *estas cosas*, máxime cuando concierne a la felicidad de mi querida hermana. Ya ves que mi madre se casó sin amar a mi padre y nunca pudieron ser felices -apuntó enseguida, y señaló el cuaderno de Blanca Montes.

Laura bajó la vista y musitó:

–En mi caso será distinto. Nunca habrá un indio que me tome cautiva.

Salvo María Pancha, que conocía la verdad, el resto ignoraba que Laura se había casado bajo amenaza. Doña Generosa y el padre Marcos, incluso el general Escalante, pensaban que la habían movido otros escrúpulos, entre ellos enmendar su comprometida situación. Especialmente ante doña Generosa y el padre Marcos, que tanto querían a Nahueltruz, Laura se avergonzaba. Quizá la juzgarían inmadura y tornadiza, que un día se entregaba a un hombre y al siguiente, frente al primer escollo, lo cambiaba por un marido adinerado y conveniente. Sin embargo, cuando doña Generosa la abrazó y la besó en la mejilla, y luego el padre Marcos la bendijo, Laura se convenció de que no se habían resentido con ella; más bien, le tenían lástima.

–Padre -susurró Laura, cuando se abrazó por última vez a Donatti-, si alguna vez lo vuelve a ver, dígame que lo que hice, lo hice por amor.

Laura aprovechó el desconcierto del padre Marcos y se alejó rápidamente en dirección al hotel. Quería despedirse de Blasco. No lo había visto desde el día del asesinato de Racedo y le resultaba extraño que no se hubiese presentado en lo de doña Sabrina. Desestimó el impulso de buscarlo en el establo, que tantas malas evocaciones encerraba. Puso un talego con monedas en la mano de doña Sabrina y le pidió que se lo entregara como justa paga por los servicios prestados. Con respecto a Loretana, ni siquiera se molestó en convocarla; hacía días que la rehuía. Si era cierto lo que afirmaba María Pancha, que Loretana estaba enamorada de Nahueltruz Guor, jamás soltaría prenda. Enfiló hacia la calle, donde Riglos y su padre se despedían. Julián partiría al día siguiente rumbo a Buenos Aires.

–Viajaré a Córdoba tan pronto como pueda luego de atender los

compromisos del bufete y otros asuntos que tengo pendientes -anunció Julián, y apoyó sus manos sobre los hombros delgados de Laura. Incluyó la cabeza para besarla en los labios, pero ella apartó el rostro y él debió contentarse con la mejilla.

Subieron a la diligencia. Por fortuna, el general, Laura y María Pancha eran los únicos pasajeros. Antes de llegar a la primera posta, Escalante dormía profundamente gracias a la infusión de pasionaria que María Pancha lo había obligado a beber antes de partir.

Laura se llevó las manos al vientre y susurró:

–Ojalá un hijo de él creciera dentro de mí.

–Riglos sabría que es de Guor y lo odiaría. ¿Eso quieres para tu hijo? ¿Que el hombre que le dé el apellido lo aborrezca?

–No, claro que no -musitó Laura-. Lo extraño tanto, María Pancha. ¿Cómo haré para vivir sin él?

María Pancha guardó silencio y calló sus negros pensamientos. Nadie mejor que ella sabía que las penas del corazón eran difíciles de cicatrizar. Su mano se cerró sobre la de Laura y así permanecieron un buen rato, sin pronunciar palabra, sus miradas clavadas en el invariable paisaje. Un momento después, Laura musitó:

–Él no ha muerto, María Pancha. Si Nahuel hubiese muerto algo dentro de mí se hubiese quebrado y el vacío sería inefable. En cambio, cuando cierro los ojos sólo puedo imaginarlo con vida. Sé que vive -insistió-, en algún sitio, Nahuel vive y piensa en mí tanto como yo en él.

–Nunca desestimes tu instinto -la alentó María Pancha, y enseguida agregó-: Si es cierto que ese indio no ha muerto, entonces ten por seguro que algún día regresará por ti.

Laura encontró con la mirada los ojos de su criada y, por primera vez en días, esbozó una sonrisa.

Aunque el dolor en el costado persistía, la fiebre había remitido y Nahueltruz calculaba que hacía un día que tenía la frente fresca. Se sentía débil y, en cada intento por ponerse de pie, se mareaba. No obstante, debía abandonar ese escondite, resultaba temerario permanecer mucho tiempo en el mismo sitio con la milicia rastrillando varias leguas a la redonda. Apenas volviera Blasco se moverían en dirección noreste, hacia la ciudad de San Luis.

Le preocupaba Blasco; se había marchado al alba y aún ni rastros de él siendo bien entrada la tarde. Le había jurado que no se acercaría a Río Cuarto, que sólo merodearía en busca de vizcachas y liebres o de cualquier animal que se pudiera cocinar sobre los rescoldos. Pero Nahueltruz comenzaba a sospechar que el muchacho le había desobedecido. Si caía en manos de Carpio, bajo tortura le sacaría el lugar donde se ocultaba.

Nahueltruz maldijo entre dientes su osadía. Pero, por otro lado, razonó que si Blasco lograba acercarse a la villa sin ser avistado por los soldados, traería noticias. Noticias de ella. ¿Realmente quería saber? Ya sabía que se había casado con Riglos, que ahora era su mujer, y eso era más que suficiente. La imagen de Laura desnuda entre los brazos de su esposo le arrancó un grito de furia. Comenzaron a latirle las sienes y a dolerle la herida. Lo fastidiaba la preponderancia de ella sobre su voluntad, que aún contara tanto para él, que no pudiera arrancársela de la cabeza. Pensaba en Laura de continuo; incluso, mientras dormía, la soñaba.

Se puso alerta y se incorporó a medias en el cabezal: un sonido había desentonado y le advertía que alguien se acercaba. Empuñó su facón y se mantuvo quieto; prácticamente contenía la respiración y no pestañaba. Al escuchar un silbido agudo, tres veces entrecortado, reconoció la contraseña de Blasco; de todas maneras, permaneció agazapado, a la espera de que se tratara de una celada. A poco, se delineó la figura desgarrada y oscura del muchacho. Venía solo y con aire distendido.

—¿Por qué tardaste tanto? – lo increpó-. Fuiste a Río Cuarto, ¿verdad?

Blasco asintió, mientras dejaba junto al fuego una vizcacha y dos mulitas muertas.

–Te dije que no fueras. Si Carpio echa mano sobre ti será cuestión de minutos hasta que te haga soltar mi escondite.

–Jamás le confesaría a ese demonio adonde te encuentras -aseguró, con aire ofendido.

–Sí lo harías si te amenaza con cortarte las pelotas -se enfureció Guor, y Blasco se llevó inconscientemente las manos a la entrepierna, estremecido.

–Perdón, Nahueltruz -farfulló-, pero necesitaba ir.

–¿Para qué? ¿Acaso no te habías despedido de tu abuela días atrás?

–Sí, pero quería saber.

–¿Saber qué?

–De ella -dijo, con miedo.

Nahueltruz insultó por lo bajo mientras se sentaba con esfuerzo, y Blasco aprovechó para decirle:

–Y menos mal que fui porque supe algo que va a interesarte.

–Nada me interesa. No quiero saber *nada* acerca de esa mujer.

–Pero Nahueltruz...

–¡Nada! – vociferó, y el muchacho dio un paso atrás-. ¿Qué es eso que llevas al cuello?

Blasco asumió una actitud protectora al encerrar en su puño el talego con monedas que doña Sabrina le había entregado de parte de la señorita Laura.

–¿Qué es eso? – se impacientó Guor.

–Son monedas.

–¿Cómo las conseguiste? – y al notar que Blasco no se atrevía a contestar, Nahueltruz le advirtió-: Si vamos a ser compañeros de ahora en más, espero de ti la verdad y sólo la verdad. ¿Las has robado?

–¡No! – se apresuró a responder-. Yo no soy ladrón.

–¿Entonces?

–Me las dio doña Sabrina.

–¿Doña Sabrina? – repitió Guor, incrédulo-. ¿A cuento de qué?

–La señorita Laura le pidió que me las entregara antes de marcharse.

Con la velocidad de un tigre, Nahueltruz le arrancó el talego del cuello y lo arrojó lejos. Volvió a echarse sobre el cabezal repentinamente descompuesto. A Blasco le tomó unos segundos reaccionar.

–¡Eh, Nahueltruz, qué haces! ¡Son mías! ¡Me las dio a mí! – despotricaba, mientras se encaminaba en dirección de la bolsita de cuero.

–No permanecerás a mi lado si decides conservar esas monedas. Yo te daré todo lo que necesites y tendrás más de lo que alguna vez soñaste. Pero no admitiré la limosna de ésta. ¿Está claro?

Blasco regresó con las manos vacías y cabizbajo, y se puso a desollar la vizcacha y a preparar el fuego para cocinarla.

–Apenas terminemos de comer -informó Guor-, partiremos hacia San Luis. Haremos el trayecto de noche. Hay luna llena y con eso nos bastará para ver el camino.

–¿Ya puedes montar?

–Tú me ayudarás a subir al caballo.

Esas fueron las últimas palabras que intercambiaron. Nahueltruz se puso de pie y, lentamente, se alejó en dirección del sur, de su querida Leuvucó. Se quedó contemplando el horizonte, pensando en su gente, en su padre, en su *cucu*, en sus reses y caballos, en la vida que había llevado hasta hacía pocos días y que tan dramáticamente le había cambiado una mujer. Porque Laura Escalante ya no estaba más, pero las consecuencias de haberla amado permanecerían junto a él para siempre.

No regresaría a los toldos, no toleraría su rutina, a la que encontraría vacua e inútil, ni los modos de sus *peñis*, con sus costumbres y excesos. De repente, la herencia de tío Lorenzo cobraba nueva importancia. Ya no deseaba compartirla con los suyos sino que la destinaría por completo a la transformación sobre la que había meditado largamente durante esos días de ocio obligado. Porque él, con dinero, también podía ser un doctor Riglos.

Sabía que se equivocaba al querer abandonar a su pueblo, convertirse en lo que no era y tratar de imitar a una basura como Riglos. Pero esa basura se había quedado con Laura finalmente, y eso pesaba como nada en esos días turbulentos, en esos días en que el bien y el mal, el odio y el amor, el perdón y la venganza, se habían convertido en ideas ambiguas, difíciles de precisar, inexacta la extensión de una y de otra; la línea que las separaba parecía haberse desvanecido y lo que antes era blanco y negro ahora se había vuelto gris.

La corta caminata, el aire fresco del atardecer y la magnífica puesta de sol le devolvieron la energía y, en contra de sus más nefastas cavilaciones, volvió a creer que recuperaría por completo la vitalidad y que dejaría de sentirse débil y achacoso, y, por qué no, que algún día volvería para reclamar aquello que sólo a él le pertenecía. Por Dios que lo recuperaría. Y aunque sabía que, a su pesar, no había dejado de amar a Laura Escalante, cuando imaginaba que volvía a poseerla lo dominaba un negro sentimiento que le dictaba: «¡Destruyela!».

* * *



RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Florencia Bonelli



Florencia Bonelli nació el 5 de mayo de 1971 en la ciudad de Córdoba, Argentina. Desde pequeña, su padre le fomentó el interés por los libros y la lectura, que con el tiempo se convirtieron en su gran pasión.

Al terminar la escuela secundaria y debido a su pasión por las matemáticas, optó por cursar Ciencias Económicas. Resulta extraño que a pesar de su marcada avidez por la lectura, en esa instancia de su vida no pensó en ser escritora.

A los veintidós años consiguió su título de Contadora Pública en la Universidad Católica de Córdoba y diez días más tarde estaba trabajando en Buenos Aires, ciudad que ejercería sobre ella una influencia determinante. Toda una metrópoli, la capital de Argentina la hacía sentir libre e independiente. La novela romántica no sólo constituía el género literario que más la entretenía y conmovía sino aquel que expresaba sus propias fantasías, y terminó por caer en la cuenta de que ella también imaginaba historias de amor. «¿Y por qué no las escribís?», fue la sugerencia de su esposo. ¿Y por qué no? Así comenzó con su carrera de escritora.

Indias Blancas I

Ésta es una historia de indios, malones y mujeres cautivas. Pero también de blancos deseosos de extender la llamada «civilización» a lo largo y ancho del país. De una familia que guarda celosamente secretos que irrumpen con fuerza en los momentos más inesperados. De una sociedad pacata que no perdona a los que osan transgredir sus normas. Y de unas personas, pocas, que se animan a tomar el camino de sus deseos más profundos. Indias Blancas es, sobre todo, la historia de un amor que no conoce límites.

En 1870, Laura Escalante, una mujer de linaje intachable, comete un gravísimo error: enamorarse de un indio, el ranquel Nahueltruz Guor. En el lejano sur de Córdoba, cerca del país de los Ranculches, el amor que se profesan encuentra su lugar. Pero no por mucho tiempo. Un sinfín de fuerzas antagónicas se opondrá a esta relación: la Iglesia, la familia de Laura, su eterno pretendiente, el mundo mismo. Laura sabe que el desafío es enorme, pero guiada por el recuerdo de su tía Blanca Montes (cautiva del cacique Mariano Rosas) luchará por convertirse en otra «india blanca».

* * *

© 2005, Florencia Bonelli

© 2005, Editorial Sudamericana S.A.

bajo el sello Plaza Janes

Editores

Diseño de cubierta Isabel Rodriguez

ISBN 950-644-065-4

Impreso en Argentina

**This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
26/09/2008**

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/